



¿Leyes de la historia?

Tomo I

Alfonso Klauer

Lima, 2003

*La pregunta correcta
suele ser más importante
que la respuesta correcta
a la pregunta equivocada.*
Alvin Toffler¹

Mas la respuesta correcta supone, generalmente
romper el pacto infame de hablar a media voz
–recogiendo el pensamiento de un casi olvidado
pero ilustrísimo intelectual peruano, Manuel Gonzales Prada–.

Lo terrible es que, cuando uno busca la verdad, la encuentra.
Remy De Gourmont²

*Cuanto más familiarizada esté una persona
con determinada teoría y su correspondiente modo de pensar,
tanto más difícil le será adoptar una teoría rival
que implique una manera de pensar diferente.*
Mario Bunge³

-
- 1 Alvin Toffler, **La Tercera Ola**, pág. 21. Edición “pirata” comprada a un vendedor ambulante en una de las más importantes arterias viales de Lima. Relativamente fácil nos habría resultado disimular –consultando por cierto en alguna buena librería de la ciudad, que las hay–, la poco feliz e incómoda verdad de que en el Perú las mayores ventas de los best sellers mundiales se hacen en ediciones ilegales, a “precios populares”.
 - 2 En Frederic André Engel, **España del Oriente hacia el Occidente**, Ed. El Virrey, Lima, 1987, p. 202.
 - 3 Mario Bunge, **Intuición y razón**, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p. 151.

El mundo de hoy	
La guerra y la paz	
¿Por qué voltear a mirar el pasado?.....	
Hacia la construcción de la Historia como ciencia.....	
Las grandes olas de la historia	
De la Primera a la Octava Ola	
¿Leyes de la historia?	
1) Proximidad geográfica.....	
2) Intercambio comercial	
3) Hegemonía imperial	
Imperio	
Hegemonía.....	
Dominación	
Imperialismo.....	
La guerra, instrumento de dominación y hegemonía	
a) Hay guerras y guerras.....	
b) Las guerras de conquista.....	
c) Las transnacionales en el nuevo escenario imperial.....	
Factores de hegemonía	
a) Riqueza natural.....	
b) Dominio de tecnologías de punta.....	
c) Magnitud demográfica.....	
d) Ubicación geográfica.....	
e) Golpes climáticos favorables.....	
¿Determinismo histórico?.....	
4) Antigüedad y conocimientos: factores también objetivos.....	
5) “Democracia” en el camino hacia la cresta de la ola.....	
6) Pretextos imperiales vs. razones imperiales	
¿Por qué se perdió el latín y no el castellano y el portugués?..	
Objetivos explícitos vs. objetivos implícitos.....	
El idioma, la religión y el progreso	
7) Factores del colapso	
a) Las guerras.....	
– Acción de zapa de los vecinos.....	
– Alianzas estratégicas	
– Reacomodos estratégicos.....	
b) Vulnerabilidad frente a la naturaleza.....	
c) Uso ineficiente de los recursos	
d) Resolución de contradicciones	
– Relaciones contradictorias.....	
Contradicción principal	
Contradicciones secundarias	
– Contradicciones consustanciales	
8) La reiterada ausencia de la voluntad humana.....	

ÍNDICE / Tomo II

La Quinta Ola: el Imperio Romano	
Los “bárbaros”	
– Los que huyeron del terror romano	
– ¿Viejos destacamentos de frontera?	
– ¿Grupos transplantados por los romanos?	
– ¿Cuántos se enfrentaron al poder hegemónico?	
– Los <i>hunos</i>	

La inverosímil Historia tradicional.....

- 9) Ningún pueblo ha recuperado la posta
- 10) Un fenómeno eminentemente “nacional”
- 11) Vigencia cada vez más corta

El proceso de las grandes olas

Colapso: características y constantes

Las grandes olas: centro y periferia

Independencia respecto del centro

Dependencia y sojuzgamiento

Transferencia de riquezas

Independencia secular: el caso de Estados Unidos

Hegemonías sucesivas: el caso del Perú

Generación de riqueza e inversión

Centralismo y descentralización en la historia

El desafío del multi-etno-lingüismo

La Décima Ola de la historia

La globalización y la factura de la historia

Los caminos del futuro

Condonar deuda e invertir

O soportar la invasión

Gráficos

EL MUNDO DE HOY

Cuatro quintas partes de la humanidad viven sumidas en la pobreza. Son los hombres del Sur. Cinco mil millones de los seres humanos que habitan hoy el planeta, están condenados a nacer, vivir y morir en la escasez y en la precariedad, cuando no en la hambruna, la enfermedad, en medio de cruentas e inexplicables guerras, y en la miseria más desgarradora.

Pero, además, están también condenados a ver, a través de las imágenes del cine y la televisión, que otros, los hombres del Norte, viven en “otro mundo”, [el mundo del bienestar](#), es decir, el mundo del confort, con salud, educación, grandes y espectaculares carreteras, modernos vehículos de transporte que les permiten cómodos viajes de descanso, y prácticamente exentos de preocupaciones que les resultan ya tan triviales, como la alimentación de cada día, el vestido de mañana, y un techo sólido y seguro que los guarezca.

El mundo material que hoy conocen los hombres del Sur es, casi, el mismo que conocieron sus abuelos, y, en muchos casos, incluso el mismo que conocieron sus antecesores de hace cinco siglos. Más aún, muchos de los hombres del Sur, en realidad la inmensa mayoría, están además condenados a saber que el mundo de sus hijos, pero también el mundo de sus nietos, será idéntico al propio. Con el mismo paisaje de fondo, ayer se fotografiaron los abuelos, hoy los hijos y mañana lo harán los nietos. Han sido condenados, en el Sur, a habitar [enormes espacios de la Tierra en los que el tiempo no está asociado con el progreso](#). Nacen, crecen y mueren, pero el mundo que los rodea es siempre el mismo. Cambian los personajes, pero no cambia el conjunto de la fotografía. Si de algún cambio pueden hablar, será para decir que cada día hay menos agua disponible, cada día los bosques son más pobres y lejanos, y cada día las arenas del desierto están más próximas a sus vidas.

Pero, además, están también condenados a saber, a través de las imágenes del cine y la televisión, que los otros, los hombres del Norte, viven en [un mundo donde todo cambia todos los días](#). Allá, en el Norte, cada día trae más progreso, cada año ofrece más confort, cada siglo muestra un mundo distinto y mejor al anterior. En el Norte, los abuelos casi no pueden reconocer el paisaje en el que se están fotografiando sus nietos.

Los apóstoles que, como Bartolomé de las Casas (1474 – 1566), o Albert Schweitzer (1875–1965) salieron del Norte para entregar lo mejor de sus vidas en el Sur, caerían absortos ante las imágenes que les ofrecen hoy ese mismo Norte y ese mismo Sur. Aquél les resultaría absolutamente irreconocible, distante, ajeno, incluso hostil. Grandes espacios del Sur, en cambio, les resultarían familiares: los mismos viejos y polvorientos caminos, los mismos vestidos, las mismas viviendas, las mismas enfermedades, pero otros rostros que, sin embargo, los recibirían con igual aprecio y hospitalidad. Desde lo más hondo de sus corazones, no obstante, una inmensa ira los invadiría al instante. ¡Cómo es posible –se dirían–, [tan grande diferencia y tan grande arbitrariedad!](#) ¿Qué han hecho éstos –se preguntarían–, para padecer del Infierno, aquí en la Tierra; y qué han hecho aquéllos para gozar del Cielo, aquí en la Tierra?

¿Quién ha trazado esa siniestra línea divisoria colocando de un lado a los ricos y del otro a los pobres? Y si nadie –como creemos–, deliberadamente lo ha hecho, [¿cómo entonces ha terminado por concretarse esa división?](#) Pero, concurrentemente, también

podríamos preguntarnos, ¿quién ha trazado esa línea divisoria que, al propio tiempo que puso en un lado la riqueza, instaló allí a hombres supuestamente “trabajadores”; y, del otro, rodeados de pobreza, a hombres supuestamente “ociosos”? Si nadie –como también creemos–, ni deliberada ni accidentalmente incurrió en tamaña arbitrariedad, ¿por qué entonces en el Sur hay pobreza y carencias de todo orden, y en el Norte riqueza y bienestar? ¿El Gráfico N° 1 no es suficientemente ilustrativo?



¿Es esa dicotomía acaso una inescapable ley de la humanidad? ¿Responde a insondables leyes genéticas? ¿Responde a un errático determinismo geográfico, que arbitrariamente beneficia a unos y perjudica a los otros? ¿Es realmente un problema? ¿Se trata en verdad de un problema insoluble, insoluble para los hombres? ¿Está acaso sólo en manos de la madre naturaleza, modelar también, lenta y pacientemente, las cosas de los hombres, hasta –al cabo de un tiempo tan largo como el que demandó el

resto de las cosas de la naturaleza—, alcanzar la armonía y el equilibrio dinámico y estable que ha alcanzado para la materia y para el conjunto de todos los demás géneros vivientes del planeta? ¿Escapa en verdad de las manos y de la voluntad de los hombres dar solución al problema?

O, por el contrario, ¿existen razones para pensar que en la concreción de la brutal dicotomía a la que asistimos, ha estado en juego la **voluntad de los hombres**? ¿Y que, por consiguiente, será esa misma voluntad la que, en un conciente y significativo golpe de timón, dé solución al problema?

¿Hay urgencia por resolver el problema? ¿O puede seguirse dando largas al asunto? ¿No se vislumbra ningún riesgo con seguir dando largas al asunto? Si, por el contrario, se vislumbran **riesgos**, ¿qué tan mínimos o, por el contrario, tan graves se aprecian? ¿Amenazan esos riesgos con empeorar las cosas en el Sur? Si así fuera, ¿es posible imaginar y que se concrete aún más miseria y muerte en el Sur? ¿Hay, por el contrario, indicios de algún tipo de amenazas para el Norte? ¿Qué tipo de amenazas se ciernen entonces sobre él?

En fin, la lista de interrogantes podría ser muy extensa. Todos, al fin y al cabo, estamos preocupados por lo que ocurre entre nosotros. ¿Cómo, pues, se ha llegado a esta situación? ¿**Puede ocurrir algo grave si dejamos que las cosas sigan como están**? ¿Podemos realmente alcanzar un “nuevo orden internacional”, del que tanto hablan oficialmente todos los organismos públicos? ¿Puede pacíficamente ser modificada la actual situación mundial?

Ninguna de las preguntas que hemos planteado, y muchas otras relacionadas con ellas que hemos omitido, son nuevas. Todas, más bien, son viejas cuestiones. Y han tenido una o mil respuestas. Tanto en el Norte como en el Sur, filósofos, historiadores, economistas, intelectuales en general, y políticos de oficio, han ensayado cada uno sus respuestas. Puede afirmarse que en el mundo, recién a partir de la Revolución Francesa se empezó a explicitar las “**fórmulas**” con las cuales debían conducirse las sociedades para alcanzar el bienestar general. En aquel momento se habló de *libertad, igualdad y fraternidad*.

Es obvio, sin embargo, que, a pesar de haberse acuñado la “fórmula” hace más de doscientos años, no ha sido puesta en práctica en todo el mundo. No estaríamos como estamos. ¿Por qué no se ha puesto en práctica esa “fórmula”, de modo generalizado, en todo el planeta? ¿Qué lo ha impedido? ¿O se creyó que, siendo buena para unos pueblos no lo era para otros? Finalmente, ¿resultaba suficiente que se dieran libertad, igualdad y fraternidad para asegurar la paz y el bienestar de todos los hombres del orbe? ¿Por qué no era suficiente? ¿**Qué otras condiciones eran y son necesarias**? En todo caso, reconozcámoslo, la tan conocida “fórmula” fue el resultado de lúcidas inteligencias llenas de generosos deseos, mas no de lo que hoy llamaríamos un trabajo científico, pero en todo caso sí pre-científico.

Ha sido recién en los últimos dos siglos, especialmente en el que acaba de concluir, que los científicos sociales —historiadores, sociólogos, economistas, politólogos, etc., e intelectuales en general—, han asumido con vehemencia la preocupación por desentrañar cuáles son los secretos que explican el **desarrollo** y prosperidad de unos pueblos, y cuáles los secretos que explican el **subdesarrollo** y

atraso de otros. No obstante, a pesar de todas las contribuciones realizadas, las cosas no sólo no mejoran, sino que, peor aún, se hacen ostensiblemente más graves y dramáticas. ¿Es que esas contribuciones no se han puesto en práctica? ¿Qué lo ha impedido? ¿O es que esas fórmulas –muchas de las cuales merecieron premios y reconocimiento– no eran efectivamente acertadas? No cesan, sin embargo, de presentarse nuevas o renovadas propuestas.

Carlos Alberto Montaner, un conocido intelectual cubano de nuestra época, publicó en 1997 un breve texto de inocultables connotaciones bíblicas: *Los diez mandamientos de las naciones exitosas*⁴, cuyo objetivo es mostrar el camino por el que las naciones pobres, supuestamente, podrían alcanzar el éxito: desarrollo, confort, etc. ¿Es acaso la de Montaner la tabla de salvación definitiva que todos esperábamos?

Montaner no explicita ninguna de las preguntas que se formuló antes de que, con las correspondientes respuestas, terminara elaborando “las nuevas tablas de la ley”. Imaginemos entonces algunas de las interrogantes que pudieron pasar por su mente. Las dos primeras y más generales debieron ser: ¿por qué algunas naciones son exitosas?, y –obviamente, y como contrapartida–, ¿por qué otras sólo conocen el fracaso? Como sólo fracasan los que intentan algo, debe colegirse que en la mente de Montaner ha estado que todas las naciones han intentado por igual tener éxito, pero que unas lo han logrado y otras no.

Acto seguido debió repreguntarse, ¿por qué unas han conseguido el éxito y otras han fracasado? Tiene que haber –probablemente se dijo– *unas causas* que expliquen el éxito; y tiene que haber –quizá también se dijo–, *otras causas* que expliquen el fracaso⁵. Pero, bien pudo también preguntarse: ¿serán acaso las *mismas causas*, en un caso con valor positivo, y en otro con valor negativo (sus opuestos), las que dan origen, respectivamente, al éxito y al fracaso?⁶. Es decir, el *éxito* (la variable dependiente), sería una función de determinadas causas (*m*), las variables independientes. Y el *fracaso*, una consecuencia de causas exactamente opuestas. De entre las muchas causas o variables independientes que quizá reunió para explicar el éxito de unos pueblos y el fracaso de otros escogió las diez más relevantes⁷.

La guerra y la paz

La primera de las causas relevantes del éxito que presenta Montaner es la *paz*. La segunda la *estabilidad política*, etc.⁸ Se entiende que –como en el caso de los mandamientos religiosos–, para alcanzar el Cielo, esto es, el éxito, o, si se prefiere, el bienestar y el desarrollo económico, los pueblos deben cumplir con todos y cada uno de dichos mandamientos.

4 Carlos Alberto Montaner, *Los diez mandamientos de las naciones exitosas*, “El Comercio”, Lima, 30 de julio de 1997, p. 2.

5 Matemáticamente su razonamiento puede ser expresado en los siguientes términos:

Éxito = $f(a)$ y Fracaso = $f(b)$ donde “a” es distinto de “b”.

6 Algebraicamente ello puede expresarse así:

Éxito = $f(m)$ y Fracaso = $f(-m)$.

7 La expresión algebraica sería la siguiente:

Éxito = $f(m_1, m_2, \dots, m_{10})$ y Fracaso = $f(-m_1, -m_2, \dots, -m_{10})$.

8 Algebraicamente entonces:

Éxito = $f(\text{paz, estabilidad política, } \dots)$

Fracaso = $f(\text{guerra, inestabilidad política, } \dots)$.

Pues bien, en relación con la primera de las causas que logró entrever, el autor que comentamos sentencia su Primer Mandamiento: “vivir en paz”. Porque –dice él mismo acto seguido–: “se puede elegir la paz”⁹, e implícitamente entonces –porque no lo explicita–, *se puede elegir la guerra*. Hay, pues, según Montaner, pueblos que *eligen* la paz –y cita como ejemplo a Costa Rica, Suecia y Suiza–: se cuentan entre los pueblos exitosos de la Tierra; y pueblos que *eligen* la guerra. Cinco mil millones de habitantes de la Tierra perteneceríamos, pues, a los estúpidos pueblos que preferimos la guerra como forma permanente de nuestras vidas. ¿Se corresponden ambas afirmaciones con la realidad, con la historia de la humanidad? No, ninguna de las dos.

Los costarricenses tienen un ingreso per cápita de 2 500 dólares por año; los suecos 28 000 y los suizos 36 000. Once y catorce veces más pobres en promedio que los suecos y los suizos, ¿puede considerarse a los costarricenses como parte del conjunto de las naciones exitosas del planeta? A lo sumo, Costa Rica puede considerarse uno de los pueblos menos subdesarrollados de América. Y nada más. Su ingreso per cápita lo ubica, objetivamente, como uno más de los “pueblos fracasados” del mundo. Argentina, que sin duda pertenece también al conjunto de los pueblos subdesarrollados, y, por consiguiente, forma parte del espectro de los “pueblos fracasados” de la Tierra, con 7 500 dólares per cápita de ingreso anual –y la Guerra de Las Malvinas de por medio– es, en aquellos términos, tres veces más “exitosa” que Costa Rica. La selección de Montaner no pasa pues de ser arbitraria y antojadiza.

Pero hay una debilidad aún más grave y notoria en el razonamiento del intelectual cubano: *no es cierto que la paz conduzca necesariamente al éxito*; y tampoco es cierto que la guerra conduzca necesariamente al fracaso. Veámoslo.

Brasil, el país más grande de América Meridional y la más grande potencia económica de esta parte del mundo, con 3 000 dólares anuales de ingreso per cápita, pertenece también sin duda a la pléyade de “pueblos fracasados” del planeta. No obstante, nadie puede sostener que la de Brasil es la historia de un pueblo desangrado por las guerras e hipotecado por el armamentismo. Hace más de cien años que *Brasil* no interviene en ninguna guerra. Y en los últimos trescientos años Brasil sólo ha guerreado una vez. *Costa Rica*, por su parte, es un país pacifista y en paz. Más aún, es el único pueblo de América que carece de ejército. La paz, pues, a pesar de haber sido elegida por ellos, no ha conducido al éxito ni a Brasil ni a Costa Rica.

En el otro extremo del mundo, Corea del Sur, uno de los hasta ayer nomás tan publicitados Tigres del Asia, con 8 000 dólares de ingreso per cápita anual, está económicamente, sin duda, más cerca de los éxitos del Norte que de los fracasos del Sur. ¿Puede sin embargo sostenerse –con el criterio de Montaner–, que Corea del Sur es uno de los pueblos que ha “elegido” la paz? Corea, como bien se sabe, sufrió durante 1950–55 los gravísimos estragos de una de las guerras más cruentas del siglo pasado, y desde allí lleva medio siglo gastando anualmente en armas mucho más que Brasil o Argentina. E Israel, con un per cápita de 15 000 dólares anuales, lleva medio siglo sumido en guerra y con un gasto en armamento mayor que el que hace toda América Meridional junta. *Corea e Israel*, sumidos en economías de guerra, pertenecen, no obstante, al conjunto de países exitosos de la Tierra.

9 Montaner, *Los diez mandamientos...*, La cursiva es nuestra.

En síntesis, Brasil y Costa Rica, países que habrían “elegido” la paz, son, sin embargo, subdesarrollados y, por consiguiente, “fracasados”. Y Corea e Israel, que habrían “elegido” la guerra, son, no obstante, países “exitosos”. Es decir, el absurdo llevado hasta el delirio. Las cosas, sin embargo, son tanto más graves cuando se revisa la historia de los gigantes del éxito: [Estados Unidos](#), [Europa Occidental](#) y [Japón](#). Sólo en este siglo, contando la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, la Guerra de Corea, la Guerra de Vietnam, la Guerra Fría, la Guerra de las Galaxias, la Campaña del Desierto contra Irak, la invasión a Afganistán y la agresión a Irak el 2003 ¹⁰, Estados Unidos ha gastado en conflagraciones bélicas y armamentismo más que todo el resto de los pueblos de la Tierra juntos. Es, no obstante, la superestrella de las naciones exitosas.

A su turno, la historia de Europa es la historia de las guerras. De las grandes jornadas de la épica europea están llenas las páginas de los libros de Historia. Ningún otro rincón de la Tierra, salvo Europa, tiene en su haber, por ejemplo, crónicas de guerras tan cruentas y meticulosamente relatadas como las que refiere Julio César en su *Guerra de las Galias*. Ninguno de los pueblos “fracasados” de la Tierra ha conocido una guerra de Cien Años, [Europa](#) sí, que también ha conocido guerras de 30 años. Ejércitos de 100 mil, 200 mil y 300 mil hombres recorrieron Europa en los siglos pasados en una y otra dirección.

¿No hemos acaso oído hablar de las decenas de guerras con que los ejércitos de mercenarios de [Carlos V](#) sacudieron Europa? ¿No conocemos acaso que, siglos después, [Napoleón](#) llevó un ejército de quinientos mil hombres, a través de los Alpes, hasta los hielos de Rusia? ¿Desconocemos acaso que, en este siglo, [Hitler](#) lanzó ejércitos de uno, dos y tres millones de hombres para someter a toda Europa? ¿Y de la incalculable destrucción material que se suscitó? ¿Y de los 40 millones de muertes que cobró esa demencial arremetida bélica? No obstante, Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, Italia, Austria, Finlandia, Bélgica, brutalmente destruidos en la Segunda Guerra Mundial, se cuentan entre las naciones exitosas del planeta. Japón, por su parte, la indiscutida segunda superestrella del éxito, gastó en la Primera y Segunda Guerra Mundiales más que todos los países del África pobre en todas las guerras de su historia.

En resumen, ni Corea e Israel, ni Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, podrían contarse entre los pueblos que habrían “elegido” la paz. Por el contrario, si nos dejamos llevar sólo por lo dicho hasta aquí, hasta podríamos decir que, más bien, han “elegido” la guerra. Son, no obstante, y sin género de duda, naciones exitosas. De allí que hasta podría creerse que hay una estrecha y directa relación entre las *guerras* y el *éxito*. Es decir, y si engañosamente nos dejamos llevar por las apariencias, todo parecería indicar que las cosas serían exactamente a la inversa de lo que sostiene y pretende mostrar Montaner.

Por lo demás, ¿puede irresponsablemente sostenerse que las [víctimas](#) “escogen” la guerra? ¿Puede sostenerse que las tribus nativas norteamericanas *escogieron* ser virtualmente exterminadas por los descendientes de los colonizadores ingleses? ¿Y que seis millones de judíos *escogieron* los hornos crematorios y los campos nazis de concentración? ¿Que Polonia *escogió* ser la primera brutal víctima del delirio nazi? ¿Puede sostenerse que la Francia capitalista *escogió* ser la mayor víctima euro-occidental de las furias de Hitler? ¿Y que la Rusia soviética *escogió* ser la mayor

10 Este texto fue revisado el 17 de marzo del 2003, cuando era inminente la unilateral decisión del gobierno de Estados Unidos de invadir Irak.

víctima euro–oriental del nazismo? ¿Pero a su turno que millones de rusos *escogieron* ser las víctimas de las enfermizas y siniestras furias de Stalin, y millones de camboyanos las de Pol Pot, y miles de kurdos las de Hussein? ¿Puede sostenerse que Arabia Saudita *escogió* ser invadida por Irak, y éste por Estados Unidos? ¿Que Perú y Bolivia *escogieron* ser invadidos por Chile? ¿Que Paraguay *escogió* ser invadido simultáneamente por Argentina, Uruguay y Brasil, para terminar enterrando en los campos de batalla a la mitad de su población? ¿Y puede sostenerse que muchas de las naciones de África han *escogido* vivir en medio de guerras tribales?

No, nadie puede sostener que esos pueblos *escogieron* la guerra, o *escogieron* ser víctimas de la agresión. Esas guerras y esas agresiones se dieron al margen y contra la voluntad de las víctimas. “Naturalmente, **la gente común no quiere la guerra**” dijo de manera patética, pero con bastante conocimiento de causa, el mariscal nazi Hermann Goering durante el Juicio de Nuremberg ¹¹. Para esos efectos, pues, un militar, cincuenta años antes, demostraba conocer más y mejor a los pueblos que un intelectual como Montaner.

¿Alguno de los pueblos citados ha **elegido democráticamente lanzarse a la guerra**?, puede todavía preguntarse. No, eso, como se sabe, sólo ocurría en los pueblos primitivos, hace cientos y miles de años, cuando todos los adultos del clan decidían si se lanzaban o no a una guerra. Siglos hace, en cambio, que los pueblos se enteran que están en guerra sólo después que sus líderes sorpresivamente la han declarado. ¿Con quién consultaron los generales argentinos que se lanzaron a la Guerra de las Malvinas? ¿Eligieron los franceses ir a morir en los hielos de Rusia? ¿Consultó Hirohito a los pueblos de Hiroshima y Nagasaki, por ejemplo, el ataque a Pearl Harbor? ¿Quién pues *escoge* las guerras?

¿Acaso los **pueblos** –generalmente pobres–, o sus generalmente ricos y ambiciosos **líderes**? ¿Son acaso éstos y aquéllos lo mismo? ¿Pueden con simplismo ser incluidos en el mismo saco? ¿No es sensato hacer la distinción entre **líderes**, generalmente privilegiados, que toman inconsultamente las decisiones de la guerra, y las **masas**, generalmente desposeídas, que terminan soportando las consecuencias, sea en las remotas islas del Atlántico Sur, o congeladas en las estepas rusas, o abrazadas por las llamas en Hiroshima, o en las desérticas arenas del Medio Oriente?

Sirvan en todo caso, una vez más, las siguientes expresiones del mariscal Goering –que para el caso resultan muy autorizadas–, para dar respuesta cabal a varias de las interrogantes precedentes. Él, en efecto, siempre durante el juicio de Nuremberg, manifestó: “...son los dirigentes de un país los que determinan la política y **siempre es un asunto sencillo arrastrar al pueblo**. Ya sea que tenga voz o no, a éste siempre se le puede llevar a que haga o que quieren sus gobernantes. Es fácil. Todo lo que se debe hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por su falta de patriotismo y porque exponen al país al peligro” ¹².

¿Puede sostenerse entonces –como lo han hecho algunos intelectuales–, que éstas y muchas otras interrogantes equivalentes, no son sino **simples tonterías o majaderías**?

11 En Guillermo Giacosa, *La actualidad reclama un repaso de la historia*, Perú.21, Lima, 7-4-03.

12 En Giacosa, *La actualidad...*, Perú.21, Lima, 7-4-03.

¿O que son un producto de la “vulgata marxista”¹³? O, también, ¿que simplemente son el resultado de la influencia de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, “una especie de texto sagrado, una biblia en la que se recogen casi todas las tonterías que circulan en la atmósfera cultural de (...) *la izquierda festiva*”?¹⁴.

El intelectual y novelista peruano Mario Vargas Llosa, en la Presentación del *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, afirma que todos y cada uno de los que no piensan como él a estos respectos caen en: idiotez postiza, pereza intelectual, modorra ética, oportunismo civil, idiotez sociológica, aberraciones, equivocaciones, deformaciones, exageraciones delirantes, subdesarrollo intelectual. ..¹⁵. Vargas Llosa sostiene que, entre otras muchas, las guerras –y las de conquista en particular–, y la concomitante y multimillonaria transferencia de riquezas que de ellas se ha derivado, no pasan de ser “coartadas”, y sus principales protagonistas, sólo son “chivos expiatorios”¹⁶.

Para Vargas Llosa, América Meridional, África y gran parte de Asia, son las únicas responsables de su propio fracaso. Nadie de fuera es responsable de nada. Ningún imperio extranjero tiene culpa de nada. **El pasado, pues, no cuenta** para muchísimos de nuestros intelectuales. Pero, curiosa e inconsistentemente, el pasado sí cuenta cuando se trata de la historia individual de quienes –incluidos muchos intelectuales– acuden al diván de los siquiátras. En ese caso sí cuenta el pasado, porque –entre otras cosas– ayuda a superar traumas. Pero, en el caso de los pueblos, con la lógica de Vargas Llosa y Montaner, el pasado no cuenta.

Mas, como en perspectiva científica, para entender el presente de los pueblos sí cuenta su historia, su pasado, cuentan pues necesariamente las guerras sufridas. Todas han sido costosas. Todas han sido cruentas. Todas han sido dañinas. Pero las de conquista y colonización han sido las más dañinas y nefastas de todas. **Las más traumáticas, las más castrantes, las más oprobiosas**. Las guerras de invasión, conquista y colonización –las de ayer y las de hoy–, y sus cuantiosas consecuencias económicas, y sus execrables y trascendentes consecuencias sociales y culturales, resultan las más importantes causas del subdesarrollo del Sur, aunque ciertamente no son las únicas causas.

Y como para entender el presente de Europa Occidental, por ejemplo, también cuenta su pasado, cuenta pues que hace más de **mil años que no conoce forma de imperialismo conquistador y colonizador**. Como no la conoce Japón. Y como no la ha conocido nunca Estados Unidos. Ésa, pues, es una de las razones fundamentales por las cuales muestran hoy el enorme desarrollo material que orgullosamente ostentan.

Sin embargo, las relaciones Norte–Sur distan muchísimo de ser estáticas. Y, en todo caso, tal y como se dan hoy esas relaciones, no habrán de permanecer inalterables por siempre jamás. Porque, como debe siempre tenerse presente, cada acción genera, invariable y necesariamente, una reacción en sentido contrario. Hay **agresiones que generan una reacción** inmediata. Un puñetazo entre individuos, o la invasión de una frontera entre países, son quizá buenos ejemplos. En la concreción de otras reacciones,

13 Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, **Manual del perfecto idiota latinoamericano**, Plaza & Janes, Barcelona, 1996, p. 19.

14 Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, **Manual del perfecto idiota**..., p. 43. La cursiva está entre comillas en el original.

15 En la *Presentación* del **Manual del perfecto idiota**..., pp. 12–13.

16 En la *Presentación* del **Manual del perfecto idiota**..., p. 14.

en cambio, entre su gestación y maduración, pueden transcurrir meses, años o siglos. Pero, al final, inexorablemente, se ponen de manifiesto. Y, en tal caso, a los primeros que cogen por sorpresa ha sido siempre a aquéllos que las provocaron.

La larga historia de la humanidad muestra cómo, cuando el viejo y sistemático agresor, sorprendido por la aparentemente tardía reacción del agredido, quiere a su vez reaccionar, ya es tarde, irremediamente tarde. E, inexorablemente, debe [atenerse a las consecuencias](#). En ese sentido estamos avanzando los hombres y mujeres de hoy en día, qué duda cabe. Lenta y quizá imperceptiblemente. Pero de manera segura.

Nunca se ha sabido con precisión cómo el colapso definitivo e irreversible cogió por sorpresa a imperios que, en su tiempo, aparecían incommovibles, como el de los faraones, los césares romanos o el que forjó Carlos V. Hoy es posible deducirlo por lo que acontece en nuestros días. Parece –como hoy– que en la [obnubilación y ciega embriaguez de los imperios y de los conquistadores](#), han jugado un papel importantísimo los áulicos de siempre. Esto es, aquéllos que ayer, como hoy ocurre con Montaner y otros, engañando y adormeciendo con sus textos en el corto plazo a los agredidos, adormecen y engañan en el largo plazo a los agresores.

Con ideas cargadas de incondicionalidad, como aquéllas que hoy nos hablan de “coartadas” y “chivos expiatorios”; o de pueblos exitosos y pueblos fracasados; o de pueblos trabajadores y pueblos ociosos, debieron llenarse los oídos de faraones, césares y emperadores. Los dominadores siempre han estado –y están– prestos a escuchar las cautivantes y engañosas palabras que les dan la razón en todo, y que [denigran a los pueblos dominados](#); les resultan dulces y efectivas para prolongar el dominio sobre sus dominios; se regodean creyendo que con ellas engañan y adormecen al agredido, cuando, en verdad, engañan y adormecen también al agresor, que, así, resulta incapaz de ver la lenta y casi imperceptible ola que se va levantando para, finalmente y de modo inexorable, aplastarlos.

Quienes detentan el poder imperial gustan de rodearse de incondicionales. Gustan tener cerca a aquellos que ven todo lo bueno en la sede imperial y todo lo malo y despreciable en las colonias. Los imperios son generosos con quienes los alaban. Los reconocen, difunden sus ideas, los sacralizan, los premian. Sin embargo, en el momento de la verdad, aunque ya irremediamente tarde, cuando el [daño resulta irreparable](#), los alejan del poder, los desprecian y los olvidan. La ola de los que habían estado sometidos, no obstante, barre y aplasta por igual al imperio y a sus mejores exegetas. Ocurrió en Egipto. Ocurrió también en Roma. En la España imperial y en la Francia de los Luises. Y, como sanción inevitable de la historia, nadie se acuerda –ni tiene por qué acordarse– de los panegiristas de esos imperios. Ése es el destino que tiene reservada la historia para los de hoy. ¿Habrán también *escogido* ese triste y nefasto rol, y ese triste y penoso final?

Pues bien, a diferencia de las enormes olas que aplastaron a los imperios de la antigüedad, la que [terminará por liquidar el poder hegemónico actual](#), y por cambiar las relaciones Norte–Sur que prevalecen, se viene gestando en presencia de por lo menos una condición que no se dio a la caída del Imperio Faraónico, para el colapso del imperio de los césares, o aquella en la que sucumbió el Imperio Inka, o el Imperio Español. La Ola que culminará cambiando radicalmente las relaciones Norte–Sur de

hoy, se da en efecto en un nuevo contexto, en el de lo que hoy venimos denominando “globalización”.

¿Por qué voltear a mirar el pasado?

Revisemos pues qué ha ocurrido en la historia de la humanidad, o más precisamente en la historia de Occidente, que nos permite tener la certeza de que terminarán cambiando radicalmente las relaciones Norte–Sur. Y que nos permite tener igualmente la certeza de que el poder hegemónico actual ha ingresado a la inexorable e irreversible fase de deterioro, previa al colapso. Pero mostrar el fundamento histórico y objetivo de esas certezas no es precisamente el principal **objetivo de este libro**, sino uno de ellos.

Pretendemos con este texto, fundamentalmente:

- a) Plantear, a título de hipótesis, un amplio conjunto de formulaciones que ayudan a **entender la evolución de la historia de los pueblos**.

En ese sentido intentamos mostrar que, tanto en la historia del conjunto de los pueblos, como en la de cada uno, antes que el **azar**, consustancialmente errático e impredecible; ha primado la **lógica**, es decir, han estado siempre presentes leyes invariables que, como tales, tienen valor proyectivo, y permiten pues avisosar sucesos del futuro.

- b) Mostrar que, en el contexto de las leyes de la historia, o, si se prefiere, de las constantes que han regido la historia de los pueblos, más que la voluntad y/o los deseos del ser humano, que intrínsecamente son **factores subjetivos** e inasibles, han primado **factores objetivos**, tangibles, explicables y comprensibles.
- c) Mostrar que, a diferencia de las endebles, apriorísticas y engañosas razones que hoy se esgrime y prevalecen, sí hay **explicaciones** sólidas y certeras para entender el “éxito” de unos pueblos y el “fracaso” de otros. Y,
- d) Mostrar que la historia, en efecto, y de cara al futuro, ofrece **lecciones** invalorable:
 - Acciones y políticas que, habiendo resultado benéficas y exitosas para los pueblos, debe tratar de **reeditarse** en el futuro; y;
 - Acciones y políticas que, habiendo resultado nefastas y contraproducentes, debe **dejarse de lado** y pugnar porque no se den más.

La Historia tradicional –en lo que podría considerarse uno de sus escasos pero insignificantes méritos–, ha insistido siempre en la importancia de estudiar el pasado para aprender las **lecciones** que de él se desprenden. Hoy mismo se recuerda a Cicerón

que en el siglo I aC afirmó que la “historia es (...) maestra de la vida”. Y al propio Cervantes, cuando en el siglo XVI afirmó que es “advertencia de lo por venir”.¹⁷

Pero, paradójicamente –y de allí que el mérito no sea sino mínimo–, nunca ha puesto en evidencia **cuáles son esas lecciones** –las trascendentes–, y menos pues con claridad meridiana e incontrovertible. Es decir, la Historia tradicional se ha quedado sin cumplir su tarea esencial: mostrar las lecciones de la historia; aquellas en las que es maestra y aquellas que advierten el porvenir.

¿Qué dice la Historia tradicional, por ejemplo, en relación con las **acciones y políticas que conviene a los pueblos repetir** en el futuro, porque fueron exitosas en el pasado? ¿Cuáles habrían sido pues las buenas lecciones de la historia? Nada.

¿Y qué dice la Historia tradicional en relación con las **acciones y políticas que conviene dejar de realizar** tanto a los pueblos como a los poderes dominantes, y no acometer en el futuro, porque en el pasado condujeron invariablemente al fracaso? Tampoco nada.

Pero a despecho de lo que puedan creer los historiadores tradicionales, esa deficiencia, esa carencia, no es una omisión transitoria, que eventualmente podría ser entonces subsanada. No, es, lisa y llanamente, una **omisión insalvable** de y por la historiografía tradicional, porque los recursos de que ha decidido disponer, los criterios que utiliza, y los procedimientos a los que recurre, no se lo permiten.

Así como el martillo es un instrumento insuficiente para construir una mesa; el simple recuento cronológico de los acontecimientos de la historia y menos pues el recuento simple de la versión oficial de los hechos; y la ausencia en la disciplina de las técnicas e instrumentos indispensables para una adecuada contrastación y verificación de muchos de los datos de la historia (que pertenecen a disciplinas a las que no se ha apelado, o muy tardíamente), se constituyen en **recursos insuficientes** para construir una versión científica de la Historia.

Asimismo, si apreciar el tamaño de los parlantes de radio en un automóvil no representa destacar los aspectos más relevantes del vehículo; destacar lo anecdótico, lo circunstancial y lo insignificante de los hechos históricos, y concurrentemente desechar a priori y hasta despreciar valiosos datos, resultan **criterios muy pobres** para acceder a la construcción de una versión científica de la historia.

Y así como apreciar la apariencia de un enfermo es en general un procedimiento insuficiente para realizar un buen diagnóstico; la simple descripción de la apariencia de los hechos históricos, prescindiendo del análisis de los mismos –aquellos que revelan la esencia de los mismos–, y de su relación con otros hechos históricos, y el desenterrar o desempolvar nuevas evidencias en ausencia de hipótesis, son a su turno **procedimientos inapropiados** e insuficientes para arribar a conclusiones válidas y significativas para la construcción de una versión científica de la Historia.

En definitiva, con recursos insuficientes, criterios pobres y procedimientos inapropiados, la Historia tradicional tiene negada la posibilidad de construir una **Teoría**

17 Frases recordadas por el historiador Ernest Vallhonrat i Llurba, en el debate sobre “Innovación y compromiso” promovido desde Historia a Debate, INTERNET, 1–4–03.

de la Historia en la cual quede reunido el cuerpo de conocimientos abstractos comprobados, e hipótesis válidas a comprobar, que sirvan para contrastar cada nuevo dato que ofrece la investigación arqueológica o documental, o hacer lo propio con viejos y valiosos datos que corresponde reevaluar o recontextualizar.

Si de Herodoto en adelante, en los 2 500 años transcurridos, y de mano de la Historia tradicional, no hemos sido capaces de construir una Teoría de la Historia, **no significa que no pueda hacerse**. Sólo significa que hasta hoy no se ha hecho y que de la mano de ella no podrá hacerse. Pero, además, eventualmente, ni siquiera se ha intentado construirla rebasando para ello las anteojeras o camisas de fuerza de la Historia tradicional.

Porque puede postularse la hipótesis de que esa tarea ha sido deliberadamente omitida, en base a la fundada sospecha de que los resultados serían sumamente comprometedores. Sobre todo de cara a la **relación entre los historiadores y los poderes de turno**, que bien puede expresarse, entre otras manifestaciones, en la enorme capacidad de decisión de éstos (e incapacidad de oposición de aquéllos) respecto de qué se enseña (y qué no) a nuestros hijos en la escuela, o, lo que es lo mismo, en qué pues contienen y qué callan los textos de Historia con los que se educa a los pueblos.

Hay quienes suponen y quienes creen estar en lo cierto cuando afirman que no puede haber una Teoría de la Historia porque **todos los seres humanos y todos los pueblos somos distintos**, y más aún pues si se compara a los pueblos de hoy con los de la antigüedad. Esto es, suponen o creen que nada hay ni puede haber en común en las historias de los pueblos; y, entonces, que mal puede encontrarse constantes o leyes científicas. ¿Para qué pues buscar aquello que no existe ni existirá?, se preguntan y responden unos y otros.

No obstante, también estudia al ser humano la Medicina. Y estudian **el ser humano y su conducta** la Psicología, la Sociología, la Antropología, la Economía, la Politología, etc. ¿Por qué todas éstas son ciencias? Es decir, ¿por qué todas ellas sí han podido encontrar leyes o constantes en la conducta del hombre, y no habría de poder hacerlo la Historia?

Hacia la construcción de la Historia como ciencia

¿Qué ha hecho el hombre desde que apareció en la Tierra? Pues nada más, pero tampoco nada menos, que, a través del trabajo, **encarar la solución de problemas básicos** de alimentación, vivienda, vestido, entretenimiento y seguridad ante agentes de la naturaleza; y a ellos, con el tiempo, se agregó la necesidad de encarar problemas de organización, trasmisión de conocimientos y desarrollo espiritual. Esta es sin duda la **primera constante histórica**.

Con la aparición de la agricultura los pueblos adquirieron la experiencia de que debían **encarar el uso de los excedentes**, porque éstos podían ser dispuestos ya fuera como gasto, incrementándose así el consumo inmediato; o como inversión, para asegurar el consumo futuro. Y luego, muy pronto, constataron que la proclividad al gasto, o, en su defecto, la proclividad a la inversión, afectaban sensiblemente, para mal

o para bien, respectivamente, la solución de los problemas básicos. He ahí una [segunda constante histórica](#).

Pero, muy pronto, los pueblos constataron que, internamente, habían dejado de ser grupos perfectamente homogéneos: unos individuos satisfacían más y mejor sus necesidades y normalmente ello coincidía con quienes más poder detentaban. Había aparecido pues la necesidad de [encarar las relaciones internas](#), las mismas que, ya fuera de complementariedad o de conflicto, influían decisivamente tanto en la solución de los problemas básicos como en la forma como se encaraba el uso de los excedentes. He ahí pues una [tercera constante histórica](#).

Algo más tarde, aunque en tiempo ya remoto, también constataron los pueblos que, estando en las proximidades, debían también [encarar las relaciones con otros pueblos](#), las que a su turno, ya fueran de complementariedad o de conflicto, no sólo influían decisivamente en la solución de los problemas básicos, y en la manera de encarar el uso de los excedentes, sino además en las relaciones internas. He ahí entonces una [cuarta constante histórica](#).

Por último, entrado el hombre ya a la fase de civilización, constató que si bien la naturaleza, el manejo de los excedentes, las características de las relaciones internas y las relaciones con otros pueblos los afectaban en grado sumo, en circunstancias muy particulares un determinado pueblo los afectaba en todo. A partir de allí debió entonces [encarar las relaciones de dominación y hegemonía](#). Ésta debe señalarse pues como una [quinta constante histórica](#).

La **Historia**, pues, es –debe– ser el estudio científico de cómo [los pueblos, a través del tiempo](#), han encarado:

- a) La [satisfacción de sus necesidades](#) básicas, creando cada uno su propia cultura, a partir de las especificidades del territorio en el que estuvo asentado;
- b) El [uso de los excedentes](#) socialmente generados, distinguiéndose claramente qué fue gasto y qué fue inversión, y en qué proporciones de dio cada uno;
- c) Las [relaciones internas](#), y los intereses que representaba y defendía cada grupo y cómo lo hizo;
- d) Las [relaciones externas](#), de complementariedad cultural y comercial; y de conflicto y sus motivaciones;
- e) Las [relaciones de dominación y hegemonía](#), destacando las causas y los intereses que las desataban; y las consecuencias en cada uno de los protagonistas.

Mas, como ocurre con otras ciencias, en la Historia hay también lugar a la definición de [axiomas básicos](#), afirmaciones válidas en sí mismas, o que, con el auxilio de otras ciencias, como la psicología por ejemplo, puede considerarse como tales.

El [axioma fundamental](#) de la Historia, a partir de lo que se ha constatado para el ser humano individual, habida cuenta de las excepciones que justifican la regla, es:

- Todos los pueblos aman la vida y quieren preservarla.

Y, en estricta coherencia y consistencia con éste, debe aceptarse también los siguientes **axiomas básicos**:

- 1) Todos los pueblos aspiran a satisfacer adecuadamente sus necesidades;
- 2) Todos los pueblos aspiran a asegurar la satisfacción de sus necesidades futuras;
- 2) Todos los pueblos aspiran a lograr una cada vez mayor homogeneidad interna;
- 4) Todos los pueblos aspiran a ser tratados con equidad y respeto por otros, y;
- 5) Todos los pueblos aspiran a preservar su libertad.

Aceptando todas y cada una de esas premisas, las **hipótesis más relevantes** de la Historia, y de la Historia de cada pueblo, son –deben ser– entonces:

- Hay razones objetivas que explican los atentados contra la vida, tanto de parte de la víctima como del agresor;
- Hay razones objetivas que explican el hambre y la miseria, y, en sentido contrario, la satisfacción y el confort;
- Hay razones objetivas que explican el empobrecimiento creciente, y, en sentido contrario, el desarrollo;
- Hay razones objetivas que explican la división y heterogeneidad social, y, en sentido contrario, la cohesión e integración social;
- Hay razones objetivas que explican ser objeto de relaciones inequitativas, y, en sentido contrario, el abuso arbitrario, y;
- Hay razones objetivas que explican la pérdida de la libertad y el sometimiento, y, en sentido contrario, la hegemonía y el sojuzgamiento.

Para todas y cada una de esas hipótesis la Historia debe –o debe ser capaz de– responder las dos siguientes **interrogantes** como mínimo:

- ¿Cuáles han sido las razones objetivas o causas que explican cada caso?, y;
- ¿Cuáles fueron las consecuencias de corto, mediano y largo plazo a que en cada caso dieron origen esas causas?

¿Muestra la **Historia tradicional** las razones explicativas correspondientes, o, si se prefiere, muestra las causas objetivas de las distintas situaciones? ¿Responde a cada una de las interrogantes para el caso de cada una de las hipótesis? No, categóricamente no. Ni a nivel general y abstracto, como Teoría de la Historia; ni a nivel particular, esto es, en la versión de la Historia de cada pueblo, nación o Estado.

Como resultado de todo ello, quizá el mayor cargo que puede hacerse a la Historia es que, **si de algo los pueblos desconocen casi por completo, es precisamente de historia**, de su propia historia; y si de algo desconocen total y absolutamente, es nada menos que de las lecciones que se desprenden de la historia, en general, y de su propia historia, en particular. Terrible pero incuestionable paradoja. Y conste que Historia es sin duda uno de los temas a los que más horas de atención se presta en las escuelas.

¿Cómo si no es por desconocimiento de la historia podría explicarse que el 70 % de la **población estadounidense** haya estado en un momento de la brutal agresión a Irak de acuerdo con la misma ¹⁸? Es, sin género de duda, una consecuencia de que, por

18 Gallup, en Perú.21, *Encuesta*, Lima, 1–4–03, p. 4,

desconocimiento de las lecciones de la historia, no tienen la más remota idea, ni son concientes, de las graves consecuencias que en el tiempo habrá de acarrear esa arbitrariedad.

Y, en otro extremo, ¿cómo si no es por desconocimiento de la historia podría explicarse que gran parte del [pueblo peruano](#) atribuya nuestro subdesarrollo a que somos “ociosos”? Es pues también una magnífica prueba de que la Historia ha sido incapaz de mostrar las verdaderas causas del fenómeno. Y, tanto peor, ha permitido que deformaciones ideológicas alienantes sustituyan a la verdad.

Los historiadores, pues, en cada uno de nuestros pueblos, pero con mayores posibilidades de éxito los de las nuevas hornadas, que accederán a la investigación sin anteojeras y sin camisas de fuerza, deben acometer la [titánica tarea de revisar y reformular la Historia](#), con el caro objetivo de hacer de ésta una ciencia.

Pero a efectos de lograr tal propósito, para dotarse de más y [más adecuados recursos](#), deberán hacerlo como parte de un esfuerzo multidisciplinario, con el concurso de diversos otros profesionales (sociólogos, antropólogos, etnólogos, sicólogos, politólogos, economistas, agrónomos, ingenieros hidráulicos, meteorólogos, físicos, químicos, médicos, etc.).

Y, en la búsqueda de la verdad, con criterio científico, lo anecdótico deberá dar paso a lo relevante, y lo aparente al [análisis que dé cuenta de lo esencial](#), que normalmente no se vislumbra en la engañosa superficie de los hechos.

No obstante, y por añadidura, dejando de lado prejuicios de toda índole, la nueva investigación histórica no podrá prescindir de trabajar con [hipótesis previas](#), grandes interrogantes a las cuales intentar responder.

Pues bien, lo que sigue no es sino un intento de mostrar que todo ello es posible. Con los mismos [datos que hoy provee la Historia tradicional](#), reordenándolos y revalorándolos en función de las grandes hipótesis que hemos adelantado, los resultados no pueden ser menos que sorprendentes: virtualmente surge una nueva Historia.

En el resultado de nuestro esfuerzo no debe esperarse un discurso expositivo que haga del [tiempo la variable más relevante](#), y que dé pues cuenta de los acontecimientos en el orden cronológico en que se sucedieron. Ésa tarea, indispensable –pensando por ejemplo en los textos en que deben ser educados nuestros hijos–, es posterior y queda diferida.

Por encima de todo hemos privilegiado la tarea de [análisis](#) y de [abstracción](#) y [síntesis](#), en busca de los sustratos, los elementos o factores comunes que yacen por debajo de la superficie de los hechos, e independientemente del tiempo, de modo tal de mostrar que, en efecto, hay [constantes importantísimas en la historia](#) cuyo conocimiento y conciencia de los mismos deben ocupar el sitio que hoy, en los textos y en la memoria colectiva, ocupan datos irrelevantes y anecdóticos.

LAS GRANDES OLAS DE LA HISTORIA

Desde una perspectiva que por un momento resultó harto novedosa, **Toffler** expuso su teoría de que la humanidad actualmente está en el tránsito entre la Segunda Ola –en lenta agonía– y la Tercera Ola –en franco proceso de expansión–. No nos resultan muy “útiles”, sin embargo, las proyecciones que pueden hacerse a partir de las tesis de Toffler –quizá las mejores y más importantes preguntas se le quedaron en el tintero–.

En relación con la historia de la humanidad, con preguntas distintas a las que se hiciera Toffler, puede llegarse a respuestas diferentes, que, además, tienen un **valor proyectivo** que –como veremos más adelante–, resulta cualitativamente muy valioso. ¿Cuáles han sido –nos preguntamos– las grandes civilizaciones de Occidente? O, como las denominaremos en adelante, ¿cuáles han sido las *grandes olas* de la civilización occidental?

De la Primera a la Octava Ola

Para Occidente por lo menos, la civilización humana habría atravesado hasta ahora por **Nueve Grandes Olas**. Los centros de las mismas aparecen en el **Gráfico N° 2**. Pero el conjunto de las nueve, en orden alfabético, es el siguiente:

- Creta
- Egipto
- España
- Estados Unidos
- Francia
- Grecia
- Inglaterra
- Mesopotamia
- Roma



De manera deliberada, para así dar énfasis a nuestro razonamiento, las hemos listado alfabéticamente –y no pues en el orden cronológico al que estamos acostumbrados–. Así, entonces, hay lugar a que nos preguntemos, ¿han brotado los centros de las distintas olas, uno aquí y otro allá, sin orden ni concierto, **arbitraria y erráticamente, en el tiempo y en el espacio**? O, si no fue así, ¿por qué entonces se dio la secuencia tal y como se la conoce y no de otro modo?

Una y otra interrogante son válidas tras leerse esas versiones de la Historia que, presentando secuencialmente la evolución de historia de Occidente, no explican en modo alguno por qué se dio esa secuencia y no otra? ¿Era ésa, acaso, la única secuencia posible? ¿Por qué? **¿No hubo posibilidades de que se diera una progresión distinta?** ¿Por qué? Y, por último, ¿podría hablarse de una “secuencia natural”, esto es, de una en la que la voluntad de los hombres y gobernantes de todos y cada uno de los pueblos involucrados estuviera realmente ausente, y se dio pues “lo que, necesaria e inevitablemente, tenía que darse”?

¿El encadenamiento de los centros de las distintas olas, de la primera a la última civilización, constituye una progresión continua, donde cada núcleo tiene estrechísima relación con el anterior y, por consiguiente, **cada una de las olas se explicaría a partir de la que la precedió**? ¿Puede desentrañarse acaso una explicación que, a modo de oculto hilo conductor, enlace todos los centros de las olas de civilización y, en consecuencia, nos permita vislumbrar entonces claramente el próximo, es decir el centro de esa ola que aún no conocemos?

Circunscribiéndonos por un momento a las seis primeras que se dieron en la historia de Occidente, ellas **bien pudieron presentársenos** –cronológica y espacialmente–, en el orden que muestra el **Gráfico N° 3**.



Esto es, y aun cuando ello no ocurrió así, bien pudo ser la secuencia: 1° Francia, 2° Mesopotamia, 3° Roma, 4° Egipto, 5° Grecia y 6° Creta. Pero, ¿pudo acaso darse la

secuencia que hemos presentado? O, en su defecto, ¿por qué la progresión no fue esa? O, en todo caso, ¿qué impidió o qué no permitió que se diera esa secuencia? ¿Hubo acaso condiciones objetivas:

- a) que, para el caso de la secuencia propuesta, **impidieron** que Francia (o cualquier otro que no fuera Mesopotamia) fuera el centro de la primera ola;
- b) que **imposibilitaron** que se experimentara tremendos saltos geográficos como los que se insinúa entre 1 y 2, o entre 2 y 3; y, en definitiva;
- c) que **imposibilitaban** que se diera cualquier otra variante de la secuencia que ha registrado la Historia?

No se nos ha ofrecido respuesta a esas interrogantes, que, sin embargo, resulta importantísimo contestar, a fin de tener una visión más certera de la historia; a fin de desentrañar **leyes que aún permanecen ocultas**. No obstante, y como veremos, todas y cada una de esas interrogantes parece tener una respuesta.

Como se sabe, y tal como mostramos en el **Gráfico N° 4**, la progresión de las grandes civilizaciones de Occidente ha sido pues:

- 1ª – Mesopotamia
- 2ª – Egipto
- 3ª – Creta
- 4ª – Grecia
- 5ª – Roma
- 6ª – Francia
- 7ª – España
- 8ª – Inglaterra
- 9ª – Estados Unidos



Entre tanto, la siguiente, es decir la que será **la 10ª Ola de la historia de Occidente**, sigue siendo un enigma. Porque, con los abundantísimos pero en su mayoría anecdóticos e irrelevantes elementos que ofrecen los textos de Historia, es virtualmente imposible preverlo. Así, no deja de sorprender que la Economía, sin apelar pues en una línea a la profusa pero inútil información que a estos respectos aún hoy provee la Historia, estaría haciendo un pronóstico altamente verosímil; lo que por cierto no

significa que dentro del marco de esa ciencia tenga base científica, en tanto que los fundamentos en los que se basa, eventualmente podrían apenas constituir la excepción a una regla que, por lo demás, no ha sido explicitada en la Teoría Económica.

¿Leyes de la historia?

Mas focalicemos nuevamente nuestra atención en las seis primeras grandes olas, tal y como se dieron, a fin de comparar la imagen resultante con aquella de progresión azarosa y errática que hemos presentado en el [Gráfico N° 3](#). La [secuencia real, espacial y cronológicamente](#), de las primeras seis grandes olas de civilización de Occidente nos la ofrece entonces el [Gráfico N° 5](#).



¿Por qué pues –volvemos a preguntarnos– las cosas ocurrieron de esa manera y no de otra? Junto con ésta, debemos también responder a estas otras interrogantes: [¿Por qué la primera fue Mesopotamia y no otra?](#) ¿Pudo acaso ser otra la primera? ¿El surgimiento de Mesopotamia como la Primera Gran Ola, fue un acontecimiento absolutamente azaroso e inexplicable, o, por el contrario, había razones objetivas para que ello ocurriera así y no ocurriera ni pudiera haber ocurrido de otro modo? ¿Cómo se formó ésa y cada una de las siguiente olas? ¿Por qué y cómo sucumbieron todas y cada una de esas civilizaciones, o, si se prefiere, por qué y cómo se formaron cada una de esas olas y posteriormente fueron amainando hasta perder totalmente importancia? ¿Cómo se produce la sucesión? ¿Qué pueblo, y por qué él y no otro, tomó la posta que dejó la ola precedente?

Pero también, y de singular importancia para entender el presente y avizorar con más nitidez el futuro, ¿la caída de una ola, el tránsito hacia la siguiente, y la formación de la nueva ola, han tenido en cada caso explicaciones o causas distintas; o, por el contrario, hay [comunes denominadores en el tránsito de una a otra](#) y de ésta a la siguiente? ¿Se han dado esos comunes denominadores? ¿Cuáles son?

Resulta, pues, sumamente importante desentrañar cuáles han sido los elementos o los factores comunes presentes siempre en el largo proceso histórico, de más de diez mil años, transcurrido entre la primera y la octava ola. Esos factores comunes –que pasaremos a plantear a título de **hipótesis históricas**–, son los que nos permitirían explicar y entender por qué se dio la progresión que conocemos de las civilizaciones de Occidente, y no otra. O, si se prefiere, esos factores constituirían la inexorable ley de progresión de la civilización.

1) Proximidad geográfica

La progresión de la civilización occidental ha sido una sucesión continua y en posta entre los distintos centros de las respectivas olas. El **Gráfico N° 4** es harto elocuente en este sentido. Es decir, a diferencia de lo que se muestra en el **Gráfico N° 2**, nunca se ha producido un gran salto. La “posta” siempre ha pasado de un pueblo a uno de sus “vecinos” y de éste, a su turno, a uno de su propio entorno. Nunca ha pasado de un pueblo a otro remoto y lejano, pasando por encima de varios o muchos pueblos, como habría ocurrido si se hubiera dado algo similar a lo que presenta el **Gráfico N° 2**.

La “posta” invariablemente ha pasado del pueblo que fue centro de una ola a uno de sus “vecinos”, y no pues a cualquier otro espacio: **de Mesopotamia pasó a su vecino Egipto; de éste, a su vecina Creta**; de ésta, a su vecina Grecia; de ésta, a su vecina Roma; de ésta, a su vecina Francia; de ésta, al conjunto vecino constituido por Inglaterra–España–Alemania; y, de dicho espacio, a su vecino Estados Unidos.

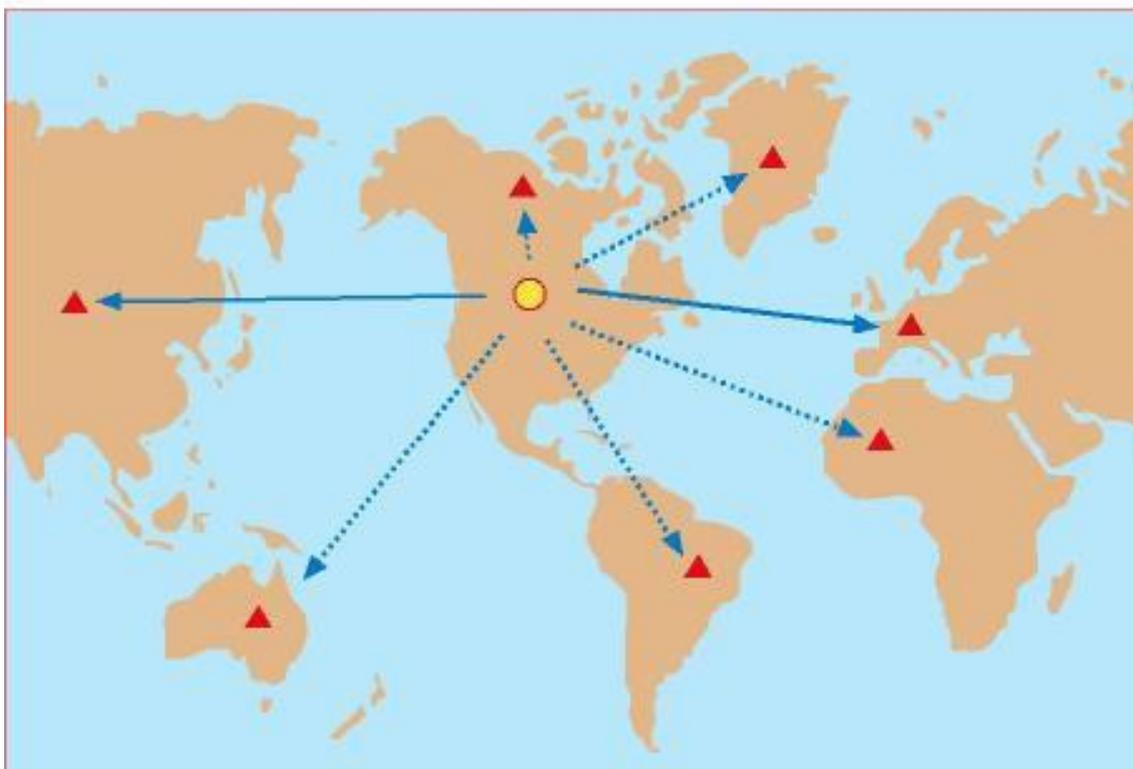
Esa progresión, inexorablemente de un pueblo a su “vecino”, y como veremos más adelante, no es una simple coincidencia. Responde, por el contrario, a **poderosas objetivas razones**; esto es, a causas que es posible reconocer, evidenciar y explicitar.

No obstante, resulta sumamente importante destacar a esta altura dos observaciones: a) la **diferencia de idiomas nunca ha sido una barrera que impidiera la transferencia de la posta**; y b) en general –salvo en el caso de Creta, para cuya excepción hay también poderosas razones–, cada nuevo centro de una ola involucra a poblaciones cada vez más numerosas, en espacios cada vez más amplios.

Pues bien, si esta “ley de vecindad” en la progresión se sigue cumpliendo, la próxima ola podría eventualmente tener como centro a uno de los grandes vecinos de Estados Unidos: **Canadá** en Norteamérica; México o **Brasil**, por ejemplo, en América Meridional; muy difícil aunque hipotéticamente algún país del África, al sureste; alguno de Europa al este; o Japón o **China**, al oeste. Sin embargo, y como puede verse en el **Gráfico N° 6**, también son “vecinos” de Estados Unidos, Australia al suroeste; y Groenlandia (que es posesión de Dinamarca), al noreste.

Hasta aquí, pues, las **posibilidades de proyección son todavía muy inciertas**. Sin embargo, los factores que analizaremos en adelante irán progresivamente definiendo el futuro e inminente nuevo centro de civilización de Occidente.

Gráfico N° 6
Posibles centros de la Décima Ola



2) Intercambio comercial

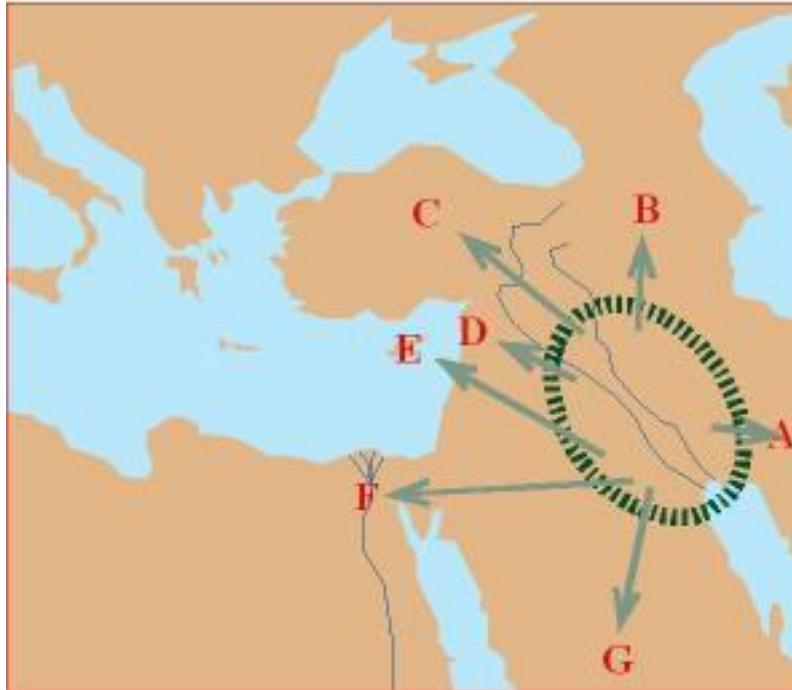
Pues bien, como es obvio –como nos lo ha mostrado el **Gráfico N° 6** y como nos lo muestra el siguiente–, todos los pueblos del globo están rodeados de vecinos. Debemos entonces ahora resolver la pregunta **¿qué pueblo vecino toma la posta que deja el centro de la ola que lo precedió?** Pero también **¿por qué la toma ese pueblo y no otro; o, si se prefiere, por qué la toma “ese vecino” y no otro también vecino?**

Los **vecinos de Mesopotamia**, como se ve en el **Gráfico N° 7** (en la página siguiente), eran –y son–: Irán (A), Armenia (B), Turquía (C), Siria (D), Chipre (E), Egipto (F) y Arabia Saudita (G).

La posta que dejaba Mesopotamia pudo, entonces, tomarla uno cualquiera de esos siete pueblos. **¿Por qué, sin embargo, la tomó Egipto y no otro?**

De los territorios vecinos a Mesopotamia, sin duda el más rico de todos era el valle del Nilo. No debe extrañar entonces que, en relación con el resto de los territorios nombrados, allí estuviera asentada la población más numerosa. Pero, afianzando aún más esta ya objetiva ventaja, esa **numerosa población egipcia**, magníficamente *bien vertebrada*, integrada y comunicada por el Nilo, era pues entonces una población culturalmente bastante *homogénea* –o, en todo caso, internamente bastante más homogénea que cualquiera de los otros vecinos de Mesopotamia–.

Gráfico Nº 7
Mesopotamia y sus vecinos



Por el contrario, sin grandes ríos, la **población persa** se encontraba muy esparcida en su amplio y más bien árido territorio. Los **armenios**, por su parte, asentados sobre las montañas del Cáucaso, constituían pequeños grupos dispersos en un quebrado y difícilmente comunicado territorio. Otro tanto ocurría con los **turcos**, que ocupaban un territorio agrícolamente pobre y muy quebrado, aunque de grandes dimensiones. Los **fenicios**, en Siria, ocupaban un terreno quebrado en la parte alta del Éufrates y casi completamente desértico en las llanuras colindantes con el Mediterráneo. Su ubicación geográfica, no obstante, los impulsó a centrar su atención en las actividades comerciales, tanto marítimas como terrestres. En Siria, en efecto, confluían la demanda que provenía del este (Mesopotamia) y la que provenía del sur (Egipto). La isla de **Chipre**, por su parte, sin ríos que fertilicen la tierra, contaba por entonces con una población insignificante. Y, finalmente, el desierto de **Arabia**, aunque inmenso, sólo era ocupado por pequeñísimos y muy dispersos grupos de hombres en torno a los oasis.

A todas luces, pues, por la ostensible mayor riqueza de su territorio, y, concomitantemente, por la mayor magnitud de su población, era el **egipcio**, entre los vecinos de Mesopotamia, **el pueblo objetivamente mejor dotado para tomar la posta** de ésta cuando de produjera su declinación. Esa, no obstante, no era una condición suficiente.

La tecnología de punta de aquella época –recordémoslo–, era la agricultura. ¿Y cual de los vecinos de Mesopotamia era, en términos de potencialidad agrícola, precisamente el más rico? Egipto, sin género de duda. La **extraordinaria producción agrícola del valle del Nilo** permitió que fuera creciendo incesantemente su población, de modo tal que, casi con seguridad, Egipto era, en los inicios de su apogeo, un

territorio tan poblado como Mesopotamia ¹⁹. Mas, muy probablemente, la conocida estacionalidad de las crecientes del Nilo, y las casi monótonas características del ecosistema del valle, imponían importar un gran volumen de mercaderías, de muy diversa índole, que se producían en ecosistemas distintos y complementarios al del Nilo. Y, sin duda alguna, principalmente del centro hegemónico de entonces, Mesopotamia.

Por lo demás, a pesar de que las sedes centrales de ambas sociedades imperiales se encontraban muy distantes una de la otra, [sus respectivas conquistas los habían llevado a convertirse en vecinos](#) que, disputándose la posesión los territorios del Asia Menor, en diversas ocasiones se habían enfrentado militarmente –como las dos más grandes potencias de la época–. Así, pues, y por sorprendente que pueda resultarnos, hay que admitir que Mesopotamia y Egipto estrenaron en la historia, hace más de tres mil años, lo que hoy conocemos como “bipolaridad”.

En tal virtud, a partir de su conflictiva vecindad territorial, y de su complementariedad productiva, se había tejido entre ambas sociedades [una red de relaciones vasta y densa](#), y de muy diverso género. Sin la más mínima duda, las relaciones comerciales Mesopotamia–Egipto alcanzaron magnitudes inmensamente mayores a las que se dieron entre Mesopotamia e Irán, o las que se dieron entre Mesopotamia y Chipre, y con cualquier otro de los vecinos de Mesopotamia.

La numerosa, bien comunicada y homogénea población egipcia constituía pues el más grande mercado para los productos de Mesopotamia. Y, en sentido contrario, la producción del Nilo tuvo como su mejor mercado externo las poblaciones del Éufrates y el Tigris. El [comercio Mesopotamia–Egipto](#), a través de Siria, debió pues ser muy intenso. Sin duda el más importante del mundo de entonces. Desde Mesopotamia se exportaba lana y muy probablemente carne. Y desde Egipto lino, marfil y piedras preciosas.

En el contexto del florecimiento de la actividad comercial surgió la [escritura](#) (3100 aC), uno de los mayores aportes de Mesopotamia a la civilización Occidental. No menos importantes habían sido sus aportes en el establecimiento de la primera [agricultura](#) (8000 aC), y en la formación de las primeras [ciudades](#) del planeta (4000 aC). Y no menos trascendentales fueron también sus contribuciones con la cría de ganado, la construcción de [diques y canales de riego](#), la fabricación de herramientas y armas de bronce, así como la primera literatura del mundo. Y, una vez más en relación con el comercio, los primeros sistemas de pesos y medidas.

La expansión de los primeros Imperios de Mesopotamia, hacia el oeste, y la expansión del Imperio Egipcio, hacia el norte y tras conquistar a los pueblos de Palestina, los hizo confluír en Siria y disputarse acre y largamente ese territorio. [Siria](#), pues, fue el [punto de encuentro, comercial, político y militar](#), de las dos primeras potencias de Occidente, o, si se prefiere, la primera manzana de la discordia en la historia de los centros hegemónicos. De allí que no sea una simple coincidencia que en Siria, en la ciudad de Mari, halla sido encontrada la más grande colección de tablillas de arcilla: 17 500 piezas, en las que están escritos relatos de actividades comerciales (entre ellas la recaudación de peaje por el tráfico en el Éufrates), militares (como la

19 Hoy el territorio de Egipto es 3 veces más poblado que Irak.

persecución de esclavos de guerra fugitivos), así como de actividades diplomáticas y domésticas.²⁰

Egipto, pues, además de densamente poblado y rico, tuvo el más amplio y variado **intercambio de experiencias –comerciales, políticas y militares–** con el centro de la primera ola de Occidente. Sin duda, insistimos, fue un intercambio más vasto que el que Mesopotamia tuvo con cualquier otro de sus vecinos.

En aquellos momentos, vale la pena hacerlo explícito, las mercancías, como la tecnología y los conocimientos, circulaban, fundamentalmente, por tierra. Resulta obvio por eso que **los volúmenes más grandes de intercambio se concretaban con los vecinos**. No existían marinas mercantes ni aeronáutica, que habrían permitido que el comercio más intenso se diera con un pueblo lejano; ni la vía satélite, que habría permitido que la información y la tecnología fluyeran a pueblos aún más distantes. Así, la vecindad territorial jugaba un papel decisivo en la frecuencia y el volumen de los intercambios comerciales.

Ese intercambio, como todos los que vendrían después, cumpliría el rol trascendental de **vaso comunicante**, en el que, en uno y otro sentido –y sin que los protagonistas concientemente se lo propusieran– cada uno traspasaba al otro su más importante riqueza cultural, científica y tecnológica. Para el mundo de hace más de dos mil años, cuenta Julio César:

*Tienen los galos la costumbre de obligar a todo pasajero a que se detenga, quiera o no quiera, y de **preguntarle qué ha oído o sabe de nuevo**; y a los mercaderes en los pueblos, luego que llegan, los cerca el populacho, importunándolos a que digan de dónde vienen, y qué han sabido por allá*²¹.

Difícilmente puede pensarse que esa práctica la inventaron los franceses. Sin duda, esa costumbre –así como la de espiar deliberadamente a los vecinos–, se remonta hasta los orígenes mismos de la humanidad. Por lo demás, como resulta obvio, esos pasajeros y esos **comerciantes**, así como respondían, también preguntaban. He ahí que tomaban forma los **vasos comunicantes** entre los pueblos.

No siempre, sin embargo, el intercambio era equivalente. Muchas veces, por el contrario, resultaba más bien desigual. En efecto, el pueblo que estaba en el centro de la ola tenía muchísimo más que ofrecer a aquellos que estaban en la periferia, que lo que éstos podían ofrecerle a él. El **intercambio**, pues, beneficiaba a los pueblos de la periferia, pero, en particular, a aquel **con el cual se daba con mayor amplitud e intensidad**. En definitiva, Egipto estaba llamado, inexorablemente, y al margen de su voluntad, a tomar la posta que en algún momento dejaría Mesopotamia. Y así efectivamente ocurrió.

Ello no ha sido una excepción, sino, por el contrario, una **constante a lo largo de la historia de la humanidad**. Creta fue la bisagra comercial entre Egipto y Grecia; Roma prácticamente acaparó el intercambio –mercantil y cultural– que exportaba Grecia. Otro tanto puede afirmarse de la relación Europa–Estados Unidos. En los últimos doscientos años, con ningún otro espacio del planeta mantuvo Europa una mayor relación de

20 Geoffrey Barraclough y otros, **Atlas de la Historia Universal**, The Times, “El Comercio”, Lima, 1996, p. 24.

21 Cayo Julio César, **Los comentarios de la guerra de las Galias y de la guerra civil**, SARPE, Madrid, 1985, p. 78.

intercambio comercial que con Estados Unidos, que fue precisamente el pueblo que le tomó la posta. A principios del siglo XX, casi el 90% del comercio mundial se concentraba en el flujo entre uno y otro territorio.

De entre los vecinos, pues, la “posta” siempre la ha “tomado” aquél con el cual, el que “la perdía”, había mantenido mayores y más intensos vínculos: políticos, militares y comerciales. Es decir, **la tomaba aquel pueblo que, a través del intercambio, había obtenido el mayor traspase de riquezas.**

Tomando en cuenta este nuevo factor, revisemos entonces una vez más la proyección hacia el futuro que hemos propuesto en el **Gráfico N° 6**. A lo largo del siglo XX, la importancia del eje comercial EEUU–Europa ha ido decreciendo paulatinamente: del 90% del comercio mundial, a principios del siglo, descendió hasta el 80%, a mediados del mismo. Y ya en los primeros años de la década de los 90’s representaba solamente el 51% ²². Y actualmente, sin duda, representa menos del 50%. Se trata, pues, inobjetablemente, de una marcada tendencia decreciente. Entre tanto, América Meridional y África concentran poco significativos 4 y 3% del **comercio mundial**. Y por el contrario, el Extremo Oriente, que a principios del siglo pasado ninguna significación tenía en el comercio mundial, hoy concentra más del 25%, con el inobjetable liderazgo de Japón, y con insospechables perspectivas de crecimiento a medida que China participe más crecientemente en el comercio internacional.

No deja de ser curioso que, aun cuando la civilización humana ha dado saltos tecnológicos portentosos a lo largo de miles de años, hoy, a pesar de la existencia de las grandes flotas marítimas y aéreas, **sigue siendo con los vecinos** –Europa, al este, y Japón al Oeste– con quienes la potencia hegemónica de la actualidad mantiene las mayores relaciones de intercambio comercial. Japón destina a Estados Unidos el 28% de sus exportaciones, casi 5 veces más que al segundo de los mercados de la isla. Y trae de Estados Unidos el 22% de sus importaciones, esto es, 3 veces más que de su segundo proveedor. Para Estados Unidos por su parte, Japón es su mercado extracontinental más grande. A él llega el 10% de las exportaciones norteamericanas. Y representa también su más importante proveedor extracontinental. De él trae el 19% de sus importaciones. Hace 100 años el comercio norteamericano con Japón era casi 0, ¿a qué porcentajes ascenderán las exportaciones y las importaciones norteamericanas hacia y desde Japón y China en los próximos 50 años?

No es difícil prever entonces que Europa y Japón–China se presentan como los núcleos con los cuales Estados Unidos mantendrá, por muchos años, el mayor intercambio. Es posible pues prever que a **uno de esos dos polos** corresponderá el privilegio de ser el centro de la próxima y Décima gran Ola de la historia de Occidente. Pero serán otros factores, sin embargo, los que nos permitan el descarte final.

3) Hegemonía imperial

En todas y cada una de las grandes olas de la historia de Occidente, aquellas pues que la historiografía tradicional denomina “grandes civilizaciones”, los pueblos que fueron sus principales protagonistas han alcanzado la cima de la ola sólo después de constituirse en el centro o **poder hegemónico de un imperio**.

22 Abner Montalvo, *Gerentes y gestión transcultural*. En **El Perú en la ruta de la competitividad**, ESAN, Lima, 1995, p. 148.

Imperio

Mas, ¿qué es, o cómo se define “imperio”, ese término al que tanto se recurre en éste como en muchísimos otros textos? ¿Es oportuna y relevante la pregunta? Sí, contra todo cuanto pueda pensarse, sigue siendo ²³ y es oportuna y relevante porque, aunque cause asombro, no existe en la Historia, ni en el resto de las ciencias sociales, una definición consensuada, explícita, de sentido unívoco, preciso e indubitable del término. No obstante, “imperio” es, sin género de duda, “uno de los términos más importantes, característicos y recurrentes en Historia” ²⁴. ¿Cómo entonces –insistimos–, no tiene una definición científica y técnicamente solvente y válida (porque las que ofrecen los diccionarios de la lengua son para todos sus efectos inservibles)?

¿Cómo entender –podemos pues todavía preguntarnos ²⁵–, que el concepto “imperio” no esté definido en un texto tan significativo y especializado como el *Diccionario de términos históricos*, donde sí figura en cambio “imperialismo”, extrañamente definido como “adquisición y administración de un imperio...”. Y que no aparezca en el *Diccionario del mundo antiguo*, donde en cambio aparece “imperium”, definido como “poder originario y soberano de vida y muerte (...) del que eran investidos los altos magistrados [romanos]...”. Pero paradójica, y al propio tiempo muy reveladoramente, en uno y otro diccionario están sin embargo definidos con precisión conceptos tan poco trascendentes como, por ejemplo, “infangentheof” (ladrón...) e “impilia” (medias o polainas...). ¿Será, como seguimos creyendo, que la Historia tradicional sigue aferrada a conocer y definir lo banal, y mantiene incólume su postura de desconocer y mantener en la indefinición y la ambigüedad lo realmente importante y trascendente?

26. Como fuera, hay pues todavía lugar a insistir en nuestra [propuesta de definición](#)

Imperio es el dominio (estructural y sistemático) que ejerce un pueblo, nación y/o Estado (hegemónico) sobre otro u otros pueblos, naciones y/o Estados (sojuzgados y/o dominados), y a través del que aquél obtiene beneficios objetivos (identificables y mensurables) a costa del perjuicio objetivo (también identificable y mensurable) de éstos.

Ése pues es el concepto de “imperio” con el cual venimos trabajando en este texto –y con el cual hemos trabajado la colección de nuestros textos de Historia ²⁷–. La definición de “hegemonía”, sin embargo, la presentamos más adelante.

Pues bien, de esa definición de “imperio” se coligen varios aspectos sustantivos que merecen ser destacados. En efecto, debe en primer lugar relievase que hace referencia a un “hecho humano”, esto es, da cuenta de un asunto que pertenece estrictamente a la esfera del hombre. Mal puede pues con esa definición hablarse del imperio del león en la selva, por ejemplo.

23 Ya en el 2000, al publicar en INTERNET la tercera edición de **El mundo pre-inka: los abismos del cóndor** (www.nuevahistoria.com), nos habíamos planteado la misma interrogante. Un extenso análisis sobre el estado de la cuestión en torno al concepto “imperio” puede leerse en el subtítulo *¿Cómo definimos “imperio”?*, pp. 138–139.

24 Alfonso Klauer, **El mundo pre-inka: los abismos del cóndor**, p. 138, Nuevahistoria, Lima, 2000 / www.nuevahistoria.com

25 Klauer, **El mundo pre-inka...**, pp. 138–139.

26 En Klauer, **El mundo pre-inka...**, p. 139, dimos una definición que aquí creemos haber mejorado ligeramente.

27 Véanse los seis textos de Historia del Perú que el autor presenta en www.nuevahistoria.com.

Pero hace también referencia, en segundo lugar, a una “**hecho social**”, esto es, no a un hecho o acto individual, sino a uno en el que los involucrados son muchas personas e incluso muchos pueblos. Mal puede pues hablarse, en tal sentido, y por ejemplo, del imperio de Augusto, para hacer referencia al poder que ejerció ese personaje romano.

Pero además, en tercer lugar, dentro de lo específicamente humano y de lo específicamente social, hace referencia a una “**relación**”, esto es, privilegia el aspecto relacional entre las partes y, estrictamente, entre los pueblos, naciones y/o Estados involucrados, por encima de la consideración de que unos y otros constituyen “un cuerpo colectivo”. Así, la definición busca destacar la relación que existe entre el pueblo conquistador y los pueblos conquistados, más que presentar al conjunto de todos ellos, en abstracto, como un grupo social.

Debe en cuarto lugar destacarse que se trata de un tipo de relación muy particular, y, específicamente, de una de **carácter asimétrico**. No se trata pues de una relación entre “pares” o iguales que mutuamente se reconocen con pesos o poderes equivalentes. Sino de una relación en la que una de las partes, la “hegemónica”, no sólo tiene más peso o poder que cada una de las otras, sino incluso más que la suma del peso o poder de todas las otras.

Así, en quinto lugar, debe también relievase que se trata de una relación duradera, “**estructural y sistemática**”, y no pues de una relación efímera o circunstancial, como la que se traba en una guerra, aun cuando ésta conlleve anexión de territorios del vencido por parte del vencedor.

Pero además, y en sexto lugar, siendo como es una relación de dominio estructural y sistemático, debe inexorablemente admitirse que se trata de una relación **deliberadamente establecida por el pueblo hegemónico**. Porque resulta inaceptable que se siga creyendo que, al margen de la voluntad de los conquistadores, a los imperios los crean las circunstancias, o son una consecuencia inesperada del devenir de los hechos. No, en todo tiempo y en todo espacio, el conquistador ha actuado y actúa siempre a voluntad, por decisión propia y sin atenuantes de ninguna especie. Y más todavía cuando se tiene en cuenta que lanza a sus ejércitos mucho más allá de sus fronteras.

En séptimo lugar hay que destacar el **carácter intrínseco y ostensiblemente dañino y destructivo** que para los pueblos dominados representa la relación imperial. Ninguno de los pueblos sometidos a la fuerza por sus conquistadores ha escapado a esta ley inexorable, al extremo que sólo al cabo de siglos logran recuperarse. En tal virtud, las “simpatías” por los imperios no representan sino las “simpatías” por el conquistador. Y las loas al supuesto favorable saldo de las conquistas y colonizaciones no son sino las autoalabanzas que, comprensible y explicablemente, se propinan a sí mismos los conquistadores. Pero, sin duda, ni las simpatías de terceros, ni las autoalabanzas, corresponden a una posición objetiva y desapasionada, y menos pues pueden desprenderse del análisis y del enjuiciamiento científico.

Destacaremos por último, y en octavo lugar, que cada vez que hablamos de “imperio” estamos pues abordando un “**hecho histórico**”, verificable en el tiempo y en el espacio, con protagonistas de carne y hueso; y no pues, como figura en muchos

diccionarios, de un estilo artístico, o del período de gobierno de un emperador, o del abstracto predominio de la ley.

Pero no obstante cuanto se ha anotado, todavía de la definición dada puede colegirse que, mientras **todos los pueblos imperiales son hegemónicos**; no todos los pueblos hegemónicos, necesariamente, constituyen imperios. Porque puede haber hegemonía de un pueblo sobre otros, a través de la tecnología o el comercio, por ejemplo, sin que se dé un dominio estructural y sistemático que, necesariamente, suponga “perjuicio” para éstos. E incluso puede haber “perjuicio”, como cuando hay fraude, sin que se esté en presencia de una relación imperial.

Y no puede obviarse que es también característico de la relación imperial la disolución o **sometimiento absoluto de los aparatos estatales de los pueblos conquistados**. Cuando subsisten, pasan a formar parte del aparato estatal imperial. Pero por lo general como intermediarios o visagras entre el poder imperial y las poblaciones de los pueblos conquistados. Ello se da, casi invariablemente, allí donde conquistador y conquistado tienen lenguas diferentes.

No es difícil constatar que, en torno al concepto “imperio”, prevalecen en los textos imágenes que, además de imprecisas y ambiguas, son profundamente erróneas y distorsionantes. En la historiografía tradicional, y, por consiguiente, para la inmensa mayor parte de las personas, el **Romano es el imperio por antonomasia**. Refirámonos pues a él para mostrar las imprecisiones y distorsiones que más frecuentemente se ha presentado y que costará muchísimo trabajo erradicar.

Por de pronto, y en primer lugar, la sola denominación “Imperio Romano” a muchísimas personas les evoca simpatía. ¿Pero acaso a esas mismas personas les genera simpatía el nombre “Nebulosa de Andrómeda” o cuando se menciona “ley de la gravedad”? ¿Por qué estos últimos nombres resultan axiológicamente neutros, e Imperio Romano, en cambio, tiene **connotación valorativamente positiva**? O, por el contrario, ¿por qué el nombre “Atila” suscita antipatías –por lo menos para la mayor parte de los occidentales–? Sin duda, los cuatro nombres aludidos son objetos del quehacer científico, uno en la Astronomía, otro en la Física, y el primero y el último para la Historia. La neutralidad en el caso de “Nebulosa de Andrómeda” y “ley de la gravedad” es resultante de la manera objetiva y desapasionada como los científicos manejan y enfrentan esos objetos. En la historiografía tradicional, en cambio, los sujetos –los historiadores– han volcado en sus objetos de estudio sus pasiones: odios y amores, inadvertidamente en el caso de unos historiadores, y deliberadamente en el caso de otros. Mientras “Imperio Romano” y “Atila” sigan suscitando simpatías o antipatías, estarán más en el terreno de la novela o de la épica que en el de la Historia.

En descargo se ha dicho que en las Ciencias Sociales, y en la Historia por consiguiente, el historiador, en tanto ser humano, es parte del “objeto de estudio” y, al propio tiempo, el “sujeto que estudia”. Y que, en razón de ello, es imposible o muy difícil alcanzar completamente la neutralidad y la objetividad. Es frecuente por ello que, en el medio de controversiales acontecimientos o personajes, los contemporáneos a los mismos reclamen esperar **“el veredicto de la historia”**. Es decir, se presume que, a la distancia del tiempo, sí puede analizarse los hechos con ponderación, neutralidad y objetividad. Pues bien, el Imperio Romano dista ya mil quinientos años de nuestro tiempo. ¿No es un tiempo absolutamente suficiente como para acometer su estudio con

objetividad científica, prescindiendo por completo de juicios valorativos y pasiones, y cuyo resultado permita que, más allá de las simpatías o antipatías que todavía pueda suscitar, sepamos cuáles son las enseñanzas que nos ha dejado esa experiencia histórica?

En general, pareciera que muchos historiadores no se han sentido ante la necesidad de precisar bajo qué condiciones un pueblo pasa a transformarse en imperio. Es el caso de Barraclough y otros, por ejemplo, cuando hablan del Imperio Romano en su *Atlas de la Historia Universal*. “En la Tercera Guerra Púnica (149–146 aC) –dicen Barraclough y sus colaboradores–, los romanos lograron penetrar finalmente (...) y conquistaron y luego destruyeron [Cartago]. [La] *anexaron al imperio* [y] pasó a ser la *provincia* de África”²⁸. Es decir –para esos autores–, el Imperio Romano ya existía desde antes de la conquista de Cartago, que, como se sabe, fue su primera conquista fuera de la península. En otros términos, se nos presenta como que, existiendo el imperio, anexaron a él Cartago. **¿Cuándo entonces, y en qué condiciones previas había surgido el Imperio Romano?** ¿Qué cosa, antes de la primera conquista de otro pueblo, había convertido a los romanos en imperio? Y, ¿al anexarse el territorio de Cartago se anexó también al pueblo cartaginés? ¿Puede anexarse un pueblo? ¿A partir de la anexión los romanos consideraron acaso a los cartagineses como romanos, y aquéllos acaso se consideraron a sí mismos como romanos? ¿Puede considerarse al conjunto romanos–cartagineses un conjunto homogéneo? ¿Son lo mismo el verdugo que su víctima?

En segundo lugar, fruto de las **imprecisiones que prevalecen en la historiografía tradicional**, inadvertidamente se presenta a los imperios como pueblos que, no habiéndose precisado cómo y a partir de qué, fueron creciendo vertiginosamente con “conquistas–anexiones” y creando “provincias”. Así, las que antes eran poblaciones más o menos pequeñas, pero internamente homogéneas, terminan siendo presentadas a los lectores como poblaciones muy grandes, pero siempre internamente homogéneas: pequeños pueblos que, al crecer, se convierten en imperios con muchas “provincias”. Puede así leerse, por ejemplo: “el imperio era considerado como una extensión de Roma”²⁹.

Confunde pues esa jerga no especializada y multívoca que sigue utilizando libérrimamente la historiografía tradicional. Y en la confusión se refuerzan imágenes erróneas y equívocas. Se habla, como vimos, de las “provincias romanas”. Pero, como para casi todos los hombres de hoy las “provincias” son parte de un país, los imperios, pues, terminan siendo imaginados como grandes países con muchas provincias. A partir de ese erróneo concepto, ¿qué ocurre en la mente de los lectores cuando luego se habla de la “crisis del imperio”, “decadencia y caída” para terminar diciéndose, por ejemplo, “hacia fines del siglo [v] el Imperio romano de occidente había desaparecido”³⁰. ¿Pero como puede desaparecer ese gran país que se había formado en la mente de los lectores? Pues lo hacen desaparecer con la misma facilidad –y ausencia de rigor– con que lo hicieron aparecer. Muy similares son las equívocas expresiones que usa el profesor de Yale, Robert López. Él habla de la “decrepitud romana”³¹ y, refiriéndose a

28 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 64. Las cursivas son nuestras.

29 *Historia Universal 1*, Edit. Santillana, Lima, 1995, p. 148.

30 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 68. La cursiva es nuestra.

31 Robert López, *El nacimiento de Europa*, Ed. Labor, Barcelona, 1965, título en la p. 48.

la historia de Roma –y China–, habla de “la desaparición de las civilizaciones antiguas?”
32

“Desaparecido el imperio y desaparecida la civilización” romana, creado pues el vacío, los historiadores se ven entonces urgidos a volver a llenarlo. Así –con recursos dignos de un ilusionista–, Barraclough y sus colaboradores, y casi todos los historiadores, no tienen problema en decir: “[el Imperio Romano] fue *sustituido* por una serie de *reinos* bárbaros, los *visigodos* en España y suroeste de Francia, los *francos* en el norte de Francia, los *ostrogodos* en Italia y los *vándalos* en el norte de África”³³. ¿Sustituido? ¿De modo equivalente a como en una caja puede sustituirse camisas por pantalones que estaban en otra? ¿A dónde fueron a parar los romanos –las camisas–? ¿Y de dónde salieron los *visigodos*, *francos*, *ostrogodos* y *vándalos* –los pantalones–?

Y en lo que a “*reinos* bárbaros” se refiere, ¿puede, en rigor, considerarse *monarquías* a las formas de organización social y política de los pueblos de la Europa postimperial del siglo V? Finalmente, *bárbaro*, como bien se sabe, era la palabra con la que, primero los griegos y luego los romanos, se referían a los extranjeros. Pues bien, ¿no fue a los *visigodos* a quienes conquistaron los romanos en la península ibérica, y a los *francos* a quienes sojuzgaron en Francia³⁴? Siendo que así fue, la historiografía moderna no se hace problema en considerar *extranjeros en su propia tierra* a los pueblos que, tras el colapso del poder imperial, quedaron libres de la hegemonía romana. Por lo demás, la historiografía moderna no puede eximirse de la responsabilidad de que hoy la palabra “bárbaro” tenga connotaciones invariablemente descalificadoras: “fiero”, “cruel”, “temerario”, “inculto” y “grosero”³⁵. ¿No es acaso oportuno empezar a dejar de usarla, dadas las distorsiones conceptuales a que conduce, y, simplemente, hablar de “extranjeros”, cuando corresponda?

En nuestro concepto, pues:

- 1) Los imperios no son tales porque abarcan un gran territorio y/o porque su población es muy numerosa, sino que *se constituyen de hecho cuando un pueblo conquista y sojuzga a otro u otros*. A partir de esa circunstancia, y sólo de ella, el pueblo conquistador, grande o pequeño, y los pueblos a los que conquista, pocos o muchos, pasan a constituir un imperio, siendo el pueblo conquistador el que desempeña el rol hegemónico.
- 2) Los imperios *abarcan un continuum geográfico* en torno a los contextos geográficos inmediato y mediato del territorio del pueblo hegemónico. Y debe observarse que, desde Creta en adelante, los poderes hegemónicos incluyeron a los mares como elemento fundamental para crear el continuum geográfico imperial.
- 3) Es fundamental reconocer la *heterogeneidad del conjunto social* que forma parte de un imperio y, en consecuencia, reconocer la existencia de intereses disímiles y hasta ciertamente contrapuestos. El propio pueblo hegemónico no puede considerarse un conjunto homogéneo. Cada una de las distintas

32 López, *El nacimiento...*, subtítulo en la p. 25.

33 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 68. La cursiva es nuestra.

34 El desarrollo de este planteamiento puede verse en Alfonso Klauer, *Descubrimiento y Conquista: en las garras del imperio*, Tomo I, pp. 11–27, Nuevahistoria, Lima, 2000 / www.nuevahistoria.com.

35 Larousse *Ilustrado...*, p. 132.

fracciones, clases o grupos de que está compuesto tiene y defiende sus propios intereses, que muchas veces son incluso antagónicos con los del grupo dominante.

- 4) Pero en particular hay que destacar que el pueblo conquistador y los pueblos sojuzgados tienen y mantienen –en tanto dure la relación, y aun cuando ésta se prolongue por siglos–, **intereses distintos, opuestos e irreconciliables**. Esta es, sin duda, la principal contradicción que se da en el seno de los imperios. Y en general se mantiene latente durante todo el período en que el pueblo conquistador conserva hegemonía absoluta, pero va creciendo a medida que el poder hegemónico se debilita.
- 5) En general los pueblos conquistados no son anexados –y menos pues voluntariamente se anexan–, sino que son **conquistados, dominados y sojuzgados**.
- 6) Los pueblos conquistados, aunque formal y administrativamente el pueblo hegemónico los denomine y trate como provincias, no son tales: son **pueblos invadidos y saqueados**, que mantienen siempre su anhelo de independencia.
- 7) La riqueza generada en el seno de un imperio equivale a una **suma de valor cero**. Esto es, el pueblo hegemónico gana lo que pierden los pueblos sojuzgados.
- 8) Pero debe además ponerse énfasis en que el poder imperial muestra siempre una **altísima proclividad a destinar a gasto la mayor parte de la riqueza** que extrae de los pueblos sojuzgados: inútiles construcciones faraónicas, gigantesco gasto militar, y otras formas de dispendio entre las que destacan la corrupción y el lujo cortesano. La cada vez creciente proclividad al gasto, y, en consecuencia, la cada vez menor propensión a la inversión, es quizá el principal detonante (y segunda grave contradicción) que precipita la crisis y ulterior destrucción del poder hegemónico.
- 9) Los imperios, pues, no desaparecen, caen ni son sustituidos. Sino que, en razón de las propias contradicciones que desatan en su seno, y por acción de los pueblos dominados y otras circunstancias concurrentes, **termina destruido el poder hegemónico** y queda rota o disuelta la relación entre éste y aquéllos;
- 10) A partir de allí, los pueblos involucrados (tanto el ex conquistador, como los ex dominados) **vuelven a coexistir** como ocurría antes de que se diera inicio a la relación imperial, y;
- 11) Los pueblos conquistados, tarde o temprano, de una forma y otra, e incluso deliberada o inadvertidamente, **vengan con agresiones de distinto género las agresiones y expoliaciones de que fueron objeto**. Ese es el alto precio –diríamos la *factura*–, que han pagado, pagan y pagarán todos y cada uno de los pueblos imperiales en la historia de la humanidad.

Para terminar, en relación con el párrafo precedente, y en torno al caso del Imperio Romano, no existe razón alguna para **seguir estigmatizando como “bárbaros”**,

entre otros, a los predecesores de los alemanes, belgas, franceses, españoles y norafricanos de hoy, que unánimemente se rebelaron y vengaron del poder hegemónico romano. Ese errado y mezquino término merece ser total y absolutamente desterrado de los textos de Historia, porque con él se deforma grotescamente la historia de los pueblos que, en justicia, se alzaron contra el feroz opresor.

Hegemonía

Pues bien, dado que usamos reiteradamente el concepto, pasamos entonces también a precisar qué entendemos y en qué sentido utilizamos la palabra *hegemonía*.

Para algunos diccionarios de la lengua significa, a secas, “dominio, supremacía”³⁶. En otros casos se considera como sinónimos de “hegemonía” también a conceptos tales como “predominio, superioridad, preponderancia, preeminencia, influencia, influjo”³⁷. Sí pues, en el lenguaje cotidiano, y sobre todo en el de la novela, hay lugar a utilizar indistintamente cualquiera de esos sinónimos en sustitución de “hegemonía”. Pero en el terreno de la Historia (la ciencia histórica), como en el caso de “imperio”, debemos adoptar y asumir una **definición conceptualmente clara y unívoca**.

Hegemonía es el dominio (permanente o transitoria) que ejerce un pueblo, nación y/o Estado (hegemónico) sobre otro u otros pueblos, naciones y/o Estados (dominados), y a través del que aquél hace prevalecer sus intereses (territoriales, económicos, culturales, etc.).

Es decir, cuando hablamos de hegemonía, estamos pues también hablando de un tipo muy específico de *relación* entre dos pueblos, o, por lo general, entre uno y varios pueblos. Lo característico de la relación es sin embargo en este caso que el **pueblo dominante hace prevalecer sus intereses** ante los pueblos dominados sin que se dé sojuzgamiento y, en particular, el que se obtiene con la ocupación militar del territorio.

Pero debe destacarse otras **diferencias**, por lo menos las sustanciales, que distinguen a la **relación imperial de la hegemónica**. En éste, en efecto, muchas veces los pueblos dominados sufren perjuicios, graves o menores, pero ello no siempre ocurre. Y no siempre se da entonces que cuanto gana uno lo pierde el otro.

En la relación hegemónica, por lo demás, **no desaparecen los aparatos estatales** de los pueblos dominados. Subsisten con dosis mayores o menores de autonomía que dependen de diversos factores: el mayor o menor peso específico o poder propio del pueblo dominado; la habilidad estratégica de los gobernantes de los pueblos dominados; el nivel de polarización ideológica entre los gobiernos en cuestión; la relevancia que para el poder hegemónico tiene, en relación con sus intereses, el asunto sobre el cual decide el gobierno del país dominado, etc.

A diferencia de lo que ocurre en la relación imperial, y sobre todo en los tiempos recientes con el desarrollo de la tecnología de las comunicaciones, en la relación hegemónica ya **no necesariamente se da el continuum geográfico** que caracteriza a los imperios.

³⁶ Véase por ejemplo, **Larousse Ilustrado...**, p. 533.

³⁷ Véase por ejemplo el diccionario castellano incluido en la versión de Word de Windows XP.

Pues bien, la **hegemonía** puede darse en aspectos de la vida humana tan diversos como el **militar, económico, financiero, ideológico, científico, tecnológico, idiomático, literario, estético, religioso**, etc. Y, claro está, puede darse en todos ellos o sólo algunos campos. Más aún, en la amplia gama de variantes de relaciones entre los pueblos, puede darse al caso de uno que, por ejemplo, con mayor desarrollo científico y artístico que otro, es, no obstante, hegemonizado por éste en virtud de su supremacía económica o militar o de ambas. El mismo rico espectro incluye pues variantes en las que la relación hegemónica se sustenta única y exclusivamente en razón de la fuerza militar, pero que, a su vez, no necesariamente tiene que derivar en guerra, invasión y conquista, sino que bien puede expresarse sólo en amenaza, chantaje o presión, de manera pasajera o permanente, sutil o descarada.

Por lo general, y especialmente cuando se habla de la antigüedad, e incluso de los siglos recientes, se asocia hegemonía –a secas– con hegemonía militar, es decir con agresiones militares y violencia, esto es, con altos costos sociales. No puede perderse de vista, sin embargo –y la historia contemporánea resulta altamente ilustrativa al respecto–, que la **hegemonía económica**, por ejemplo, puede derivar en costos sociales y económicos tan altos como los de una prolongada conquista militar y mucho más altos que los de una gran guerra. Las relaciones en las que se da hegemonía son, pues, típicamente asimétricas y verticales y, generalmente, son relaciones muy prolongadas. La *hegemonía absoluta* implica una relación profundamente antidemocrática, en la que está siempre presente la arbitrariedad y el abuso, descarado o sutil.

Dominación

Desde antiguo, en la relación entre dos pueblos, siempre se ha dado que recíprocamente **no ejercen entre sí igual influencia**, siendo la de uno mayor que la del otro, pudiendo revertir el fenómeno en un período distinto.

Los argumentos o **razones de dominación** pueden ser de diversa índole: magnitud poblacional, desarrollo económico, capacidad de inventiva, tradición y prestigio, estrategia mejor definida en lo que a relaciones con el entorno se refiere, aparato estatal más eficiente, mayor poderío militar, etc.

En general puede decirse que las relaciones de dominación se dan también dentro de un **continuum geográfico**. Es decir, casi exclusivamente con los pueblos, naciones y/o Estados vecinos.

Proponemos entonces a este respecto la siguiente **definición**:

***Dominación** es la mayor influencia (permanente o transitoria) que ejerce un pueblo, nación y/o Estado (dominante) sobre otro u otros pueblos, naciones y/o Estados (dominados), y a través del que aquél hace prevalecer sus intereses (territoriales, económicos, culturales, etc.).*

Imperialismo³⁸

38 Muy difícilmente podrá olvidar el autor de este libro que, en momentos en que redactaba esta parte, un mensaje electrónico le hizo saber que acababa de iniciarse el infeliz ataque estadounidense contra Irak.

Según se vio anteriormente, en el *Diccionario de términos históricos*, “imperialismo” es sorprendentemente definido como “adquisición y administración de un imperio...”. Y por igual son inadecuadas y eufemísticas, carentes de rigor científico, las definiciones que puede encontrarse en los diccionarios de la lengua. Se dice, por ejemplo, que “imperialismo es opinión favorable al desarrollo imperial; doctrina política que procura estrechar los lazos entre un país y sus colonias, desarrollando la potencia metropolitana; política de un Estado que tiende a poner ciertas poblaciones o ciertos Estados bajo su dependencia política o económica”³⁹.

En una primera instancia, y con cargo a que la hipótesis sea mejor estudiada, el “imperialismo” sería un fenómeno relativamente reciente en la historia de la humanidad. Habría surgido en los **albores del siglo XIX** al propio tiempo que, existiendo imperios como el Inglés, el Español y el Francés, se desató un vasto proceso de independizaciones alentado por las propias pugnas inter-imperiales. En el contexto de esas rivalidades cada potencia, independientemente o en alianza explícita o implícita con otra, buscó arrancarle a la tercera el control sobre los territorios que dominaba.

¿Quién puede dudar hoy, por ejemplo, que la independencia de los territorios de América se dio en ese marco? Estados Unidos, en efecto, surgió a la vida independiente con el apoyo de **Francia y España**, contra los intereses imperiales de Inglaterra. Y Latinoamérica, con el apoyo de **Inglaterra y Francia**, en contra de los intereses imperiales de España, quedó sembrada de nuevas repúblicas.

Después se vería que ninguno de esos apoyos fue incondicional, ni en aras de sagrados principios de libertad y autodeterminación de los pueblos. Sino para sustituir a la potencia derrotada, por lo menos en muchos aspectos, o, si se prefiere, en los que resultaban sustantivos. Así, **Inglaterra**, por ejemplo, catapultada por la gigantesca acumulación de riqueza que le generó la Revolución Industrial, hizo sentir a diversas de las novísimas repúblicas latinoamericanas, y en particular a aquellas a las que había apoyado en su proceso de emancipación, su **inmenso y avasallante poder económico**, financiero y comercial, y, sobre esa base, pasó a tener poder hegemónico sobre ellas, en sustitución del que había tenido el Imperio Español.

Quedó así instaurada una nueva forma de colonialismo, el neo-colonialismo: el **poder hegemónico convirtió en cuasi-colonias a las noveles repúblicas**. Y es que, sin desconocer su independencia, pasó a sojuzgarlas con resultados casi idénticos a los que se daban durante la gestión imperial anterior, aunque ya sin necesidad de presencia militar alguna. Los grandes comerciantes y financistas ingleses se encargaron de expoliar a las repúblicas con la misma eficacia que antes lo habían hecho los destacamentos militares españoles.

Poco habría de durar sin embargo es este espacio del mundo la hegemonía inglesa. Ya en los albores del siglo XX **Estados Unidos** había pasado a convertirse en una nueva potencia en el escenario mundial. E hizo prevalecer aquí “sus derechos” sobre Inglaterra, por el hecho de que éste era su ámbito natural de influencia.

Así, del río Grande para abajo, el inmenso territorio latinoamericano, el “patio trasero” de Estados Unidos, pasó a convertirse en **espacio semi-colonial bajo la**

39 Larousse Ilustrado..., p. 563.

absoluta hegemonía de la potencia. Hegemonía que se puso de manifiesto en todos los órdenes de cosas: militar, económico, financiero, comercial, tecnológico, idiomático, estético, artístico, deportivo, etc. Pero, claro está, también en el de la política internacional, en el que, virtualmente para todos los efectos, Latinoamérica actúa como furgón de cola de la política que dicta el Departamento de Estado en Washington.

A esa hegemonía absoluta, en la que “formalmente” el poder dominante está revestido bajo la forma de República, y el **territorio semi-colonial está también formado por repúblicas independientes**, es que estamos denominando “imperialismo”. En él hay pues política imperial, de dominación plena y sojuzgamiento, sin que “formalmente” exista un imperio. Pero para los pueblos del territorio semi-colonial latinoamericano, los resultados son virtualmente idénticos a cuando estuvo bajo la égida del poder imperial español: atraso, descapitalización, miseria.

Si la **diferencia entre “imperio” e “imperialismo”** está sólo en el revestimiento con que se nos presentan los protagonistas (que hoy son pues repúblicas independientes), pero los resultados son los mismos, resulta pues absurdo establecer una nueva definición. Quizá lo máximo que cabría decir es que el “imperialismo” no es sino la versión correspondiente a estos tiempos de los “imperios” de la antigüedad.

La guerra, instrumento de dominación y hegemonía

Aunque no es la única, la guerra es quizá la más importante entre las diversas razones que dan cuenta de la relación de dominación que, durante mucho tiempo o episódicamente, ejerce un pueblo, el vencedor, sobre otro, el vencido. Y, aunque tampoco es el único, la guerra ha sido siempre **el más importante instrumento de hegemonía**. Por lo demás, sin excepción, siempre a través del recurso de la guerra, todos los imperios se han construido extrayendo grandes riquezas a los pueblos sojuzgados, que ésa, y no otra, ha sido siempre la razón de las conquistas.

El hombre –dice Jean Baechler⁴⁰–, “es impulsado por pasiones irresistibles”: **“ambición, codicia, avaricia, vanidad, orgullo, envidia”**. Y puede pensarse que, además de premunidos de esas pasiones, debe haber correspondido el rol de catalizadores de las guerras a los que el propio Baechler denomina hombres de “talante pendenciero”⁴¹.

Los líderes con **“talante pendenciero”** –llámense faraones, sátrapas, césares, emperadores, reyes anglicanos o reinas católicas, emires o sultanes, führers, o lo que fuera, pero también emperadores inkas y presidentes de repúblicas–, lanzaron así a sus pueblos a la conquista de sus vecinos. Ya sea para arrebatarles una riqueza puntual o una parte del territorio, o para someterlos íntegramente y hacerlos formar parte de su imperio. Pero, claro está, muchas guerras han sido desatadas para recuperar riquezas o territorios antes perdidos; para “sancionar” en represalia; para liberar territorios ocupados de pueblos aliados; o guerras de liberación contra algún tipo de opresor, externo o interno.

Para todos los casos, sin embargo, Clausewitz hizo famosa su afirmación de que la guerra es **“una forma de hacer política por otros medios”**. Pero, por sorprendente que

40 Baechler, **Breviario...**, p. 29.

41 Baechler, **Breviario...**, p. 30.

pueda resultar, esa tan celebrada definición no pasa de ser una tautología, porque equivale a decir “la guerra es una forma de hacer política por medios violentos”.

Pero para la comprensión de los hechos de la historia, esa definición, además de inútil, acarrea otros problemas. En efecto, *¿qué se entiende en ella por “política”?* Asumamos que supone –como lo dice un diccionario⁴²–: “arte, doctrina y opinión referente al gobierno de los Estados”, o, en buen romance, “el manejo de la cosa pública interna”. Así, si reemplazamos en la definición de Clausewitz “política” por la prosaica definición de “política” que se acaba de dar, paradójicamente resulta que la guerra entre dos Estados es “una forma violenta de ventilar en el extranjero los asuntos internos”. Ni una ni otra resultan pues definiciones útiles y consistentes.

Baechler, por su parte, en una *definición que no pasa de ser un buen deseo*, define la “política” como “el orden cuya misión es *asegurar la paz para la justicia...*”⁴³. En este caso, haciendo la sustitución correspondiente, resulta que, patéticamente, la guerra “es una forma violenta de asegurar la paz para la justicia”. Hagamos sin embargo una última sustitución, pero esta vez con la definición que diera el Papa Juan XXIII sobre “política”: “la forma más alta de ejercer la *caridad*”⁴⁴. En este caso, pues, resulta una no menos patética definición de guerra, que debería entenderse entonces como “una forma violenta de ejercer la caridad”.

Para la comprensión de la historia, mucho más importante incluso que tener una clara definición de “dominación”, “hegemonía” e “imperio”, resulta tener una adecuada *definición de “política”*. Porque ésta, siendo consustancial a la vida del hombre y de los pueblos, a diferencia de aquéllos –que sólo son hechos históricos circunstanciales, aunque no por ello necesariamente breves–, ha estado y está archipresente en todo tiempo y espacio, más obviamente en unas circunstancias que en otras, pero siempre. A tal efecto, proponemos entonces la siguiente definición:

Política es toda acción (o aparente inacción) en defensa de intereses.

Así, la harto evocada definición de Clausewitz, resultaría en que la *guerra es “una forma violenta de defender intereses”*. Pero todavía tenemos entonces obligación de preguntarnos, ¿cuáles han sido, invariablemente, los resultados de las guerras? ¿Acaso siempre han significado una exitosa defensa de los intereses reivindicados para desatarlas? No, por supuesto que no. Por su enorme presencia en los textos de Historia, baste recordar el ostensible fracaso napoleónico en Rusia. O, por lo frescos que están en la memoria, basta recordar los resultados que para la propia Alemania nazi tuvo la Segunda Guerra Mundial que desató; o los que obtuvo Estados Unidos en su brutal incursión en Vietnam.

Aceptemos, no obstante, que muchas veces las guerras sí han tenido resultados exitosos. Pero debemos de hacerlo sólo a condición de que aceptemos también que, siempre, sin excepción, han sido éxitos aparentes, cuando no sólo efímeros. Porque, en el mejor de los casos, han sido éxitos en el corto plazo, pero nunca en el largo, cuando la historia registra la revancha de quienes habían perdido en el pasado. A la postre, pues, *hasta la más “justa” y la más “exitosa” de las guerras tiene nefastos resultados*,

42 Larousse Ilustrado..., p. 820.

43 Baechler, Breviario..., p. 33. La cursiva es nuestra.

44 La cursiva es nuestra.

porque en el largo plazo éstos son siempre contraproducentes. De allí, finalmente, que la definición de Clausewitz debería quedar sustituida por esta otra: “la guerra es la forma más nefasta de defender intereses”.

a) Hay guerras y guerras

¿Son acaso todas las guerras de la misma índole? Si de muertos, de balas y de recursos económicos gastados se trata, ciertamente todas las guerras son en definitiva igualmente perniciosas. ¿Pero son éstos acaso los únicos parámetros? ¿No cuentan las **motivaciones**? ¿No cuentan otras **consecuencias** que las vidas, las balas y los recursos económicos perdidos? ¿Pueden ser consideradas como equivalentes las guerras de frontera que durante siglos han sacudido Europa, o la “Guerra del Fútbol” que enfrentó a El Salvador con Honduras, o las guerras de frontera que en varias ocasiones han enfrentado al Perú con Ecuador; con las guerras con las que los ejércitos de Estados Unidos virtualmente exterminaron a los *sioux*, *apaches* y *comanches*, o con las guerras con que los romanos dominaron al resto de los pueblos de Europa durante cinco siglos, o con las guerras con que los árabes dominaron España durante casi siete siglos, o, para terminar, con las guerras con que España dominó durante casi trescientos años a prácticamente todos los pueblos de América Meridional? Hay, pues, guerras y guerras.

Hay, en primer lugar, las más tradicionales, aquéllas en las que por lo general se esgrime **reivindicaciones territoriales**. Son aquéllas en las que la manipulación de la información generalmente oculta cuál ha sido el agresor y cuál el agredido, que, provocadas de un lado y repelidas del otro, “no pasan” del enfrentamiento militar propiamente dicho, más o menos cruento, más o menos prolongado, más o menos costoso. Las ha habido en todas las latitudes. Y por mucho tiempo por delante amenazarán la paz de muchos pueblos de la Tierra.

Hay, en segundo lugar, las que, **sin mediar reivindicaciones geográficas**, muestran a un agresor ambicioso y desquiciado pasar con sus ejércitos victoriosos de ida, y regresar con sus ejércitos derrotados de vuelta. Después del costoso vendaval, las fronteras –aunque algunas veces sólo al cabo de un tiempo– vuelven otra vez a como estaban al principio. Ha sido el caso, por ejemplo, de las guerras desatadas por los ejércitos de Alejandro Magno, Napoleón o Hitler. También más cruentas, más prolongadas y más costosas unas que otras. Estos dos tipos de guerra son las que los especialistas denominan las guerras convencionales de alta, media o baja intensidad.

Hay, en tercer lugar, las guerras que sin parecerlo lo son. Los especialistas y los historiadores las vienen denominando, eufemísticamente, como **Guerras Frías**. Aunque las Historias oficiales pretendan ignorarlo, durante un tiempo enfrentaron hace miles de años a mesopotamios y egipcios, y hace cientos de años a griegos y romanos; y, ya sin duda, en este siglo, enfrentaron al denominado mundo capitalista con el denominado mundo socialista. Como en los casos precedentes, fueron sin embargo los pueblos quienes soportaron las consecuencias.

Por lo que la historia moderna irrecusablemente muestra, en el contexto y como consecuencia directa de estas “guerras frías”, algunos pueblos experimentan además los horrores de las guerras convencionales. Son los pueblos que, *sin haberlo escogido*, figuraban en el mapa en los puntos neurálgicos de la invisible frontera que separaba a las dos grandes potencias rivales. Ha sido el caso de Corea, Vietnam y de los pueblos

del Medio Oriente, que se vieron sumidos, sin haberlo escogido, en costosísimas y cruentas guerras. Los aparentes adversarios –Corea del Norte y Corea del Sur; Vietnam del Norte y Vietnam del Sur; y árabes e israelíes– no sólo no eran los principales protagonistas, sino que no habrían podido solventar los descomunales gastos de las guerras en que se vieron (y de algún modo siguen) envueltos. No eran sus intereses –o prevalecientemente sus intereses– los que estaban en juego. Estaban en juego, por sobre todo, los enormes [intereses geopolíticos de las superpotencias](#), cada una de las cuales pugnaba por ampliar o mantener sus áreas de influencia, por “exportar su revolución”, su modo de vida, su ideología. En consonancia con los gigantescos intereses en juego, las superpotencias destinaron enormes recursos a financiar esas terribles guerras de frontera geopolítica. Así, quienes habían creído ser los protagonistas principales no eran tales.

En el contexto de la misma Guerra Fría se dieron además, y como cuarto tipo de guerras, las que –para guardar una cierta coherencia terminológica–, calificaremos transitoriamente como “guerras tibias”. Denominamos así a aquellas en que las grandes potencias –por las buenas o por las malas–, dentro de su correspondiente área de influencia, colocaron, financiaron, protegieron o alentaron gobiernos locales que, en su restringido ámbito de acción contribuyeran –por las buenas o por las malas–, a [afianzar los intereses estratégicos y tácticos de una gran potencia](#). Pero también a todos los esfuerzos realizados por una gran potencia para colocar “cabeceras de playa” o “quintacolumnas” dentro del “área de influencia natural” de la potencia rival.

La [URSS](#) lo hizo en toda Europa Oriental; en África apoyando a Nasser; y, provocadoramente, incluso en Cuba, en las barbas mismas de Estados Unidos; pero también en el propio “patio trasero” del adalid del capitalismo mundial: apoyando más o menos abiertamente, por ejemplo, a Allende en Chile, Velasco en el Perú, Torrijos en Panamá o al movimiento sandinista en Nicaragua. [Estados Unidos](#), por su parte, y durante décadas, sembró de gobiernos títeres prácticamente toda América Meridional; para afianzar sus intereses estratégicos, apoyó al sha Reza Pavlevi en Irán, en las narices mismas de la Unión Soviética; y sembró ejércitos y fuerzas militares en Europa, Asia Menor y en el Sudeste Asiático. En el “haber” de una de las partes deberá incluirse a todas las variedades de los Ceauscescus y Gomulkas. Y en el “haber” de la otra a todas las variedades de Somozas y Pinochets. De un lado podrá mostrarse orgullo por Fidel Castro. Y del otro, por el expresidente costarricense y Premio Nobel de la Paz, Óscar Arias. Ninguno de todos ellos, sin embargo, podrá decir que –voluntaria o involuntariamente– no fue nunca una pequeña y frágil ficha de estrategias ajenas y mayores, realmente globales.

Mas en el contexto de la misma Guerra Fría, y como quinta variedad de guerras, se dieron también las que los especialistas han bautizado en este siglo como “[guerras no convencionales](#)”. Son las que, por ejemplo, sacudieron, en Europa Oriental, a Hungría y Checoslovaquia; en América, a Nicaragua con el sandinismo, o al Perú, con las guerrillas castristas; y, en África, a Namibia y Angola. En todos los casos, los rebeldes contaron siempre con las abiertas y declaradas simpatías –aliento, infiltración y financiación de por medio– de la potencia hegemónica cuyos intereses resultaban beneficiados con la rebeldía. Fueron, pues, también, fichas menores de un tablero ajeno y de gran envergadura.

Pues bien, tanto países desarrollados como subdesarrollados han estado por igual involucrados, directa o indirectamente, con mayor o menor énfasis, en estos cinco tipos de guerras. Siendo ello así, esas **guerras** no constituyen, entonces, una variable que explique el **desarrollo** de unos pueblos y el **subdesarrollo** de otros. ¿Hay acaso otro tipo de guerra que sí contribuya a explicar el “éxito” de unos pueblos y el “fracaso” de otros? Sí, y lo veremos casi inmediatamente.

Entre tanto, reconozcamos que no le falta razón a Montaner cuando afirma que “las guerras son muy costosas”. Pero resulta que eso también lo aprende e internaliza el inocente y poco ilustrado niño de cinco años que, en su primer día de colegio, recibe un puñetazo de uno de sus compañeritos. Pues bien, todas las guerras que hemos analizado hasta aquí son, **en perspectiva histórica**, como uno de esos puñetazos de niño: hay los que producen un moretón, los que producen un pequeño corte y, excepcionalmente, los que rompen un tabique nasal o hacen volar un diente por los aires. De todas ellas el **agredido se repone fácil y rápidamente**.

En perspectiva histórica, es decir, en términos de la invariablemente milenaria historia de los pueblos, todos los tipos de guerra que hemos visto hasta aquí, no pasan de ser episodios más o menos graves en sus vidas; como el puñetazo de niño no pasa de ser un episodio más o menos grave en la historia de un hombre. Y si además de propinar el puñetazo, el agresor se alza con el lápiz y el borrador del niño agredido, la **riqueza** que éste pierde **resulta repuesta muy pronto**. Ello también ocurre con los estragos producidos por las guerras de las que venimos hablando. ¿Cómo sino –para citar el caso más evidentemente grave de todos–, podríamos entender que los descomunales estragos que produjo la Segunda Guerra Mundial, en apenas cincuenta años, son sólo un recuerdo –cada vez más borroso y lejano– en la vida de los franceses, ingleses, alemanes, rusos, italianos o japoneses? Sin la menor duda, todo lo que éstos perdieron era directamente proporcional con su capacidad de acumulación de riqueza. Pudieron, pues, rápidamente sustituir todo lo que habían perdido.

Nuestro niño de cinco años, sin embargo, ha visto ya bastante televisión. Sabe, entonces, por consiguiente, que hay además otro **tipo de guerras: crueles, violentísimas, costosísimas e irreparables** –o muy difícilmente reparables– que, no obstante, la televisión y los cuentos no reconocen como guerras. Las llaman, más bien, raptos, ultrajes, secuestros, violaciones, infanticidios, o, también, filicidios. A diferencia del puñetazo infantil y sangriento, en todos estos otros casos, las consecuencias son, en la menos canalla de las versiones, gravísimas y muy difícilmente reparables; y, en el peor de los casos, simple y llanamente irreparables. Son el equivalente de la salvaje violencia contra los niños que registran los textos religiosos en torno al nacimiento de Moisés y de Cristo. ¿Cómo explicar que todo esto lo conozca un niño y, extraña, muy extrañamente, lo desconozcan muchos intelectuales?

¿Tendría alguien la incalificable audacia de sostener que los niños ultrajados y las niñas violadas **eligieron también esas guerras** de las que fueron víctimas? ¿Y que los niños y niñas que murieron tras la brutal violencia de sus raptos, cometieron el gravísimo error de *elegir* ese destino?

En otro de sus textos, Montaner –conjuntamente con Mendoza y Vargas Llosa–, usan también analogías para tratar de desentrañar –o traducir– el pensamiento de autores cuyo razonamiento enjuician. Así, estiman que Galeano –estudiando la relación

entre los países dominados y los países hegemónicos– “se imagina que la América Latina es un *cuerpo inerte*, desmayado entre el Atlántico y el Pacífico (...) mientras que Europa (primero) y Estados Unidos (después) son unos vampiros que le chupan la sangre”⁴⁵. En este caso, sin embargo, la analogía resulta una **grotesca deformación** de la realidad.

En efecto, en la historia de los países pobres de América no puede hablarse de *cuerpos inertes* y de *vampiros*. En la violación, el ultraje, el homicidio y el genocidio, no hay un protagonista (el vampiro) que actúa sobre un cuerpo inerte. No. En la inmensa mayoría de las veces, la violación, el ultraje y el homicidio y el genocidio suponen **dos tipos de violencia: la del agresor y la del agredido**; la de acción y la de reacción; la violencia de una fuerza menor aplastada por una significativamente mayor que la doblega. Será suficiente con citar, a título de ejemplo, el patético relato que el propio Michel de Cúneo, navegante italiano que acompañó a Colón en el “primer” viaje a América, hace sobre un episodio de esa naturaleza:

*...apresé a una caníbal bellísima y el Señor Almirante me la regaló (...), me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución mi deseo ella se opuso y me atacó (...), tomé una sogá y la azoté tan bien que lanzó gritos inauditos que no podríais creerlo...*⁴⁶

Incluso, sólo movidos por el instinto, hasta los niños más pequeños reaccionan con violencia frente a la agresión y el ultraje. No por ello su ira, su violencia, su dignidad y sus gritos son suficientes frente a la fuerza bruta del que viola y ultraja. Caen así, **derrotados, más allá de su voluntad y de sus fuerzas**.

b) Las guerras de conquista

Si nuestra analogía es válida, ¿cuáles son pues esas guerras de ultraje –que la Historia virtualmente no admite como tales (y para demostrarlo resulta suficiente con leer la Historia que oficialmente se nos enseña a los peruanos)–, pero que **dejan huellas muy hondas, casi indelebles**, y con consecuencias que a los pueblos les resulta sumamente difícil de reparar? Son las guerras de conquista, las guerras que dan paso a la colonización.

Son aquellas que, exactamente igual que en nuestra analogía, enfrentan a dos **protagonistas con fuerzas inconmensurablemente dispares**. Así:

*...no somos tan necios como para presumir que con nuestras fuerzas podemos contrastar las de Roma...*⁴⁷

dijo por ejemplo, en su momento, y con gran lucidez, Ambiórige, un “bárbaro” francés para explicar la conducta de su pueblo cuanto tuvo frente a sí a los ejércitos de Julio César. Cómo dudar que, apenas con ligeros matices diferenciales, la misma frase ha sido repetida, en todos los tiempos, en todos los confines de la Tierra, por muchos de los líderes y pueblos que tuvieron frente a sí a **una fuerza que les resultaba invencible**. Pero ni ayer ni hoy ha prevalecido siempre la sensatez de Ambiórige. Si estrategias

45 Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, **Manual del perfecto idiota latinoamericano**, Plaza & Janes, Barcelona, 1996, p. 44. La cursiva es nuestra.

46 Michel de Cúneo y otros, **Cronistas de Indias, antología**, El Áncora Editores, Bogotá, 1982, p. 27.

47 En Cayo Julio César, **Los comentarios de la guerra de las Galias y la guerra civil**, SARPE, Madrid, 1985, p. 100.

supuestamente “extraordinarios” como Napoleón y Hitler erraron en sus cálculos, lanzando a millones de sus propios hombres a la muerte, ¿cuánto más vulnerable, irresponsable y suicida resulta pues la pequeñez intelectual y la tozuda cerrazón subdesarrollada de un Saddam Hussein?

En las guerras de conquista, las circunstancial y transitoriamente imbatibles fuerzas que despliega el agresor tienen como **único objetivo sangrar y explotar a la víctima de turno**, impunemente, y con toda la violencia que sea menester, y todo el tiempo que sea posible (o cuando menos el estrictamente necesario).

Si de la violencia se trata, sirva el siguiente testimonio de Julio César, durante la **expansión imperial romana**, para patentizarla:

*...no pudiendo salir por la apretura del gentío, unos fueron muertos por la infantería, otros fueron degollados por la caballería. Ningún romano se preocupó de pillaje. Encolerizados por la matanza de Genabo [y por lo arduo y costoso que había sido el cerco militar a la población], no perdonaban ni a viejos, ni a mujeres ni a niños. Baste decir que **de cuarenta mil personas se salvaron apenas ochocientas...***⁴⁸.

Y si de los verdaderos objetivos de esas conquistas se trata, he aquí la paradójicamente equívoca conclusión a la que llega el célebre historiador español Claudio Sánchez Albornoz a partir de un dato certero: “Era lógico que tras la conquista los romanos se lanzaran a la **explotación de las ricas minas de oro** de Galicia y de Asturias y de las minas de hierro y plomo de Cantabria; y el aprovechamiento de otras riquezas naturales (...). Plinio dice que Roma obtenía anualmente 20 000 libras de oro de las minas del norte y del oeste de la Península...”⁴⁹.

No pues, no es que “tras la conquista” se lanzaron a la explotación de la riqueza minera del territorio cantábrico; sino que, **sabiendo que esa riqueza existía**, se lanzaron a la conquista del territorio con el propósito de apropiarse de ella. Por lo demás, esa riqueza minera ya estaba en explotación. No fueron pues los romanos quienes se lanzaron (iniciaron) la explotación de la misma, sino que continuaron y quizá ampliaron esa explotación, pero para su beneficio.

Ayer, pues, se procedió así contra Egipto, por el **trigo**, y contra España, por su riqueza minera; siglos más tarde, España se “resarciría” con las minas de **plata**, pero de México, Perú y Bolivia; y hoy, en Medio Oriente, el botín es el **petróleo**. Es decir, siempre ha estado y está en juego la apropiación de riquezas de las víctimas.

Nuestra generación, esta vez sí como nunca antes en la historia, asiste, atónita y masivamente, y en tiempo real, al desnudamiento de la verdad. Así, todos hemos sido testigos de cómo, en 24 horas, los pretextos larga, cínica y tercamente esgrimidos (como la tenencia de armas de destrucción masiva por parte de Irak), tuvieron que ceder su lugar a la verdad. George W. Bush pasará a la historia, en todo caso, desde que, en la última bravata antes del ataque de marzo del 2003, dirigiéndose a los soldados iraquíes les “pidió que **no destruyan los pozos de petróleo** y se rindan.”⁵⁰ ¿Acaso para proteger

48 Julio César, **Los Comentarios...**, pp. 138–139.

49 Sánchez Albornoz, **Orígenes...**, p. 43.

50 *EE.UU. lanzará ataque mañana si Hussein no deja Iraq*, El Comercio (www.elcomerciope.com.pe/Online), Lima, martes 18 de marzo del 2003,. Nuestra cursiva sustituye al subrayado en el original.

los intereses económicos del pueblo iraquí? No, sin duda no; sino para impedir que se desbaraten los planes estratégicos de abastecimiento de energía al poder imperial.

Ésa, como todas las guerras de ultraje pues, son las que han protagonizado todas las formas de imperialismo que ha conocido la historia: las de los [asirio–babilonios](#), que esclavizaron a todos los pueblos de Mesopotamia; las del Egipto de los [faraones](#), con las que se esclavizó a los pueblos del Asia Menor y a los pueblos del Alto Nilo; las de la [Roma](#) de la “república”, primero, y de los césares, después, con las que se sojuzgó y esclavizó a españoles, franceses, germanos, egipcios y al resto de pueblos del entorno del Mediterráneo; las de los [musulmanes](#), con las que, y durante casi setecientos años, se sometió a gran parte de España; las de [España](#), con las que, durante casi trescientos años, se sometió a la mayor parte de América Meridional. Sin excepción todos los imperios han hecho prevalecer la fuerza bruta para conquistar y mantener bajo su dominio, durante centurias, a otros pueblos a los cuales, invariable e impenitentemente, saquearon después de derrotarlos y conquistarlos por la fuerza.

¿Con qué licencia, y con tanta superficialidad y desprecio, los españoles (celtas y celtíberos de entonces), franceses, germanos, judíos, egipcios, americanos, y todos los demás pueblos de la Tierra que cayeron [derrotados por poderosos imperios](#), son presentados por autores como los citados como débiles seres que cayeron desmayados al inicio de la agresión?

No, no ha habido tal, y menos pues en todos los casos. Porque en muchísimos episodios de agresión imperialista los pueblos invadidos han reaccionado con mayor o menor ímpetu y energía, aunque, por desgracia, con igual fatal desenlace. Ahí están para demostrarlo, por ejemplo, las crónicas de Julio César, en las que se reconoce [muchos casos de heroísmo nacional](#) contra las brutales conquistas de los ejércitos que él lideraba. O las propias expresiones de los historiadores españoles, cuando afirman que “fueron duras, largas, sangrientas y heroicas”⁵¹ las guerras que libraron celtas y celtíberos contra la invasión romana.

Pero también están para demostrarlo los innumerables episodios que se conoce de la [resistencia](#) de los pueblos andinos, frente a las conquistas del Imperio Inka⁵². Y los textos de historiadores europeos, en el caso de las conquistas musulmanas a España; y, ciertamente, cientos de crónicas de la conquista española de América.

Claro está que, sin embargo, ha habido excepciones, muchas incluso. Pero también aquí tenemos obligación de precisar las razones, y hacer distinguos sin los cuales es imposible entender la historia. ¿Cuándo no ha habido resistencia? ¿En qué casos los “pueblos se entregaron” sin resistir? Los mismos textos lo demuestran: cada vez que líderes venales –en su propio y directo beneficio–, [negociaron el mantenimiento de sus privilegios](#), a expensas de la riqueza y de la esclavización de su pueblo. No fueron pues los pueblos los que se entregaron y aceptaron entregar gratuitamente la riqueza de sus territorios: fueron traicionados. Es decir, y a la postre, fueron sucesivamente traicionados y derrotados. Mas, en las versiones más difundidas de la Historia, la traición de las élites gobernantes ha sido siempre muy bien disimulada

51 Claudio Sánchez Albornoz, **Orígenes de la Nación Española, El reino de Asturias**, SARPE, Madrid, 1985, p. 39.

52 Véase por ejemplo, Alfonso Klauer, **Tahuantinsuyo, el cóndor herido de muerte**, Nuevahistoria, INTERNET, www.nuevahistoria.com.

o encubierta. Y, congruentemente y a su turno, las gestas de los conquistadores han sido presentadas como alardes de heroísmo y valentía.

Pues bien, a diferencia del rápido resurgimiento económico y material observado incluso tras las más cruentas guerras convencionales –incluida ciertamente la Segunda Guerra Mundial–, [ninguno de los pueblos sometidos a conquista y colonización logra surgir](#) en un período de tiempo similar y ni siquiera en períodos mucho más largos. Es decir, las únicas a las que la mayor parte de los historiadores se niega a reconocer como guerras, resultan a fin de cuentas las más graves y nefastas de todas.

Así, mientras a la moderna Europa le costó menos de un siglo resarcirse de la gigantesca destrucción resultante de la Segunda Guerra Mundial, a la Europa antigua que habían sojuzgado y saqueado los romanos le costó [más de mil años](#), sí, más de diez siglos, en volver a presentar naciones y estados fuertes y ricos.

Pero, paradójicamente, y casi en simultáneo con el logro de tan caro objetivo, ambicionaron y lograron lanzarse con éxito a conquistar tierras remotas, para [reeditar de ese modo las oprobiosas formas de imperialismo](#) que, quince siglos atrás, habían practicado los romanos contra ellos.

Porque en efecto, si por su conducta los [conquistadores romanos](#) “fueron odiados por los españoles”⁵³, y cada romano era identificado como “un feroz cobrador de impuestos”⁵⁴; llegado su momento, fray Bartolomé de las Casas denunció sin ambages...

la perniciosa, ciega y obstinada voluntad de cumplir con su insaciable codicia de dineros de aquellos [avarísimos tiranos](#)...

refiriéndose por cierto al comportamiento en América de sus propios compatriotas españoles⁵⁵. Siglos más tarde, respecto de esos mismos episodios, Simón Bolívar tuvo clara conciencia de que el común denominador de la conducta española en América fue “[fiereza, ambición \(...\) y codicia](#)”⁵⁶. Pero ésa, cierta aunque lamentablemente, no es la imagen que dejan las idílicas versiones oficiales del Descubrimiento, la Conquista y la Colonia.

Pues bien, tras la caída del Imperio Romano, los pueblos de Europa Occidental llevan acumulados [mil quinientos años sin ser objeto de formas de colonización](#) compulsiva como las que practicaron los romanos. Y, tras la caída del Imperio Español, los pueblos de América Meridional, llevan casi doscientos años sin conocer una modalidad de colonialismo similar. Al cabo, Europa luce un extraordinario desarrollo económico, mientras que América Meridional exhibe, en promedio, un clamoroso subdesarrollo. ¿Cómo explicar pues tan clamorosa diferencia? ¿Es sólo cuestión de tiempo? ¿Es que América Meridional debe esperar pues todavía otros mil trescientos años para alcanzar el desarrollo? ¿O hay otra explicación?

53 Frederic André Engel, [España, del Oriente hacia el Occidente](#), Edit. El Virrey, Lima, p. 67.

54 Engel, [España, del Oriente](#)..., p. 67.

55 Las Casas, en Luciano Pereña, Alfonso Cuadrón y otros, [Descubrimiento y conquista, ¿genocidio?](#), Univ. Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1990, p. 43.

56 Mendoza, Montaner y Vargas Llosa, [Manual del perfecto idiota](#)..., p. 30.

Parece haber por lo menos una explicación válida: después de la conquista romana, los grandes pueblos de Europa –a excepción del sur de España, dominado durante siglos por los musulmanes–, **no han vuelto a ser objeto de conquista y colonización** ni de forma alguna de dominación prolongada por parte de ningún imperio. América Meridional, en cambio, sí.

c) Las transnacionales en el nuevo escenario imperial

Es que hay un último tipo de guerras sobre las que queremos detenernos un momento. Tampoco son tenidas como tales ni por los historiadores, ni por los economistas ni por la mayoría de los intelectuales. Entre otras razones, porque en ellas lo característico no es el zumbido de las balas o el estruendo de los cañones –que, no obstante, han sido, y son utilizados cada vez que fue, y es necesario–. Son aquellas que, sutil, “pacífica” e invariablemente, tienen sin embargo como consecuencia una **gran transferencia de riquezas desde unos territorios hacia otros**. ¿Cuáles son y dónde están esos pueblos y territorios que generan y transfieren riqueza? ¿Y cuáles son y dónde están los que reciben y usufructúan esa riqueza?

Estamos por cierto hablando de los modernos fenómenos de dependencia político–económica que, desde hace dos siglos, son característicos de la relación entre los pueblos del Norte y el Sur. Para concretarla, no ha sido necesario que los modernos “conquistadores” invadan militarmente sus modernas “colonias”. Ha sido suficiente que entren en juego, de un lado, las mismas sutiles formas de dominación cultural que se han dado en la humanidad desde siempre, en las que el pueblo o los pueblos hegemónicos imponen sus formas de vida y de conducta, sus valores y sus leyes; y, de otro, han entrado en juego, esta vez en versión actualizada, **novísimos destacamentos de ocupación: las empresas transnacionales**.

Los pueblos del Sur, todos, muestran invariablemente una marcada diferenciación social interna, más grave sin embargo en unos países que en otros. De un lado, un numéricamente pequeño sector, de nítida ascendencia europea, que ha **copado sistemáticamente los mecanismos del poder** de sus propios países, y que, invariablemente, se ha enriquecido a costa del control del poder. Es el sector moderno de nuestras sociedades duales. Es el sector que ha caído rendido de admiración por el progreso del Norte. Que ha asimilado, como propias, la forma de vida, las costumbres, los valores y las leyes del Norte. Es el grupo social que, por ejemplo, económica y culturalmente, en México, está más cerca de Los Ángeles que de Chiapas; en el Perú, más cerca de Miami que de Ayacucho; y, en Chile, más cerca de Nueva York que de la isla Chiloé. Sus intereses económicos, sus grandes negocios, han crecido, además y como no podía ser de otra manera, a la sombra de la alianza con los intereses de los modernos ejércitos de ocupación: las empresas transnacionales y sus matrices en Estados Unidos y Europa, pero ahora también en Asia.

De otro lado, casi ya no es necesario decirlo, están los grandes sectores poblacionales de nuestros países, de ascendencia originariamente americana, e invariablemente pobres. **Nunca han controlado el poder**. Sus formas de vida están más cerca de la pobreza del siglo XV que de la modernidad del siglo XX.

En el Sur, casi sin excepción, las aristocracias y oligarquías europeizadas, de ayer, y las tecnocracias norteamericanizadas de hoy, **han actuado a espaldas de los pueblos** a

los que nominalmente se han declarado pertenecer. Y, manejando el control de sus respectivos Estados, han hecho que éstos den también las espaldas a los pueblos a los que, también nominalmente, representaban y representan.

El [hechizo de la inversión extranjera](#) las ha tenido y tiene subyugadas: es fuente de progreso y trabajo, han dicho al conjuro, sistemáticamente, los socios –“nativos” y empresas transnacionales–. Y vienen repitiéndolo hace casi cien años, es decir, el doble del tiempo que ha demandado la reconstrucción de Europa. En los últimos cien años la inversión norteamericana y europea en América Meridional, suma, con seguridad, largamente más de un millón de millones de dólares. Esto es, muchísimo más que la suma con la que Estados Unidos, a través del Plan Marshall, ayudó para la reconstrucción de Europa.

Y entonces, ¿cómo explicar que esa [gigantesca inversión haya tenido resultados tan pobres](#) en el Sur? ¿Cómo explicar que, en la mitad del tiempo, con menor inyección de recursos foráneos, Europa haya podido resurgir y alcanzar tan extraordinario progreso económico, cultural y material?

¿Puede alguien sostener que la *inversión extranjera* ha sido la “receta secreta” del desarrollo de Europa, Estados Unidos y el Japón? No, nadie podrá demostrarlo. Porque, en efecto, la [inversión extranjera no ha sido la “receta secreta” del éxito del Norte](#). ¿Por qué entonces se insiste tercamente en aplicar en el Sur una receta que nunca se aplicó en el Norte?

En verdad, asistimos a [algo tan burdo como](#) lo siguiente: “Como Europa, Estados Unidos y Japón alcanzaron el desarrollo en función de las razones ‘a’, ‘b’ y ‘c’, entonces, para que el Sur también alcance el desarrollo, “del mismo modo”, debe aplicar las razones ‘m = inversión extranjera’, ‘n’, ‘ñ’, etc. Es decir, tan grotesco –y canallesco– como curarse un dolor de cabeza con aspirinas, pero recomendarle a un vecino que dé remedio al mismo dolor pero con pastillas de alquitrán.

A modo de apretadísima y adelantada *síntesis*, puede sostenerse que el [desarrollo del Norte](#), y en particular el de los pueblos de Europa Occidental, se ha alcanzado por la concurrencia de las siguientes razones fundamentales:

- a) Acumulación de experiencias culturales autónomas durante un [larguísimo proceso histórico](#) de cientos de miles de años, sin que en los últimos mil quinientos años se haya concretado desde el exterior forma alguna de hegemonismo cultural;
- b) Haber alcanzado a ser, en cada uno de los correspondientes espacios, [sociedades homogéneas](#), al cabo de procesos político–sociales entre los que destacan las convulsivas transiciones esclavitud–feudalismo y feudalismo–capitalismo; y a lo que también han aportado las guerras internacionales, las revoluciones y las guerras civiles;
- c) Haber alcanzado a acumular, en promedio, y al interior de cada pueblo, más de [quinientos años de experiencias intrínseca y esencialmente democráticas](#) (aún cuando en su manifestación externa aparecían revestidos de ropajes reales e imperiales, y aun cuando en sus relaciones con el exterior actuaran bajo grotescas modalidades imperialistas y antidemocráticas);

- d) Gigantescos montos de *ahorro interno* de cada uno de los pueblos involucrados fueron invertidos en sus propios territorios –y no fuera de ellos–;
- e) Ausencia, en los últimos mil quinientos años, de experiencias centralistas y, por el contrario, la creciente vigencia de una cada vez más notoria *descentralización poblacional, económica y política*, y de la que, invariablemente, ha resultado que;
- f) Altísimos porcentajes de la *inversión* realizada se han concretado de manera *absolutamente descentralizada*, de modo tal que, más allá de que estuviera o no en los planes implícitos de los gobernantes, quedó concretada también;
- g) Una vastísima red de *integración física, económica y cultural*, y;
- h) No menos ostensible, pero sistemáticamente obviada en los textos de Historia (pero, muy sospechosa y patéticamente, también en los de Economía), *gigantesca apropiación de riquezas* llevadas desde la periferia, en el contexto de relaciones imperio–dominios.

En estas ocho poderosísimas razones, con centurias de vigencia, reposa el “secreto” del desarrollo del Norte. Y no, pues, en haber “elegido” la paz, como con tanta desfachatez, y sin evidencia alguna que lo respalde, afirma Montaner.

No está pues entre ellas la *inversión extranjera*. ¿Por qué entonces se insiste en presentarla como la panacea de los problemas del Sur? La *inversión extranjera*, vale la pena recordarlo, sólo forma parte de la etapa más reciente de la historia de Occidente. Pero –y este es el quid de la cuestión–, es la modalidad mediante la cual se concreta hoy la última de las razones que hemos mostrado como argumentos principales del desarrollo del Norte, es decir, la *apropiación de riquezas* llevadas desde la periferia.

Casi desde los inicios mismos de la civilización, la *transferencia de riquezas* se ha concretado a través de relaciones *imperio–colonias*. Pero el hecho de que, hasta ayer nomás, la dominación imperialista estuviera ostensiblemente caracterizada por el sojuzgamiento y la ocupación militar, impide que se reconozca y tenga conciencia de las *relaciones imperio–colonias hoy existentes* que, bajo el ropaje de la transnacionalización y globalización de la economía mundial, por igual tienen como objetivo la transferencia de riquezas desde distintos espacios periféricos hacia sus correspondientes centros hegemónicos.

En la remota y larga antigüedad, para concretar la transferencia de riquezas, los poderes imperiales desplazaban hacia la periferia conquistada primero, pero a quedar permanentemente, a ejércitos de conquista y avasallamiento y, luego, sin excepción, a grandes destacamentos de técnicos apropiados para cada situación. Roma, por ejemplo, envió a unos especialistas, a España, para concretar la extracción de minerales; pero fueron otros, en su caso técnicos agrícolas, quienes viajaron a Egipto para convertirlo en el granero del imperio. Siglos más tarde, en estos confines del planeta, y bajo el nombre de *mitimaes*, el Imperio Inka envió a especialistas en metalurgia para capturar y trasladar la riqueza del derrotado Imperio Chimú, en la costa norte del Perú; pero fueron especialistas en ganadería quienes hicieron lo que a ese respecto correspondía en las altiplanicies del Lago Titicaca. Y poco más tarde, tampoco eran de la misma especialidad quienes en nombre del Imperio Español y de Carlos V expoliaron a belgas y holandeses, que quienes explotaron hasta el límite de la imaginación las riquezas argentíferas de México, Perú y Bolivia. Bien sabían pues los poderes hegemónicos,

todos ellos, y sin que se pasaran la receta, que a cada lugar había que enviar a los especialistas –a los *mitimaes*– que correspondía.

Hoy, desaparecidas las grotescas y violentas modalidades de imperialismo militarista y conquistador, no estando pues presentes los ejércitos de ocupación y sojuzgamiento, sino circunstancialmente, aunque por igual brutal (como en el caso de Irak, por ejemplo), se han sucedido y/o están, en cambio, invariablemente, los especialistas, pero ahora ya no directamente del imperio, sino de las transnacionales (y también de los organismos multilaterales): *mitimaes bananeros*, en el Caribe; *mitimaes petroleros*, en Venezuela y Arabia Saudita; *mitimaes azucareros*, en Centro y Sudamérica; *mitimaes mineros*, en los Andes; y *mitimaes financieros* por doquier ⁵⁷. Así, en los últimos dos siglos la misma –insustituible y para el Norte indispensable– *transferencia de riquezas*, se concreta ahora entonces bajo la sutil modalidad de la *inversión extranjera*.

Ésa –seamos o no concientes de ello–, es la razón por la cual el Norte insiste tanto en que aceptemos la *inversión extranjera* como la mejor solución para resolver los dramáticos problemas de subdesarrollo del Sur. A su turno, la mayoría de nosotros, en el Sur, como parte del fenómeno de dependencia cultural, convencidos de la bondad de la receta, nos tragamos complacidos las pastillas de alquitrán.

Si, como estimamos, la *transferencia de riquezas* es una de las razones fundamentales e insustituibles que explican el desarrollo del Norte, es éste, entonces, el más interesado en mantener vigente la modalidad en que hoy se concreta esa transferencia: la *inversión extranjera*. En otros términos, y como es lógico, *alienta la fórmula aquel a quien más le interesa*; o, si se prefiere, alienta esa política, aquel que más se beneficia con ella.

El inversionista extranjero, conforme a las leyes sancionadas en nuestras sociedades, a) tiene derecho a que, como parte de la inversión, las *maquinarias y equipos* necesarios para los proyectos, se traigan del país de origen del inversionista; b) tiene derecho a recuperar su *inversión*; c) tiene derecho a cobrar por *royalties y patentes*; d) tiene derecho a que los funcionarios transnacionales exporten a su país parte de sus *sueldos*; e) tiene derecho a que las maquinarias y equipos importados, primero, y los productos de exportación, después, paguen *fletes y seguros* a empresas del propio país de origen de la inversión; y, por último, f) tiene derecho a repatriar *utilidades*.

Sin ápice de duda, la inversión extranjera deja más de un beneficio al país receptor. Pero, también sin ningún género de duda –y como no podría ser de otra manera– deja *mayores beneficios al inversionista que al receptor*. Ello –repetimos– no podría ser de otro modo. Sería absurdo pretender que una transnacional invierta para beneficiar más al país receptor que a sí misma.

En el proceso de inversión extranjera, en términos muy esquemáticos, en la inmensa mayoría de los casos, se cumple invariablemente la siguiente *ecuación*:

57 El autor de este libro, en su intervención sobre *Gestión Transcultural* que realizó en la I Convención de Empresarios – COEM 95–, que convocó la Escuela de Administración de Negocios para Graduados –ESAN–, destacó el hecho de que sea una palabra *quechua* la que mejor nombra a los especialistas transnacionales que hoy, dispersos por el mundo, contribuyen a concretar la transferencia de riquezas desde el Sur hacia el Norte. En *El Perú en la ruta de la competitividad*, ESAN, Lima, 1995

$$RI + U > I$$

donde RI representa la *recuperación de la inversión*, U las *utilidades* repatriadas al país del inversionista, e I representa el monto de la *inversión*. Las *utilidades*, pues, equivalen al monto mínimo al que asciende la *transferencia de riquezas* de la que hablamos. Y, como está dicho, equivalen al monto mínimo porque a ella hay que agregar la transferencia de riquezas que se concreta en los montos que se paga por royalties y patentes, fletes y seguros, etc.

Mas eso por supuesto no es todo. Es decir, y ni mucho menos, toda la realidad. Porque, en efecto, cuando en América Latina se habla de inversión extranjera, ¿de qué tipo de inversión se está hablando? ¿No es acaso cierto que de aquella que básica y casi exclusivamente se ha orientado a la *actividad extractiva primaria*, como la extracción de caucho, petróleo o especies marinas, o de minerales en barras, pellets o planchas? Pues bien, a ese respecto, los economistas peruanos Santiago Roca y Luis Shimabuku han demostrado que la preeminencia de la ese tipo de actividad primario–extractiva perjudica más al país receptor (el Perú en la investigación específica), que lo que lo beneficia.

Sí, Roca y Simabuko, rastreando un largo período, nada menos que los 48 años de la economía peruana que van de 1950 a 1997, han demostrado que ha existido –pero debieron decir *existe*– “una relación inversa entre la primarización de las actividades económicas y el nivel de vida o ingreso de la población [peruana]”⁵⁸. En otros términos, cada vez que se incrementa la participación de las actividades primario–extractivas en la composición del PBI del Perú, *decrecen tanto el consumo per cápita como el promedio de los sueldos y los salarios reales* de los peruanos.

Si la inversión extranjera fuera la feliz solución de los problemas del desarrollo, Europa y Japón tendrían, dada la magnitud de esas economías, una inversión extranjera inconmensurablemente mayor, y proporcionalmente mucho más alta, que la que se ha dado en los países del Sur. Pero ello, por cierto, no es así. Europa y Japón han surgido, básicamente, con *ahorro e inversión propios, más que por inversión foránea*. Así, no han estado obligadas a retornar a nadie que esté fuera de su territorio, ni utilidades, ni royalties, ni patentes, ni fletes ni seguros. Y, por lo menos, no en la proporción en que ocurre en nuestras economías.

En el Sur las cosas fueron aún más graves en décadas pasadas. Nos referimos a las épocas del *saqueo inmisericorde, absolutamente descontrolado e incontrolado*, que llevaron a cabo, por ejemplo, las transnacionales bananeras, azucareras, mineras y petroleras. Baste con traer aquí algunos de los nombres de peor recordación: Dominó Sugar, United Fruit Co. o Folgers –como lo hace Robert Bowan, Obispo de Florida⁵⁹–; pero también Grace, International Petroleum, Cerro de Pasco Corp., etc.

En esas tristes décadas, para asegurarse retornos de inversión realmente descarados, las transnacionales no se contentaron con aliarse con el poder político de

58 Santiago Roca y Luis Simabuko, *Primarización y nivel de vida: el caso peruano 1950–1997*, “Documentos de trabajo N° 8”, mimeo, ESAN, Lima, Diciembre, 1998, p. 3.

59 A raíz del atentado del 11 de setiembre en Nueva York, circuló profusamente en INTERNET una gravísima carta de denuncia del Obispo Robert Bowan (ex Teniente Coronel y combatiente en Vietnam) contra la política imperialista norteamericana. Otro tanto ocurrió al inicio del ataque de EEUU contra Irak.

turno. Simple y llanamente ellas [definían quiénes debían estar en el poder](#). Fueron, en América Meridional, los tiempos de Somoza, Pérez Jiménez, Odría y Duvalier, y otros, esto es, los tiempos de los tristemente célebres dictadores latinoamericanos de las no menos célebres y vergonzosas “republicuetas bananeras”. Y, en África, también por ejemplo, los tiempos en que durante casi tres décadas fue grotescamente mantenido el régimen de Mobutu, “uno de los peores y más corruptos tiranos en la historia del África independiente” ⁶⁰.

Debe pues recordarse que las transnacionales, y los entreguistas títeres coimeados y financiados por ellas, contaron siempre con el [respaldo político incondicional del gobierno de Estados Unidos](#), y, en cómplice silencio, con el de la mayor parte de las democracias europeas. Casi ningún país latinoamericano quedó libre de ese drama. Cuántos líderes de los pueblos subdesarrollados pagaron con sus vidas la denuncia del grotesco y corrupto entreguismo de sus gobernantes, y la imputación de las por igual grotescas corruptelas que alentaban las transnacionales. Entreguismo y corruptela que, sin embargo, fueron durante décadas sistemática y cínicamente negados. Pero la conciencia (pero todavía ingenua) de ese vergonzoso entreguismo, y la de esa no menos vergonzosa corruptela, es hoy, felizmente, moneda corriente tanto entre los hombres del Sur como entre los propios norteamericanos y europeos, y tanto más ahora cuando ha empezado a ponerse en práctica la “desclasificación” de documentos de Estado. El daño, no obstante, está hecho.

Pues bien, las utilidades que repatrian a sus países las grandes transnacionales no son sino la [primera de las modalidades](#) en que se concreta, hoy, la transferencia de riqueza del Sur al Norte.

Y es que hay un segundo rubro más en la transferencia de riqueza del Sur al Norte. Nos referimos a las enormes utilidades que las aristocracias y las oligarquías de nuestros países, por cuenta propia –y con grotesca evasión tributaria–, fruto de su rendida admiración por el Norte, han [colocado en las empresas financieras y bancarias del Norte](#). Nunca hemos oído hablar de las cifras correspondientes, pero no nos quepa duda de que se trata, como en los casos anteriormente vistos, de sumas enormes, quizá de cientos de miles de millones de dólares, con gran parte de las cuales han florecido los paraísos financieros de Europa y Estados Unidos, primero, y del Caribe, hoy en día. A diferencia de las inversiones que el Norte ha realizado en el Sur, cuyos retornos se concretan en 5 años en promedio, sumas equivalentes a las que nuestras aristocracias han depositado en el Norte, retornan al Sur sólo al cabo de 20 años, asumiendo tasas de interés pasivo del orden de 5% anual, en los casos en que esos intereses no vuelven a depositarse en el Norte. Es decir, también en esto hay una desproporcionada diferencia que, una vez más, favorece al Norte.

En tercer lugar, ¿a cuánto ascienden las [inversiones directas](#) que las aristocracias del Sur han realizado hasta ahora en el Norte, principalmente en el sector inmobiliario? ¿Son acaso cifras despreciables? De ningún modo. Es también un capítulo por estudiarse. Es importante acometer la tarea, porque esas inversiones no sólo descapitalizan el Sur, sino, por añadidura, capitalizan y dinamizan las economías del Norte.

60 Atilio A. Boron, *La estructura de la dominación mundial: de Bretton Woods al Acuerdo Multilateral de Inversiones*, INTERNET.

En cuarto lugar, la fascinación cultural que ejerce el Norte sobre las aristocracias y sectores medios de Sur es tal, que los **flujos turísticos** del Sur hacia el Norte son, con toda seguridad, mayores que en sentido contrario, tanto en número de personas como en flujo de efectivo. También ésta es una investigación pendiente de realizar.

En quinto lugar, ¿cómo paga el sistema bancario del Norte los intereses pasivos con los que debe retribuir los depósitos que recibe del Sur? Pues con los **intereses activos que cobra por colocar esos mismos depósitos de vuelta** en el Sur. Desfinanciado con los recursos que transfiere al Norte por las inversiones que éste realiza, por la inversión inmobiliaria del Sur en el Norte y con la diferencia de bolsas turísticas, el Sur se ha constituido en un voraz consumidor de créditos privados que, entonces, también provienen del Norte. A este respecto, el nuevo rubro de transferencia neta de riquezas, está dado por la diferencia entre las tasas pasivas que paga el Norte –por los depósitos de las aristocracias del Sur–, y las tasas activas que cobra el Norte –por las colocaciones privadas que realiza en el Sur–. Este aspecto, a su vez, también sin duda, es también un capítulo de investigación que, que sepamos, tampoco ha sido acometido.

En sexto lugar, desfinanciados por las transferencias de riquezas a que dan origen las inversiones del Norte, por las inversiones inmobiliarias, por las bolsas turísticas, y por las transferencias de riqueza a que dan origen los créditos privados del Norte, los Estados se ven obligados a obtener **créditos públicos**, tanto de la banca privada del Norte, como de las instituciones financieras internacionales, que, por coincidencia, residen todas en el Norte. Como es lógico, el Sur debe retornar, entre principal e intereses, pero también por moras y gastos de sucesivas refinanciaciones, sumas mayores que las que ha recibido. Éste, entonces, es un nuevo rubro de transferencia neta de riquezas, más conocido que los anteriores, y sobre el que –como veremos más adelante– se han dado a conocer cifras multimillonarias.

En séptimo lugar, por último, todos los grandes **organismos multilaterales** –ONU, UNESCO, FMI, UNICEF, OMS, OIT, ONUDI, Banco Mundial, etc.–, tienen su sede en el Norte. ¿A cuánto ascienden a este respecto las transferencias que por cuotas ordinarias y extraordinarias realizan los países del Sur hacia el Norte? Y, en sentido contrario, ¿a cuánto ascienden los aportes que por investigación y ayuda directa y asesoramiento reciben los países del Sur? ¿Es acaso éste el único rubro en que la transferencia neta de recursos beneficia al Sur? Investigaciones en las que se involucre a todos los grandes organismos multinacionales, que aún no se han realizado, deberán aclararlo.

¿A cuánto se eleva, pues, esa gran sumatoria que, no habiendo cifras parciales, nadie ha podido aún integrar, conocer y divulgar? No es muy difícil intuir que, cuando se conozca el gran total, estaremos ante una **descomunal cifra** que causará asombro entre tirios y troyanos. La transferencia neta de riquezas del Sur hacia el Norte es, sin duda, una verdad meridiana e inobjetable. Con ella, evidentemente, se beneficia, crece y progresa el Norte; y se perjudica, decrece y empobrece el Sur.

Factores de hegemonía

Decíamos pues al iniciar esta parte del texto sobre “hegemonía imperial” (hipotética tercera ley de progresión de la civilización), que los pueblos que fueron

centro de las principales civilizaciones alcanzaron la cima de la ola sólo **después de constituirse en el centro o poder hegemónico de un imperio**.

Corresponde entonces ahora interrogarse, ¿cuáles son los principales o más relevantes **factores que permiten a un pueblo alcanzar la cresta de una ola**, convirtiéndose en la vanguardia de la civilización de su época y en hito del proceso histórico de la humanidad? O, también, ¿qué factores permiten entender que un pueblo alcance a hegemonizar sobre otro u otros?

De todos los **factores**, o de todas las variables en juego, las que parecen haber tenido mayor importancia en la explicación del fenómeno, en lo que va de la larga historia del hombre habrían sido:

- a) la *riqueza natural* de que se dispuso;
- b) el dominio de *tecnologías de punta*;
- c) la *magnitud demográfica*,
- d) la *ubicación geográfica*, y, muy probablemente;
- e) favorables *golpes climáticos*.

En ninguna de ellas, como podrá apreciarse –y como en efecto planteamos–, habría jugado un papel decisivo la **voluntad humana**. E incluso ni siquiera en la segunda, como podría parecerlo a simple vista.

Tal y como veremos, habiendo estado presentes esos factores en todos los casos de transición entre una ola y la siguiente, los mismos **se han combinado** en cada caso –o si se prefiere, en cada una de las grandes olas–, de diferente manera, de modo tal que, unas veces, ha tenido mayor preeminencia la riqueza natural, en otras el dominio de las tecnologías de punta, y en otras, incluso, ha sido decisiva la ubicación geográfica, o, también sorprendentes y benéficos golpes climáticos, por ejemplo.

a) Riqueza natural

A mayor riqueza natural disponible, mayores fueron las posibilidades de un pueblo de alcanzar a ser hegemónico y constituirse en el protagonista de una ola. En la más remota antigüedad, durante los cientos y miles de años que la recolección y la caza fueron las únicas formas en las que el hombre se proveyó de alimento y abrigo, la **riqueza natural disponible** relevante era la que, sin intervención del hombre, ofrecían directamente el suelo y el mar: frutos naturales (leguminosas, granos, frutos de los árboles, tubérculos, etc.), sal, animales terrestres, aves y peces.

Muy disímiles, a este respecto, eran las riquezas que ofrecían los miles de rincones del planeta en los que ya se había ubicado el hombre hace cincuenta mil años. Unos, en torno a **grandes y feraces valles**, tuvieron enorme ventaja respecto de los que, por azar, se hallaban en territorios desérticos o en bosques tropicales muy húmedos. Aquéllos, con menor esfuerzo, obtenían tantos o incluso más alimentos y pieles de abrigo que éstos. Tenían, pues, períodos más largos, durante el día y durante el año, para explorar los territorios vecinos y estudiar más y mejor a los animales; pero

también para dar rienda suelta a la contemplación del firmamento, a la imaginación, y, por cierto también, a la inventiva. Este fue el caso de los pueblos de Mesopotamia ⁶¹.

No es, pues, una simple casualidad que precisamente en aquellos territorios donde las tierras eran más generosas aparecieron las dos primeras tecnologías inventadas por el hombre: la agricultura y la ganadería, hace casi diez mil años. A partir de allí, las [riquezas relevantes pasaron a ser la calidad del suelo, la abundancia y regularidad del caudal de los ríos](#), y las variedades de frutos y sus correspondientes semillas; pero también, la presencia natural de grandes hatos de ganado, especialmente bovino y equino. Sin duda, a aquellos pueblos que la naturaleza les había brindado todo ello en mayor cantidad, estaban en clara ventaja, en particular, sobre sus vecinos más próximos. Fue, una vez más, el caso de Mesopotamia.

Simultáneamente, los grupos asentados en las riberas de los grandes ríos, de los lagos, y en las orillas de los océanos, fueron perfeccionando sus técnicas de pesca y de navegación. Mas tampoco los ríos y los mares poseen igual [riqueza ictiológica](#), ni los territorios adyacentes tienen similares [riquezas madereras](#) con las cuales había que construir las embarcaciones. Por lo demás, entre los mares y océanos, los hay relativamente mansos y de menor tamaño, como el Mediterráneo, y otros enormes y bravíos, como el Atlántico, el Pacífico o el Índico. Así, algunos pueblos, como todos los del Mediterráneo, estaban pues en ventaja respecto de otros pueblos costeros, siempre considerando el remoto período al cual estamos refiriéndonos.

Puede presumirse que, luego de más de cien mil años de actividades de caza y pesca, hace diez mil años, [Mesopotamia era el territorio más densamente poblado de todo el planeta](#). La extraordinaria riqueza de flora y fauna, primero, y la agricultura y la ganadería, después, convirtieron a su numerosa población en sedentaria. Aquellos hombres ya no necesitaron errar más en busca de alimentos y abrigo. Así, en la zona baja de Mesopotamia, allí donde el Éufrates y el Tigris están a punto de desembocar en el Golfo Pérsico, los sumerios edificaron las primeras *ciudades* que hizo pueblo alguno en la Tierra. Fueron, por ello, los creadores de la primera *civilización*.

Esas primeras ciudades, no tanto por las edificaciones mismas, sino por la compleja organización social que albergaban, fueron, en ese estadio del desarrollo de la vida del hombre en el globo, la [cúspide del proceso ascendente de la humanidad](#). Las primeras ciudades de Mesopotamia constituyeron, en su momento, el resultado más grandioso alcanzado al cabo de casi cinco millones de años de evolución de la especie. Se formaron luego de más de dos millones de años que el hombre aprendiera a fabricar las primeras herramientas; luego de más de un millón de años que el hombre aprendiera a usar el fuego como fuente de calor y para cocinar alimentos; al cabo de 100 000 años de practicar el enterramiento de sus padres; 30 000 años después de que el hombre ocupara ya los cinco continentes de la Tierra; los mismos 30 000 años después de haber alcanzado las mismas características fisonómicas de que hoy se enorgullece el hombre.

Pues bien, los dos grandes ríos de Mesopotamia anualmente manifestaban —como hoy mismo sigue ocurriendo—, grandes crecidas e inundaciones producidas por los deshielos de las montañas de Armenia, donde nacen. Como hoy mismo sigue dándose,

61 Resulta patético, por decir lo menos, que el pueblo que ha alcanzado la cúspide del desarrollo en nuestros días, y aquel que fue la cuna de la civilización de la humanidad, hayan depositado las riendas del poder, ambos, a seres que razonan y actúan con deplorable primitivismo.

allí y en otras partes del planeta, en algunas temporadas esas **inundaciones** revestían características catastróficas, inundando y destruyendo enormes extensiones de cultivos, generando muerte, desolación y hambruna, más en algunas zonas del valle que en otras, y sin que el hombre pudiera intervenir ni explicárselo.

Sin duda, las poblaciones menos castigadas por la naturaleza obtenían una enorme ventaja sobre las otras: seguían disponiendo de alimentos. No es difícil imaginar que, en ese contexto de disímil y aleatoria distribución natural de la riqueza, con poblaciones numerosas y vecinas, y en presencia de hambre, los **conflictos** por hacerse de más y mejores tierras y ganado fueran haciéndose cada vez más frecuentes y graves, con cada vez más costosas consecuencias.

Habían pues asomado sobre la faz de la Tierra, hace miles de años, dos de las más terribles lacras creadas por el hombre: las **guerras** y su más dramática consecuencia para los sobrevivientes del pueblo vencido: la **esclavitud**. También habría de ser Mesopotamia el territorio del planeta donde se darían por primera vez todas y cada una de estas manifestaciones. En esas circunstancias fue relevante la existencia natural de elementos cada vez más poderosamente destructivos: maderas duras, piedras, metales y, de decisiva y enorme importancia, los animales de montar. Reuniendo todos esos elementos, el hombre confeccionó el primer vehículo militar de la historia: el carro de combate de madera, con dos ruedas y halado por un caballo. Una vez más, sería en torno a Mesopotamia, donde se daría ese gran salto. Habían, sin embargo, transcurrido ya miles de años desde que, por ejemplo, había aparecido la agricultura.

Pues bien, y a otro respecto, baste mirar un mapamundi para darse cuenta que hace diez mil años casi no había espacios del globo en los que un grupo humano no estuviera próximo a otro. Los separaba un río, una cadena de montañas, un desierto o un lago que, de una u otra manera, fueron remontados: a pie, a lomo de bestia o en pequeñas embarcaciones. Así, dada la amplísima gama de microclimas y pisos ecológicos existentes, los grupos humanos fueron enterándose de que sus vecinos disponían de frutos o animales distintos a los que ellos disponían. **Surgió entonces el intercambio**. A medida que las poblaciones crecían en número, y más se conocía las disponibilidades y los requerimientos del vecino, las necesidades de intercambio fueron también creciendo.

Así, poco a poco, lenta pero inexorablemente, el comercio fue convirtiéndose en una actividad cada vez más intensa y compleja: los comerciantes adquirirían productos para el consumo de su propio pueblo, pero también para los de sus vecinos del otro extremo del territorio. El tráfico comercial, quizá más que ninguna otra de las actividades de los hombres de entonces, estimuló grandemente el desarrollo de soluciones que facilitarían y permitirían intensificar el intercambio: **vehículos** y **camino**s, pero también **formas de llevar las cuentas**. Sin duda, los volúmenes e intensidad del flujo de intercambio fueron mayores en aquellos espacios del globo en los que alternaban pueblos numerosos.

De allí que tampoco sea una simple casualidad que, reuniéndose todas esas condiciones, haya sido en la encrucijada en la que se unen Mesopotamia, el valle del Nilo y el extremo oriental del Mediterráneo, donde, como dijimos, se inventaron los primeros **vehículos de ruedas**, y se desarrolló la **ganadería** y las **técnicas ecuestres**, se desarrolló la **navegación** a distancias relativamente grandes, y surgió el primer pueblo

altamente especializado en el comercio –los *fenicios*– y, al cabo de miles de años de esfuerzo y experimentación, se inventaron los **alfabetos** y los **números**.

El comercio, sin que el hombre se lo propusiera, y como está dicho, se convirtió en eficiente vaso comunicante entre los pueblos. A través del comercio, pacíficamente, los **productos nuevos iban paulatinamente revelando secretos**: qué materiales contenían y, con mayor o menor facilidad, revelaban también cómo habían sido elaborados. Los más entendidos tenían la responsabilidad de descifrar los secretos técnicos, cuando los había. Pero también los comerciantes se encargaban de revelar los secretos técnicos y tecnológicos que los productos, a simple vista, no alcanzaban a mostrar; y los espías, de averiguar todo aquello que ni los productos ni los comerciantes revelaban y que los especialistas no alcanzaban a descifrar.

Cuando aún no había aparecido la escritura, el hombre, muy probablemente sin proponérselo, había inventado la forma de comunicarse eficientemente con otros hombres a grandes distancias. En efecto, los ceramistas y los artesanos textiles, a medida que fueron haciéndose más expertos y más sofisticados resultaban sus productos, les incorporaron decoraciones cada vez más ricas en color y diseño. Así, la **vida de los pueblos fue quedando magnífica y fielmente retratada**: sus rostros, el paisaje, sus animales y frutos, sus dioses, sus vestidos, sus armas, sus construcciones. Con las vasijas y textiles en las manos, a cientos y miles de kilómetros de distancia, unos pueblos aprendían de otros.

Y las guerras, a pesar de su terrible costo, y sin que el agresor y el agredido se lo propusieran, cumplieron también la función de **vaso comunicante**. El agresor, sin que ese fuera su propósito, llevaba al territorio del agredido prácticamente todas sus manifestaciones culturales: su idioma, sus animales y alimentos vegetales, sus vestidos, sus dioses, sus armas; su cerámica, su textilería, su orfebrería; sus formas de recreación; sus gustos y técnicas de construcción. Todo ello, de una u otra manera, quedaba regado en territorio del vencido. Pero también se regaba el semen de los soldados vencedores. Los vencidos, sin que igualmente se lo hubieran propuesto, observaban todas y cada una de las expresiones culturales que mostraba el vencedor, y, selectivamente, asimilaban aquello que encontraban más útil o aceptable y aquello que les resultaba más bello y agradable.

El agresor, luego de observar las gentes, la cultura y el territorio del vencido, se apropiaba y asimilaba todo aquello que veía útil o aceptable y aquello que le resultaba bello y agradable. La apropiación que hacía el agresor ciertamente incluía las más hermosas mujeres de su víctima, sus mejores especialistas y técnicos y, en la medida de lo posible, todos aquellos jóvenes que, esclavizados, constituirían refuerzo a los contingentes de trabajo del vencedor. Las mujeres, los especialistas y los esclavos que llegaban al territorio del agresor, se encargarían, a su turno, de observar detenidamente la cultura del agresor, asimilándola en tanto podían. Agresor y agredido, pues, en cada uno de los territorios, daban forma, sin que ello estuviera entre sus objetivos, al **mestizaje, cultural y étnico**.

Y todo ello –aunque varios miles de años después recién se conociera el concepto–, en el contexto de una relación *imperialista*, en la que el **conquistador imponía sus intereses** (haciendo prevalecer su cultura, es decir, su idioma, usos y costumbres, formas de organización social, etc.), e **imponía sus objetivos** (extrayendo y

asimilando todos aquellos elementos culturales de los vencidos, y toda aquella riqueza que ambicionaba).

No obstante, la relación imperialista resultaba inexorablemente finita, en tanto que permanentemente generaba más y más graves **contradicciones irreconciliables**, cuya única solución –como veremos después– era la ruptura.

En definitiva, **sin que la voluntad del hombre jugara un papel decisivo**, fue casi exclusivamente en torno a las riquezas naturales de que disponían o no los pueblos involucrados, que uno de ellos, inadvertidamente, sin proponérselo, y menos pues explícitamente, fue llegando a la cresta de la ola.

b) Dominio de tecnologías de punta

Algunos individuos, a través de sus descubrimientos, inventos y, en una palabra, a través de las técnicas y tecnologías que fueron dominando, **contribuyeron decidida – pero inadvertidamente** también–, a que el pueblo al que pertenecían alcanzara la cresta de la ola. Ocurrió con los *egipcios* cuando lograron conocer perfectamente las fechas en que cada año se producían las inundaciones del Nilo, y cuando lograron conocer perfectamente y explotar en su beneficio las paradójicas ventajas que reportaban esas inundaciones.

En Europa continental, la explotación de los animales de tracción y el uso del hierro –cuyos beneficios se conocieron a través del comercio–, permitieron la invención del arado. El **salto tecnológico** que éste representó fue extraordinario. La roturación periódica del terreno permitía que campos con bajísima rendimiento agrícola multiplicaran repentinamente su productividad, y que campos que por su pendiente nunca habían sido puestos en producción contribuyeran a partir de allí a alimentar a los pueblos de Europa. El arado, pues, contribuyó sensiblemente a elevar la producción alimenticia. Y, concomitantemente, se incrementó notablemente la población. Y con el incremento de ésta el del comercio.

Las cada vez más sofisticadas técnicas comerciales y de transporte de grandes volúmenes, y los alfabetos y los números, todos ellos, en tanto innovaciones tecnológicas fundamentales, contribuyeron a que los pueblos que primero las dominaron de colocaran en condición de **hegemónicos y centros de sus correspondientes olas**. Ese fue el caso de los *cretenses*, primero, y de los *griegos* después. Mas, bien vale la pena recordarlo, como el comercio y las guerras habían ido cumpliendo el inesperado rol de vasos comunicantes, para cuando se produjo la ola de los *cretenses* y luego la de los *griegos*, cada uno de estos pueblos reunía toda la ciencia y la experiencia de las olas anteriores, recreada en sus propios territorios, más las tecnologías de punta de que eran privilegiados poseedores.

Nadie puede discutir que muchos descubrimientos se logran por azar. No cuenta pues allí la voluntad del hombre. Sin embargo, quizá en la inmensa mayoría de los descubrimientos y en todos los inventos, ha estado presente la **voluntad del hombre** por alcanzarlos: viajando, explorando, ensayando reiteradamente, perfeccionando, etc., según los casos. No puede entenderse sino como resultado de la acción deliberada del hombre la invención de las técnicas de fundición y laminación del cobre, del bronce y del hierro; la invención del arado; la fabricación progresivamente más sofisticada de

armas y armaduras (que existieron ya en la remota Mesopotamia); de los carros de combate; de las embarcaciones y aparejos de pesca; de las naves de transporte y de combate propulsadas por remos primero y por velas después; el desarrollo de modalidades cada vez más complicadas de intercambio comercial, incluyendo en la remota civilización fenicia la invención de la letra de cambio; el uso de monedas cada vez más simples y prácticas; el desarrollo de los alfabetos y los números; la sofisticación de las técnicas de alfarería, textilera y orfebrería; la extraordinaria invención del concreto (cuya paternidad se atribuye a los romanos); etc.

Es indiscutible, pues, que la voluntad humana ha estado presente impulsando el desarrollo y concretización de todos y cada uno de esos inventos. No obstante, ¿por qué decimos que, a pesar de esos grandes descubrimientos e inventos, no ha estado presente la voluntad humana en el hecho de que algunos de los pueblos de la antigüedad llegaran a convertirse en el centro de una ola? Pues por el hecho de que nadie podría sostener que los inventores o descubridores estuvieran, además de impulsados por su inventiva o por la necesidad de alcanzar mayor eficiencia, tratando de convertir a su pueblo en hegemónico. **Ello se obtuvo “por añadidura”**. No se buscó ni estaba previsto. Salvo, claro está, buena parte de aquellos inventos directamente relacionados con las conquistas militares. Mas cuando ello ocurría, el pueblo protagonista ya estaba en camino a la cresta de la ola. En fin, y en resumen, el dominio de las tecnologías de punta –generalmente con fines pacíficos– es uno de los factores que colocaron a algunos pueblos en el centro y camino a la cima de una ola.

c) Magnitud demográfica

A ese respecto, como hemos adelantado, el tercer factor de impulso hacia el centro de la ola ha sido contar con una riqueza poblacional –cuantitativa– mayor que la de cualquier otro de los vecinos del pueblo que había sido el centro de la ola precedente. En términos modernos diríamos que, invariablemente, estaba destinado a ser el centro de la ola siguiente aquel pueblo que constituía el “**mercado más grande**” de entre todos los pueblos vecinos al centro de la ola anterior.

El pueblo hegemónico que había perdido la posta, durante milenios (en el caso de Mesopotamia y Egipto) y durante siglos (en el caso de Creta, Grecia y Roma), había irradiado por igual su cultura a todos sus vecinos. Éstos virtualmente habían asimilado lo mismo. A ese respecto, pues, estaban en igualdad de condiciones. El más numeroso de todos, sin embargo, dado que tenía que resolver problemas de alimentación, vestido, vivienda, entretenimiento y defensa para más gente, era, inexorablemente, una **economía más dinámica y, necesariamente, más rica**. Es decir, real y potencialmente era una economía y, por consiguiente, una sociedad más poderosa. En nada de esto, pues, había intervenido tampoco la deliberada voluntad del hombre.

Parecen suficientes los argumentos hasta aquí esgrimidos para entender las razones por las que **Mesopotamia** se constituyó en la sede de la Primera Gran Ola de civilización de Occidente, y por qué ello no podía darse –en ese momento histórico– en ningún otro rincón de la Tierra. Las mismas razones permiten entender por qué a **Egipto** –y no a otro pueblo– iba a corresponderle el privilegiado segundo lugar.

¿Cuántas veces nos hemos preguntado –y respondido– por qué, en su defecto, ese papel protagónico –en aquel momento– no lo jugaron o no lo pudieron jugar los

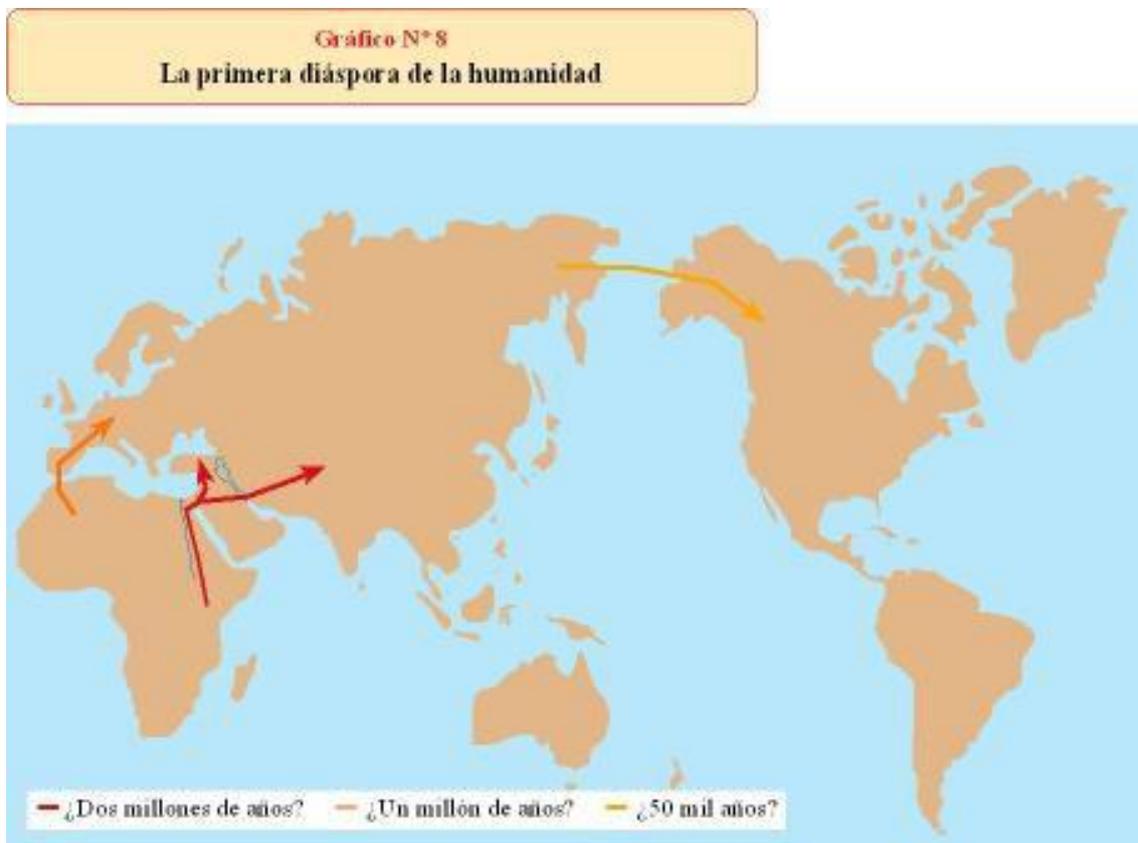
hombres asentados en las fértiles orillas del caudaloso [Misisipi](#), o los que habitaban en las orillas del [Amazonas](#), el río más largo y caudaloso del mundo; o los hombres del Rin o del [Támesis](#)? O, ¿por qué no pudieron ser los protagonistas de esos magnos episodios los hombres de la Siberia, o los del Sahara? ¿Por qué los hechos ocurrieron como ocurrieron y no de otra manera? ¿Había al respecto otra alternativa? En este caso, objetivamente, no había otra alternativa. Veamos por qué.

Los trópicos, por su abundancia de agua, han albergado siempre la mayor variedad de flora y fauna del planeta. Es decir, ése ha sido el laboratorio natural más rico para la generación de mutaciones genéticas y, por consiguiente, para la evolución de las especies. ¿Cómo puede entonces extrañarnos que [África](#) haya sido la [cuna de la humanidad](#)? Allí aparecieron los primeros adanes y las primeras evas. La ciencia, sin embargo, tiene aún que explicar, por qué en la Amazonía no hay primates superiores, aquellos a partir de los cuales, hace millones de años, se gestó la aparición del hombre. ¿Será acaso porque América es efectivamente, y en todo orden de cosas, un continente nuevo? El hecho incontrovertible, es que el primer hombre –el *australopiteco*– surgió en África hace tanto como 3–4 millones de años. Al cabo de más de un millón de años, se había convertido en *homo habilis*, más aún no poblaba sino África. Un millón de años más tarde había evolucionado hasta convertirse en lo que hoy denominamos *homo erectus*, poblando ya, en calidad de tal, África, Asia y Europa. Hace 100 000 años, en esos mismos tres continentes, el *homo erectus* había ya alcanzado las características del que hoy conocemos como *homo sapiens*. Y hace 30 000 años alcanzó las características fisonómicas y neurológicas que hoy, como *homo sapiens sapiens*, tenemos todos. ¿No es acaso razonable suponer que, evolucionando durante casi un millón de años en los tres continentes, simultáneamente surgiera como *sapiens sapiens* en esos mismos tres continentes con sólo variantes fenotípicas?

Pues bien, y por lo que hasta ahora se sabe, el hombre inició una larga caminata desde África, hacia el norte y en otras direcciones, y desde Asia, hacia el este y las otras direcciones. En algún momento, hace muchos miles de años, virtualmente toda la Tierra estaba ya ocupada, por pequeñas o por grandes comunidades humanas. ¿Pero por qué, entonces, las primeras grandes civilizaciones tuvieron su cuna en [Mesopotamia](#) y en [Egipto](#) y no en otros lugares?

Para responder esa acuciante interrogante es importante tener a mano dos argumentos. En primer lugar, y aunque obvio, pero para poder entender la racionalidad de los hechos –lamentablemente nunca bien enfatizado en los textos masivos de Historia–, el hombre de la antigüedad –como el de la actualidad, con lo que en esto no hemos “avanzado” un ápice–, tenía necesidad de asentarse en torno a [fuentes de agua dulce](#). Ésta es absolutamente indispensable e insustituible para la vida humana, animal y vegetal. A más agua dulce, en estado líquido y en la superficie, mayor flora y, por consiguiente, mayor fauna, es decir, más fuentes de alimento para el hombre; así, más y cada vez más población se asentaba inadvertidamente en torno a las fuentes abundantes y superficiales de agua dulce. De allí que, los hielos de Siberia y las arenas de los desiertos, pudieron acoger inicialmente a muy pocos ocupantes. En los trópicos, sin embargo, hay mucha más agua de la necesaria para los usos del hombre. Tanta que convierte a los suelos en agrícolamente pobres. De allí que las enormes tierras de la cuenca amazónica podían, también, albergar a poblaciones poco numerosas. Pero la misma limitación enfrentaron los primeros hombres del África.

Desde África, pues, y en busca de más y mejores alimentos, fue poblándose sucesiva y paulatinamente todo el planeta. A medida que los grupos crecían en número y las riquezas del suelo resultaban insuficientes, los jóvenes, dejando en el camino a sus hermanos mayores, a sus padres y abuelos, emprendían el camino en **búsqueda de sus propias y seguras fuentes de agua dulce, alimento y abrigo.**



En su largo proceso de poblamiento –como se insinúa en el **Gráfico N° 8**–, cuando en los primeros valles ocupados del África el hombre acumulaba ya miles y miles de años de existencia, grupos jóvenes marcharon remontando probablemente la margen derecha del Nilo. Pero en los períodos de extremo estiaje, cuando el alimento escaseaba, o en los de mayor inundación, cuando el río amenaza, volvían a desplazarse en busca de territorios que los proveyeran de alimento. Así finalmente llegaron los primeros grupos a las **riberas de Éufrates y el Tigris, en Mesopotamia**. Sin saber cómo, y menos pues haberlo previsto, habían llegado al territorio naturalmente más rico y fértil del planeta para la época en que la caza, la recolección y la pesca eran las tecnologías de punta, las únicas que se conocía. Pero otros que también venían del sur, pasaron a las costas del Mediterráneo, lo bordearon y llegaron a las costas de Turquía, luego a las de Grecia y luego a las de Italia: no sabían –ni podían imaginar– lo que estaban dejando de lado, al este.

Mucho más tardíamente otros grupos alcanzaron a cruzar el estrecho de Gibraltar y pasaron a ocupar el oeste de **Europa**. Y casi tanto como un millón de años más tarde recién se dieron las primeras migraciones que cruzaron el estrecho de Bering iniciando el poblamiento de **América**.

Cuán agradecidos fueron los hombres respecto de la riqueza botánica que encerraban los valles del Éufrates y el Tigris, que bautizaron el área como “**Medialuna fértil**”⁶² –que eso es, según Toynbee, lo que significa “**Mesopotamia**”; y no “región entre ríos”, como se sostiene en muchos textos–. Ciertamente era fértil. Largamente más pródiga en riquezas de flora y fauna que ningún otro espacio. Era, como se sabe, el Paraíso Terrenal, como –y no por casualidad– también fue denominado. El propio Herodoto, “el padre de la Historia”, en el siglo V aC, quedó rendido de admiración ante la riqueza de Mesopotamia: “demostraré cuán grande es la riqueza de los babilonios, con muchas pruebas...”, dijo con convicción⁶³. Así, desde muy antiguo, poniéndose en práctica un inconciente pero natural principio de eficiencia (mayor producción a menor costo), inadvertidamente fue concentrándose más y más migrantes en torno al gigantesco y rico valle.

Cuando otros hombres, al cabo de un larguísimo recorrido, llegaron por ejemplo al Mississippi y a otros territorios casi tan fértiles como Mesopotamia, las poblaciones de ésta tenían ya cientos de años aplicando la tecnología de punta: la **agricultura**. La ventaja de éstos, pues, fue abrumadora. Con esa enorme ventaja dieron origen a la primera gran civilización de Occidente.

Nadie, sin embargo, podrá sostener que quienes se asentaron entre el Éufrates y el Tigris lo hicieron al cabo de optar por ésta entre varias alternativas. En esa época no había las imágenes de satélite que, de un golpe de vista, permiten conocer qué tierras son fértiles y cuáles no. Los viajes en busca de agua dulce y tierras fértiles eran lentísimos: no había caminos. Quienes se asentaron en Mesopotamia, simple y llanamente, se beneficiaron con **un extraordinario golpe de azar**. La voluntad humana, pues, no tuvo participación en ese acontecimiento.

Mesopotamia no sólo es irrigada por dos grandes ríos, de caudal relativamente estable. Sino que, a diferencia del enorme valle norafricano, está encerrada entre cordilleras que forman **pisos ecológicos muy diversos**, que, por consiguiente, ofrecen frutos muy variados, recolectables prácticamente todo el año. El Nilo, en cambio, en el largo recorrido de sus cursos medio y bajo, riega un territorio topográficamente más homogéneo, que da lugar a una producción botánica menos diversificada. No es ninguna casualidad por eso que, desde muy antiguo, en el valle del Nilo predominara largamente la producción de trigo y cebada.

¿Pero por qué –por ejemplo, y además de lo que ya se ha argumentado– no correspondió a los **pueblos andinos**, asentados en un también rico territorio, el privilegio de ser el protagonista de la primera gran civilización de Occidente? A este respecto, el **Gráfico N° 9** (en la página siguiente) nos releva casi de cualquier comentario adicional.

Como hemos mostrado en otra ocasión⁶⁴, puede estimarse que el territorio agrícola en producción de que dispuso **Egipto** fue hasta quince veces mayor que el que dispuso su contemporáneo **Chavín**, en los Andes Centrales de América Meridional. Aquél, además, contó con un valle en el que poco esfuerzo demandaba obtener grandes cosechas. Los **egipcios** –dijo Herodoto⁶⁵–:

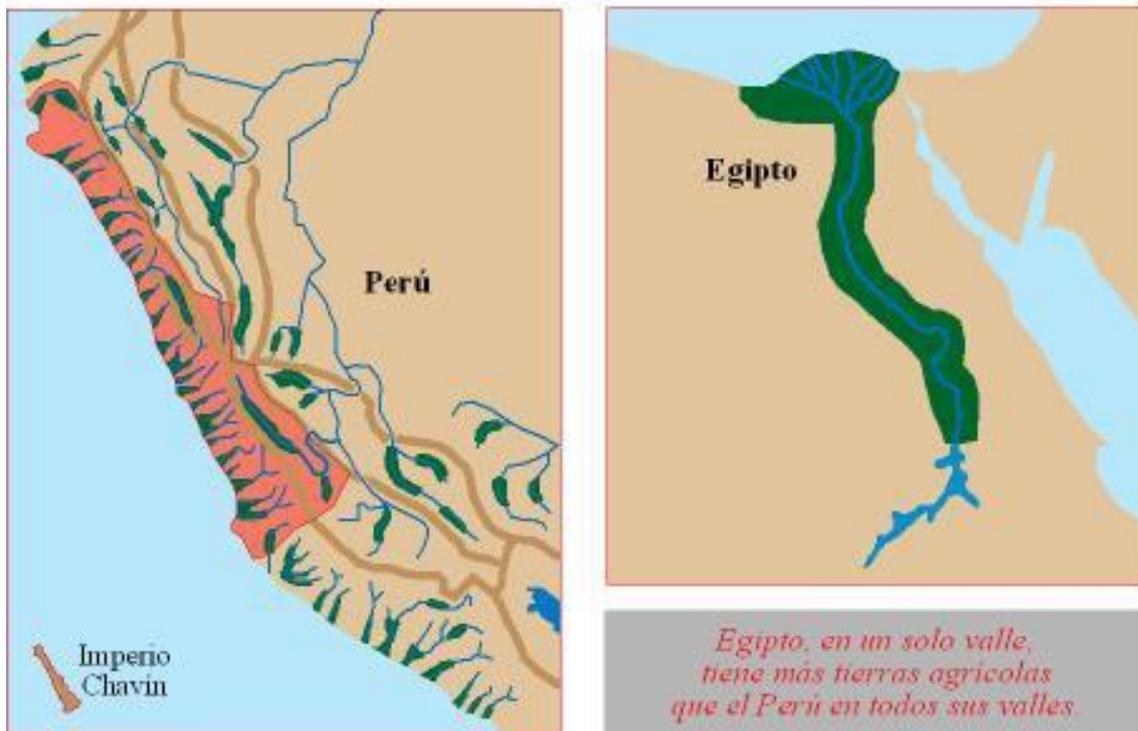
62 La cursiva es nuestra.

63 Herodoto, **Los nueve libros**..., p. 63.

64 Alfonso Klauer, **Los abismos del cóndor**, DISELPESA–IMPROFFSET, Lima, 1989, p. 176.

65 Herodoto, **Los nueve libros**..., p. 77.

Gráfico N° 9
Chavin - Egipto



...no tienen el trabajo de abrir surcos con el arado, ni de escardar, ni de hacer ningún trabajo de cuantos hacen los demás hombres que se afanan por sus cosechas....

Pero también constituyó una enorme ventaja el hecho de que fuera un solo valle, magníficamente vertebrado por el Nilo que, siendo navegable, permitía –y permite– transportar fácilmente las mercancías. **Chavín**, por el contrario, disponía – comparativamente– de **múltiples pero pequeñísimos valles**, aislados entre sí por altísimas montañas y muy secos desiertos, que dificultaban enormemente el intercambio y la producción agrícola. A todo lo cual debe agregarse la considerable diferencia de productividad natural de terreno, siempre en ventaja para los hombres del Nilo y, en su caso, por cierto también de los de Mesopotamia.

d) Ubicación geográfica

Consideremos otra de las importantes variables que permiten explicar por qué unos pueblos alcanzan la cima de la ola: una **coyunturalmente privilegiada ubicación geográfica**, que, como veremos, no necesariamente debe confundirse con vecindad territorial. Por *ubicación geográfica* queremos expresar aquella que, en particularísimas condiciones históricas, y sólo en ellas, e independientemente de la riqueza natural que posea, otorga a un pueblo una decisiva, excepcionalmente valiosa y desequilibrante ventaja con la que compensa una o más de una desventaja de otro orden.

El caso más ilustrativo, sin duda alguna, ha sido el de Creta. **Creta es sólo una pequeña isla en el centro del área oriental del Mediterráneo**. Quizá sus primeros

habitantes fueron náufragos que llegaron, hace más de 8 000 años, de las riberas del sur y sureste del Mediterráneo, sea de Egipto o de Siria y Palestina. Sus primeros asentamientos humanos datan del 6000 aC. Su reducida extensión territorial (8 300 Km²) es 120 veces más pequeña que la de Egipto; y su población –hoy– 100 veces más reducida que la de éste.

Creta, para erigirse en el centro de la Tercera Gran Ola de civilización de Occidente –en la denominada civilización Minoica–, no contó, pues, como bases objetivas, ni con una gran riqueza territorial ni con una población numerosa. ¿Qué condiciones, entonces, se dieron para tan asombroso portento? Básicamente una, que, sin duda, estuvo también al margen de la voluntad de los propios cretenses: la [ubicación geográfica de la isla](#) que, en la época –y sólo en esa época– adquirió importancia trascendental.

[Creta](#) –como puede apreciarse claramente en el [Gráfico N° 10](#)–, está ubicada a mitad de camino entre Egipto y Mesopotamia –a un lado del Mediterráneo– y Grecia y Roma –al frente–.



[Sin que los cretenses se lo propusieran](#), mientras en la orilla sur del Mediterráneo se daba el esplendor de Egipto, en la orilla opuesta los territorios de Grecia e Italia habían crecido bastante en población y demandaban, entre otros productos, trigo, cebada, lino, marfil y cerámica de Egipto; maderas de Siria; y muchas variedades de productos agrícolas, artesanales y minerales de Mesopotamia. Pero el imperio faraónico, a su vez, demandaba los productos de Grecia (en particular el olivo, la vid y las frutas). Creta, sin proponérselo, y dadas las restricciones técnicas de la navegación de la época, en la que, conociéndose, aún no se dominaba totalmente la navegación en alta mar, se convirtió en inevitable [punto central e intermediario entre ambas orillas](#) del Mediterráneo.

Fue, entonces, la primera gran civilización que tuvo como fuente de acumulación de riqueza no la actividad productiva, la agricultura –como había correspondido a

Mesopotamia y Egipto–, sino el **comercio**; sólo y precisamente por su ubicación geográfica. Creta era el centro de una gran bisagra natural con la que se unían, de un lado, los grandes pueblos protagonistas de los dos primeros grandes imperios de Occidente y, del otro, dos grandes mercados en crecimiento. En ausencia de otra alternativa, en sus todavía pequeñas naves, los comerciantes ocupaban la mayor parte de sus bodegas con la mercadería a comerciar, llevando pocos bastimentos en la seguridad de poder reabastecerse de ellos en Creta.

A diferencia de los pueblos cuya riqueza era necesario defender de la ambición externa con murallas, el comercio ha sido y es una **riqueza intangible** que no se puede amurallar. Esa es quizá la mejor explicación de por qué la civilización cretense es una de las pocas en la historia de la humanidad que no muestra vestigios de fortificaciones. No significa ello que no hubiera conflictos ni rivalidades. Pinturas de combates navales, recientemente descubiertas en una isla próxima, a sólo 130 kilómetros de Creta, son un magnífico testimonio de ello. No se gastó pues en fortificaciones, pero sí, en cambio, en palacios en los que se concentró –gastó y desperdició– gran parte de la riqueza acumulada en la actividad comercial.

Aunque con reservas, puede sostenerse que la civilización Minoica es quizá una de las pocas en la historia de la humanidad que alcanzó la cima de la ola sin llegar a constituirse en un imperio militarista, aunque no por ello dejó de guerrear. No obstante, tuvo una **gran influencia sobre sus vecinos**. “La moda cretense –dice Barraclough– se extendió por las islas egeas...”⁶⁶. En el lenguaje de hoy, bien podemos decir que los vestidos de coloridos diseños, que usaban tanto los hombres como las mujeres de Creta, se impusieron en la moda de entonces, entre gran parte de los pueblos del entorno de la isla. Y no está demás recordar que –ayer como hoy– generalmente se imita e impone aquello que goza de gran prestigio y valoración.

Los *cretenses*, sobre todo entre los pueblos del norte del Mediterráneo –*griegos* en particular–, gozaban de enorme prestigio y valoración, no sólo por su habilidad como navegantes y comerciantes. Sino también por haber desarrollado una forma nueva y original de **escritura**, distinta de aquella que muy probablemente habían observado en Egipto o Siria. En diversos lugares de la isla han sido encontradas tablillas de arcilla que “representaban listas de provisiones o pagos...”⁶⁷.

Pues bien, todo ese despliegue tecnológico –navegación de altura, sofisticación comercial, decoración del vestido y escritura– fue catapultado por la particular y **privilegiada ubicación geográfica de la isla**.

Corresponde precisar aquí, sin embargo, que no es la ubicación geográfica en sí misma la variante decisiva. Si así fuera, Creta –que sigue ocupando el mismo emplazamiento en el Mediterráneo– seguiría siendo una potencia de primer orden. Mas ello ya no es así. ¿Por qué? Porque no hay –como muchos creen y muchas veces se ha dicho–, posiciones geográficas estratégicas por sí mismas, sino **en función del contexto**. Es decir, es el contexto histórico el que define que una determinada posición geográfica tenga –o deje de tener– importancia estratégica. En otros términos, la posición geográfica de Creta resultó siendo una “ventaja comparativa” relativa, no absoluta.

66 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 40.

67 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 40.

Así, en el caso de Creta, al cabo de varios siglos de estar en funcionamiento los “vasos comunicantes”, otros pueblos alcanzaron a [igualar y hasta superar el dominio de la navegación de altura de los cretenses](#). Qué mejor testimonio de eso que las pinturas de combates navales a las que acabamos de hacer referencia. Al lograr construir naves de igual o mayor envergadura, con cien y hasta doscientos remeros, los comerciantes *fenicios* del sureste del Mediterráneo y los *griegos* al norte del mismo, dirigían directamente sus naves del centro de producción al centro de consumo, ya sin la imperiosa necesidad de detenerse en Creta.

Es decir, las nuevas tecnologías de punta –que Creta no podía impedir que otros pueblos descubrieran por sí mismos y/o copiaran–, hicieron que la [isla perdiera su “ventaja comparativa”](#), quizá con más rapidez que aquella con la que su episódica ventaja los había llevado a la cima de la ola. Pareciera que, en razón de ello, el esplendor de Creta apenas se prolongó entre el 2000 aC y el 1500 aC. La civilización cretense, pues, habría perdido predominio tras un espectacular “remezón tecnológico”. Esta hipótesis nos parece más verosímil y más coherente, que la de un destructivo terremoto –o los incendios⁶⁸ que éste habría suscitado–, o a la de una gigantesca ola levantada tras la erupción volcánica que sepultó la isla en la que se ha descubierto las pinturas a las que nos hemos referido, razones a las que muchos autores aluden, y que, en todo caso, habría –o habrían– cumplido el papel de golpes de gracia a una economía cuya declinación ya venía manifestándose.

En otro orden de cosas, pero siempre refiriéndonos al factor “ubicación geográfica”, obsérvese la siguiente constante que ha estado presente, sin excepciones, desde la primera hasta la presente ola: todos sus protagonistas han sido [pueblos con frontera marítima](#): Mesopotamia, Egipto, Creta, Grecia, Italia, Francia, España, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Mesopotamia, sin embargo, ha sido la primera y única civilización casi exclusivamente mediterránea de la historia de Occidente. Aparentemente por lo menos, durante la hegemonía de Mesopotamia, su estrechísima frontera marítima en el Golfo Pérsico no jugó ningún rol de importancia. No sólo porque el Golfo Pérsico nunca ha sido pródigo de una gran riqueza ictiológica, sino porque hace 5 000 años la navegación estaba en sus más incipientes rudimentos. Para todas las demás olas, y probablemente durante muchísimo tiempo por delante, las fronteras marítimas constituyen una importante ventaja para los pueblos que las tienen. Así, los pueblos mediterráneos, inadvertidamente en la antigüedad, y en conciencia aunque a pesar de su voluntad hoy, conceden un importante handicap a los pueblos con acceso libre y directo a los grandes océanos.

Pero hay otro matiz de “ubicación geográfica” –al que nos hemos referido casi en las primeras páginas de este libro– que debe ser tenido en cuenta, en particular, en el actual contexto internacional y su evolución más reciente. Obsérvese el caso de [Israel](#), [Corea del Sur](#) y la propia [Alemania](#). ¿No está cada uno de esas estrellas del capitalismo mundial en la frontera de mundos profundamente subdesarrollados? ¿No es digno de sospecha que, por igual en los tres casos, se dé ese fulgor de éxito capitalista –tan promocionado– casi en medio de un océano de pobreza: Israel rodeada del Medio Oriente subdesarrollado; Corea del Sur frente a su homónima del Norte y en las proximidades de China y el sudeste asiático subdesarrollados; y Alemania rodeada de los ex–satélites soviéticos todos subdesarrollados?

68 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 40.

Todos ellos, pero mucho más Israel y Corea del Sur que Alemania, deben ese fulgor a su “providencial” –aunque pasajera– estratégica posición geopolítica. Israel, como Corea del Sur y Alemania, durante muchísimo tiempo han sido hitos importantísimos en la “[frontera geopolítica](#)” entre “Occidente” y el “Mundo Socialista”. “Occidente”, con Estados Unidos e Inglaterra a la cabeza, siempre tuvo una clara conciencia de la tremenda importancia que, en el contexto de la Guerra Fría, tenían las “fronteras vivas” –altamente desarrolladas y magníficamente bien apertrechadas–, que sirvieran, tanto de muro de contención a la expansión “comunista”, como de “vitrina” con los mejores logros del “capitalismo”.

A diferencia de los pueblos subdesarrollados, que generalmente abandonan a su suerte sus poblaciones fronterizas, Occidente y el mundo capitalista desarrollado tuvieron una clarísima idea de la importancia de apuntalar el desarrollo de esos tres importantísimos [bastiones de contención en la extensa frontera geopolítica](#) con el “mundo socialista”. Nadie hasta ahora ha podido mostrar a cuánto han ascendido las gigantescas transferencias de capitales de Occidente a esos tres pequeñísimos rincones del planeta. Ése es también un fantástico reto para la Economía. No es serio que se publicite tanto los efectos escondiendo las causas más relevantes.

e) Golpes climáticos favorables

El clima, sin duda, ha jugado un rol muy destacado en la vida de los pueblos. Y más aún pues en los de la antigüedad, que por múltiples razones, pero sobre todo por la precariedad de las construcciones, eran [más vulnerables](#) ante los embates de la naturaleza.

En ese sentido, no deja sin embargo de llamar la atención que recién en las últimas décadas se ha empezado a investigar en torno a la [relación que existiría entre el colapso de algunas civilizaciones y drásticos y perjudiciales cambios climáticos](#). “*Los hombres de ciencia –dice el profesor de Yale Robert López– empiezan precisamente a prestar atención a ciertas fluctuaciones en el clima que parecen periódicas...*”⁶⁹ y que, como él mismo indica, pueden por ejemplo rastrearse hoy, entre otras manifestaciones, en la “diferencia en los anillos de crecimiento anual de los árboles”⁷⁰, pero también en las capas del suelo, en las capas costeras y en los hielos de las montañas.

Como extensamente se verá más adelante –cuando hablemos de los factores que contribuyen a explicar el colapso de los imperios–, hay fundadas razones para suponer que [graves crisis climáticas habrían afectado a los imperios](#) de Mesopotamia, al Imperio Egipcio, al Imperio Romano, al Imperio Maya y, entre otros, a Tiahuanaco.

Pues bien, se entiende que los historiadores modernos expresen preocupación por aquellos cambios climáticos que han perjudicado –y cíclicamente seguirán afectando– a muchos pueblos. Ello –que sin duda contribuirá a aprender y adoptar medidas precautorias–, permitirá también [aclarar muchos desenlaces históricos](#) que hoy constituyen importantes enigmas, pero que en la mayor parte de los textos son resueltos con expresiones tan carentes de rigor como “...y así, sin que sepamos cómo, desapareció la cultura tal (o sucumbió la civilización cual)”.

69 López, [El nacimiento...](#), subtítulo en la p. 29.

70 López, [El nacimiento...](#), subtítulo en la p. 29.

Pero si sería y razonablemente se sospecha que la naturaleza, con arbitrarios e imprevisibles flagelos climáticos ha contribuido al colapso –económico, político y social– de muchos pueblos e imperios, ¿no resulta, entonces, igualmente razonable suponer que, en sentido contrario, y con la misma arbitrariedad y sorpresa, la naturaleza haya contribuido decididamente, con [golpes climáticos muy favorables](#), a colocar a algunos pueblos camino a la cresta de la ola?

Así las cosas, planteamos que el quinto y último de los factores relevantes que habrían encumbrado a algunos pueblos es el *clima*. Esto es, imprevistos y prolongados golpes climáticos, significativamente benéficos, les habrían permitido, durante períodos suficientemente significativos, obtener [grandes cosechas](#) y, en consecuencia, notables e [inesperados excedentes económicos](#). Éstos no sólo habrían solventado su desarrollo económico y material, despuntándolos. Sino que, además, habrían permitido a los gobernantes desplazar fuerza de trabajo que resultaba excedentaria en la agricultura, dándole, por ejemplo, aunque no necesariamente, ocupación militar con afanes expansionistas y de conquista.

Por si todavía fuera necesario explicitarlo, la importancia de la hipótesis estriba en lo siguiente: ninguna acción del género humano, ni individual ni colectiva, resulta, tanto cualitativa como cuantitativamente, tan benéfica, impactante y trascendental como una grande y generosa alteración climática, que [de un golpe puede multiplicar varias o muchas veces la producción agrícola y ganadera](#) de un pueblo, dotándolo de la noche a la mañana de una riqueza inestimable de amplio y generalizado beneficio ⁷¹. Pero ello ha sido todavía tanto o más trascendental en la historia antigua, cuando la agricultura y la ganadería constituían prácticamente el cien por ciento del valor total de la producción.

Esta, pues, es una hipótesis a la que la Historia moderna deberá prestar una gran atención, en tanto que –no lo dudamos–, permitirá llenar también algunos [inmensos vacíos sobre el espectacular repunte de algunos pueblos](#) que, hasta la fecha, vienen siendo también cubiertos de forma de veras penosa en muchísimos textos de Historia. A ese respecto, quizá nada tan significativamente ridículo para la historia de Occidente como seguir centrando la atención del origen de Roma en una loba amamantando a dos niños; o, en la también emblemática historia andina, seguir afirmando que debe atribuirse el origen del Imperio Inka a una pareja de esposos surgidos de las aguas del Lago Titicaca.

No pues, tiempo hace que debieron ya quedar superadas explicaciones tan carentes de rigor científico como inverosímiles. Y tiempo hace que –además de las ya conocidas, pero que no son suficientes–, ha debido iniciarse la búsqueda de otras causas relevantes y sólidas que coadyuven a explicar el insólito repunte de algunos pueblos. Así, y para el tema que nos ocupa, premunidos de criterio y de lógica científica, hay que admitir sin ambages que tiene el mismo valor objetivo, y la misma importancia, mostrar y demostrar el [impacto del clima en el colapso de una civilización que en su despegue](#). ¿Pero hay acaso algún dato que permita dar un mínimo de validez a la hipótesis que venimos planteando? Ciertamente, hay por lo menos uno, pero muy valioso, como pasaremos a ver.

71 Klauer, *El mundo pre-inka...*, T. I, p. 51.

El origen de la asombrosa civilización **Tiahuanaco**, en la altiplanicie del Lago Titicaca, es un enigma –que permaneciendo absurdamente como tal en muchos textos–, tiempo hace que debería estar perfectamente aclarado en la mente de todos. ¿Cómo si no con un repentino y muy benéfico golpe climático podría explicarse que en aquel yermo y frío territorio –pero de casi 100 000 Km²–, surgiera una civilización tan portentosa, capaz además de erigir construcciones costosísimas que con la proverbial pobreza de ese territorio resulta inimaginable financiar?

Pues bien, según da cuenta el historiador Eloy Linares Málaga⁷², resultados de investigaciones realizadas en los hielos de los nevados Quelcaya y Macusani de Puno, evidencian “**períodos de grandes lluvias en los años 650 y 800 dC**”, donde esta última fecha coincide, precisamente y no por simple casualidad entonces, con el esplendor de Tiahuanaco.

Pero quizá ya no resulta tan sorprendente el hallazgo de la evidencia, cuanto la indiferencia que por tantos años han puesto de manifiesto los historiadores peruanos y bolivianos, que –y como ya veremos, replicando aquí el desaire que en Europa se dio a San Cipriano–, **pasaron por alto valiosos datos** del cronista Pedro Cieza de León.

En efecto, en *La crónica del Perú, de 1553*, el célebre cronista, hablando de los *kollas* altiplánicos, dice⁷³:

Muchos destos indios cuentan que oyeron a sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande...

Pero hay más. Sólo un inusitado evento climático de esa naturaleza explicaría el **repentino florecimiento de Tiahuanaco**. Pero explicaría también además su carácter explosivo. O, si se prefiere, el hecho de que alcanzó el esplendor “de la noche a la mañana”. Y una vez más corresponde recurrir a Cieza de León, pues, hablando de la misma población, en efecto da cuenta de esta muy significativa metáfora⁷⁴:

...oyeron a sus pasados que en una noche amaneció hecho lo que allí se veía.

Pero, para terminar, ello no es todo. Una tercera cita del mismo cronista⁷⁵ permite acabar de desentrañar el enigma del surgimiento de Tiahuanaco; y, al propio tiempo –y nada menos–, empezar a desentrañar el “todavía misterioso” **origen del Imperio Inka**.

He oído afirmar a indios [kollas] que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo; y aun dicen más, que los primeros ingas practicaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco.

¿Cómo entender y qué significa la expresión “los primeros inkas (aprendieron a hacer grandes y acabadas construcciones de piedra) en Tiahuanaco”? La explicación ya no debería sorprendernos. En efecto, por cuanto se conoce del Fenómeno océano–

72 Eloy Linares Málaga, **Pre-Historia de Arequipa**, T. II, CONCYTEC–UNSA, Arequipa, 1993, p. 44.

73 En Klauer, **El mundo pre-inka...**, TI, p. 160 / Pedro Cieza de León, en Francisco Carrillo, **Cronistas del Perú antiguo**, Edit. Horizonte, Lima, 1989, p. 51.

74 En Klauer, **El mundo pre-inka...**, TI, p. 160 / Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 55.

75 En Klauer, **El mundo pre-inka...**, TI, p. 162 / Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 55.

atmosférico del Pacífico Sur (El Niño – La Niña) ⁷⁶, la cordillera de Carabaya delimita climas perfectamente marcados y opuestos entre el Altiplano y los territorios al noroeste (Cusco y Ayacucho, en particular). Es decir, si en torno al Titicaca hay **sequías**, en el territorio adyacente se presentan **lluvias, y viceversa**. De modo pues que durante las copiosas y generosas lluvias que permitieron el despunte de Tiahuanaco, el pueblo *inka*, en el área del Cusco, y el *chanka*, en el área de Ayacucho, sufrieron severas sequías. ¿Es difícil imaginar que ello los obligara, o fueran obligados a desplazarse a trabajar en el Altiplano? ¿Y que allí, entonces, aprendieron el trabajo de la piedra?

En tal virtud, y como la estadía habría durado varias generaciones, al normalizarse el clima altiplánico, y retornar el área a su consuetudinaria sequía y pobreza, retornando pues los *inkas* al Cusco, volvieron no sólo con experiencia en el trabajo de la piedra, sino con las tradiciones que habían asimilado del pueblo anfitrión, entre ellas, claro está, y principalmente, sus **tradiciones fundacionales**: el origen mítico de los líderes saliendo de las aguas del Titicaca. Manco Cápac, pues, como el Moisés del pueblo judío, habría sido el hombre que organizó y lideró el retorno del pueblo inka del Altiplano al Cusco.

Tras lo dicho, si ya no resultan sorprendentes la explicación científica de la insólita riqueza de que hizo gala Tiahuanaco en el Altiplano, y del fundamento objetivo que da cuenta de la tradición *inka* de sus fundadores saliendo de las aguas del Titicaca, sigue siendo sorprendente en cambio el hecho de que durante muchos años los historiadores peruanos y bolivianos, y también los de otras latitudes, hayan hecho **caso omiso a datos tan relevantes** –y tan claramente presentados– como los que había suministrado tanto tiempo atrás el cronista Cieza de León.

Pues bien, si como venimos presumiendo, la naturaleza, más allá de la voluntad de algunas poblaciones y sus líderes de turno, habría catapultado inopinada y grandemente a diversos pueblos, lanzándolos hacia la cima de la ola, la confirmación de la hipótesis, necesariamente, obligará a **replantear** –y hasta radicalmente– muchos e **importantísimos capítulos de la Historia**. Y es que, habiéndose prescindido del aporte de la naturaleza, el “mérito” del “engrandecimiento” ya fue endosado a priori, y casi sin excepción, a quienes circunstancialmente gobernaban en cada caso.

La Historia, siendo la historia del hombre, no tenía porqué, sin dejar de ser antropocéntrica, ser excluyente, como, desgraciada y penosamente, lo resulta siendo en las versiones tradicionales, que por añadidura son las más difundidas. El hombre, desde su aparición en la Tierra, si bien *actúa* sobre la naturaleza, es abrumadoramente obvio que *interactúa* con ella. Es decir, ésta también actúa sobre él, afectándolo positivamente en unos casos y negativamente en otros. No obstante, desde Herodoto hasta nuestros días, la inmensa y casi exclusiva atención de las versiones tradicionales de la Historia está puesta en la *acción del hombre* sobre la naturaleza. Pero, en particular, y sesgándose aún más los hechos, en la **acción de “algunos hombres”**: los **providenciales**, los magníficos, los extraordinarios, los inimitables, los únicos, grandes, magnos, sabios...

76 Véase, por ejemplo, Alfonso Klauer, **El Niño – La Niña: el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, un reto para la ciencia y la historia**, Nuevahistoria, Lima, 2000 / www.nuevahistoria.com

Mal podrá extrañarnos entonces que, cuando por fin [se reconozca a la naturaleza sus grandes aportes](#), allí donde los dio, haya que reescribir, por ejemplo, mucho de cuanto se ha dicho y escrito de Hammurabi; Tutankamon; Ciro, “el grande”; Darío, Salomón “el sabio”, Pericles “del siglo de Oro”, Alejandro “el magno”, Rómulo y Remo; Aníbal, “el de los elefantes”; Julio César, “el gran conquistador; de ojos penetrantes y vivaces”; Octavio, “augusto o divino”; de Cayo César Germánico – “Calígula”–; etc., pasando por Carlos, “también magno”; por Isabel, “la católica”; Enrique, “el de las seis esposas”; Luis, “el rey sol”; Napoleón, “el pequeño gran corzo”; etc.

Los cronistas oficiales, los que ensalzaron y endiosaron a todos aquéllos, como no podía ser de otra manera, les adjudicaron sus propios méritos y virtudes –cuando los tenían–, o se los inventaron –en la mayoría de los casos–. Pero también, y arbitrariamente, les endilgaron los méritos de todo su pueblo, los de sus enemigos, los de los pueblos a los que conquistaron, los de los dioses, y, por último, les endosaron también enormes “méritos” [que en realidad correspondían a la naturaleza](#).

Sin duda las catástrofes naturales no son un demérito del hombre. Pero, con la misma lógica entonces, si los “golpes climáticos benéficos” llegaran a probarse en uno, más de uno o muchos casos de pueblos e imperios, ¿podría acaso considerarse que ello resta méritos al pueblo de que se trate? De ninguna manera. Ocurriría, sí, en cambio, que el [papel de los “grandes líderes”](#) tomaría el discretísimo y humilde sitio que, en realidad, les ha correspondido. Más no.

¿Determinismo histórico?

Entre las guerras más devastadoras y los azotes de la naturaleza, además de los graves daños que infringen, hay otro común denominador. En efecto, se dan al margen y contra la voluntad de los hombres, o, por lo menos, contra la voluntad de algunos de ellos: las víctimas. En relación con la destrucción ocasionada por los fenómenos naturales, salvo en los casos en los que podría hablarse de imprevisión irresponsable, es evidente que la voluntad humana ha estado al margen. Y en el caso de las grandes guerras de conquista, puede sostenerse también que, por lo menos en lo que a los pueblos derrotados se refiere, la [voluntad humana ha estado prácticamente ausente](#). Fueron invadidos, derrotados y conquistados al margen de su voluntad, contra su voluntad.

En casi todos los casos, aunque se hubieran propuesto evitar la confrontación, o aun cuando resistieran valerosamente al agresor, todos los vecinos del centro de la ola de turno fueron [aplastados y envueltos por la ola militarista expansiva del conquistador](#), o, como en el caso actual, por la ola de dominación tecnológica, económica y financiera. Para los vecinos de la ola ascendente, caer arrasados por ella resultó un fenómeno tan imprevisible e inevitable como un huracán o un terremoto.

Así, categóricamente, podemos afirmar: 1) las [víctimas sucumbieron](#) ante el fenómeno militarista expansivo, aun cuando pretendieran conciente y deliberadamente evitarlo, y; 2) porque lo contrario, en el extremo del absurdo, significaría que los pueblos conquistados fueron estúpidos cómplices de su propio sojuzgamiento. Julio César, saliendo al encuentro de cualquiera que pretenda enarbolar esta última y peregrina tesis, hace ya más de dos mil años sostuvo:

*todos los hombres naturalmente son celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre*⁷⁷.

Los poderes hegemónicos de Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, Francia, España, Alemania e Inglaterra; y en los Andes, el del Imperio Inka; en conjunto, pero **cada cual dentro de su área de influencia geográfica**, conquistaron y sojuzgaron militarmente a cientos de pueblos de la antigüedad. ¿Pueden los elementos de un conjunto tan numeroso como ése, ser considerados como las excepciones a la regla? Si así fuera, ¿qué pueblos no conquistados y vecinos de las naciones hegemónicas constituyeron la regla? Simple y llanamente no los hubo. De haber existido esos casos, los mapas de los imperios de la antigüedad mostrarían, dentro de las fronteras de los vastos territorios que conquistaron, islas o bolsones independientes no sometidos a la férula imperial. En todo caso, si los hubo –¿pero cuáles fueron?– habrían constituido, ellos sí, la excepción a la regla. Ésta, pues –insistimos–, fue que todos los pueblos de la vecindad del que se alzaba como hegemónico, cayeron invariable e inevitablemente aplastados por el arrollador avance de las fuerzas militares del conquistador.

Sin embargo, esa regla pudo cumplirse no porque los pueblos conquistados fueran estúpidos cómplices del conquistador. Sino porque éste, por razones que analizaremos en detalle más adelante, **había logrado acumular más fuerzas** militares, económicas y sociales que todos y cada uno de los pueblos conquistados. No había en éstos, pues, ni estupidez ni espíritu suicida. Se trataba, simple y llanamente, de un asunto de correlación de fuerzas. Una, la del conquistador de turno, inmensamente superior a las otras, las de los conquistados.

Aceptemos ahora, y sólo por un instante, la peregrina tesis de que unos pueblos, los conquistadores –o **vencedores**–, son “**los inteligentes**”, y otros, los conquistados –o vencidos–, son “los estúpidos”. Quien crea que este último calificativo está siendo arbitraria y antojadizamente utilizado por nosotros, debe recordar cuán despectivamente trataron los romanos a los pueblos que conquistaron; o cuán despectivamente trató España a los pueblos nativos que conquistó en América, o con cuánto desprecio fueron tratadas por los conquistadores norteamericanos las naciones *sioux*, *cheyenne* o *comanche*. O, por último, cuán irónica y despectivamente ha tratado el cine norteamericano a los soldados y almirantes japoneses, y a los soldados y generales alemanes –a quienes más se ha tratado con sarcasmo que acusado de genocidas–.

Pues bien, si las categorías de “inteligente” y “estúpido” fueran válidas, frente a las conquistas griegas en el sur de Italia, tendríamos que admitir que los “inteligentes” fueron los griegos y los “estúpidos” los italianos. Mas durante el proceso de expansión del Imperio Romano, fueron los italianos los que conquistaron y sometieron a Grecia. ¿Qué ocurrió para que los “estúpidos” de antes pasaran a ser “inteligentes” y los “inteligentes” se degradaran hasta la “estupidez”? Los mismos romanos, algunas centurias después de conquistar Grecia conquistaron España. Pero siglos más tarde la España de Carlos V mantuvo bajo su dominio parte importante del territorio italiano. ¿También en este caso debemos aceptar que los “inteligentes” se volvieron “estúpidos” y viceversa? Esta **tesis**, pues, es **absurda**. No resiste el menor análisis objetivo. Es inservible para explicar el proceso histórico.

77 Julio César, *Los comentarios.....*, p. 68.

Quedémonos, entonces, y mientras no se pruebe lo contrario, con la primera: los **pueblos vecinos del centro de cada una de las olas no tenían alternativa**: estaban condenados a caer bajo las garras del conquistador. ¿Es éste acaso un juicio de valor? No. Es, simple y llanamente –y nos guste o no–, una constatación objetiva. Oportunas y esclarecedores resultan a este respecto otra vez las ya citadas palabras de Ambiórige a Julio César: “*no [soy] tan necio que presuma poder con [nuestras] fuerzas contrastar las del Pueblo Romano*”. Sí pues, hasta el más limitado de los estrategas militares es capaz de hacer un estimado de correlación de fuerzas, y deducir si puede o no enfrentar con éxito al enemigo, y, en el peor de los casos, terminar admitiendo sensatamente lo mismo que el jefe *galo*.

¿Puede pensarse que los pueblos estaban “naturalmente” dispuestos a correr la trágica suerte que vivieron muchos de los que **fueron arrasados** por ejemplo por la demoníaca fuerza y furia de las huestes de Julio César? ¿No resulta suficiente la siguiente autoconfesión del conquistador?

¿Implica nuestra tesis un cierto **fatalismo**, o un **determinismo histórico** insalvable, con el que ha estado marcada la suerte de los pueblos de la antigüedad –y con el que, en apariencia por lo menos, ha estado también marcado el pasado reciente de los pueblos subdesarrollados y dominados del Sur, y estaría marcado su futuro–?

Si, como estamos viendo –y creemos haberlo mostrado claramente–, en los procesos históricos de formación, expansión y declinación de las grandes olas de la humanidad, desde la primera hasta la presente, ha estado **ausente la voluntad humana** –entendida como decisión conciente y deliberada–, habiendo primado los condicionamientos naturales y el contexto, debemos admitir, entonces, que en el pasado ha habido determinismo histórico.

Entre otras razones, porque –hasta bien entrado el presente siglo– la humanidad no ha contado con las teorías científico–sociales que le permitieran entender el proceso histórico y las leyes del comportamiento de éste. En el futuro cercano, cuando el hombre alcance a dominar las leyes del proceso histórico, podrá recién contrarrestar esas leyes y transformar la realidad, modelando cada pueblo, con conocimiento, conciente y deliberadamente, su propio futuro. Mientras ello no ocurra, estaremos sometidos aún a las crudas e **inexorables leyes que han prevalecido en el pasado**.

4) Antigüedad y conocimientos: factores objetivos también decisivos

Los pueblos que nunca fueron el centro de una ola, y los que fueron objeto de dominación, cayendo bajo la hegemonía de otros, ¿iban acaso a la deriva? ¿Es que no sabían lo que querían? ¿Eran débiles o estaban “atrasados” porque así lo habían querido? ¿Habían acaso elegido el inefable **destino de ser víctimas de la hegemonía** de otros? Las generalmente implícitas –pero en muchos casos incluso explícitas– respuestas afirmativas a estas interrogantes, de que están llenos muchos textos de Historia, no parecen corresponder objetivamente a los hechos.

Jean Baechler nos recuerda que todos los **hombres aspiran, libremente y en conciencia**, a alcanzar “un estado de recursos tal, en el que los problemas de

alimentación, vivienda y vestido estén resueltos”⁷⁸. Pero además, hace dos mil quinientos años, Herodoto ya nos hablaba de:

*...pueblos aguerridos que combatían esforzadamente por su libertad*⁷⁹.

Siglos más tarde, el feroz y sanguinario conquistador Julio César diría –cargado no obstante de objetividad–:

...todos los hombres naturalmente son celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre.

Nos resultan por eso **absurdas las hipótesis** de los que, implícitamente, y adoptando hipótesis extremas presentan: (1) pueblos en la historia de la humanidad que, de fracaso en fracaso, supuestamente desconociendo lo que querían –¿amando quizá la servidumbre?–, se habrían conducido a sí mismos a la destrucción, al suicidio, a la extinción; (2) una inmensa cantidad de pueblos que, a pesar de pretenderlo, simplemente no habrían hecho lo necesario para alcanzar sus propios objetivos de desarrollo económico y social –¿amando acaso la pobreza y la servidumbre?–; y (3) otros pocos pueblos que, en cambio, sí habrían hecho lo necesario para alcanzar ese “estado de recursos tal...” del que nos habla Baechler, y esa preciada libertad de la que habló Julio César.

¿Es acaso difícil asociar a los del último grupo con los pueblos desarrollados del Norte, y a los del segundo con los pueblos subdesarrollados del Sur? A los del primer grupo –aquellos que reiteradamente habrían fracasado–, la historiografía tradicional los ha hecho **desaparecer de la faz de la Tierra** –implícitamente, porque en realidad nadie se ha dado el trabajo de decirlo explícitamente y demostrarlo–.

La inverosímil desaparición de muchos pueblos, de la geografía y de la historia, es **uno de los más gruesos y dañinos errores de la historiografía tradicional**. Porque de él se han derivado muchas de las absurdas ideas que, a su vez, se ha inoculado en la mente de los pueblos. Recurramos, pues, una vez más, a la paradigmática historia del Imperio Romano y sus orígenes para demostrar que, efectivamente, a muchos pueblos se les ha hecho desaparecer del planeta y de la Historia⁸⁰.

Empezaremos diciendo que, en el contexto de la historia de Roma, para la historiografía tradicional, paradójica y contradictoriamente, el Viejo Mundo no sería pues tan viejo. Barraclough, por ejemplo, sostiene que la ciudad de Roma “nació en el siglo IX aC, como un grupo de chozas en la colina del Palatino”⁸¹. ¿Resulta acaso consistente que la península itálica, la más cálida y hospitalaria de Europa, virtualmente **no tenga una historia paleolítica ni neolítica**, como la que, en cambio, sí tuvo la menos fértil y más fría Irlanda? ¿No es incluso válida la interrogante para quienes, remontándose más atrás, nos dicen que a partir del año 1500 aC fueron llegando a Italia, entre otros, los *etruscos* y los *latinos*?

78 Jean Baechler, **Breviario de la Democracia**, Ediciones UNESCO, París, 1996.

79 Herodoto, **Los nueve libros**..., p. 108.

80 El gráfico que presentamos ha sido extraído de **Historia Universal 1**, Santillana, Lima, 1995, p. 121. Digamos de paso que el nombre “Historia Universal” resulta presuntuoso y erróneo. En el mejor de los casos debería denominarse “Historia Mundial” o “Historia de la humanidad”.

81 Barraclough y otros. *Atlas de la Historia*..., p. 62.

He ahí, pues, un segundo típico error: **filonomadismo**, esto es, la altísima proclividad a llenar vacíos argumentales con invasiones para las que nadie se preocupa en mostrar el punto de origen. ¿De dónde llegaron los *etruscos* y los *latinos*? ¿Estaba desocupada la península a la llegada de éstos?

El tercer frecuente error bien podemos denominarlo **filoefficientismo**. Mediante él, subrepticamente, se nos pretende mostrar a los pueblos europeos, y a Roma en particular, como capaces de haber hecho en pocos siglos lo que a los de Mesopotamia o del Nilo, pero también a los pueblos de América, les había demandado milenios. Así, por ejemplo, Barraclough nos dice que, trescientos años más tarde, Roma “ya se había transformado en una pequeña ciudad”⁸².

Las **imprecisiones e incoherencias**, en cuarto lugar, están muchísimo más presentes de lo que se cree. ¿Quiénes, según Barraclough, habían transformado ese grupo de chozas en una pequeña ciudad? Pues “sus amos más civilizados, los *etruscos*”⁸³. ¿Los *romanos* eran entonces también *etruscos*? ¿Qué debemos entender por “amos”? ¿Y qué debemos entender por “amos más civilizados”? ¿Acaso que había otros amos menos civilizados; y de ser así, quiénes pues eran estos otros? ¿O acaso los civilizados *etruscos* habían conquistado antes a los menos civilizados *romanos*? Pero líneas más adelante el mismo Barraclough nos dice “en el siglo V (...) la lenta invasión del sur de Etruria por los *romanos* [puso] en peligro el poder *etrusco*”. ¿Si los *romanos* eran *etruscos* cómo podían invadirse a sí mismos? Si no era así, ¿cómo pudieron los *romanos* revertir la situación y conquistar tanto a los *etruscos* como a los *umbríos*, *sabinos*, *ecuos*, *latinos*, *volscos* y *samnitas*? Estos últimos, y cuya más probable ubicación geográfica registra el gráfico siguiente, ¿eran *romanos*, eran *etruscos*? ¿Es suficiente para entender la hegemonía que sobre todos los demás alcanzaron los *romanos*, recurrir a una no demostrada “hábil combinación de diplomacia y operaciones militares” –como afirma Barraclough–⁸⁴?

El **prurito (seudo) analítico** –un quinto error altamente recurrente–, no sólo no conduce a entender mejor las cosas sino que, por el contrario, sólo conduce a confusión. Italia, además de los dos grupos extranjeros –*griegos* y *cartaginenses*– que desde varios siglos atrás habían invadido parte de su territorio, estaba habitada por *galos*, *ligures*, *etruscos*, *romanos*, *umbríos*, *sabinos*, *ecuos*, *latinos*, *volscos* y *samnitas*, entre otros. Sin embargo, sorprendentemente –y sin que la afirmación incomode en lo más mínimo a los historiadores que la sostienen–, sólo una pequeñísima fracción de los habitantes peninsulares, los *romanos*, habrían llevado a cabo la formación del imperio, luego de conquistar y hegemonizar sobre los otros.

Pues bien, ¿quién duda que la sangre de los *galos* está en la de gran parte de los *franceses* de hoy, y que la de los *romanos* en la de gran parte de los habitantes de la actual ciudad de Roma? ¿Qué ocurrió, sin embargo, con todos los restantes –*ligures*, *etruscos*, *umbríos*, *sabinos*, *ecuos*, *latinos*, *volscos* y *samnitas*–? ¿Qué, sino la desaparición de los mismos, pueden coleccionar los estudiantes del hecho de que la historiografía tradicional –y tras ella la demografía– no hayan vuelto a mencionarlos jamás? Y en el caso de Grecia, ¿qué pasó con los *espartanos*? ¿Desaparecieron también? ¿Otro tanto ocurrió, por ejemplo, con los *visigodos* y los *ostrogodos*? En todo

82 Barraclough y otros. *Atlas de la Historia...*, p. 62.

83 Barraclough y otros. *Atlas de la Historia...*, p. 62.

84 Barraclough y otros. *Atlas de la Historia...*, p. 62.

caso, a éstos y a aquéllos, a fuerza de silenciarlos definitiva y absolutamente, se les ha hecho desaparecer de la geografía y de la historia.

Quizá sin proponérselo, pero de manera insoslayable, los historiadores europeos han practicado el más **drástico darwinismo histórico–social**. Así, tras una supuesta y subrepticia –aunque nunca admitida– selección natural, habrían sobrevivido los más aptos, desapareciendo el resto. Y, por imitación, lamentablemente en lo que a la historia de América Meridional se refiere, se ha incurrido en el mismo grave y nefasto error. Así, tras la Colonia, habrían desaparecido los *aztecas*, los *mayas* y los *chibchas*; y en los Andes Centrales, los *inkas*, pero, antes que ellos, también los *chankas*, los *mochicas* y los *chavines*.

No es una simple casualidad que subsistan los gentilicios de los pueblos que alguna vez fueron **hegemónicos y vencedores: egipcios, atenienses, romanos, galos, germanos, sajones**. Para cualquier lector, esa es una prueba de que esos pueblos existen, y que, por consiguiente, vienen acumulando miles de años de historia. Y, entonces, tampoco es una simple casualidad que hallan caído en desuso, e incluso desaparecido, los gentilicios de pueblos que, realmente –o por vacíos informativos de la Historia– nunca fueron hegemónicos –como sería el caso de los *ligures*, *umbríos*, *sabinos*, *ecuos*, *latinos*, *volscos* y *samnitas*–, o que fueron hegemonzados –como en el caso de los *etruscos*, *espartanos*, *cartagineses*, *aztecas*, *mayas*, *chibchas*, *inkas*, *chankas*, *mochicas* y *chavines*–. En tal sentido, no puede extrañarnos que la inmensa mayoría de la gente internalice –de manera inconciente– la errónea y alienante idea de que esos pueblos, abrupta e inexplicablemente, desaparecieron.

Sin embargo, a pesar de la implícita pero sibilina tesis que prevalece en los textos de Historia, muchos pueblos han logrado empinarse sobre la ceguera de algunos historiadores, demostrando, como no podía ser de otro modo, que aún **siguen existiendo**. Así, por ejemplo, la actual región italiana denominada Liguria no es otra que la que antes, durante y después de la hegemonía romana ocuparon siempre los *ligures* –y que ocupan hoy sus descendientes, aunque se reconozcan o no como tales–. Hoy –como lo ha sido durante siglos– Génova es una de las ciudades de Liguria. Los *ligures*, pues, no han desaparecido. Así, Cristóbal Colón, además de *genovés*, era entonces también *ligur*, más eso nunca se ha dicho en los libros de Historia. ¿Y Umbría no es acaso también una zona actual del centro de Italia? No habrían desaparecido entonces tampoco los *umbríos*.

En Centroamérica, ¿quién podría negarles a una buena parte de los mexicanos que se reconozcan como *aztecas*, o a gran parte de los guatemaltecos que se reconozcan como *mayas*? Y en los Andes, ¿que muchos cusqueños se reconozcan orgullosamente como *inkas*, muchos ayacuchanos como *chankas*, muchos puneños como *kollas* y muchos ancashinos como *chavines*? No obstante, la legítima reivindicación de la existencia actual de esos pueblos no podrá sustentarse en esa deformada Historia tradicional que precisamente silenció e “hizo desaparecer” a tales pueblos. Es pues, y tiene que ser, una reivindicación de los propios pueblos, y a pesar de la Historia tradicional. Sería un error, sin embargo, y de hecho lo es, considerar a todos los mexicanos como *aztecas*, o a todos los peruanos como *inkas*. Ello equivaldría a considerar, por ejemplo, que todos los italianos son *romanos* o que todos los griegos son *atenienses*.

Quede claro pues que, el hecho de que la historiografía, a partir de un cierto momento de la historia de los pueblos, deje de mencionarlos, incurriendo, inadvertida aunque formal y metodológicamente, en una suerte de darwinismo histórico-social, no significa que esos pueblos hayan desaparecido. ¿Cómo explicar, sin embargo, que se haya caído en tan grave error? El hecho de que invariablemente permanezcan en los textos de Historia los nombres de los grandes pueblos hegemónicos, aquellos que fueron el centro de cada una de las grandes olas de Occidente, es un buen indicio de la forma sesgada y parcializada como, en general, se ha escrito la historia de la humanidad: se ha caído en la trampa de privilegiar, cuando no recoger y divulgar exclusivamente, la [versión de los vencedores](#). Sin embargo, y complementariamente, ese error es, a su vez, consecuencia de hasta otros tres errores.

En efecto, en primer lugar, de manera sistemática se ha incurrido en el error de [omisión por generalización](#). Así, por ejemplo –recogiendo sesgadamente la versión de los vencedores–, se habla de “las conquistas romanas” o del “imperio romano”, nombrando genéricamente como “romanos” a todos los pobladores de la península itálica que, de una u otra manera, formaron parte del pueblo hegemónico. Como resultado de esa generalización, reiterada hasta el hartazgo, dejaron de usarse todos los otros gentilicios: *ligures*, *umbríos*, etc. Exactamente lo mismo ha ocurrido, en el caso de la historia de los Andes, con los pueblos que fueron conquistados primero por los *inkas* y luego desde España.

En segundo lugar, se ha incurrido en [omisión por sustitución](#) de nombres: el uso persistente en los textos de gentilicios históricamente nuevos como “italianos” o “peruanos” ha contribuido a dejar en desuso los otros.

Y el tercer error es el de [omisión por imprecisión](#). Sin hacer distinciones, todos los miembros del pueblo hegemónico –romanos y no romanos, por ejemplo– han sido presentados como protagonistas del hecho histórico. Y a mayor abundamiento, para que todos de buen grado terminen cayendo en el engaño, el hecho histórico –el imperio– fue presentado pletórico de “hazañas” y “grandezas”.

En ese sentido, no es precisamente excepcional encontrar afirmaciones como estas: “los *romanos* controlaron todas las costas del mar Mediterráneo (...) Para lograr esta *hazaña*...”⁸⁵; o, “no existe mejor [testimonio de la grandeza del Imperio romano](#)...”⁸⁶. Presente la falacia de recurso a la autoridad, es decir, dichas esas frases por eminentes intelectuales, ¿quién se autoexcluiría de tan generoso y complaciente halago? Este es, pues, quizá, el error metodológico más grave de todos, porque es el más distorsionante y el más encubridor de todos. Veamos. Las conquistas militares no son, en sí mismas, ni tienen por qué ser, y menos necesariamente, objetos de halago. ¿Qué dice la Historia de Occidente de las militarmente exitosas y vertiginosas campañas militares de Hitler? ¿Se les reconoce acaso como hazañas? ¿Quién entonces, sino los propios emperadores romanos –como ocurrió con Hitler– para calificar sus propios triunfos militares como hazañas? Sin duda, no habría sido esa la versión de los millones de viudas y huérfanos que quedaron regados en el enorme territorio imperial, cuya versión, más bien, y sin duda, sería coincidente con la de los herederos de las víctimas de los campos de concentración nazis.

85 **Historia Universal 1**, Edit. Santillana, Lima, 1995, p. 134. La cursiva es nuestra.

86 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 61. La cursiva es nuestra.

Más adelante veremos por qué, en nuestra opinión, se atribuye antojadiza y arbitrariamente a los imperios bondades que ni tienen ni nunca han tenido. Entretanto, debemos tener absoluta conciencia de que la mayor responsabilidad de todos y cada uno de los hechos ocurridos durante los fenómenos de hegemonía imperialista corresponde a quienes, dentro del pueblo hegemónico, tenían a su vez el control absoluto del poder, es decir, la [élite imperial](#). Ésta y solo ella es responsable de todas las barbaridades en que, sin excepción, han incurrido todos y cada uno de los imperios en la historia de la humanidad, y que aún permanecen distorsionadas y mimetizadas en la inmensa mayoría de los textos de Historia, con la complacencia e incluso complicidad de muchos historiadores.

La Historia, pues, tiene obligación metodológica de [corregir todos y cada uno de los errores](#) a los que hemos hecho referencia. Cuando ello ocurra, “reaparecerán” en la historia muchísimos pueblos, y quedará desterrada la subrepticia tesis de darwinismo histórico-social que aún prevalece.

Aceptemos, pues, objetivamente, que los pueblos no desaparecen. En el peor de los casos, entonces, y al margen de su voluntad, muchos de ellos han sido objeto de sustitución de su nombre original por otro más genérico. Así, desestimando esa hipótesis implícita en que tanto redundaba la historiografía tradicional, de que hubo pueblos que [desaparecieron por “selección natural”](#) –porque supuestamente no sabían a dónde iban o porque no sabían lo que querían–, restaría sin embargo mostrar qué otras razones igualmente objetivas permitirían explicar: (a) por qué unos pueblos alcanzan a ser el centro de una ola; (b) otros quedan envueltos en ella, y; (c) otros permanecen en la periferia de la ola.

Sin género de duda, la [antigüedad y la acumulación de conocimientos](#) son dos poderosas razones que –conjuntamente con las cinco que vimos en el acápite anterior– contribuyen a explicar dichos tres distintos desenlaces.

¿Qué pueblo existe hoy en el planeta al que, para sus grandes mayorías, no pueda identificarse [ancestros milenarios en su propio territorio](#)? ¿O, por excepción –como en el caso de los Estados Unidos–, al que para su gran mayoría no se reconozcan milenarios ancestros fuera de su territorio? Ninguno. Todos los pueblos tienen antecedentes que se remontan a cientos cuando no a miles de generaciones.

Los pueblos de América Meridional asombran a propios y extraños con sus fantásticos y milenarios restos arqueológicos. El territorio sudamericano está atestado de miles de “ruinas” con milenios de historia. Se dice, entonces, y con razón, que los pueblos de América Meridional tienen un pasado antiquísimo. O, simplemente, que “tienen pasado”, para distinguirlos de otros a los que –como Estados Unidos– erróneamente se considera “sin pasado”. Los registros arqueológicos más viejos en América, sin embargo, se remontan a “sólo” 50 000 años. En Europa, en cambio, y por comparación cuantitativa, se lucen solitariamente airosos unos pocos, muy pocos restos milenarios, entre los que destacan los megalitos de Escocia, y, en la propia España, monumentos megalíticos con forma de *dólmenes*, *menhires* y *cromlechs*, antiguos o casi tan antiguos como los restos de la gran civilización cretense. Y, aunque con mucha menor antigüedad, se mantienen aún erguidas muchas riquezas históricas de Grecia y Roma, dentro y fuera de sus propios territorios. [¿Es entonces que el Viejo Mundo no es tan viejo como se nos ha dicho siempre?](#) No, ciertamente el Viejo Mundo es muy viejo.

Una estatuilla hallada en Brassenpouy, Francia, muestra por lo menos 22 000 años de fabricación; a otra, encontrada en Laspugue, también en Francia, se la ha dado una datación de 20 000 años; y los dibujos de la afamada cueva de Altamira, en España se estima que son de hace 14 000 años ⁸⁷.

Mas se sabe que el *homo neanderthalensis* que habitó Europa estuvo allí hace 400 000 años. Pero los recientes hallazgos de Atapuerca, en España, tienen ¡900 000 años ⁸⁸! Con estas cifras, en términos relativos, en el siglo XV, por ejemplo, los pueblos de Europa tenían ya 36 años cuando los más viejos de América apenas habían cumplido dos. Lo “viejo” y lo “joven” saltan a la vista. Europa, sin duda, es pues un Viejo Continente, y Asia Menor es aún más vieja. Siendo ello objetiva y evidentemente así, ¿por qué entonces, engañosamente, América Meridional luce más restos arqueológicos que Europa, por ejemplo?

En el subdesarrollo de unas áreas y en el desarrollo de otras está la clave de la respuesta. Si el Sur hubiera alcanzado el desarrollo material de Europa, tiempo haría que miles de restos arqueológicos habrían sido barridos por las motoniveladoras, y otros tantos habrían quedado enterrados bajo el cemento y el asfalto. El Perú, por ejemplo, ofrece una magnífica prueba de ese fenómeno. La inmensa mayoría de los testimonios de la ancestral raigambre de los peruanos se conserva en las áreas menos desarrolladas del país. Más aún, constantemente se descubren restos arqueológicos en las áreas más remotas e incomunicadas. Es decir, paradójicamente, el [subdesarrollo ha permitido que subsista la inmensa mayoría de los restos arqueológicos](#) del Perú. Hasta hace unas décadas, en absoluta ausencia de escrúpulos y de control estatal o social, los urbanizadores de Lima arrasaron innumerables vestigios arqueológicos, a imagen y semejanza de lo que los conquistadores españoles habían realizado durante los siglos de la Colonia.

La identificación con los testimonios del pasado, y el cariño y aprecio correspondientes, son conquistas novísimas en Occidente. Recién han logrado imponerse en este siglo. Es decir, cuando ya casi nada podía hacerse en Europa, en la que, por lo demás, el poder destructivo de las guerras, en especial las de los últimos cinco siglos, arrasó indistintamente lo “nuevo” y lo “viejo”. Recién hoy en las ciudades y campos europeos –por fin– se tiene cuidado en ver, por ejemplo, con qué tropiezan las máquinas cada vez que se avanza en la construcción de un tren subterráneo o cualquier otra gran obra de ingeniería. Pero además, confirma nuestra aseveración el hecho incontrovertible de que los restos que hoy se conservan en Europa corresponden, precisamente, a las áreas de menor desarrollo relativo y de menor densidad poblacional. Lo contrario supondría que Alemania, Suiza o Austria son pueblos “jóvenes”, porque prácticamente no muestran ningún resto arqueológico. En síntesis, no existen no porque no los hayan tenido, sino porque [han sido sistemática y totalmente arrasados](#). Europa, pues, en comparación con América, es más vieja, muchísimo más vieja, aunque, moderna y desarrollada como es, engañosamente se nos presente como “más joven”.

Pues bien, a pesar de que los [restos arqueológicos](#) en América Meridional, Asia y África son inmensamente más numerosos que los que se conservan en Europa y Estados Unidos –quizá no es exagerado estimar que la relación es de 100 a 1–, es en éstos dos últimos territorios donde, paradójicamente, se concentra el 54% de los lugares

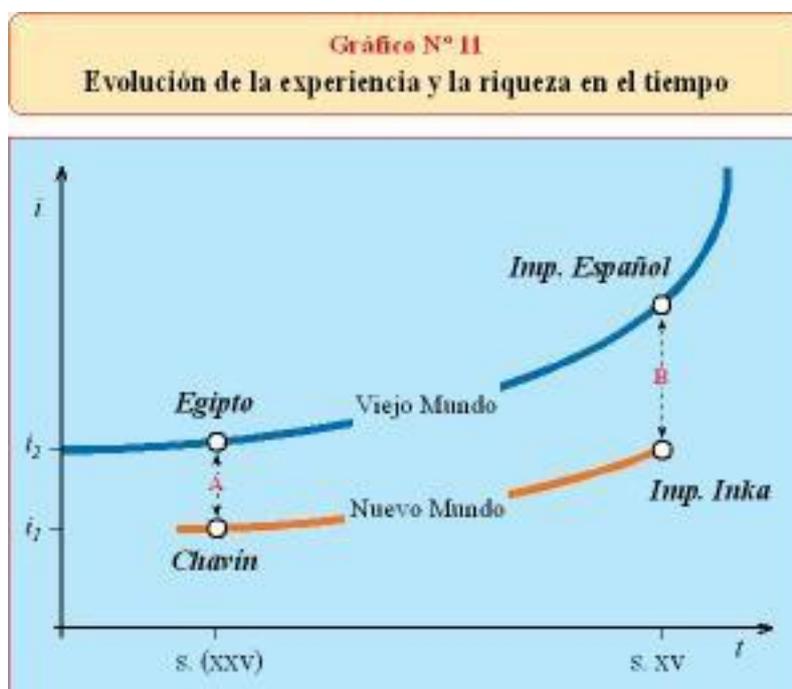
87 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 10.

88 Revista “Ronda Iberia”, *Nuestro tatarabuelo, el señor antecesor*, Julio 1997, pág. 66.

del mundo que han sido declarados por la UNESCO “Patrimonio cultural de la humanidad”⁸⁹. Sin duda ello es una consecuencia, tanto de las distorsiones que encierran los textos de Historia, como del mayor poder de los países desarrollados en el seno de organizaciones mundiales como la citada.

Estábamos sin embargo comparando la edad de Europa con la de América. ¿Resulta correcto que estimemos, por ejemplo, que mientras la edad cronológica de la primera es 900 000 años, la de la otra 50 000? ¿O, si se prefiere, que la **relación es de 18 a 1**? Objetivamente ello es cierto e irrecusable. No obstante, y cuando menos a título provisorio, parece que no es pertinente estimar en tal la diferencia de edades. Poco, muy poco, en efecto, avanzó el hombre hasta alcanzar la condición de *homo sapiens sapiens*: recolectó, cazó, había además aprendido a hacer fuego y a fabricar muy rudimentarias herramientas y había empezado a practicar el enterramiento de sus muertos. Con esa experiencia el *homo sapiens sapiens* atravesó el estrecho de Bering y empezó a poblar América.

Asumamos pues entonces que la diferencia entre el Viejo y el Nuevo Mundo se gestó recién en los últimos 30 000 años. Pues bien, todo parecería indicar que en el primer tercio de ese largo período, mientras en Mesopotamia se congregaban grupos cada vez más numerosos, y en Europa empezaban a poblarse las áreas más bajas y amplias de los valles más próximos al Mediterráneo, los primeros habitantes de América recién llegaban y deambulaban en busca de los que habrían de ser sus emplazamientos definitivos. Ello permite entender por qué las **primeras ciudades de Mesopotamia logran erigirse mil y dos mil años antes que las de América**. Ésta, pues, habremos de considerarla como la diferencia realmente relevante. Y, ciertamente, como veremos, no es poca cosa.



89 Amadou Hampaté Ba, *El patrimonio cultural al servicio del desarrollo*, en *Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, UNESCO, Madrid, 1997, p. 120.

Asumiendo, por un instante –ver **Gráfico N° 11**–, que **entre el tiempo (*t*), y la experiencia (*i*)** –creación cultural y creación de riqueza concomitantes, y que constituyen parte de los “intereses” de los pueblos– que logran acumular los pueblos, **hay siempre una relación directa** (a mayor tiempo mayor riqueza acumulada); pero asumiendo también –como se vio en el **Gráfico N° 9**–, que no todos los pueblos disponen en su territorio de la misma capacidad de generación de riqueza; y, finalmente, que los pueblos del Nuevo Mundo habían iniciado su proceso de acumulación de experiencias y riquezas muchísimo tiempo después que los hombres del Viejo Mundo; llegado el siglo XV, la diferencia al momento del “encuentro de los dos mundos” era pues incluso mayor que la que 40 siglos atrás separaba a Egipto de Chavín, por ejemplo ($A < B$).

Pero no sólo eso, sino que –como también hemos querido expresar en el **Gráfico N° 11**–, ninguno de los pueblos de esta parte del planeta, ni siquiera sus civilizaciones más avanzadas –las de los *aztecas* y los *inkas*– habían logrado aún descubrir y crear importantes de los grandes portentos de que ya se preciaban los pueblos e imperios de **Mesopotamia**.

Para el siglo XV **Europa y el Cercano Oriente habían acumulado la siguiente experiencia**: a) 5 000 años utilizando el arado, cuya invención se atribuye a pueblos europeos; b) 4 300 años de haber inventado las primeras modalidades de escritura, y 3 300 años utilizando las tablas de multiplicar, calculando fracciones y resolviendo ecuaciones de segundo grado; c) más de 3 000 años de haber inventado la división del año en 365 días de 24 horas, así como de haber inventado el minuto y el segundo, inventos atribuibles a mesopotamios y egipcios; d) también más de 3 000 años utilizando la moneda y sistemas de pesas y medidas, atribuidos a los pueblos del Cercano Oriente y a pueblos comerciantes del golfo Pérsico; e) más de 3 000 años realizando navegación de altura, ensayada por los pueblos del este del Mediterráneo; f) más de 3 000 años de haber inventado el carro de ruedas, veloz y sólido, pero “tan liviano que lo podía cargar un solo hombre”⁹⁰; g) más de 2 500 años trabajando el hierro, descubierto en el Asia Occidental próxima a Europa, y; h) 1 600 años construyendo puertos y grandes edificaciones con concreto.

La **significación e implicancias** de cada uno y del conjunto de todos esos descubrimientos eran bastante más trascendentales de lo que incluso sugiere el recuento que hemos mostrado. En efecto, la productividad de la tierra crece enormemente con el uso del arado que, además, abarata sensiblemente el trabajo de ampliación de la frontera agrícola. Complementariamente, compárese la diferencia de costos entre ampliar el territorio agrícola en las laderas de mediana pendiente de Europa –cuyo montaña más alta alcanza 4 800 metros–, respecto de lo que significaba hacer lo mismo en las abruptas y empinadas laderas de América andina, por ejemplo –muchas de cuyas montañas alcanzan 7 000 metros y varios de cuyos pueblos se asientan a alturas superiores a la cumbre del Monte Blanco en los Alpes–, que obligaban a sofisticados y costosísimos andenes, similares pero más costosos que los que se había construido en Mesopotamia –cuya montaña más alta se eleva hasta 5 600 metros. La ventaja que a este respecto tuvieron los pueblos europeos fue pues muy grande.

Por lo demás, el control exacto del tiempo tiene que haber permitido alcanzar aún **mayores índices de productividad** en la agricultura, en tanto se controlaban mejor los

90 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 25.

períodos de siembra, control de la maduración de los cultivos y los correspondientes períodos de labranza y cosecha. El control exacto del tiempo tiene que haber permitido también incrementar la eficiencia del trabajo de los hornos, tanto de cerámica como de metalurgia e incluso de elaboración de alimentos, y, en general, en el resto de las actividades productivas.

Los números, alfabetos, monedas y sistemas de pesos y medidas, invariablemente contribuyeron a hacer **más eficientes todas las actividades de intercambio** comercial y a facilitar el incremento de los volúmenes comercializados, haciéndose con ello muy fluido y dinámico el proceso de transferencia de tecnologías agrícolas, manufactureras y mineras y, en general, la transferencia de conocimientos. ¿Puede estimarse que fue una simple casualidad que alfabetos y números aparezcan asociados a pueblos del Viejo Mundo que practicaron un volumen de comercio como el que nunca se dio en América precolombina?

Todo parecería indicar que los **alfabetos**, pero principalmente los **números**, habrían aparecido como una respuesta a la intensificación del “**comercio internacional**”. En las transacciones internacionales, ayer –como hoy– concurren distintos idiomas. Pero, por su ubicación geográfica, en la actividad comercial en Creta, como en Siria e Israel, o en el Golfo Pérsico, concurrían un sinnúmero de lenguas. Herodoto por ejemplo cuenta que en su época –siglo V aC– algunos comerciantes “negocian por medio de siete intérpretes y por medio de siete lenguas”⁹¹. Así, habría sido imperiosa la necesidad de encontrar “comunes denominadores” a esos múltiples idiomas; comunes denominadores que facilitaran el intercambio comercial que, puede suponerse, era desbordante. En respuesta a esa necesidad habrían sido inventados “los números”. Con frecuencia –como nos lo recuerda Guillermo Nugent– “se olvida que la escritura [y los números, precisamos nosotros, aparecieron] en la historia de las sociedades humanas, en primer lugar, para formar listas de bienes, órdenes, catálogos, esquemas, relación de contribuyentes o deudores...”⁹².

Por su parte, la navegación de altura contribuyó a elevar aún más la **eficiencia y los volúmenes del tráfico comercial**. A pesar de las dificultades y de los riesgos que ella siempre ha implicado, qué duda puede cabernos de que, a ese respecto, el Mediterráneo representó una ventaja inconmensurable para los pueblos asentados en sus orillas. ¿Cómo comparar el fluido tránsito naval sobre la relativamente mansa “planicie mediterránea”, con el penoso tráfico de mercancías en los Andes, donde entre un valle y otro median montañas que se elevan a seis mil y siete mil metros sobre el nivel del mar.

El descubrimiento, uso y dominio del hierro, además de sus innumerables y versátiles aplicaciones pacíficas en el transporte y la agricultura, representó, con la **fabricación de las armas**, una ventaja absolutamente desequilibrante para cuando produjo el encuentro del Viejo con el Nuevo Mundo. Harto se ha escrito a este respecto.

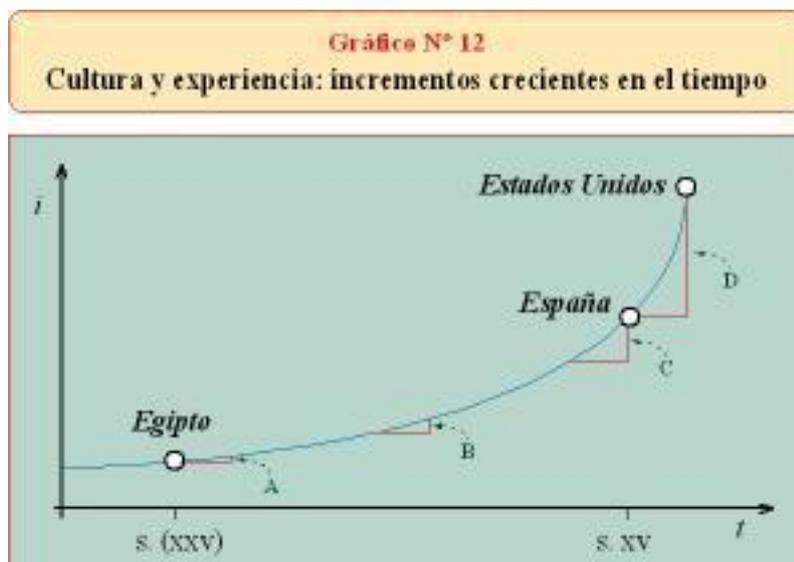
Finalmente, el uso del concreto representó también un sensible incremento en la **eficiencia del trabajo de construcción**. Cualquier obra, de la magnitud que fuera, sean viviendas, palacios, puentes, puertos, canales de riego, etc., se realizaba en Europa en tiempos brevísimos si se les compara con lo que para ellas se empleaba en América.

91 Herodoto, **Los nueve libros...**, p. 184.

92 En Guillermo Nugent, **El poder delgado**, F. Ebert, Lima, 1996, p. 30.

Entre los dos mundos, pues, la **diferencia, cualitativamente considerada, era abrumadora**, descomunal, hoy difícilmente imaginable. ¡Cómo desconocer, abundando en lo dicho, que fue 2 100 años antes del “descubrimiento” de América que Pitágoras hizo grandiosos aportes a las matemáticas; y que 2 000 años antes de la llegada de Colón al Nuevo Mundo se dieron los invalorable aportes de Sócrates, Platón y Aristóteles a la filosofía, a la lógica y con ellas en general a las ciencias; que Arquímedes, en relación con la física, y Euclides, en relación con la geometría, hicieron sus importantísimos aportes en el siglo III aC, es decir, 1 800 años antes del “descubrimiento” del Nuevo Mundo. Nunca hasta ahora se ha sido suficientemente enfático y claro en todo ello. En general puede decirse que los pueblos –en particular los del Sur–, son formados sin adquirir una clara conciencia de ello y de sus implicancias. Bien puede decirse –recreando una analogía anterior–, que en el momento del encuentro de ambos mundos, uno era como un niño y el otro un adulto; más éste no era un adulto “promedio”, sino fornido y muy bien entrenado, dotado de enorme experiencia y amplios conocimientos, y magníficamente bien armado.

Sin embargo, la vida del hombre, como la de los pueblos, ha sido y es más compleja. Acerquémonos pues entonces, una vez más en términos gráficos a aquella compleja realidad, y aunque tan sólo se trate de una aproximación aparentemente rudimentaria –ver el **Gráfico N° 12**–. Es incuestionable que **la experiencia y la acumulación de riquezas relacionada con ella cambian con el tiempo**, son una función de él, de modo tal que lo que se aprende y acumula en períodos posteriores es mayor que lo que se aprende y acumula en períodos precedentes. El gráfico a ese respecto resulta muy elocuente, para períodos exactamente iguales, el incremento “D” es mayor que el incremento en cada uno de los períodos anteriores, “C”; “B” y “A”; cada uno de los cuales a su vez en también mayor al que se dio en todos sus correspondientes precedentes (“C” > “B” y “A”; y “B” > “A”).



Todos y cada uno de los descubrimientos fueron –y son– el resultado de un **costoso y lento proceso de maduración** social, cultural, técnica (y hoy científica). La vertiginosa velocidad, con creciente aceleración, como progresan la técnica y la tecnología hoy –tramo “D” en el **Gráfico N° 12**–, contribuye a que se tenga una visión

profundamente distorsionada no sólo de lo que ha ocurrido en antigüedad, sino de la contribución del pasado en el proceso actual.

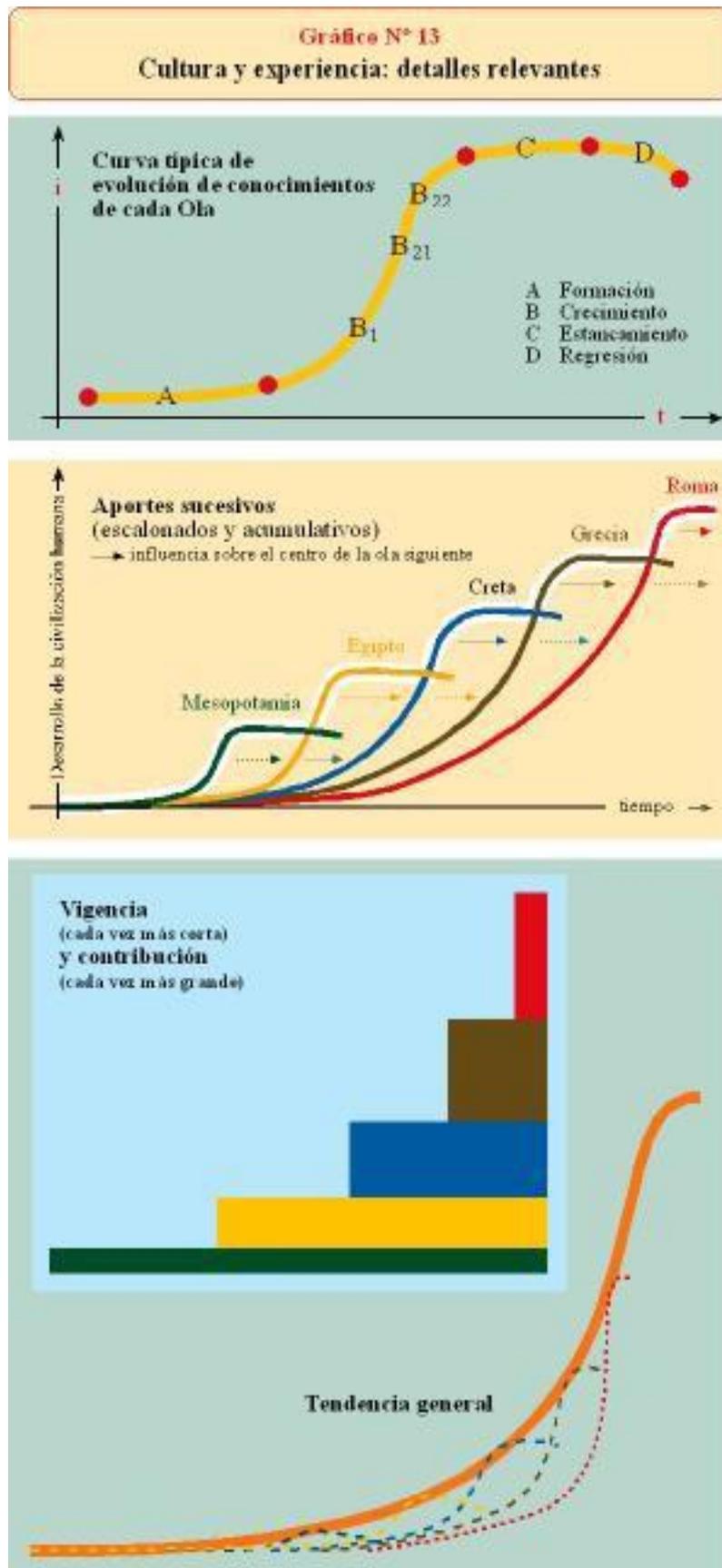
En la antigüedad se tardó **milenios** en lograr progresos equivalentes a los que hoy se obtiene en décadas o incluso en años. Más de 1 500 años transcurrieron entre el descubrimiento de los números y las contribuciones que con ese instrumento pudo hacer Pitágoras. Miles de años tardaron los pueblos de América en inventar los quipus para llevar cuentas, o los de Oriente en inventar el ábaco. Hoy, en cambio, en sólo **décadas** se ha pasado de la regla de cálculo y el telégrafo a la computadora y a la transmisión digital vía satélite.

Permítasenos adicionalmente tres observaciones. En primer lugar, como podrían haberlo sugerido equívocamente los **Gráficos N° 11 y N° 12**, la progresión de los procesos de acumulación de experiencias y de conocimientos desarrollados a partir del centro de cada una de las olas de civilización no ha sido infinita –y quizá nunca alcance a serlo–. La **creación y la inventiva** en cada una de las olas de civilización han estado **estrechamente relacionadas**, en cada momento, **con la dinámica interna** que se vivía en cada una de las sociedades hegemónicas. Así, todo parece indicar que, a partir de un cierto momento, la creación de nuevos conocimientos ingresó en un período de franco estancamiento, observándose en algunos casos, incluso, períodos de franca regresión, cuando los pueblos hegemónicos entraron en decadencia política, económica y social. A este respecto, por ejemplo, el proceso de estancamiento y de regresión más conocido en Occidente es el que se experimentó, durante casi mil años en Europa, luego del colapso del Imperio Romano. De allí que resulta más aparente, para mostrar esquemáticamente la progresión de los conocimientos en cada una de las grandes olas de la historia, una curva como la que se presenta en la parte superior del **Gráfico N° 13** (en la página siguiente).

Así, podría distinguirse, por lo menos, cuatro fases: **formación, crecimiento, estancamiento y regresión**. Resulta importante considerar que en la fase de crecimiento, a su vez, pueden diferenciarse dos períodos. Uno primero (B₁ en el gráfico), en el que los conocimientos y experiencias crecen –vertiginosamente nos atrevemos a decir– por asimilación de los aportes del pueblo hegemónico de la vecindad (ola precedente); aportes que, fundamentalmente, se habrían concretado a través del intercambio comercial, pero también a través del espionaje. Y un segundo período (B₂), de crecimiento también acelerado –fuertemente estimulado por las condiciones objetivas creadas en el período anterior–, identificable a partir del momento en que un pueblo va convirtiéndose en el centro de una nueva ola en formación. Este segundo período, de genuina inventiva, puede quizá subdividirse a su vez en dos: en primer lugar, el período (B₂₁ en el gráfico) en el que el pueblo que va empujándose hacia la cresta de la ola alcanza a dominar a otros pero sin que se concreta la conquista militar de otras naciones; y, en segundo lugar (B₂₂), el que se da en los primeros tiempos de hegemonía militar, cuando las riquezas –pero también los conocimientos– provenientes de los territorios conquistados potencian la capacidad creativa del centro de la ola.

A modo de ejemplo confrontemos lo dicho en estos últimos párrafos con el caso de la historia de Roma –en su momento deberá hacerse para los casos de todas las grandes civilizaciones de Occidente–. Pues bien, durante el **apogeo de Grecia** (que correspondería a un tramo como B₁ en la historia de Roma), los pueblos de la península italiana, a cuya vanguardia se encontraban los **etruscos**, comerciaban intensamente con

el norte de África, el Levante (Siria, Libia, Palestina) y, fundamentalmente, con sus vecinos *griegos*. De éstos, “copiaron el plano de las ciudades divididas en cuadras, así



como el uso del alfabeto griego que adaptaron a su propia lengua”⁹³. Mas ello permite suponer que, si se copiaron los planos, se copió y asimiló también técnicas de construcción; y que, si se copió el alfabeto, junto con él se copió abundantes y valiosos conocimientos, hablados y escritos, de muy diverso género.

Así, en el período siguiente (B21), que coincide con el estancamiento y la declinación de la precedente ola helenística, las élites peninsulares itálicas (*romanos y etruscos*), aprendiendo el griego, asimilaron también los más caros logros de aquella élite griega que había estado a la vanguardia de la civilización. En otros términos, si otros pueblos antes que los itálicos no hubieran **colocado los peldaños previos** sobre los que ellos se posaron, sería imposible entender el nivel que había alcanzado el pueblo *romano*, y su élite en particular, en el siglo II aC.

Así Roma logró erigir grandiosos edificios⁹⁴. A este período (cuando la élite de Roma predominaba ya largamente sobre la de Etruria), el de la engañosamente denominada “República Romana”, corresponde la adopción del estilo corintio, la última moda arquitectónica que se había impuesto entre los griegos. Y parece corresponder también a este período el inicio del trascendental uso del concreto en la construcción de muros, arcos y cúpulas. Además, y en otro orden de cosas, la **constitución republicana y el Derecho Romano**, que se consideran como los más grandes aportes del Imperio Romano a la civilización occidental, **corresponden sin embargo a la denominada fase “republicana”**. Es decir, fueron alcanzados cuando la élite *romana* –desarrollándose en y sólo en su territorio–, aún no imaginaba que llegaría a hegemonizar e imperar en Europa.

Más aún, en uno más de los innumerables sesgos, imprecisiones e interesados silencios de que está teñida la historia de Occidente, la historiografía tradicional se ha cuidado de no ser suficientemente enfática y clara en mostrar y demostrar las vivas contradicciones que se daban en el mismo interior de la élite dominante en el apogeo de la “República Romana”. Todos los hombres de Occidente, virtualmente sin excepción, saben quién fue Julio César y muchísimos conocen cuál fue su contribución a la expansión del imperio. Pocos en cambio, muy pocos, conocen de los hermanos **Tiberio y Cayo Graco**, los gestores de la audaz idea de una reforma que limitara la extensión de los latifundios, a fin de hacer **más equitativa la distribución de la riqueza** y del poder. Reconocen algunos textos que ambos hermanos, uno diez años después del otro, valientemente preconizaron esa idea. Informan también los textos que ambos hermanos, y sus partidarios, con los mismos diez años de diferencia, fueron asesinados en unos casos y llevados hasta el suicidio en otros.

¿Es suficiente ese grado de objetividad en el relato que la historiografía tradicional ofrece de los hermanos Graco? ¿Es suficiente en ese caso ese grado de detalle? Para muchos historiadores sí. ¿No faltaba una línea, sólo una, categórica y esclarecedora? Para muchos historiadores no. Por lo menos, por ejemplo, para aquellos que, en cambio, destinan hasta doce líneas de sus textos para relatar la leyenda del “rpto de las sabinas”, cuyo relato, sin asomo de crítica ni de vergüenza, no han dudado en iniciar con una afirmación tan absurda como: “*Todos los habitantes de Roma eran*

93 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 62.

94 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 65.

hombres. Entonces Rómulo decidió conseguir mujeres para su ciudad”⁹⁵. Obsérvese que no se aclara a los estudiantes que se trata de una leyenda; ni que el “todos” obviamente jugaría un rol metafórico. En fin, esos historiadores, en el caso de los hermanos Tiberio y Cayo Graco, obviaron –porque sin duda les resultó insustancial y adjetivo, o, en su defecto, incómodo y comprometedor– precisar que el asesinato de dichos hermanos puso de manifiesto **qué fracción terminó hegemonizando y qué tipo de intereses prevalecieron** en esa feroz lucha de fracciones de la élite romana pre-imperial.

El triunfo contundente e inobjetable de la fracción *romana* opuesta a los hermanos Graco, pone de manifiesto que, hacia fines de la República Romana e inicios del Imperio, **terminaron prevaleciendo los sectores más ambiciosos y menos democráticos** de la élite *romana*. Fueron éstos, pues, los que lideraron el proceso de expansión militar de Roma, dieron forma al Imperio Romano, y convirtieron a ése en un pueblo imperialista.

En la fase siguiente (B22), cuando el imperio ya había tomado forma y se expandía, con la conquista de otras naciones, los romanos llevan a la capital imperial, entre otros, a artistas y arquitectos griegos⁹⁶ –y, como parece lógico suponer, quizá también a todo género de otros especialistas– con los que, sin duda, **se potencian los conocimientos y habilidades del pueblo hegemónico**. Así se sentaron las bases de lo que la historiografía tradicional, desde una sesgada y cómplice perspectiva, y recurriendo a juicios de valor antes que a análisis objetivos, ha calificado como la “Edad de Oro” del Imperio Romano, período que prácticamente corresponde a los dos primeros siglos de nuestra era. Es precisamente a este período al que –errónea y complacientemente– la historiografía tradicional atribuye las que considera las grandes contribuciones del Imperio Romano a la civilización de Occidente.

Por lo demás, durante la fase imperial, la suma de las monumentales construcciones erigidas no sólo en Roma –pero fundamentalmente en ella– habría sido imposible de concretar sin la descomunal contribución económica que representó **“la riqueza que manaba” de los territorios conquistados** –según reconoce el propio Barraclough⁹⁷–. Mal puede pues atribuirse a la élite romana el “mérito” de haber concretado el despegue económico exclusivamente a costa de ingenio. A este respecto, resulta de veras penoso que la historiografía tradicional registre como “méritos y virtudes” aquello que en todos los idiomas no tiene otro nombre que *rapiña*; más aún si, como desenfadadamente lo confiesa el mismo Julio César, en la inmensa mayoría de los casos esa rapiña se hizo a fuerza de brutales matanzas e inescrupulosas extorsiones. Bástenos dos breves citas:

*...después que se dejó ver nuestra caballería, arrojando los enemigos sus armas, volvieron las espaldas y se hizo en ellos gran carnicería, y; aquel mismo día vinieron mensajeros de paz por parte de los enemigos. César [sin embargo, los obligó a entregar el doble del] número de rehenes [que antes les había pedido]...*⁹⁸

*... [aún cuando sabía que los pueblos] sentían en el alma se les [quitara a] sus hijos a título de rehenes*⁹⁹.

95 **Historia Universal 1**, Santillana, p. 121. La cursiva es nuestra.

96 Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 60.

97 Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 64.

98 Julio César, **Los comentarios...**, p. 89. Las cursivas son nuestras.

99 Julio César, **Los comentarios...**, p. 66.

César, pues, haciendo gala de una bravuconería enfermiza, no tiene reparos en admitir que **se recurría a la extorsión**, sino, además, que **ordenaba asesinar a traición** a gente desarmada. En fin, César podía y de hecho juzgó sus acciones como mejor quiso. No obstante, ¿esos arbitrarios y antojadizos recursos son acaso los mismos con los que deben actuar los historiadores? No. En absoluto y sin el más mínimo asomo de duda. Mas, para algunos historiadores, Julio César es “...historiador de sí mismo, narrador de sus propias hazañas guerreras y de su política (...) además de un excepcional militar y un no menos extraordinario estadista y gobernante”. Pero como esos elogios no son suficientes, se dice también de él: “digno de imitación, afirmando notables cualidades y condiciones de historiador, de maestro de la historia narrativa. Sobrio y preciso, claro y metódico, brillante y colorista sin alardes...”¹⁰⁰. ¿Llegaron los historiadores nazis, en nuestro siglo, a ese mismo extremo de ceguera y obsecuencia con Hitler?

Por otro lado, todas las soluciones de ingeniería –como los puentes, acueductos y la construcción y el diseño de grandes guarniciones militares–, así como la inmensa mayoría de las denominadas “grandes contribuciones romanas a la civilización occidental” (uso de una sola moneda en todo el territorio, imposición de derechos de aduana, organización y equipamiento de los ejércitos, el alfabeto latino, el Derecho Romano, organización y administración de grandes latifundios, etc.), fueron gestadas a la luz de la **necesidad de la élite del pueblo hegemónico de resolver los problemas** que representaba –desde su perspectiva y en función de sus intereses y objetivos–, la administración lo más eficientemente posible del enorme territorio conquistado; y no –como distorsionadamente dejan entrever la mayor parte de los textos– con ánimo civilizador. Los romanos, como inevitablemente terminan por admitirlo hasta los textos dirigidos a los estudiantes, “expandieron su cultura por todo el Mediterráneo...”¹⁰¹. Pero no porque fuera la mejor, sino porque era la única que conocían. ¿Hubieran podido y querido acaso expandir la cultura china o la egipcia?

Mas, en última instancia, ¿qué representaba para el pueblo hegemónico –y, al interior de éste, para la élite dominante– administrar con eficiencia el territorio conquistado? A fin de cuentas, no otra cosa sino **extraer la mayor cantidad de riqueza** a los pueblos sojuzgados. Es decir, hacer más eficiente la rapiña. Más adelante, sin embargo, habremos de ver las consecuencias a las que ello condujo.

La segunda observación que queremos permitirnos es la siguiente: las líneas continuas en los **Gráficos N° 11 y N° 12** podrían también insinuar, de manera igualmente equívoca, que –pensando ya no individualmente en cada uno, sino en el conjunto de los pueblos involucrados en la historia de Occidente– el proceso de acumulación de experiencias y conocimientos ha sido linealmente uniforme, o, si se prefiere, sin saltos. Todo parece indicar, por el contrario, y como lo pretende mostrar el esquema central del **Gráfico N° 13**, que para el conjunto de Occidente la curva de detalle representativa del proceso de **acumulación de experiencias y conocimientos tendría más bien una forma “escalonada”**, cada uno de cuyos incrementos correspondería al aporte –en su período de mayor creatividad e inventiva– de cada uno de los grandes pueblos que fueron el centro de las respectivas olas; períodos que, sin embargo, nunca habrían correspondido precisamente a su fase imperial, sino a la fase inmediatamente anterior. Y sólo como abstracción general, como se presenta en la parte

100 Los editores, en la presentación de Julio César, **Los comentarios...**, p. 5.

101 **Historia Universal I**, Santillana, p. 138.

inferior del mismo gráfico, puede representarse una línea continua uniendo los puntos más altos a los que llegó el aporte de cada civilización.

Y la tercera pero muy importante observación es que, desde muy antiguo, dentro de la siempre compleja y heterogénea composición social, no todos los integrantes de cada uno de los pueblos hegemónicos por igual se han [beneficiado de los adelantos de vanguardia de su época](#).

Sin duda, las élites dominantes –llámense las cortes Asiria o Babilonia, de los faraones egipcios, de los césares romanos o de los emperadores de Europa– siempre han usufructuado de los beneficios que han reportado los conocimientos de vanguardia y la aplicación de las técnicas y tecnologías de punta. Eran pues los sectores [“desarrollados”](#) de sus sociedades. Y, casi sin excepción, el resto de los habitantes del pueblo o nación hegemónica estuvo al margen de esa privilegiada situación. Unos, los pobres de las ciudades, a pesar de su proximidad a las cortes, conociéndolos no pudieron nunca gozar de esos privilegios; y otros, en el campo o en la lejana periferia de la capital imperial, simple y llanamente, nunca conocieron y menos usufructuaron de los adelantos alcanzados en su época; formaban pues parte del otro extremo de aquellas [“sociedades duales”](#). Esa exclusión fue aún más patente en el caso de los pueblos conquistados y sojuzgados; que, dentro del conjunto del imperio, constituían los pueblos [“subdesarrollados”](#) de la época. También más adelante habremos de ver las consecuencias a las que invariablemente ha conducido esa dicotómica discriminación.

En síntesis, no puede desconocerse que [la ciencia y la experiencia han sido y son poderosos instrumentos](#) de que se ha valido y vale el hombre, desde la más remota antigüedad, para alcanzar –como nos lo ha recordado Baechler–, “un estado de recursos tal, en el que los problemas de alimentación, vivienda y vestido estén resueltos”.

El [anhelo de prosperidad](#) (material y espiritual) ha estado permanentemente guiando la conducta del hombre y de los pueblos. Hoy todos los hombres y todos los pueblos son absolutamente *concientes* de su propio afán de prosperidad y bienestar. ¿Qué podría hacernos creer que los hombres y los pueblos de la antigüedad no estaban también *concientemente* movidos por el mismo anhelo? ¿Acaso, por ejemplo, el hecho de que esos objetivos de prosperidad no fueran explicitados? Pues bien, debe quedarnos claro que el hecho de que un objetivo no sea explicitado no significa, necesariamente, que no se tenga conciencia de él.

Aceptemos, entonces –provisionalmente al menos–, que todos los pueblos aspiran *concientemente* a la prosperidad material y la prosperidad espiritual. Y que, en consecuencia, actúan sistemática y permanentemente con el propósito de alcanzar ese objetivo. Pero si ésta fuera la única variable para que los pueblos alcancen el bienestar y, en el extremo, la cúspide de una ola, las distintas olas de la civilización humana – como lo que hemos mostrado en el [Gráfico N° 3](#)– habrían tenido sus [focos o centros en cualquier lugar del planeta](#), independientemente de que se estuviera cerca o no del centro de la ola precedente.

Mas ello, como recurrentemente estamos viendo, no ha ocurrido así. Es decir, han sido [otras variables, de mayor significación que el “afán de prosperidad”](#), las que explican que la secuencia de las distintas olas de la civilización humana sea precisamente –y no otra– que la que hemos mostrado en los [Gráficos N° 2 y N° 4](#). Y

también otras variables, ninguna de las cuales es precisamente la “ausencia de afán de prosperidad”, las que explican que muchos pueblos no hayan logrado el objetivo de alcanzar un estado de recursos tal, en el que los problemas de alimentación, vivienda, vestido y entretenimiento estén resueltos conforme a los más altos estándares de cada época.

Esas variables –como reiteradamente venimos sosteniéndolo–, serían: (I) para los pueblos que [alcanzaron a ser hegemónicos](#), a) la vecindad con el centro de la ola precedente, y b) su ventajosa potencialidad socio-económica en relación con los otros vecinos del centro de la ola precedente; y (II), para los pueblos que [nunca han alcanzado la condición de hegemónicos](#): a) su lejanía geográfica respecto de una o todas las olas precedentes y/o su vecindad inmediata con el centro de la o las olas bajo las que cayeron dominadas, y b) su relativamente desventajosa potencialidad económico-social, en la que el “tiempo” –es decir la edad de los pueblos– y objetivas desventajas naturales habrían contribuido decididamente.

Pues bien, en función del mundo en el que hoy estamos sumidos, y a manera de reflexión, pero también [para contrastar nuestras hipótesis](#), dejaremos a nuestros lectores la tarea de responder las siguientes interrogantes: ¿al iniciarse el siglo XIX, tenían el pueblo norteamericano y los pueblos de América Meridional afán de progreso? En los siglos de vigencia de la ola que declinaba, ¿cuáles habían sido las consecuencias de la dominación sufrida por Estados Unidos –desde Inglaterra– y las de la dominación sufrida por América Meridional –a partir de España? ¿Cuánto podía contar esa diferencia en relación con el futuro que se avecinaba? ¿Previeron Washington y sus coetáneos norteamericanos convertirse en una potencia hegemónica y en el centro de la nueva gran ola de la historia de Occidente? Por su parte, ¿querían los padres de la independencia de América Latina someter a sus pueblos a un nuevo período de dominación?

Admitiendo que el centro de la ola precedente fue Inglaterra–Francia–España, ¿cuál de los vecinos del centro de esa ola resultaba más próximo [Estados Unidos o América Meridional](#)? Para esa fecha y con las técnicas de que se disponía en aquél entonces, ¿cómo puede estimarse el potencial económico del territorio norteamericano en relación con el de América Meridional, menos, igual o más rico? ¿Cuán grande era la población de migrantes europeos en la Estados Unidos de entonces y cuán grande la de migrantes europeos en América Meridional? O, si se prefiere, ¿cuál de esos dos mercados era más grande? ¿Cuál de esos dos mercados tenía, real y efectivamente para Inglaterra–Francia–España, una mayor significación, o con cuál de ambos territorios había habido un mayor intercambio comercial? ¿Cuál de ambos territorios era el destinatario de las mayores exportaciones europeas, y cuán significativa era esa diferencia? ¿Cuál de ambos territorios recibía periódicamente un mayor flujo de nuevos migrantes europeos y cuán significativa era esa diferencia de flujos? Si conjuntamente con los migrantes y las mercancías Europa exportaba sus mejores y más altos logros culturales (ideológicos, técnicos y científicos) ¿cuál de ambos territorios obtuvo mayores beneficios?

En otros términos, al finalizar la séptima ola, ¿había razones objetivas para que [Estados Unidos](#) –y no [América Latina](#), por ejemplo– se alzara como centro de la ola actual? Y, complementariamente, ¿no había acaso razones objetivas que impidieron que América Latina se alzara como centro de la ola? Y, más aún, ¿no había también razones

objetivas que explicarían por qué América Latina cayó nuevamente –como había ocurrido durante la ola precedente– bajo la hegemonía de la nueva ola?

Pues bien, cambiando el nombre de los protagonistas, todas y cada una de estas **interrogantes deberán ser planteadas y respondidas** cuando, revisándose completa y exhaustivamente la historia de Occidente, se analice el tránsito entre todas y cada una de las olas de la historia.

En síntesis, pues, hemos tratado de mostrar, entre idas y venidas, y al cabo de varias digresiones, que la **riqueza natural**, el dominio de las **tecnologías de punta**, la **magnitud demográfica**, la **ubicación geográfica**, y probables **golpes climáticos** favorables, se cuentan entre las más poderosas razones objetivas que explican por qué unos pueblos alcanzan a convertirse en el centro de una gran ola de civilización.

5) “Democracia” en el camino hacia la cresta de la ola

La quinta constante histórica en la progresión de la primera a la última ola de Occidente, estaría dada por el hecho de que, en cada caso, **el tránsito hacia el apogeo** (B₂₁ en el **Gráfico N° 13**) –camino hacia la cresta de la ola–, se produjo durante el período “democrático” del pueblo que estaba tomando la posta, período invariablemente anterior, al –invariablemente también– período “imperial”.

Por “democrático” estamos entendiendo aquí al estadio en el que, en el que resultará el pueblo hegemónico, a la sombra del vertiginoso y ostensible auge económico que se experimentaba, las contradicciones entre los intereses del sector dominante y los del sector dominado de esa sociedad, inadvertidamente se “minimizan”. Pero, en ese período, también debe incluirse en la consideración de “democrático”, el hecho de que el pueblo o la nación que marcha hacia la cresta de la ola, aunque de manera *implícita*, desarrolla su proyecto histórico como *proyecto nacional*, es decir, únicamente **dentro de su propio territorio** –sin agredir ni sojuzgar a otros pueblos–, y, por lo general, sin que se expliciten objetivos nacionales.

En la fase imperialista (B₂₂ en el **Gráfico N° 13**), en franca e implícita **alianza, el sector dominante y el sector dominado** del pueblo que va camino a la cresta de la ola, se lanzan a la conquista de sus vecinos –los inmediatos primero, y los más distantes después–; en términos militares, en las primeras olas; y en “sutiles” términos económico–financieros, en la ola actual.

A partir de la ocurrencia de la primera conquista, el *proyecto nacional* se troca en *proyecto imperial*. Y –más evidentemente que en esa primera conquista–, en las sucesivas, el carácter *implícito* del proyecto se troca en *explícito*: **asoman los objetivos expansionistas, masiva cuando no totalmente compartidos** por los miembros del pueblo hegemónico. Es fácil imaginar cómo la euforia de la élite dominante –conocidos los primeros triunfos militares–, embriagaba también a los miembros del sector dominado del pueblo o la nación hegemónica –sobre todo en los momentos de reparto de los botines y en las celebraciones posteriores–. En tales circunstancias –como en ningún otro momento anterior o posterior– se identificaban, ilusoria y transitoriamente, los intereses de la élite y los del sector dominado de la nación hegemónica.

Los comentarios de la guerra de las Galias de Julio César, y las crónicas de la conquista española de América son dos magníficos testimonios al respecto. Bien se sabe que las crueles, **cruentas y altamente rentables conquistas** de César **se celebraban** en Roma con “solemnes fiestas por quince días”¹⁰². Son elocuentes también al respecto las frases que el historiador peruano Del Busto recoge de los cronistas españoles, para ilustrar la euforia de los conquistadores con el botín obtenido tras la captura del inka Atahualpa: “Los soldados corrían como si hubieran perdido el juicio. Unos salían cargados de primorosa ropa (...); éste con un cántaro de oro, aquél con un ídolo...”¹⁰³. La euforia, pues, era general y engeguedora. A este mismo respecto, para tiempos recientes, cuánta sinceridad –confirmando lo que venimos diciendo– encierran las palabras del filósofo alemán Karl Popper, cuando recuerda que, él mismo, siendo estudiante durante la Primera Guerra Mundial, influenciado y contagiado por la propaganda triunfalista, escribió “un estúpido poema, *Celebración de la Paz*”, elogiando al agresor, su Alemania natal¹⁰⁴.

Pues bien, siempre recurriendo a **señuelos y otros mecanismos internamente unificadores**, fue en el contexto de sus políticas imperiales que los protagonistas de cada una de las olas de la historia alcanzaron la mayor expansión de los territorios en los que ejercieron su arbitrio.

6) Pretextos imperiales vs. razones imperiales

Los gobernantes de Mesopotamia alcanzaron a controlar un territorio cinco veces más grande que aquél en el que habían nacido. Los faraones dominaron sobre un territorio dos veces más grande que el propio. La suma territorial de las colonias helénicas superaba el doble de la extensión de Grecia. Los césares romanos lograron **dominar una extensión 25 veces superior a la de su tierra natal**. El territorio imperial español fue diez veces más grande que las dimensiones de la península ibérica. Y, finalmente también como ejemplo, en los Andes americanos, los emperadores *inkas* dominaron un territorio 100 veces más extenso que su patria.

Por redundante y obvio que pueda parecer, ninguno de esos territorios conquistados eran tierras vacías. **Pertenecían a otros pueblos y naciones**. Así, las conquistas de los *mesopotamios*, significaron el sometimiento de más de diez naciones vecinas. Otro tanto hicieron los *egipcios* y *griegos*. Roma en cambio imperó sobre más de 200 naciones de entonces. En América Meridional, casi ese mismo número de pueblos fueron conquistados por España. Y antes, los *inkas*, habían sometido a más de 50 naciones andinas.

Está claro que, en todos los casos, estuvieron presentes lúcidas y hábiles estrategias y tácticas militares, quizá más claramente en unos episodios que en otros. Sin embargo, **el elemento decisivo fue siempre la disparidad de fuerzas**, siempre en ventaja para el conquistador. De allí que, en todos los casos, haya sido continuo y sistemático el arrollador avance de las fuerzas imperiales, hasta que se alcanzaba el punto de ineficiencia: esa extensión física máxima cuyos límites ya no podían crecer más.

102 Julio César, *Los comentarios*..., p. 63.

103 Del Busto D., *La conquista*..., p. 136.

104 Popper, *Búsqueda*..., p. 20.

En lo que a la expansión y conquistas militares de los imperios se refiere, los textos de Historia, generalmente, dejan una pregunta sin responder: **¿por qué tuvieron límites los imperios**, por qué no crecieron hasta abarcar todo el globo? O, si se prefiere, si sus fuerzas eran arrolladoras, ¿por qué no crecieron hasta abarcar todo el planeta, o, en todo caso, el doble o el triple de la extensión que alcanzaron? ¿Qué fue, pues, lo que impuso límites a los imperios?

Pues, simple y llanamente, por el hecho de que no conquistaban territorios vacíos. Sino **espacios ocupados por pueblos que, en mayor o menor grado, abierta o sutilmente, se oponían a la conquista**. En general, no podían ser exterminados porque el propio conquistador los necesitaba: para reforzar el ejército, para apropiárselos como esclavos, y para que siguieran extrayendo –en sus propias tierras– la riqueza que quería captar el conquistador. Pronto aprendieron entonces los conquistadores que no podían seguir adelante, ampliando sus conquistas, sin dejar una guarnición que controlara –no al territorio inerte– sino al pueblo recién conquistado, que siempre que podía se rebelaba contra la situación a la que había sido sometido.

Así, a medida que avanzaba el **ejército conquistador, iba desdoblándose y debilitándose cada vez más**, dejando destacamentos de guardia. Patentizando las cosas, bien puede decirse que el límite de ineficiencia, la extensión máxima del imperio, se alcanzaba allí donde el destacamento de guardia estaba conformado por un solo soldado, que ya no podía desdoblarse. Los ejércitos imperiales, esparcidos en el inmenso territorio conquistado, se asemejaban a las neuronas, cuyos filamentos, a medida que se alejan del centro, son cada vez más débiles hasta que, en el extremo, son ya imperceptibles.

Pues bien –repetimos–, la única razón de ese progresivo debilitamiento de las inicialmente gigantescas fuerzas imperiales, era el hecho de que se conquistaba no a fuerzas inertes sino a grupos humanos que se resistían y se rebelaban, porque no aceptaban la nueva situación en la que se les había colocado. Les resultaba inaceptable perder su libertad – como vimos que sin ambages admitió Julio César–. Les resultaba también intolerable perder a sus hijas y a sus hijos, ellas como concubinas y ellos como esclavos de los conquistadores. **Les resultaba dañino perder el control sobre sus tierras, su ganado y el resto de sus bienes**. En fin, legítimamente, los pueblos sojuzgados siempre consideraron que con la conquista tenían muchísimo que perder. De allí que, consecuentes con sus creencias, su rebeldía fue siempre permanente, unas veces manifiesta y otras latente o subrepticia. Y, cada vez que pudieron, buscaron que la bárbara y anómala situación revirtiera. De allí que, por ejemplo, Julio César constantemente se lamentara de la “conjura de tantos pueblos”¹⁰⁵.

Sin embargo, esa bárbara y anómala situación, con la que virtualmente ningún pueblo conquistado estaba de acuerdo, se nos viene presentando de manera arbitraria y antojadiza. En efecto, **lo que para los pueblos conquistados era barbarie, atropello y rapiña** de los conquistadores, **nos son presentadas, en textos de Historia** –y como hemos visto–, **como “hazañas”**. Ésta, quizá más que ninguna otra deformación, es la mejor prueba de que la historiografía tradicional presenta la historia, no precisamente como ocurrió, sino como quiso ser presentada por los conquistadores. No con objetividad científica, sino a través del cristal de los vencedores –y aun cuando entre éstos, como en

105 Julio César, *Los comentarios...*, p. 68.

el caso de Julio César, hay testimonios valiosos e inobjetables que habrían permitido a los historiadores afirmar lo contrario de lo que vienen afirmando—.

Pues bien, los césares y los generales romanos, como los faraones y sus generales o los emperadores españoles y sus conquistadores, eran seres humanos rodeados de seres humanos, tanto en su entorno inmediato como en el lejano. En su entorno más próximo —como bien nos ilustra el caso de los hermanos Cayo y Tiberio Graco—, ni siquiera las élites imperiales no constituían grupos homogéneos. Siempre —porque no tenemos derecho a pensar lo contrario, ante las evidencias de rivalidades internas en todos los imperios— ha habido pues disidentes contra los que **había que argumentar**, antes de esgrimir contra ellos también las armas. Y, en el frente externo, tratándose también de seres humanos, ante los pueblos conquistados, los pueblos por conquistar e imperios rivales, era necesario pues mostrar también argumentos que explicaran o facilitaran las conquistas o amainaran los arrebatos de rebelión. Ante seres humanos, **la razón de las armas nunca fue pues enteramente suficiente**.

He ahí que adquiere gran importancia analizar los **discursos y razonamientos de los conquistadores**, pero también la versión que de ellos han recogido los textos de Historia. Nos limitaremos sin embargo a unos pocos y relevantes casos.

Nunca ha sido un secreto —ni siquiera en la antigüedad más remota—, que el hombre no necesariamente dice lo que piensa, sea porque dice algo distinto de lo que piensa o, muchas veces, porque **dice incluso exactamente lo opuesto de lo que tiene en mente**. Mas, tratándose de seres humanos, no basta con revisar sus ideas y sus palabras. Revisar su conducta, es decir, sus acciones, es fundamental. “Por sus frutos —y no tanto por sus palabras— los conoceréis”, se sentenció con sabia lucidez hace por lo menos dos mil años.

Pues bien, en el caso del análisis de lo protagonizado por los conquistadores en todas y cada una de las olas de la historia —incluyendo ciertamente la presente—, tenemos que ser capaces de **distinguir entre** los que aparecen como objetivos explícitos, los **pretextos**, es decir, aquello que proclamaron; diferenciándolos de los que, aunque implícitos, eran sus verdaderos objetivos, las **razones**, a las que tenemos derecho a arribar en función de sus frutos, de los resultados que obtuvieron.

Corresponde sin duda empezar hablando de Grecia. “Para un espartano —nos dice un texto de Historia—, cualquier persona que no compartiera sus costumbres o fuera de alguna manera diferente, era **necesariamente inferior**.”¹⁰⁶ Inferiores, por ejemplo, eran los *ilotas*, una “subclase de personas que eran en realidad, esclavos del estado” —tal y como afirma Barraclough¹⁰⁷—.

Grecia llevó hasta sus más altas cumbres algunos de los más grandes logros alcanzados en la cultura occidental. De entre las reflexiones filosóficas de los griegos, una, sin embargo, ha tenido nefastas consecuencias en la historia, aun cuando no siempre se tiene conciencia de ello. Los más grandes pensadores griegos, en efecto, destinaron buena parte de su tiempo y de su inteligencia a **racionalizar las “diferencias” que observaban entre los hombres**, en particular, entre “ciudadanos” y “esclavos”.

106 **Historia Universal 1**, Santillana, p. 98. La cursiva es nuestra.

107 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 45.

Los ciudadanos, según se creía, eran depositarios de todos los derechos. El esclavo, en cambio, según también se creyó y dijo, “no tiene ningún derecho, (...) es una cosa poseída por un amo.”¹⁰⁸ La legislación griega sostenía: “se es esclavo por el nacimiento; los hijos de una esclava son esclavos... Se pasa a ser esclavo ya por el derecho de guerra (prisioneros), ya por compra..., a consecuencia de una condena...– etc.–”¹⁰⁹. **¿Opinaban acaso igual que sus amos los esclavos?** Ciertamente no. Ahí están para probarlo –a lo largo de siglos–, cientos de rebeliones de esclavos.

Dos de ellas, sin embargo, son célebres en la historia –de Roma–: la que entre los años 136 y 132 aC, todavía pues formalmente bajo la “República”, protagonizaron 20 000 esclavos capitaneados por el **sirio Euno**; y, ciertamente, la que entre los años 73 a 71 aC, siempre todavía durante la “República”, fue acaudillada por **Espartaco**. Ambas rebeliones fueron cruentamente reprimidas. Miles de hombres fueron crucificados.

Pues bien, a partir de Grecia, y durante muchos siglos, en la mente de los hombres de Occidente **hubo “hombres superiores”** –a imagen y semejanza de los “ciudadanos” *griegos y romanos*–, y **“hombres inferiores”** –a imagen y semejanza de los “esclavos” de los *griegos* y de los *romanos*–.

En el siglo XV, dos mil años después del florecimiento de la cultura helenística, entre las élites dominantes de Occidente el pensamiento original de los griegos incluso había sido llevado más atrás. En efecto, **se ponía en entredicho la “condición humana”** de todos aquellos hombres y pueblos que no formaban parte del pueblo conquistador. Había quienes sostenían, por ejemplo, que entre los nativos americanos, no se ponía de manifiesto “ninguna actividad del alma”¹¹⁰; en consecuencia, no tenían alma, y, en definitiva, no eran seres humanos. De allí que debió terciar en la polémica el Papa Paulo III quien, en su Bula de 1537, declaró que los nativos americanos sí eran seres humanos. Mas el peso de los prejuicios durante tantos siglos empecinadamente difundidos había sido tal, que, por ejemplo, en 1957, cuatrocientos veinte años después de la Bula papal, la Corte Suprema de Justicia del Paraguay emitió una circular comunicando a todos los jueces del país que “los indios son tan seres humanos como los otros habitantes de la república...”¹¹¹ Es decir, las viejas reflexiones de los pensadores griegos, extrapoladas sin más, habían pues llegado muy lejos, en el tiempo y en el espacio.

¿Cómo pudo inocularse en las mentes de Occidente una distorsión tan severa como alienante y de tan nefastas consecuencias? Pues regresemos a los tiempos de Grecia para tratar de entenderlo. Aunque parezca de perogrullo, debemos empezar preguntémosnos: **¿fueron las reflexiones de los filósofos griegos las que impulsaron a los “ciudadanos” griegos a poseer esclavos?** Ciertamente ello no ocurrió así. Sócrates, Platón y Aristóteles nacieron en un mundo en el que existían hombres libres y esclavos. Los filósofos griegos, pues, ante esa realidad, y formando parte de ella, pero específicamente y no por casualidad del sector dominante y esclavista de su sociedad, **trataron de encontrarle “razones” a la diferencia que observaban** entre unos hombres y otros. Mas no podemos caer en la ingenuidad de suponer que nuestros tres grandes sabios desconocían que la propia legislación griega reconocía que “se pasaba a ser

108 Pilar Fernández Uriel y Ana María Vázquez Hoys, **Diccionario del mundo antiguo**, Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 217.

109 Fernández y Vázquez, **Diccionario...**, p. 216.

110 En Eduardo Galeano, **Las venas abiertas de América Latina**, Siglo XXI, Bogotá, 1970, p. 64

111 En Galeano, **Las venas abiertas...**, p. 66.

esclavo por el derecho de guerra”. Sabían pues, y muy bien, que no todos los esclavos habían nacido esclavos, y que, en consecuencia, su condición natural era la de hombres libres pero que, por el artificio de la guerra (pero también de las deudas), habían quedado convertidos en esclavos.

No obstante, al cabo de siglos de racionalización (que en tan patética situación no era sino un esfuerzo intelectual por encontrar razones a la sinrazón), muchos filósofos griegos, y casi todos sus contemporáneos, [vivieron y murieron alienadamente convencidos de que la libertad era la condición natural de algunos hombres](#), y la esclavitud la condición natural de otros. Según creían, pues, unos nacían libres, y para ser libres; y otros nacían esclavos, y para ser esclavos. La información y la tradición oral, que sin duda llegaron desde la remota antigüedad de la propia Grecia, pero también desde Creta, Egipto y Mesopotamia, confirmaron a los griegos esa creencia.

Las guerras, pues, y no otra, fueron la causa más importante de que, de un lado, aparecieran los [“ciudadanos” esclavistas](#) –es decir, los vencedores–, y, del otro, los esclavos –es decir, los vencidos–. Aquéllos, frente a sí mismos, y frente a la posteridad –que para tal efecto siempre han contado con buenos y elocuentes panegiristas–, se han presentado invariablemente como [“hombres superiores” y “cultos”](#), y presentado a su turno siempre a los vencidos como “hombres inferiores” e “incultos”. En síntesis, las “guerras” fueron la *causa*; y la existencia de la dualidad “ciudadanos / esclavos”, la *consecuencia*. Y de ésta última, se derivó otra dualidad: “hombres superiores y cultos” / “hombres inferiores e incultos”.

La historiografía tradicional –y la deformante ideología occidental que de ella se alimentaría– se encargaron subrepticamente de poner todo el énfasis en la existencia “natural” de las dualidades consecuentes, soslayando la relación con la causa que les había dado origen: las guerras de conquista. A este respecto, la forma como la historiografía tradicional viene presentando la historia de Grecia tiene una gravísima responsabilidad, no sólo en relación con la propia historia de Grecia, sino con la historia de todas y cada una de las olas siguientes. En efecto, en la historiografía tradicional –aquella que hoy leen los estudiantes del mundo entero, y aquellas versiones que más circulación tienen entre los adultos–, [la historia de Grecia nunca es presentada como la historia de un imperio](#).

¿Cómo entonces alcanzaron los “ciudadanos” griegos a poseer miles y miles de esclavos? O, si se prefiere, si no hubo guerras de conquista, ¿cómo aparecieron los esclavos en Grecia? ¿Acaso sólo por compra? ¿No acabamos de ver que la legislación griega reconocía la existencia de esclavos “por el derecho de guerra”? ¿No es acaso *La Ilíada* el relato de la incursión griega en [Troya](#) (hacia el siglo XII aC y cuyo verdadero objeto habría sido controlar el acceso al [Mar Negro](#) y disponer así de los ricos campos de granos de ese territorio, objetivo que siglos más tarde en efecto se logró)? ¿No conquistaron los griegos el sur de [Italia](#) y buena parte de [Sicilia](#), y territorios del sur de [Francia](#) y del extremo este de [España](#), en la costa de Cataluña).

De hecho, la misma historiografía tradicional reconoce que los pueblos griegos, seis y siete siglos antes de que se alcanzara el apogeo de Grecia, guerrearon con los pueblos ribereños del mar Negro, con los pueblos de lo que hoy es Turquía, con los del Mediterráneo oriental, e incluso con los persas. Mas no se dice que esos pueblos fueron sus canteras de esclavos. Se habla de las extraordinarias fortificaciones de los griegos,

como la muralla de Micenas ¹¹², por ejemplo; o de su “infantería armada con largas lanzas y escudos en ocho, a veces con yelmos fabricados de colmillos de jabalí” ¹¹³; o de las armaduras de bronce de los griegos, de sus carros de combate, o de las embarcaciones que fueron “**esenciales para la supremacía militar**” ¹¹⁴; o de la “extensa red de colonias desde el oeste del mar Mediterráneo hasta las costas orientales del mar Negro” ¹¹⁵; finalmente, se reconoce que Atenas, hacia el siglo V aC fue “una potencia militar y marítima” ¹¹⁶, mas nunca se relaciona nada de ello con la existencia de miles y miles de esclavos en Grecia, y menos pues que, por todo ello, Grecia era de hecho un imperio. El difundido *Atlas de la Historia Universal* de Barraclough es, a este respecto, una elocuente muestra de tan grave vacío y de tan lamentable distorsión. En ese sentido, constituye casi una excepción, aunque presentada prácticamente como un hecho aislado, la referencia que el *Diccionario del Mundo Antiguo* ofrece de las guerras Mesenias, en la que se muestra que dos pueblos fueron sometidos a servidumbre por los griegos ¹¹⁷.

En general, tiene que admitirse que la historiografía tradicional no se ha preocupado –ni mucho ni lo suficiente– en relacionar la esclavitud con la guerras de conquista, tal y como corresponde con los hechos verificados en la historia. Pues bien, en el contexto de ese trascendental vacío, creció desproporcionadamente la distorsión ideológica que, sin más explicaciones, daba cuenta de la “**existencia natural**” de pueblos “**superiores y cultos**” y “**pueblos inferiores e incultos**”. Tocaría a los romanos, en la pluma de sus propios historiadores e ideólogos, presentarse, a sí mismo y frente a la posteridad, como un pueblo superior y culto; y presentar a todos los pueblos conquistados y de la periferia del imperio, como “bárbaros”, extranjeros e incultos, y, en definitiva, como pueblos inferiores.

En ese contexto, y en el de la subsecuente elaboración ideológica que correspondía, aparecieron en la historia de Occidente las “**grandes justificaciones de las conquistas**”: *culturizar* a los pueblos bárbaros; o, en su defecto, siglos más adelante, *culturizar* y *evangelizar*.

“Roma –nos dice un texto– pudo conquistar y consolidar los territorios de su imperio gracias a un numeroso ejército que, además, fue *un medio para la difusión de su cultura*.” ¹¹⁸. Apuntalando esa difundida idea –insistimos–, Barraclough nos dice: “No existe mejor testimonio de la grandeza del Imperio que *el legado que dejó*: las leyes romanas..., nuestra escritura..., las ciudades..., la Iglesia...” ¹¹⁹.

¿Pero qué otras leyes habrían podido dejar, sino las propias? ¿Y cuál escritura sino la suya? ¿Y qué diseños de ciudad y religión sino los del pueblo hegemónico? ¿Cuál es, pues, la “**grandeza**” y en dónde está el mérito de **legar lo único que se tiene**? ¿Puede atribuirse grandeza y mérito a una actuación natural y lógica, en la que por lo demás no hay alternativa? Pero asimismo, ¿acaso todo ese “legado” se dio a cambio de nada, lo que sí habría representado grandeza? ¿Sólo por filantropismo? ¿Sustentado sólo en complejos de superioridad? Ciertamente no. Todo ello se dio “a cambio” de

112 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 40.

113 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 40.

114 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 40.

115 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 42.

116 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 42.

117 Fernández y Vásquez, *Diccionario*..., p. 263 y p. 285.

118 *Historia Universal 1*, Santillana, p. 135. La cursiva es nuestra.

119 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., pp. 61–62. La cursiva es nuestra.

“riquezas que manaban” hacia Roma, como nos lo ha dicho antes el propio Barraclough. Pero lo que no ha dicho éste –ni el resto de historiadores–, es que el poder hegemónico entregaba sus leyes y otros bienes, libremente, en tanto que se cobraba con riquezas que los pueblos conquistados se resistían a entregar. ¿Puede haber mejor evidencia de que la “transacción” no era deseada por los “compradores”, y de que, en consecuencia, los bienes que entregaba Roma no eran valorados por éstos? ¿Se dirá entonces que, precisamente, era pues por ignorancia? ¿Puede argumentarse que es por ignorancia que se rechaza la imposición arbitraria de otro idioma, o de otra religión, por ejemplo?

Así las cosas, bien podemos decir que los romanos, respecto de los pueblos “bárbaros” que conquistaron, tenían dos grandes objetivos: a) culturizarlos –**objetivo explícito**–, y b) extraerles grandes riquezas –**objetivo implícito**–. No obstante, siempre se preocuparon de enarbolar, como único y gran objetivo, el primero.

¿Cuál fue, sin embargo, y al cabo de varios siglos de colonización romana, el saldo final de la acción imperial? Ninguno, absolutamente ninguno de los pueblos conquistados por los romanos alcanzó a tener, en el siglo V dC, a la caída del Imperio Romano, el **nivel de desarrollo que la élite del pueblo romano había ostentado en el siglo I aC**. ¿Cuál otro podría ser, si no ése, un buen parámetro de medida del objetivo culturizador, habida cuenta de que los romanos tampoco lograron que los pueblos “bárbaros” asimilaran como propio el idioma del imperio? El objetivo explícito, pues, no había sido logrado. Ni siquiera al cabo de seiscientos años de “colonización”.

¿Pero qué había ocurrido en cambio en relación con aquél otro, el **objetivo implícito**, el de la extracción de grandes riquezas? Éste, por el contrario, **sí se había materializado**. La riqueza que desde todas las colonias conquistadas fluyó hacia Roma fue cuantiosísima. A este respecto la historiografía tradicional ha tenido que reconocer que “la caída del Imperio de Occidente, en el siglo V dC, puso término a la transferencia masiva de recursos (...) hacia Roma...” ¹²⁰.

¿Cómo podemos explicarnos que de los dos objetivos sólo alcanzara a materializarse uno de ellos? ¿Y por qué se concretó ése, precisamente el **objetivo implícito**, y no el otro? ¿Fue acaso una casualidad, o un accidente de la historia? ¿Quizá Roma a este respecto fue una excepción?

Veamos entonces –aunque sucintamente ¹²¹– un segundo caso: el de los **imperios Español y Portugués frente a la América Meridional** que conquistaron y colonizaron. Pues bien, ambos imperios peninsulares se habrían propuesto también dos objetivos: a) culturizar y evangelizar a los pueblos americanos –objetivo explícito–, y b) extraerles grandes recursos económicos –objetivo implícito–. ¿Cuáles fueron en este caso los resultados, al cabo de casi trescientos años de colonización? ¿Se alcanzó acaso a culturizar y evangelizar a los pueblos americanos? ¿Puede sostenerse eso, sabiéndose como se sabe, que al cabo de trescientos años de colonización, al iniciarse el siglo XIX, más del 90% de los nativos que quedaron con vida en América Meridional, además de analfabetos, mantenían virtualmente idénticas las formas de vida y todas las expresiones culturales –incluidos el idioma y la religión– con las que siglos atrás habían

120 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, pp. 60–61.

121 Un mayor desarrollo puede verse en Klauer, *Descubrimiento y Conquista...*, T I y II, www.nuevahistoria.com

vivido sus antepasados en la propia América y en África (de donde millones de esclavos fueron trasladados a viva fuerza)?

¿En qué se fundamenta, entonces, la trillada y presuntuosa idea de que “*la acción en América es (...) la principal aportación de los pueblos españoles al devenir de la humanidad*”¹²², idea que los portugueses –refiriéndose a Brasil– seguramente también hacen suya? Sin duda, y fundamentalmente, en el hecho incontrovertible de que la inmensa mayoría de los habitantes de la América Meridional de hoy se declaran católicos, y, evidentemente también, en que “como supuesto aporte de España” unos hablan castellano, y, “como supuesto aporte de los lusitanos”, otros hablan portugués.

Pues bien, aquí tenemos derecho a preguntarnos: ¿si los romanos no pudieron imponer el latín en Europa al cabo de *seis siglos de colonización*, cómo en cambio España y Portugal habrían podido imponer el castellano y el portugués en sólo *tres siglos*? ¿Qué tenían el castellano y el portugués –en relación con los idiomas de los nativos americanos– que no tenía el latín –en relación con los idiomas de los “bárbaros”? ¿Es acaso el asunto un problema estrictamente lingüístico? ¿Existen explicaciones históricas, tan o más poderosas que las estrictamente lingüísticas?

La presuntuosa idea de la que se enorgullecen muchos de los españoles –de ayer y de hoy–, y quizá muchos de los portugueses, encierra dos trampas. Una primera, típicamente etnocéntrica, que esconde la prejuiciosa creencia de que el mejor idioma es el que habla uno: su lengua materna. Por lo demás, los conquistadores no se preocuparon nunca de dirigirse a los hombres que sojuzgaban en el mejor de los idiomas, sino en *el único que hablaban*. Y la segunda es que se cree –y se pretende hacer creer– que la asimilación generalizada del castellano y del portugués, y la asimilación generalizada del catolicismo en América Meridional, se dieron en el transcurso de los tres siglos de la Colonia. Al finalizar ésta, menos del diez por ciento de los habitantes de América Meridional hablaba castellano o portugués y se sentía católico.

En verdad, pues, ni lo uno ni lo otro pueden ni deben seguirse considerando logros directos de la colonización europea. El catolicismo, como el castellano y el portugués, recién en las postrimerías de este siglo, a casi doscientos años de cancelado el colonialismo, corresponden a la mayoría de los habitantes de la América Meridional¹²³. Son pues, y esa es nuestra hipótesis, una secuela del colonialismo, y el resultado, como veremos, de *un inusitado “accidente” de la historia* de Occidente.

¿Por qué se perdió el latín y no el castellano y el portugués?

Intentaremos probar la hipótesis comparando la historia del Imperio Romano y sus colonias, con la de los imperios Español y Portugués y los pueblos que conquistaron. *Muy distintas fueron las condiciones históricas* que enfrentaron, durante la colonización romana y después de la caída del Imperio Romano, los pueblos que habían estado bajo su dominio; de las que tuvieron que enfrentar en América Meridional, durante la colonización y a la caída de los imperios Español y Portugués,

122 María Luisa Laviana Cuetos, *La América española, 1492–1898, De las Indias a nuestra América*, Colección Historia de España (T. 14), Ed. Temas de Hoy SA, Madrid, 1996, p. 5.

123 En 1985, sólo en el Perú, algo más del 10 % de la población aún no hablaba castellano.

los pueblos que habían estado bajo el dominio de éstos. A nuestro juicio son nueve las diferencias históricas relevantes en relación con nuestra hipótesis.

Considérese, para empezar, que fueron sustancialmente distintas las condiciones que se dieron *durante* ambos procesos de conquista–colonización. Veámoslo. En **Europa**: (a) La tecnología militar de Roma y de los pueblos conquistados era virtualmente la misma. En razón de ello, el genocidio de la conquista representó la muerte del 15–20% de la población total. (b) Como desde siglos antes de la conquista Roma alternaba con todos los pueblos de Europa, Asia Menor y el Mediterráneo, sus características de inmunidad epidemiológica eran las mismas. La conquista romana, pues, no afectó con desconocidas enfermedades a las poblaciones conquistadas. (c) Roma no encontró en ninguna parte del vasto territorio conquistado fuentes de extraordinaria riqueza altamente concentrada. (d) La relativa homogeneidad topográfica de Europa no representó que se afectara gravemente a las poblaciones que desplazaba el poder imperial de uno a otro extremo del territorio.

En **América**, en cambio, se presentó lo siguiente: (a) La tecnología militar que usaron los conquistadores fue abrumadoramente superior. Su contribución al genocidio fue enorme. (b) Los europeos –y los esclavos africanos que llegaron con ellos– trajeron epidemias desconocidas que multiplicaron los efectos del genocidio militar. (c) España, en relación con Potosí y Huancavelica, y Portugal, en relación con Ouro Preto, encontraron centros de riqueza de extraordinaria cuantía que exacerbaban las ambiciones del poder colonial. (d) Millones de nativos americanos, en el caso de España, y de esclavos africanos, en el caso de Portugal, fueron desplazados y murieron en desconocidos e inhóspitos territorios que, en el caso de las minas andinas de plata, estaban a 4 000 y 5 000 msnm.

Pues bien, en función de estas cuatro primeras diferencias objetivas, se ha podido determinar que, solo la conquista española –como lo anota la historiadora española María Luisa Laviana–, “*desencadenó una catástrofe demográfica sin precedentes en la historia de la humanidad*”¹²⁴. Dependiendo de las distintas fuentes históricas, ese brutal genocidio significó la muerte de 20, 40 o hasta 100 millones de personas¹²⁵.

Conste, sin embargo, que los **atrocies acontecimientos que se daban en América** fueron en su tiempo advertidos y puestos en conocimiento del poder imperial. Así, fray Vicente Valverde, que había estado con Pizarro en la captura y ejecución del inka Atahualpa, escribió a Carlos V en 1539, es decir, antes de cumplirse la primera década de la conquista del Perú:

*...es una cosa tan importante (...) defender esta gente de la boca de tantos lobos como hay contra ellos, que creo que si no hubiese quien particularmente los defendiese, se despoblaría la tierra...*¹²⁶.

Medio siglo más tarde, en 1581, Felipe II sería informado que, a pesar de las irrefutables advertencias, “ya un tercio de los indígenas de América había sido aniquilado”¹²⁷. Mas también se sabe que, en el caso del territorio peruano, durante los

124 Laviana, **La América española**..., p. 42.

125 No obstante, Alcina dice que “la conquista española de América ha sido la más destructiva... después de la romana”. En Laviana, **La América española**..., p. 36.

126 John Hemming, **La conquista de los incas**, FCE, México, 1982, p. 466. La cursiva es nuestra.

127 En Galeano, **Las venas abiertas**..., p. 59.

140 años siguientes a esa fecha la población siguió sistemáticamente descendiendo ¹²⁸. En definitiva, la población americana nativa quedó reducida, casi, a su mínima expresión: a **un décimo de la que encontraron los conquistadores**.

Pero entre la colonización romana en Europa y la ibérica en América, se dio otra diferencia de grandes implicancias para cada uno de los mundos que fueron dominados. En efecto, (e) dado que la base de la economía europea de entonces estaba constituida por la agricultura y la ganadería, en las que un gran valor está invariablemente asociado a grandes volúmenes y muy dispersos en el vasto territorio, el imperio de vio obligado a invertir importantes recursos en la construcción de **caminos y puentes** que facilitaran la circulación de esa riqueza, pero especialmente hacia Roma, a la que conducían todos los caminos. En América Meridional, por el contrario, la extraordinaria riqueza estuvo constituida por el oro y la plata, en minas de ubicación marcadamente focalizada. Se trataba, pues, de productos de gran valor concentrado en pequeños volúmenes que, en consecuencia, no obligaron a mantener sino los pocos caminos que comunicaban las minas con los puertos de embarque. Durante trescientos años no se construyó una sola vía importante y, por el contrario, se dejó en abandono todas las que habían sido encontradas por los primeros conquistadores.

Como resultado de esta quinta relevante diferencia, a la caída del Imperio Romano, cada uno de los pueblos de **Europa** quedó, en cuanto a vías de comunicación, relativamente bien integrado. Ello, en los siglos posteriores de desarrollo nacional autónomo, facilitó el tráfico de mercancías, pero también de poblaciones. Esto último facilitó la consolidación de cada uno de los idiomas y dio curso a un proceso cada vez más intenso de homogenización social. En **América**, en cambio, la muy disminuida población nativa –americana y africana–, dividida en numerosos fragmentos, quedó absolutamente dispersa y aislada en amplios e incomunicados territorios, aunque manteniendo sus idiomas y costumbres ancestrales.

Considérese, no obstante, una sexta diferencia: (f) en Europa, la **homogeneidad del fenotipo europeo** impidió que, al interior de cada uno de los pueblos conquistados, se constituyera una élite “criolla” con connotaciones, actitudes y conductas racistas y excluyentes. Los pueblos conquistados de Europa fueron maltratados por “incultos”, mas no en consideración al color de su piel, dado que, objetivamente, esta diferencia no existía. No obstante, los destacamentos romanos asentados en los territorios conquistados –y sus descendientes– conformaron élites privilegiadas, premunidas de poder y de riqueza. Al cabo de varios siglos de conquista, sólo quienes ocupaban los puestos de mayor jerarquía en las provincias romanas hablaban y se comunicaban en latín. Se trataba, pues, de un grupo numéricamente muy reducido. Sus descendientes, sin embargo, aprendían y se comunicaban en el idioma del pueblo en el que habitaban. En América, por el contrario, en función de sus diferencias fenotípicas y culturales respecto de los nativos americanos y africanos, los conquistadores europeos y sus descendientes constituyeron, en cada una de las naciones de **América Meridional**, una **élite “criolla”, racista** y excluyente que, acaparando total y absolutamente el poder y la riqueza, se regía incluso “con legislación propia y diferenciada” ¹²⁹. En general, la élite “criolla” y su descendencia se comunicaba exclusivamente en castellano, y, en su inmensa mayoría, no aprendió nunca el idioma del pueblo al que dominaron.

128 Laviana, **La América española**,..., p. 44.

129 Laviana, **La América española**,..., p. 68.

La séptima diferencia tiene que ver con la forma como se produjo el colapso de cada uno de los imperios a los que venimos refiriéndonos. ¿Cómo y por qué se produjo el colapso del que siglos atrás había sido el poderosísimo e inmovible Imperio Romano? Y, en estrechísima relación con esa pregunta, ¿cómo explicar que el latín **cayera en desuso, hasta convertirse en una “lengua muerta”**? En relación con estas dos interrogantes, la historiografía tradicional, y dentro de ella la que llega al público masivo, simplemente no se ha ocupado de responder la segunda pregunta. Tal parecería que la caída en desuso del latín no resultaba un problema relevante del cual preocuparse. Como consecuencia de ello, ése es hoy un asunto que muy pocos vinculan con la caída de Roma. Y, en relación con la primera interrogante, los vacíos, inconsistencias e incoherencias son gravísimos y lamentables. Mas sobre ello hablaremos detenidamente en el parágrafo siguiente.

Entre tanto veamos sin embargo lo siguiente resumen que ofrece la historiografía tradicional. Barraclough, por ejemplo, nos dice: “*Tras un largo período de paz y prosperidad, el mundo romano se sumió en una crisis en el siglo III*”¹³⁰. Pasemos por alto por un instante la engañosa e inconsistente afirmación de “un largo período de paz y prosperidad” –porque de tales privilegios sólo gozó el sector dominante dentro de la nación hegemónica–. ¿Cómo se nos presenta la crisis del imperio? Se nos habla de la presión de los *germanos* por el norte; de la presión e invasiones de los *persas* por el este; de la independencia de los *galos* en occidente, de los afanes autonomistas de los generales romanos en las provincias; de los saqueos en los territorios alejados; de la derrota y captura del emperador Valeriano; de las pestes que asolaron el imperio; de la inflación en la que se vio sumida la moneda de imperio; de las protestas endémicas contra los impuestos; de la desertión al ejército imperial de soldados bárbaros; pero a su vez de invasiones bárbaras, y; finalmente, que a consecuencia de todo ello “el imperio no podía mantenerse unido en manos de un solo gobernante”¹³¹.

Barraclough afirma que, con posterioridad a la división del imperio, “en el siglo V, el gobierno romano de Occidente se había debilitado a tal punto que la capital misma quedó expuesta al ataque”: el saqueo de Roma por los *visigodos*, en el año 410 dC. Y otro tanto ocurriría en el 455 dC de manos de los *vándalos*. ¿Exterminaron las huestes de Alarico a todos los habitantes de la península, **sepultando con ellos al latín**? ¿Logró quizá entonces alcanzar ese objetivo años más tarde Genserico? No, eso no ocurrió. ¿Cómo entonces cayó en desuso el latín?

Debe suponerse que en el contexto de la rebelión de los *galos*, al interior pues del territorio imperial; de los ataques *persas* desde el exterior; y de los enfrentamientos en los que fueron protagonistas *germanos*, *visigodos*, *ostrogodos*, *vándalos*, *hunos*, etc.; y de los gravísimos saqueos contra Roma, **la élite imperial habría sufrido una muy significativa disminución demográfica**. Algunos grupos pequeños, sin duda, y quizá familias enteras, amparadas por las sombras de las noches, alcanzarían a refugiarse en remotas zonas rurales y en las islas más próximas a la península. Miles y miles de campesinos italianos de las campiñas sobrevivieron a la catástrofe. Ellos, qué duda cabe, no fueron exterminados. Porque si ese extremo se hubiera dado, nadie en el planeta hablaría italiano.

130 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 68.

131 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 68.

¿No nos consta hoy, mil quinientos años después de los dramáticos episodios a los que nos estamos refiriendo, que las élites “cultas” hablan variantes idiomáticas –e incluso idiomas– distintos a los de su propio pueblo? ¿No habrá sido ése exactamente el caso de la Italia imperial, en la que sólo la élite romana hablaba latín, y, las masas campesinas que sobrevivieron al colapso, la lejana variante idiomática que luego dio origen al italiano de hoy? En ese sentido, empequeñecida al extremo la magnitud demográfica de la élite, **¿no quedaba también virtualmente liquidado el foco vivo del latín?**

Pero más aún si se tiene en cuenta que las numerosas poblaciones nativas de los pueblos que alcanzaron a liberarse del imperio, vigorizadas en el contexto de desarrollos nacionales autónomos e independientes, **sin haber aprendido nunca el latín**, tras preservar y enriquecer sus propios idiomas, dieron finalmente forma al castellano, el francés, el inglés, el alemán, etc. En América, en cambio, en razón de las dos causas que veremos a continuación, salvaron sus vidas las élites “criollas”, salvándose con ellas el castellano y el portugués ¹³².

Sin embargo, los idiomas no mueren de infarto, de un momento a otro. Cientos y quizá miles de los cristianos cultos que desde las catacumbas habían contribuido a socavar las bases del imperio hablaban latín. Por lo demás, durante más de cinco siglos **el comercio internacional se había agenciado en latín**. Éste, pues, también estaba en boca de los comerciantes o, con seguridad, en la de los más grandes entre ellos. No extraña por eso que –como refiere Pierre Chaunu ¹³³–, siglos después, en Génova –un territorio eminentemente comercial– todavía se hablara latín. Pero ya escasamente lo hablaban ellos –pero también los miembros del clero–, aunque unos y otros en número cada vez más reducido, hasta que terminó pues por caer en lengua muerta.

Bien pudieron ser idénticas o incluso más drásticas que las que sufrió Roma, las consecuencias del colapso imperial español y lusitano: exterminio de las élites imperiales y la desaparición de los idiomas castellano y portugués. Mas, sin que estuviera previsto por nadie, **tocaría a la naturaleza dar su aporte, inesperado y decisivo**. En efecto, el Atlántico, que había permitido surcar las naves de los conquistadores y, de regreso, los galeones con la inmensa riqueza extraída, no estuvo al alcance de las masas que, legítimamente, cuando llegó la ocasión favorable, de buen grado hubieran querido tomarse la revancha. A este respecto, no es casual que Francisco de Miranda hubiera advertido: “Dos grandes ejemplos tenemos delante de los ojos: la revolución [norte]americana y la francesa, Imitemos discretamente la primera; *evitemos con sumo cuidado los fatales efectos de la segunda*” ¹³⁴. El océano, pues, fue una suerte de seguro de vida para las élites imperiales de España y Portugal. Con ellas, supervivieron en Europa tanto el castellano como el portugués. Mas, ¿cómo se explica que, a diferencia de lo que había ocurrido en las que fueron colonias de Roma, donde desapareció el latín, subsistieran en América ambos idiomas?

Considérese entonces la octava de las características relevantes con las que es posible distinguir la experiencia del Imperio Romano, respecto de los imperios Español

132 Siguiendo el mismo razonamiento que nos ha conducido hasta aquí, en **Tahuantinsuyo, el cóndor herido de muerte**, CONCYTEC, Lima, 1990, (pp. 135–140), hemos intentado mostrar que existen más razones para atribuir la difusión del quechua en los Andes centrales al Imperio Chavín (1500–600 a.C.) que, como hasta ahora sostienen los textos, al Imperio Inka.

133 Pierre Chaunu, **La expansión europea (siglos XIII al XV)**, Ed. Labor, Barcelona, 1977, p. 36.

134 Laviana, **La América española**,..., p. 124. La cursiva es nuestra.

y Portugués. El Imperio Romano, en la coyuntura del colapso, **no tuvo un imperio rival de su misma envergadura y poderío** que, además, y por espacio de siglos, hubiera competido con él, con éxito, en el terreno militar y en el económico, minándolo y socavándole sistemáticamente sus fuerzas. El Imperio Persa (de los Sasánidas), a enorme distancia de la península itálica, surgió cuando la suerte de Roma ya estaba echada. Si sus agresiones no pueden ser minimizadas, tampoco puede otorgárseles carácter decisivo y definitorio. Sus conquistas en Turquía (Antioquia), y en el Levante (Siria), ciertamente contribuyeron a la debacle del imperio. El Imperio Persa no tomó pues la posta dejada por Roma. No conquistó ni dominó todos los territorios que había controlado Roma. Más aún, nunca alcanzó a tener una importante influencia en el vasto territorio occidental de Europa.

España y Portugal, en cambio, desde los inicios mismos del descubrimiento y de la conquista de América, rivalizaron entre sí en todos los campos trascendentes: el naval, el económico, el político y el tecnológico. Pero mucho más gravitante aún, también desde los inicios mismos de la conquista, ambos imperios rivalizaron, en las mismas indicadas esferas de competencia, con Inglaterra y Francia, pero además, con Alemania, Italia y Holanda. Ello sin duda contribuye a explicar por qué la hegemonía ibérica en América duró sólo la mitad del tiempo que el que Roma ejerció en el Viejo Mundo. Nadie discute que la acción de las potencias rivales contribuyó, de modo decisivo y definitorio, a la debacle imperial de España y Portugal. Pero hoy, con más nitidez que hace unas décadas, se tiene clara conciencia de la manera como, militar, económica e ideológicamente, **Inglaterra y Francia apoyaron a las élites revolucionarias de la América española**. Más aún, Francia, con los ejércitos de Napoleón, se encargaría, en 1808, de dar el golpe de gracia a España, invadiéndola y aislándola totalmente de sus colonias que, de ese modo, quedaron a expensas del poderío económico y político de la propia Francia y de Inglaterra.

Pero más todavía, la plata de la América española, y el oro de la América portuguesa, en una de las más grandes paradojas de la historia de Occidente, en vez de engrandecer a las potencias conquistadoras, terminaron por agigantar el poderío económico, militar y tecnológico de sus rivales, en particular, de Francia e Inglaterra, aunque más el de ésta que el de aquella. Así, el colapso de España y Portugal no sólo fue suscrito y sellado por sus rivales, sino que, en un fenómeno que resultaba inédito en la historia, les tomaron, inmediata y directamente, la posta, sin solución de continuidad, sin pausa para un respiro. América Meridional, pues, pasó de la dominación de las fuerzas militares ibéricas a la **dominación de las fuerzas económicas y políticas de los nuevos centros hegemónicos: Londres y París**.

En el ínterin, sin embargo, se habían desarrollado las guerras de la independencia en la mayor parte de los territorios de América Meridional y continental, desde México hasta Chile, en el Pacífico, y desde el mismo México hasta Argentina, en el Atlántico. Salvo Brasil, que a partir de 1822 se independizó solitariamente bajo la modalidad de una monarquía independiente –y recién en 1889 adquiriría la forma de República Federal–, todos los otros nuevos Estados adquirieron, al menos formalmente, la apariencia de Repúblicas. No obstante, como bien se sabe, **los principales protagonistas de la gesta independentista no fueron los nativos americanos** ni los africanos esclavizados, sino los criollos, es decir, los propios aunque lejanos descendientes de los conquistadores.

La riqueza de las élites criollas era ostensible. [Herederos de varias generaciones de conquistadores y colonizadores](#), de corregidores y encomenderos, de funcionarios y oficiales españoles, habían acumulado fortuna y, prácticamente, monopolizaban el control de la actividad productiva y comercial en las colonias. En los escasísimos colegios y en las universidades, eran los maestros de sus hijos. En el ejército, eran brigadieres y coroneles, y sus hijos, tenientes y alferoces. En los tribunales, eran los acusados; sus hermanos, los abogados; sus primos, los fiscales; y sus amigos, los jueces. En la prensa, eran los periodistas y los directores y dueños de los diarios. Así, siendo un secreto a voces que, rebasando todas las restricciones legales, realizaban grandes negocios con comerciantes ingleses y franceses, presumían de la impunidad de que eran perfectamente concientes. Es decir, podían desafiar abiertamente la autoridad del imperio porque, virtualmente, habían copado desde el segundo hasta el último escalón de la sociedad y de la administración virreinal. Es decir, de hecho, formaban parte del poder, controlando una porción muy grande de él. Y acaparaban casi toda la riqueza de las colonias.

No obstante, educados en la ambiciosa escuela de sus padres y abuelos –los conquistadores y colonizadores españoles–, ambicionaban aún más riqueza. Y, a la usanza de esa misma escuela, [ambicionaban hacerse de todo el poder](#). Sus pares de Estados Unidos y Francia les habían demostrado que ello había dejado de ser un sueño remoto. Todo parecía indicar, pues, que la hora estaba cada vez más próxima. La invasión de los ejércitos de Napoleón a España dio la clarinada de aviso: la hora había llegado.

En veinte años España y Portugal perdieron de las manos lo que habían controlado con los pies durante tres siglos. Las [élites criollas de América Meridional](#), conjuntamente con Inglaterra y Francia, sus aliados estratégicos, fueron los grandes protagonistas de esa gesta, y, por cierto, y como no podía esperarse de otro modo, sus únicos beneficiarios. Si parte del poder y parte de la riqueza cambiaron de dueños, toda la miseria, en cambio, seguiría en manos de las poblaciones nativas y de los esclavos.

España y Portugal, que alguna vez habían tenido el monopolio del comercio europeo con América, muy a su pesar, dejaron la posta a Inglaterra y Francia. Y al interior de las colonias, [el relevo del poder imperial fue íntegramente tomado en sus manos por las élites criollas](#): castellanas y católicas, en la ex América española; y portuguesas y católicas, en la ex América lusitana. En los dos siglos que transcurrieron después, no serían pues ni España ni Portugal, sino las élites criollas que las suplantaron, afianzadas en el poder por su alianza con las nuevas metrópolis, las que impondrían en sus dominios el castellano y el portugués, “sus” idiomas; y el catolicismo, “su” religión.

Así, la inusitada posta, única en su género en la larguísima historia de Occidente, resulta el [“accidente” histórico](#) que explica que el castellano y el portugués, y el catolicismo, pervivieran en las colonias.

Finalmente entonces, retomando el hilo en que estábamos, y aun cuando ha quedado insinuada, explicitaremos la novena y trascendental diferencia entre la historia de los pueblos que estuvieron dominados desde Roma, de la de los pueblos que estuvieron dominados desde Madrid y Lisboa. En efecto, tras el colapso del Imperio Romano, [cada uno de los pueblos que había estado sometido, al cabo de ese interregno](#)

de varios siglos, reinició su vida independiente. En general puede sostenerse que –con la excepción de España, una gran parte de cuyo territorio fue conquistado por los árabes–, ninguno de los pueblos europeos conquistados por los romanos fue jamás objeto de ningún tipo de colonización ni de ningún tipo de hegemonía. En todo caso, nada que pudiera compararse, en duración y en consecuencias, a lo que había sido la conquista y colonización que llevaron a cabo los romanos.

En América, en cambio y como también ha quedado expresado, tras el colapso de los imperios Español y Portugués, sin que se diera pausa en el tiempo, sin solución de continuidad, los pueblos que habían estado sometidos cayeron, todos, sin excepción, bajo la hegemonía política y económica de Inglaterra y Francia, pero más de aquélla que de ésta.

Objetivos explícitos vs objetivos implícitos

Entre tanto, y para retomar la idea central que nos ocupa, ¿qué quedó pues al cabo de seis siglos en el caso del Imperio Romano, y de tres siglos en el caso de la hegemonía de España y Portugal, en relación con sus incansablemente reiterados objetivos explícitos de “culturizar” y “culturizar y evangelizar”? Poco, muy poco. En todo caso no lo suficiente como para que el menos exigente quede satisfecho. Es decir, a este respecto, los “pueblos superiores” no fueron capaces de mostrar siquiera la primera línea de los pergaminos con los cuales tan presuntuosamente se presentaron. Por el contrario, en lo que a extracción de riquezas se refiere, es decir, en relación con su siempre silenciado objetivo implícito, probablemente superaron las marcas del más ambicioso.

Pues bien, frente a distintos protagonistas –Roma / Europa–África, en un caso; y España–Portugal / América Meridional, en el otro–, y en muy distintos momentos de la historia, ¿cómo explicarnos que nunca el objetivo explícito –culturizar–evangelizar– haya sido logrado; y que, por el contrario, siempre el objetivo implícito –extraer riquezas– se haya concretado? ¿Podemos acaso, con ingenuidad e incurriendo en inconsistencia, aceptar que respecto del primer objetivo los imperios han sido invariablemente ineficientes, y que, en cambio, frente al segundo objetivo, han sido invariablemente eficientes? Resulta muy difícil aceptar tan grande como extraña inconsistencia.

Alternativamente, entonces, trabajaremos con otra hipótesis: el único y verdadero objetivo era aquél no declarado, el objetivo implícito: extraer grandes riquezas a las colonias. El otro –culturización–evangelización–, en cambio, habría sido, en verdad, sólo un pretexto, pero también un señuelo. Si el pícaro más insignificante miente; y si el asesino más avezado miente; ¿quién y a título de qué podría pedirle a los gobernantes imperiales que no mintieran? En la historia, pues –como en los tribunales–, el analista tiene que ser capaz de distinguir las “razones efectivas”, siempre diferentes de los “pretextos” o coartadas que esgrime el inculpado. En los tribunales –tanto en los de la Santa Inquisición, como en los modernos tribunales de hoy– tanto más que las palabras del inculpado se consideraban y consideran las acciones que llevó a cabo y las evidencias que de ello hay al respecto. ¿Por qué entonces, frente a los análogamente similares hechos de la historia, debemos aceptar ciega y complacientemente las proclamas de los imperios, desconociendo los hechos que las refutan?

La historiografía tradicional, a este respecto, una vez más ha caído en graves distorsiones y en nefasta complicidad. Así, frente a la ignominiosa explotación humana de la fuerza de trabajo nativa en las minas de América, reiteradamente se ha puesto de manifiesto las sucesivas leyes españolas que “prohibían” los trabajos forzados. Hoy, sin embargo, a ciencia cierta se sabe que todas esas [disposiciones no pasaban de ser simples señuelos para aquietar las críticas](#). ¿Cómo seguir silenciando, por ejemplo, que en 1601 el rey Carlos III secretamente ordenó que esos “prohibidos” trabajos forzados debían continuar “en caso de que aquella medida hiciese flaquear la producción”? ¹³⁵.

En fin, para el análisis de todas y cada una de las olas de la historia, repetimos, tenemos que ser capaces de distinguir los que aparecen como objetivos explícitos –los pretextos–, para distinguirlos de los que, aunque [implícitos, son los verdaderos objetivos –las razones de los protagonistas–](#).

El idioma, la religión y el progreso

Demos paso pues a un último análisis para terminar esta parte. Deliberadamente, en efecto, porque a nuestro juicio se trata de una de las más monumentales piedras de molino que ha divulgado la historiografía tradicional, en el balance de Imperio Romano hemos omitido los [“grandes aportes del legado romano”](#), sobre los que empecinadamente nos refriegan los textos de Historia: las leyes romanas, que constituyen la base del Derecho de la mayoría de los estados occidentales; nuestra escritura; el diseño de nuestras ciudades, monumentos y edificios; y la religión cristiana.

¿Se nos ha pretendido decir acaso, que si no hubiera existido el Imperio Romano, nada de ello habría llegado hasta nosotros? ¿Y que, por consiguiente, mucho habría sido lo que hubiéramos perdido? En todo caso, parece que esa sibilina idea –de modo ciertamente subrepticio– está en efecto presente en casi todos los textos de Historia que circulan en Occidente. Pues bien, esa tesis, que disimuladamente ha calado muy hondo, es [falsa y deformante](#). Pero, además, está preñada del mismo complejo de superioridad de que hacían gala griegos y romanos. Veamos.

[Japón](#), que hoy es virtualmente la segunda potencia mundial, próspera y moderna, ¿cuánto debe a la cultura romana o, mejor aún, a la cultura greco–romana? ¿Acaso las leyes, acaso la escritura, o el diseño de los edificios, o acaso la religión? En otros términos, virtualmente sin el “auxilio” de la cultura greco–romana, con su propia y milenaria cultura, Japón ha llegado a ser una nación tan próspera y desarrollada como la mejor de Europa. En términos muy parecidos puede hablarse de [China](#). O de [Arabia Saudita](#), que con otra escritura, otra arquitectura y otra religión, tiene el mismo ingreso per cápita que Argentina. O de Irán, que ha alcanzado un ingreso per cápita superior al del Perú. O, finalmente, de [Sri Lanka](#), que tiene un ingreso per cápita equivalente al de Bolivia.

No han sido pues las culturas, occidental, en un caso, y oriental en el otro, las que han llevado a la prosperidad a Japón o a Alemania. O a un nivel intermedio a Arabia Saudita y Argentina. O a un lamentable subdesarrollo a Sri Lanka y el Perú. Independientemente de las culturas, hay pueblos desarrollados y subdesarrollados, tanto en Oriente como en Occidente. A este respecto, la posesión [de la cultura greco–romana](#),

135 Enrique Finot, *Nueva historia de Bolivia*, Buenos Aires, 1946, en Galeano, *Las venas abiertas...*, p. 61.

y del castellano y el catolicismo, para el caso de muchos pueblos, no es un factor relevante. El Perú debe contarse entre ellos. Con o sin ellos poco habrían cambiado las cosas entre nosotros, en términos de bienestar o prosperidad. Quizá hablaríamos otro idioma. Quizá escribiríamos con otra escritura. Quizá tendríamos otro pensamiento religioso. Quizá tendríamos otro modelo de ciudades y edificios. Pero formando parte del “patio trasero” del imperialismo norteamericano, seríamos igualmente subdesarrollados y pobres.

Si frente a una o varias de esas alternativas nos ha asomado un poquito –o mucha– desazón, es porque tenemos una visión etnocéntrica, prejuiciosa y subjetiva de las cosas: **creemos que nuestra escritura es mejor, que nuestra religión es mejor, que nuestra cultura es mejor**. He ahí que queda en evidencia el complejo de superioridad inculcado, en nuestro caso, por la cultura greco–romana. Si los árabes, los japoneses o los bostwaneses, desde su perspectiva, llegan, respecto a su propia historia y a su propia experiencia, a conclusiones equivalentes, será porque también llevan dentro los complejos de superioridad que, a fin de cuentas, son defecto del hombre y no sólo de la cultura greco–romana. Virtualmente no existe cultura en el planeta donde el vencedor no se estime superior al vencido. Y todos los pueblos de la Tierra tienen en su haber triunfos, grandes o pequeños, en donde se sustenta ese complejo.

No le corresponde pues al Imperio Romano arrogarse **ningún mérito especial**. Y, menos aún, entonces, corresponde que los historiadores le endosen méritos gratuitos.

Por lo demás, ¿a título de qué se estima que **sólo porque existió el Imperio Romano** han llegado hasta nosotros las leyes de la República Romana –creadas y desarrolladas antes de que existiera el Imperio–; la escritura –adaptada de la griega, también antes de que existiera el Imperio–; el modelo de las ciudades y edificios –adoptados de los griegos–; y, finalmente, la religión, creada en el Asia Menor, expandida durante y a pesar del imperio, y adoptada por él cuando ya había empezado su agonía?

En el esplendor de Grecia, cuando los romanos no imaginaban siquiera que siglos después darían forma a un imperio, éstos **habían empezado ya a imitar** las construcciones griegas. Más aún, muchos romanos ya habían empezado a hablar y escribir el idioma de los griegos, esto es, el idioma del pueblo que por entonces era hegemónico. Es muy probable también que fuera en esa época –y no después, durante el Imperio– que los romanos adaptaron su propio politeísmo al politeísmo del pueblo que entonces gozaba del mayor prestigio. La adaptación religiosa se concentró casi exclusivamente en dar nombres latinos a los dioses griegos: Zeus pasó a ser Júpiter, Afrodita pasó a ser Venus, etc. Por último, ¿no fue acaso durante la República, es decir antes del Imperio, que los romanos adoptaron muchas de las leyes que regían la conducta de los ciudadanos y de los esclavos, y el concepto mismo de democracia que habían instaurado los griegos?

¿Alguna de esas prácticas culturales fue impuesta a los romanos por la fuerza? ¿No fue acaso que ellos, pacíficamente, considerándolas valiosas, las adoptaron voluntariamente, imitando y copiando sin vergüenzas ni complejos a los griegos? ¿No había ocurrido acaso, desde los inicios mismos de la vida humana, que, a través del contacto con los vecinos –en el comercio, pero también con la guerra–, los hombres y los pueblos venían aprendiendo unos de otros, rescatando lo mejor de cada cual? La

inmensa mayoría de las transferencias culturales entre los pueblos [se ha dado en forma pacífica, a través de adopciones voluntarias](#) que, por cierto, tiene la virtud de ser sólidas y perdurables. Así, tal y como deliberadamente lo había hecho el pueblo romano, las contribuciones culturales de Grecia –y las que ésta había recogido de Creta, y ésta de Egipto y Mesopotamia– iban a seguir esparciéndose por Europa y, a través de ella, a otras partes del mundo: lenta y pacíficamente, pero de manera sólida y estable. ¿No reconoció acaso Julio César que, desde antes de sus conquistas, los galos practicaban un politeísmo casi idéntico al de los romanos ¹³⁶ que, como éstos, habrían asimilado de los griegos?

¿Pretenderá alguien reivindicar, entonces, la [necesidad de que el fenómeno de progreso y transferencia cultural requería ser acelerado](#)? ¿Y que entonces ése, henchido de paternalismo y a través del uso de la fuerza, habría constituido el gran aporte del Imperio Romano? Ese no pasaría de ser un razonamiento majadero. Al fin y al cabo, hay la conciencia casi unánime de que, tras la caída del Imperio Romano, Europa inició un largo período de varios siglos de oscurantismo, en el que las artes, la técnica, la ciencia y la tecnología casi no conocieron progreso. Pero no precisamente porque hubiera caído el imperio. Sino porque, después del colapso, quedó en evidencia los destrozos y el empobrecimiento en que habían quedado los pueblos, las tierras, el ganado y las minas en los territorios que habían sido administrados por el poder imperial. El imperio, pues, en términos prosaicos, no hizo sino desatar una poco útil carrera de caballos con parada de borrico.

Nuestro siglo nos ofrece maravillosos ejemplos de cuán errados están todos aquellos que estiman como inapreciable e insustituible el aporte militarista–cultural del Imperio Romano. Nos limitaremos sin embargo a lo más patético. Pues bien, es muy difícil que haya alguien que ponga en duda que Beethoven, en la música, Leibnitz, en la matemática, Plank en la física, Goethe, en la literatura, o, por ejemplo, Schiller, en la poesía, han hecho en lo suyo algunos de los más grandes aportes a la humanidad. Alemanes todos, ciertamente hicieron sus grandes contribuciones antes de que Hitler llegara al poder. Y, claro está, Alemania había alcanzado extraordinarios niveles de desarrollo, en casi todo orden de cosas, antes de que desatara la II Guerra Mundial. Por lo demás, harto se ha escrito sobre la proverbial cultura de muchos de los generales nazis, que, entonces, como divulgadores de la cultura alemana, habrían podido jugar un papel extraordinario. Coherentemente, pues, los panegiristas actuales del Imperio Romano, deberían estar en la primera línea entre [quienes se lamentan de que Hitler y Alemania perdieran la guerra](#). Porque con ello –deberían estarnos diciendo– la humanidad se perdió la brillante oportunidad de divulgar más, y más rápidamente, los valiosísimos aportes de Beethoven, Leibnitz, Plank, Goethe y Schiller, y, en general, de la sociedad alemana.

Si sus conductas fueron idénticas, ¿por qué se alaba a Augusto y se estigmatiza a Hitler? Y si sus acciones fueron igualmente sanguinarias, ¿por qué se elogia a Julio César y se denigra a Goering? ¿Cómo se explica tamaña incoherencia? Pues, simple y llanamente, porque [unos ganaron sus guerras y otros las perdieron](#). Es decir, se viene juzgando a los protagonistas, no en función de sus acciones sino en función al resultado de las mismas. Esa flagrante subjetividad –absolutamente alejada del razonamiento científico– es la que viene negando a la Historia las posibilidades de que alcance a constituirse en una ciencia.

136 Julio César, *Los comentarios...*, p. 119.

Para el presente y para la posteridad, más dañino que el hecho de que Augusto y Hitler, o Julio César y Goering hayan pretendido engañarnos, es el hecho de que los [textos de Historia recojan como verdades las grandes mentiras](#) de aquéllos.

El análisis histórico tiene que ser capaz de “descubrir” la verdad, grande o pequeña. No es suficiente para ello ser capaz de separar el trigo de la paja. Es necesario también descorrer los velos y rodear o saltar por encima de las gruesas murallas que la ocultan. En torno al Imperio Romano, por ejemplo, y una vez más, siguen ocultas algunas grandes verdades. En efecto, hartos se le ha rodeado de una aurea de triunfos, el sentimiento de gratitud hacia el [“más grande imperio de todos los tiempos”](#) parece inmovible, y, en resumen, la disposición de simpatía hacia él es casi unánime.

No obstante, los mismos que han contribuido a crear esa imagen, virtualmente mítica y sacralizada, admiten que el Imperio Romano *colapsó*. Los mismos que la elogian –sin saber que hacen Literatura en vez de Historia– admiten que el imperio fue *arrasado* ¹³⁷; que Roma, la mismísima capital del imperio, fue *saqueada* ¹³⁸; que sus últimos gobernantes fueron *ambiciosos, corruptos e ineptos* ¹³⁹; y, finalmente, que el gigantesco ejército terminó siendo *doblegado por pueblos primitivos*, sin nombre ni apellido. ¿Es que los generales romanos fueron capaces de ganar todas las batallas pero no la guerra? ¿Es que después de verter todos esos conceptos [puede quedar aún en la conciencia de los autores un fuerte aroma de simpatía](#)? Ése –según nos parece–, es el resultado de juicios inmaduros, en los que los prejuicios pueden más que la razón.

¿Por qué [sucumbieron](#) el Romano y, sin excepción, todos y cada uno de los imperios de la humanidad? Veámoslo pues con algún detenimiento, porque esa parece ser también una de las inexorables leyes de la historia de la humanidad.

7) Factores del colapso

Insistimos una vez más en que la temática y esquemática revisión histórica que estamos realizando nos permite mostrar que la [voluntad de los pueblos](#) y de sus gobernantes no habría tenido participación decisiva –e incluso quizá ninguna–, en el tránsito hacia la cima de todas y cada una de las olas que hasta ahora se han dado en la historia de Occidente.

Pero las acciones de los hombres –las de los gobernantes en particular–, y las de la naturaleza, [sí habrían tenido definitiva importancia en la pérdida de la hegemonía](#), esto es, en el proceso de declinación y colapso. Adviértase, no obstante, que el hecho de que las decisiones fueran deliberadas y concientes no implica, necesariamente, que se tuviera conciencia de que las consecuencias, en particular en el largo plazo, resultaban contraproducentes.

Habría, pues, en palabras de Toffler, “un [código oculto, un conjunto de reglas o principios que presiden todas \[las\] actividades \[de las civilizaciones\]...](#)” ¹⁴⁰. Toffler sin embargo, con los seis principios que enumera y desarrolla ¹⁴¹, no logra desentrañar ese

137 **Historia Universal 1**, Santillana, p. 150.

138 Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 68.

139 Andrés Alfaro, Plácido Díaz y otros, **Historia Universal 1**, Escuela Nueva, Lima, s/f, p. 240.

140 Toffler, **La Tercera Ola**, pág. 59.

141 Toffler, **La Tercera Ola**, pp. 59–72.

“código secreto” que explicaría la formación de las olas y –lo que ahora nos ocupa–, la subsecuente declinación de las mismas.

¿Cuáles puede mostrarse como las **variables más importantes** que explican la declinación de las grandes olas de la historia, pero también, y si se prefiere, el colapso de los imperios? A nuestro juicio, corresponde destacar por lo menos las siguientes:

- a) las guerras y en general los *conflictos internacionales*;
- b) la mayor o menor *vulnerabilidad frente a la naturaleza*;
- c) el *uso ineficiente de los recursos* de que se dispone, y;
- d) la concentración de la riqueza, la violencia utilizada para obtenerla y las contradicciones que todo ello genera, tanto en el seno del pueblo hegemónico como en la relación entre el centro hegemónico y los pueblos conquistados.

a) Las guerras

En relación con este primer factor es importante destacar que, en ningún caso, los pueblos hegemónicos que se constituyeron en el centro de una ola perdieron su condición de tales a consecuencia de una **guerra de carácter decisivo** –como ocurrió por ejemplo con el imperio que pretendió erigir la Alemania nazi–.

Dicho en otros términos, en las grandes olas de Occidente, no se ha presentado nunca la circunstancia de que un pueblo o un imperio derroten militarmente a otro, e inmediatamente después pasen a **controlar el territorio que éste dominaba**. Ello en efecto no ocurrió en el tránsito de Mesopotamia a Egipto, ni en el de Egipto a Creta. Tampoco en el caso de la transición de Grecia a Roma, ni de ésta al Imperio Carolingio. Y por cierto tampoco en el tránsito de la hegemonía de España–Alemania–Inglaterra a la de Estados Unidos.

Acción de zapa de los vecinos

Sí es verdad, en cambio, que las guerras han cumplido una función de zapa, de sabotaje, de **deterioro y debilitamiento** de las fuerzas militares, económicas y sociales nucleadas en torno a los gobernantes que dominaban en la cresta de una ola.

En las guerras, como se sabe, no sólo se destruyen materiales e instalaciones militares, cuya financiación ha representado –y representa– siempre un gran sacrificio económico para los pueblos. Junto con ellas se pierden además valiosísimos contingentes humanos. Así, durante un largo período de la historia europea, las guerras ocasionaban que la **población masculina llegara a ser hasta un 30% menor** que la población femenina. Y, sorprendentemente, el mismo costo social habrían tenido las guerras en los Andes, en el período pre–hispanico ¹⁴².

Las guerras representan además la destrucción de viviendas, pueblos y ciudades enteras, infraestructura vial e infraestructura productiva, etc., todo lo cual representa enormes pérdidas que –si pueden– los pueblos tienen que volver a construir. Y, en las épocas de paz, la siempre angustiante amenaza de las guerras supone que los pueblos deben destinar ingentes recursos en armas e instalaciones de defensa. Agréguese a todo ello que, en el caso de los pueblos hegemónicos, éstos, además, para ampliar y

142 Klauer, *Tahuantinsuyo*, ..., p. 81.

mantener su hegemonía, destinan **enormes cantidades de recursos económicos** para financiar sus campañas de agresión a sus dominios o, como en la actualidad, para solventar su posición de vanguardia tecnológico–militar, de gendarme mundial, vanguardia lúcida de la democracia, o como quiera llamársele o se autotitule.

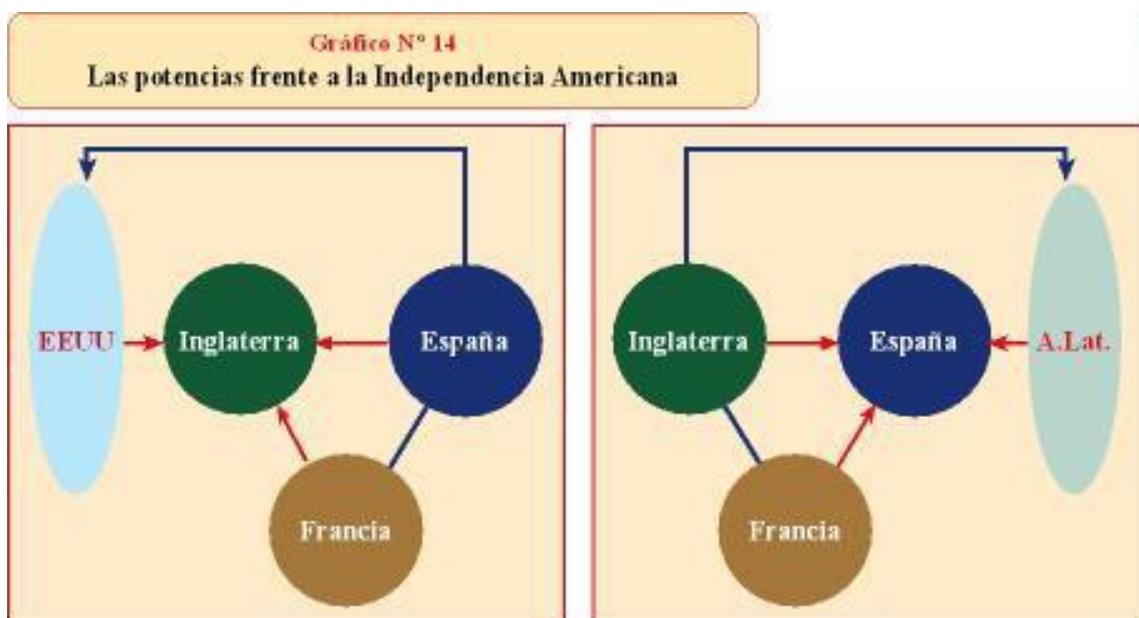
Revisemos brevemente la presencia de las guerras en algunas de las grandes olas de Occidente. **Grecia**, como se sabe, alcanzó el esplendor –es decir, la cima de la ola– en el siglo V aC. Fue, como se lo denomina, el Siglo de Oro, o, también, el Siglo de Pericles. No obstante, desde el siglo anterior, el Imperio Persa de Darío –también llamado Imperio Aqueménida–, tenía arrebatadas a Grecia varias islas del mar Egeo. Es decir, los *persas* habían llegado a golpear las barbas de los generales helenos. Así terminarían desatándose las llamadas **Guerras Médicas**: los *persas* ganaron la batalla de las Termópilas y los griegos las de Maratón, Platea y Salamina. No fueron los afamados soldados espartanos, sino los atenienses, quienes lideraron la lucha contra los persas. Fueron once años de cruentos y costosísimos enfrentamientos.

Cincuenta años más tarde, terminando ya el siglo V, los griegos se enfrentaron en una cruenta guerra civil que duró nada menos que 30 años: la **Guerra del Peloponeso**. Esta vez, los militares espartanos derrotaron a los héroes griegos. En las primeras décadas del siglo siguiente, **Alejandro Magno**, un macedonio–griego que había sido educado por Aristóteles, logró controlar el poder en Grecia no sin antes reprimir duramente a sus adversarios. Finalmente, lanzó a los ejércitos griegos por el norte de África hasta Egipto y por el Asia hasta la India. Fue una de las campañas militares más extensas y costosas de que se tenga memoria en la historia de la humanidad y de la que Grecia no obtuvo ningún beneficio. Esa catástrofe es quizá sólo comparable con la de Napoleón en Rusia o como la que finalmente sufrieron los ejércitos de la Alemania nazi. Exhausta Grecia, en el siglo siguiente, los generales del naciente Imperio Romano no necesitaron ninguna memorable batalla para apoderarse íntegramente del territorio griego, cuando Grecia no era ya sino la sombra de lo que había sido dos siglos antes. Las guerras, pues, qué duda cabe, contribuyeron decididamente a liquidar al Imperio Griego.

En cuanto al **Imperio Romano** se refiere, los persas una vez más jugarían un rol de importancia. En efecto, en el siglo III dC, pero ya como **Imperio Sasánida**, atacaron sistemáticamente a los ejércitos romanos acantonados en el este del territorio imperial, invadieron Siria –que formaba parte del Imperio Romano–, derrotaron y capturaron al emperador Valeriano, y saquearon Antioquia, la tercera ciudad en importancia del imperio. Los estragos causados fueron pues múltiples y costosos. Por su lado, y en el mismo período, los mal denominados “**pueblos bárbaros**” asolaron el territorio imperial, en indudable alianza con sus connacionales que desde siglos atrás formaban parte de la población del imperio. En la hora postrera, correspondería a los *hunos* constituirse, durante 80 años, en azote del imperio: habían llegado en impresionante número desde la remotísima Mongolia y asolaron miles de kilómetros cuadrados de los mismos territorios que Julio César creyó haber conquistado para siempre en favor de Roma.

Muchos siglos más tarde **Francia y España** jugaron un rol decisivo en la pérdida de la hegemonía de **Inglaterra**. En efecto, en la **independencia de Estados Unidos** –que constituyó sin duda una pérdida gigantesca para los intereses sajones– jugaron un rol destacado los aliados de Estados Unidos –y enemigos de Inglaterra: Francia y España. Y, en revancha, Inglaterra, aliada con la misma Francia que había sido su enemiga en la

independencia de Estados Unidos en 1776, jugaron un papel destacadísimo contra España en la **independencia de los pueblos centro y sudamericanos**. A la postre, el comportamiento de las potencias respecto de sus propios intereses y la independencia americana, puede quedar esquematizado como lo presentamos en el **Gráfico N° 14**.



Alianzas estratégicas

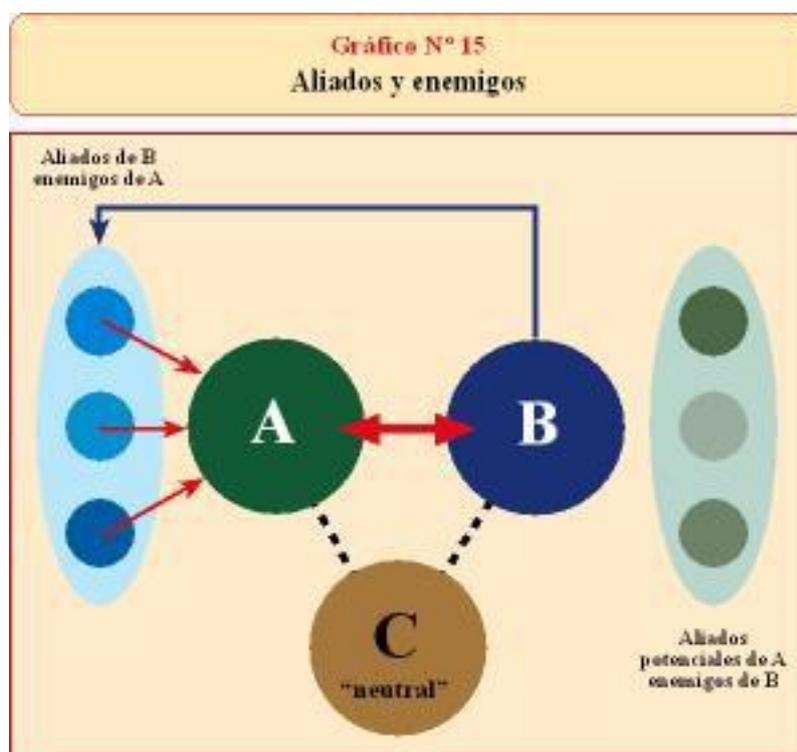
Pero, aún a riesgo de caer en obviedad, debe explicitarse que en las relaciones internacionales, desde muchísimo tiempo atrás, se aplica la política de que los **“enemigos de mis enemigos son mis amigos”** (y todas sus variantes). Mal podría extrañarnos que esa política la hayan estrenado *egipcios* y *mesopotamios*. En general, gráficamente, esa política puede presentarse como lo hacemos en el **Gráfico N° 15** (en la página siguiente).

Los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, para citar un ejemplo evidente y reciente, son particularmente aleccionadores a este respecto. Si ubicamos –en la gráfica– a Europa Occidental y Estados Unidos como “A”, y a Alemania como “B”; la Unión Soviética, a la derecha y “enemiga” de Alemania, tenía que ser objeto de una **“alianza táctica”** con Europa y Estados Unidos; con en efecto se dio. Y Japón, a la izquierda y “rival fronterizo” de Estados Unidos, tenía que ser “aliado táctico” de Alemania; y también lo fue.

En el primer caso la **“alianza estratégica”** estaba dada entre Europa y Estados Unidos, con muchos intereses en comunes entre sí y virtualmente ninguna diferencia ideológica. Fue táctica en cambio la alianza de aquéllos con la URSS, porque grandes diferencias y contradicciones ideológicas los separaban. La posterior Guerra Fría lo pondría en evidencia.

Pero antes, y entrando en algunos detalles, las que a la postre serían las guerras de independencia americana, desde Estados Unidos hasta Chile, se dieron –como está dicho–, en el contexto del enfrentamiento entre las grandes potencias de la época:

[España](#), [Inglaterra](#) y [Francia](#). Además de las guerras en las que mutuamente se enfrentaron, desde el reinado de Isabel I, con el apoyo directo del gobierno inglés, o con su complaciente anuencia, piratas y corsarios, socavaron desde el mismo siglo XVI la economía española, asaltando a cientos de galeones que transportaban el oro y la plata de América Meridional hacia Cádiz. Bien puede decirse que Walter Raleigh, Spielberg, Francis Drake, sus secuaces y otros muchos, fueron los terroristas internacionales de la época, pero al servicio de la causa e intereses de Inglaterra –y otras potencias–.



A fines del siglo XVIII, frente a la lucha de [independencia de las 13 Colonias de Norteamérica](#) en 1776, España tuvo la ocasión de vengarse del centenario sabotaje inglés contra sus intereses imperiales. El [Imperio Español](#), en efecto, proporcionó al ejército norteamericano alimentos, armamentos, vestimenta, medicinas y hasta dinero “con tal de lograr la expulsión de las tropas inglesas”, como lo expresa el historiador puertorriqueño Héctor Díaz. Más aún, a pedido del rey Carlos III, se logró llevar a los campos de Baton Rouge, para apoyar a las huestes lideradas por Washington, “un ejército de siete mil hombres llegados de Cuba, México, República Dominicana, Puerto Rico, Haití, Venezuela y La Florida –que por entonces era posesión española–¹⁴³. Y por su parte, soldados y generales de [Francia](#) –La Fayette, Rochambeau y muchos otros– estuvieron también en los campos de batalla de la costa atlántica norteamericana, luchando contra los ejércitos del Imperio Inglés.

La experiencia de las potencias, entre las que se encontraba ella misma, le permitía a [España](#) saber pues de la inminente amenaza de una [guerra anunciada](#). En 1783, en efecto, el embajador de España en París, el conde de Aranda, escribió a su rey:

¹⁴³ Héctor Díaz, en Manuel Vivanco, *Un pasaje poco conocido en la historia de EE.UU.*, “El Comercio”, Lima, 8–1–98, p. B3.

...virreyes y gobernadores que la mayor parte van con el (...) objeto de enriquecerse; las injusticias (...); la distancia (...) del tribunal supremo donde han de acudir a exponer sus quejas; los años que se pasan sin obtener resolución, éstas y otras circunstancias contribuyen a que aquellos naturales no estén contentos y aspiren a la independencia, siempre que se les presente ocasión favorable”¹⁴⁴.

Pero el embajador en Francia no fue el único y privilegiado visionario. Campomanes, Floridablanca, y Ábalos, advirtieron también a Carlos III –como anota María Luisa Laviana– “lo que todos consideraban inevitable: la pérdida de las colonias”¹⁴⁵, que, para esas mismas lúcidas inteligencias, sin duda acarrearía gravísimas y nefastas consecuencias para España, ciertamente.

Y dos décadas después de la advertencia del embajador español en París, la **invasión de Francia a España**, generó pues la más favorable de todas las condiciones posibles para la independencia centro y sudamericana. La invasión napoleónica debilitó enormemente el poder central español –a la sazón ya en manos de Carlos IV y de su hijo Fernando VII–, agravó aún más la crítica economía española, e interrumpió abruptamente los lazos y fluida comunicación que se mantenía con las colonias.

En el contexto del enfrentamiento entre España y Francia, el **Imperio Inglés** logró obtener enormes ventajas, además de inmejorables condiciones para el desquite contra el Imperio Español. Se convirtió, entonces, junto con Francia, en el principal aliado de los pueblos americanos que a la sazón pugnaban por emanciparse de España.

Los **británicos** **proveyeron de armas y oficiales** a los ejércitos libertadores latinoamericanos y formaron y entrenaron a casi todos los más importantes “cuadros” de la revolución latinoamericana del siglo XIX. Militares y marinos ingleses estuvieron presentes al lado de San Martín y Bolívar: un almirante inglés dirigió la flota que transportó a los ejércitos de San Martín hasta desembarcar en Paracas, al sur de Lima; y un militar irlandés fue el asistente personal de Simón Bolívar por los campos militares de gran parte de América del Sur. Tampoco fue una simple casualidad que, décadas después, fuera un **almirante francés** el que impidió que la escuadra española recuperara, a través del Perú, todos o algunos de los territorios que había perdido. Mal haríamos en creer que La Fayette, Rochambeau, Guise, O’leary¹⁴⁶ y Petit Thouars fueron sólo los románticos precursores de una gesta como la que, en el siglo XX, pretendió llevar a cabo el Che Guevara; gesta que a su vez, a fines del siglo XIX, durante la guerra de independencia de Cuba, había realizado un peruano: Leoncio Prado.

Reacomodos estratégicos

La política, y en particular la política internacional, tiene de todo, menos de estática. Ciertamente, como las circunstancias cambian –también más allá de la voluntad de los hombres, que incluso muchas veces aparecen o se muestran como sus “protagonistas”–, la actuación política también cambia, adecuándose a las nuevas circunstancias. Se producen entonces esos **reacomodos tácticos y estratégicos** que

¹⁴⁴ Laviana, **La América española**,..., p. 122.

¹⁴⁵ Laviana, **La América española**,..., p. 122.

¹⁴⁶ Gabriel García Márquez, en **El otoño del patriarca**, hace un extraordinario retrato del irlandés O’leary.

siempre han sido el asombro de los “no protagonistas”, es decir, de los alelados hombres que veían pasar la historia bajo su balcón.

Así, en esos reacomodos tácticos y estratégicos, y retrotrayéndonos al [Gráfico N° 15](#), el pueblo “C” que aparece como neutral, pasa –por condiciones “x” o “z”– a constituirse –dada su ubicación geográfica– en “enemigo” de “A” y de “B”. Éstos, antaño “enemigos”, se ven obligados a convertirse en “aliados” –tácticos; aliados sólo y en tanto se prolongue la “amenaza” común–. La historia de las conquistas romanas –según claramente lo deja entrever Julio César–, y la historia de Europa en general, son riquísimas en estos [reacomodos que a los ojos del hombre de la calle parecen desvergonzados](#). ¿Quién no recuerda las inacabables correrías de los cancilleres que –sin y con sotana– pugnaban para concretar con sus enemigos declarados, alianzas que les permitieran sortear con éxito las amenazas virtuales o concretas de un “ex-aliado”? Y rememorando una vez más los sucesos de la Segunda Gran Guerra, ¿no resultaba sorprendente que Europa y Estados Unidos, enemigos declarados de la Rusia Socialista, se aliaran con ella para enfrentar al nazismo, el enemigo común?

Pero hay todavía [virajes más sorprendivos por lo “sutiles” que son](#). Ayer nomás, ¿no fue “sorprendente” que Estados Unidos, aliado con Argentina a través del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca –TIAR–, terminara convertido en enemigo suyo en la Guerra de las Malvinas contra Inglaterra? Si embarcarse a la guerra fue un incalificable error de apreciación estratégica del comando militar argentino; la actuación norteamericana fue, en lenguaje riguroso y castizo, una “traición” a los postulados del TIAR.

¿Cómo se explican estas idas y venidas de la política internacional? ¿Tienen explicación estos [aparentes contrasentidos](#)? ¿Son producto de la irracionalidad de los gobernantes, como más de una vez con superficialidad se ha sugerido? ¿Es que, como también se cree, la gente “tiene derecho a cambiar y por consiguiente cambiar de opinión”, tratando ahora como enemigos a los que ayer trató como amigos?

Hay una razón, una y suficiente, para explicar esos grotescos vaivenes: los [intereses](#), es decir, las conveniencias que tiene en juego cada uno de los protagonistas. Egoísmo –egoísmo pragmático y explicable–, simple y llanamente eso: si hoy a “O” le conviene ser amigo de “M”, será su amigo. Pero si mañana le conviene ser su enemigo, será su enemigo, sin falsos pudores (aunque muchas veces –con buenos pretextos– se disimula bien el interés egoísta, la verdadera razón del endiablado giro o, si se prefiere, de la “traición”).

Pero para el ejemplo anteriormente expuesto, hay pues un aspecto de los intereses sobre el que hay que poner énfasis. En la [Guerra de Las Malvinas, Estados Unidos](#) tuvo frente a sí a Inglaterra, aliada suya dentro del TIAR, y a Inglaterra, aliada suya dentro de la OTAN. Una opción era sin duda permanecer al margen del conflicto. Y bien pudo hacerlo porque las fuerzas militares británicas invariablemente superarían a las argentinas. Mas dentro del conjunto de sus intereses, los de Estados Unidos respecto de Argentina eran –son– [intereses secundarios](#) en relación con los [intereses fundamentales](#) que lo unen con Inglaterra. Éstos pues tenían necesariamente que prevalecer. Pero no sólo ello, sino que, de cara al mundo, había necesidad de actuar para dar una clara e inequívoca señal a cualquier país que pretendiera reivindicar razones como las que esgrimió Argentina.

Pero ni el hecho de que, burda y descaradamente se haya hecho prevalecer los intereses, ni los más espectaculares y vergonzosos reacomodos estratégicos, ni las más lúcidas e inteligentes alianzas estratégicas, han podido impedir que las [guerras minaran siempre el poder de los pueblos hegemónicos](#), contribuyendo así a crear las condiciones para la declinación de una ola y el surgimiento de la siguiente. A ese respecto, sin embargo, la historiografía tradicional, penosamente, ha cargado todas sus tintas en los aspectos épicos y novelescos de las confrontaciones, dejando prácticamente de lado los asuntos más importantes: las trascendentes consecuencias sociales, económicas, políticas y materiales de las guerras, incluyendo por cierto las que afectan a quienes formalmente las ganan.

Desde fines de marzo del 2003, por ejemplo, la humanidad ha asistido atónita a la unilateral agresión militar de Estados Unidos e Inglaterra contra Irak. Militarmente, la guerra sin duda habrán de ganarla el imperio hegemónico y su principal aliado. Será, no obstante, un [triunfo pírrico](#). Porque las consecuencias que Estados Unidos, principalmente, pero también Inglaterra, tendrán que soportar posteriormente son previsiblemente inmensas.

Veamos sólo algunas de las más importantes: a) el [descrédito](#) de la potencia habrá llegado a niveles inimaginables, todos sus actos y políticas serán objeto de abierta suspicacia y desconfianza; b) el pueblo español, opuesto a la guerra, difícilmente perdonará que su gobierno, colocándose como vergonzoso furgón de cola de la potencia hegemónica, lo haya colocado en posición tan ridícula y, en represalia, adoptará una [política anti-norteamericana más abierta y militante](#) que antes; c) los pueblos y gobiernos de Francia y Alemania, difícilmente superarán el desaire de haber sido abiertamente [tratados como sujetos de segunda clase](#); d) China y Rusia agudizarán sus [precauciones](#) militares y de todo orden; e) parte importante del pueblo estadounidense (30 % no es poca cosa y menos incluyendo allí a gravitantes líderes de opinión en diversos círculos), asumirá una cada vez más [militante política anti-belicista](#) y anti-imperialista; f) la industria militar estadounidense, por el contrario, grandemente oxigenada en su economía, quedará [drogada de éxito](#) y exigirá mantener la política belicista; g) el mundo islámico difícilmente perdonará, ni en décadas enteras, la brutal agresión, de su seno surgirán innumerables y cruentas formas de [represalia](#); h) la Comunidad Europea en su conjunto (con grave conflicto de intereses para Inglaterra), pronto habrá de reparar –como también ocurrirá con Japón– que sus [intereses se distancian cada vez más de los de Estados Unidos](#), y arreciará pues un clima conflictivamente creciente, y, para terminar, aunque en un listado que no puede considerarse completo; i) los pueblos del “patrio trasero” de Estados Unidos exigirán cada vez más a sus gobiernos [tomar mayor distancia y adquirir mayor independencia](#) política y económica respecto de la desprestigiada e incómoda potencia hegemónica.

En síntesis, cada vez más aislado, cada vez con menos simpatías, cada vez con enemigos más decididos, sin eliminar ninguna de las amenazas que dieron origen a la guerra, el poder hegemónico norteamericano ingresa sin vuelta a una vorágine de enfrentamientos en la que ganará muchas batallas, pero, como los generales y emperadores romanos, [terminará por perder la guerra](#).

b) Vulnerabilidad frente a la naturaleza

La naturaleza por su parte, así como prodigó recursos –y en algunos casos hasta condiciones de excepcional ventaja– a algunos pueblos, facilitándoles su conversión en hegemónicos, también los habría azotado y **precipitado al colapso**. Por su importancia – y aunque un poco tardíamente a decir verdad–, este asunto viene siendo objeto de preocupado estudio por parte de muchos investigadores –como ya se anticipó anteriormente–.

Pues bien, nada menos que **Mesopotamia**, la primera gran ola de civilización de Occidente, parece haber sucumbido en el contexto de una inusual y grave sequía, que le habría asestado el definitivo golpe de gracia. Sobre la base de indicios razonables, desde hace años científicos de la Universidad de Yale están tratando de probar esa hipótesis.

Por su parte, dos referencias de Herodoto podrían dar pie para investigar también una eventual intervención de la naturaleza en la caída del denominado Imperio Antiguo, en **Egipto**, que se habría visto afectado por un sensible descenso en el nivel de las aguas del Nilo a consecuencia de una prolongada sequía en las nacientes del mismo. El historiador griego en efecto dice que los reinados de Kheops y de su hermano Khefrén fueron “ciento seis años durante los cuales los egipcios vivieron en total miseria”. Pero inmediatamente antes refiere que la pirámide de Khefrén no “tiene cámaras subterráneas, *ni llega a ella un canal desde el Nilo*, como a la de Kheops...”¹⁴⁷. Quizá pues la disminución del caudal del Nilo –y de las áreas que anualmente sedimenta–, podría explicar tanto la miseria como el hecho de que no se tendiera un canal hacia la pirámide.

En torno al **Imperio Romano**, San Cipriano, Obispo de Cartago, contemporáneo de la debacle del poder hegemónico, escribió en el siglo III dC, en torno a la disminución notable de la población del imperio, advirtiendo además el papel que las pestes y las guerras jugaban en ello. Pero, muy significativamente, agregó asimismo: “*El invierno ya no tiene bastante lluvia...*”¹⁴⁸. ¿Resulta muy difícil deducir que con esa expresión San Cipriano estaba hablando de una sequía que indudablemente generaba gran desabastecimiento y en consecuencia hambruna, pero asimismo inflación? ¿O puede considerarse una simple casualidad el hecho de que una medida de trigo que en el siglo I dC costaba 6 dracmas, en el 276 dC había pasado a costar 200 dracmas, y sesenta años más tarde nada menos que 2 millones–como da cuenta el propio Barraclough¹⁴⁹–?

En el territorio andino, a su vez, el arqueólogo norteamericano Allan Kolata, de la Universidad de Harvard, ha mostrado que estudios del lecho del lago Titicaca muestran en efecto que el colapso de **Tiahuanaco** coincide también en el tiempo con evidencias de una grave y prolongada sequía¹⁵⁰.

Por lo demás, y siempre en el territorio andino, nunca han sido bien explicadas las razones del colapso de **Nazca** y **Moche**, en la costa sur y norte del Perú, respectivamente, y que habrían ocurrido en un período ligeramente posterior al colapso de Tiahuanaco.

147 Herodoto, **Los nueve libros...**, p. 119. La cursiva es nuestra.

148 López, **El nacimiento...**, subtítulo en la p. 29.

149 Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 68.

150 Alan Kolata, Universidad de Yale. En *Arqueología*, Discovery Channel, octubre, 1997.

Pero parece que en simultaneidad con Nazca y Moche habrían colapsado el Viejo Imperio Maya, en la península de Yucatán, y la civilización que en la meseta central de México erigió las gigantescas pirámides de Teotihuacán. Dos datos complementarios resultan muy significativos a este respecto. El Nuevo Imperio Maya, a partir del siglo X, se levantó al este del que lo precedió. Es decir, los habitantes del Viejo Imperio Maya se habrían desplazado en dirección al Atlántico, alejándose del territorio en crisis. Y otro tanto parece haber ocurrido en el caso del Imperio Azteca. A más de cien kilómetros de Teotihuacán, también hacia el este, han sido encontradas pinturas que ilustran los incendios (forestales y de secos campos de cultivo) que se habrían producido en torno a la gran ciudad y producto de una aguda y dilatada sequía.

Sorprendentemente, algo más al norte, en el mismo período, sucumbió el pueblo Azanasi, que levantó magníficas construcciones de piedra en el cañón del Chaco (Nuevo México, Estados Unidos). Y por último, también en el mismo período, pero al otro extremo del Pacífico, sucumbió la cultura Khmer, en la Camboya de hoy.



Todas, pues, como se aprecia en el Gráfico N° 16, en las inmediaciones del océano Pacífico. Por lo que hoy se conoce del Fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur (en su versión “La Niña”), los pueblos del área oriental del Pacífico, en América, habrían sufrido una gravísima y larga sequía, y los de la vertiente occidental, en Oceanía y Asia, por el contrario catastróficas inundaciones. Quizá en el futuro se demuestre que, eventualmente, el fenómeno afectó también a Japón, Corea, Vietnam, Tailandia, Filipinas y el este de Australia. En todo caso, por la extraordinaria magnitud geográfica y las enormes repercusiones que habría tenido el fenómeno, la hipótesis

merece ser sometida a estudio y confrontación con el concurso de las modernas tecnologías de que hoy se dispone.

Mal podría extrañarnos que se encuentre evidencias de daños de la naturaleza a pueblos e imperios de África, Asia, Europa y América, siendo que, si hay alguna variable que no tiene fronteras, ésta es precisamente el clima. Y ya se cuenta con pruebas incontrastables de [fenómenos climáticos de gran magnitud](#) que afectan íntegramente a casi todo o todo el planeta.

Se sabe con certeza, por ejemplo, que desde 1230–1240 dC Europa atravesó por notables crisis climáticas que desembocaron hacia 1270 dC en una [“pequeña edad glacial”](#) ¹⁵¹, con consecuentes graves sequías. Y el gran Fenómeno océano atmosférico del Pacífico Sur que se puso de manifiesto en 1997 (en su versión “El Niño”) trajo como consecuencia, en un sentido, fuertes inundaciones en el norte de Perú, sur de Ecuador, el sureste de Brasil y Argentina, África oriental y en el oeste de Canadá y de Estados Unidos; y en otro, graves sequías en Australia, Indonesia, Filipinas, el Altiplano de Perú y Bolivia, el noreste de Brasil, Centroamérica y África central, afectando directa y drásticamente a 100 millones de personas ¹⁵².

Decíamos que, algo tardíamente, la Historia, con el concurso de otras ciencias, viene investigando el rol de la naturaleza en la debacle de algunas civilizaciones. ¿Hay pistas que nos conduzcan a [explicarnos la tardía reacción de la Historia](#), en un caso, y su todavía inacción, en el otro, siendo que uno y otro rol han sido asuntos tan gravitantes de la historia de los pueblos? Todo indica que sí, como pasaremos a ver.

Sobre cómo han tomado los historiadores el valioso dato proporcionado hace 2 500 años por [Herodoto](#), en torno a las pirámides de Kheops y Kefrén, poco podemos decir, salvo que la hipótesis de la caída del Viejo Imperio a consecuencia de una grave sequía no parece haberse estudiado hasta ahora.

Pero en torno al valioso dato que proporcionó San Cipriano en el siglo III dC, durante la agonía del Imperio Romano, sí hay mucho por decir. En efecto, Robert López, el propio historiador de la Universidad de Yale que lo reivindica, afirma: las declaraciones de San Cipriano “que *más ridículas* han parecido” fueron “el invierno ya no tiene bastante lluvia...” ¹⁵³.

¿Ridículas? Sí pues, así las tomaron, durante siglos, la inmensa mayoría de los historiadores. ¿Qué tenían de ridículas? ¿Resultaba muy difícil distinguir –insistimos en preguntar–, que en ellas San Cipriano estaba hablando de [una sequía](#) que indudablemente generaba hambruna? ¿Y que estaba advirtiendo con ello, hace más de mil seiscientos años, que la implacable e incontrolable mano de la naturaleza también jugaba un papel importantísimo en la historia de los pueblos y de los imperios?

San Cipriano, hablaba de Roma, es decir, del Imperio Romano. ¿Pero exactamente de qué y de cuándo –repetimos–? Pues de un *invierno sin lluvias*, y en *el*

151 En Gloria Cristina Flórez Dávila, *La Europa feudal: sociedades en expansión (1000–1270)*, en Calderón y otros, **Sociedad y cambio**..., p. 45. / En Klauer, **El fenómeno océano-atmosférico**..., p. 36.

152 Michele M. Betsill, *Información sobre ENOS y la Seguridad Alimenticia en Sur Africa: Las Sequías de 1991–92*, Environmental and Societal Impacts Group, National Center for Atmospheric Research, Boulder, Colorado, USA, INTERNET / En Klauer, **El fenómeno océano-atmosférico**..., p. 18.

153 López, **El nacimiento**..., subtítulo en la p. 29. La cursiva es nuestra.

siglo III. “El mundo romano –dice coincidiendo Barraclough, el principal autor del afamado *Atlas de la Historia Universal*– se sumió en una crisis en el siglo III”. Pero, acto seguido, Barraclough pasará a hablar de invasiones, deserciones, saqueos, pestes, inflación y, finalmente, de la decisión del emperador Diocleciano, en el año 284, de dividir en dos el imperio ¹⁵⁴. Es decir, **ni una palabra en relación con los drásticos cambios climáticos** que sí preocuparon al cronista y obispo San Cipriano, y que sin duda afectaron seriamente la economía del imperio y, lógicamente, mermaron la riqueza y el poder de que disponía el sector hegemónico.

Pero el historiador Robert López dice más, pues reconoce que, a menudo, han sido tratados como “**sospechosos**” –o, si se prefiere, dignos de poco crédito ¿o quizá hasta premeditadamente falsos e inventados?–, algunos “informes (...) de los cronistas acerca de inundaciones, sequías y hambres” ¹⁵⁵.

¿Qué habrá ocurrido –nos preguntamos– en el caso de los valiosos datos que – como se ha mostrado en capítulo anterior–, proporcionó hace siglos el cronista Pedro Cieza de León, y que ayudan a entender a cabalidad el espectacular caso de la civilización Tiahuanaco en el Altiplano de Perú y Bolivia? Puede pensarse, cuando menos, en tres posibilidades: (a) fueron también tratados como sospechosos, y dignos de poco crédito; (b) no se reparó en el valor de los datos, y; (c) puede atribuirse la desatención del dato al hecho de que muchos historiadores emprenden sus “investigaciones” **sin hipótesis**, esto es, con bases metodológicas muy endeblés, sin la búsqueda de una verdad por probar (o desechar). Como fuera, en ninguna de las tres posibilidades los historiadores tradicionales salen bien parados. En todo caso, tienen la palabra.

Y la tienen pues también para responder a esta otra que, fundamentalmente, tiene el mismo propósito: ¿en base a qué se ha **discriminado los datos** de los cronistas en “válidos”, unos –aquellos que reiteradamente han sido recogidos, muchos de los cuales, por su insignificante trascendencia, debieron ser más bien considerados como carentes de valor histórico; y en “sospechosos”, otros –muchos de los cuales, por el contrario, debieron merecer el crédito que indebidamente se dio a aquéllos?

Pues bien, retomando el asunto central, debe admitirse también como indiscutible que otros fenómenos naturales, como los **terremotos**, **maremotos**, huracanes, erupciones volcánicas, deshielos y aluviones, pero además las plagas y pestes concomitantes, contribuyen a minar la riqueza de los pueblos –y de los imperios, cuando los afecta–, obligándolos a restituir –cuando se puede– las pérdidas ocasionadas.

Como razonablemente se sospecha, gravísimas debieron ser por ejemplo las consecuencias de las **plagas** que afectaron durante las sequías (e inundaciones) a los Imperios de Mesopotamia, Egipto y Roma. Y no menos costosas fueron las pestes que asolaron a la Francia imperial de los Luises. Proporcionalmente menos grave, pero también costosa, debió resultar al Imperio Romano la **catástrofe volcánica** de Pompeya, ocurrida en el siglo I dC, es decir, cuando estaba más alto el nivel de la soberbia conquistadora del poder hegemónico.

154 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 68.

155 López, *El nacimiento*..., subtítulo en la p. 29.

A su turno, muy costosa resultó al Imperio Español la **tempestad** que, en 1588, hundió los 130 barcos de la “Armada Invencible”. Oficialmente costó 12 millones de ducados que –según nuestros cálculos de actualización –, equivalen a tanto como 24 000 millones de dólares de hoy ¹⁵⁶.

No debe pasarse por alto sin embargo que, salvo excepciones, como la de Pompeya, por ejemplo, ante la furia de la naturaleza **nunca no han sido similares las consecuencias** para el conjunto de cada pueblo. En efecto, siempre las han sufrido más quienes conformaban los sectores o estratos más pobres. Porque invariablemente siempre las élites dominantes han estado mejor guarecidas.

c) Uso ineficiente de los recursos

A diferencia de las guerras, para el caso de las víctimas, y de la vulnerabilidad frente a la naturaleza, para todos, en este nuevo factor sí ha estado **presente la voluntad humana** y, en particular, la de los dirigentes de los pueblos hegemónicos.

Cada vez que en la antigüedad un pueblo tuvo ante sí los excedentes generados en la campaña agrícola anterior, tenía –como ocurre también hoy– sólo dos alternativas, **gastar o invertir**. En un extremo, podía decidirse por gastarlo todo, por ejemplo en palacios, templos, festines o presupuesto bélico. En el otro, por invertir todo, por ejemplo en la construcción de caminos, sistemas de regadío, infraestructura urbana, sistemas de defensa contra los accidentes de la naturaleza, etc. Por cierto, las decisiones más complejas suponían destinar una porción del excedente a gasto y el complemento a inversión.

Pues bien, la constante histórica de las grandes olas imperiales –omnipresente y recurrente– ha sido la de destinar un **porcentaje significativamente más alto al gasto que a la inversión**. Ésta que era una decisión conciente y deliberada, tenía, sin embargo, nefastas consecuencias en el imprevisible largo plazo: empobrecía y descapitalizaba sistemáticamente al pueblo hegemónico, debilitándolo paulatina e inexorablemente.

Mas la Historia tradicional no ha reparado en ello, sino que, **con criterio estético pero no científico**, ha puesto toda la tinta en la belleza y magnificencia de los monumentos que con sus fotografías ilustran en abundancia los libros de Historia, ocupando el espacio que deberían ocupar datos y análisis relevantes de la historia.

A estos respectos, pues, la Historia tradicional tiene también una enorme responsabilidad en lo que a sus **graves omisiones** se refiere –mas hoy el cargo debe compartirlo con la Ingeniería y la Economía–. En efecto, se ha prestado una enorme atención a detalles que, sin ser anecdóticos, podrían resultar importantes siempre que se les use como insumos para cálculos y análisis ulteriores, que es precisamente lo que se ha omitido.

¿Cuánto por ejemplo representaron de gasto y no de inversión la Torre de Babel o los afamados Jardines Colgantes de Babilonia y los exquisitos palacios y decorados que aún hoy asombran, de todas las culturas e imperios de **Mesopotamia**?

156 Klauer, **Descubrimiento y Conquista...**, T. I, p. 63. / Esta cifra, a la luz de las que se difunde sobre el costo de la campaña de Estados Unidos contra Irak (2003), resulta pues francamente consistente.

¿No es patético constatar hoy –incluso a través de entretenidos y costosos documentales– el esfuerzo de insignes investigadores en probar las diversas técnicas que eventualmente habrían utilizado los egipcios para apilar los 2 millones de grandes y pesadas piedras con que fue construida la [Gran Pirámide](#)? ¿Pero nadie dice nada en torno al gigantesco costo que representaron ésa, otras muchas pirámides, el inmenso templo de Abu Simber y el resto de las descomunales construcciones y monumentos sembrados en las orillas del Nilo!

¿Cuánto representaron para la economía de [Creta](#) los gastos incurridos en la construcción del sofisticado y laberíntico palacio del rey Minos en Cnossos, las estatuas de piedra y las exuberantes pinturas que decoraban las paredes y el ostentoso gasto en joyas y vestidos con los que se imponía la moda en el Mediterráneo hace 35 siglos?

Para [Grecia](#), además del exagerado e improductivo derroche en la Acrópolis, en estadios, ágoras, cientos de templos en el continente y el archipiélago, miles y miles de estatuas de mármol, la “admirable personalidad de Alejandro Magno”¹⁵⁷ y su inmadura ambición de crear un “imperio universal” resultó, proporcionalmente, tan costosa y devastadora como las fracasadas y gigantescas campañas de Napoleón o Hitler.

Y como también hemos mostrado en otra ocasión¹⁵⁸, un magnífico ejemplo adicional de la omisión a la que venimos refiriéndonos, lo han proporcionado los arqueólogos italianos que, con el auxilio de las más modernas técnicas de diseño gráfico, pero tras costosa tarea, han recreado en imágenes virtuales de tercera dimensión [la esplendorosa Roma](#) de la cúspide del imperio. Mas se plantaron allí: en la versión arquitectónica. Que se sepa –no lo anunciaron, cuando bien pudieron hacerlo–, no han dado el único paso que faltaba: empezar a calcular cuánto costó ese portento. Ese valiosísimo dato actualizado –que para cuando se estime no dudamos que alcanzará cifras astronómicas–, habrá de contribuir a mostrarnos cuánto aportó al debilitamiento estructural del imperio la absoluta pero intrínseca proclividad al gasto (en detrimento de la inversión) de la élite hegemónica romana.

Para el caso de [España](#), sembrada también de palacios y templos, que no constituyen inversión sino gasto, reparemos por ejemplo en los tipos de razones que daban origen a inmensos derroches improductivos. Felipe II, después de asistir y dirigir a su ejército a la destrucción y saqueo de la ciudad de San Quintín en Bélgica, horrorizado por las matanzas y por “la destrucción de la capilla en la cual se conservaban [los restos de un santo]”, dibujó el plano y mandó construir en 1561 el fantástico [Escorial](#) –nada menos–¹⁵⁹. En alto precio autoestimaba su conciencia el rey, qué duda cabe. En cambio, cuando en otro momento se propuso la idea de que resultaría conveniente invertir en el valle del [Guadalquivir](#) –palabra *árabe* que significa “río grande”–, a fin de prolongar en longitud la navegabilidad del río, para abaratar y facilitar el transporte de personas y mercaderías, la Corona contestó¹⁶⁰:

...si Dios hubiera querido un río navegable, lo hubiera creado.

157 **Historia Universal 1**, Santillana, p. 109. En esos términos, efectivamente, se educa en Historia a millones de niños de Occidente.

158 Klauer, **El mundo pre-inca: los abismos del cóndor**, p. 153. Nuevahistoria, INTERNET, www.nuevahistoria.com

159 Klauer, **Descubrimiento y Conquista...**, T. I, p. 62.

160 Engel, **España, del Oriente...**, p. 225.

En Francia el esplendor de Versalles es poco menos que alucinante. Sea que se trate del palacio propiamente dicho, con cientos de habitaciones, algunas de lujo inaudito; o de los inmensos y exuberantes jardines que lo anteceden; o del Trianon –“el primer capricho real de Versalles”, construido primero con paredes decoradas con azulejos chinoscos “una fantasía que correspondía con el espíritu de juventud de Luis XIV”, y rehecho luego con paredes de mármol, porque había quedado “anticuado para el gusto” del mismo rey ¹⁶¹. ¿Cuánta inversión quedó desplazada exacerbando la pobreza por los caprichos enfermizos de esa élite, o de ese autócrata?

Para terminar, en relación con el mundo andino, por ejemplo, al estudiarse la cultura Chavín se dice que el Castillo Nuevo (o Templo Tardío) de Chavín de Huántar mide 75 por 72 metros con una altura de 13 metros; y que, para el caso de la cultura Moche, la Huaca del Sol tiene 136 metros de base y 48 de altura, que en su construcción habrían intervenido hasta 200 mil hombres que apilaron 50 millones de adobes. Pues bien, ¿no hay allí información mínima como para [calcular y estimar el costo actualizado de dichos monumentos](#)? ¿Por qué no se ha hecho? ¿Por qué pues no se ha dado ese paso que sí reportaría un dato relevante para probar (o desechar) la hipótesis de la gran proclividad al gasto por sobre la inversión de las élites hegemónicas? Y respecto de lo cual también corresponde preguntarse, ¿cuánto sacrificio costó a los pueblos andinos que la élite *inka* concentrara en el Cusco aquella riqueza improductiva que dejó boquiabiertos a los primeros conquistadores españoles que llegaron a la fantástica ciudad? ¿No es un buen indicio saber que sólo en el rescate del Inka Atahualpa (que a la postre no fue tal porque igual lo asesinaron), los conquistadores lograron reunir en piezas de oro y plata tanto como 7 200 millones de dólares de hoy ¹⁶²?

Pues bien, ¿puede sostenerse que la responsabilidad de priorizar el gasto sobre la inversión alcanzaba por igual a todos los miembros del pueblo o de la nación hegemónica? Ciertamente no. Tanto para el Viejo como para el Nuevo Mundos, nadie podrá sostener que entre la primera y la octava olas, han predominado los mecanismos democráticos de decisión, y particularmente en los imperios. Por el contrario, se trató más bien de [sociedades profundamente autocráticas](#) en las que las decisiones de conquista, o, para el caso que nos ocupa, de gasto / inversión las concentraba un reducidísimo grupo de la élite dominante o, en el extremo, una sola persona: el Sátrapa, el Faraón, el César, el Emperador, el Rey o el Inka.

Mal puede extrañarnos pues que, por ejemplo, cuando se trataba de decisiones de gasto, el poder autocrático decidiera emprender obras en las que el principal beneficiario fuera entonces él mismo: hermosas [sedes imperiales, palacios](#), grandes jardines y centros de recreo, templos, coliseos, monumentos autoalaborios (ya fuera como pirámides, columnas o como arcos), etc.

Siendo ello invariablemente así –y como la historia moderna lo sugiere para efectos retrospectivos, mediando pues todas las formas de [inescrupulosidad, corrupción e impunidad](#)–, ¿cómo extrañarnos entonces de que se fuera modelando también una deliberada, inacabable y nunca satisfecha concentración de la riqueza en manos de la élite hegemónica?

161 Versalles, www.chateauversailles.fr

162 Véase nuestros cálculos y razonamientos en Klauer, *Descubrimiento y Conquista...*, T I, p. 71



Gráfico N° 17 / Proclividad imperial al gasto improductivo ¹⁶³
¿Cuánto ha dejado de invertirse en los pueblos para concretar estas costosísimas fantasías, cuando no caprichos, de las élites imperiales?

163 Fuentes:

Torre de Babel

Pirámides

Abu Simbel

Laberinto y joyas de Creta

Coliseo Romano

Versalles

Escorial

Machu Picchu

www.artehistoria.com/historia/contextos/224.htm

www.antropos.galeon.com/html/piramides.htm

homepage.powerup.com.au/~ancient/abus.htm

vereda.saber.ula.ve/mirabilia/laberin.htm

www.culturageneral.net/arquitectura/arquitec/coliseo.htm

www.chateauversailles.fr/ES

www.cyberspain.com/passion/sanloren.htm

<http://iicieela.unsaac.edu.pe>

Cómo obviar, a este respecto, que algunos hombres en particular han jugado, en su propio imperio, una [acción de zapa tan o más nefasta que la del más poderoso de sus enemigos](#). Cayo César Augusto Germánico – Calígula –, el tercero de los emperadores (oficiales) del Imperio Romano fue “famoso por sus despilfarros, vanidad y extravagancias” ¹⁶⁴. Entre éstas –que con verdadera fruición destacan sobre todo algunos textos de Historia, y en particular los que están dirigidos hacia niños–, la más divulgada es aquella de que habría –porque hoy el dato está hoy en entredicho– mandado construir para su máspreciado caballo ¹⁶⁵ un establo de mármol con pesebre de marfil. A Nerón, el quinto de los emperadores romanos, el historiador romano Suetonio –tres décadas después de la muerte de aquél– le atribuye haber mandado incendiar gran parte de la Roma antigua, porque le desagradaba el mal gusto con que habían sido construidos muchos de sus edificios. Sin duda, el desaguisado de Nerón – que también hoy está en entredicho– habría resultado a la economía imperial muchísimo más costoso que los arrebatos zoolátricos de Calígula.

La concentración de la riqueza, sin embargo, no era un fenómeno estático e intrascendente, como en perspectiva de corto plazo siempre parece –por lo menos a quienes ciega y lujuriosamente se benefician de ella–. No, en el largo plazo, la concentración de la riqueza iba mostrando su dinamismo y sus [perversas y contraproducentes consecuencias](#) –que también han sido silenciadas en todos los idiomas en la Historia tradicional–: acres disputas al interior de la élite por obtener mayores fracciones del botín; desaforada ambición; corrupción generalizada, para obtener en los hechos aquello que no podía obtenerse “legalmente”; insatisfacción generalizada; rechazo y repulsa, masiva y creciente, contra la élite hegemónica; y sabotaje, revueltas y rebeliones que, en conjunto, y como es lógico concluir, contribuían significativamente al decrecimiento de los ímpetus de la ola, y a precipitar el colapso del imperio.

Penoso resulta constatar que los textos que con tanto deleite muestran esos detalles y episodios –destacándolos, “levantando la noticia” en el más amarillo estilo periodístico–, no hacen el más mínimo enjuiciamiento –crítico y pedagógico– de las nefastas consecuencias que la infinidad de absurdas acciones de gasto inútil que se dieron, tenían para el futuro de los imperios. En efecto, [ni el derroche en monumentos ni la dilapidación cortesana fueron deslices intrascendentes](#). ¿Por qué? Porque cada uno de los grandes jerarcas imperiales, como resulta obvio entender, era el centro de la atención de la población, pero, sobre todo, de los miembros de la numerosa élite que, conjuntamente él gobernaba. Las acciones de quien estaba en la cima del poder, pues, y como también es lógico deducir, eran imitadas, más o menos en razón directamente proporcional a la inescrupulosidad de cada protagonista. Así, en los siglos del imperio, la suma del despilfarro inicuo de cientos y miles de imitadores inescrupulosos debió sí alcanzar cifras astronómicas. En resumen, los maestros de la extravagancia irresponsable hicieron un gigantesco daño en cada uno de los imperios.

Al final, en todos los casos, sin excepción, hemos asistido al hecho incontrovertible de que ninguna de las élites hegemónicas tuvo [conciencia de cómo y por qué perdió la posta](#). Y de cómo y por qué se perdió el poder, la riqueza, la gloria y la vida. Muy probablemente muchos casos de ceguera e inconciencia han sido

164 **Historia Universal 1**, Santillana, p. 147.

165 Más vale reservar su nombre para textos que recojan frívolas anécdotas históricas; o para cuando se hable de animales famosos en la historia del hombre.

equivalentes, sirva entonces sólo como ilustración el caso de Francia. En efecto, mientras a todas luces se incubaba la que habría de ser la Revolución Francesa, la reina María Antonieta, obviamente con la anuencia del rey, pero con recursos públicos, encontrando que el decorado de Versalles le parecía “pasado de moda se decidió a renovar todo el mobiliario, sobre todo las telas de seda tejidas y bordadas con lilas y plumas de pavo real que decoraban la alcoba y la inmensa cama imperial”¹⁶⁶. Tenían pues perdida la cabeza que poco después perdieron del todo.

Ninguna de las élites imperiales llegó nunca a adquirir conciencia de cómo sus propios graves errores y desatinos contribuían, lenta pero sistemáticamente, a debilitar sus imperios. Y, en consecuencia, a minar su propio poder, cavando asimismo su propia tumba y la del imperio que gobernaban. Y es que el tiempo, a este respecto, juega un papel muy traicionero. Ciertamente, [cuando entre el efecto y las causas](#), esto es, entre el colapso y el derroche desmesurado, sistemático, insensato e inútil, [median siglos de distancia](#), no existe ya un solo testigo que pueda entablar la relación. Para colmo, la mayor parte de quienes posteriormente han revisado y analizado la historia, tampoco lo han hecho.

Debe no obstante advertirse que la registrada inconciencia no es un hecho natural, un suceso insalvable. Sino una vez más el resultado de una acción deliberada de la propia élite imperial. Porque, en efecto, siempre, en todas las sociedades, culturas, imperios o cualquier otro tipo de formación social, el poder de turno ha tenido detractores, entre los que también [siempre ha habido voces lúcidas que advertían de los peligros](#) del gobierno incensato. Invariablemente, sin embargo, el poder omnímodo se dio maña para neutralizar esas voces o acallar o acallarlas. Ya desde Grecia, y probablemente desde siempre, cuántos líderes de oposición han conocido el ostracismo –aunque algunos resultaban destierros dorados–, y cuántos otros fueron drásticamente silenciados con el criminal expediente de cegar sus vidas.

d) Resolución de contradicciones

Una vez más estamos en presencia de un concepto particularmente caro para la historia: [contradicción](#). En términos coloquiales se entiende usualmente por contradicción la “acción de ponerse en oposición con lo que se dijo o hizo antes”¹⁶⁷; como cuando un autor se dice y desdice en un mismo o distintos textos; o como cuando un acusado se contradice en sus argumentaciones. No es pues una definición relevante para lo que aquí nos ocupa.

Hay sin embargo en los diccionarios de la lengua otra definición que es en todo caso más pertinente para el análisis de los hechos de la historia, aquella que define “contradicción” como “[incompatibilidad de ciertas cosas](#)”, y para la que se pone como ejemplo: “dos caracteres en contradicción”¹⁶⁸.

166 Versalles, www.chateauversailles.fr

167 **Larousse Ilustrado...**, p. 268.

168 **Larousse Ilustrado...**, p. 268.

Relaciones contradictorias

En efecto, el primer tipo de contradicción relevante para la historia es el que se refiere a “incompatibilidad”, pero no pues de “dos caracteres” (individuales), sino entre “los intereses de dos colectividades”. Y es, para el tema que nos ocupa, la que se da entre los intereses del **pueblo imperial**, y los de los **pueblos conquistados** y sojuzgados.

¿Por qué es contradictoria la relación, en qué reside la incompatibilidad? En que en las decisiones políticas imperiales **en ningún caso quedan satisfechos ambos tipos de interés**. Pero más aún, prevalecen los intereses del pueblo hegemónico, a costa de los intereses de los pueblos conquistados. Es decir, el beneficio de aquél es a costa del perjuicio de éstos. ¿Puede ser eterna una relación de esa índole? No, o, en todo caso, la historia viene demostrando palmariamente que no. La explicación es relativamente sencilla.

En efecto, si se prolonga indefinidamente la relación contradictoria, los pueblos sojuzgados terminarían desapareciendo, por absoluta inanición. Si ello hipotéticamente llegara a darse, porque nunca se ha dado, no sólo terminaría allí la relación en tanto que desaparece una de las partes; sino que la superviviente dejaría automáticamente de ser el centro de un imperio porque habrían desaparecido las víctimas a las cuales sojuzgaba y con cuyos recursos se financiaba. Liquidada la fuente de enriquecimiento colapsa el poder imperial, como cuando muere el parásito al morir la víctima receptora. Ésta es, pues, y en esencia, la característica de toda **relación contradictoria**; es decir, **en sí misma está encerrado el germen de su propia destrucción**.

Pero –insistimos–, no ha ocurrido nunca que tras el exterminio de los pueblos conquistados termine también exánime el pueblo conquistador. Antes de que un extremo de esa naturaleza ocurriera, la **contradicción ha sido invariablemente resuelta de otro modo**. En efecto, en toda la larga historia de la humanidad, llevados los pueblos conquistados a situación límite, en defensa de su propia supervivencia, estallan contra el agresor. O, antes de llegar al límite, aprovechando circunstancias favorables (agresiones externas contra el imperio, catástrofes naturales, etc.), se alzan derrotando al poder hegemónico.

- **Contradicción principal**

En la relación “poder imperial +-+ pueblos sojuzgados”, los *intereses* en juego que incuban y desatan mayor contradicción son los que se refieren a la *vida*, la *religión*, el *idioma* y el *patrimonio material*. Todas las conquistas imperiales en la historia de la humanidad, y casi podríamos decir que hasta bien entrado en siglo XIX –aunque hoy también lo vemos en pleno siglo XXI–, han estado jalonadas por inauditos hechos de **violencia contra todos y cada uno de esos intereses de los pueblos conquistados**.

De **Mesopotamia**, por ejemplo, han quedado registrados muchos episodios de la crueldad casi inverosímil que pusieron en práctica los asirios con los pueblos que conquistaron. La violencia aplicada contra los esclavos en **Egipto** no fue menor. No otro fue el proceder de los **griegos**, que en todas sus conquistas, como refiere Herodoto, tomaban rehenes y miles de esclavos. Las **conquistas romanas**, está visto, fueron también despiadadas y sanguinarias. La **conquista europea de América**, y de grandes

territorios de [África y Asia](#), representó la muerte de millones de personas, la extracción de riquezas virtualmente incalculables, y una por igual cuantiosa destrucción de activos que había costado miles de años construir. Y, ya en nuestro tiempo, además de la larguísima lista de cargos de muy diverso género que puede hacerse al [imperialismo norteamericano](#), dejemos al estadounidense Milton Friedman, Premio Nobel de Economía de 1976, una última aseveración: “Nuestra política antidrogas ha provocado *miles de muertes y pérdidas fabulosas* en Colombia, Perú y México (...) [así como] la *pérdida de su soberanía* (...) y *corrupción generalizada*,...” ¹⁶⁹.

¿Por qué la oposición entre los intereses del conquistador y de los pueblos conquistados es la “[contradicción principal](#)” dentro de un imperio? Pues porque es la que surge de aquella relación “poder hegemónico +- pueblos sojuzgados”, que, siendo la que da origen al imperio, es entonces también la que encierra el germen de destrucción del mismo.

Ninguno de los pueblos sojuzgados, a pesar de los siglos que transcurrían –y más allá del ominoso silencio que a este respecto pone de manifiesto la historiografía tradicional–, [olvidó jamás los vejámenes](#) de que había sido objeto. Así, invariablemente, todos aquellos que en su momento pudieron tomar venganza la ejercitaron hasta destruir el imperio y, así, “resolver la contradicción”. En nuestros días, esa espada de Damocles de la venganza –iraquí y por extensión islámica–, se la repiten por doquier los críticos al presidente Bush y a los “halcones” que lo secundan.

En [Mesopotamia](#), la enorme ciudad de Nínive fue atrocemente saqueada, poniéndose de manifiesto una ferocidad demoníaca. Por su parte, Ciro, el rey persa, cuando por segunda vez derrotó a los babilonios, tras una largamente alimentada venganza, ordenó ejecutar el empalamiento de “hasta tres mil de los principales”, como indica Herodoto, que también registra que a las mujeres, con gran crueldad, se les cortaba los pechos ¹⁷⁰. La historia de la caída del [Imperio Romano](#) incluye el feroz saqueo y destrucción de la ciudad de Roma, venganza que ejecutaron los *visigodos* y los *vándalos*, pueblos estos que habían conquistado y desterrado los romanos de la península ibérica cuando empezó a formarse el imperio –como extensamente mostraremos más adelante–. El rodar de miles de cabezas durante la Revolución Francesa, o la suerte de los Romanov durante la Revolución Rusa, forman también parte de esos tenebrosos y oscuros desenlaces. En los [Andes](#), en Sudamérica, dos mil y quinientos años antes del primer viaje de Colón, dos imperios fueron igualmente objeto de despiadada venganza por parte de los pueblos que habían dominado: Chavín y Wari.

El común denominador es pues asombroso. En todos los casos –ha dicho Toynbee–, la “[explosión de ferocidad \[de los oprimidos ha sobrepasado\]](#) a la crueldad a sangre fría de sus opresores y explotadores” ¹⁷¹. Sin duda, la suerte de los poderes imperiales inglés y español, en los albores del siglo XIX, habría sido muy similar, si ellos y sus colonias hubieran ocupado espacios limítrofes, como había ocurrido en todos los casos anteriormente señalados. Madrid y Londres, pues, fueron providencialmente salvadas por el océano. En forma equivalente, en 1531, el Cusco del Imperio Inka quedó a “salvo” porque antes de que se resolviera la contradicción principal aparecieron en escena los conquistadores españoles.

169 Milton Friedman, *Drogas: ¿una guerra injusta?*, en “El Comercio”, Lima, 12–2–98, p. 2.

170 Herodoto, *Los nueve libros*..., p. 172 y p. 215.

171 Arnold Toynbee, *Estudio de la historia*, Compendio de D.C. Somerwell, Alianza Editorial, Madrid, 5ª edic., 1981, Tomo II, p 37.

Es absurdo y profundamente dañino –porque es alienante y engañoso–, que la historiografía tradicional más difundida siga mostrando tanta displicente indiferencia frente a los dramáticos acontecimientos que han estado presentes en el colapso final de los imperios, y frente a la no menos grave conclusión a la que arriba el gran historiador inglés. Resulta inaudito que, reunidas esas evidencias, no se les haya sopesado cabalmente, y, más aún, se les siga presentando como hechos aislados y accidentales, cuando no anecdóticos. Por lo demás, desde el punto de vista científico, resulta inaceptable que la historiografía persista en el [error de no establecer relación de causa–efecto](#) entre el violento sojuzgamiento que sufrieron los pueblos conquistados y esas feroces acciones de venganza y represalia.

Nadie como quienes tienen en sus manos las riendas del imperio más poderoso de nuestros tiempos debería preocuparse tanto por estas [graves lecciones de la historia](#). El odio y los afanes de venganza laten en los corazones de los pueblos durante siglos. Aunque cierto es, sin embargo, que las formas en que hoy puede manifestarse ese odio y ese espíritu de venganza difieren drásticamente de los de la antigüedad –asumiendo que el inaudito y descomunal atentado del 11 de setiembre, o un equivalente, no se dé más, aunque seriamente se teme lo contrario–. Pero incluso si se expresan en el tono de estos tiempos, serán proporcionales al daño que subjetivamente sienten haber recibido quienes –directa o indirectamente– se reclamen víctimas de formas más o menos cruentas y más o menos dañinas de dominación y hegemonía.

Y, aunque implícitamente ha quedado dicho en el recuento realizado, vale la pena poner en evidencia otro aspecto de la cuestión. La venganza, esto es, la venganza sistemática, como es obvio, no se ha ejercido nunca cuando los imperios estaban en la cúspide de su poder, cuando podían neutralizarla o eliminarla. No. La venganza definitiva de los pueblos siempre se ha [puesto de manifiesto cuando los imperios estaban ya heridos de muerte](#). En ausencia de alternativa, paciente y resignadamente los pueblos dominados han esperado la hora oportuna. Hoy, silenciosa y soterradamente –aunque en algunas ocasiones con visibles manifestaciones de violencia–, y reeditándose esa constante que se ha registrado en la historia –y como al final se verá–, los pueblos del Sur también están esperando la hora oportuna.

- **Contradicciones secundarias**

Pero a la contradicción principal –en singular–, que se desata al interior de un imperio, debe sumarse otras que también se dan: las contradicciones secundarias –en plural–. Y resultan en contradicciones secundarias porque se desatan como [consecuencia de la existencia del imperio](#); en tanto que la principal, como se ha visto, se desata como consecuencia de la *formación* del imperio.

Casi sin excepción siempre se han dado, simultáneamente, aunque no siempre con el mismo peso y los mismos estragos, varios tipos de contradicciones secundarias. Entre ellas se cuenta la que surge de la [oposición de intereses al interior de la élite del propio pueblo hegemónico](#). Ése fue por ejemplo el caso de la guerra civil entre Artajerjes II y su hermano Ciro, en el 404 aC, por la hegemonía del Imperio Persa. O el que, casi en la misma fecha, se dio entre atenienses y espartanos en la guerra del Peloponeso, por la hegemonía en Grecia, pero también los numerosos enfrentamientos anteriores y posteriores que han quedado registrados de la historia griega. O el que se puso de manifiesto en las rebeliones de Tiberio y Cayo Graco, durante la llamada

República Romana, en el 133 y el 121 aC, respectivamente; y el de la guerra civil que, en el 31 aC, enfrentó a Octavio, Marco Antonio y Lépido, y de la que, pero con el nombre de Augusto, surgió oficialmente el primero de ellos como el primer emperador romano. Y como esos muchísimos pues de otros casos, entre los que no es menos célebre el que enfrentó a Huáscar y su hermano Atahualpa por la hegemonía del Imperio Inka.

Otra contradicción secundaria importante, aunque algunas veces juega un rol decisivo, es la que tiene lugar como consecuencia de la oposición de intereses [entre la potencia hegemónica y sus vecinos](#) más importantes, y/o las potencias rivales, cuando las hay. Mas sobre esto hemos hecho ya un largo recuento. Pero de cara al futuro puede preverse, principalmente, el desarrollo de una cada vez más grave contradicción entre los intereses de la Comunidad Europea –y su Euro, y todo cuanto ello económica y políticamente implica– y Estados Unidos –defendiendo a muerte la estabilidad y valor de su Dólar–. Y, claro está, la que habrá de darse entre el propio Estados Unidos y China, cuyo poder y expansión económica son crecientes, a expensas del poder y capacidad de expansión de Estados Unidos.

Pero también son secundarias las contradicciones que, en el seno del imperio, surgen [entre el poder hegemónico y sectores no dominantes](#) del propio pueblo hegemónico. Allí para demostrarlo innumerables rebeliones de jefes militares de segundo orden en la historia de todos los imperios; o las rebeliones de los esclavos; o mil formas de oposición, y acción de zapa, incluido el sabotaje, de manos de diversos otros sectores de la población del pueblo hegemónico, por igual descontentos con la forma en que la élite imperial acapara la riqueza o maneja los asuntos públicos. ¿Deben incluirse también en este rubro, por ejemplo, las contradicciones que expresan Friedman, en su juicio contra la política imperialista de Estados Unidos para el caso de la política antidrogas; y Noam Chomsky, en sus severísimos juicios contra la política imperialista general de Estados Unidos; y de cientos de norteamericanos, incluyendo famosos personajes, que públicamente se han opuesto a la militarmente agresiva política de Bush? Sí, ciertamente. Como deben incluirse las que con creciente oposición enfrentarán a la comunidad latina contra la política de Washington, y a la de millones de hombres y mujeres del mundo entero que ilegalmente permanecen en Estados Unidos.

[Contradicciones consustanciales](#)

Pues bien, [adicionalmente](#) a las contradicciones que surgen como consecuencia de las relaciones que se traban entre el poder imperial y los pueblos sojuzgados, o entre los distintos sectores del pueblo hegemónico, o con pueblos vecinos y potencias rivales, se cuentan pues las que pasamos a denominar contradicciones consustanciales.

Con ese nombre –en todo caso provisional–, nos referimos a las contradicciones que [germinan y se desarrollan en las propias políticas de administración del imperio](#) que pone en práctica el poder hegemónico. Y son contradictorias en sí mismas, de allí “consustanciales”, porque, a la postre, y en todo caso en el largo plazo, con ellas se obtiene resultados exactamente opuestos a cuantos se esperaba. Ha sido pues el caso de políticas como las de:

- Dejar la responsabilidad del **abastecimiento** alimenticio casi exclusivamente a los pueblos conquistados y/o dominados; esto es, a los “enemigos potenciales” más importantes, que, de esa manera, en el largo plazo e imprevistamente, pasan a adquirir un poder circunstancial extraordinario. Todo sugiere que el correspondiente actual es el de la “dependencia” de las materias primas que, en la división internacional del trabajo, los pueblos del Norte han encargado a los pueblos del Sur.
- **Privilegiar el gasto sobre la inversión**, privilegiando el desarrollo urbano superfluo y el presupuesto militar de ocupación y sojuzgamiento. Hoy sus correspondientes se expresan en privilegiar el desarrollo material del centro hegemónico, el presupuesto de la conquista del espacio, y el presupuesto militar de amedrentamiento, y, dado el caso, de agresión.
- Alentar la **formación de centros de poder coyuntural o circunstancial** que, a la postre, fueron adquiriendo cierta o creciente autonomía relativa en contra del propio poder hegemónico. ¿No es para la era actual el caso de Hussein, alentado y armado por Estados Unidos, incluso con armas químicas y bacteriológicas, cuando uno y otro luchaban contra Irán?

8) La reiterada ausencia de la voluntad humana

Todo muestra, como estamos viendo hasta aquí, que ningún pueblo se preparó conciente y deliberadamente para “tomar la posta” y empinarse hasta la cresta de una nueva ola. Por drástico que parezca, cada una de las nueve olas se ha ido formando en la geografía del planeta **sin que la voluntad de los hombres jugara pues un papel decisivo**.

En cada ola, un pueblo, al margen de su voluntad –casi por inercia, diríamos, quizá además catapultado por fenómenos naturales providenciales, y, por sobre todo, al cabo de usufructuar los beneficios que le reportó la cercanía física con el centro de la ola precedente–, se vio en el **centro de una nueva ola**, primero, y llegó a la cresta de la misma, después. Otros, también con independencia de su voluntad, fueron **arrastrados o dominados por la ola**. Por último, hubo los que, también con prescindencia de su voluntad, quedaron al margen del fenómeno, en la periferia de la ola.



¿Leyes de la historia?

Tomo II

Alfonso Klauer

Lima, 2003

ÍNDICE / Tomo II

La Quinta Ola: el Imperio Romano	
Los “bárbaros”	
– Los que huyeron del terror romano	
– ¿Viejos destacamentos de frontera?	
– ¿Grupos transplantados por los romanos?	
– ¿Cuántos se enfrentaron al poder hegemónico?	
– Los <i>hunos</i>	
La inverosímil Historia tradicional.....	

- 9) Ningún pueblo ha recuperado la posta
- 10) Un fenómeno eminentemente “nacional”
- 11) Vigencia cada vez más corta

El proceso de las grandes olas

Colapso: características y constantes

Las grandes olas: centro y periferia

Independencia respecto del centro

Dependencia y sojuzgamiento

Transferencia de riquezas

Independencia secular: el caso de Estados Unidos

Hegemonías sucesivas: el caso del Perú

Generación de riqueza e inversión

Centralismo y descentralización en la historia

El desafío del multi-etno-lingüismo

La Décima Ola de la historia

La globalización y la factura de la historia

Los caminos del futuro

Condonar deuda e invertir

O soportar la invasión

Gráficos

La Quinta Ola: El Imperio Romano

A modo de ejemplo, una vez más, veamos el caso de lo ocurrido en la Quinta Gran Ola de Occidente: el Imperio Romano.



El Imperio Romano, en varios siglos –y como puede apreciarse en el [Gráfico N° 18](#)–, alcanzó a controlar un vasto territorio en torno a las riberas del Mediterráneo. El pueblo *romano*, como ningún otro de los vecinos de Grecia, había venido comerciando durante siglos con ésta, el centro de la ola precedente. Como hemos visto antes, al unísono con las mercancías fluía el conocimiento que, entre otras cosas, incluía el idioma del pueblo hegemónico. También en esto puede advertirse que la voluntad de los hombres quedaba virtualmente al margen. O, si se prefiere, los *romanos*, a su pesar –por lo menos en el caso de la inmensa mayoría que lo hicieron–, se habían visto obligados a aprender el griego, el idioma del pueblo que había estado hegemонizando. Del mismo modo que hoy, muy a su pesar, y aunque no sean conscientes de ello o se resistan a admitirlo, millones de hombres y mujeres del mundo entero se ven “obligados” a aprender inglés, el idioma del pueblo hegemónico.

Es una verdad meridiana que los que –conciente o inconcientemente– se resisten a esa descomunal fuerza inercial, quedan virtualmente condenados a quedar a la zaga, en conocimientos, en información, en oportunidades de negocios o de empleo, etc. ¿No serían esas las mismas razones por las cuales muchos *romanos* habían tenido que aprender a hablar y escribir el griego? Todo parece indicar que sí. De allí que, en el siglo I aC, la mayoría de los *romanos* cultos –además de latín–, hablaba y escribía en

griego ¹. Más todavía –como informa Julio César ²–, el idioma y la escritura de los griegos se había extendido incluso más allá de la península italiana: los druidas o sacerdotes de los *galos* utilizaban el alfabeto griego. ¿Será necesario insistir en que para que ello ocurriera con los *romanos* y los *galos*, no había sido necesaria una guerra griega de conquista?

El progresivo y lento debilitamiento de la que había sido la Gran Ola Helénica (cuya debacle final fue precipitada por la catastrófica campaña de Alejandro Magno en África y Asia, en el siglo IV aC, y de la que los *romanos* inadvertidamente resultarían los más beneficiados), permitió que –en términos relativos–, **se acrecentaran cada vez más las fuerzas de los pueblos asentados en la península itálica**, y en particular del *romano*. Surge entonces, hacia el siglo III aC, la ambición de los gobernantes de la denominada República Romana de ampliar sus dominios. Puede afirmarse que, recién en este momento de formación de la nueva ola, entra en juego la voluntad de los hombres, en este caso la de los gobernantes del pueblo que, sin que se lo hubiera propuesto, era ya el principal protagonista de la naciente Quinta Gran Ola de Occidente.

La historiografía tradicional se ha cuidado de ser muy meticulosa en la descripción de las conquistas de éste como de otros imperios en la historia: nombres de territorios y ciudades, fechas de las conquistas, nombres y biografías detalladas de los grandes generales, detalle minucioso de los acontecimientos bélicos, etc. Persiste ostensiblemente, sin embargo, un enorme y grave vacío: mostrar –siquiera a manera de hipótesis– la **lógica y racionalidad de la expansión imperial**. Ensayemos pues una versión a este respecto, tratando de responder las siguientes interrogantes: ¿tiene alguna racionalidad el hecho de que la progresión de las conquistas fuera la que se dio y no otra?, y, ¿por qué se conquistaron determinados territorios y no otros?

En la época (siglo III aC) el pueblo *romano* estaba constituido por aproximadamente 3 millones de personas. Y su ejército estaba compuesto por más de 290 000 hombres ³. Era pues, como podemos entrever, una potencia militar; puede suponerse incluso que era, largamente, la más importante de Europa. Mas ello tenía que corresponderse, necesariamente, con un **economía muy próspera**, quizá también mayor y más dinámica que la de cualquiera de sus vecinos, capaz de generar los enormes excedentes que permitían mantener en el ejército a una población tan numerosa al margen de las actividades productivas. Extrañamente, sin embargo, y para esa fecha, ni la imagen de una potencia militar ni la de una economía grande y sólida son precisamente las que nos muestran la mayor parte de los libros de Historia.

El primer objetivo de los gobernantes y generales romanos fue dominar y consolidarse militarmente en su propio territorio. De allí que era imprescindible **conquistar las colonias griegas** que subsistían en el extremo sur de la península. La primera victoria internacional de los romanos, se logró en el año 280 aC. Grecia, en profunda crisis, sin reponerse de la catástrofe económico–militar que suscitó la megalomanía de Alejandro Magno, fue incapaz de responder la reivindicación territorial de los romanos. A partir de allí, ¿podían acaso los generales romanos iniciar la expansión imperial en Europa, lanzándose primero hacia el norte o hacia el este, dejando –peligrosa e ingenuamente– en la retaguardia al Imperio Cartaginés, que

1 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 60.

2 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 118.

3 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 62.

controlaba Sicilia, Córcega y Cerdeña, ubicadas en las inmediaciones mismas de Roma, y que, por lo demás y sin duda, los romanos consideraban territorio “naturalmente” propio? Ciertamente no.

Liquidar al imperio de Cartago era, inexorablemente pues, el **objetivo estratégico** más importante de los estrategas romanos. Y procedieron en consecuencia con ello a partir del 264 aC, iniciándose la Primera Guerra Púnica. Es absurdo por eso sostener – como por ejemplo lo hace Barraclough ⁴–, que “más por casualidad que por voluntad, los romanos y cartagineses entraron en conflicto...”. La prueba más concluyente de que el principal y estratégico enemigo de Roma era el vecino Imperio Cartaginés, está dada por el hecho de que Roma no emprendió ninguna otra conquista sino hasta derrotar a Cartago, al finalizar la Segunda Guerra Púnica, tras 60 años de enfrentamiento, en el 201 aC.

El Imperio de Cartago, como generalmente sí se admite en los textos de Historia, era, hasta entonces, la mayor potencia económica y militar del Mediterráneo. En virtud de ello, y no por casualidad, Cartago tenía “el monopolio del comercio marítimo en el Mediterráneo occidental” ⁵. Es decir, controlaba el destino y los precios de la riquísima producción agrícola del valle del Nilo, pero también la de Mesopotamia. La derrota de Cartago sólo podía llevarla a cabo, pues, una **potencia equivalente**. ¿Cómo había alcanzado el pueblo romano esa prosperidad económica? ¿Había sido acaso que desde las décadas precedentes el clima era particularmente benéfico con el pueblo romano, permitiéndole excedentes económicos extraordinarios? ¿Qué papel jugó la voluntad del pueblo romano y de la sus dirigentes en la formación de esa sólida y próspera economía que los estaba colocando en el centro de la nueva gran ola de Occidente? Son pues preguntas que aún la ciencia debe responder.

Las que finalmente fueron las muy costosas tres guerras Púnicas, y que enfrentaron durante 120 años a los ejércitos y armadas más poderosas del Mediterráneo de entonces, bien pueden ser consideradas como las “guerras mundiales” de la época. El definitivo y aplastante triunfo sobre Cartago supuso, con el dominio y control romano de los territorios de aquél, el **inicio de la formación del Imperio Romano**: el pueblo romano dominando el norte de África (en lo que hoy son territorios de Libia, Argelia, Túnez, Marruecos) y el sur de España.

La ola había empezado entonces a expandirse y a arrasarse con todo lo que estaba a su paso. ¿Puede alguien sostener que los antecesores de los libios, argelinos, tunecinos, marroquíes y españoles del sur, tenían previsto pasar, violenta e inmediatamente, de la dominación de Cartago a la de Roma? ¿Puede sostenerse que era eso lo que ellos querían y más anhelaban? No. Todo ello sobrevino al margen de su voluntad, contra su voluntad. **Una fuerza inexorablemente más fuerte los aplastó y dominó**, a partir de ese momento, y por siglos.

Liquidado Cartago, con la retaguardia bien protegida, Roma recién podía emprender la conquista de Europa y del resto del Mediterráneo. A partir de allí, y en poco más de 150 años, el Imperio Romano alcanzó su máxima extensión, conquistándose el inmenso territorio de decenas de pueblos y naciones. La ola había alcanzado su punto más alto y su más amplia envergadura. ¿Puede sostenerse que

4 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 64.

5 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 62.

estaba en la voluntad de los españoles, franceses, ingleses, belgas, holandeses, alemanes del oeste del Rin, suizos, austriacos, macedonios, griegos, turcos, armenios, sirios, libaneses, palestinos y egipcios, caer bajo la **violentísima dominación militar de los italianos**? ¿Puede afirmarse que todos ellos “querían” la guerra, que todos ellos ambicionaban ser conquistados?

Pues bien, ¿por qué se conquistaron esos territorios y no otros? **Grecia, Yugoslavia, Austria, Suiza, Francia, Bélgica y España**, porque –como resulta obvio viendo el mapa–, constituían el entorno inmediato de la península itálica, sus vecinos inmediatos, sus “víctimas naturales”. Francia y España eran, además, despensas agrícolas y ganaderas muy apetecibles y proporcionaron grandes botines y riqueza mineral a los gobernantes romanos. Menor importancia a este respecto tuvieron Inglaterra y Holanda, así como la pequeña franja oeste de Alemania al oeste del Rin, mas todos esos territorios iban a complementar los enormes saqueos que habían decidido emprender los conquistadores. Suiza, que quizá era un territorio económicamente poco apetecible en sí mismo, era, no obstante, el obligado territorio de tránsito de los legiones romanas hacia el oeste (desde **Inglaterra** hasta España). Y Austria el espacio por donde tenían que trajar las legiones que se desplazaban al este (**Yugoslavia** –Macedonia– y Grecia).

El **valle del Nilo**, a 15 días de navegación desde Roma, era en la época la más grande e inagotable despensa de trigo del planeta, es decir, un codiciadísimo botín. Los territorios de **Siria, Líbano e Israel** de hoy, tenían gran importancia porque eran el punto de acopio, tanto de la variadísima producción agrícola que se cosechaba en los fértiles valles del Éufrates y el Tigris, como de la producción que procedía de la India y, a través de la “Ruta de la Seda”, la que procedía desde China. Finalmente, **Turquía y Armenia**, que quizá eran también territorios agrícolamente pobres, tenían, no obstante, una gran importancia estratégica: constituían un tapón contra las siempre peligrosas ambiciones expansionistas de los *persas* (que los romanos conocían sin duda por la historia de Grecia).

En el siglo II aC, cuando se iniciaron las grandes conquistas romanas, ¿qué razones podían esgrimir los conquistadores para tan grande avasallamiento? ¿Acaso la de sustituir el “panteísmo inferior” de los “bárbaros” por el “panteísmo superior” de los romanos? ¿Acaso iluminar a los “bárbaros” con la cultura romana? ¿Eran “evangélicas” y “alfabetizadoras” sus razones? No. Todas las **“buenas razones” de las conquistas romanas** han sido elaboradas y “racionalizadas” después –en los siglos siguientes– por los panegiristas del imperio, que pulularon siempre, sedientos de reconocimiento, en torno al poder de los césares. Dejemos de engañarnos, en el siglo II aC, los conquistadores romanos, a cuya cabeza estuvieron los sectores dominantes y privilegiados del propio pueblo romano, fueron impelidos, única y exclusivamente, por ambiciones de riqueza, de poder y de “grandeza”, contra las que, en la época, no había cortapisas, ni límites de ningún género, salvo las que definían las propias fuerzas del conquistador, que arrollaban mientras podían.

Rápidamente las ambiciones fueron rindiendo sus frutos. Los “valiosos botines [...] y...] la riqueza que manaba de las provincias conquistadas (...) permitió **suprimir totalmente los impuestos directos a los ciudadanos romanos**”⁶. Es decir, los ciudadanos (esclavistas virtualmente todos), que no eran sino los que conformaban el sector

6 Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 64.

privilegiado de la sociedad romana, dejando de pagar impuestos, automáticamente pasaban a ser más ricos, a expensas de las contribuciones que remitían a Roma poblaciones remotas y desconocidas. Y con las que se financió, además tantas gigantescas construcciones que la economía romana, por sí sola, y durante el mismo período, no hubiera podido solventar: arcos, columnatas, palacios, coliseos, baños recreacionales y banquetes descomunales; un presupuesto militar que a cifras de hoy sin duda tendría magnitudes exorbitantes.

Roma, pues, fue en [centro de una cuantiosísima transferencia de riquezas](#) que llegó desde la periferia conquistada. ¿Puede sostenerse que ese sacrificio estaba dentro de los objetivos de los pueblos conquistados? Pero sí puede afirmarse, por el contrario, que ello estaba dentro de las desmedidas ambiciones de los gobernantes y los miembros del sector dominante del pueblo romano.

¿Cómo se explica, finalmente, que el Imperio Romano no fuera aún más grande en territorio, ya sea hacia el norte, o hacia el este y el sur, en incluso hacia el oeste? ¿No fue más allá de los límites alcanzados la ambición de los generales y emperadores romanos? Sin duda la ambición fue mayor. Mas las [dimensiones del imperio eran realmente impresionantes](#) en términos de la época, al extremo que muchas veces quedó en evidencia que resultaba difícil y complejo su manejo político, militar y administrativo.

En el mismo sentido, las enormes dimensiones del imperio obligaron a subdivisiones administrativas sucesivas que fueron exacerbando las ambiciones de autonomía de los gobernadores de las provincias del imperio, ambiciones éstas que atentaban contra los intereses del poder imperial central. Por lo demás, tras siglos de repartirse grandes botines, los generales y administradores romanos habían alcanzado enormes riquezas cuyo disfrute –con seguridad– estaba reñido con nuevas y siempre arriesgadas conquistas para las que eran cada vez más renuentes. Pero, además, en el cenit del imperio, los gobernantes y generales romanos debieron tener conciencia del riesgo que representaba el hecho de que, para controlar el enorme territorio, las legiones estaban, cada vez más numerosamente compuestas de [soldados de los pueblos conquistados, es decir, de enemigos potenciales](#), que de soldados romanos. El imperio, pues, pero esta vez a despecho de la ambición romana, había llegado a sus máximas dimensiones posibles, a un límite irrebable.

En este sentido, sin embargo, una vez más tocó a la naturaleza jugar un papel decisivo. En efecto, no es una simple casualidad que, como hemos mostrado en el mapa, hacia el norte, el límite del imperio haya estado constituido por el Rin y el Danubio. Sin duda, los dos más grandes y caudalosos ríos de Europa Central –pero en particular el Rin, “ancho, impetuoso y profundo”, como reconoció Julio César⁷– resultaron una barrera muy difícil de superar y más aún de dominar. Pero también debe considerarse que, con la tecnología disponible en la época, construir los enormes puentes fluviales y flotas que demandaba controlar esos ríos, resultaba una operación posible pero poco rentable, habida cuenta de los fríos y poco productivos territorios que habitaban los “bárbaros” *germanos* al este del Rin y al norte del Danubio (*húngaros, rumanos y polacos*). Cuán [poco productivos resultaron a ojos de los romanos los territorios de Europa del Norte](#), que César, después de construir un sofisticado y

7 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 82.

costosísimo puente sobre el Rin, luego de permanecer sólo dieciocho días al otro lado del río quemando pueblos y aldeas...

...dio la vuelta (...) y deshizo el puente ⁸.

Hacia el este, como está dicho, el Imperio Persa era un enemigo que, además de lejano, y por consiguiente costoso de conquistar, era de cuidado. Tampoco es una simple casualidad, entonces, que, en el siglo III dC, correspondiera precisamente al Imperio Persa, con invasiones y sucesivas victorias militares, acelerar la debacle del Imperio Romano. Hacia el sur, un obstáculo insalvable –e improductivo objetivo– fue el enorme desierto del Sahara. Y por el oeste, el océano Atlántico fue un gigantesco reto que los marinos romanos virtualmente nunca intentaron superar. El mundo náutico de los romanos, pues, terminaba en Gibraltar. Resultan entonces consistentes y poderosas las razones que permiten entender la extensión y límites del Imperio Romano.

Todo parece indicar entonces –como creemos–, que **no ha sido la voluntad del hombre la que definió**: a) que un pueblo, como el romano en este caso, se convierta en el centro hegemónico de una ola; b) los límites y la envergadura de la ola; c) que los pueblos que circundaban el centro de la ola cayeran bajo la dominación de la misma, y; d) que los pueblos de la periferia mediata quedaran fuera de ella.

Si durante la expansión de la Quinta Ola la voluntad de los pueblos de Europa, Asia Menor y del norte de África hubiera estado en juego, es decir, si sus intereses y objetivos, deliberados y concientes, hubieran intervenido en la definición de los acontecimientos, el **mapa del Imperio Romano habría sido completamente distinto**. Habría sido, por ejemplo, uno como el mostramos en el **Gráfico N° 19**, o una variante de él.



8 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 82.

Un mapa como ése –o cualquier de espíritu equivalente– habría mostrado que, efectivamente, la voluntad de todos los actores en escena había estado presente, con el Grespeto y acatamiento de todas las partes intervinientes. Así, los pueblos que arbitrariamente hemos numerado 1–2–3, habrían puesto de manifiesto que, de modo voluntario, hicieron **prevaler sus propósitos de independencia** frente al “Estado X”, adscribiéndose por el contrario a la administración del “Estado Y”. Y los pueblos que hemos identificado de A–B–C, dentro del área de influencia inmediata de éste, pero bajo el arbitrio de su libre voluntad, habrían reclamado y logrado pertenecer a aquél. Dentro del mismo esquema, en el área de influencia del “Estado X”, el pueblo al que hemos denominado 4 se habría mantenido independiente de éste, manifestando **simpatías y proclividad de alianza** con el “Estado Y”; y el que hemos denominado D, por el contrario, simpatías y proclividad de alianza con el “Estado X”. Y finalmente los territorios definidos como R–S–T se habrían manifestado **neutrales**, absolutamente independientes.

No obstante, por lo que hoy conocemos de la historia –siendo a estos efectos difícil prescindir de una experiencia tan cercana como la que se vivió durante la Guerra Fría–, no es difícil establecer las siguientes conjeturas: a) el “Estado X” habría ejercido **enormes presiones sobre los pueblos** 1–2–3 para incorporarlos a sus dominios; y el “Estado Y” habría hecho otro tanto en relación con los pueblos A–B–C; en uno y otro caso los pueblos correspondientes estaban dentro del área “natural” de influencia de cada potencia; b) el “Estado X”, en relación con el pueblo 4, y el “Estado Y”, en relación con los pueblo D, habrían realizado también grandes presiones para someterlos respectivamente a sus dominios. Por último, equidistante de ambos centros de poder, el pueblo S habría soportado amenazas y recibido ofrecimientos de todo género de las potencias rivales.

Para todos sus efectos, el inverosímil caso planteado habría representado a las dos potencias un **gasto militar cuantioso** y una también muy **costosa política internacional**, que en suma les habría minado sensiblemente sus presupuestos de inversión.

No obstante, de haberse mantenido en el tiempo un mapa con la configuración señalada, sí habría **quedado demostrada la prevalescencia de la voluntad** de todas y cada una de las partes.

Este singular ejercicio, pues, no tiene otro objeto que: a) patentizar que el proceso de expansión y la magnitud alcanzada por cada una de las olas de la historia –cada una con las limitaciones propias de su tiempo–, ha tenido una **racionalidad** que la historiografía tradicional virtualmente no se ha preocupado en mostrar, y; b) sobre todo, mostrar que, como nos parece cada vez más consistentemente, la **voluntad** de los pueblos –el del centro de la ola, los que cayeron bajo su hegemonía, y los que quedaron en la periferia– no ha estado en juego. Unos y otros jugaron los roles que las **circunstancias**, y no ellos mismos, hacían posible.

Ello nos resulta sumamente claro y evidente. No obstante, el enraizado prejuicio de que “cada pueblo es dueño de su propio destino” y, más aún, la absurda hipótesis de que –como regla general– está a disposición de los pueblos “elegir o no la guerra” –y sus consecuencias–, nos obligan a abundar un poco más a fin de contribuir a erradicar esos **prejuicios anti-históricos**. En efecto, resulta hartamente evidente que frente a la arrolladora fuerza de los ejércitos imperiales romanos, la inmensa mayoría de los

pueblos de la periferia de la península itálica no tuvieron alternativa –o, si se prefiere, no tuvieron “escapatoria”–, y, conquistados, pasaron a formar parte del imperio.

Los “bárbaros”

Como recuerda Asimov ⁹, los hoy denominados *griegos*, desde muy antiguo, dicotómicamente dividieron a los pueblos en dos grupos: de un lado, ellos, los “helenos”, y del otro, “todos los demás”. En otros términos, para ellos sólo había *helenos* y *barbaroi*. Y “barbaroi”, por cierto, eran todos aquellos que no hablaban el idioma de los habitantes de la Hélade.

“Barbaroi” –que en castellano pasó a ser “bárbaros”–, eran pues los “extraños” a los helenos, los “extranjeros”, [todos los extranjeros](#). Así, en el tiempo en que en todo el Mediterráneo predominaba la cultura y el imperio faraónico, y la Hélade era aún un territorio primitivo y casi desconocido, para los helenos también eran “bárbaros” los muy prestigiados y hegemónicos egipcios. “Bárbaro”, pues, en sus orígenes, era un gentilicio genérico, un sustantivo, no un adjetivo calificativo.

Pero cuando al cabo de siglos los *griegos* alcanzaron un gran desarrollo, y se convirtieron en el centro expansivo y modelo de la civilización occidental, los “bárbaros” ya no sólo eran considerados extranjeros, sino, por comparación, también “[incivilizados](#)”.

Así, poco a poco el término fue adquiriendo cada vez más [connotaciones peyorativas](#), hasta, finalmente, denotar sólo calificaciones despectivas. Los *romanos* difundieron y generalizaron aún más el uso del término, consolidando y agravando su agresiva nueva connotación.

Hoy, llevándose al extremo las connotaciones peyorativas del término, entre el común de los pueblos –siguiendo por ejemplo al historiador sueco Carl Grimberg–, ya no se habla sino de “[hordas bárbaras](#)” ¹⁰.

La República Romana, antes de erigirse en imperio, estaba pues completamente rodeada de “bárbaros”, de pueblos extranjeros. Con el tiempo, muchos de esos pueblos “bárbaros” fueron conquistados y pasaron entonces a formar parte del imperio. Pero la Historia oficial romana –y con ella la Historia tradicional que se lee y estudia en nuestro tiempo–, se encargaron de que durante la mayor parte del Imperio Romano “los bárbaros salieran completamente de escena”. Y, muy extraña y sospechosamente, se les hizo –y hace– [reaparecer de improviso durante la crisis final del imperio](#). Intentaremos pues llenar el vacío –resolver la inconsistencia de la Historia tradicional–, a fin de descubrir si se encuentra o no relación entre los “bárbaros” que había antes de la formación del imperio y los que “aparecieron” a la caída del mismo. Veamos.

Confrontados ante el expansionismo militar romano, algunos pueblos pudieron elegir, tuvieron alternativa. Mas, en rigor, debe decirse que tuvieron una sola posibilidad: “[escapar del vendaval romano](#)”. ¿Cuáles fueron esos pueblos, dónde estaban ubicados, por qué ellos sí pudieron escapar y hacia dónde fueron? Focalicemos entonces un instante nuestra atención en el [Gráfico N° 20](#) (en la página siguiente).

⁹ Isaac Asimov, *Los griegos*, pp. 18–19.

¹⁰ Nombre con el que Grimberg titula su tomo número 10.

Como puede apreciarse, los pueblos de la península ibérica y la mayor parte de los pueblos de Francia (Galia), además de no haber podido enfrentar con éxito a los ejércitos romanos, también más allá de su voluntad se vieron **impedidos de escapar**. No tenían a dónde ir huyendo del vendaval romano. Ciertamente los océanos no eran una alternativa.



Los que huyeron del terror romano

Los *anglos*, *pictos* y *escotos*, para su fortuna, pero no porque la voluntad lo decidiera, asentados en las islas británicas, estaban apenas separados del continente por el estrecho Mar del Norte. Lograron pues trasladarse **hasta la margen derecha del Rin**. Otros, como los *belgas*, *helvecios* y otros pueblos asentados en la margen izquierda del Rin, entre los que también había *germanos*, tuvieron la también la circunstancial y no deliberada chance de estar próximos para cruzar el río y trasladarse a compartir el frío y poco poblado gran territorio de Europa del Norte con los *germanos* de la ribera derecha y otros pueblos de la zona. También ello, sin duda, debió ocurrir con los *bávaros*, los *eslavos* y otros pueblos de la margen derecha del Danubio, que también se desplazaron a territorio germánico.

Los *germanos* de **Europa del Norte** –dijo Julio César–:

*...tienen por la mayor gloria (...) que todos sus contornos por muchas leguas estén despoblados*¹¹.

11 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 78.

El casi **desocupado territorio** se prestaba pues para ser invadido por quienes precipitadamente huían. Pero ¿por qué desocupado territorio? –podemos preguntarnos–. Pues porque el área era agrícolamente muy pobre, comparada por lo menos con el de Francia. El propio Julio César ¹² lo expresó en los siguientes términos:

...no tiene que ver el terreno de la Galia con el de Germania.

Pero, así como la agrícola, la producción minera de esos territorios de Europa del Norte **tampoco fue ambicionada** por los emperadores romanos, que bien sabían que en dichos rincones era escasa.

Todo apunta a pensar pues que la Europa del Norte, a la derecha del Rin y sobre la izquierda del Danubio, fue el **territorio de refugio** de los pocos pueblos que, estando en las inmediaciones, pudieron llegar hasta allá para –en palabras de Aulo Hircio ¹³, romano con el que más–:

...evitar el yugo del imperio.

Y así lo hicieron. En este caso, entonces, también fueron las **circunstancias** –y no fundamentalmente su voluntad– la que definió la conducta de esos pueblos.

Son sin embargo necesarias algunas precisiones para afianzar el valor de la hipótesis de que **Europa del Norte fue una zona de refugio** en la que miles y miles de hombres escaparon del yugo romano. Durante el proceso inicial de expansión del Imperio Romano, y desde mucho tiempo atrás, en efecto, los *germanos*, ambicionando las ricas tierras al oeste o izquierda del Rin, es decir,

...atraídos de la fertilidad del terreno...

–como admite el propio César ¹⁴, sin ambages y en elocuente prueba de cómo tanto los romanos como los no romanos **valorizaban la riqueza natural disponible**–, cruzaban constantemente el río e invadían las tierras de los *galos, belgas y suizos*. César –se dice a sí mismo en sus memorias–:

...es quien, o con su autoridad y el terror de su ejército (...) o en nombre del Pueblo Romano, puede intimidar a los germanos, para que no pase ya más gente los límites del Rin, y librar a toda la Galia de la tiranía de [los germanos] ¹⁵ –e imponer la tiranía romana, hay que agregar–.

Sin duda, y desde siglos atrás, los *germanos*, huyendo del frío o para provisionarse para el invierno, cruzaban el Rin hacia el oeste, saqueando, capturando rehenes y en general aterrorizando a sus víctimas ¹⁶. En algún momento anterior, sin embargo, y muy posiblemente en presencia de clima cálido, como refiere el propio César se había experimentado el proceso contrario: los *galos* invadían las tierras de los *germanos*, al otro lado del Rin ¹⁷. Se trataba entonces de pueblos que por centurias se

12 Julio César, **Los Comentarios...**, p. 40.

13 Aulo Hircio, en Julio César, **Los Comentarios...**, p. 171.

14 Julio César, **Los Comentarios...**, p. 38.

15 Julio César, **Los Comentarios...**, p. 40.

16 Julio César, **Los Comentarios...**, p. 78 y otras.

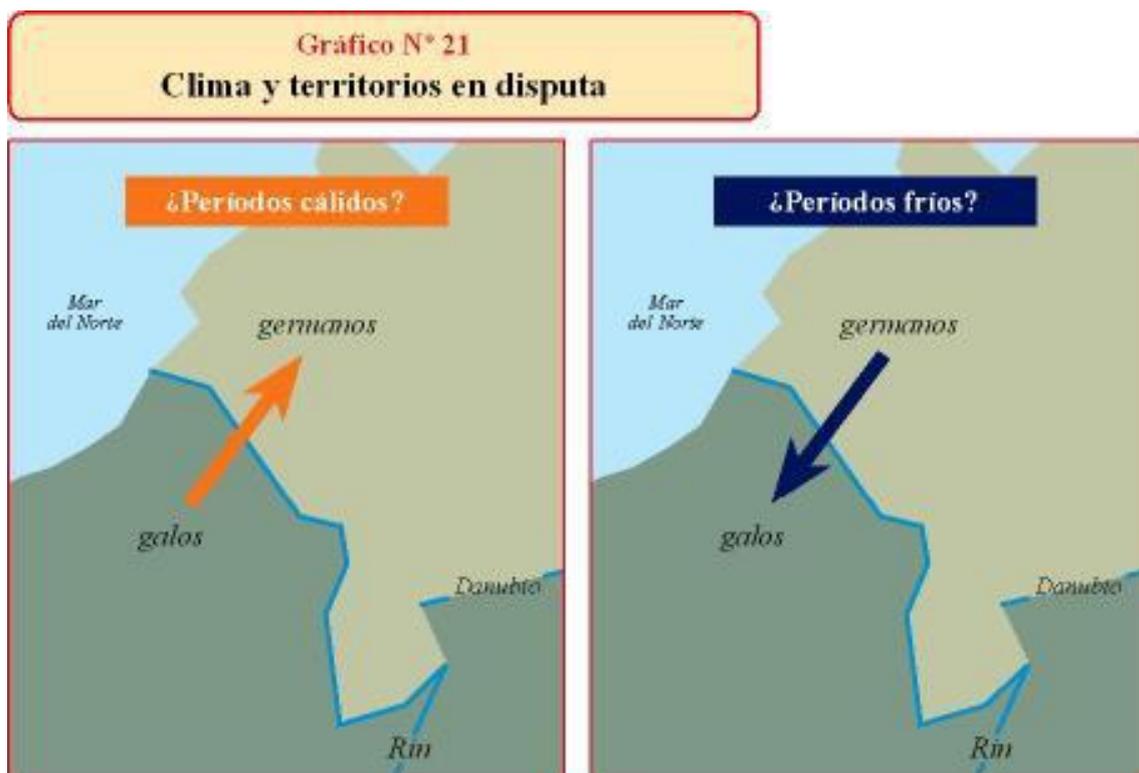
17 Julio César, **Los Comentarios...**, p. 121.

disputaron y guerrearon por los mismos territorios, quizá fundamentalmente en razón de las variantes circunstancias climáticas –tal como a título de hipótesis planteamos en el Gráfico N° 21–. Mas en el período en que se dieron las avasallantes conquistas militares de Julio César, el predominio militar sobre sus vecinos lo habían estado teniendo los *germanos*.

Pues bien, durante sus campañas en lo que hoy es territorio de Suiza, Julio César afirmó que –a imitación de viejas prácticas que para su época dio cuenta Herodoto ¹⁸–, miles de hombres, conjuntamente con sus ancianos padres, mujeres e hijos, “huyendo del terror germano”, **habían abandonado sus tierras**: 36 000 *tulingos* (o *turingios*, que no serían otros que los suizo–italianos, de la vecindad del Turín de hoy); 32 000 *boyos* (o *bávaros*, que a su vez no serían otros que los suizo–alemanes, de las proximidades de la Baviera de hoy); así como 273 000 *suizos* (que bien podemos presumir eran suizo–franceses); y, entre unos y otros, 92 000 adultos en edad de trabajar y guerrear.

...entre todos componían trescientos sesenta y ocho mil,

–anota escrupulosamente el guerrero y cronista romano ¹⁹–. ¿Debemos aceptar al pie de la letra que, como dice César, aquellos hombres tan cuidadosamente censados en verdad **huían del terror germano?**



De los 368 000 que habían escapado, el conquistador sólo logró hacer regresar a 110 000 –como él mismo admite ²⁰–. Es decir, a sólo uno de cada tres. En otros términos, siete de cada diez, no regresando a sus tierras, mostraban que, más que a los *germanos* (a cuyas tierras fueron a parar), **temían a los romanos** (de cuyas manos

18 Herodoto, *Los nueve libros...*, p. 242.

19 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 38.

20 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 38.

escapaban). ¿No ha sido acaso el propio César el que nos ha dicho que se tenía “*terror de su ejército*”?

Sí, ese **terror ya lo habían experimentado** los *eduos, santones, tolosanos, centrones, gravocelos, caturiges, voconcios, segusianos, ambarros y alóbroges*, todos los cuales, además de perder las guerras, además de entregar alimentos y animales a los ejércitos conquistadores, habían tenido que entregarles como rehenes a muchos de sus hijos e hijas.

Como lo reconoce el propio Julio César, muchos de los pueblos con los que guerreaba estaban absolutamente **dispuestos a abandonar sus tierras y refugiarse** en territorios propios o extraños pero lejanos, en vez de someterse al yugo del conquistador. Llegado el momento, se proveían de harina para tres meses de caminata, prendían fuego a sus comarcas y quemaban el resto de las cosechas y sembríos...

*...para que perdida la esperanza de volver a su patria, estuviesen más prontos a todos los trances...*²¹

Habría de ser el mismo César el que nos dé la pauta del destino geográfico de los grupos de *boyos* que huyeron. En efecto, éstos –antecesores de los suizo–alemanes y de los bávaros de hoy–, que por cierto también eran *germanos*, atravesando unos el Rin y otros el Danubio, **se habrían dirigido al norte** de su propio territorio que –como informa César–, limitaba con el de los pueblos *noricos*²², a los que hoy identificamos como “nórdicos”. Por su parte, los grupos de *tulingos* o *turingios* –antecesores de los suizo–italianos de hoy–, atravesando también el Rin, se habrían refugiado en una probablemente poco hospitalaria y despoblada **selva germana**, a la que habrían terminado dando el nombre con la que hasta hoy se le conoce: “Selva de Turingia”.

Por último, puede razonablemente presumirse que similar fue el destino de aquellos grupos a los que César denomina simplemente *helvecios* y que –por descarte– asumimos que se trata de los antecesores de los suizo–franceses de hoy. Los que fueron recapturados habrían sido aquellos que erróneamente se dirigieron hacia el oeste y el noroeste de su territorio. El resto, la mayoría que exitosamente alcanzó a autoexiliarse, coherentemente con la pauta que ofrece el mismo César, habría pues terminado alojándose en el territorio *germano* de la **Europa del Norte**, quizá al cabo de varias etapas, y quizá por diversos caminos. En efecto, César informa de 6 000 *helvecios* de un cantón suizo que...

*...se retiraron hacia el Rin y las fronteras de Germania*²³.

Efectivamente, entonces, los territorios de Europa del Norte, en general, y, dentro de ella, los de los *germanos*, en particular, habrían servido como una suerte de “**refugio universal**”. Ésa fue la única área de Europa Occidental que nunca llegaron a conquistar los romanos. Fue pues, a la postre, un refugio seguro.

Es verdad, como ya hemos indicado, que en los escritos de César –y a partir de ellos en la historiografía tradicional–, se insiste bastante en que muchos pueblos, entre

21 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 29.

22 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 29.

23 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 38.

los que se encontraban los *suizos*, *galos* y *belgas*, temían y odiaban a los *germanos* que constantemente los invadían desde el otro lado del Rin. **¿Cómo explicar, entonces, que las “víctimas” de los *germanos* fueran a refugiarse en el territorio de éstos?** Quizá para otras circunstancias sería suficiente –para resolver esa aparente inconsistencia– con recurrir al principio estratégico según el cual “los enemigos de mis enemigos son mis amigos”. En virtud de ello, ante la ferocidad mostrada por los romanos, muchos de los pueblos que eran enemigos entre sí habrían realizado alianzas para neutralizar o luchar contra el enemigo común o para escapar de él. Sin embargo, no será necesario incurrir en especulaciones gratuitas cuando, una vez más, es el testimonio del propio César el que termina resolviendo la aparente inconsistencia. En efecto, César admite, por ejemplo, que se vio obligado a desplegar grandes esfuerzos...

...para impedir que (...) se coliguen naciones tan poderosas –como los galos, los belgas y los germanos²⁴–.

Las referencias de César a este tipo de **alianzas tácticas** son innumerables y, en general, sus protagonistas estuvieron repartidos en toda Europa, tanto en la continental como en la insular. Así, él mismo informa que los pueblos de Bretaña, antes de que sus ejércitos invadieran la isla, abiertamente habían apoyado a los *galos* en su lucha contra los romanos²⁵.

Ante tan inobjetable evidencias, ¿cómo desconocer, entonces, que, **en el contexto de esas alianzas, y sin otra alternativa de por medio**, los *germanos* de la margen derecha del Rin –y de la izquierda del Danubio–, así como los *nórdicos*, accedieran a acoger en su vasto, despoblado y frío territorio a miles y miles de hombres, mujeres y niños que huían del yugo romano? Si, como puede presumirse, más de 250 000 huyeron durante las campañas de Julio César, ¿cuántos más no habrán hecho lo mismo en los siguientes 300 años del imperio?

César, reiteradamente, nos ofrece la evidencia de pueblos que, ante la ostensible disparidad de fuerzas, **huían de la amenaza de los ejércitos romanos** y se refugiaban en las entrañas de los bosques, esparciéndose...

...por todas las partes de la selva²⁶; ...los vecinos al Océano en los islotes que suelen formar los esteros²⁷, etc.

Y más aún, algunos pueblos, no obstante habitar en las tierras orientales del Rin...

...desde que supieron de cierto la venida de los romanos (...) se habían retirado tierra adentro a lo último de sus confines²⁸.

En fin, como admite César:

...cada cual se guardaba donde hallaba esperanza de asilo a la vida, o en la hondonada de un valle, o en la espesura de un monte, o entre lagunas [inaccesibles]²⁹.

24 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 69, p. 101 y, por ejemplo también, p. 110, 113–114, 116, 166, 177, etc.

25 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 84.

26 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 75, p. 83, y p. 96, por ejemplo.

27 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 123.

28 Julio César, **Los Comentarios**..., p. 117.

En síntesis, pues –retomando la hipótesis general–, parte de la población de algunos pueblos –como los *anglos, sajones, galos, belgas, suizos* y otros–, y porque estuvo a su alcance, “eligió la paz”, pero al precio de abandonar sus preciadas tierras ancestrales. Ello sin embargo **no fue suficiente para evitar todas las consecuencias de la agresión imperial**. En efecto, los millares y millares de hombres que como se ha visto lograron escapar hacia Europa del Norte, ciertamente no fueron conquistados, pero sufrieron, durante siglos, los rigores del destierro. Mas, como si ello no bastara, ese destierro –al propio tiempo forzado y voluntario– ha dado origen –como veremos más adelante–, a gruesas incomprensiones y distorsiones historiográficas.

Pues bien, a diferencia de los que pudieron huir, la mayoría de los pueblos conquistados por los romanos no tuvo alternativa. Tuvieron inexorablemente que resignarse a sufrir el alto precio de la conquista: fue el caso de todos los habitantes de la península ibérica, y de casi todos los *galos, rumanos, griegos, armenios, sirios, libaneses, palestinos, israelíes, egipcios, libios, tunecinos, argelinos* y *marroquíes*. **Sin haber “elegido la guerra” fueron obligados a sufrirla en todos sus extremos**. Amantes de la paz en tanto que –como afirma el propio César– “naturalmente (...) celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre”, fueron obligados a la guerra; y –como admitirá en otro momento– fueron obligados a sentir...

...en el alma el haber perdido la soberanía...³⁰.

Mal puede entonces seguirse insistiendo, con tanta superficialidad y simplismo, y con tanta irresponsabilidad y desvergüenza, que “todos los pueblos pueden elegir la paz”, o, a la inversa, que “todos pueden elegir la guerra”. Ni una ni la otra dependen sólo de los pueblos y sus gobernantes. Por lo general, como está visto, **más que la voluntad de las víctimas pesan las circunstancias** en las que se catapulta un pueblo hasta convertirse en conquistador y protagonista de un imperio.

Pues bien, el éxodo –a la vez forzado y voluntario– que hemos analizado extensamente, no fue la única modalidad de destierro que se conoció durante el Imperio Romano. En efecto, como ya habían realizado los imperios de Mesopotamia, Egipto, Grecia, y como también haría siglos más tarde el Imperio Inka en los Andes, los **romanos desplazaron grandes contingentes** militares a expandir primero el imperio y a cuidar luego las fronteras del mismo a sus cada vez más alejados y remotos confines.

Pero, además, en el contexto de las conquistas imperiales, otra forma de destierro la experimentaron las poblaciones conquistadas que, **compulsivamente, fueron desplazadas desde su tierra natal a diversos espacios** dentro de los límites del imperio, por lo general a poner en producción tierras eriazas. Esa modalidad la aplicaron sistemáticamente los romanos en Europa. César, sin embargo, alude indirectamente a ella en una sola ocasión, cuando, hablando de los *suizos*, afirma que...

...estaban ellos prontos a ir y morar donde [él] lo mandase y tuviese por conveniente³¹.

29 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 124.

30 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 151.

31 Julio César, *Los Comentarios...*, p. 32.

Bien puede ponerse en duda sin embargo que los suizos y cualquier otro pueblo estuvieran “prontos” a ir donde al conquistador viniera en gana, o, si se prefiere, “voluntariamente dispuestos a desarraigarse de sus tierras”.

A ese respecto, el prestigioso historiador español Rafael Altamira afirma categóricamente que los *romanos* “cuando hallaban gran resistencia [entre las poblaciones de la península] aplicaban procedimientos duros y crueles, *desterrando a puntos lejanos* grupos enteros de población...”³².

No puede soslayarse sin embargo que, en una nueva y deplorable omisión, la historiografía tradicional *no haya seguido el rastro de esos desplazamientos* forzados, y menos pues se haya señalado los parajes a donde fueron confinados. Ese vacío, ese silencio, ha dado lugar –como trataremos de mostrar– a errores de análisis e interpretación, tan mayúsculos que su corrección podría dar origen a un sensacional vuelco respecto de las más comúnmente aceptadas tesis sobre la “caída del Imperio Romano”.



Pues bien, el **Gráfico N° 22** muestra, pero ya para el siglo III dC –constatándose así el vacío al que acabamos de referirnos–, es decir, ya sólo para las postrimerías del imperio, la ubicación de los principales pueblos “bárbaros” de Europa, dentro y fuera del territorio imperial. De él, sin embargo, tras excluir a los pueblos que

32 Rafael Altamira, *Historia de la civilización española*, Edit. Crítica, Barcelona, 1988, p. 83.

deliberadamente huyeron del terror romano, deduciremos cuáles habrían sido entonces los **herederos de grandes grupos que los romanos arrancaron de sus tierras** para transplantarlos en otros y lejanos territorios.

Se reconoce pues a los *sajones* (1) y a los *anglos* (2) que, como venimos asumiendo, serían los descendientes de aquellos que, cuatrocientos años antes, habrían fugado de Inglaterra poco antes y/o durante la conquista romana a la isla.

Se identifica también a los *francos*, en la margen derecha y central del Rin (3), que no serían sino herederos de aquellos grupos de *galos* y *belgas* que escaparon de las manos de los ejércitos de César. En la vecindad, en menor número, estaban los *burgundios*, que no por simple casualidad habían sido también sus vecinos antes de partir: los “borgoñeses”, viejos habitantes de la Borgoña francesa.

Están además los *lombardos* (4), casi en la cabecera izquierda del Danubio. ¿Cómo y de qué lugar habrían llegado los *lombardos*? No se nos dice. No obstante, ¿no es acaso Lombardía la amplia zona del norte de Italia a la que pertenece Turín? ¿No resulta entonces consistente asumir que los *lombardos* no eran sino los descendientes de los *tulingos* –o, mejor, *turingios*– que mostró César abandonando sus tierras para escapar del yugo imperial?

Todos los anteriores, pues, pertenecerían –a la luz de la primera hipótesis que venimos planteando sobre este tema–, al conjunto de pueblos en los que una parte significativa de su población, forzada pero también deliberadamente, **migró para escapar de las garras del imperio**. ¿Formaban también parte de ese conjunto los *marcomanos*, *erulos*, *jutos* y *gepidos* –a los que Barraclough ubica en uno de sus mapas³³–? Quizá.

Pero asimismo encontramos a los *germanos* (5), básicamente en el territorio de lo que es la Alemania actual. Unos, quizá la minoría, habían llegado del otro lado del Rin. Para la inmensa mayoría, sin embargo, ése era su territorio ancestral y del que nunca tuvieron que migrar.

Pero había además dos grupos de *ostrogodos* (6), unos en la margen izquierda y central del Danubio, y otros en torno a las nacientes del Vístula. Mas sobre ellos haremos un mayor desarrollo inmediatamente después, porque se trata de un caso sobre el que planteamos una segunda hipótesis.

Y el gráfico muestra por último a los *suevos* (A) –también llamados *cuados* y *quades*³⁴, según parece por deformación fonética del nombre–; y a *vándalos* (B), *visigodos* (C), *avaros* (D) y *alanos* (E). Sus casos ameritan también un mayor desarrollo, en tanto permiten plantear a su vez una tercera y diferente hipótesis.

¿Viejos destacamentos de frontera?

Parte de la Historia tradicional presenta a los *ostrogodos* posesionados de un “área de buenos pastos” irrigada por generosos ríos rusos –como precisa Barraclough³⁵–. La

33 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 69.

34 Engel, *España, del Oriente*..., p. 66. Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 64.

35 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 96 y p. 98.

descripción del territorio “[ostrogodo](#)” que hace dicho historiador corresponde más bien al territorio de los *avaros* y *alanos*. Más adelante, sin embargo, fundamentaremos las razones por las que Barraclough, como muchos otros historiadores habrían caído en ese error.

Ostrogodos

El examen de la información más divulgada permite definir sin embargo que los territorios de los *ostrogodos* eran los dos que indicamos en el [Gráfico N° 22](#), es decir, territorios de la Hungría de hoy, al norte del Danubio (6a), y el valle del alto Vístula (6b) –Polonia–, en las proximidades de Cracovia ³⁶; ambos en torno a la Dacia, la última gran conquista imperial romana en Europa.

¿Qué sabemos de los *ostrogodos* que nos permita entender, durante la crisis de colapso del Imperio Romano, su viaje de más de 1 000 – 2 000 kilómetros hasta Roma; su asentamiento definitivo en la península italiana; y el no menos sorprendente hecho de que uno de ellos alcanzara a erigirse en el [sucesor del último emperador romano](#)?

Se nos dice, por ejemplo, que a partir del año 370 dC empezaron a huir hacia el oeste huyendo de las invasiones de los *hunos*. Sabemos también que 80 años después, en el 451 dC, se les vio en el centro de Francia, aliados con los ejércitos romanos y con otros “bárbaros”, pero esta vez derrotando a las temidas huestes de los *hunos*. Y que cuatro décadas más tarde, en el 493 dC, uno de ellos –[Teodorico el Grande](#)– se instaló como rey en la península, en Ravena, 300 kilómetros al noreste de la Roma que habían arrasado los *visigodos* en el 410 dC y los *vándalos* en el 455 dC.

¿Por qué el “grupo de *ostrogodos*” que supuestamente había salido en estampida huyendo de los *hunos*, abandonando sus ricas tierras paradójicamente terminó afincándose en la pobre y ya derruida Italia tras la derrota de los *hunos*? ¿Acaso sólo porque idos los *vándalos* e idos los *visigodos* había quedado el terreno a su disposición? ¿Qué los atrajo y cautivó de aquella península cuyos campos y ciudades lucían asolados por las secuelas de las pestes, la sequía, la hambruna y una brutal destrucción física en la que todos los protagonistas habían tenido arte y parte? ¿No es razonable presumir que derrotados los *hunos* que los habían empujado, estaban pues dadas las condiciones para retornar a “sus” tierras de Hungría y de Polonia–? ¿Por qué no lo hicieron? ¿Cómo explicar además su alianza militar con los romanos? Por último, una pregunta clave que, no obstante, está ausente en la mayor parte de los textos: [¿qué idioma hablaban los renombrados ostrogodos?](#) Nada hasta aquí nos permite dar respuestas razonablemente verosímiles a esas interrogantes? Busquemos pues otros derroteros.

Teodorico había nacido en el 455 dC, es decir, el mismo año en que los *vándalos* saquearon Roma, y cuatro años después que la generación de sus padres había contribuido a derrotar a los *hunos* en los campos Cataláunicos de Francia. Si –como se afirma–, nació en Hungría, al norte del Danubio, bien pudo ser pues que sus padres no estuvieran como otros *ostrogodos* en los campos Cataláunicos, o que después de esa epopeya habían retornado a sus ricas tierras húngaras. Pero lo cierto es que el que llegaría a ser el rey de los “godos brillantes” –como los califica Robert López ³⁷–, recibió luego una [esmerada educación en Constantinopla](#). ¿Fue éste un premio especial

36 Es poco verosímil que, como registran algunos autores, los “ostrogodos” estuvieran ubicados en el valle “bajo” del Vístula.

37 López, [El nacimiento...](#), p. 32.

por la contribución de los *ostrogodos* para librar de los *hunos* al desfalleciente imperio? No, como veremos, hay razones para pensar en otra posibilidad.

Como fuera, el hecho incontrovertible es que Teodorico, y sin duda otros *ostrogodos* que estaban dentro del área de influencia del Imperio Romano de Oriente, se educaban en Constantinopla. No eran pues extranjeros, ajenos y enemigos declarados del imperio. Los *ostrogodos* –nos resulta tan evidente– **¡eran súbditos del imperio!** De allí que en los campos Cataláunicos, no como aliados –como erróneamente se sigue diciendo en los textos–, sino como parte de lo que iba quedando del ejército imperial, enfrentaron a los genuinos “bárbaros (extranjeros) *hunos*” –y sus aliados–. El hecho de que fueran súbditos del imperio ayuda a explicar también que, como se sabe, no participaran en los saqueos de Roma.

Teodorico el Grande, “diabólico” para unos, y “héroe sin tacha” para otros de los hombres de su tiempo ³⁸, –y “gobernante sabio” ³⁹ para algunos historiadores modernos–, emprendió el viaje hacia Italia, cuando frisaba los 40 años de edad, ostentando probablemente poder económico y sin duda al mando de un destacamento militar no despreciable. **Su objetivo militar no era destruir el imperio al que pertenecía**, sino que tenía los mismos visos de las guerras civiles que en tantas ocasiones habían sacudido al imperio. Su único y muy preciso objetivo era derrocar y sustituir a Odoacro, el militar que acababa de asumir el puesto de “emperador” de un régimen que –en la práctica– ya no imperaba ni en Europa, ni en la península italiana y ni siquiera en Roma. No obstante, todavía resplandecía la estela de prestigio, de poder y de gloria del viejo y poderoso imperio y de los antiguos y omnímodos emperadores. Ello atrajo pues a Teodorico. Pero tuvo que resignarse a “reinar” en Ravena, dado que Roma tenía ya cuatro décadas en ruinas tras los saqueos de los *vándalos* y *visigodos*.

Así, la ceguera y la ambición llevaron a Teodorico y a los *ostrogodos* que lo seguían a un trono sin reino que, sin embargo, coherentemente con el origen de estas gentes, fue legitimado por el emperador del Imperio Romano de Oriente ⁴⁰. Esto último también avala la hipótesis del **origen no extranjero y la condición no “bárbara”** de los *ostrogodos*.

Teodorico el Grande, desde su trono en Ravena, fue incapaz de empinarse por encima de sus pares. En efecto, no logró su meta de organizar una confederación que coordinara el accionar de los reyes diseminados en lo que había sido el antiguo territorio imperial, desde Alemania hasta el África ⁴¹. Fue incapaz de percibir que **ya no había condiciones para restituir el viejo imperio**. En fin, sin haber hecho realmente historia, figura en los textos –como tantos otros–, con una talla que, sin duda, no le corresponde.

A los *ostrogodos* se les viene atribuyendo la formación de un “reino” que ocupaba toda la Italia actual, gran parte de Austria y de Hungría, y todo lo que hoy son Eslovenia, Croacia y Bosnia. Es decir, buena parte del territorio que va de la margen derecha del Danubio hasta el Mediterráneo. **¿No resulta extraño que abandonaran del todo los espacios que se les asigna como lugar de origen?** ¿No asoma ya como interpretación la posibilidad de que, a este respecto en la crisis final del imperio

38 López, *El nacimiento...*, p. 33.

39 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 97.

40 López, *El nacimiento...*, p. 32.

41 López, *El nacimiento...*, p. 32.

hubieran encontrado la oportunidad de abandonar las tierras que nunca consideraron propias, para regresar a las tierras a las que secularmente sentían pertenecer?

¿Eran pues *ostrogodos* los *ostrogodos*? Tal parece que no. [Tal parece que eran “romanos” o, mejor aún, genéricamente “italianos”](#). Expliquémonos. Se dice textualmente, por ejemplo, que “el pueblo ostrogodo entero (...) pudo encerrarse durante algunos meses en los muros de Pavia –[al norte de Italia, muy cerca de Milán]– sin desalojar siquiera a los habitantes”⁴². La frase del historiador norteamericano Robert López tiene una expresión absolutamente inverosímil: “el pueblo ostrogodo entero”. Ello es inaceptable si nos atenemos al hecho de que 80 años antes del nacimiento de Teodorico muchos *ostrogodos*, huyendo de Atila, se dispersaron. Muchos pues no estuvieron en Pavia. Por lo demás, debe pensarse que muchos, entre los que sin duda estaban los campesinos más viejos, decidieran quedarse en Hungría y Polonia que, por lo menos para ellos, ya habían pasado a ser “sus” tierras.

La frase de López, no obstante, ofrece dos pautas muy valiosas. En primer lugar, queda claro que el ejército de *ostrogodos* que acompañaba a Teodorico, sin ser despreciable, no era tampoco muy numeroso. ¿Cómo si no pudo guarecerse íntegro y durante meses dentro de los muros de Pavia? Siendo así, [¿cómo pudo entonces lograr la “hazaña” de conquistar Roma e Italia?](#) ¿A tanta debilidad habían quedado reducidas las fuerzas del imperio que 40 años antes habían sido capaces de derrotar a los *hunos* de Atila, a los que más de una vez se ha atribuido el número de 700 000 entre adultos y niños?

La cita del profesor López da pie entonces para, en segundo término, preguntarnos: ¿cómo entender la pacífica convivencia de Teodorico y los suyos con los habitantes de Pavia? Sin duda, por el hecho de que Teodorico –educado por los “romanos” en Constantinopla, recordémoslo–, y todos los que lo acompañaban, [hablaban el mismo idioma que sus improvisados anfitriones](#). Eran pues tan “romanos” o “italianos” como ellos.

¿Quiénes, pues, eran estos *ostrogodos* –nuestros cada vez más enigmáticos “bárbaros romanos”– contra los que nada ni nadie se interpuso en el camino hacia Roma? Nuestra hipótesis es que los tan nombrados *ostrogodos* no eran sino [herederos de viejas colonias romanas, abandonadas durante siglos](#), cada vez más a su suerte, y con vínculos cada vez más débiles con el Imperio Romano –que ya para la fecha era el decadente y alicaído Imperio Romano de Occidente–.

Asumamos pues, por un momento, que las dos ubicaciones en las que la historiografía ha ubicado a los *ostrogodos* correspondían a otros tantos grandes destacamentos desplazados por el imperio para cuidar sus fronteras, en este caso las de Dacia. Y no es arbitrario suponer que ambos fueron grandes destacamentos militares. Al fin y al cabo, tras la derrota de los *cartagineses*, el gran peligro para los romanos lo constituía el Imperio Persa, que tantos dolores de cabeza había dado a los ejércitos de Grecia, historia que –insistimos– muy bien conocían los estrategas romanos. Es completamente razonable pues que los [estrategas romanos siempre tuvieran el temor de un poderoso ataque persa por la retaguardia](#), que, bordeando el Mar Negro y atravesando Ucrania y Polonia, amenazara muy cerca a Roma. También contra esos ataques sorpresivos y de distante origen estaban curados de espanto los estrategas

42 López, *El nacimiento...*, p. 27.

romanos, a raíz de la increíble incursión *cartaginesa* que había liderado Aníbal. Éste – como se recuerda–, en vez de enfrentar directamente con su flota a los romanos, trató de sorprenderlos por la retaguardia, y, hasta con elefantes, cruzó Gibraltar, España y Francia llegando a los Alpes. Pero, adicionalmente, también los *germanos* del norte de Europa constituían un peligro latente contra el imperio, había pues que protegerlo de ellos. E incluso, en tercer lugar, era necesario apostar destacamentos de avanzada, dispuestos siempre para ampliar las conquistas territoriales.

Aceptemos entonces que, durante los primeros siglos de la expansión imperial, los emperadores romanos ubicaron y mantuvieron a dos grandes destacamentos militares en Hungría y en las proximidades de Polonia. ¿En qué fecha ha registrado la historia la conquista de Hungría? Pues en el siglo I aC ¿Y en qué fecha refiere la Historia tradicional que se encontraban los “godos” en el valle del Vístula? Pues también en el siglo I aC. ¿Debemos aceptar que se trata de una simple coincidencia. No, tal parece que las dos distintas denominaciones que estamos utilizando –“[destacamentos militares romanos \(en Hungría y Polonia\)](#)” y “*ostrogodos*” –, [corresponden al mismo grupo humano](#), rebautizado al cabo de varios siglos.

¿Es difícil imaginar lo que, al cabo de cuatro siglos, había ocurrido con esos destacamentos militares romanos? ¿No estaban acaso compuestos, en todos los casos, por dos tipos de hombres: los que tenían poder y vínculos para, al cabo de un tiempo, lograr el relevo y el retorno a Roma; y las numerosas huestes, civiles y militares, que [generación tras generación tuvieron que resignarse a permanecer en el rincón al que habían sido confinados](#)? Es harto comprensible que, sin perder la expectativa del retorno, miles y miles de soldados y trabajadores “romanos”, sin tener otra alternativa e inadvertidamente, fueran progresivamente asimilando la cultura local –usos y costumbres, entonación del idioma, etc.–, que paulatina e imperceptiblemente los iba “desromanizando” cada vez más. No por ello dejaban de considerarse, con orgullo, “romanos”. Tampoco es difícil imaginar que, cuando aparecieron los primeros apremios económicos del imperio –digamos por ejemplo que durante la “sequía de San Cipriano”–, los gobernantes romanos no pusieron como primera de sus prioridades atender los sueldos de quienes estaban en los confines del imperio. Por el contrario, los abandonaron del todo y a su suerte. Pero no por ello éstos dejaban de añorar Roma o de considerarse “romanos” o “italianos”.

Imaginemos, por ejemplo, a un numeroso destacamento desplazado durante el régimen de Augusto a la frontera noreste del imperio, esto es, y por entonces, a un territorio próximo a ése que hoy absurdamente se nombra como “ostrogodo”. Con el tiempo, y las conquistas siguientes, la guarnición fue necesariamente desplazándose cada vez más al norte hasta que llegó al emplazamiento final en que la Historia ubica a los *ostrogodos*. Pues bien, Teodorico –como estamos asumiendo– y los de su edad, pertenecían, cuando menos, a la vigésima cuarta generación: eran cinco veces tataranietos de los primeros que habían llegado. Pero, además, constituían la [décima generación de exiliados cuya economía ya no dependía de Roma](#) sino de ellos mismos que, en su inmensa mayoría, estaban dedicados a la agricultura.

Los había pobres y los había ricos. No es difícil imaginar que, llegado el momento, cuando dejaron de remitirse los sueldos desde Roma, los de más alto rango del abandonado destacamento, se hicieran no sólo de las más ricas tierras, sino también de los campos más grandes y de los más numerosos hatos de ganado. Ellos y sus hijos y

sus descendientes eran pues ricos. Pobres, sin duda, eran los descendientes de los soldados. Los **ricos**, está claro, eran precisamente aquellos que podían mandar a estudiar a **sus hijos a Constantinopla**, a 1 000 kilómetros de distancia, donde, por su extirpe y pergaminos, eran bien recibidos. En este contexto, coherentemente, aunque sin dejar de llamarnos la atención, durante mucho tiempo se denominó justamente “godo” al rico y poderoso ⁴³. Tal parece pues que Teodorico era rico y poderoso.

Al cabo de veinticuatro generaciones en el destierro, Teodorico y los suyos habían **perdido gran parte de la cultura romana, mas no el idioma**. Tampoco la ambición. Y se consideraban “romanos” de alma y corazón, aunque habían perdido hasta el nombre. Ahora se les llamaba “godos” y *ostrogodos*. Mas, en extrema ausencia de rigor, en la historiografía también se les confunde con los *visigodos*.

En la hecatombe del imperio, Teodorico encontró la ocasión no sólo de regresar a la península en donde habían nacido sus más remotos antecesores, sino de hacerse del poder, es decir, de lo poco que quedaba de él. Él y sus huestes no fueron obstaculizados a su paso por la península, porque no iban arrasando ni incendiando pueblos. Teodorico y la legión romana que comandaba atravesaron casi toda Italia con un sólo objetivo: **destronar al emperador de turno**.

En ésta, como en casi todas las guerras civiles romanas, las masas muchas veces sólo participaban como mudos testigos de los acontecimientos. En ésta, no obstante, tuvieron una importantísima participación, que si bien la Historia ha recogido, no les ha reconocido explícitamente el mérito. En efecto, los pobladores de Italia que los veían pasar, en el campo y en las ciudades, aún cuando los escuchaban hablar en su mismo idioma, reconocían en él un acento extraño. Para estos campesinos y ciudadanos pobres que nada tenían de cosmopolitas, también les resultaban extraños los vestidos y costumbres que de desconocidas y lejanas tierras traía esa desconocida legión de romanos enriquecidos. Todos, pues, contribuyeron a **bautizarlos definitivamente como *ostro (oriente) – godos (ricos)***: hombres ricos de oriente.

¿Grupos transplantados por los romanos?

De lo que muestra el **Gráfico N° 22** resta pues hablar sobre los *vándalos*, *visigodos*, *avaros*, *alanos* y *suevos* que, a decir de la Historia tradicional, conjuntamente con todos los anteriores formarían ese complejo conjunto de “extranjeros” que desde la periferia asolaron al imperio.

Vándalos

¿Cómo y de dónde aparecieron los *vándalos*, “los más anti-romanos” ⁴⁴ de los “bárbaros”? Diremos por lo pronto que –como registra el gráfico aludido–, la Historia tradicional los ubica emplazados en la margen izquierda del Danubio, casi al centro del recorrido del río. Y que quizá el más encumbrado de todos ellos llegó a ser **Estilicón**, uno de los más célebres generales de las postrimerías del imperio, **que llegó a casarse nada menos que con una sobrina del emperador romano Teodosio** ⁴⁵. ¿Podemos

43 Larousse Ilustrado..., p. 507.

44 Barraclough, Atlas de la Historia..., p. 98.

45 Grimberg, Historia, T. 10, p. 37.

imaginar a un extranjero ignorante, a un “bárbaro”, por lo demás asentado tan lejos de Roma y de Constantinopla, adquiriendo sendos privilegios?

¿Cuándo partieron de “su” tierra para emprender el viaje a su punto de destino? No está claro. Pero sí pues que, además de recorrer gran parte del centro de Europa, y atravesar Francia, España, Marruecos y Argelia, sorprendentemente [se instalaron nada menos que en Cartago](#) (hoy Túnez –.& en el [Gráfico N° 22](#)–) en torno al 435 dC. Con ello –según Grimberg ⁴⁶–, quedó fundada la “nueva Cartago”.

¿Cómo entender que un pueblo mediterráneo, intrínsecamente [agrícola y ganadero](#), distante cientos de kilómetros del mar, abandone las fértiles riberas del Danubio y termine al cabo de un prolongado y penoso viaje de casi 6 000 kilómetros instalándose en un territorio que, además de agrícolamente pobre era intrínsecamente [marino](#)?

¿Y cómo entender ese sorpresivo calificativo de “el más anti–romano” de los pueblos “bárbaros”? La historiografía tradicional dice que los *vándalos* [saquearon Roma con brutal salvajismo en el año 455 dC](#). La ciudad –sostiene Grimberg ⁴⁷– “sufrió un saqueo aún más horroroso que el que soportara con los *visigodos* 45 años antes. Durante dos semanas se desmandaron las insaciables hordas por la ciudad y se llevaron todo cuanto tenía algún valor”.

La campaña fue liderada por Genserico, a la sazón rey de los *vándalos*, y al que el historiador sueco reputa de origen “germánico” ⁴⁸. A raíz de ese terrible episodio de la historia, los *vándalos*, con su nombre, dieron pues origen a la palabra “vandalismo”? [“La nueva Cartago vengaba a la antigua”](#) –dice al respecto sin inmutarse el mismo historiador–. ¿Debemos admitir que aquellos agricultores, los recién llegados habitantes de la nueva Cartago, sólo con respirar el viejo aire de la ciudad adoptaron tan grande odio contra Roma?

¿Y por qué después de la toma y saqueo no se instalaron en o en torno a Roma – como habría sido lo “lógico”–, sino que más bien, cumplido su cometido, [volvieron a marcharse](#)?

¿Y cómo llegaron y retornaron de Roma, acaso por tierra? No, Grimberg nos los presenta –a sólo veinte años de haber llegado a Cartago– en “una flota” surcando la desembocadura del Tíber en camino al saqueo de Roma ⁴⁹. Así, sin pudor ni empacho alguno, los expertos agricultores y ganaderos del Danubio, resultan [“transformados”](#) por el gran historiador sueco, casi [de la noche a la mañana, en expertos navegantes](#). Aunque insólita y extraordinaria, esa tremenda metamorfosis no ha asombrado ni llamado a sospecha a muchos historiadores.

Pues bien, en función al destino al que arribaron, y en función a su ostensible animosidad contra Roma, resulta inevitable que venga a la mente la imagen de los 120 años que [–ocho siglos antes–](#) estuvieron cruentamente enfrentados *cartagineses* y romanos. E inevitable asimismo que la mente evoque que los [romanos sellaron su](#)

46 Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 50.

47 Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 49.

48 Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 42.

49 Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 49.

triunfo destruyendo completamente la gran ciudad de Cartago, lo que por cierto no implicó el exterminio de los *cartagineses*. Cartago –debe por lo demás recordarse–, había sido fundada por los *fenicios*, así, los habitantes de la ciudad tenían pues la sangre del pueblo fundador.

¿No resulta entonces verosímil que tras esos dramáticos acontecimientos los romanos hubieran obligado a los sobrevivientes de Cartago a desplazarse hasta el Danubio, en la creencia –ciertamente errónea–, de que así borran del mapa y de la historia al pueblo *cartaginés*? ¿Y que aquellos que fueron desplazados a la margen derecha del Danubio –o sus descendientes– como muchos otros decidieron escapar del yugo imperial cruzando –todos o gran número de ellos– a la otra orilla del caudaloso río, desde donde a la postre partieron de retorno hacia la tierra de sus padres?

Ninguno de sus avatares, ni los siglos de distancia, habrían de borrar de sus mentes la historia de sus antepasados, es decir su propia historia, que había pasado de boca en boca, generación tras generación. Así, la memoria de Aníbal les resultaba impercedera; el recuerdo de sus glorias marítimas los jalaba hacia el océano en el que habían protagonizado sus hazañas. A su turno, el recuerdo de la destrucción de Cartago convertía a Roma en el más anhelado objetivo de su venganza. Y la vengaron con procedimientos que –es propio admitirlo– no fueron más bárbaros que los que habían empleado los “cultos” romanos cuando arrasaron Cartago.

Por su parte, ¿quiénes eran y de dónde aparecen los *visigodos, alanos, avaros y suevos*? ¿Y por qué, ellos también, al cabo de larguísimos recorridos, pudiéndose quedar en cientos de distintos espacios de Europa, por igual la atravesaron íntegramente para, cruzando los Pirineos, establecerse precisa y finalmente en España? ¿Llegaron a España también por accidente? ¿O era ése y no otro el destino que se habían prefijado? ¿Y por qué habrían querido señalar a España como el fin de su marcha?

Para responder a estas interrogantes valdrá la pena volver a tener en mente que los romanos, así como habrían erradicado de sus tierras del norte de África a los *cartagineses*, definitivamente sí lo hicieron con muchos otros pueblos. Ya vimos que el historiador español Altamira afirma que “los romanos (...) aplicaban procedimientos duros y crueles, desterrando a puntos lejanos grupos enteros de población...”⁵⁰

Así, entre otros, y durante la conquista de España, los romanos habrían desterrado a remotos parajes del imperio a los *fenicio-españoles*, esto es, a los herederos de los primeros *fenicios* que siglos atrás se habían instalado en el sur de la península ibérica, especialmente en torno a Cádiz. Pero también a los destacamentos *fenicio-cartagineses* que se encontraban en ella en calidad de grupos de ocupación en nombre de Cartago. Y a los *griego-catalanes*, esto es, a los descendientes de los *griegos* que también desde siglos antes ocupaban diversos puntos de las costas ibéricas, pero en particular las de Cataluña. Y, ciertamente, a grupos de diversos pueblos *cantábricos* –gallegos, astures, vascos– del norte de la península Ibérica.

50 Rafael Altamira, *Historia de la civilización española*, Edit. Crítica, Barcelona, 1988, p. 83.

Gráfico N° 23
Fenicios, cartagineses, griegos y cantábricos en la península Ibérica



Avaros – Alanos

Pues bien –como se ha visto en el [Gráfico N° 22](#)–, para las postrimerías del Imperio Romano, Barraclough ⁵¹ ubica a los *avaros* físicamente cerca de los *alanos*, unos y otros a orillas del Mar Negro, colindantes con las dos más remotas y aisladas colonias del imperio.

Agréguese a la proximidad física entre ellos el hecho de que la [similitud lingüística e incluso fonética de ambos nombres](#) es indiscutible. Todo ello da pie para pensar que efectivamente correspondían a un mismo pueblo que, por añadidura fue también genéricamente denominado “godo”.

¿Qué significa “*avaro*”? Pues no otra cosa que tacaño y usurero, características que, por lo general, también han estado asociados con el “rico y poderoso”, es decir, con el “godo”. Por lo demás, es milenaria la asociación que se ha hecho entre “*avaro*” y “*fenicio*”. ¿Se tratará de una simple coincidencia?

¿Y en qué fecha ubica la historiografía a estos *avaros* / *alanos* asentados en Escitia –al noreste del Mar Negro y en las riberas del Dniéper–, es decir, en los límites del extremo nororiental del imperio, y a tiro de piedra de los *persas* ⁵² –(D) y (E) en el [Gráfico N° 22](#)–? Pues en el [siglo II aC](#). ¿En qué fecha los *romanos* invadieron España en su lucha contra Cartago, y empezaron a desterrar a los *fenicios* –o *fenicio-españoles* como los hemos denominado antes– radicados en el sur de la península ibérica? Pues también en el [siglo II aC](#). ¿Tenemos que admitir que se trata también de una simple coincidencia? ¿No serían entonces estos *avaros* que desde Escitia llegaron a España los descendientes de los *fenicios* que los *romanos* derrotaron, conquistaron, esclavizaron y desterraron precisamente de España?

51 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 69.

52 A este respecto, el mapa que presenta Barraclough en la p. 69 de su *Atlas de la Historia* es concluyente.

Podría objetarse que no, argumentándose que los *avaros* de Escitia eran un pueblo libre y vecino y, en consecuencia, ajeno al imperio? Pero serán los propios protagonistas quienes nos aclaren las cosas. Así, [Sinesio, romano de la época, escribió:](#)

En toda familia acomodada hay un esclavo escita... ⁵³.

Los *avaros* de Escita, pues, no eran extraños al imperio, sino [parte de los pueblos conquistados y esclavizados](#) por el poder hegemónico romano.

Pues bien, a la caída del imperio, a la mayor parte de los *avaros* o *alanos*, tras su larguísima caminata, no les interesó tanto llegar a España, sino a un rincón muy especial de ella. Así, una vez en la península, [la atravesaron íntegra y terminaron refugiándose en el extremo sur](#), en general, en las proximidades de Gibraltar, el territorio que los *romanos* denominaron Bética o Baética ⁵⁴; y, en particular, en torno a Cádiz.

Es decir, exactamente al [territorio de donde habían sido desterrados los fenicio-españoles](#). ¿Debemos admitir que esta es sólo una nueva, aunque ya exagerada coincidencia, pero que contribuiría a dar mayor verosimilitud a nuestra hipótesis?

¿No es verosímil –como proponemos–, que estos *avaros* o *alanos* del Mar Negro fueron descendientes de los *fenicio-españoles* que habían sido esclavizados y desterrados de Cádiz por los conquistadores *romanos*? ¿No habría sido esa una razón absolutamente suficiente para que, llegado el momento, quisieran precisamente [regresar a España y dentro de ella a Cádiz](#), en vez de asentarse en cualquier otro lugar de Europa?

¿Por qué a estos *avaros* o *alanos*, genéricamente se les denominó también “[godos](#)”? ¿Eran acaso también ricos y poderosos? Sin duda, así como había esclavos pobres entre ellos, había también hombres que habían alcanzado a ser libres, primero, y ricos y poderosos, después.

Muchos de estos *avaros* o *alanos* –por cuyas venas corría casi impoluta la sangre *fenicia*–, en el transcurso de los siglos de exilio habían conseguido hacerse [ricos controlando el comercio](#), como bien les enseñaron sus abuelos, pero esta vez entre los pueblos *persas* y los del extremo oriental del Imperio Romano, tanto en el Mar Negro como remontando el Danubio.

Coincidentemente, Sinesio habla además de la existencia de *escitas* “[corruptores de la \[burocracia\]](#)” ⁵⁵. ¿Quiénes sino los ricos y poderosos podían corromper a la burocracia romana?

Los romanos que tomaron la decisión de originalmente recluirlos tan lejos, nunca supieron que, además, esas colonias se contarían entre las primeras en enterarse, siglos después, de la presencia de los *hunos* que, en interminables oleadas de migración, pero también de asalto, llegarían desde el centro del Asia, desde miles de kilómetros de distancia.

53 En Carl Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 38. La cursiva es nuestra.

54 Altamira, *Historia de la...*, p. 95. Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 64.

55 En Grimberg, *Historia...*, T. 10, p. 38.

Puede presumirse que las familias ricas de *escitas* –*avaros* o *alanos*–, [para no ver reeditado en ellos el drama de sus antepasados](#), salieron en estampida de las tierras que ocupaban, tan rápido como divisaron y soportaron las primeras y multitudinarias avanzadas de *hunos*. La fuga y tránsito de aquéllos por Europa, que en los siglos de mayor poderío del poder imperial era inimaginable, resultaba en las nuevas circunstancias posible pues el imperio sufría ya los extertores de la muerte, el descontrol sobre el territorio era casi absoluto.

Habiendo partido casi simultáneamente con los *visigodos*, aunque desde muchísimo más lejos, llegaron a España cinco años antes que éstos, pero casi simultáneamente con el primer contingente de *vándalos*. No obstante, la conducta de la gran y final oleada de *vándalos* marcaría la real diferencia con los *avaros* o *alanos* que [sólo buscaron salvar el pellejo](#).

La historiografía española afirma que, veinte años después del arribo de los *avaros* o *alanos* a España, [fueron expulsados de ella por los visigodos](#) en el año 429. Vale la pena tratar de entender esa violenta conducta de los *visigodos* o, si se prefiere, tamaña animosidad. Pero lo veremos algo más adelante.

De otro lado, ¿no es digna de sospecha la coincidencia de que los *vándalos* –que presumimos herederos tanto de los *cartagineses*, o, si se prefiere, de los *fenicio–cartagineses* de Cartago; como de los *fenicio–cartagineses* del sur de España–, y los *avaros* –que a su vez presumimos herederos de los *fenicio–españoles* del sur de la península ibérica–, [llegaran simultáneamente](#) a sus respectivos destinos?

Bien puede suponerse que su [común extirpe fenicia](#) hubiera sido la que motivara una buena y fluida comunicación entre ellos, facilitada por el Mar Negro y el Danubio – como claramente se aprecia en el [Gráfico N° 24](#)–.



Debe por último recordarse que los *fenicio–españoles*, en Cádiz, como los *fenicio–cartagineses*, en Málaga y Cartagena, [compartieron en España un mismo territorio](#): Andalucía.

¿No resulta sorprendente que, al retornar siglos después, “su nombre (*vándalos*) – como lo afirma el propio y erudito Grimberg–, parece hallarse en la etimología de la voz “Andalucía” (Vandalucía)...”⁵⁶.

¿No resulta absolutamente sugerente que [llegaron precisamente con el nombre del territorio al que arribaron?](#) ¿No habría sido más lógico que llegaran con el nombre del territorio de donde venían? ¿Puede todo ello tratarse, también, sólo de simples casualidades? Deja por el contrario de ser una simple casualidad si asumimos que llegaron a Andalucía (Vandalucía) los herederos de muchos de los que habían sido precisamente desterrados de Andalucía.

Visigodos

Los *visigodos*, por su parte, provenían, según se ha visto –(C) en el [Gráfico N° 22](#) y como también se aprecia en el [Gráfico N° 24](#)–, de la ribera norte o margen izquierda del [Danubio](#). Y, conforme lo sostiene la historiografía tradicional, en una marcha de miles de kilómetros, atravesaron gran parte del territorio de Europa para establecerse y fundar un “reino” en la península en [España](#).

Dice la historiografía tradicional que –como los *vándalos*–, los *visigodos* abandonaron sus tierras en el 370 de nuestra era, presionados por otros “bárbaros” que venían del este [huyendo](#) de las huestes de Atila⁵⁷. Y también se nos dice que, ocho años más tarde, en el 378 dC, “doblaron las campanas que anunciaban la muerte del imperio, [[las legiones romanas quedaron](#)] aniquiladas por el ataque de la caballería *visigoda*”⁵⁸.

¿Resiste el más mínimo análisis que un pueblo que huye despavorido fuera capaz de “aniquilar a las legiones romanas”? ¿Por qué los estrategas romanos concentraron su atención en estos prófugos si el gran enemigo, como se nos ha dicho, eran los temibles y numerosísimos *hunos*? ¿Debemos aceptar que los *visigodos* eran tan necios de [enfrentar a las legiones romanas cuando les pisaban los talones los temidos hunos](#)? ¿Es que no era más sensato desperdigarse por los campos y esconderse en los bosques y lagunas inaccesibles, como lo habían hecho los pueblos durante la cacería de Julio César? ¿No era también más razonable cambiar de rumbo para dar paso a que los *romanos* se enfrenten directamente y se eliminen con los *hunos*? Y por último, como más tarde lo harían los *ostrogodos*, ¿no era más sensato aliarse con los *romanos* para juntos enfrentar con mayores posibilidades de éxito a los *hunos*, el enemigo común?

Las cosas se nos complican aún más si –retomando la imagen de los [Gráficos N° 22](#) y [N° 24](#)–, observamos la ubicación de Adrianópolis, allí donde los *visigodos*, a pesar de estar supuestamente huyendo en estampida, destrozaron a las legiones *romanas*. ¿Resiste algún análisis imaginar que [Adrianópolis](#) –al sudeste de su punto de partida– estuviera [en el camino de su marcha de “huida”](#)? ¿No es evidente más bien que llegar a Adrianópolis constituía un evidente desvío que la historiografía tradicional no tiene cómo –ni ha intentado– explicar?

Treintidós años más tarde, siempre supuestamente en su marcha de huida, se nos presenta a los *visigodos*, tomándose el no pequeño esfuerzo de [desviarse 500 kilómetros](#)

56 Grimberg, *Historia*, T. 10, p. 42.

57 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 96.

58 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 96. La cursiva es nuestra.

de ida y otros tantos de vuelta, para saquear Roma en el año 410 dC. ¿Eran tan necios de arriesgarse nuevamente, pero esta vez para que la mancha de *hunos* les tapone la salida hacia el continente y los arroje irremediamente a que se ahoguen en el Mediterráneo? Pues bien, serán otros datos y otras interrogantes las que nos saquen del atolladero.

Su actuación en la capital del imperio “sacudió al mundo civilizado” –como anota Barraclough⁵⁹–. “Saquearon [Roma] durante tres días y tres noches” –dice esta vez Grimberg⁶⁰–, y agrega que salieron de ella cargando “un inmenso botín y un número incontable de prisioneros”, entre ellos a la hermana del emperador. Cumplido su objetivo, **puediendo quedarse en Roma o en las campiñas de Italia las despreciaron**, reiniciando el largo viaje a pie que finalmente los llevó hasta España. ¿Por qué ellos pues también a España?

¿Por qué pudiendo además quedarse en Francia siguieron adelante? **¿Qué los llevó o qué los llevaba hasta España?** Y por último, ¿por qué, como lo habían hecho los *vándalos*, los *visigodos* en cambio no cruzaron Gibraltár ni siguieron adelante, sino que se estacionaron pues en la península Ibérica?

¿Será que, como hemos supuesto para los *avaros* o *alanos* y los *vándalos*, los *visigodos* tenían también un objetivo preciso y sólo uno, y que éste fuera precisamente llegar a España y sólo a ella?

El origen de su larga marcha nos da una primera pauta para la respuesta. Y es que el “origen” de los *visigodos* fue la Dacia romana, esto es, ni más ni menos que **Rumania** actual. Rumania, como se sabe, es el único pueblo del este de Europa con **lengua de origen latino**. La historiografía tradicional atribuye esa característica a la colonización romana, desde la conquista de esos territorios y pueblos durante el imperio de Trajano, en el siglo II dC.

Pero si la colonización romana fuera “la razón” del origen latino del idioma rumano, **tanto o más deberían tener esa característica los idiomas de Suiza, Bélgica**, de los *germanos* del oeste del Rin, de los *austriacos*, *eslovenos* y *croatas*, todos los cuales estuvieron –hasta físicamente–, más cerca de la influencia romana que los *rumanos*, e, incluso, durante un período más prolongado que éstos. Tal parece, pues, que necesitamos una razón más coherente y convincente que ésta. Tratemos de encontrarla.

¿**A dónde fueron a parar** en los primeros siglos de expansión imperial los conquistados, esclavizados y **desterrados griego–catalanes** que expulsaron los *romanos* de sus ricas, pobladas y prósperas viejas colonias del noreste de España (véase el **Gráfico N° 23**)?

No es difícil imaginarlos –por ejemplo, e hipotéticamente–, siendo trasladados por oleadas, durante las primeras décadas de expansión imperial, a la Bulgaria de hoy, al sur o margen derecha del Danubio. Tampoco es difícil imaginar que, duros e indóciles como habían sido con sus conquistadores *romanos*, muchos de ellos atravesaran el Danubio para **establecerse en la Dacia, fuera del alcance del yugo imperial**.

59 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 96.

60 Grimberg, **Historia**..., T. 10, p. 39.

Allí la masiva presencia peninsular *griego-catalana* fue sin duda perfilando paulatinamente el **carácter latino al idioma del pueblo nativo**.

Debe sin embargo tenerse en cuenta otro aspecto importante. Y es que las características de la resistencia peninsular contra los *romanos* nos permiten imaginar a muchos de los más **cultos, prósperos y experimentados griego-catalanes** siendo expulsados de sus tierras y llevados a esos pobres, poco poblados y poco desarrollados territorios de Bulgaria, y de donde huyeron hacia los no menos pobres y poco poblados de la vecina Dacia.

Así, su **influencia** de todo orden en el territorio al que llegaron **debió ser relativamente grande**, asombrando con sus conocimientos a los nativos. Ello, sin duda, les concedió gran ascendiente. Y esto, a su turno, facilitó la dispersión en ese territorio del “idioma” –o, mejor, de la mezcla de idiomas latinos– que traían.

Cientos y miles de descendientes de esos *griego-catalanes* habrían ido naciendo, **creciendo y multiplicándose en la Dacia**, pero conservando en la mente el orgullo y amor por su patria de origen y su profunda identificación como *griego-catalanes*.

Si grupos enteros de población *griego-catalana* habían sido expulsados de su tierra en el **siglo II aC**, no debió ser insignificante –respecto de la población nativa– el número de los descendientes e hijos mestizos de los migrantes asentados en la Dacia, hacia el **siglo II dC**, al cabo de **cuatro siglos de estancia**, cuando Trajano emprendió la conquista de esos territorios y su incorporación al imperio.

La Dacia (Rumania) fue una de las últimas conquistas imperiales. ¿Por qué la emprendió **Trajano** y no alguno de sus predecesores? ¿Sería acaso porque Trajano fue el primer hombre que llegó a ser emperador romano habiendo **nacido precisamente en España** ⁶¹ y, sin duda, habiendo aprendido de niño el idioma de los peninsulares?

Es verosímil pues que Trajano hubiera considerado que **la avanzada peninsular** que de hecho estaba instalada en la Dacia **facilitaba enormemente el sometimiento de ese territorio**. Y que el idioma común entre él y esa avanzada facilitaba también las cosas. Y no debería extrañarnos que, por iniciativa del propio Trajano, la conquista de la Dacia hubiera reportado grandes beneficios a más de uno de los descendientes de los trasplantados *griego-catalanes* allí asentados.

¿Qué características tuvo la conquista romana de la orilla norte del Danubio –en la Dacia–? No hemos encontrado información pertinente, mas en el contexto que venimos desarrollando, no sería de extrañar que esa conquista romana hubiera tenido, más que militares, ribetes político-administrativos. En todo caso ello puede desprenderse de la siguiente afirmación del historiador español Rafael Altamira: los *visigodos* vivieron **“mucho tiempo en contacto pacífico con los romanos”** ⁶².

¿Cómo explicar ese “contacto pacífico”? Pues es muy probable que por el hecho de que las presunciones de Trajano fueron acertadas. Esto es, que la comunidad idiomática con la **avanzada peninsular** asentada en la Dacia ya varios siglos, reportó

61 Ello, sin embargo –como razona Américo Castro (en **Sobre el nombre...**, p. 42)– no le otorgaba a Trajano la condición de “español”. Trajano, como Séneca, era, simple y llanamente, un *romano* nacido en España.

62 Altamira, **Historia de la...**, p. 96. La cursiva es nuestra.

magníficos resultados de [intermediación y entendimiento](#) entre las huestes de Trajano y los habitantes de la Dacia. Así, la animosidad contra los nuevos contingentes *romanos*, tanto de los nativos originarios, de sus viejos huéspedes descendientes de *griego-catalanes* y de los comunes hijos mestizos de ambos grupos, quizá ni siquiera existió o, en su defecto, fue menor que la de otros pueblos conquistados.

Sobre las características de la población asentada en la Dacia que encontraron las legiones de Trajano, hay un aspecto complementario en el que generalmente poco se repara, pero que es de enorme importancia. En efecto, después de los enfrentamientos de resistencia durante la conquista de la península Ibérica en el siglo II aC, y luego de las represalias y genocidios perpetrados por los *romanos*, no debemos estar muy lejos de la verdad si estimamos que, en su gran mayoría, la [población exiliada de griego-catalanes que llegó a la Dacia estuvo conformada mayoritariamente por mujeres](#), niños y ancianos. Esa población trasplantada, a la que nos resistimos a imaginar autoextinguiéndose, sólo pudo pervivir mezclando su sangre con la de los nativos de la Dacia.

Así, en el siglo III dC, es decir, poco antes del inicio de la gran marcha de retorno, ya se habían cumplido [cinco siglos de estancia y mestizaje](#) –cultural, étnico e idiomático– en las riberas del Danubio. Habían pues transcurrido venticinco generaciones. Todos los descendientes de los primeros exiliados, sin excepción, habían nacido allí. Todos, sin excepción, eran tataranietos mestizos de pobladores que, a su vez, eran tataranietos de quienes también habían nacido allí. Todos, sin la más mínima duda, tenían en sus venas sangre de la península y sangre del Danubio.

Mas para esa fecha, un siglo hacía ya a su vez que esa mixtura de pobladores de la Dacia [alternaba y se mezclaba con los legionarios romanos que emplazó Trajano](#) en ese territorio. Los mismos que, como hemos presumido para el caso de los ostrogodos, al entrar en crisis el imperio, fueron también abandonados a su suerte, de modo que para supervivir se vieron precisados a integrarse con sus anfitriones de manera aún más intensa.

[¿Con qué gentilicio entonces se identificaban?](#) Es decir, ¿cómo se designaban a sí mismos los descendientes de los desterrados originales? ¿Cómo llamaban éstos a los nativos propiamente dichos? ¿Cómo denominaban los nativos a los viejos migrantes y a los legionarios que recientemente habían llegado? Y, finalmente, ¿cómo denominaban todos ellos a sus comunes y mestizos descendientes que muy probablemente eran ya la mayoría dentro del conjunto de la población de la Dacia?

A este propósito, bien vale recordar que así como los *cretenses* bautizaron a los comerciantes del extremo este del Mediterráneo como “fenicios”, y los *romanos* rebautizaron con éxito como “griegos” a los *helenos*, muchos pueblos terminan [llamados no como ellos a sí mismos se denominaban](#), sino tal y como otros los llamaron.

Pues bien, ya no resulta muy riesgoso presumir pues que [el gentilicio de los cuatro grupos de la población de la Dacia](#) hacia el siglo III dC –el anfitrión nativo, los descendientes no mestizos de los viejos inmigrantes, los miembros de los destacamentos militares romanos que ya habían acumulado allí un siglo, y los hijos mestizos de los tres grupos anteriores– [terminara siendo virtualmente el mismo](#). ¿Pero cuál era?

Durante cuatro siglos, antes de la conquista oficial de la Dacia, el nombre que más se repetía en Europa era “**romanos**”. Así, no es difícil imaginar que los nativos originales de la Dacia identificaran con ese nombre a los desterrados *griego-catalanes* que habían llegado como inmigrantes e invasores a su territorio: sin duda los veían como “romanos” (pronunciándolo como “**rumanos**”), por el hecho de haber sido llevados o empujados allí precisamente por los genuinos romanos. Los “**dacios**”, pues, para denominar de alguna manera a los nativos, creyeron que habían llegado “romanos” y los llamaron así de allí en adelante.

Pero tampoco es difícil imaginar que tras adquirir gran prestigio entre la población nativa, y al cabo de muchas generaciones de tener hijos mestizos con ella, los viejos inmigrantes terminaran por esta vía, sin pretenderlo, endosando a sus hijos mestizos el nombre que a su vez les había sido endosado a ellos. Así, los “invasores” –los herederos de los *griego-catalanes*–, los “invasidos” –los nativos de la Dacia–, y sus hijos mestizos, quedaron todos convertidos en “**romanos**”, del que es evidente habría derivado fonéticamente “**rumanos**”. Y, sin duda, desde la llegada de los legionarios romanos de Trajano el común gentilicio quedó totalmente consagrado.

En todo caso, todavía los lingüistas tienen la palabra: ¿efectivamente “**Roma**” y “**romanos**”, dieron origen a “**Románia**” –como oficialmente y en su propia lengua se llama hoy Rumania–, y a “**rumanos**” –su gentilicio en castellano–?

Pero también deberán explicar por qué precisamente **en idioma catalán** –convalidando nuestra hipótesis del origen *griego-catalán* de los *visigodos*–, Rumania se escribe “**Romania**”, esto es, casi exactamente igual pues que en el idioma rumano⁶³.

Tratemos de comprender entonces ahora el comportamiento de estos “romanos” –“rumanos”, presuntos descendientes pues de *griego-catalanes*, y a la postre “visigodos”, que salieron desde el Danubio con destino a España. Y prescindamos por un instante de la idea de que fueron “empujados” por la invasión de los *hunos*. ¿Qué señas habían recibido para suponer que **la hora del retorno había llegado**? Ellos, según se nos ha dicho, partieron hacia el año 370 dC (coincidiendo sin embargo con la llegada de las primeras oleadas de *hunos* a Europa).

Pues bien, en el siglo anterior (en el año 235 aC), el **Imperio Persa había invadido** el extremo este del imperio y capturado Antioquía (en Siria), saqueando la tercera ciudad en importancia del imperio, y, como está dicho, capturando incluso al propio emperador romano: Valeriano. Sin duda la noticia llegó pronto a oídos de los *rumanos* / *visigodos*.

En la década siguiente, estalló la “**sequía de San Cipriano**”⁶⁴, dejando una estela de hambre y pestes en la península italiana. Huyendo de las pestes y de la hambruna muchos romanos importantes se trasladaron a Bizancio (Constantinopla). También estas noticias pronto llegaron a la Dacia o, si se prefiere, a Rumania.

63 Diccionarios, INTERNET, www.diccionarios.com

64 Recuérdese que estamos denominando así a una grave sequía (“*el invierno ya no tiene bastante lluvia...*”), de la que solitariamente informó San Cipriano, obispo de Cartago, y que la inmensa mayoría de los historiadores consideró un dato “ridículo” (Robert López, **El nacimiento de Europa**, Edit. Labor, Barcelona, 1965, p. 29).

En la década siguiente –es decir, cuando nadie todavía había oído hablar de los *hunos*– llegó a los *rumanos* / *visigodos* la importantísima noticia de que los *francos*, que se habían refugiado al este del Rin, **retornando a su territorio ancestral, lo liberaron**, independizándose del poder imperial. Para la historiografía tradicional, sin embargo, los francos invadieron el imperio, e ingresaron a Francia para formar “su propio imperio”⁶⁵. Lo definitivo no obstante es que el trascendental episodio ocurrió durante los años 259 y el 269. Y, bien podemos suponer, las noticias potenciaron aún más los ímpetus nacionalistas y revanchistas de los *rumanos* / *visigodos* más anti–romanos.

Pocos años más tarde, sin poder resistir las presiones que suscitaba la crisis del imperio, **Dioclesiano** –bien guarnecido en el sector Oriental– **decidió dividir el imperio** y ceder la administración de Occidente a Maximiano. Para las primeras décadas del siglo siguiente, ya el centro de gravedad del imperio se había trasladado a Oriente⁶⁶.

Así, Rumania, y otros territorios del entorno inmediato a Constantinopla, empezaron a soportar, a partir del año 330, las **cada vez mayores exigencias de la nueva sede imperial**. Éstas, ante la gravedad de los acontecimientos, fueron económicas y militares.

Es decir, para controlar las invasiones de los *persas*, responder a la independencia de Francia, y prevenir otros fenómenos independentistas como ése, era necesario obtener mayores ingresos que permitieran **financiar el equipamiento y avituallamiento de los nuevos batallones** imperiales que, además de conformarse con levas compulsivas, en gran parte estaban constituidos por costosos mercenarios “bárbaros”. Las urgencias fiscales eran tales que movieron a Constantino el Grande a “robar los tesoros de los templos paganos” y a imponer contribuciones al comercio “que sus recaudadores obtenían a fuerza de latigazos”?⁶⁷.

¿Es acaso difícil imaginar en ese contexto que, quienes como los *rumanos* / *visigodos*, estaban más próximos a la nueva sede imperial –más cerca que los *húngaros*, los *croatas* y los *griegos*, por ejemplo–, fueron los más afectados con **el rigor de los nuevos impuestos y el rigor de las levas**, ordenados desesperadamente por Constantino el Grande? “La explotación a que fueron sometidos por los funcionarios imperiales y por jefes militares romanos les creó una situación insostenible para su orgullo” –afirma en tal sentido un historiador⁶⁸–.

Fritigerno, el *rumano* / *visigodo*, rico y poderoso como el Teodorico de sus vecinos los *ostrogodos*, y el resto de los “magnates visigodos”⁶⁹, habrían pues considerado en el 377 dC que había **llegado la hora de alzarse contra el imperio** –como 120 años antes lo habían hecho los *francos*–. Pero para ello debían necesariamente enfrentar y liquidar el poder hegemónico de Constantinopla. Y se dirigieron pues hacia allá. Bajo circunstancias así adquiere entonces sentido que la gran batalla de Adrianópolis (en el año 378 dC), y en la que murió el emperador Valente⁷⁰, se diera precisamente en territorio del aún fuerte Imperio Romano de Oriente, que fallida y

65 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 68.

66 Barraclough, **Atlas de la Historia**..., p. 68.

67 López, **El nacimiento**..., p. 17.

68 Véase www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm. Lamentablemente no figura el nombre del autor, el mismo que presenta sin embargo un trabajo muy extenso y erudito.

69 www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm.

70 Véase www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

infructuosamente había enviado sus ejércitos con el propósito de derrotarlos. Véase una vez más a este respecto el [Gráfico N° 24](#).

Hay un [dato](#) de la historiografía tradicional sobre los *visigodos* que resulta seriamente [inconsistente](#) con su victoria militar del 378 dC, pero más aún con su decisión de rebelión el 377 dC. En efecto, se dice que en el 375 dC, esto es, apenas dos años antes, habían perdido dos sucesivas batallas con los invasores *hunos*. ¿Podemos imaginarlos recomponiéndose tanto en tan poco tiempo, como para tras ser derrotados por los *hunos*, liquidar a las legiones romanas? En fin, no tenemos forma de resolver categóricamente tan saltante inconsistencia.

No obstante –y como se verá con mayor detalle más adelante–, habiendo empezado a llegar los *hunos* tan sólo en el 370 dC, para cinco años más tarde aún constituían un [grupo muy reducido incapaz de enfrentar y derrotar a los visigodos](#). Bien pudo tratarse de acciones de pillaje incontroladas que de manera interesada y tendenciosa fue presentada por la élite *visigoda*, ya sea para reclamar apoyo de Constantinopla o para tratar de minimizar la presión tributaria de que era objeto de parte del poder imperial.

Cierto y consistente es en cambio que 32 años después de la epopeya de Adrianópolis los *rumanos* / *visigodos* llegaron a saquear Roma. Y de Roma pasaron al sur devastando Campania, Apulia y Calabria ⁷¹. Ello significa, sin duda, que después de la batalla de Adrianópolis, triunfantes, con el prestigio de su ejército al tope, retornaron a las riberas de Danubio. Y quizá sólo [recién tres décadas después emprendieron la marcha que finalmente los llevó a España](#). ¿Acaso huyendo de los *hunos* que habían sido avistados desde el 370 dC y que supuestamente los derrotaron en dos batallas en el 375 dC? Muy poco probable. Porque difícilmente los hábiles estrategas que habían liquidado al ejército romano en Adrianópolis, habrían sido tan ingenuos de, en tan supuestas apremiantes circunstancias, desviarse del camino e ingresar a la península itálica, incluso hasta más al sur que Roma, con el riesgo de ver taponada su salida por los *hunos*. Todo sugiere pues que los *hunos* no eran tan temibles y temidos como los pinta la Historia tradicional –y con ella la cinematografía–, ni avanzaban tan rápido como lo insinúan las típicas y consabidas imágenes de hordas al galope.

El viaje desde las riberas del Danubio hasta Roma debió tomar al pueblo y ejército *rumano* / *visigodo* no más de dos o tres años. Porque su segundo y más largo tramo, de Roma al noreste de España, apenas les tomó cuatro años. En efecto, [llegaron a su destino en el 414 dC](#) –aunque algunas fuentes reportan como fecha el 411 dC ⁷²–. Pero Alarico, el mayor héroe de su historia, no alcanzó a ver el triunfo final: había muerto en el camino, y fue sucedido por Ataúlfo.

¿Cómo entender finalmente que estos a los que venimos identificando como “*rumanos* / *romanos*” terminaran denominados como “*visigodos*”? ¿Quién, cuándo y por qué les endilgó el nuevo nombre, éste pues con el que han quedado registrados e identificados en los textos de Historia? Habría, por lo menos, dos versiones; o, eventualmente, una sola, siempre que los lingüistas presten su concurso para aclarar el asunto.

71 Véase www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

72 Véase por ejemplo www.portaldehistoria.com

En efecto, y en primer lugar, así como la palabra “vándalo” parece estar estrechamente relacionada con [V]Andalucía, también el historiador Grimberg ⁷³ sostiene que el nombre “visi-godos” parece derivarse de “Got-land” o “Gota-launia”, que pertenecen precisa y coincidentemente a la etimología de “Cata-luña”. De ser así, ¿no le resultó a Grimberg extraño y poco consistente que los *visigodos* llegaran con un nombre que derivaría de su lugar de destino, y no, como sería de esperar, del territorio de procedencia, y del que supuestamente eran originarios, la Dacia romana?

A la luz de nuestra hipótesis, en cambio, nada tendría que sorprender que habiendo sido desterrados de Cataluña, regresaran a ésta con un nombre nacido y emparentado con ella. En apoyo de esta presunción, el propio historiador romano Tácito, muy significativamente apenas en el siglo I dC, denomina “Gotones” a los *visigodos* ⁷⁴. ¿Puede dudarse que este “Got-ones” deriva del catalán “Got-land”? ¿Porque a título de qué Tácito habría redenominado “Gotones” a los *visigodos*? O, si se prefiere, ¿por qué hubo de nominar a pobladores del norte del Danubio con una palabra de muy probable origen catalán?

Una segunda posibilidad, que –como veremos– no necesariamente es contradictoria con la primera, resulta de comparar el significado de “ostro-godos” con el de “visi-godos”. En efecto, hay autores que sostienen que “visi-godos” derivaría del germano “west gohts”, como “ostro-godos” del también germano “ost-gohts”. Esto es, pues, significarían en la lengua de los *germanos* “godos del oeste” y “godos del este”, respectivamente.

Pero si volvemos a reparar en el Gráfico N° 22, ¿para quiénes resultaban del “oeste” esos “romanos / rumanos / visigodos”? ¿Acaso para los pobladores de la península Itálica, o de Francia o de la península Ibérica? No, para todos éstos esos “godos del oeste” llegaban del este. Resultaban en cambio occidentales para los pobladores y defensores de Constantinopla, en cuyas filas militaban muchísimos soldados *germanos*. Pero si esta última fuera la explicación, resultaría que los *ostrogodos*, “godos del este”, estaban aún más al oeste que aquéllos. Esa interpretación no es por tanto válida.

No obstante, esa pista insinúa otra en la que sí tendría completa coherencia la diferenciación este / oeste para ambos tipos de *godos*, y que permite explicar que quedara consentido el absurdo lógico de llamar del este a quienes estaban al oeste y viceversa. No obstante, diferimos el desarrollo de esa idea para cuando presentemos nuestra interpretación de por qué razones habría en la historiografía tradicional tan grande confusión entre *ostrogodos* y *visigodos*, al extremo que se les ubica indistintamente a unos donde estuvieron los otros, ya sea que se les defina y ubique en términos geográficos o políticos o militares.

Pues bien, parece razonable asumir que, a través de un infinitamente reiterado “goths” para referirse a los pobladores de la margen izquierda del Danubio, fueron los *germanos* quienes finalmente impusieron el “godos”. ¿Mas a título de qué los *germanos* habrían bautizado por igual como “godos” tanto a quienes se asentaron a la mitad del Danubio, los *ostrogodos*, como a los que lo hicieron en el bajo Danubio, los *visigodos*, siendo que todo sugiere que eran pueblos realmente distintos? ¿Quizá por el hecho de

⁷³ Grimberg, *Historia...*, p. 42.

⁷⁴ En www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

que estaban situados muy próximos unos de los otros –como una vez más puede constatarse en el **Gráfico N° 25**–? Es en todo caso un argumento plausible.



Pero se estima asimismo que la denominación “visi-godos” derivaría de la también germana expresión “wis-gohts”: “**hombres fuertes**”⁷⁵. Esta vez, entonces, el “gohts” ya no significaría “godos” sino “fuertes”, que en más de un sentido equivaldría a aquella otra interpretación ya citada en que significa “ricos, poderosos”.

¿Pero qué ocurre si al propio tiempo asumimos que “gohts” y “godo” habrían derivado del originariamente catalán “Got”, como ya se vio? ¿No es lógico imaginar que antes de prevalecer la connotación “ricos o fuertes”, porque quienes se autodenominaban *godos* llegaron pobres y desterrados al bajo Danubio, prevaleció simplemente su gentilicio “godo”?

¿Y no es lógico también asumir que, en los amplios valles del bajo Danubio muchos *visigodos se hicieron ricos antes que ello ocurriera entre los ostrogodos*, asentados en valles a mayor altitud y más estrechos, pero que por su cercanía a ambos grupos los *germanos* los denominaron genéricamente *godos*, por gentilicio, y al principio; y luego “godos”, como calificativo, y a la postre?

Pero ya vimos que los *godos* en la Dacia, o del bajo Danubio, habrían adquirido también el gentilicio de *rumanos / romanos*. ¿Sería ésa acaso la primera ocasión en que un pueblo es objeto al propio tiempo de dos denominaciones (¿acaso no ocurre hoy mismo con los *estadounidenses* que al propio tiempo son también *yanquis*; o con los *japoneses* que al propio tiempo son *nipones*; o por último como los *peruanos*, que para mucha gente del mundo somos todos *inkas*?)

En definitiva, nuestros razonamientos permiten concluir que los desterrados *griego-catalanes*, con su “*Got-land*” (¿*cata-lán*?) original, desde el siglo II aC impusieron el “*godos*” con el que los siguieron llamando los *germanos*; pero asimismo

75 En www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

asumieron el “**romanos / rumanos**” durante su larga estancia en la Dacia; y habrían terminado en el siglo III dC como “**godos**” (*visigodos*), pero ya en su connotación de “**ricos**”, y sin duda “**fuertes**” tras sus resonante triunfo en Adrianópolis.

Resulta pues **altamente verosímil la hipótesis** de que los *visigodos* que llegaron de Rumania a Cataluña eran efectivamente los herederos de los *griego-catalanes* que fueron desterrados del noreste de España por los romanos.

Suevos

Sólo nos falta revisar entonces el caso de los *suevos*. Antes de iniciar su larga marcha hacia la península, Grimberg los ubica en el norte de Europa ⁷⁶, esto es, **al este del Rin**, en las proximidades de las fronteras del imperio –(A) en el **Gráfico N° 22**–.

En el año 409 dC los *suevos* **llegaron al norte de España, es decir, a la zona cantábrica**. Y de los grupos desterrados de España al inicio de la conquista romana, coincidentemente, sólo nos resta hablar de los *gallegos*, *astures* y *vascos*, es decir, de los pueblos de origen cantábrico. ¿Se tratará también de otra simple casualidad?

En ausencia de mayor información, y esta vez por descarte, nuestra hipótesis es que los *suevos* no habrían sido entonces sino los **descendientes de los gallegos, astures y vascos desarraigados** en el siglo II aC y trasladados por los romanos a las frías llanuras de la margen izquierda del bajo Rin, cerca de su desembocadura al Mar del Norte. Desde allí, coexistiendo con los nativos *belgas*, muchos habrían huido del poder imperial refugiándose con la mayor parte de los pueblos *germanos* al otro lado del bajo Rin. Así, en el trance de mayor crisis del Imperio Romano, y agravándola, emprendieron el anhelado retorno a las más hospitalarias tierras de sus antepasados.

Habiendo llegado al norte de España el 409 dC, puede presumirse que partieron del territorio germano a lo sumo cinco años antes, esto es, hacia el 404 dC, cuando se cumplían más de **treinta años de la “temida” presencia de los hunos** en Europa. Poco convincente viene resultando pues la vieja tesis del pavoroso y precipitado terror que habrían suscitado los invasores asiáticos.

El **Gráfico N° 26** (en la página siguiente) esquematiza nuestra hipótesis de que cuatro de las más importantes migraciones internas que se produjeron a las postrimerías del Imperio Romano, no habrían sido sino **el retorno de los herederos** a las tierras de sus antepasados en la península Ibérica y Cartago, de donde fueron desterrados a los inicios de la expansión imperial romana.

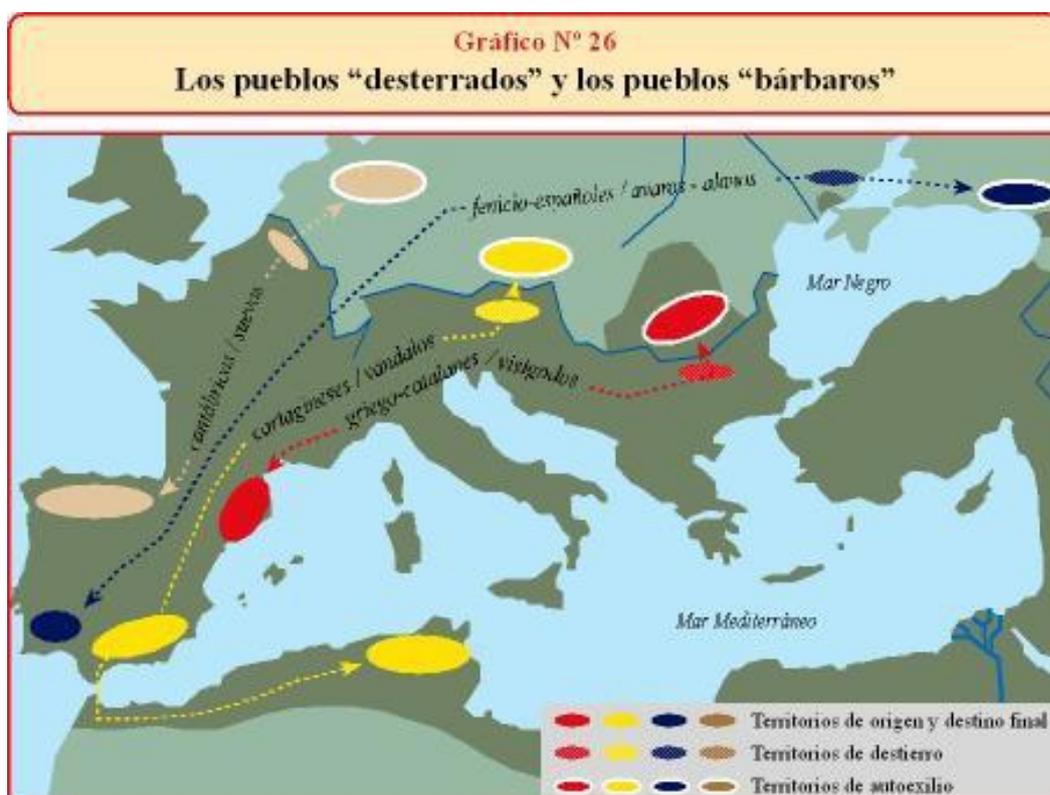
¿Invasiones “extranjeras” o guerras de liberación?

Si a todos los desterrados de España por los conquistadores romanos: *fenicios-españoles*, *cartago-españoles*, *griego-catalanes* y *cantábricos*, genéricamente podemos denominarlos *españoles* ⁷⁷, otro tanto debemos decir de sus descendientes que, al cabo

76 Grimberg, **Historia...**, p. 34.

77 Este planteamiento es claramente opuesto al de los historiadores españoles que, como Américo Castro y Pedro Laín Entralgo, sostienen la tesis de “la no hispanidad de los visigodos” (Castro, **Sobre el nombre...**, p. 39). Para ellos, hay que dar “el nombre de cultura española a la que nace y se constituye después” del año 718 cuando se inicia la Reconquista contra los moros (Pedro Laín Entralgo, en Castro, **Sobre el nombre...**, p. 42 (el texto en cursiva aparece entre comillas en el original). Ocurre que nosotros no estamos hablando de la “cultura española”. Sino de la historia de aquellos hombres cuyos tatarabuelos estuvieron en Atapuerca, hace 900 000 años; cuyos bisabuelos tuvieron “cultura neolítica”; sus padres “cultura íbera”; ellos “cultura romana”; sus hijos “cultura española” y sus nietos “cultura occidental”.

de siglos, retornaron a la península: también eran *españoles*, aún cuando habían nacido fuera y muy lejos de la tierra de la que habían sido expulsados sus padres.



Ellos, nacidos a orillas del Mar Negro, en Rumania, en el Danubio central o en Germania, eran *españoles*; como Trajano y Séneca fueron *romanos*, aún cuando habían nacido en España. Cada uno de los pueblos desterrados **salió de España con un nombre y, al cabo de siglos, retornó a ella con otro**.

En el interín, de boca en boca, generación tras generación, de madres a hijos, todos sin embargo **habían mantenido viva su propia historia**, sus propios valores, sus aspiraciones, sus metas y objetivos. Que Roma y los historiadores romanos, en función de sus intereses, hayan centrado su atención en sí mismos, sin registrar la historia y lo que ocurría cotidianamente entre los “bárbaros” y lo que pasaba por la mente de éstos, es otro problema.

Más lamentable, sin embargo, es que la Historia moderna –como si de un asunto intrascendente se tratara– haya, en la práctica, **obviado que durante el Imperio Romano pueblos enteros fueron movilizados desde sus territorios ancestrales y refundidos** en remotos rincones de Europa.

Y que muchos de ellos, voluntariamente, buscaron refugio fuera del alcance de los *romanos*, prefiriendo el frío, e incluso el hambre, antes que el yugo imperial. Habiéndose **descuidado el dato de esas migraciones, y “perdido” el derrotero** y el destino forzado de cada uno de esos pueblos, todos, de improviso –tanto los historiadores romanos como los modernos–, se encontraron con “bárbaros” por aquí y por allá.

En ese contexto, todo indica que sistemáticamente se omitió [indagar si había alguna racionalidad en el destino](#) por el que optó cada uno de los pueblos “bárbaros”.

Implícitamente se ha dado por sentado que fue simplemente [azaroso y arbitrario](#) el hecho de que *anglos* y *sajones* terminaran en las islas británicas; *ostrogodos* y *lombardos*, en Italia; *avaros* o *alanos*, en el sur de España; *vándalos*, en Cartago; *francos*, en Francia; *suevos*, en la Cantabria ⁷⁸, y; *visigodos*, fundamentalmente en el norte y centro de España.

Pues bien, todos ellos [se “sumergieron”](#) –utilizando la expresión y el criterio de Toynbee ⁷⁹–, [mientras pasaba la oleada romana](#). No desaparecieron. No se extinguieron. Y mantuvieron viva su historia. Y sus expectativas de regresar allí de donde habían venido sus padres. Para cada uno de esos grupos humanos, la del primer origen era “su patria”. No aquella a la que los habían desterrado o empujado los *romanos*.

¿Puede entonces seguirse diciendo que esos pueblos eran “bárbaros” o [“extranjeros” que, llegando desde fuera, asaltaron y asolaron al Imperio Romano?](#) Ciertamente ello es un absurdo: el común denominador es que todos fueron víctimas del expansionismo imperial. Y con el tiempo habrían de cobrarle la factura al agresor. Su actuación final no fue pues la de invasores que agreden. Fue, más bien, la de pueblos conquistados que se rebelaron y liberaron liquidando al imperio que los sojuzgó.

El Imperio Romano no sucumbió pues por la supuesta acción demencial de también supuestas hordas salvajes que llegaron desde el exterior. Sino como resultado de una [revuelta generalizada de los pueblos](#) que habían sido afectados o habían estado aplastados y sometidos por el poder hegemónico: *españoles, franceses, ingleses, belgas, suizos, germanos*, etc., pero también *tunecinos, egipcios, libios, jordanos, palestinos*, etc.

Pues bien, y para concluir con esta parte, si durante la fase en que todos esos pueblos fueron víctimas del expansionismo imperial no primó su propia voluntad, sino las circunstancias, debe sí considerarse fundamentalmente [deliberada su decisión de contribuir a la liquidación del poder imperial](#). Porque sería absurdo creer que en el complejo conjunto de acciones que adoptaron, apenas la de decidir el punto final de sus correrías fue deliberado y conciente.

Los “godos”

En relación con la historia del Imperio Romano se menciona una notable cantidad de pueblos. Sólo en las crónicas de Julio César se cita a [más de una centuria](#). Sin embargo, y aunque con distinta magnitud demográfica y significación política y económica en la historia del imperio –y diferente grado de reiteración en los textos–, la historiografía moderna, para el territorio europeo por ejemplo, cita cuando menos a los siguientes, que presentamos en orden alfabético:

78 Es digno de mayor estudio, por ejemplo, el hecho de que un grupo de “suevos” se dirigió hacia el noroeste de España. ¿Qué relación puede establecerse entre aquellos “celtas” –que, entre el período griego y el romano, proviniendo del centro de Europa (Altamira, *Historia...*, p. 74), ocuparon el mismo noroeste de España– y el “suevos” que siglos después llegaron allí mismo? ¿Y qué relación hay entre éstos y los “suevos” que tenían vínculos con los “nórdicos” –como refiere Julio César– y el hecho de que en Finlandia el idioma no tenga origen germánico?

79 Arnold Toynbee, *Estudio de la historia*, compendio de D. C. Somerwell, Alianza Editorial, Madrid, 1981, 5ª edic., p. 318.

alanos, alóbroges, ambarros, anglos, astures, avaros, belgas, catalanes, borgoñones o burgundios boyos o bávaros, bretones o britones, cantábricos, caturiges, centrotres, eduos, escitas, escotos, eslavos, francos, galos, gépidos o gepidos, germanos, godos, gravocelos, griegos, helvecios, hérulos o erulos, hunos, jutos, lombardos, marcomanos, nóricos o nórdicos, ostrogodos, pictos, sármatas, santones, segusianos, suevos o cuados o quades, tolosanos, turingios o tulingos, vándalos, vascos, visigodo y voconcios.

Por cierto, además de “romano”, ningún otro nombre como “bárbaros” es tan frecuentemente recogido en los textos. Y luego, con alguna menor frecuencia, compiten entre sí los de “germanos”, “godos” y “hunos”.

El de “germanos”, y para muchos efectos, terminó siendo una suerte de nombre, etiqueta o **marca paraguas**. Casi sin mayor esfuerzo de distinción fue aplicado no sólo a los *germanos* propiamente dichos, sino que sin más se aplicó también a todos los pueblos cuyas patrias se ubicaban al este del Rin y al norte del Danubio. Y, sea por extensión, por dificultad de distinción, por economía de lenguaje, y, para muchos jefes y cronistas romanos, hasta con intención de distorsionar los hechos, fue también endosado a todos aquellos pueblos que por escapar del yugo romano se trasladaron al indicado territorio, más allá de los límites septentrionales del imperio.

El hecho de que llegó a prevalecer el uso de ese nombre o gentilicio paraguas, y la muy lamentable intervención del que a su vez puede denominarse “efecto **teléfono malogrado**” –en el que la información inicial difiere sustancialmente de la que registra el último oyente–, impide llegar a conocer a ciencia cierta a qué pueblos realmente correspondía el gentilicio *germano* y a cuáles no. Ambos efectos han tenido la nefasta consecuencia de confundir y lugar a innumerables errores y distorsiones por parte de quienes se han encargado de escribir la Historia.

Si algún caso de confusión hay de magnitudes equivalentes ése es el de “godos”. A muchos pueblos a los que no correspondía les fue endosado el nombre. Pero éste a su vez, como parecen sugerirlo muchos elementos –y como creemos–, en algún momento dejó de ser propiamente un gentilicio para convertirse en realidad de un adjetivo calificativo: “ricos”. Habría pues tenido una evolución como la que a lo largo de siglos había sufrido el gentilicio–sustantivo “bárbaros”, que de significar “extranjeros” pasó a significar “ignorantes, violentos”.

Pero si dentro de ésa, una **confusión** es particularmente notable en la historiografía tradicional, es la que se da **entre ostrogodos y visigodos**. Se les ubica indistintamente a unos en el espacio en que estuvieron los otros. Se cita o refiere a unos cuando debería hacerse referencia a los otros, etc. ¿Cómo explicar el embrollo? ¿Hay forma de explicarlo, más allá de cuando se ha dicho hasta aquí? Sí, y trataremos de mostrarlo con la ayuda del **Gráfico N° 27** (en la página siguiente).

Ciertamente, desde la **ubicación física** en la que los pueblos *germanos* estaban milenariamente asentados, al norte de Europa, en perspectiva físico–espacial, los *ostrogodos* eran, entre los *godos*, los “godos del lado derecho”; y los *visigodos*, los “godos del lado izquierdo”. Para los campesinos y pastores *germanos*, pues, como se habría dicho en lenguaje técnico, los *ostrogodos* no eran los “godos del oeste”, sino los del lado “izquierdo”, y los *visigodos* no eran los “godos del este”, sino los del lado

“derecho”. ¿Cómo entonces, a través de los siglos habría quedado sentenciado el absurdo lógico de que quienes estaban al oeste se les terminó denominando “godos del este”, y viceversa, entuerto que sin la más mínima duda carga con gran parte de la responsabilidad de las confusiones entre unos y otros que hasta hoy se dan? Veamos.



Desde tiempos remotos se tiene por sabido que “todo es relativo”, que las cosas dependen de la perspectiva o del cristal o del criterio con que se las mire. Este principio ha de ayudarnos a plantear una hipótesis que pretende entender cómo eventualmente quedó establecida la diferenciación entre *Ost / West* u *Ostro / Visi* que distinguió a estos dos pueblos, y que con criterio técnico debió ser exactamente a la inversa. Partiremos sin embargo de las siguientes premisas:

- a) En el contexto del proceso de formación del Imperio Romano, los *germanos* vieron llegar al lado norte del bajo Danubio, a tierras que hoy corresponden a Rumania, primero a aquellos pobladores desarraigados del noreste de España que a sí mismos se identificaban como *got-land*, que para aquéllos quedó

fonéticamente convertido en *goths*, y que con el tiempo pasó al castellano como *godos*;

- b) Algún tiempo más tarde, al territorio que hoy corresponde a Hungría, y como vecinos pues de los *goths*, empezaron a establecerse otros cuyo idioma y costumbres, no aparentando para los *germanos* ser muy distintos a los de los anteriores, resultaron entonces tratados de la misma manera, esto es, también como *goths*. Antecedentes probados de estas inadvertidas e involuntarias confusiones y errores de generalización hay muchos.

Así, por ejemplo, los primeros conquistadores de México y del Perú, provenientes de una civilización inmensamente más avanzada que la de los pueblos que iban dominando, les costó no obstante **décadas distinguir que éstos en realidad pertenecían a naciones distintas entre sí**, y que el lenguaje que hablaban no era uno sólo sino uno distinto por cada nación. Los había entonces, como ejemplo, *inkas* que hablaban *quechua*; *kollas* que hablaban *aymara* y *chimúes* que hablaban *sec*. Pero otro tanto también ocurrió a la inversa. En efecto, a los nativos les costó décadas percibir que unos eran *castellanos*, otros *catalanes* y otros por ejemplo *italianos*, y que en verdad cada uno de esos grupos hablaba un idioma distinto. Si ello ocurrió en el siglo XV, cómo pues no suponer que se dio el mismo fenómeno 1 700 años antes, durante los años de formación del Imperio Romano.

Es decir, desde la perspectiva de los *germanos*, a ambos grupos, siendo “iguales”, les correspondía pues un solo nombre: *goths*. Y no habiendo mayores conflictos con ellos, ni un gran intercambio comercial que los obligara a distinguirlos, siguieron por igual llamándolos por siglos con un mismo nombre: *goths*. Diremos pues que el “error” de no diferenciación quedó instalado porque prevaleció en el fenómeno una **perspectiva cultural**, antropológica. Esto es, el cristal a través del cual los *germanos* conceptualmente identificaron como uno a ambos pueblos fue étnico-cultural.

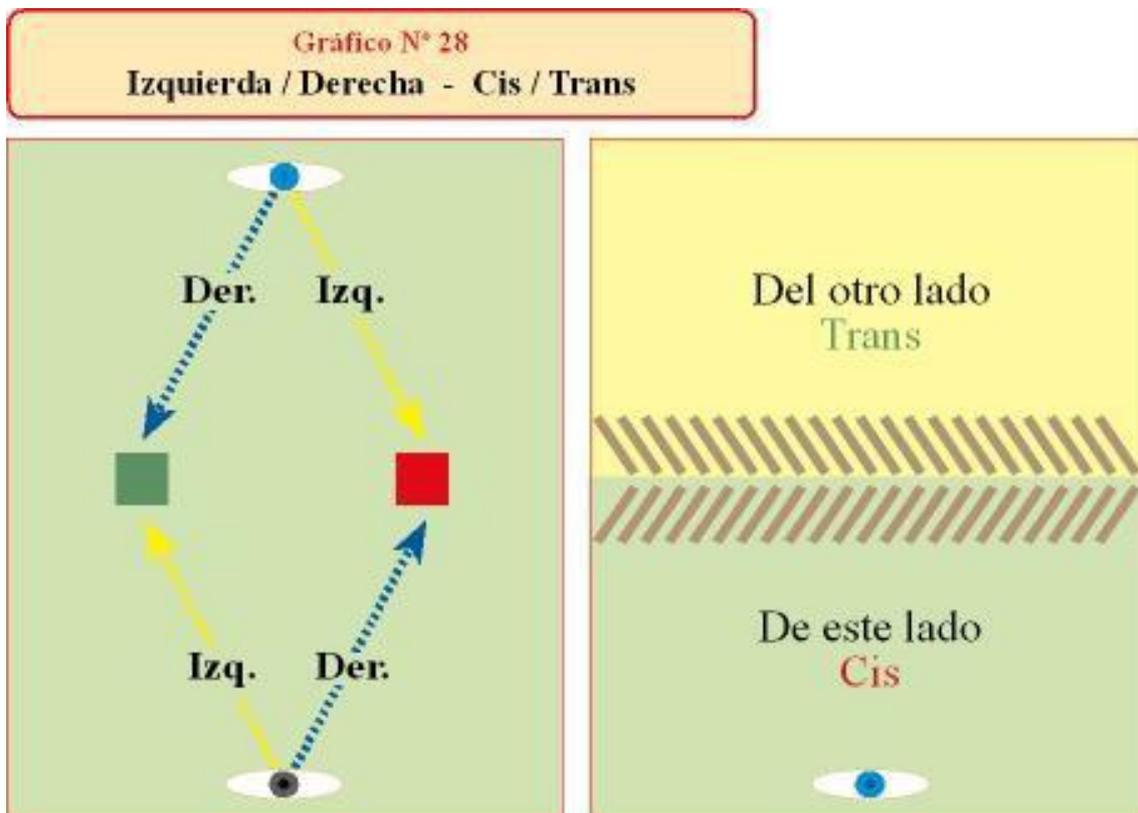
- c) Con el transcurrir de los siglos, miles de *germanos* (pero también de *goths*), habían pasado a formar parte del imperio, constituyendo por ejemplo el **grueso de las tropas**. Y, tras la división del poder hegemónico, había quedado consolidado un enorme poder administrativo y militar en Constantinopla. Éste, sin embargo, tenía específicamente como parte de sus responsabilidades el control de los cada vez más poderosos y conflictivos *goths*, pero de aquellos pues que, al otro lado del Danubio, no pertenecían al imperio y cada vez constituían una amenaza mayor. Así, gran parte del quehacer político, administrativo y militar del poder en Constantinopla, pero también del quehacer comercial, estaba centrado en los cada vez más famosos y preocupantes *goths*.

Pensando específicamente en las preocupaciones militares, aunque no muy distintas debieron ser las comerciales, cómo diseñar adecuadas estrategias **sin distinguir bien el objetivo**: a cuál de ambos grupos de *goths* se iba a atacar, o a la frontera de cuál había que enviar un destacamento de relevo o de refuerzo urgente, debieron ser pues preocupaciones frecuentes. ¿Puede extrañarnos que a la postre fuera el criterio del personal de tropa, prevalecientemente *germano*,

el que terminó por establecer la diferencia entre los *goths*? No, porque al fin y al cabo, para que las órdenes se cumplieran a cabalidad, no había nada mejor que utilizar el lenguaje, o por lo menos las palabras más relevantes de la orden, en el idioma de quien las iba a ejecutar. Mal puede entonces extrañar que primero los oficiales de más baja graduación, que alternaban diariamente con los soldados *germanos*, fueran quienes tuvieron que asimilar el lenguaje o por lo menos las palabras más importantes con que se expresaban aquéllos. Y así, a fuerza de reiteración en el tiempo, y porque los oficiales de baja graduación iban ascendiendo, terminaron entonces por prevalecer las expresiones *germanas* sobre aquellos temas o aspectos vitales, como ése de distinguir bien a unos *goths* de otros.

- d) Pero además, y durante milenios, **no hubo expresiones específicas** (o términos absolutos) **para señalar el “este” ni el “oeste”**. La indicación de la ubicación de algo o de algún lugar se hacía con el brazo o la mano correspondiente. “Está a la izquierda”, señalaba con acierto uno. Pero para aquel que estaba al frente todo era a la inversa, de modo que (en términos relativos), para éste el mismo objeto o lugar estaba más bien “a la derecha”. Véase a este respecto el lado izquierdo del **Gráfico N° 28**.

Otro tanto ocurría cuando se trataba de señalar alguna **ubicación en relación con otras dos**. Pero para el caso mejor remitirnos a la ilustración derecha del mismo **Gráfico N° 28**.



En efecto pues, desde la perspectiva del observador, en este caso un romano, el territorio que quedaba entre Roma y los Alpes era “Cis-alpino”, y el que

quedaba del otro lado, era entonces el “Trans-alpino”. Pero para un observador en el otro territorio las cosas eran también **exactamente al revés**.

Es decir, ni para la dicotomía “derecha / izquierda”, ni para la “de este lado / del otro lado” habían términos absolutos. Ello sólo apareció en la humanidad tiempo más tarde, cuando se tomó absoluta conciencia de que ese **“relativismo” prevaleciente sólo conducía a confusiones** que en algunos casos resultaban costosísimas, como cuando se mandaba a un ejército a la izquierda y terminaba yendo a la derecha.

Así apareció la necesidad de crear términos absolutos que para todos, cualquiera sea su posición, tuvieran el mismo significado. Mas en ninguno de los casos señalados hubo realmente creación de nuevas palabras. Sino que un grupo, aquel que por alguna razón prevalecía culturalmente o de otra manera **impuso sus propias palabras o sus propios criterios**.

Así, a inicios del imperio, los romanos impusieron su criterio en torno a la segunda dicotomía. Y ello sin duda tuvo bastante que ver con el hecho de que su territorio fuera una península. Los asuntos en torno al mar importaban pero no tanto como los referidos a tierra: la riqueza o los principales objetivos y enemigos estaban en tierra, y, fundamentalmente, del otro lado de los Alpes. De ese modo, la que hasta tiempos del conquistador Julio César fue durante siglos una referencia relativa: “a este lado de los Alpes” o “territorio Cisalpino”, **quedó convertida en referencia absoluta**, o, si se prefiere, **“nombre propio”**, invariable cualquiera fuese la posición del observador.

La impuso arbitrariamente el conquistador a costa no sólo de repetirla, sino de sancionar severamente a quien no entendiera que **Cisalpino** era sólo y nada más que **el territorio que quedaba entre Roma y los Alpes**, y Transalpino el que, siempre en relación con Roma, quedaba tras los Alpes. Y punto. Aunque para los *galos, francos, belgas, suizos, austriacos, germanos* y otros pueblos, todo era a la inversa, tuvieron que abandonar sus consuetudinarias referencias relativas y aceptar la imposición de Roma. Así Cisalpino y Transalpino pasaron a ser absurdos nombres propios, porque significando el primero “a este lado de los Alpes” quedaba al otro lado de los Alpes para aquellos pueblos, y otro tanto pues con Transalpino. Pero todos tuvieron que avenirse a aceptarlos, dado que no había otra alternativa: Roma y sus criterios imperaban.

Todo hace pensar que, en cambio, nunca quisieron, o intentaron o lograron imponer su criterio en torno a lo que quedaba a “la derecha e izquierda de **Roma**”. Aparentemente esa necesidad objetiva de crear términos absolutos para ese efecto no surgió sino, siglos más tarde, cuando ya no imperaba Roma sino **Constantinopla**.

Así –tal como se ha sugerido en el **Gráfico N° 27**–, todo también indica que para el nuevo centro de poder sus preocupaciones militares y económicas, ya porque allí estaban los más importantes o potenciales enemigos, o porque allí también estaba la mayor fuente de recursos tributarios, eran los **territorios de Hungría y Rumania**, esto es, los de los dos tipos de **godos** a los que había que

empezar a diferenciar perfectamente a fin de no incurrir en más errores (porque sospechamos de debieron darse muchos y costosos).

Y, como también hemos señalado, todo indica que a la postre fueron los soldados *germanos*, irónica y paradójicamente los “incivilizados bárbaros”, quienes hicieron prevalecer sus criterios. Y entonces terminó por llamarse “ost”, que se indicaba con la mano “izquierda” a todo lo que quedaba a la “derecha”; y “west”, que se señalaba con la mano “derecha”, a todo cuanto quedaba a la izquierda.

El “ost”, impuesto por los “incivilizados bárbaros” *germanos* sin saber cómo ni por qué, y muy a pesar de Constantinopla y de Roma, y aceptado por todos sin que siquiera pudieran haberlo imaginado los soberbios romanos, pasó pues como “east” a los sajones y como “este” a todos los pueblos latinos. Y el “west”, pasó idéntico a los sajones y como “gweste”, primero, y “oeste”, después, a los pueblos latinos.

Colón, por ejemplo, llegó a América utilizando el “gweste” reiteradamente en su diario. Así, en una página que no ha merecido mayor comentario de los historiadores, muy sorprendente y sospechosamente ordenó a sus capitanes viajar “siempre hacia el gweste por el paralelo 28°”⁸⁰ ¿Cómo podía tener tanta seguridad si supuestamente nunca había estado en el Nuevo Mundo? En fin, bastante hemos escrito sobre la materia en *Descubrimiento y Conquista: en las garras del imperio*, tomo I.

El hecho de que se impusieran las denominaciones “ost” y “west” mirando desde Constantinopla al norte, resulta indirectamente mostrando cuán poca importancia tenían para el poder imperial allí asentado todos los territorios que quedaban hacia el sur. Porque de haber sido a la inversa el asunto, hoy estaríamos llamando “ost” o “este” a lo que quedando a la izquierda los *germanos* coherentemente señalaban con la izquierda, y a la inversa. Habría sido en todo caso más sensato el asunto. Así de simple, así de antojadizo y arbitrario.

El Gráfico N° 29 (en la página siguiente), en el que presentamos los mapas de Alemania y Austria, tiene por objeto mostrar un valioso indicio en aval de nuestra hipótesis. Esto es, que habrían sido los *germanos* quienes impusieron al mundo dominado por Roma, primero, y a todo el resto, después, su ancestral y milenarismo criterio con el cual quedaron convertidas en referencias absolutas referencias relativas que tenían originalmente el sentido inverso.

El vecino más *germano* de Alemania, con el que la une un parentesco milenarismo, es Austria. Desde la perspectiva de los *germanos*, como se muestra en el gráfico, Austria queda a la izquierda, su ubicación se señalaba con la mano izquierda y su nombre oficial en idioma *germano* es precisamente “Osterreich” (imperio del este). Consistentemente, nombres como “Westfalia” o “Westerwald”, y quizá otros, corresponden a territorios del extremo derecho u oeste de Alemania. Y sin duda desde antiguo su ubicación se señalaba con la mano derecha.

80 En Laviana, *La América...*, p. 14.

Gráfico N° 29
Alemania / Austria

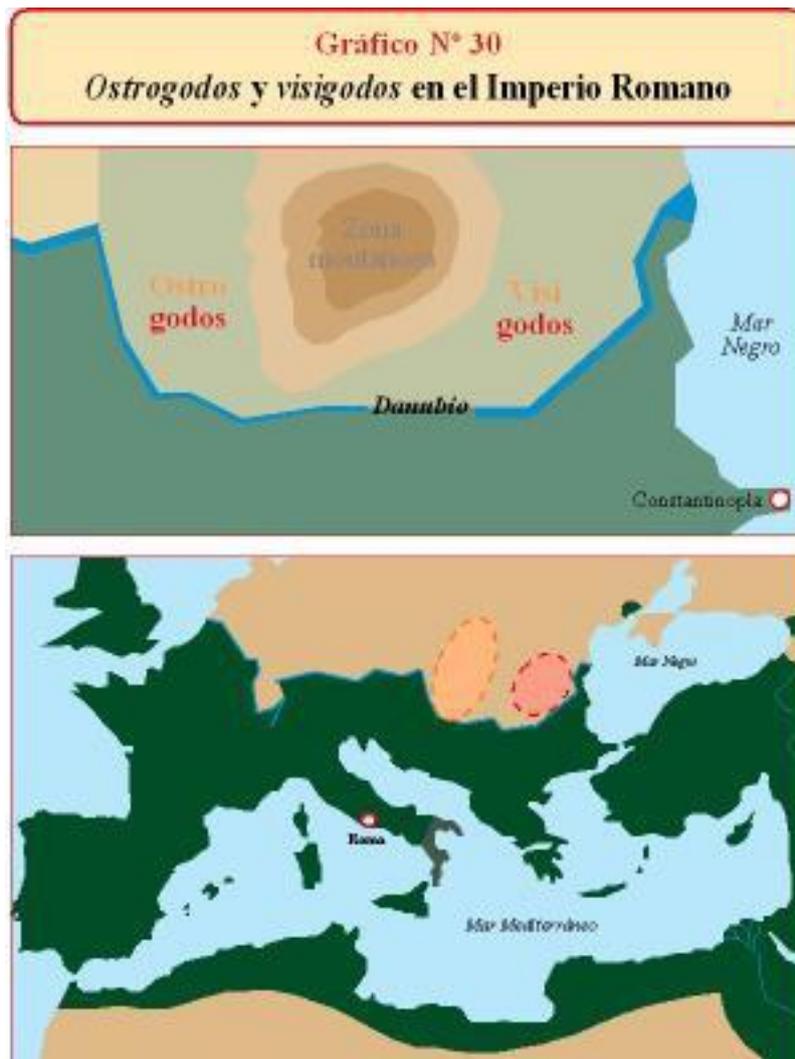


Pero de haber prevalecido en tales casos los criterios que surgieron desde el desde Constantinopla por mediación de los *germanos*, **Austria** debería llamarse más bien, “**Westerreich**”; Westfalia, “Ostfalia” y Westerwald, “Osterwald” (y suponemos que así se escribirían).

Esta parece una buena prueba de que estos tres **nombres vendrían de muy antiguo**, quizá desde antes de la formación del Imperio Romano, cuando las denominaciones se hacían en función a referencias relativas, es decir, desde la perspectiva subjetiva del interesado, independientemente de que para otros resulte un absurdo.

En definitiva, nuestra **hipótesis** es pues que, en los últimos tiempos del Imperio Romano, y en particular desde la constitución del poder más importante en Constantinopla, habiendo prevalecido vehemente y desesperadamente una **perspectiva militar**, centrada sobre los territorios de lo que hoy son Hungría y Rumania, habida cuenta de las premisas anotadas, quedó consensualmente sentenciado el absurdo lógico de que se denominara “**godos del este**”, *ostrogodos*, **a los que estaban al oeste**; y “**godos del oeste**”, *visigodos*, **a los que estaban al este**, como ya se vio en el **Gráfico N° 25**.

Partiéndose de un enredo de denominaciones como el señalado, “el **teléfono malogrado**” funcionaría en los siglos siguientes produciendo enredos y distorsiones todavía mayores. Y es que se fueron acumulando muchas razones para agigantar el desaguizado inicial. Pero quizá cinco causas adicionales son las que más contribuyeron a ello.



La primera fue sin duda la proximidad física entre los dos pueblos. Ella se dio por lo menos entre los siglos I aC y V dC, esto es durante nada menos que 500 a 600 años. Pero si a ello se agrega que, a pesar de la existencia de un área montañosa separándolos –como puede observarse en la parte superior del **Gráfico N° 30**–, el **Danubio** representaba una **vía de comunicación sumamente efectiva**, las posibilidades de integración entre ambos pueblos fueron pues muy altas. Resulta entonces inimaginable que en todos los órdenes de cosas su intercambio fuera escaso. Al contrario, debe pensarse que fue intensísimo. Ya sea que se piense en el intercambio económico o si se prefiere comercial; o en el intercambio técnico y de conocimientos; o en términos del intercambio cultural y social, y especialmente matrimonial.

En esos seis siglos el mestizaje y proceso de homogenización entre ambos pueblos debió ser entonces enorme. Dando como consecuencia una **cada vez menor diferenciación entre los mismos**, lo que por cierto no significa que desaparecieran todas las diferencias ni mucho menos. Mas para percibir las, dado que cada vez eran más sutiles, había que alternar muy frecuentemente con ellos. De lo contrario, en contactos pasajeros o efímeros, cualquier observador creía que ambos grupos no eran sino partes físicamente separadas, aunque no distantes, de un mismo pueblo.

Una segunda causa fue el hecho de que el Imperio Romano, como todos los imperios de la antigüedad, ponía muy **serias trabas al libre desplazamiento** de los pobladores, por lo menos durante los primeros siglos en que logró mantener un control administrativo y militar muy riguroso sobre los pueblos conquistados. Y, más aún, sobre aquellas poblaciones que, como la de los *visigodos*, eran el resultado de transplantes demográficos forzados, en los que, en ausencia de rigor, los pobladores tendían a regresar a la tierra de donde habían sido desterrados. O, como venimos presumiendo que era la de los *ostrogodos*, en el caso de los grandes destacamentos militares acantonados en los puntos más peligrosos de frontera: la posibilidad de sus integrantes de movilizarse fuera del territorio asignado estaba apenas reservada a los jefes de más alta graduación. Los de menor jerarquía bien podían pasar la mayor parte de su vida enclavados en el área a donde fueron enviados desde muy jóvenes.

En esos términos, casi sin movilidad física, sin desplazamientos fuera de su terruño ancestral, la inmensa mayor parte de los pobladores del imperio no conocía sino de cuanto se refería a los integrantes de la comunidad a la que pertenecían. Respecto del resto de pueblos dominados y sojuzgados como ellos, **desconocían** qué **idiomas** hablaban, qué **costumbres** tenían, cómo vestían, cuál era el color de su piel, cómo se denominaban, dónde estaban ubicados, etc.

Con esas restricciones, las **posibilidades de distinguir diferencias entre extranjeros eran mínimas** cuando no nulas. Y peor todavía cuando las diferencias eran apenas sutiles, casi imperceptibles, o sólo perceptibles por quienes sí habían alternado con frecuencia con poblaciones de varios o muchos pueblos, como ocurría en el caso de los jefes militares y administrativos del imperio, o con los comerciantes internacionales, por ejemplo. Pero éstos numéricamente eran un grupo insignificante. Y si divulgaban sus conocimientos y la información de que disponían, probablemente no rebasaba a su propia esfera familiar.

A los pobladores de la meseta central de España, para imaginar un caso, quizá les resultaba relativamente sencillo concluir que pertenecían a diferentes pueblos gentes que llegaban por ejemplo del norte de África y del extremo norte de Europa. Desde el color de la piel quedaba marcada la diferencia entre unos, otros y el asombrado español que los veía. Pero, a ese mismo poblador ibérico, distinguir entre visitantes que llegaban desde la cuenca central del Danubio, le resultaba casi imposible. Hasta puede pensarse que los veía virtualmente idénticos. Ni el idioma, ni el color de la piel, ni la vestimenta permitía distinguirlos. Le **resultaban tanto como mellizos**. Así, uno que dijo ser *ostrogodo* fue tratado al día siguiente como *visigodo* y viceversa. Y si uno dijo que venía de Hungría y el otro que llegaba de Rumania, el testigo contó a su familia exactamente lo contrario, sin tener la más mínima sospecha de que estaba incurriendo en error.

Una tercera causa, aunque estrechamente relacionada con las dos anteriores, o que abunda en las mismas, era el hecho de que, mirándose un mapa completo del imperio – como el que presentamos en la parte inferior del **Gráfico N° 30**–, *ostrogodos* y *visigodos* ocupaban **apenas una veinteva parte del territorio imperial**. De modo tal que muchísima más era la población imperial que desconocía completamente de ellos que aquella que los conocía. ¿Cómo podría pues extrañar que por donde pasaron los confundieron a unos con otros?

¿Y en qué circunstancias fueron vistos y por primera vez tanto unos como otros? Pues nada menos que cuando en el siglo IV pasaron como migrantes. ¿Será necesario insistir en que, en razón de ello, [quienes los vieron pasar no volvieron a verlos jamás](#)? ¿Qué y cuánto tiempo se retiene en la mente un episodio que apenas fue fugaz? Hoy, por cuanto se conoce de las investigaciones en criminalística, se sabe positivamente que son prácticamente inservibles las versiones de testigos incidentales de experiencias efímeras, como aquellas que les ocurrió a millones de europeos que sólo vieron una vez en su vida a *visigodos* u *ostrogodos*. Ese tipo de testimonios virtualmente nunca expresan a cabalidad el o los sucesos ocurridos, ni con un mínimo de aproximación; y menos pues cuando hay violencia de por medio, en que el bloqueo de la mente es casi completo. Y sí que fueron violentas las circunstancias en que se produjeron y de que estuvieron revestidas las migraciones de los *ostrogodos* y los *visigodos*. ¿Cómo entonces no entender que la inmensa mayor parte de las versiones registradas no hayan recogido sino confusiones y datos equivocados, reportándose que estuvieron *visigodos* allí donde en realidad habían estado *ostrogodos* y viceversa; o que habían pasado unos cuando en verdad habían pasado los otros, etc.?

Agréguese ahora una cuarta causa: la [intensión deliberada de confundir](#). Ello, sin duda, debió formar parte de la política imperial romana en aquellas circunstancias: formaba parte de las “campañas sico–sociales de la época”. Quitarle los méritos de una acción distinguida a los *visigodos*, por ejemplo, tenía por objeto desmoralizarlos. Y endosarle los cargos de un atentado o saqueo producido por los *ostrogodos* tenía también el mismo objetivo. La réplica a esa política no se dejó esperar. Así, concientes de que la confusión era general, cuántas veces los *ostrogodos* se habrían declarado *visigodos*, o a la inversa, para al propio tiempo librarse de un cargo y endosárselo al otro grupo.

La Historia en pañales

Por último, y muy lamentablemente, hay pues una quinta causa para la penosa confusión de que hoy están llenos los textos en torno a esos dos pueblos: la evidente [carencia de análisis e investigación histórica](#). Porque la inmensa mayoría de los historiadores que han abordado el estudio y conocimiento sistemático de Historia –y no pues los que repiten las versiones de éstos en la escuela, que no cuentan para estos efectos–, no han hecho casi sino recopilar información, sin procesarla en lo más mínimo; porque han trabajado sin hipótesis, sin ninguna idea o proposición a probar o descartar; sin la razonable suspicacia de prever que mucho de cuanto está escrito no tiene porqué ser verídico; sin la razonable sospecha de que mucho de lo que ha sido despreciado o menospreciado antes bien podría ser relevante; sin preocuparse en establecer relaciones de causa–efecto; etc., etc., etc.

Quizá ningún caso es tan patético como el [tratamiento que ha hecho la Historia de las narraciones de Julio César](#) en torno a sus campañas en la guerra de las Galias. El conquistador, *motu proprio*, sin coacción de ningún género ni de nadie, hace confesiones de parte que revelan sin atenuantes la entraña gansteril de sí mismo; la condición de hordas salvajes de sus huestes; el objetivo de rapiña y esclavismo de las conquistas; los deseos y luchas vehementes de los pueblos conquistados o de los que huyen del conquistador sacrificando todo a cambio de su libertad; la descomunal desproporción entre sus fuerzas y las de los pueblos que a pesar de sí mismos caen sojuzgados; en fin, el carácter intrínsecamente destructivo del imperio al que representaba.

Pero, no obstante todo ello, los historiadores, obviando tantos y tan valiosos datos como esos, siguen afirmando en sus textos, cómodos y muy sueltos de huesos, que Julio César es un prohombre de la humanidad y que el imperio que contribuyó a formar ha sido la máxima expresión de desarrollo y evolución de la sociedad humana. **Sólo pues puede ser tan “ciego” quien no puede ver las evidencias**, porque está involuntariamente ganado por el prejuicio, **o quien no quiere admitirlas**, porque representaría atentar contra sus propios y mezquinos intereses personales o de grupo. Mas no ha sido precisamente bajo las sombras de los prejuicios y de los intereses terrenales, sino en la luz de la objetividad y del interés trascendente por el conocimiento, que se ha creado y desarrollado la ciencia.

Pero hay algo más. Como nunca hasta ahora ha sido formulada y menos entonces ha quedado aceptada como tal una ley científica en Historia, sigue entonces vigente la **prejuiciosa y anti-científica idea de que “no hay ni puede haber leyes en la historia** (la experiencia de los pueblos) y la Historia (el registro y expresión científica de esa experiencia)”. Y, entonces, se concluye con soberbia, displicencia, e incluso con necedad y hasta tergiversándose los conceptos: son igualmente válidas y respetables todas las opiniones.

Cómo no distinguir, en efecto, que una cosa es por ejemplo un **dato empírico** (“los *visigodos* saquearon Roma...”), y otra, muy distinta, la **opinión** que se puede o no tener sobre el contenido de ese dato. Sin embargo, con desdén, en muchos casos, y quizá hasta con mala intención, en otros, se confunde el “dato” con la “opinión” sobre él. Ésta puede ser objeto de controversia y hay derecho a una y mil versiones distintas. Pero el dato, en sí mismo, no puede ni debe ser objeto de juicios de valor, ni éticos, ni morales. **El “dato” sólo puede ser objeto de aceptación**, si se comprueba su veracidad, ya sea de primera mano, o reconociéndola tras mil quinientos años o más de haber sido considerado como falso o haber sido mantenido como relato mítico–novelesco; **o de rechazo** (debiendo dejar de usarse), si se comprueba su falsedad, ya sea de primera mano o tras mil quinientos años o más de haber sido equívoca o interesadamente considerado como axioma.

Las ciencias se han desarrollado así y no de otro modo. Y la Historia no tiene patente de corso, ni nada que se le parezca, para escapar o pretender seguir escapando a esa norma. La **demonstración** de que un dato es falso y/o de que un análisis es incorrecto y/o de que determinadas conclusiones son inválidas no desgarran las vestiduras de un físico, ni de un químico, ni de ningún científico. Al contrario, los llenan de placer porque aunque sólo de ello y no de un aporte positivo se trate, esas demostraciones representan para la ciencia avances, grandes o pequeños, pero avances al fin.

En relación con datos como el recién planteado, respecto de la conducta de los *visigodos* en el saqueo de Roma –o de manera equivalente sobre la de los *romanos* en el saqueo de Cartago, o la de los *españoles* en el saqueo de Roma en 1527–, hay lugar a muchas y distintas “**opiniones**”, y a muchas y distintas reacciones. Sobre este último caso, por ejemplo, el Papa Paulo IV, sacudido de ira e indignación contra las huestes de mercenarios de Carlos V dijo (lo que también constituye un “**dato**”):

herejes (...), malditos de Dios, semen de judíos y de moros, excremento de la humanidad.

Así, relacionando uno y otro dato, y admitiéndolos a ambos como válidos en tanto que previamente se hubiese confirmado su veracidad, un historiador podría llegar a la siguiente **conclusión**: “aunque francamente heterodoxa y no precisamente serena y menos pues cristiana, la indignación del Papa era ampliamente justificada”.

La inmensa mayoría de los historiadores ha creído cumplir su rol registrando uno y otro y otro **dato**, y siguiendo adelante. Algunos, muy pocos, fueron dando o adelantando **conclusiones** (ya categóricas o ya hipotéticas) a partir de los datos: algunas veces acertadas pero también muchas veces disparatadas. Pero, los más, sin concluir nada, ni nuevo ni relevante, han persistido en sus prejuicios a pesar de los datos. Mas por lo general ni éstos ni aquéllos se han planteado la posibilidad de que el o los datos sobre los cuales se hacía o podía hacerse una conclusión eran verdaderos o falsos.

¿Qué pasaría, pongamos por ejemplo, si se probara fehacientemente que no fueron los *visigodos* quienes saquearon Roma en el 410 dC? ¿O que se probara que no fueron las huestes de Carlos V las que saquearon Roma en 1527? ¿Cómo podría seguirse utilizando esos **datos** en lo sucesivo –salvo como un buen ejemplo en el estudio de la evolución de la ciencia–? ¿Y cómo podría el historiador seguir manteniendo su **conclusión** sobre las expresiones del Papa?

Pues bien, una de las grandes rémoras para el progreso de la Historia y su conversión en ciencia, viene siendo el hecho centenariamente acumulado y reiterado de que **se sigue dando como absolutamente verídicos muchísimos datos** que a la luz de análisis mínimos puede categóricamente concluirse que son falsos. En tal caso, las conclusiones basadas en asumirlo como verdadero resultan erradas. O, en su defecto, tras análisis adecuados, muchos datos resaltan altamente sospechosos de falsedad, en cuyo caso cualquier conclusión basada en ellos es temeraria cuando no antojadiza, y a lo sumo debe tomarse como provisional y hasta el esclarecimiento definitivo.

Más adelante, cuando hablemos de la historia de los *hunos* en Europa, para patentizar estas últimas reflexiones (ciertamente basadas en cuanto se ha desarrollado del libro hasta aquí), vamos a mostrar cuántos “**datos**” que se sigue manejando en la historia tradicional del Imperio Romano, siendo **absolutamente contradictorios entre sí**, permiten concluir que es verdadero uno o su opuesto o ninguno; pero de ninguna manera los dos, como penosamente viene ocurriendo. Y vamos a demostrar cómo muchos historiadores, sin reparar en tamaña barbaridad, siguen manejando los dos datos, con lo que en un párrafo demuestran una cosa y párrafos o páginas o libros después, sin advertirlo, demuestran lo contrario, o cuando menos una proposición distinta.

De persistir ello al infinito, ciertamente la Historia nunca será una ciencia. Pero, felizmente, el riesgo de que ello ocurra es cada vez menor. Y es que si hasta ahora la mayor parte de los historiadores han formado parte de las **élites aristocráticas** o pequeño burguesas de las sociedades, y en consecuencia han actuado, inconciente o cínicamente con las restricciones ideológicas y anti-científicas que les daba la “educación, ponderación y delicadeza” propias de su extirpe, ello, por fortuna, está cambiando en el mundo.

Pero entre tanto, un mal entendido concepto del decoro y la lealtad profesional, viene centenariamente dando curso a un sistemático silenciamiento de la crítica o de la

confrontación profesional (de datos, análisis y conclusiones, no de opiniones), dejándose así pasar **ruedas de molino** que tanto objetiva como subjetivamente resultan **inaceptables**. Y entonces por igual están regados y mezclados en los textos datos verídicos con datos falsos, datos consistentes con datos inconsistentes, datos coherentes con datos incoherentes. Y análisis adecuados con otros inadecuados; y pobres con análisis bien desarrollados; y conclusiones acertadas a la par con otras disparatadas, fantasiosas o simplemente erradas.

Si en esos términos hubiese seguido desarrollándose la **Matemática**, π tendría hoy diez o cien valores distintos, pero sólo uno válido, aunque no reconocido por consenso, de modo que se seguirían utilizando indistinta e inútilmente todos los otros. En la **Física** ocurriría otro tanto con el valor de “g”. En la **Química** algo similar con la fórmula del agua. En **Economía**, no se tendría idea de las consecuencias de la emisión de moneda sin respaldo. En **Geografía** estaríamos más atrás que los griegos del siglo V aC, que sabiendo ya que la Tierra era una esfera, no imaginaron la involución a la que dio origen el oscurantismo medieval, mediante el cual se volvió a la arcaica y mítica creencia de que nuestro globo era un plano. En **Biología** estaríamos aún como diez siglos antes de que naciera Darwin. Y en la **Medicina**, para terminar con los ejemplos, se seguiría creyendo que todas las enfermedades son un castigo divino.

En esos términos, seguiríamos sabiendo cómo hacer una **rueda**, pero sin saber la longitud de la circunferencia de la misma ni su área. No podríamos pues calcular con precisión cuánto material hay que utilizar para fabricar un millar de ellas, ni qué radio sería necesario establecer para recorrer cien metros con sólo veinte vueltas de una rueda. Seguiríamos pues desplazándonos en carretas o quizá sólo a caballo. La **aviónica** aún no existiría y menos pues los vuelos a la Luna. Necesariamente tendríamos que probar todos los líquidos incoloros e inodoros para saber si son **agua o veneno**. No sabríamos cómo controlar la **inflación** ni cómo estimular el ahorro. Estaríamos buscando a un *vikingo* que pruebe que más allá de las Columnas de Hércules hay **un continente** enorme y riquísimo; y a una reina que finja entregar sus joyas a un genovés que finge que va a conocer el camino que ya conoce hacia las Indias que en vez de especias están llenas de oro. Seguiríamos adorando a un ave fénix que no existe pero maltratando en los zoológicos a los primos hermanos de nuestros primos. Y aún no se conocería **vacuna** alguna, todos seguiríamos acudiendo a brujos y chamanes, y, en carreta, llevando a enterrar a la mayor parte de nuestros antes de que cumplan cuatro años.

Y si por fortuna todo ello ha sido superado en éstas y las otras ciencias –aún cuando la inmensa mayoría de la población mundial no goza del espectacular avance de la ciencia–, ha sido porque en todas las disciplinas científicas **ha prevalecido el conocimiento objetivo por sobre las opiniones de los científicos**; se ha ido depurando sin falsos pudores ni condescendencias de salón cortesano la información y el conocimiento, hasta dejar de lado el dato falso, el análisis incorrecto y la conclusión errada; y, en definitiva, se ha ido avanzando de peldaño en peldaño hasta construir grandes y monumentales “edificios de conocimiento”, probado, comprobado e irrefutable.

A esos respectos, pues, la Historia sigue siendo una pre-ciencia. Está en pañales. Aún no “descubre” ni siquiera lo elemental y menos pues sus equivalentes a los valores de π y de “g”. ¿Es posible establecer **equivalentes en la Historia de la importancia cualitativa que esas dos “constantes”** tienen para la Matemática y la Física? Sí. Y

déjesenos dar un ejemplo para cada una, a partir de cuanto se ha visto hasta aquí de la historia de la humanidad.

Un equivalente de π , podría ser, por ejemplo:

*“Los pueblos independientes, a pesar de los errores en que sistemáticamente incurren, tienen una alta **predisposición a la inversión** y, en consecuencia, tienen la mínima condición para el desarrollo de que adolecen los pueblos dependientes y, más aún, los pueblos sojuzgados”.*

Y un equivalente de “g” sería, también por ejemplo:

*“Los imperios, intrínsecamente contradictorios como son, tienen dentro de sí mismos el germen de su propia destrucción; antes o después, pero inexorablemente, ello queda a la postre de manifiesto, y terminan así invariablemente cayendo como castillos de naipes, pero con el estruendo que producen dos torres de cien pisos al desplomarse, sin que tenga relevancia alguna si el último de sus grandes emperadores se convierte a la hora undécima a la religión verdadera, o tiene siete esposas, o es dueño de una fortuna petrolera. **Los imperios, pues, son finitos. Todos. Sin excepción. Los pueblos en cambio no.** Y allí está para demostrarlo el más antiguo de todos. Aquel que fue sede del paraíso terrenal, y hoy, varios miles de años después, por mediación de dos demonios, ha pasado a ser transitoriamente un terrenal infierno.”*

Nadie dude de que deliberadamente hemos “aderezado” ambas “leyes de la historia” para que quede en evidencia que mañana habrá bastante más de uno que se fije en esos **detalles accesorios**, sea porque no alcanza a ver la **esencia de la cuestión** o porque no quiere verla.

¿Todos “germanos”?

En otro pero complementario orden de cosas –y nuevamente pues en torno al tema central del libro–, todo sugiere que por un grave error de generalización, muchos historiadores siguen **considerando germanos –sin que lo fueran– a muchos de los pueblos “bárbaros”** que contribuyeron a la debacle del Imperio Romano.

Así, se dice que los *visigodos*, y en general todos los *godos*, eran *germanos*. Hay textos que en referencia a los *visigodos* expresan por ejemplo que en el 401 dC “un ejército alemán de Europa central atacó y destruyó Roma”⁸¹. Grimberg incluso afirma que los *vándalos* estaban **“emparentados racial e idiomáticamente con los godos”**⁸², esto es, también eran *germanos*. Y más aún, como se dijo, se afirma que Genserico, el rey *vándalo* de la nueva Cartago que dirigió el saqueo de Roma, era “rey germánico”. Y en otras fuentes –por lo demás de gran erudición–, puede leerse que todos los vándalos eran “germánicos”⁸³.

81 Véase por ejemplo en <http://members.tripod.com/-superJ/index-8.html>

82 Grimberg, **Historia...**, p. 42.

83 www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

¿Resiste el menor análisis que pueblos mediterráneos y de climas de riguroso frío como los *germanos*, eligieran [desplazarse a las costeras y tórridas tierras](#) del norte de África, como ocurrió con los *vándalos* que refundaron Cartago?

¿Cómo puede sostenerse que había emparentamiento racial e idiomático entre los auténticos *germanos* (del noreste del Rin y norte de Europa) y [pueblos tan distintos](#) como los *vándalos*, los *visigodos* y los *avaros*, que durante más de cinco siglos vivieron distantes cuando no muy distantes de aquéllos?

Puede sostenerse, en cambio, que había emparentamiento étnico–fenotípico e idiomático entre los *avaros*, *vándalos*, *visigodos* y *suevos*, a pesar de las enormes distancias que los separaban durante el destierro, por el hecho de que todos ellos habrían tenido un [origen común: la península Ibérica](#).

Pero Grimberg, paradójicamente, proponiendo la hipótesis del “emparentamiento racial e idiomático” entre *vándalos*, *visigodos* y otros, inadvertidamente contribuye a dar mayor verosimilitud a nuestra hipótesis de que esos pueblos “bárbaros” que llegaron a [España](#), no fueron sino los descendientes de aquellos que habían sido desterrados de ella, de donde venía pues un [viejo emparentamiento](#).

Hunos

Pues bien, sólo nos queda hablar de los *hunos*, o, si se prefiere, de los *hunos de Atila*, “el azote de Dios”, aquel que, “por donde pasaba su caballo no volvía a crecer yerba”, virtualmente el único nombre que de ellos que ha quedado instalado en la memoria de la gente.

Se afirma que desde su asiento en [Mongolia](#), en el Asia Central, hacia el siglo III dC empezaron a migrar hacia el oeste, “probablemente a causa de cambios climáticos”⁸⁴ –que, por lo que podrá colegirse, dieron origen a [una grave sequía](#) en su territorio—. En efecto, sólo una aguda y repentina carencia de alimentos y pastos los habría obligado a buscar nuevas fuentes de alimentación para sí mismos y, entre sus distintos tipos de rebaños, principalmente para sus hatos de equinos.

Obsérvese que si esa famosa migración se inició en el siglo III aC, eventualmente fue originada por la misma crisis climática que dio origen a la “sequía de San Cipriano” que –como se ha dicho–, fue reportada en Europa para el mismo siglo. Coincidentemente, para el período 250–300 dC, los especialistas en el [Fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur](#) han encontrado evidencias de grandes calamidades sufridas por los pueblos de la costa subtropical de América del Sur⁸⁵. Podría haberse tratado pues de uno o varios fenómenos climáticos sucesivos de enorme envergadura, que virtualmente afectaron entonces al mundo entero.

Así, y aunque en esta ocasión de impacto global, una vez más estaríamos pues en presencia de [la naturaleza](#) interviniendo decisivamente en alterar la vida interna de los pueblos. Y, por lo menos para el episodio histórico que estamos analizando, además [desatando grandes conflictos y convulsiones inter–nacionales](#), sin que la voluntad de

84 En www.xente.mundo-r.com/misuki/los_hunos.htm

85 Peter Kaulicke, en Klauer, *El Niño–La Niña...*, p. 24.

ninguno de los involucrados haya activado el fenómeno detonante, y menos todavía creando las condiciones para que se dé.



Observando el **Gráfico N° 31** queda en evidencia que los *hunos* habrían recorrido algo más de **10 000 kilómetros** –es decir, un cuarto de la esfera terrestre–, **hasta llegar a las llanuras húngaras** donde establecieron su “sede central”⁸⁶. Ésta, como se apreciará en el **Gráfico N° 32**, fue lo que hoy es la ciudad de Szeged, a orillas del Tisza, un afluente del Danubio⁸⁷.

Si como parece, el fenómeno climatológico fue global, puede presumirse entonces que dio origen a **otras migraciones**, tanto en la misma dirección que tomaron los *hunos* como en otras. No obstante nunca se ha hablado de este asunto. Ni que otros pueblos situados entre Mongolia y Europa, y en el gigantesco territorio de Rusia principalmente, hayan hecho lo mismo que aquéllos, porque habrían llegado a Europa antes. Y no hay reporte alguno para ninguna de ambas posibilidades. Parecen pues materia de investigaciones pendientes por la Historia.

Barraclough afirma que los *hunos* **aparecieron en el escenario europeo, y por consiguiente romano, hacia el año 370 dC**. Engel, sin embargo, sostiene que “los hunos fueron mencionados después del 376 dC, cuando aparecieron en Crimea”⁸⁸. Hay pues discrepancia cronológica en torno al suceso, pero en todo caso no parece ser muy relevante dentro del conjunto del fenómeno histórico que se precipitó a partir de él.

Pero curiosa y sorprendentemente, entre las versiones tradicionales que prevalecen, no hay en cambio discrepancias respecto del **carácter aluvional, guerrero y devastador de los *hunos***, tanto durante la larguísima travesía como durante su

86 www.xente.mundo-r.com/misuki/los_hunos.htm

87 www.xente.mundo-r.com/misuki/los_hunos.htm

88 Engel, España, del Oriente..., p. 52. / Un buen indicio de cuán poco sería y científicamente se ha acometido el estudio de este fenómeno, es el hecho de que una fuente muy popular (**12.000 Minibiografías**, Edit. América, Panamá, 1984, p. 54) reporte la aparición de los *hunos* en los Balcanes recién en el 447 dC. Ese texto, sin duda, es un libro de divulgación, a cuyos autores difícilmente puede exigírseles rigor científico. Pero es impensable, sin embargo, que hayan inventado la sorprendente fecha. Lo más probable es pues que haya sido extraída de un “libro de Historia”.

permanencia en Europa. En ese sentido, resultan muy representativas las siguientes afirmaciones de un mismo autor: (a) “por su destreza y disciplina militares, nadie fue capaz de detenerlos”, y; (b) “desplazaron a todos los que encontraron a su paso. Provocaron así una oleada de migraciones, ya que los pueblos huían antes de que llegaran para no encontrarse con ellos”⁸⁹. Su temible fama los precedía –debemos pues entenderlo así–. Pero más aún, dándole énfasis y mayor aclaración a la segunda afirmación, el propio autor usa la analogía de que crearon un “efecto dominó”: la primera ficha terminó derribando a todas y cada una de las que estaban por delante.

Pues bien, para cuando los “temibles” *hunos* tenían ya un cuarto de siglo en Europa, lo que por cierto no es una exhalación, un [testigo presencial](#), pero extrañamente casi del todo silenciado por la Historia tradicional, el romano Amiano Marcelino, afirmó que en el año 395 dC los *hunos* eran...

...pastores sin casas ni reyes, dirigidos por jefes de grupo, aparentemente sin un caudillo general”.⁹⁰

¿Cómo se conciben “disciplina militares” con “pastores sin casas ni reyes”? ¿Hay siquiera un mínimo de consistencia entre la muy verosímil afirmación de un testigo presencial (“pastores”) y la casi inverosímil afirmación tradicional (“hordas devastadoras”), y con aquella otra tan divulgada de haber sido “azotes” de Dios?

¿Debemos atribuir a Amiano Marcelino una suerte de periodismo amarillo que buscaba [desacreditar o minimizar](#) el peligro militar de los invasores? ¿O no será, más bien –como ya hoy muy seriamente se sospecha de muchas de las distorsiones de la conquista de América, por ejemplo–, que en su caso los cronistas oficiales del imperio exageraron al infinito la peligrosidad de los *hunos* para [justificar la hecatombe](#) que a todas luces sobreviniera o se estaba dando?

Y en relación con la segunda afirmación antes destacada, o, si se prefiere, con el ingenioso argumento de que los *hunos* habrían desatado un “[efecto dominó](#)”: ¿no es lógico concluir que si en rigor se hubiera dado, todos los pueblos del camino entre Mongolia y Hungría habrían terminado llegando despavoridos a Europa antes que los propios *hunos* que los espantaban? ¿Llegó acaso a Europa algún otro pueblo del Asia Central huyendo del terror *huno*? No, no llegó ninguno –que se nos haya dicho, por lo menos–. Así las cosas, no puede menos que decirse que, extraña, muy sorprendentemente, sólo llegaron los *hunos*. ¿Ha intentado la Historia tradicional responder tamaña incógnita?

Con la información de que se dispone, resulta casi imposible responder con certeza cuál habría sido la razón de esa tan remota y única migración desde el Asia a Europa en el siglo IV dC. Porque la [sequía](#) que habría dado origen a su partida [no explica por qué su destino fue la tan lejana Europa](#); ni por qué no se quedaron en uno, varios o muchos de los muchísimos valles que había en el camino; y, por último, por qué con ellos no migraron por la misma razón otros entre tantos pueblos que había entre un espacio y otro del globo.

89 www.xente.mundo-r.com/misuki/los_hunos.htm

90 G. Fatás, *Historia Antigua*, Universidad de Zaragoza / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>

Lo que por ahora podemos conjeturar es que los *hunos*, en vez de un “efecto dominó”, comportándose **como cuña, habrían desplazado hacia los lados, al norte y al sur**, a las poblaciones por donde pasaron, tal como hemos sugerido con las flechas correspondientes en el **Gráfico N° 31**.

Ello sin embargo no es óbice para hacer también las siguientes presunciones. En primer lugar, es **inimaginable que todos los hunos abandonaran Mongolia**. ¿Quién que se sepa pobló después ese vasto territorio? Y, en segundo término, es también inimaginable que todos cuantos emigraron lo hicieron en una sola y gigantesca mancha que, como los huracanes, barrió con todo lo que encontró en su camino.

Resulta pues más verosímil imaginar que, más bien, habrían formado una **larguísima columna de desplazamiento**. Y, así, que los que iban en la avanzada se quedaban en el fértil primer valle al que arribaban –y conste que atravesaron cientos de ríos–, y sólo el resto seguía pues la marcha. El nuevo grupo que asumía la avanzada hacía otro tanto en el valle siguiente y así sucesivamente. En tal virtud, sólo habrían llegado a Europa los últimos que salieron de Mongolia o, en rigor, sólo los herederos de estos últimos. Porque la marcha habría durado tanto como 70 años. Es decir, no llegó vivo a Europa ninguno de los que salieron de Mongolia, sino sus descendientes.

Esa mecánica permite entender que:

- (1) en el mejor de los casos, tardando **70 años en realizar su recorrido**, habiéndose desplazado con un lento promedio de 2,5 kilómetros por día;
- (2) quienes llegaron a Europa llegaron pues también en columna, lo que no necesariamente significa “continua”, porque todo sugiere que **fueron llegando por destacamentos**, lo que explicaría claramente el sentido de la expresión de Amiano Marcelino de que eran “dirigidos por jefes de grupo”;
- (3) permitiría aproximarnos a saber **cuán fieros y agresivos** pudieron realmente haber sido pues desde el principio, y;
- (4) **cuántos** en realidad finalmente llegaron a invadir el territorio del Imperio Romano.

Pues bien, si la velocidad de desplazamiento fue la que presuntamente hemos indicado, y que correspondería razonablemente con la de un numeroso contingente en el que se trasladan **hombres y mujeres, niños y ancianos, a pie y a caballo**, y que además de caballos acarreaban a otros muy lentos animales domésticos, y que fue en el camino que nacieron todos los que llegaron, ¿cómo entonces se conciben esos datos con la imagen estereotipada de veloces e indetenibles hordas a caballo? No pues, esa imagen a lo sumo correspondería a una parte de los hombres adultos, los jinetes que venían en la condición de destacamentos militares. Todo el resto, y sus penosas circunstancias, era, como debe comprenderse, el que imponía la lenta velocidad promedio de la marcha.

Así las cosas, y en relación con la segunda observación, más que como un vendaval o un huracán, **habrían ido llegando a Europa casi imperceptible pero sistemáticamente**, de modo tal que el fenómeno masivo sólo logró percibirse al cabo de décadas. De allí que para el 395 dC, esto es, a 25 años de haber empezado a llegar, Amiano Marcelino apenas los percibía como “pastores sin casas ni reyes...”. Es decir, se habrían aparecido e ido estacionando en la frontera del territorio imperial como en

las últimas cinco décadas han ido llegando los migrantes de provincias a las grandes ciudades de los países subdesarrollados, o de éstos a los países del Norte.

En relación con nuestra tercera observación: ¿cuán belicosos y agresivos podían haber sido entonces bajo las condiciones señaladas en el párrafo anterior? Asumiendo por un instante como válida la cifra de 700 000 *hunos* en Europa –que es la cifra que reporta la historiografía tradicional–, y que tan grande número se acumuló por ejemplo en el lapso de 50 años, habrían ido llegando entonces en **contingentes de no más de 14 000 personas en promedio por año**. El primer año no habrían llegado entonces más de 3 500 guerreros. ¿Cuán agresivos podrían haber sido así ante las gigantescas y profesionales legiones romanas? ¿No ayuda esto a entender por qué recién al cabo de 60 años de haber iniciado su ingreso al valle del Tisza se reportan los primeros indicios de su peligrosidad, la que, a su turno, correspondería entonces a los herederos de los primeros en llegar?

Por último pues, y en referencia a nuestra cuarta observación: ¿cuántos *hunos* en verdad habrían terminado asentándose en Europa? ¿Es verosímil la cifra que proporciona la historiografía tradicional? Tal parece que no. Veamos. Si la **proporción entre las poblaciones de Europa Occidental y Mongolia** (tanto la que hoy se llama Interior, dentro de China, como Exterior, entre China y Rusia) era equivalente a la de hoy –y no hay razón alguna para asumir que fuera sustancialmente distinta–, el total de *hunos* antes de salir de su tierra no habría sido superior a 850 000 personas.

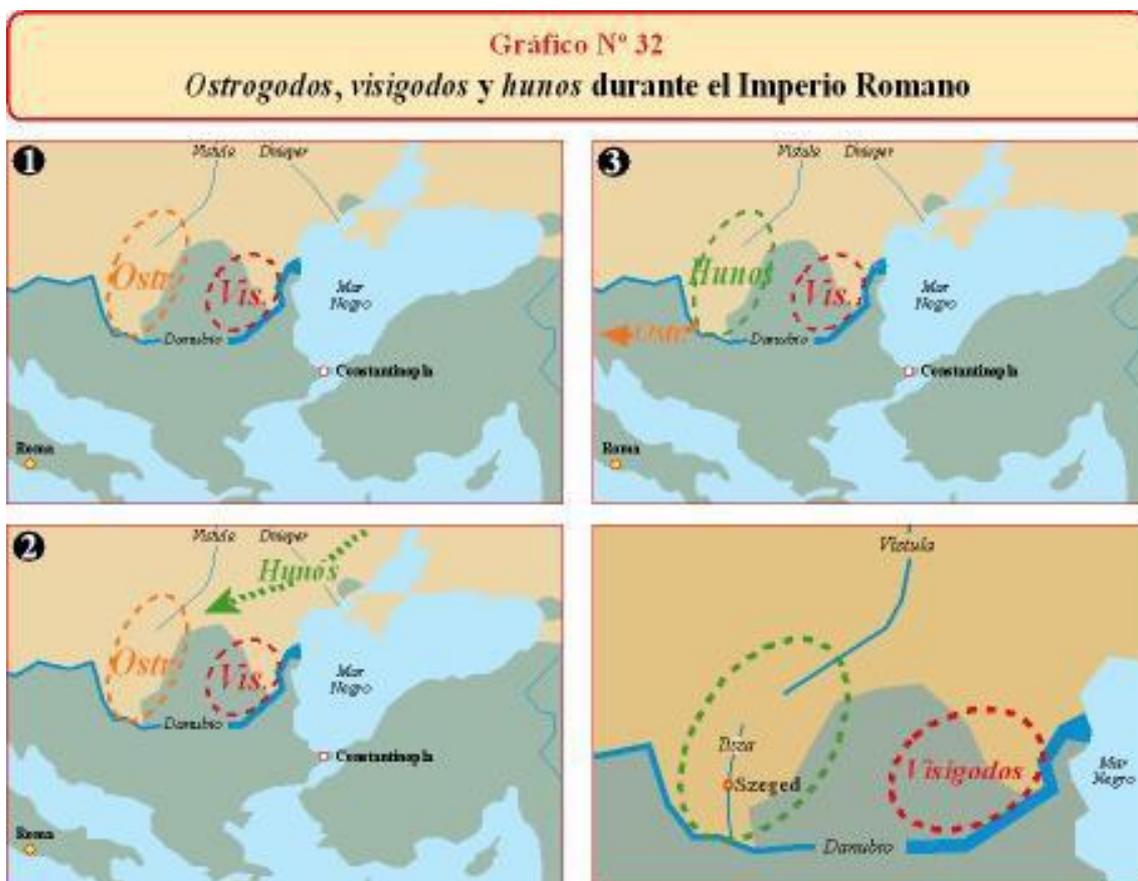
Así tras 70 años de marcha, en indetenible busca de alimentos, cada vez pues menos nutridos, ¿podemos imaginar que siquiera llegó la mitad de ese número? ¿Y si además aceptamos que miles y miles se fueron estacionando en los cientos de valles que encontraron en su largo recorrido? Con bastante condescendencia podría pues aceptarse que llegaron, **a lo sumo 300 000 en total**, lo que a su turno daría un promedio anual de sólo 6 000 invasores. En tal virtud, su potencialidad bélica difícilmente superó en el mejor momento el número de 75 000 adultos en capacidad de combatir, aunque entre ellos la inmensa mayoría eran fundamentalmente pastores, y no pues guerreros, y menos entonces profesionales de la guerra.

Así, consistentemente con la tradición de que los Estados, de ayer y hoy, agigantan a sus adversarios para que crezca su gloria, si los vencen, o para justificarse, si resultan derrotados, la historiografía tradicional ha recogido, sin mayor análisis, una cifra cuando menos **dos veces más grande que la más probable**.

Pues bien, veamos ahora en detalle adónde fue que básicamente se asentaron en Europa los *hunos*. O, si se prefiere, adónde fueron inicialmente nucleándose y esperando que terminara de llegar el resto de la larga caravana. O, por último, cuál fue ese **específico rincón de Europa al que inicialmente invadieron**. Como está dicho, “escogieron” las riberas del Tisza, y adoptaron por sede central Szeged, a poco más de 150 kilómetros del Danubio. Véase para este efecto nuestro **Gráfico N° 32** (en la página siguiente).

El gráfico no deja lugar a la más mínima duda: **los primeros pobladores** estrechamente relacionados con el imperio que fueron **afectados** por la presencia cada vez más numerosa de los *hunos* fueron **los ostrogodos**. ¿Significa eso que, como afirma la Historia tradicional, éstos salieron en estampida desde que vieron llegar a los

primeros *hunos* desde el noreste? No pues, ello resultaría profundamente inconsistente con cuanto hemos detenidamente revisado en los párrafos precedentes.



No se tiene una idea de a cuánto se elevaba la población a la que tradicionalmente se identifica como *ostrogoda*. Asumamos pues que su número era equiparable al de sus vecinos los *visigodos*, cuya magnitud –como se razonará más adelante– difícilmente era superior a 120 000 personas. De ser así, buenas razones tenían de sentirse realmente **hostilizados y gravemente amenazados**, cuando la población que los estaba invadiendo y alternaba con ellos en el mismo territorio había alcanzado por ejemplo a 60 000 *hunos*. Y esto, tal como hemos analizado antes, no se habría logrado sino **al cabo de por lo menos diez años**. Recién allí, pues, habrían empezado a evacuar los invadidos e inopinados anfitriones, pero hacia el territorio imperial, y no en estampida sino paulatinamente. ¿Es difícil imaginar que primero lo hicieron los más ricos y poderosos, incómodos y agredidos por la burda conducta y casi primitivas y toscas costumbres de sus también inopinados huéspedes?

Quizá en la década siguiente, tras el crecimiento sostenido de la población invasora –que bien **pudo suponerse que no terminaría nunca**–, fue incrementándose la tendencia de evacuación de la población *ostrogoda*, dejando el territorio cada vez más a disposición de los *hunos*.

No obstante, apenas si estamos en torno al año 395 dC en que Amiano Marcelino los vio todavía como “pastores sin casas y sin reyes”. Es decir, puede sensatamente presumirse que **no estaban expulsando a los *ostrogodos* con el recurso de la violencia** sino por el lento y paulatino expediente de una masa que poco a poco los fue

perturbando y hostilizando con su abrumadora presencia, y quitándoles la disponibilidad alimenticia y el espacio.

Sólo para cuarenta años más tarde del reporte de Amiano Marcelino se registra que los *hunos* tuvieron a su primer gran caudillo: Rugila, al que dos años después sucedió su sobrino Atila ⁹¹ cuando frisaba 29 años, todos los cuales los había vivido pues en el valle del Tisza, en el que habría llegado a tener una cómoda situación económica, a estar por el hecho de que, según se dice, disponía de un harén numeroso. Y todo ello –insistimos–, a sesenta años de haber empezado a llegar los *hunos* a las llanuras de Hungría, y cuando ya sumaban entonces tanto como los 300 000 que en total habrían arribado a Europa. Sólo entonces habrían pasado a constituirse en un razonable peligro para el propio poder imperial romano.

¿Cómo concretaron la primera amenaza a éste, y específicamente contra la fracción romana que gobernaba desde Constantinopla, y de la que obtuvieron como “cupó” 300 kilos anuales de oro a partir del 434 dC ⁹² aproximadamente? No se sabe.

Pero sí se sabe que para esa fecha las fuerzas militares de sus vecinos del Danubio oriental, los *visigodos*, no sólo ya no estaban allí, sino que ya habían saqueado Roma y llevaban casi treinta años asentados en España. Es muy probable entonces que para la indicada fecha los *hunos* estuvieran también ocupando gran parte de las tierras de Rumania que habían abandonado los *visigodos*. El control sobre los dos valles les reportó sin duda una situación económica como la que nunca habían conocido sus antepasados, los rústicos pastores que abandonaron los consuetudinariamente pobles valles de Mongolia.

Quizá rastreándose los orígenes de las palabras *Buca-rest* y *Buda-pest* se encuentre que esa similitud, única entre los nombres de las capitales de Europa, tiene su origen en el hecho de que ambos territorios fueron durante buena parte de un siglo ocupados por un mismo pueblo: los *hunos* –tal como se muestra en el Gráfico Nº 33–.



Hacia el 443 dC las huestes de Atila, tras haber saqueado Belgrado y Sofía, asediaron Constantinopla mas no lograron tomarla. Poco después obtuvieron sin

91 G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>

92 G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>

embargo que el “cupo” que debía pagar el poder imperial se elevara a 650 kilos anuales de oro y cobraron 1 800 kilos por moras y “cupos” atrasados ⁹³.

Si 65 años antes Constantino, para hacer frente a los costos de repeler la amenaza *visigoda* que terminó liquidando las legiones romanas en Adrianópolis, se había visto precisado a saquear las iglesias, bien podemos imaginar, en las nuevas y aún más apremiantes y comprometedoras circunstancias, **qué no habrá hecho el desfalleciente poder de Constantinopla** para enfrentar a los *hunos* y pagar los “cupos” a que se vio obligado.

Como se ha dicho, en el 451 dC las huestes de Atila participaron en la gran batalla de los Campos Cataláunicos, a 130 kilómetros de París. **¿Qué dice pues la Historia tradicional sobre ése** que habría sido un **episodio fundamental** en la vida del deteriorado poder hegemónico romano; en la de los pueblos de Francia que ya se habían liberado de él; en la de los *hunos*; y en la de un buen número de otros pero menores protagonistas? Veamos. Y para estos efectos el **Gráfico N° 34** habrá de ayudarnos –aunque no tanto como quisiéramos–.



En relación con **aspectos relevantes** del importante episodio, entre los que iremos numerando las que serán nuestras observaciones, se dice por ejemplo en diversos textos ⁹⁴ ⁹⁵ ⁹⁶ ⁹⁷.

93 G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>
94 > En Martín Cagliani, *Los hunos* / <http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/loshunos.htm>
95 • www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm
96 ► En G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>
97 ☞ Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 97.

- [> Desde hacía una generación (1) la Galia era escenario de la lucha entre los romanos y diversas *tribus germánicas* (2).
- [> Aecio, el general que lideraba las huestes imperiales, había hecho prodigios (3): mantuvo a los *visigodos* confinados en el sudoeste, a los *burgundios* en el sudeste (4), a los *francos* en el noreste y a los *britanos* en el noroeste.
- [> Grandes extensiones de la Galia central seguían siendo romanas (5).
 - Atila y sus hordas de *hunos* avanzaban hacia Europa Central y la Galia (6).
- [> Y cruzaron el Rin el 451 dC (7).
- ▶ Ingresando a la Galia aparentemente para atacar a los *visigodos* del reino de Tolosa (8).
- [> Ahora no era pues con las *tribus germánicas* que huían de los *hunos* con los que debían luchar el general Aecio y sus huestes romanas, sino contra los mismos *hunos* (9).
 - ▶ Atila tenía buenas relaciones con Aecio (10).
 - Las hordas de los *hunos* (11) eran en realidad una alianza de tribus en la que estaban, entre otros, los *hérulos*, los *escitas*, los *sármatas*, los *gépidos*, los *boyos*, los *turingios*, (12); pero también los *francos* (13), los *borgoñones* (14), los *ostrogodos* (15) y los *alanos* (16).
- [> El ejército de los *hunos* incluía auxiliares de las tribus *germánicas* (17) conquistadas por ellos (18), sobre todo los *ostrogodos* (19) – (20) – (21).
- [> Aecio entonces se vio obligado a hacer causa común con los *visigodos* (22).
- [> Y mantuvo al hijo del rey de los *visigodos* como rehén para impedir que el viejo *godo* cambiase repentinamente de opinión con respecto al bando al que le convenía apoyar (23).
- [> Los *germanos* de la Galia reconocieron el tremendo peligro que se cernía sobre todos, y así *francos* y *burgundios* se unieron al ejército imperial (24).
 - Y además de ellos los *alanos* (25).
- [> En definitiva, y en cierta medida, fue una batalla de *godos* contra *godos* (26).
- ▶ La batalla se dio en los Campos Cataláunicos de ubicación desconocida (27).
- [> Tras poner en práctica una hábil estrategia, el ejército imperial rodeó e hizo estragos al de los *hunos*, habiendo podido incluso liquidarlos. Pero Aecio, para evitar que los *visigodos* se envalentonaran con el triunfo, detuvo el ataque y los despidió a su sede en Tolosa (28).
- [> Con la desaparición de los *visigodos*, Atila y lo que quedaba de su ejército pudieron escapar (29).
- [> Atila reorganizó su ejército (30) y al año siguiente invadió Italia (31).
- [> El avance de Atila hacia Roma no halló oposición (32).
 - ▶ Ni siquiera de parte de las legiones de Aecio (33).
 - ▶ En la península saqueó Aquilea, Padua, Verona, Brescia, Bérgamo y Milán, pero no así a Roma (34).

El conjunto de los “datos” presentados resulta **patético**. Como si de arqueología se tratara, como si las fuentes escritas aún pues no existieran:

- a) Las contradicciones son graves y flagrantes;
- b) No menos penosas resultan las imprecisiones y la falta de un mínimo de rigurosidad, así como la falta de un mínimo de coherencia;
- c) Los silencios y/o los vacíos, sean deliberados, inadvertidos o irresponsables, resultan insólitos;

- d) La ostensible indiferencia de los autores citados en relación con la geografía da cuenta de un estrechísimo criterio para acometer la valoración relativa y la discriminación de la importancia de los datos; para el caso en cuestión, la importancia de la geografía es absoluta, insustituible, y más todavía si se soslayan precisiones relevantes;
- e) Resulta lamentablemente obvio que los autores han acometido la confección de sus textos sin ninguna hipótesis de trabajo y que no han sometido los datos al más mínimo análisis.
- f) Como resulta igualmente lamentable constatar que de manera casi sistemática el lenguaje y la lógica científica son en muchos casos involuntaria pero hasta siniestramente sustituidos por el discurso y la trama novelesca.

Duros y severos pues todos y cada uno y el conjunto de nuestros juicios. Veamos sin embargo en qué se sustentan. Pues no son en lo más mínimo gratuitos. Y por si fuera todavía necesario repetirlo, nuestro único afán es [contribuir a hacer de la Historia algún día una ciencia](#), y que deje de ser una forma de novela con etiqueta de academicismo. He aquí pues nuestras observaciones y objeciones:

- (1) Si la batalla de los Campos Cataláunicos se dio en el 451 dC, una generación atrás nos remonta a lo sumo al 430 dC. Los *francos*, sin embargo, [se rebelaron contra el imperio](#) a partir del año 259 dC, esto es, casi [diez generaciones antes](#). Diez pues y no una eran ya las generaciones de *francos* que en su tierra, la Galia, se enfrentaban a las huestes romanas que tenían por objetivo reconquistarlos. Y aunque no se conoce las fechas, puede razonablemente suponerse a partir de su vecindad y parentesco, que también los *bretones* y *burgundios* llevaban varias generaciones disputando con las huestes romanas que querían reconquistarlos.
- (2) ¿Hay alguna razón objetiva y concluyente que permita afirmar que *francos*, *bretones* y *burgundios* pertenecían al conjunto de las “[tribus germánicas](#)”? El hecho de que muchos de los habitantes de esos pueblos habían estado durante años refundidos en territorio *germano*, huyendo de la agresión romana, no los convertía en *germanos*. Y mucho menos pues a aquellos que, por amor a su patria, habían regresado y seguían luchando contra los agresores romanos.
- (3) ¿Cuáles fueron los “prodigios” militares de Aecio? ¿Mantener “confinados” en sus territorios liberados a los protagonistas de esos procesos de liberación? ¿Asistir casi como mudo testigo al hecho de que el imperio perdiera prácticamente dos tercios de la inmensa y riquísima Galia? ¿Pueden esos considerarse triunfos, y para más señas, “prodigiosos”? Con seguridad que para Aecio no. Pero también con seguridad que para los historia–noveladores sí. Y tan invertida está la Historia tradicional, que el único mérito que objetivamente se puede reconocer a Aecio y sus huestes es [haber impedido que los cuatro grupos liberados que los rodeaban terminaran aplastándolos](#) y poder así ellos lanzarse contra Roma. Pero ése, el mérito de haber cumplido a cabalidad con su objetivo mínimo, no se lo reconocen los historiadores (que describen y describen guerras y batallas sin entender un ápice el fondo y otros aspectos sustantivos que están en juego en ellas).
- (4) La expresión “los *burgundios* en el sudeste”, así, a secas, sin otra referencia complementaria, o un mapa que haga las veces de ésta, remite a cualquier lector al sudeste de Francia, y no pues al sudeste de los territorios liberados. Los

burgundios o *borgoñeses* no eran otros que los habitantes de la [Borgoña francesa](#), que corresponde pues precisamente al sector este del área señalada para ese grupo en el [Gráfico N° 34](#). El resto corresponde al territorio ocupado por los suizo–franceses, con los que esencialmente constituyen una misma nación: hablan el mismo idioma.

- (5) La expresión “grandes extensiones de la Galia central seguían siendo romanas”, si bien es cierta en términos de magnitud geográfica, no es rigurosamente correcta en términos históricos y geo–políticos. Basta comparar los gráficos complementarios en el [Gráfico N° 34](#), en el que en el de parte superior destacamos que los territorios *ostrogodos* y *visigodos* ya estaban bajo control de los *hunos*, para adquirir conciencia de cuánto y [cuán importantes territorios venía perdiendo ya el Imperio Romano](#), para que quede pues en evidencia que la citada frase no expresa ni la tendencia histórica que se venía experimentando, ni la magnitud de los riesgos que se corría con la batalla.

En términos de tendencia histórica, el poder romano no se preciaba tanto de lo que conservaba del imperio en general, y de la Galia, en particular, de la sólo conservaba parte del área central; sino que más se dolía de haber perdido todo lo que ya había perdido y pugnaba y gastaba por recuperar. Y en la batalla había más [riesgo de perder definitivamente toda la Galia](#), con los devastadores resultados que tendría como efecto demostración, que posibilidades de recuperar algo de lo que ya había perdido.

- (6) La expresión “[avanzaban hacia Europa Central y la Galia](#)”, siendo también cierta, es de una [imprecisión](#) tal que resulta inútil –y hasta puede dar lugar a conclusiones absurdas y descabelladas– si no se le somete a un mínimo de análisis, que es precisamente la adicional grave deficiencia en la que incurre el autor citado.

A este respecto el mismo [Gráfico N° 34](#) y sus complementarios resultan una buena ayuda para [conjeturar los conceptos estratégicos–militares que podían haberse puesto en juego para la batalla](#). En efecto, ayuda a entender con claridad que no era lo mismo llegar a la Galia desde el territorio al norte del Danubio y este del Rin, esto es, transitando territorios *germanos* libres de obstáculos militares romanos; que hacerlo por la margen derecha del Danubio, es decir, por el área que el poder hegemónico superviviente aún mantenía bajo control. Ni siquiera el más inepto de los estrategas habría optado por este camino estando libre el otro.

- (7) Y la expresión “cruzaron el Rin”, aunque estrictamente complementaria, no ayuda tampoco en lo más mínimo a la aproximación de la [estrategia militar que estaba poniendo en práctica el estado mayor de los hunos](#). Esa imprecisa afirmación puede dejar entrever como posibilidad que se cruzó el río en sus nacientes o en sus partes altas, en cuyo caso habrían llegado a él atravesando el territorio controlado por los romanos. ¿No logran todas esas imprecisiones deslizar subrepticia, aunque quizá inadvertidamente, la idea de que los *hunos* además de “bárbaros” eran “estúpidos”?
- (8) Con la expresión “ingresaron a la Galia aparentemente para atacar a los visigodos” estamos por fin, por primera vez, ante una hipótesis. ¿Lo sabía el historiador que la formuló? Mas resulta que por estar tan mal planteada, es una hipótesis inútil.

¿Qué se quiso significar con “aparentemente”? Hay, por lo menos, dos interpretaciones a la frase, esto es, a lo que el historiador estaba suponiendo bajo la forma de dos hipótesis, dado que sin conocer el objetivo lo presume: hipótesis (a) que los *hunos* querían atacar a los *visigodos*, o, alternativamente; hipótesis (b) que los *hunos* fingían que ese era su objetivo para confundir a los romanos y obligarlos a un mayor fraccionamiento de sus fuerzas, pues en tal caso debían cuidar el territorio *burgundio*, para evitar que por allí se infiltren luego los *hunos* hacia Italia; el área próxima al territorio *visigodo* para impedir el ingreso al mismo; y el área central de la Galia para asegurar uno y otro propósito. ¿Cómo puede acometerse una investigación con dos hipótesis perfectamente opuestas? Con una basta: si se comprueba su certeza, la hipótesis es válida; y si se comprueba su falsedad, es inválida. Apostando en cambio tanto a cara como a sello, se gana siempre, pero nunca se sabrá si se acertó en el pronóstico. Pues bien, ya veremos que en realidad no había indicio valedero alguno para que un historiador suponga que los *hunos* querían atacar a los *visigodos*. La hipótesis del engaño, por el contrario, tiene más de un asidero. El problema de la Historia tradicional es, no obstante, que con los imprecisos y contradictorios datos que ofrece tampoco se puede afinar la hipótesis para definir a quién y por qué querían engañar: ¿a los *francos*, a los *romanos*, a los *visigodos*?

- (9) En la afirmación de que, ante la aproximación de los *hunos*, los romanos tenían que luchar contra éstos y no ya contra quienes huían de ellos, estamos, por sorprendente que parezca, ante una nueva hipótesis. En efecto, el historiador supone que Aecio y su estado mayor siempre habían estado luchando contra quienes huían de los *hunos*, y que ahora deben dejar esa tarea para asumir la de enfrentar a los propios *hunos*. ¿Hay alguna, siquiera una prueba concluyente de que algún pueblo realmente abandonó su territorio por temor a los *hunos*? No, no hay ninguna. Todas y cada una de las afirmaciones en ese sentido son apriorísticas, prejuiciosas, no tienen ningún correlato empírico, ningún dato certero que las justifique.

Aecio, su estado mayor y sus huestes llevaban años enfrentando a los *francos* que se habían rebelado e independizado 111 años antes de que los *hunos* aparecieran por Crimea. Y luego tuvieron que enfrentar a los también independizados *burgundios*. Y luego con los *visigodos* que, tras saquear salvajemente Roma, cuatro décadas atrás, habían regresado a la tierra de la que fueron desarraigados sus antepasados. ¿A qué despavorido corredor habían pues enfrentado? A ninguno. Los únicos que han visto oleadas de gentes aterradas han sido los historiadores. Nadie más. Y con ello han montado una de las más fenomenales y fraudulentas ficciones registradas en los textos de Historia, y además casi como verdad incommovible.

- (10) Pero resulta que además se nos ofrece el sorprendente dato de que Aecio “tenía buenas relaciones con Atila”. Es decir, el “prodigioso” combatiente de los aterrados nos es presentado, de improviso, y sin explicación de causa, como amigo del atroz aterrador. ¿Atila y Aecio nos son presentados como “aliados” implícitos, en tanto que supuestamente luchan contra enemigos comunes! ¿Pero cuándo y cómo trabaron relación alguna que por añadidura resultara buena, feliz? Asumiendo sin embargo que el dato fuera cierto, ¿cuál es su relevancia en las circunstancias bajo análisis, ante la inminencia del enfrentamiento militar? ¿Se

tiene acaso la secreta esperanza de que uno y otro decidan al final no enfrentarse haciendo prevalecer su amistad; o de que sean mutuamente condescendientes; o que recíprocamente, con brindis generosos de por medio, se confiesen abierta y sinceramente su estrategia y tácticas para convertir la batalla en un juego? ¿A qué pues el dato sin ningún comentario o juicio adicional? ¿Para presumir erudición – de la inútil, por cierto–? Si el pobre dato tiene algún valor es precisamente el de poder demostrar que en efecto, en los textos de Historia tradicional hay una infinidad de datos irrelevantes, inútiles, que ocupan espacio y distraen, ensombrecen el fondo de las cosas, dificultan hasta el cansancio separar el trigo de la paja, etc.

- (11) “Las hordas de los *hunos*”, he ahí el lenguaje novelesco, el lenguaje prejuicioso, subjetivo; el lenguaje que, en vez de esclarecer, sataniza, descalifica. ¿Dónde están y cuáles son las evidencias de que el comportamiento de los *hunos* fuera más salvaje, sanguinario, expoliador, extorsionador, incendiario y violador que el de los *visigodos*, o el de los *vándalos*, o que el de los “cultos y civilizados” romanos? ¿No fueron éstos absolutamente brutales en sus conquistas? ¿Qué si no una mostruosidad fue el saqueo de Cartago? ¿Y qué si no crímenes, traición y cobardía quedan al desnudo en las propias crónicas y confesiones de Julio César? ¿Por qué pues, ante conductas virtualmente idénticas, no se habla de las “hordas romanas”? ¿Y cómo se condice la sistemática estigmatización de los *hunos* con la siguiente expresión del también historiador Barraclough: “lejos (estuvo Atila) de ser el saqueador sin principios descrito por la leyenda popular”⁹⁸. ¿Fue pues o no Atila, fueron pues o no los *hunos* los canallas de la historia? Una de las dos versiones puede ser cierta. Las dos no. Pero la feliz aclaración de Barraclough termina desbarrando aparatosamente: “descrito por la leyenda popular”. ¿Por la leyenda popular? Pero si así está en los textos de Historia, incluso en los más renombrados? ¿No los ha leído Barraclough? ¿O no se ha dado cuenta? ¿Acaso en la monumental obra del célebre historiador sueco Carl Grimberg el tomo 10 no se titula precisamente “hordas bárbaras”?

- (12) Amplia alianza la que habían logrado concretar los *hunos* con *hérulos*, *escitas*, *sármatas*, *gépidos*, *boyos* y *turingios*. Y con este dato recién empezamos a ingresar al asunto de fondo de la batalla, el más importante, pero el único que no ha sido tratado por los historiadores referidos, y parece que por ningún otro por lo menos con un buen grado de verosimilitud y completa objetividad: ¿quiénes realmente se enfrentaron a quiénes y por qué en la batalla de los Campos Cataláunicos?, ésa es pues la esencia, el quid de la cuestión.

¿Es la lista recién presentada la relación correcta y completa de quienes estuvieron en la batalla en contra de las huestes imperiales? Sí, debe aceptarse como correcta, pero sólo como parcialmente correcta, porque no es completa. No obstante sólo podremos completarla más adelante. Entre tanto, ¿qué tienen de común denominador todos los pueblos hasta ahora incluidos? ¿No ayudan a responder también en este caso los Gráficos N° 22 y N° 34? ¿No estaban acaso todos esos pueblos asentados fuera del territorio imperial, en el amplio espacio al que genéricamente se está denominando *germano*? ¿Cómo pues habría podido concretar el pueblo *huno* esa amplia alianza si no fue pasando por los territorios de todos y cada uno de ellos, convenciéndolos y liderándolos? ¿Nos resulta claro

98 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 97.

ahora por qué es realmente importante desentrañar cuál fue el camino que tomaron los *hunos* para llegar al norte de la Galia? Fue pues, con precisión, sin ambages ni ambigüedades, por territorio *germano*.

Y tuvo un doble propósito estratégico: llegar intactos, sin bajas, al lejano campo de batalla; y aprovechar el tránsito para [concretar el más amplio espectro de alianzas posible](#). ¡Conceptualmente brillante! Sí pues, ya hacía cuatro generaciones que los *hunos* estaban en Europa, y por lo menos dos controlando completamente los territorios que habían controlado ostrogodos y visigodos. Los simples pastores y guerreros de emboscada, tras 80 años de estadía en Europa, y alternando mucho con ellos, habían aprendido precisamente de los romanos.

- (13) ¿Y puede incluirse a los *francos* dentro de la vasta alianza que se concretó contra el poder imperial? Sí, claro que sí. ¿De los pueblos asentados en la Galia y liberados del poder imperial, cuál era [el más grande y poderoso, el que ocupaba el mayor territorio](#)? ¡Los *francos*! Eran pues, sin duda alguna, el enemigo más importante de las huestes de Aecio dentro de la Galia. Y, en tal virtud, aliados naturales del frente anti-imperial. Mas como en relación con los *francos* hay un aspecto de enorme gravitación, terminaremos de desarrollarlo más adelante.
- (14) Con los *borgoñones* o *burgundios* debe razonarse de igual forma como acaba de hacerse con los *francos*. Eran pues aliados naturales del frente anti-imperial. Mas el azar habría de jugarles en estas circunstancias una muy mala jugada. En efecto, estaban asentados precisamente en el territorio por donde iban a atravesar las huestes romanas en camino al campo de batalla. Para Aecio le resultaba pues impensable que en el mejor de los casos se mantuvieran tácticamente neutrales. Porque había el [gravísimo riesgo de que, una vez quedados en la retaguardia, atacaran con ventaja a las huestes romanas](#). No hay detalles en la historiografía que permitan dilucidar exactamente qué ocurrió con los *burgundios* o *borgoñeses*. Pero siendo un grupo significativamente menos numeroso que los *francos*, resulta razonable presumir que las huestes romanas obligaron a los *burgundios* a incorporarse al ejército imperial y quizá hasta fueron destacados a ir a la vanguardia, como carne de cañón. Pero así y todo, ¿podía Aecio garantizar cuán decidida y eficiente iba a ser la participación de éstos en el campo de batalla? ¿No podrían jugar con éxito un rol saboteador?
- (15) ¿Puede a la ligera incluirse a los *ostrogodos* en la lista de los aliados contra el poder imperial? No, ello resulta profundamente inconsistente hasta por tres razones. Ellos, como detenidamente se vio en su momento, sí fueron seriamente perjudicados con la migración de los *hunos* a Europa: terminaron desplazándose de su territorio, aunque, como también se vio, no por la fuerza. En segundo lugar, veinte años por lo menos tenían ya los *ostrogodos* en el territorio de Italia y en las áreas inmediatamente vecinas a Suiza y Austria. Y, en tercer lugar, hemos mostrado largamente que los *ostrogodos* eran en realidad herederos de viejos contingentes romanos abandonados en los puestos de los confines del norte del imperio, y cuando regresaron a Italia lo hicieron para ocupar el poder y no para liquidarlo. [Ninguna de las tres razones avala pues que, en las circunstancias de la batalla de los Campos Cataláunicos estuviesen como aliados, ni siquiera tácticos de los *hunos*](#).

- (16) Por último, qué decir del caso de los *alanos*. ¿No será suficiente con recordar que **llevaban ya casi cuarenta años en el extremo sur de España**, en torno a Cádiz? ¿Cómo entonces imaginar siquiera que participaron en el campo de batalla, si por lo demás sabido es que antes que guerreros eran hábiles comerciantes? No pues, no puede incluirseles en el frente anti-imperial. Mas hay un dato que termina por excluirlos del frente imperial. La historiografía española sostiene en efecto que, veinte años después de su llegada al sur de España, los *avaros* o *alanos* fueron expulsados de ella por los *visigodos* (hacia el norte de África, se entiende) en el año 429. ¿Cómo pues imaginarlos en el frente imperial, defendiendo los intereses del imperio, y estando al propio tiempo en el norte de África y el norte de Francia?
- (17) El haber incluido a las “tribus germánicas” en el frente anti-imperial, hace ocioso dilucidar si fueron o no como auxiliares. No, mucho más que como auxiliares de abastecimientos o de carga, debe considerarse que los pueblos *germánicos* participaron como **aliados estratégicos de los hunos**.
- (18) ¿De dónde sale la especie de que los *hunos* conquistaron a las “tribus germánicas”? ¿A cuál conquistaron? ¿Dónde está la evidencia? ¿Cuándo lo hicieron? Ésa, entonces, no pasa de ser una afirmación novelesca, reñida con el criterio científico.
- (19) Dado que, como para otorgar mayor credibilidad a la afirmación, se especifica que los *hunos* conquistaron a los *ostrogodos*, vale pues la pena responder brevemente a ésta que también es una especie de carácter novelesco. ¿Cuándo conquistaron los *hunos* a los *ostrogodos*? En este texto hemos mostrado que fueron ocupando su territorio y poco a poco desplazándolos de allí. Pero eso no es conquistarlos. ¿Y entonces, cómo puede alegre e irresponsablemente hacerse una aseveración como ésa?
- (20) No deja de llamar la atención el hecho de que ninguno de los historiadores consultados incluya en su lista, en una trinchera o la otra, a los *bretones* o *britanos*, los ocupantes del extremo noroccidental de la Galia y vecinos de los *francos*. ¿Habiéndose liberado del poder romano virtualmente a la sombra o en alianza con los *francos*, podemos imaginarlos en esta dramática coyuntura en uno u otro lado del campo de batalla. De ningún modo. **Neutrales sí pudieron quedar, ellos sí, su emplazamiento era a ese respecto ideal**. El único riesgo que corrían era el de verse abrupta y desproporcionadamente enfrentados con el ejército imperial si resultaba triunfante en la batalla y llegaba a cobrarles la indiferencia. ¿Corrieron ese riesgo? ¿Estuvieron en el campo de batalla? No se sabe. Y como por sus dimensiones su participación no era decisiva, no tiene sentido conjeturar más sobre su decisión y/o actuación final. Dejémoslo ahí, sin respuesta. Pero sí quede con claridad que resulta inadmisibile ubicarlos en contra de los *francos* y peor aún estando en la retaguardia de éstos.
- (21) En definitiva, los razonamientos precedentes permiten afirmar que el **frente anti-imperial** en los Campos Cataláunicos estuvo conformado por *hunos*, *francos*, *hérulos*, *escitas*, *sármatas*, *gépidos*, *boyos*, *turingios*, y seguramente otros muchos pequeños grupos cuyo nombre ha sido omitido en las fuentes por su minúscula importancia militar. Habría eventualmente quedado como neutral el grupo *bretón*. Y como aliado implícito y pasivo, aunque con grandes posibilidades de actuar

como quinta columna de sabotaje al ejército imperial, el pueblo *burgundio*. En alguna forma lo más relevante de este razonamiento queda expresado en el **Gráfico N° 35**.



- (22) Frente a un espectro tan amplio, se dice pues con aparente razón que Aecio se vio obligado a hacer causa común con los *visigodos*. ¿Parece lógico, no es cierto? Pero hay una trampa en el razonamiento. En efecto, Aecio no se alió con los *visigodos* para incrementar sus fuerzas, sino fundamentalmente **para no dejar en la retaguardia a un enemigo potencial** que, numeroso y rico como era, podía pues resultar peligrosísimo. Aecio entonces no los llevó como aliados, sino obligándolos, contra su voluntad. ¿Cómo pudo ocurrir?
- (23) Pues como lo declara la propia fuente, pero una vez más sin enjuiciar su valioso dato: **Aecio tomó en calidad de rehén al heredero del trono visigodo**. Fue sin duda suficiente para que el rey dispusiera entonces que su ejército quedara a órdenes de los oficiales romanos. Chantajista y extorsionador pues el general romano. ¿Digno líder de una horda? Sí, seguro que sí. Pero además tomó al rehén porque seriamente sospechaba que si sólo se tejía una alianza militar con los *visigodos*, había pues el riesgo de que a mitad de camino, o, peor, en plena batalla, el rey cambiara de opinión y convirtiera a su ejército en un devastador enemigo de las huestes romanas, en tanto estaba mezclado con ellas.
- (24) ¿*Francos* y *burgundios* se habrían unido al ejército imperial? No pues, o estaban en una trinchera o en la otra, pero no en ambas. Y ya hemos asumido cuál habría sido la postura de cada uno de esos pueblos: **de ningún modo estaban los francos en el frente imperial**; y los *burgundios* que fueron forzados a ir como parte de él, no se habrían comportado precisamente como los más encarnizados rivales de quienes estaban en la trinchera opuesta.

- (25) Siendo que los *visigodos*, ya en España, alcanzaron a dominar ampliamente sobre los *avaros* o *alanos*, y en el entendido de que si hubo expulsión se trató de sólo algunos o pequeños grupos, sí puede presumirse que por lo menos un pequeño contingente joven de éstos fue reclutado como parte del ejército *visigodo* (¿quizá también a través de extorsiones?) e incluido pues en el frente imperial.
- (26) Dice pues uno de nuestros autores referidos que, “en cierta medida, fue una *batalla de godos contra godos*”. Si pues, si se incluye como *germanos* a quienes no son *germanos*, como *godos* a quienes no son *godos*, como anti-imperialistas a quienes son imperialistas, y como imperialistas a quienes se oponen a éstos, así pues sí; con esos erróneos datos de origen, y/o con esas equivalentemente erróneas interpretaciones y valoraciones de los datos de origen, ¿puede esperarse una conclusión acertada?

“Una batalla de *godos contra godos*” no pasa de ser una expresión literaria y quizá hasta una bella expresión en el contexto de una novela de ciencia ficción. ¿No era entonces que, de un lado, el grupo más grande estaba constituido por los *hunos*, que de *godos* no tenían nada; y del otro, el *ejército imperial*, que de *godo* tampoco tenía un pelo? ¿Siendo así, cuál es pues el sustento empírico de la expresión? ¡Ninguno!, porque la confusión y el enredo mental y documental no es sustento suficiente y mucho menos pues en términos científicos.

La frase de marras cumple, no obstante, un rol muy importante, caro a la historiografía tradicional y más caro aún a la oficial: encubre, mimetiza, deforma la verdad. Sí pues, al sentenciarse “*godos contra godos*” queda de lado el real trasfondo de la batalla: *la lucha anti-imperialista de los pueblos sojuzgados*, y de los pueblos dominados, y de los pueblos libres pero gravemente afectados.

Y queda también obviada, soslayada y sin esclarecimiento la cuestión de quiénes fueron los protagonistas principales en las correspondientes estrategias guerreras y en las tácticas de la batalla; y qué era pues lo que finalmente pretendían con ello. Llenemos entonces nosotros el vacío. De un lado, qué duda pueda haber, fueron protagonistas Aecio y sus huestes imperiales. ¿Y del otro? ¿Los *hunos*? ¿Pero sólo los *hunos*? ¿Eventualmente los *francos*, y sólo ellos, dado que en su territorio habría de librarse la batalla? ¿Quizá ambos? ¿Y quizá hasta en alianza explícita y en consecuencia preconcebida y bien planeada? ¿Hay razones para suponerlo? Sí, varias y poderosas. Mas sorprendentemente no están escritas, no hay testimonio crónico de ello. Pero surgen de la lectura cuidadosa de los hechos, de los resultados definitivos de la batalla, que difieren sensiblemente de lo que expresan los textos de Historia tradicional, como bien veremos a continuación.

Entre tanto, merece la pena hacerse otra aclaración. En relación con los capítulos finales del Imperio Romano, constantemente se cita que de uno y otro lado de los campos de batalla estaban gentes de los mismos pueblos. De allí que se diga eso de “*godos contra godos*”. Pero en tales casos se obvia un dato de la Historiografía tradicional que a estos respectos es muy importante: en el ejército imperial había miles y miles de soldados de los pueblos conquistados y de los pueblos que, desde la periferia, afluyeron atraídos durante el mejor momento del imperio. ¿Puede en razón de ello sostenerse que quienes estaban reclutados dentro del ejército imperial representaban a sus pueblos y que éstos entonces también luchaban del

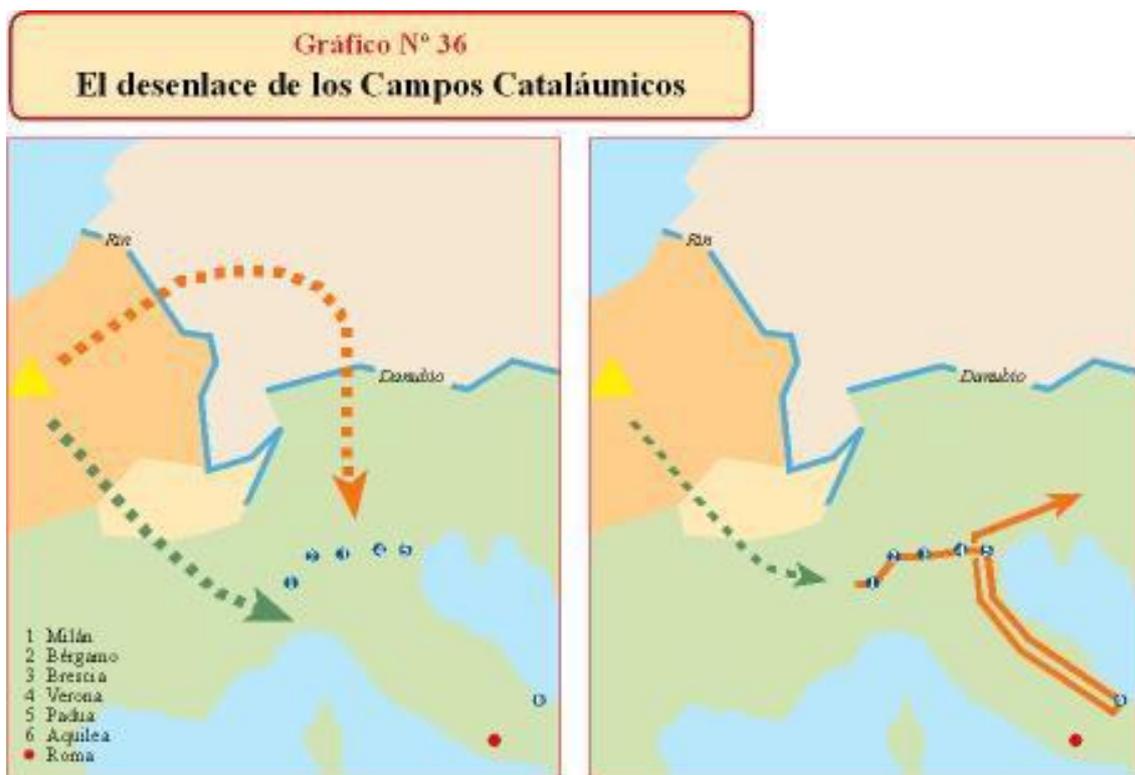
lado del imperio? Ello equivaldría a decir que Perú, México, Nicaragua y otros países invadieron Irak el 2003, porque en el ejército imperial había soldados nacidos en esos países (cuando bien se sabe que fueron reclutados en la sede del imperio, adonde llegaron atraídos por el esplendor centralista del mismo). Cómo pues no hacer una distinción esclarecedora y tan importante como ésta, que permite obviar el error de seguir hablando de “*godos contra godos*”.

- (27) Dice uno de nuestros autores referidos, que por añadidura es profesor de Historia Antigua en la Universidad de Zaragoza, que la ubicación de los Campos Cataláunicos es desconocida. No, no es desconocida. La hemos encontrado en varias fuentes, y, confirmando la validez del dato (“a 130–140 kms. al este de París”), la hemos encontrado pues, no en uno sino en varios atlas, en varios mapas, y hasta en varios diccionarios. No es pues, ni mucho menos, un dato refundido.

Pero lo más grave del asunto no es constatar que en realidad quien desconoce la ubicación del campo de batalla es el referido profesor de Historia Antigua, y no necesariamente todo el resto de las personas que estudian o conocen del tema, como ocurriría si el dato fuera efectivamente desconocido. Lo más grave es pues que queda en evidencia que el citado profesor de Historia no ha enfrentado el tema en cuestión nunca con ánimo de investigación, con el ánimo de buscar una verdad que hasta hoy permanece oculta. Y que tampoco lo ha enfrentado siquiera con el ánimo de dejar de una vez por todas de repetir y reproducir datos que con una mínima pesquiza se revelan absolutamente falsos e inconsistentes. ¿Y por qué concluimos que no ha hecho ninguno de esos esfuerzos? Porque para el caso que nos ocupa el [conocimiento de la geografía juega un papel destacadísimo](#), aunque sólo fuera en niveles de detalle como los que mostramos en los [Gráficos Nº 34](#) y [Nº 35](#) y habremos de ver en el [Gráfico Nº 36](#). No pues para desentrañar las tácticas militares, que bien tienen tiempo para preocuparse de eso los militares; sino para desentrañar la gran estrategia, que no es ya asunto estricta y exclusivamente militar, sino político e histórico. Y, como se verá, un buen mapa a mano va a permitir mostrar y demostrar que la historia oficial romana ha engañado trastocando virtualmente todo cuanto ocurrió en la realidad. Mas será después. Entre tanto, tratemos de aclarar otros desaguisados.

- (28) En efecto, se nos dice que, estando supuestamente ganando la batalla, Aecio, para que no fuera a crecer la soberbia de sus aliados los *visigodos* con un triunfo rotundo, alteró su estrategia y sus tácticas, y los despidió de regreso a España para que el triunfo sobre los *hunos* y sus aliados fuera sólo discreto. [La supuesta y alegremente aceptada conducta del estratega romano es inverosímil](#). Pero sólo pues a la luz de un cierto análisis. ¿Tan abrumador era ya el triunfo parcial, como para darse el lujo de prescindir de una parte del ejército en plena batalla? ¿No era ésta la ocasión de liquidar de una vez por todas un peligro tan grande? Pero como el historiador que cita el texto no se ha dado el trabajo de hacer análisis, sino sólo el de transcribir, entonces no solamente no le parece inverosímil, sino que le parece suficientemente rebuzcado como para que el estratega merezca de su parte el calificativo de “intrigante”, que para el caso no es precisamente descalificador, porque en verdad lo que se pretende es rodearlo de un áurea enigmática, inasible, mítica, sobrehumana. Al fin y al cabo la historiografía tradicional se ha encargado de decir que, en razón de todas sus “hazañas”, a Aecio se le considera “el último de los romanos”.

- (29) Pues bien, se nos dice que a la postre, en razón de la “intrigante” decisión del “último de los romanos”, desaparecidos los *visigodos*, **los hunos pudieron escapar**. Bueno, hasta allí resulta un desenlace insólito pero en definitiva verosímil: a punto de perder la vida no sólo la salvaron sino que hasta lograron escapar. ¿Pero hacia dónde y por dónde? Nadie nos lo dice. ¿Puede dado el vacío conjeturarse? Sí, pero sólo en función de los diversos datos que vienen a continuación.
- (30) **¡Atila reorganizó su ejército!** Sí pues, es posible. Ha ocurrido tantas veces en la historia de la humanidad, por qué entonces no podría haber ocurrido con los *hunos*.
- (31) **¡...y al año siguiente invadieron Italia!** Esto es, en el 452 dC. ¿Pero cómo, qué recorrido hicieron? Como se muestra en el **Gráfico N° 36 (izq)**, sólo había dos rutas. Una, de regreso por aquella por donde llegaron a la batalla, pero con el cambio de remontar los Alpes. Y la otra, en dirección sur y luego hacia el sureste, hacia Italia y Roma. La primera estaba sin duda libre, pero casi como que representaba reeditar la hazaña de Aníbal de remontar los Alpes y caer por sorpresa. Era sin duda lenta y fatigante, pero más aún para un ejército diezmado y con miles de heridos. Pero la otra no tenía menos inconvenientes. Estaba ni más ni menos que ocupada por el ejército que los acababa de derrotar. ¿Cómo pues habrían podido pasar por allí?



- (32) **¡El avance de Atila hacia Roma no halló oposición!** De hecho, si sagaz y audazmente, aunque con un ejército maltrecho, optó por el primer camino, qué oposición iba a encontrar si el mayor destacamento del ejército imperial, feliz con el triunfo, habría quedado estacionado en la Galia, tras errar gravemente al asumir que la fuga de los derrotados *hunos* era íntegra y definitivamente hacia el este, de regreso a sus territorios de Hungría.

- (33) Pero resulta que luego se nos dice que **ni siquiera las legiones del victorioso e intrigante “último de los romanos” pudieron detenerlos**. Lo cual significa que intentaron detenerlo. Lo cual a su vez sugiere que se cruzaron en el camino (porque de no ser así se estaría admitiendo la insólita tesis de que los *hunos* iban adelante y los otros persiguiéndolos), que volvieron a enfrentarse y que, entonces, derrotados, no lograron detenerlos.

Así las cosas, o el triunfo de Aecio en la “gran batalla” de los Campos Cataláunicos, no habría sido sino de sabor efímero y de pírricos resultados; o, en su defecto, lo que sería tanto más grave y comprometedor para la historiografía tradicional: **quizá no hubo tal triunfo sino en las crónicas**, que con tanta o mayor capacidad de manipulación que de intriga habría logrado fraguar Aecio, el “último de los romanos”.

- (34) En la península itálica los *hunos* “habrían” (porque ya hay bastantes razones para empezar a sospechar de toda la información que nos proporciona la Historia tradicional), habrían pues saqueado Milán, Bérgamo, Brescia, Verona y Papua, ciudades que quedan todas precisa y sorprendentemente en el continente y no en la península, como puede apreciarse en el **Gráfico N° 36**. Y se dice que también Aquilea, una ciudad en la costa del Adriático. Pero no saquearon Roma. Dícese que atendiendo Atila las razones y ruegos del Papa León I, “el Grande”. ¿Llegaron realmente los *hunos* a estar en Roma? Porque una fuente no especializada pero razonablemente seria ⁹⁹ sostiene que **“llegó casi hasta las puertas de Roma”**. Es decir que ni siquiera a las puertas, sino “casi” a las puertas. ¿Y cuántos kilómetros debe entenderse que es ese “casi”? diez, cien, doscientos. ¿O sea que el Papa salió al encuentro de Atila, hasta algo más allá de las puertas de Roma? ¿Y si en realidad casi, casi tampoco se entrevistaron, y no hubo ruegos ni nada que se le parezca?
- (35) ¿Parecen forzadas y ridículas las preguntas? De hecho lo parecen. Pero lo que ocurre es que sobreviene un dato de singular importancia. Dice en efecto el profesor Fatás, catedrático de Historia de la Universidad de Zaragoza, que **“la hambruna y la peste” sacaron a los *hunos* de Italia** ¹⁰⁰.

Este **dato de pestes y hambruna reviste singular importancia**. No es pues, ni con mucho, como pasarlo a la ligera. Se habría tratado, cuando menos, de la segunda gran crisis de este género en el imperio. Si la primera de que se tiene algún reporte, la de San Cipriano, a mediados del siglo III dC, elevó el precio de una medida de trigo de 6 a 200 dracmas, y ya para el 330 dC costaba 2 millones de dracmas –según refiere Barraclough ¹⁰¹–, ¿a cuánto más no se habría elevado en la crisis de desabastecimiento y hambruna consecuente en torno al 450 dC?

Si la primera, que tomó al imperio todavía en su máximo poderío, lo afectó tanto que sin duda contribuyó a la **rebelión e independencia de los francos**, que por su más lejana ubicación respecto del mayor centro de abastecimiento de trigo (Egipto, y véase nuevamente a este propósito el Gráfico N° 18), debieron estar entre los más perjudicados; y quizá debió influir en las **primeras manifestaciones**

99 Larousse Ilustrado, p. 1400.

100 G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>

101 Barraclough, *Atlas de la Historia*..., p. 68.

de violencia de los *visigodos*, coincidentemente en el 251 y 258–259 dC; ¿cuánto más, y lapidariamente debió afectarlo ésta del 450 dC, cuando el imperio realmente agonizaba?

¿Debe cargarse a los *hunos* también este *azote de la naturaleza*? ¿No es verosímil que a raíz de la sequía, las creencias populares, tan cargadas de supersticiones y fetichismos, tan alejadas de la verdad científica, relacionaran la sequedad de los pastos con la intencionalmente agigantada presencia de los hunos, y se tejiera así entonces el estigma de que por donde pasaba el caballo de Atila no volvía a crecer la yerba?

En fin, recogiendo el conjunto de los datos y presunciones coherentes: (a) triunfo anti-imperial *franco-huno* contra las huestes de Aecio; (b) secuencia y ubicación de las ciudades saqueadas; (c) ni ingreso ni saqueo de Roma, y; (d) evacuación forzada por las pestes; *el recorrido más probable del ejército huno* es pues el que se presenta a la derecha en el *Gráfico N° 36*. Más aún, el dato de las pestes ayuda a suponer y entender por qué las derrotadas huestes de Aecio se habrían negado a incursionar en la península en persecución de quienes a todas luces iban a saquear la sacrosanta capital del imperio.

Al año siguiente, el 453 dC, ya de vuelta en su sede de Hungría, Atila volvió a casarse “añadiendo una esposa más a su numeroso harén”¹⁰², la misma que según se afirma “era hija de un jefe aliado”¹⁰³, *germana*¹⁰⁴, para más señas, en el genérico lenguaje de la historiografía tradicional. Pero sorprendentemente se nos dice también que murió en plena celebración de la boda¹⁰⁵.

Cagliani registra que ya en el año siguiente, en el 454 dC, se agudizaron las *divisiones internas* que se suscitaron entre los *hunos* tras la muerte de Atila. Y que así debilitados, ese mismo año fueron derrotados por los *germanos*, “disolviéndose las hordas”.¹⁰⁶ El profesor Fatás muestra en cambio que las revueltas internas se dieron en el 455 –coincidiendo circunstancialmente con el brutal saqueo *vándalo* a Roma–. Y que esa división facilitó la derrota de los *hunos* “frente a una *coalición de gépidos, ostrogodos, hérulos y otros pueblos*”.¹⁰⁷

Para aquél, “el peligro había pasado”. Y para éste, el triunfo de la coalición “terminó con los hunos como potencia”. “¿Los hunos como *potencia!*”. ¿Cuáles de todas las aseveraciones incluidas hasta aquí –en las que hemos recogido gran parte de lo que la Historia tradicional afirma sobre ellos–, permite llegar a la conclusión de que los *hunos* fueron una “potencia”? Ninguna, pero sí es consistente con la también discutible, endeble y reiterada afirmación de la historiografía tradicional de que los *hunos* fueron los *responsables de desatar las oleadas de invasiones*.

Si seguimos manteniendo ese erróneo y anti-histórico criterio, tendríamos que admitir también la especie de que *si no llegaban los hunos a Europa*, el Imperio Romano

102 Martín Cagliani, Los hunos / <http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/loshunos.htm>

103 Fernández y Vásquez, *Diccionario...*, p. 85.

104 López, *El nacimiento...*, pp. 34–35.

105 Fernández y Vásquez, *Diccionario...*, p. 85. Las cursivas son nuestras.

106 Martín Cagliani, Los hunos / <http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/loshunos.htm>

107 G. Fatás, *Historia Antigua* / <http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>

se habría mantenido por muchísimo más tiempo, e, incluso, en el delirio, se mantendría aún vigente.

¿Acaso Egipto colapsó por invasiones extranjeras? ¿Acaso Grecia? ¿O el Imperio Español del siglo XIX? ¿Acaso la Inglaterra del XIX al XX? Pues bien, el Imperio Romano tampoco colapsó por la incursión de los *hunos*. Recordemos a modo de síntesis acontecimientos que hemos mencionado antes: 1) el imperio ingresó a una etapa de profundas e irreversibles crisis económicas, políticas y sociales en las primeras décadas del siglo III; 2) la “sequía de San Cipriano” se inició a mediados del mismo siglo III; 3) las primeras pestes, hambruna y desbocada inflación de que puede hablarse aparecieron como consecuencia de aquélla; 4) la primera invasión *persa* y destrucción de Antioquia ocurrió antes de que se cumpliera la primera mitad de ese mismo siglo; 4) los *francos* o “franceses” –o como prefiera llamárseles– se rebelaron contra el imperio a partir del año 259 dC, y las primeras manifestaciones guerreras de los *visigodos*¹⁰⁸ han sido fechadas en el 251, el 258–259 y en el 269 dC, y, por último; 5) la división del imperio se oficializó en el 284 dC. Todas, pues, antes de que culmine el siglo III dC. Es decir, **cinco de las más importantes causas** que ayudan a entender la debacle del Imperio Romano se desencadenaron y desarrollaron **entre uno y medio y un siglo antes de la aparición de los *hunos*** en el escenario –asumiendo que ésta se dio en el año 370 dC–.

Por añadidura, el historiador norteamericano Robert López reporta que, dentro de la jurisdicción del ya oficializado Imperio Romano de Oriente, el emperador Constantino, cuarenta años antes de que aparezcan los *hunos*, mandaba “**encadenar como esclavos a los *colonos fugitivos*...**”¹⁰⁹.

¿Cuáles podían ser esos **colonos que hacia el año 330 dC ya fugaban de sus tierras**? Quizá *ostrogodos* pobres. Quizá *vándalos* también pobres. Quizá *visigodos* sin tierra a quienes los *visigodos* ricos los tenían como colonos trabajando las suyas? E incluso quizá *avaros* o *alanos*. ¿Huían pacífica y resignadamente al amparo de las sombras de la noche? ¿No es presumible en aquellas desventuradas circunstancias imaginarlos asaltando y saqueando propiedades, y de allí que la represalia imperial fuera tan enérgica?

¿Pero por qué, además, habríamos de descartar la posibilidad de que también hubiera entre esos colonos fugitivos “romanos” pobres, que los había, y muchos, hartos de la crisis que los obligaba a aportar a sus hijos a los ejércitos de Constantino, o de sus esmirriados bolsillos a las sedientas arcas del emperador, ya a cambio de nada, o, peor aún, a cambio de una situación que preveían cada vez más catastrófica? ¿Cómo descartar pues que Constantino comprobara, con desesperación e ira, que fugaban abandonando sus tierras, tanto “romanos” como “bárbaros” de todas las “tribus” y colores? Pues bien, todo ello, **cuarenta años antes de que los *hunos* asomaran** sus narices por Crimea.

Y adicionalmente, ¿puede atribuirse a los *hunos* la inaudita ceguera de la élite imperial romana, que en el contexto de una crisis generalizada y cada vez más grave, se enfrentaron en **suicidas guerras civiles** como las que se dieron en el 388 y el 394 dC¹¹⁰;

108 www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

109 López, **El nacimiento...**, p. 17. La cursiva es nuestra.

110 www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm

¿esto es, cincuenta y cuarenta años antes de que se reportaran los que debe suponerse los primeros triunfos de los *hunos* que dieron origen a que cobraran “cupos” al poder en Constantinopla?

Qué duda cabe, en ese agravado contexto, entonces, y sin remedio, los *hunos* se constituyeron en una suerte de [golpe final para el imperio](#), en la gota que derramó un vaso que ya estaba repleto. Si los *hunos* se presentaron en la frontera del territorio imperial en el año 370 dC, su edad de apenas 80 años, con no más de 40 de acciones de violencia, sólo en las dramáticas y aciagas circunstancias del imperio en que aparecieron y actuaron, puede realmente entenderse como prolongada y definitiva. Pero, categóricamente, nada de ello implica que fueron los responsables de todos los males, de todas las calamidades, y, menos pues, de la debacle del imperio. Esta especie sólo cumple una función, distorsionante y alienante: [exculpar al poder imperial de la infinita serie de barbaridades cometidas](#), que desataron, real y objetivamente, el germen de su propia destrucción.

En cuanto a [Atila](#) mismo, a quien se le atribuye haber nacido en torno al año 406 dC ¹¹¹, vino entonces al mundo cuando sus padres llevaban ya algo más de tres décadas estacionados en los valles de Hungría, en tierras de los *ostrogodos*, pero aún eran vistos como rústicos pastores sin casas. [No había nacido cuando los visigodos estremecieron al dividido y desfalleciente imperio](#) con su sensacional triunfo militar en Adrianópolis. Y sólo tenía cuatro años cuando los mismos *visigodos* devastaron Roma en cruento saqueo.

A diferencia de Alarico, Teodorico, Genserico y otros, y a diferencia de Julio César, Nerón, Constantino y otros, tan bárbaros y crueles como pudo ser él, Atila era el único cuyo origen, a pesar de haber nacido e incluso se cree que educado en Constantinopla, podía reputarse absolutamente ajeno a Europa. Era pues [el personaje ideal al cual endosarle todos los males](#), propios y extraños, previos, contemporáneos y posteriores a su propia existencia. Y bien se sabía que, estigmatizado como había quedado, no habría en la faz de la Tierra quien reivindicara con objetividad que lo suyo no fue de ningún modo más dañino que lo de otros, pero, con toda seguridad, sí fue menos agravante que otras de las muchas causas que trajeron abajo al gigante.

Nada lo convierte en un santo digno de devoción de nadie (con escrúpulos y valores), ni siquiera el hecho –más mítico que probado– de haber respetado la integridad de Roma y los también supuestos ruegos del Papa. Pero de allí al “azote de Dios” hay una distancia enorme. Casi podría decirse que Roma –y la Historia tradicional– han hecho de [Atila de primero de los malhechores con los que se inauguró esa nefasta prensa amarilla](#) que da a los criminales, hasta el día de hoy, más tribuna y difusión que a hombres y mujeres que realmente serían dignos de ella.

[¿Quiénes finalmente derrotaron a Atila y los hunos?](#) ¿Puede aceptarse, como se afirma en la Historia tradicional que fue sólo una coalición de *gépidos*, *ostrogodos*, *hérulos* y otros pueblos, enfrentamiento para el que, dicho sea de paso, no se da la más mínima explicación? ¿Y qué fue de los *hunos* después de aquello? ¿Desaparecieron del mapa? ¿Habrían marchado de regreso los mismos 10 mil kilómetros por donde vinieron sus antepasados cinco generaciones atrás?

111 Fernández y Vásquez, *Diccionario...*, p. 85.

¿Debemos echar por la borda todos y cada uno de los datos que se nos presenta, algunos de los cuales pueden ser objeto de [análisis para entender cuál habría podido ser su suerte final](#)? Sí pues, hay elementos suficientes y suficientemente importantes como para asumir que no fueron solamente los hombres (aquella supuesta coalición) quienes al cabo derrotaron (¿y liquidaron?) a los *hunos*.

En efecto, es [muy probable que la naturaleza](#), como en otros episodios de la historia, [haya jugado también un papel decisivo](#). Los *hunos* fueron el primer gran pueblo del lejano centro de Asia que tuvo contacto masivo con Occidente. Vinieron hacia él, estacionándose por casi un siglo, y respiraron en Europa el inflamado aire que contenía millones de gérmenes desconocidos para ellos. ¿Con cuántas enfermedades, contra las que no tenían defensas, se encontraron? Nunca hemos leído nada al respecto. Mas no es necesario que se nos diga. La pregunta, bien lo sabe la ciencia y en particular la epidemiología de hoy, tiene una respuesta casi axiomática: con varias y quizá con muchas enfermedades, todas las cuales debieron tener consecuencias diezmatantes para los *hunos* –pero también para los otros, sus “anfitriones” europeos–.

Al desastroso impacto de enfermedades desconocidas probablemente se sumó el efecto del drástico [cambio climático](#) –temperaturas y humedades distintas a las que estaban acostumbrados–, pero, sobre todo, las consecuencias del radical [cambio de régimen alimentario](#) que tuvieron que soportar en Europa. Esa sumatoria de causas naturales no es en modo alguno despreciable.

Cargado de maledicencia, de morbosa ingenuidad, o lisa y llanamente de puerilidad, cuántas veces se ha repetido que Atila “celebrando su boda (...) cayó hacia atrás debido a su borrachera y, [al producirse una hemorragia nasal, se ahogó en su propia sangre](#) al no poder levantarse” ¹¹². Aceptemos que, producto de una supuesta feroz borrachera, Atila no pudo levantarse. Eso, para hablar también en términos prosaicos, ocurre y ha ocurrido hasta en las “mejores familias”. ¿Acaso la historiografía no nos habla de reyes europeos que igualmente ebrios caían desplomados sin sentido? ¿Pero tenemos que aceptar que, en medio de su boda, rodeado de cientos de familiares, amigos, aliados y admiradores, no hubiera uno, ni siquiera uno, que atinara a levantarlo? Es pedirnos demasiado. Quizá realmente Atila murió de *hemorragia nasal*, pero sin duda después de desesperados aunque vanos intentos de sus familiares y amigos.

¿Qué causas dan origen a hemorragias incontrolables como la que habría sufrido Atila –y como él muchos otros *hunos*–? Entre otras, el [envenenamiento](#). Atila pudo por ejemplo ser envenenado en el tráfago de la fiesta. Si se pudo envenenar a emperadores romanos igual pudieron sus enemigos envenenar a Atila. Por otro lado, la [hemofilia](#), que también produce hemorragias, es no obstante un argumento endeble para este caso: sin duda el rey de los *hunos* sufrió mil heridas desde niño. Así, alternativa pero también complementariamente al envenenamiento, asoma con verosimilitud la hipótesis del [escorbuto](#), el mismo escorbuto que tanto afectó a los navegantes de Europa siglos después. En efecto, la aguda falta de vitamina C se origina en los drásticos cambios de alimentación en los que deja de ingerirse frutas, entre otras cosas. Pero también la ausencia de otros alimentos a los que estaban acostumbrados pudo afectar pues a los *hunos*.

112 Fernández y Vásquez, *Diccionario...*, p. 85. Las cursivas son nuestras.

Ciertamente no nos preocupa desentrañar las causas de la muerte de Atila. Ello nos tiene sin cuidado. Pero sí es importante, siguiendo la pista de la presumida modalidad de su muerte, tratar de [explicar la supuesta pero nunca bien sustentada desaparición de los hunos del escenario de Europa](#). Sin que estuviera en sus propósitos, contribuyeron significativamente a la caída definitiva del imperio, y a la liberación final de muchos pueblos que habían estado por siglos dominados por los romanos; pero aparentemente desaparecieron, sin pena ni gloria, y con las manos vacías. En definitiva, creemos que la naturaleza, una vez más al margen de la voluntad de los hombres, pudo jugar un rol decisivo en la vida de los *hunos*, enfermándolos y debilitándolos, ayudando así a minimizar su importancia desde las postrimerías del siglo V. He ahí un reto para la medicina arqueológica.

La reflexión sobre el oscuro y silenciado final de los *hunos* es válida por el hecho de que ellos, de haber tenido completo éxito, de haber sido realmente una “potencia” como a la ligera se afirma en la Historia tradicional, habrían sido el primer pueblo en la historia de Occidente en posesionarse del territorio de un imperio y sustituirlo, conformando otro y prolongando así el sojuzgamiento de los pueblos que había conquistado el poder romano. Sin embargo, como está dicho, ello no ocurrió. Mas no porque los pueblos uno tras otro, masiva y tercamente lucharan contra la dominación de los *hunos*. Sino porque éstos, además de las comprensibles luchas fratricidas a la muerte de Atila (como a la muerte de todos los grandes caudillos), [habrían perdido toda fuerza y empuje casi diezmados más por azotes de la naturaleza que por armas enemigas](#).

Pero ello no significa, ni mucho menos, que no quedó *huno* sobre la tierra. Y resulta igualmente inverosímil imaginar a los sobrevivientes emprender la larga marcha de retorno a Mongolia. Habrá pues que bucear en la historia subsiguiente de Hungría y Rumania –que por cierto no acometeremos aquí–, para ver si se hallan o no más pistas de ellos. Nuestra hipótesis es que sí. Y que [siguieron allí hasta quedar total y completamente mezclados y mimetizados con las poblaciones](#) que en esos territorios se asentaron en los siglos siguientes, entre ellos los *magiares*, a los que extraña, muy extraña y sospechosamente, también se reputa provinieron del Asia. ¿Será difícil probar el emparentamiento de *hunos* y *magiares*? ¿No serán éstos herederos de aquéllos? ¿Podrá la medicina moderna –prueba de ADN de por medio– probar o descartar la hipótesis, no vale acaso la pena?

Como fuera, y dado que no correspondió a los *hunos*, [las primeras experiencias de posta entre un imperio y otro](#), quedaron reservadas para México y los Andes, para diez siglos después, cuando el Imperio Español sustituyó, sin solución de continuidad, al Imperio Azteca, primero, y al Imperio Inka, después, en la dominación sobre un sinnúmero de pueblos mesoamericanos y andinos, respectivamente.

¿Cuántos finalmente se enfrentaron al poder hegemónico?

¿Cuántos fueron los “bárbaros europeos y asiáticos” que contribuyeron a la caída del enorme Imperio Romano? ¿Puede considerarse serio, después del espectacular y sonado triunfo de los *visigodos*, por ejemplo, que algunos historiadores sigan estimando que la [estructura política de los “bárbaros” “apenas \[era\] más extensa que la de una banda armada”](#) –como de manera inaudita sostiene el historiador norteamericano

Robert López ¹¹³-. ¿No ha reparado López en que su insólita y desprevenida afirmación deja en muy mal pie al “grandioso” Imperio Romano? ¿Tan débil era en verdad como para que unas cuantas bandas armadas lo hicieran trastabillar de muerte en el 378 dC, tras la batalla de Adrianópolis?

Asumamos como cierta la versión de ese mismo historiador cuando señala que “los *vándalos*, al parecer, no rebasaban la cifra de 80 000, incluidos los aliados, las mujeres y los niños” ¹¹⁴. El problema de esta cita, sin embargo, es que nunca sabremos a quiénes ha incluido el historiador como *vándalos* –¿sólo a los *vándalos* o a todos los “bárbaros” que actuaron con vandalismo?– y a quiénes y cuántos como “aliados”.

Engel, por su parte, tampoco es a este respecto más preciso. Hablando de los que llegaron a España dice: “Habían llegado en el 409 desde los Balcanes, en grupos de 150 000 hombres, con los *alanos*, los *vándalos*, los *quades* y los *suevos*...” ¹¹⁵. No podemos sumar ambas cifras porque en ambas están incluidos los *vándalos*.

En relación con los *visigodos* hay quienes estiman que se trató de un contingente de 200 000 ¹¹⁶ a 250 000 personas ¹¹⁷. Sin embargo, pareciendo ostensiblemente exagerada en particular esta última cifra ¹¹⁸, asumamos pues que se trató sólo de 120 000 personas.

Supongamos entonces, para manejarnos sólo con *órdenes de magnitud*, que entre *avaros*–*alanos*, *vándalos*, *quades*, *suevos* y *visigodos* sumaban 270 000 personas.

¿A cuánto habría ascendido entonces la cifra de todos los “bárbaros” que remecieron Europa continental entre los siglos III y V dC, si a ese parcial sumamos los *sajones*, *anglos*, *francos*, *lombardos*, *ostrogodos*, *burgundios*, *marcomanos*, *erulos*, *jutos*, *gepidos* y los *hunos*? Sólo los *hunos* contribuyeron a la suma con 300 000 personas, muy difícilmente más. Los *ostrogodos* que formaron un reino en Italia difícilmente eran un grupo tan pequeño como nos lo presentó López. Los *lombardos* que terminaron derrotando a los *ostrogodos* en Italia y formando un nuevo reino en la península tampoco. Los *burgundios* –o “borgoñeses”– para formar el reino correspondiente, en las actuales Borgoña y Lorena francesas y en los territorios próximos a ella de Alemania y Suiza, no debieron ser tampoco insignificantes numéricamente. Y, menos aún, los *francos*, que se posesionaron “de la región más vasta y fértil del Occidente”. Los *francos* –sigue diciendo López– “eran, con mucho, los más poderosos entre los pueblos bárbaros...” ¹¹⁹.

¿Cuántos, pues, podían sumar entre todos los “bárbaros”? ¿Acaso 1 200 000 personas?

113 López, *El nacimiento*..., p. 30. La cursiva es nuestra.

114 López, *El nacimiento*..., p. 27.

115 Engel, *España, del Oriente*..., p. 67.

116 www.readyssoft.es/flags/nav15-1.htm

117 En Véase por ejemplo en <http://members.tripod.com/-superJ/index-8.html>

118 Ello en razón de que la fuente antes citada refiere al propio tiempo que en España había entonces (siglo V dC) entre 6 y 7 millones de personas. No obstante, si por más verosímil se acepta la versión de 4 millones de habitantes para el siglo XV dC, de que habla Antoni Simón Tarrés (en *La Monarquía de los Reyes Católicos, Hacia un Estado hispánico Plural*, Colección Historia de España, Tomo 13, Edit. Temas de Hoy SA, Madrid, 1996, p. 44), puede entonces colegirse que en el siglo V dC a lo sumo había la mitad de esta última cifra.

119 López, *El nacimiento*..., p. 34.

¿Puede frente a esa cifra llegarse a la misma conclusión a la que llegó el historiador norteamericano Robert López para decir: “los bárbaros ¡eran tan poco numerosos!”¹²⁰. ¿Un millón doscientas mil personas puede considerarse un grupo “poco numeroso”? Eventualmente, podría sí admitirse que, en términos proporcionales, constituían un grupo minoritario. Pero si 1 200 000 personas eran objetivamente una mayoría o una minoría, sólo puede definirse sabiendo cuántos habitantes había en toda Europa Occidental por aquel entonces. Es decir, sabiendo [qué porcentaje de los habitantes del imperio se movilizó para conmocionarlo y terminar por derruirlo](#). ¿Es posible estimar esas cifras? Lo intentaremos.

Hay autores que estiman que hacia el siglo V dC la población mundial era de, aproximadamente, 200 millones de personas¹²¹. Asumiendo –con los riesgos que ello implica–, que las proporciones actuales fueran las mismas que en la antigüedad, la Europa Occidental del siglo V dC tenía, entonces, alrededor de 26 millones de habitantes¹²². Frente a esa cifra, [1 200 000 representa entonces casi el 5 % de la población](#). ¿Ello es poco o mucho? Ciertamente depende. Si están pacíficamente trabajando sus tierras, puede considerársele “pequeña” y hasta insignificante.

Pero [si sólo una cuarta parte de ellos se moviliza por todo el territorio](#) saqueando; asaltando para conseguir alimentos, caballos y carros de transporte; bloqueando caminos y haciendo sabotaje a puentes y obras públicas; enfrentando y derrotando a las desperdigadas huestes imperiales; abandonando las tierras que trabajaban y agudizando con ello la escasez de alimentos; abandonando las minas y con ello saboteando aún más la economía del imperio; etc., entonces debe considerársele una cantidad enorme, desproporcionadamente grande y devastadora.

Basta imaginar qué ocurriría hoy, por ejemplo, en el esplendor y máximo poder del Estados Unidos, si en el preciso momento en que se estuviera combatiendo, contra algún “enemigo” –Irak o el que fuera–, se levantan en hordas de hombres, mujeres y niños, simultáneamente, a todo lo largo y ancho del territorio al norte del río Grande, 4 millones de personas, es decir, 2,5 veces la población de delincuentes que hoy pueblan las cárceles norteamericanas¹²³. Los [resultados serían, simple y llanamente, terribles, devastadores](#). ¿Y si a esa convulsión interna se sumara una larga serie de agresiones externas de todo género de motivación y origen geográfico, y disputas dentro de la propia élite hegemónica, y grave crisis económica y profundo malestar al interior de la nación hegemónica, y catástrofes climáticas, etc.?

No es difícil pues concluir que el [alzamiento generalizado, escalonado y sistemático, terminó por ser lapidario](#) para el Imperio Romano. Por cierto no murió instantáneamente, como si hubiera recibido un balazo en la sien. Languideciendo fue capaz de algunos estertores. Mas la debacle final fue y era inexorable.

Lecciones de la historia que no muestra la Historia

La grotesca transmutación de “guerras de liberación” por “invasiones extranjeras” es quizá [una de las más graves y trascendentales deformaciones y alienaciones](#) que sigue manteniendo la historiografía tradicional. Es sin duda un fiel reflejo de que ella

120 López, *El nacimiento...*, p. 27.

121 *Gran Atlas Salvat*, Salvat, Pamplona, 1985, tomo 7, p. 316.

122 El 13 % de la población total.

123 Milton Friedman, *Drogas: ¿una guerra injusta?*, en “El Comercio”, Lima, 12–2–98, p. 2.

registra, muy a su pesar pero objetivamente, la versión oficial, la versión que interesadamente se construye desde las más altas esferas del poder.

Ninguno de los grandes poderes hegemónicos que han sucedido al Imperio Romano, ni el Carolingio, ni el Imperio Español, el Inglés, el Alemán y el de Estados Unidos, como ninguno de los poderes ideológica o políticamente dependientes de ellos a lo largo de la historia, ha estado dispuesto a aceptar que las [guerras de liberación](#) son un “dato de la realidad” y, por sobre todo, [una inexorable aunque postrera consecuencia de las nefastas políticas imperialistas](#). Y que ésta es pues la causa, y aquéllas una pero quizá la más trascendente de sus consecuencias.

Y cuando por ejemplo no ha podido evitarse dar cuenta de algunas guerras de independencia, como la de Estados Unidos, América Latina, o la India, para sólo citar esos casos, se ha recurrido al también grotesco expediente de [volver a deformar el fondo de la historia](#), atribuyéndolas no a una consecuencia inexorable de las agresiones imperialistas de origen y a las que responden, sino a un tardío y renovado afán de libertad e independencia de los pueblos (en estos casos las tesis liberales que surgieron con la Revolución Francesa), o a la presencia de seres excepcionales como Gandhi.

En relación con dichos importantísimos antecedentes históricos, en la Historia tradicional [sigue manteniéndose las siguientes alienantes transmutaciones](#):

a) En el caso del [Imperio Romano](#):

- La causa verdadera: política imperialista; viene siendo sustituida por una [causa ficticia](#): agresión externa.
- La consecuencia verdadera: guerras de liberación; viene siendo sustituida por una [racionalización falaz](#), sin fundamento científico ni testimonio empírico: colapso por haberse cumplido un ciclo natural.

b) En el caso de los Imperios Español e Inglés:

- La causa principal: política imperialista; viene siendo sustituida por una [causa secundaria](#): desarrollo y afianzamiento de la ideología liberal.
- La consecuencia verdadera: guerras de liberación; viene siendo sustituida por [recreación ideológica eufemística](#): procesos de independencia.

La [Historia tradicional](#), que reivindica se le estudie para aprender las lecciones de la historia, [se niega pues flagrantemente a sí misma](#) al no mostrar explícita y objetivamente las lecciones de la historia, sino que, por el contrario, las disfraza y maquilla cuando no las oculta.

Si, por el contrario, las lecciones de la historia, y muy especialmente todas cuantas quedan en evidencia tras las experiencias del Imperio Romano, Español e Inglés, hubiesen quedado bien registradas, y tras ello profundamente internalizadas en la conciencia de los pueblos y de sus gobiernos, en nuestra época, por ejemplo, [no asistiríamos a nefastas políticas y las brutales agresiones del imperialismo norteamericano](#) que, sin duda, están cavando su propia tumba, y al propio tiempo lanzando al mundo a un proceso de violencia muy difícilmente imaginable.

La inverosímil Historia tradicional

Sentimos obligación de explicar la razón de habernos detenido tanto en el tema anterior. La historia del Imperio Romano es sin duda uno de los capítulos paradigmáticos de la historia de Occidente, pero también de la humanidad. Ha sido, para la historiografía tradicional, el “laboratorio” de ensayo del que surgieron, durante quince siglos, todos axiomas y tesis habidos y por haber –sin que previamente fueran planteados como hipótesis de investigación–. De ese “laboratorio” han emanado pues innumerables “sacrosantas e inmutables aseveraciones”. Mencionemos, a título de recuento parcial, algunas de ellas:

- 1) La historia la hacen los hombres, esto es, se construye con la participación decidida y voluntaria de los pueblos, pero, muy especialmente, con la decisiva y mesiánica participación de los más lúcidos y preclaros de entre ellos;
- 2) A la naturaleza –y esta es una ley implícita y complementaria–, virtualmente no le ha correspondido ningún papel en la historia de los hombres;
- 3) Los imperios han sido y son la más alta, grandiosa y benéfica expresión de la creación humana;
- 4) Los hombres más lúcidos y preclaros asoman sobre la faz de la Tierra, generalmente, en el contexto de los imperios. Hammurabi, Nabucodonosor, Ciro el Grande, Darío el Grande, Ramsés, Tutankamon, Pericles, Alejandro el Magno, Julio César, Augusto, Constantino, Carlomagno, Carlos V, Enrique VIII, Pachacútec, etc, se cuentan entre los más representativos;
- 5) Los imperios, por lo general, no son destruidos ni demolidos por nadie, sino que sucumben por “agotamiento” o por “vejez”, cumplido ya su ciclo vegetativo; en el peor de los casos, sucumben cuando devienen gigantes con pies de barro o castillos de naipes, pero sin que nadie sea responsable de ello, menos aún los emperadores, ni el conjunto del poder hegemónico del que formaban parte;
- 6) Si, por excepción, la mano y la voluntad del hombre ha intervenido en el colapso de un imperio, ésta ha sido una mano ajena: “bárbaros” que llegaron de la periferia del imperio, por ejemplo;
- 7) El hombre llano, el hombre pobre, el esclavo, el soldado y el campesino sin nombre, no han jugado un papel relevante en la historia, aunque en conjunto sumaran el 95 % de la población (esta también, por cierto, es una tesis implícita, nunca declarada y menos oficialmente reconocida por la Historia tradicional, pero omnipresente en ella);
- 8) Las cuestiones demográficas son accesorias e incidentales: los datos demográficos (magnitudes poblacionales, efectos graves de las sequías y hambrunas, y de las guerras) no tienen porqué ocupar espacio en los textos de Historia (tesis implícita);

- 9) Las cuestiones económicas son un asunto pueril: los datos económicos tampoco deben ocupar espacio en los textos de Historia, y, si es inevitable presentarlos, el purismo exige mostrarlos en su unidad de medida original, dragmas, maravedíes, o lo que corresponda (aunque con el paso del tiempo ya no le signifiquen nada a nadie); por lo demás, todos los gastos imperiales en castillos, arcos de triunfo o palacios, son una **admirable y venerable contribución de los imperios a la civilización**; su valor, o cuanto se sacrificó construyéndolos, poco importa;
- 10) Hay **hechos y pequeños detalles** que no pueden menospreciarse y menos aún obviar: es fundamental insistir en formas, colores y medidas de huacos, pirámides, coliseos, etc.; día, fecha y hora de los acontecimientos, aunque fuera de los menos significativos; en amantes, esposas e hijos espurios; en modas y vestidos de las élites, así como en la cantidad de platos en los banquetes y el tamaño y peso de las espadas, sin olvidar el decorado de las empuñaduras; no debe prescindirse de destacar la sabiduría, devoción y misticismo de los emperadores o reyes, cuando corresponda, o su infinita maldad, las veces que haya que reconocerlo; ni de mostrar la castidad y santidad o, en su defecto, la ingenua coquetería de las princesas.

Quedémonos pues en diez –número que tanto hechiza a los tejedores y aficionados de las leyendas–. Sí, por lo menos con esas diez **“leyes inmutables”** los historiadores tradicionales, desde Herodoto hasta nuestros días, han construido “su” versión de la historia, mas no una versión científica de “la” historia.

Las diez han sido escrupulosamente aplicadas para mostrar la historia del Imperio Romano. Pero también, hacia atrás, la de Grecia, Egipto y Mesopotamia. Y, hacia adelante, la de los imperios Carolingio, Español, Inglés y Norteamericano. Ello ya era suficientemente grave. Pero más grave aún es que el **“modelo” de “análisis e interpretación”**, por extensión, en unos casos, y por vulgar copia, en otros, ha sido grotescamente trasplantado y extrapolado, de modo tal que el mismo “modelo” ha sido utilizado para “elaborar” la Historia de México y Perú, de Rumania y Portugal, y quizá también la de Argelia y Siria, o, para abreviar, de prácticamente todos los pueblos de la Tierra. ¿Alguno se salva? ¿Cuál?

No obstante, como ha podido verse en todo cuanto venimos desarrollando hasta aquí, y en lo que vendrá del resto del libro, exactamente a partir de los mismos datos, utilizando la misma información que hasta hoy han presentado los historiadores e historiógrafos, pero dándole a la misma una **ponderación más racional y objetiva, y a partir de hipótesis, se logra perfilar una historia distinta**, tan distinta que a muchísimos les resultará incomprensible y/o inaceptable. Mas ése ya es otro problema.

El hecho rotundo es que con los mismos datos puede construirse, por lo menos, dos “historias” distintas e incluso opuestas. Ambas no pueden ser falsas. Tampoco verdaderas. Aunque ambas, por lo menos en apariencia, puedan resultar verosímiles. Aún quedan **cientos de interrogantes planteadas sin responder**. Cientos de preguntas hechas han sido respondidas por nosotros con supuestos. No pasan de ser hipótesis que otros, si aceptan enfrentarlas, podrán terminar otorgándoles validez o desechándolas.

De lo único que estamos seguros es que todo ello se despejará mucho más adelante, cuando ya ninguno de nosotros –los de esta generación– estemos presentes.

El objetivo general no puede ser otro que el de sustituir las actuales y falaces “leyes inmutables” de la historia, que carecen absolutamente de toda posibilidad proyectiva, por otras que, con sólido fundamento científico, tengan ese valioso carácter predictivo. De modo tal que la humanidad, premunida de información y conclusiones relevantes, no vea llegar los acontecimientos con sorpresa y espanto, sino sea capaz de prever los acontecimientos “con la misma certeza” con la que hoy somos capaces de predecir que una manzana, inexorablemente, caerá al piso si la soltamos de la mano.

Mientras tanto –porque falta muchísimo para que ello ocurra–, bien podemos decir que si la historiografía fuera más crítica –y más objetiva– ante los acontecimientos, hace buen tiempo que la historia de las “invasiones bárbaras” al Imperio Romano habría adquirido otro discurso. Y de éste, hace tiempo, se hubiera podido obtener otras conclusiones.

Recuérdese, por ejemplo, el siguiente dato. En el siglo xv los “inkas” –sin copiar a los “romanos”, porque nunca supieron de ellos–, impusieron en el territorio andino muchísimas de las mismas prácticas. Hicieron en efecto conquistas crueles, pero también conquistas incruentas. Atormentaron a quienes se resistían y compraron con dádivas a los gobernantes más inescrupulosos y venales de los pueblos que pretendían conquistar. Tomaron rehenes. Reclutaron a hombres jóvenes de los pueblos vencidos y los incorporaron al ejército imperial. Reclutaron a mujeres jóvenes de los pueblos conquistados y se las repartieron entre los conquistadores. Saquearon. Incendiaron y destruyeron pueblos enteros. Trasladaron ingentes riquezas a la capital imperial a la que embellecieron hasta el asombro. Pero además, y en relación con lo que nos ocupa: 1) trasladaron contingentes numerosos de “cusqueños” a culturizar a los pueblos conquistados, y; 2) en represalia, o en función de sus conveniencias económicas, trasladaron pueblos enteros a trabajar en los confines del imperio.

Pues bien, en relación con estas dos últimas experiencias practicadas en los Andes Centrales de América, hay sólidas evidencias –sospechosamente no difundidas y también sospechosamente muy poco valoradas–, de que, durante la crisis final del imperio, desde la captura de Atahualpa, sin excepción, las poblaciones desplazadas regresaron, voluntaria y precipitadamente, a sus tierras de origen. Leamos pues al cronista español Cristóbal de Mena:

*...se fue cada uno a su tierra, que por fuerza eran tenidos allí...*¹²⁴.

Esta cita es valiosísima¹²⁵. A nuestro juicio, de valor inestimable. Pero ella y su autor han sido excluidos de miles de páginas que recogen textos de los cronistas españoles que se han referido a la conquista del Perú. Pero no sólo eso. Pocos episodios de la historia de la humanidad han recibido tanta atención, de tantos autores, como la caída del Imperio Inka. Mas entre los cientos de textos que a ello se refieren, sólo hemos encontrado uno, sólo uno, que recoge esa extraordinaria evidencia.

124 Cristobal de Mena. En Julio Valdivia Carrasco. **El imperio esclavista de los inkas**, CONCYTEC, Lima, 1988, p. 86.

125 No obstante, no es la única que hace referencia al crucial desenlace. El cronista español Pedro Cieza de León, aunque en lenguaje más difícil de desentrañar, se refiere igualmente al tema. Véase Francisco Carrillo, **Cronistas del Perú antiguo**, Ed. Horizonte, Lima, 1989, p. 73.

Pues bien, ese dato es de valor inestimable por dos razones. En primer lugar, porque sólo él ayuda a explicar, en gran medida, por qué resultó tan fácil a los conquistadores españoles posesionarse de todo el territorio andino: **ningún pueblo tuvo interés en defender ni defendió al pueblo *inka*** que los había sojuzgado casi durante un siglo.

Detengámonos sin embargo un instante en la cita de Cristóbal de Mena, cuyos avatares nos resultan tan parecidos a la **menospreciada valiosa información** que, oportuna y atinadamente, había entregado en su tiempo San Cipriano en Roma; o Cieza de León, en relación con el Imperio Inka y Tiahuanaco. Como se verá, la hemos dividido en tres ideas.

“...se fue...”. Es decir, se marchó, se marcharon. El sitio donde se encontraban, donde circunstancialmente habían nacido ellos y sus padres, quizá incluso sus abuelos, no era el territorio donde querían estar. Si se había presentado la oportunidad, ¿por qué entonces continuar un segundo más allí?

“...cada uno...”. Esto es, voluntariamente. De improviso se había presentado la ocasión de hacer lo que querían, no lo que el poder hegemónico *inka* quería que ellos hicieran. Ya sólo era cuestión de seguir la voz de sus conciencias, el grito de su corazón. ¿A dónde pues dirigirse?

“...a su tierra...”. ¿Por qué habría de ser a otro lugar? ¿Estaban acaso de aventura? ¿Tenían acaso opción, conocían acaso otras posibilidades? ¿Algún otro pueblo – pensaron– iba acaso a recibirlos como los recibiría el suyo?

La segunda extraordinaria importancia de la cita es que, de haber sido acogida y correctamente ponderada, y no en cambio despreciada o menospreciada, **habría permitido** a los historiadores –o por lo menos a los historiadores modernos–, **reinterpretar la historia de las “invasiones bárbaras” de Europa**. Premunidos del valioso dato, bastaba entonces plantear la siguiente hipótesis: ¿no pudo acaso ocurrir lo mismo, o algo equivalente, en Europa, durante el largo proceso de debate del Imperio Romano? Claro que pudo ocurrir así. El dato, entonces, pasaba a convertirse en una hipótesis valiosa. Era cuestión de confrontarla con los datos disponibles, e incluso buscar otros, para finalmente, si correspondía, descartar la hipótesis, o de lo contrario afinarla y darle validez. En fin, ese es el criterio metodológico con el que hemos trabajado hasta aquí, y con el que seguiremos trabajando lo que resta del texto.

9) Ningún pueblo ha recuperado la posta

La novena e importantísima conclusión que se desprende de la revisión de las grandes olas de la civilización occidental, es que **la “posta” nunca ha sido recuperada por el pueblo que la “perdió”**. La ola de Mesopotamia cedió su turno a Egipto. La protagonizada por el Imperio Faraónico no fue retomada por Mesopotamia sino tomada por Creta. La que protagonizó ésta no retornó a Egipto; la tomó Grecia. La de ésta no regresó a Creta, marchó hacia Roma. Y así, cumpliéndose invariablemente la misma constante, llegó hasta Estados Unidos, tal como vimos en los **Gráficos N°2, N° 3 y N° 4**.

Recuérdese que la primera de las constantes que se ha presentado es: *la posta siempre la ha tomado uno de los vecinos de aquel que fue el centro de la ola precedente*. Pues

bien, esa constante también se habría cumplido de haberse dado en la historia de Occidente una secuencia como la que se presenta en el **Gráfico N° 37**.



Si ése hubiera sido el caso, el pueblo que fue centro de la segunda ola habría sido también el centro de la cuarta. Y el que fue centro de la quinta habría sido también el centro de la séptima. Es decir, algunos pueblos habrían repetido la experiencia, uno o dos o más períodos después de haber sido los principales protagonistas en anterior ocasión. No ha habido tal. Hasta ahora **nunca un pueblo ha repetido la experiencia de volver a ser el centro de una de las grandes olas** de la historia de Occidente. Ni los mesopotamios ni los egipcios. Tampoco los cretenses o los griegos. Pero tampoco los romanos. Ni los herederos de Carlomagno, el “*sabio, modesto... dueño del mundo, amado del pueblo... cima de Europa... héroe, augusto... piadoso...*”¹²⁶ rey con el que Francia pasó a convertirse en el centro de la sexta gran ola de Occidente. Ni ninguno de los que vendrían después de todos ellos.

Sin embargo, no parecen haber estado ausentes en la historia intentos deliberados de reedición o, mejor aún, de sustitución. Veamos pues, aunque brevemente, el caso de los *ostrogodos* y el de los *francos*. Los *ostrogodos*, como hemos mostrado e intentado demostrar, no habrían sido sino una fracción de la población romana que, ante la crisis definitiva y debacle de la élite imperial, **intentó sustituirla** capturando para sí el control del imperio. Teodorico, en efecto, en lo que no fue sino un golpe de Estado, fue capaz de destituir a Odoacro –remedo y sombra de los antiguos y omnipotentes emperadores romanos–, pero fue incapaz de reconstituir el poder imperial.

Mas aún, el que sería uno de los últimos estertores hegemónicos del Imperio Romano de Oriente, liquidó, en el año 553 dC, el poder que tan brevemente pudieron usufructuar los *ostrogodos*. Mas tampoco pudo sustituirlos. Creó, más bien, las condiciones para que los componentes de otra fracción del hegemónico pueblo peninsular, los *lombardos* –a los que la historiografía erróneamente tipifica también

126 López, *El nacimiento...*, p. 88.

como “bárbaros” y, peor aún, como *germánicos*— se afianzaran en el noreste de Italia y constituyeran un nuevo e independiente reino. Los *ostrogodos*, pues —o los *lombardos*, si lo hubieran intentado—, **no habrían restituido el Imperio Romano: lo habrían prolongado en el tiempo**, que no es lo mismo.

Los *francos*, por su parte, para la fecha a la que nos estamos refiriendo, el siglo V dC, habían acumulado ya doscientos años de haber iniciado la liberación de su territorio de manos romanas. Combinándose sin embargo una verdad con un error, en la Historia tradicional se afirma que eran **los “más poderosos entre los pueblos bárbaros”**¹²⁷. Y, para el período en cuestión, estaban pues ya afianzados en el control de “su” territorio ancestral, “la región más vasta y fértil del Occidente” —como lo admite Robert López—, lo que objetivamente les confería poderío, pero no eran pues “bárbaros”, no eran ajenos al imperio, su territorio fue conquistado y pasó a formar parte de éste.

La rebelión de los *francos* está fechada entre los años 259–269 dC. Y en la historiografía tradicional se afirma que invadieron triunfalmente el territorio norte de Francia desde el genéricamente denominado territorio *germánico* de Europa septentrional. A tenor de la información proporcionada por el propio conquistador Julio César durante la conquista de esos territorios, en el siglo I aC, miles de ocupantes de los mismos fugaron de sus tierras y se refundieron al otro lado del Rin, escapando del yugo romano. ¿Representa eso que fugaron todos? Sólo plantearlo constituiría un absurdo, porque cifras que hemos presentado para los casos de los *turingios*, *boyos* o *bávaros* y *helvecios* insinúan que ello no fue así. Lo más probable y explicable es pues que **fugaron más quienes más cerca estaban de la frontera y, de entre ellos y otros pueblos, quienes más aborrecían caer bajo el sojuzgamiento imperial**.

Fugó sin duda entonces —como claramente lo sugerimos en el **Gráfico N° 38** (en la página siguiente)—, sólo una fracción de los *francos*; y, del sur de su territorio, quizá una fracción todavía menos significativa de los *galos*, pero cuyas magnitudes y proporciones hoy son imposibles de determinar. Y con ellos, en su momento, fugaron mayores o menores proporciones de todos los otros pueblos que se muestra en el gráfico, y muchos otros de menor significación poblacional que no incluimos en él.

¿A los *francos* cuyos antepasados del siglo I aC forzosamente se habían desterrado al otro lado del Rin, y que **ingresaron en campaña de liberación en el siglo III dC**, puede seguirseles considerando como “bárbaros”, por “incivilizados”, y como “bárbaros” por “extranjeros”?

¿Acaso por el hecho de que al cabo de tres siglos llegaban con costumbres ligera o marcadamente distintas a las del pueblo que sus padres, e incluso con un **lenguaje cargado de acento y fonemas germánicos** por el hecho de haber estado todo ese tiempo en estrechísima relación con los auténticos *germanos*? ¿Puede por esto seguirseles considerando *germanos*? Por analogía, ¿acaso a los *criollos* —hijos de *españoles* en América, que al cabo de varias generaciones llegaban por primera vez a España, se les consideraba *peruanos* o *mexicanos*? No, eran tratados como “españoles de segunda clase”, pero *españoles* al fin.

¿Puede imaginarse que estos que llegaron del otro lado del Rin no lo hicieron **en alianza, explícita o implícita con miles de sus compatriotas**, los también *francos* que

127 López, *El nacimiento...*, p. 34.

habían permanecido en su territorio ancestral? ¿No fue, también por analogía, el caso de los libertadores de América Meridional, que llegaron desde fuera en alianza con quienes desde dentro pugnaban por el mismo propósito?



Pues bien, sólo porque se dio esa [alianza de los francos de afuera con los francos de dentro](#), y quizá hasta con las poblaciones de galos que estaban más próximas, es que puede entenderse que, cuando todavía el poder hegemónico estaba en su máximo esplendor, pudo concretarse el triunfo de aquéllos. Y mal podría pues extrañar que, dos siglos más tarde, en el 451 dC, fueran también los *francos* quienes, en alianza con los *hunos*, vencieran a las huestes romanas en los Campos Cataláunicos.

Clodoveo, el más célebre de los *francos* –de esta parte de la historia de Francia–, fijó tres décadas más tarde en París la capital del reino. El “buen sentido” que en relación con esta decisión le atribuye más de un autor ¹²⁸, tenía sin duda perspectiva geo–estratégica. En efecto, además de corresponder a territorio eminentemente *franco*, esa decisión debe haber estado inspirada en la necesidad objetiva de [alejarse físicamente la sede del nuevo poder](#), tanto como fuera posible, del enemigo estratégico más importante, sin duda el sobreviviente poder romano; así como de sus tradicionales rivales: los *germanos*, *burgundios* y *visigodos*, con quienes, liquidado o minimizado el poder de aquél, reaparecerían más temprano que tarde los conflictos limítrofes ancestrales. De hecho, las fuerzas militares de los *francos*, en alianza y/o dominando a los *galos*, vencieron nuevamente a los romanos en el 486 dC; a los *germanos*, en el 496 dC; a los *borgoñeses* o *burgundios*, en el 500 dC, y; a los *visigodos* en el 507 dC.

128 Véase, por ejemplo, López, *El nacimiento...*, p. 33.

Los *francos*, no sólo constituían el pueblo más numeroso de Europa occidental, sino que –como refiere el historiador Robert López¹²⁹–, eran incluso **más numerosos** que todos “los otros reinos bárbaros juntos”, **y dominaban un vasto y rico territorio**, más grande y rico que el de cualquiera de sus contemporáneos europeos. Ello era absolutamente suficiente para asegurar el éxito de su proyecto nacional. Y para convertirse en un pueblo que, al cabo de siglos, pudiera alcanzar hegemonía cultural, económica y tecnológica, sin necesidad de recurrir a la violencia conquistadora.

Mas la impronta que habían dejado los romanos era muy poderosa –aunque, curiosamente, la historiografía no ha insistido en ello como debía–. Más que civilizar, **los romanos habían marcado una profunda huella de ambición y gloria** fútiles, por lo menos entre los más frívolos de los nuevos reyes. Así, los reyes *francos*, “se complacían en hacer la guerra (...) como un medio de enriquecerse, [y] no faltaban voces que les inspirasen ambiciones imperiales”¹³⁰. Pero tampoco faltaron manías divinizadoras: el nieto de Clodoveo hizo grabar monedas de oro con su efigie y el título de “augusto”¹³¹.

Pues bien, aunque Clodoveo, su “augusto nieto” y sus descendientes hubieran logrado su ambición de reconstituir el Imperio Romano, aquél no hubiese sido una reedición del Imperio Romano. Habría sido “**otro imperio**”, desde el momento mismo que eran otros los principales protagonistas.

Ese “otro imperio”, esa siguiente ola, ya había empezado a formarse, con prescindencia absoluta de la voluntad de los que más tarde serían sus protagonistas centrales. Los *eslovenos* y *croatas*, al este; los *helvecios* (*suizos*), al norte; los *germanos* al sur del Danubio (*austriacos*), al norte; los *germanos* propiamente dichos, al oeste y este del Rin; y los *galos* y *francos*, al oeste y noroeste, respectivamente; habían sido los vecinos más próximos de la península Itálica que desde Roma había sido el centro de la ola precedente. En principio, pues, cualquiera de esos pueblos estaba en condiciones de ser el centro de la ola siguiente.

Los *franceses* –*francos* y *galos*–, sin embargo, reunían las condiciones objetivas –imprescindibles e insustituibles– que habrían de inclinar la balanza a su favor: eran, de todos ellos, los **más numerosos**; y poseían, de todos ellos, el **territorio agrícola y ganadero más productivo y rico**. Por ello, y no por otras razones, los *franceses* pasarían a ser el centro de la sexta ola de Occidente. Por lo demás, recuérdese que –por propia confesión de Julio César–, ya desde antes de la expansión imperial, en el territorio francés se había asimilado, como entre los propios romanos, el politeísmo religioso que difundió Grecia durante su esplendor, nada menos que ocho siglos antes, lo que por cierto insinuaba un desarrollo de civilización más avanzado.

A la luz de esas condiciones, resultan penosamente superficiales las explicaciones a las que se remontan algunos historiadores para dar cuenta del papel que habrían de cumplir los *franceses*, a partir del siglo VIII, en la historia de Occidente. “Para convertirse en dueños de Occidente –afirma sorprendentemente Robert López– los

129 López, *El nacimiento...*, p. 90.

130 López, *El nacimiento...*, p. 34. Deliberadamente hemos eliminado de la cita la frase “hacer la guerra sobre todo como deporte”. No nos parece científicamente seria, ni rigurosa.

131 López, *El nacimiento...*, p. 34.

francos no necesitaban más que volver a encontrar un jefe y aprender de nuevo a obedecer”¹³².



Con ése prejuicioso y apriorístico criterio, si en la vida de la Francia de entonces no se sucedían Pipino el Viejo, Pipino II, “su bastardo” Carlos Martel, Pipino el Breve y, por fin, providencialmente, Carlomagno, seguramente los *franceses seguirían buscando un jefe y sin aprender a obedecer*. Y si todos ellos, pero en particular Carlomagno, no hubieran nacido en Francia, sino en Croacia, por ejemplo, aquélla no habría sido centro de un imperio sino ésta. Ese pobre razonamiento se deriva del que – implícitamente– ha aplicado la historiografía para explicar que, si no hubieran nacido Julio César y Augusto en Roma, no hubiera habido Imperio Romano.

En fin, no por éstas últimas, sino por las razones objetivas que hemos expuesto antes –que por cierto conoce pero no pondera adecuadamente la historiografía tradicional–, había llegado la *hora de Francia, para alzarse como la sexta ola de Occidente*, bajo la forma del *Imperio Carolingio*. “Carlomagno, rey de los *francos*, se convertirá en rey de los *lombardos* por conquista, y patricio de los *romanos* por designación pontificia (...). Así [se] acumularán las dignidades y los títulos sobre la cabeza de Carlomagno, en un crescendo que llevará a la *restauración imperial* [en] la

132 López, *El nacimiento...*, p. 91.

Navidad del 799” –anota con escrupuloso detalle y fruición el historiador norteamericano Robert López ¹³³–.

Mas, como ya hemos advertido, no se trató –aunque con vehemencia la historiografía persista en repetir y registrar el error– de la restauración del Imperio Romano, ni de su “renovación” –objetivo que se le atribuye al Imperio Carolingio ¹³⁴–; sino de **otro imperio**, aunque algunos actores importantes, como los *franceses*, los propios *romanos*, *lombardos* y otros *italianos*, y los Papas, aparezcan también en el nuevo guión.

A sangre y fuego el Imperio Romano había dejado, en muchos aspectos, una marca casi indeleble. Así, el nuevo guión recogía muchos pasajes del anterior. En referencia a Carlomagno, oficialmente se decía en su tiempo, y harto de su agrado: “Muy sereno Augusto, coronado por Dios, **gran emperador pacífico**, que rige el *Imperio romano...*” ¹³⁵. Pero sus contemporáneos críticos, sin embargo, lo habían visto como un “**viejo chocho y codicioso**” ¹³⁶. ¿No asistimos hoy también, al unísono, a las alabanzas más encendidas y a los dicterios más zahirientes en relación con el amo del imperio de nuestro tiempo?

Por su parte, y siempre con el viejo guión en la mano, la Iglesia Romana –aunque algunos siglos más tarde– incluyó a Carlomagno entre los santos católicos ¹³⁷. Y por último, leyéndose otra vez la partitura oficial, “la teoría –refiere López para lo que venimos denominando el viejo guión romano– insistía en el hecho de que **el Imperio era el guardián de la paz universal**” ¹³⁸. Carlomagno hizo suya esa teoría. Siglos más tarde también la asumiría Carlos V. Y, por lo que vemos hoy, no sólo no ha dejado de tener vigencia, sino que ni siquiera ha sido alterado el texto de formulación de la peregrina idea.

Lo cierto y definitivo es que, cumpliéndose dos leyes que parecen inexorables, el nuevo centro de la ola de Occidente, no sólo no regresaba a manos de ninguno de los protagonistas anteriores, sino que **se alejaba cada vez más de los que habían sido los centros de las olas precedentes** –como muy claramente puede volver a verse en el **Gráfico N° 4**–.

“El pueblo franco –dice Robert López, profesor de la universidad de Yale– parecía destinado a ejercer la hegemonía del Occidente” ¹³⁹. ¿Parecía destinado? ¿Cualesquiera fueran las circunstancias? No, más preciso y adecuado resulta decir: el pueblo *francés*, **en esas y sólo en esas circunstancias**, estaba destinado a ejercer, por algún tiempo, la hegemonía de Occidente.

Si, como parece, es una ley inexorable que “ningún pueblo vuelve a retomar la posta”, es decir, el papel de centro de una ola, ¿cuál puede ser entonces el centro de la ola que siga a la presente (recuérdese nuestro **Gráfico N° 6**)? De entre los vecinos al actual centro de la ola, la “segunda ley” –intercambio comercial– nos mostró que, en principio, la posta sólo podía ser tomada por Europa Occidental o por el núcleo Japón–

133 López, **El nacimiento...**, p. 96. Entre comillas lo que hemos puesto en cursiva.

134 López, **El nacimiento...**, p. 99.

135 López, **El nacimiento...**, p. 88. La cursiva es nuestra.

136 López, **El nacimiento...**, p. 89.

137 López, **El nacimiento...**, p. 89.

138 López, **El nacimiento...**, p. 99.

139 López, **El nacimiento...**, p. 90.

China. Ni la “tercera ley” –factores de hegemonía– ni ninguna de las siguientes permite decirnos que alguno entre el resto de vecinos de Estados Unidos –Oceanía y Groenlandia, por su baja población; y América Meridional y África, por su escasísima riqueza relativa actual– está en condiciones de tomar la posta. De cumplirse pues, y adicionalmente, la “novena ley”, ello significa que [ni Inglaterra, ni Francia, ni Alemania, ni España, serán el centro de la próxima ola](#). Sólo queda, entonces, el núcleo Japón–China.

No obstante, es una verdad inobjetable que la existencia, en formación y desarrollo, de la [Comunidad Europea](#), plantea un problema de análisis e interpretación histórica que [no tiene precedentes en la historia de la humanidad](#). ¿Puede en rigor considerársele un ente distinto a Inglaterra, Francia y España, por ejemplo? ¿De ser así, y en tal virtud, sería la Comunidad Europea un nuevo y distinto centro que podría asumir la posta que va dejando e inexorablemente dejará Estados Unidos?

10) Un fenómeno eminentemente “nacional”

La Comunidad Europea es hoy, y por buen tiempo seguirá siendo, un fenómeno fundamentalmente económico y de acuerdos básicamente administrativos. [No es una nación](#). Y difícilmente habrá de intertar serlo, ni siquiera en el mediano plazo. Y menos pues cuando, como está previsto, esté conformada por aún más naciones, todavía menos homogéneas entre sí y con las que las que hoy conforman el núcleo básico de la misma. Entre tanto, ninguno de los idiomas más importantes (alemán, italiano, francés y español, e indirectamente el inglés) puede preverse que prevalezca en ése o incluso en más largo plazo. Ni ninguna de las grandes naciones que la conforman habrá de estar dispuesta a ir perdiendo su propia identidad en aras de asumir una nueva.

Y es que, aunque no ha sido explicitado hasta ahora –pero tal parece que dado el tema y su extraordinaria importancia, es momento de hacerse–, todas las grandes olas de Occidente han sido fundamentalmente fenómenos históricos–culturales en los que una gran [nación ha hecho prevalecer su cultura, idioma incluido](#), al vasto conjunto de naciones a las que impuso su hegemonía. No obstante, y hasta la octava ola por lo menos, ninguna de las naciones hegemónicas fue una unidad etno–histórica completamente homogénea.

Pero puede distinguirse un primer gran período en el que hubo [competencia e incluso alternancia en el poder entre los grandes grupos de la nación hegemónica](#). En Mesopotamia alternaron y compitieron *asirios, caldeos–babilonios* y *sumerios*. Y todo indica que, a su turno, en el Bajo, Medio y Alto Egipto alternaron y compitieron grupos que se reconocían distintos entre sí. Poco se conoce a este respecto de Creta, pero si se admite que dominó sobre buena parte de Grecia, la leyenda de Teseo, deja entrever profundas y serias rivalidades entre *cretenses* y *tesalonisenses*. En Grecia, además de las rivalidades estentóreas que se dieron entre *atenienses* y *espartanos*, se alternaron en el poder con ellos los *milesios, tesalonisenses* y *macedonios*.

Recién a partir del Imperio Romano se inaugura la única y absoluta hegemonía de una nación, la *romana*, del centro–oeste de la península, tanto sobre los otros grupos del mismo territorio, como sobre las demás que fueron conquistadas. En la península Itálica, *etruscos, umbríos, sabinos, ecuos, latinos, volscos, samnitas* y otros, pero, como

después quedaría meridianamente claro, también los *lombardos* y *turingios* del área continental, quedaron durante el imperio mimetizados bajo la común etiqueta de “*romanos*”, en tanto fueron completamente dominados por éstos.

En la ola que tuvo como centro a Francia, aunque bajo la hegemonía de los *francos*, todavía eran claramente distinguibles de ellos los *galos*, *bretones* y *borgoñeses*, para sólo citar a los más numerosos. En la España imperial nítidamente puede establecerse la diferencia entre los hegemónicos *castellanos* y quienes como los *aragoneses–catalanes*, *andaluces*, *gallegos*, *vascos*, además de diversos otros grupos, alternaban con ellos. Inglaterra y Escocia recién constituyeron un solo reino en el siglo XVI, bajo la hegemonía de los *ingleses*, pero sus diferencias con los *irlandeses* hasta hoy son ostensibles.

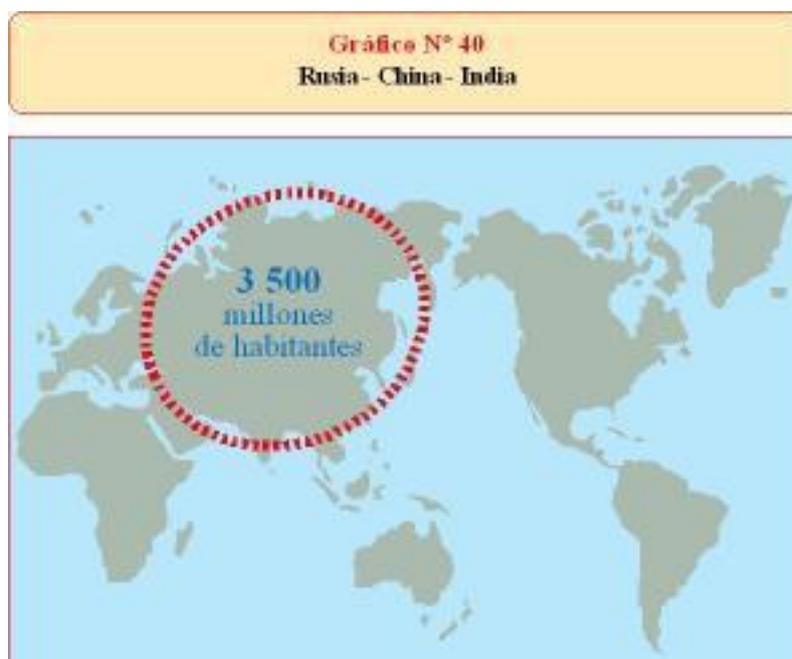
Estados Unidos, que parecería una excepción, realmente no lo es. La comunidad de *ancestro anglosajón* ha hecho prevalecer largamente sus intereses no sólo sobre la muy numerosa comunidad de *ancestro africano*, sino sobre múltiples *minorías étnicas*, nacionales y/o culturales. Recién en la década que se inicia es posible percibir a herederos de la vieja y esclavizada *comunidad africana* acceder al poder, o por lo menos a la esfera política del mismo. Y no han de tardar en manifestarse las que por ahora son latentes pero sensibles diferencias de la ya enorme *comunidad latinoamericana* con aquéllas y ésta.

Pues bien, a pesar de la distinción establecida, no hay pues antecedente que permita a estos respectos vislumbrar a la *Comunidad Europea* como un próximo pero marcadamente multinacional y multilingüístico nuevo centro hegemónico. Por lo demás, con casi 30 millones de inmigrantes, entre africanos, asiáticos y latinoamericanos, Europa tendrá problemas cada vez más difíciles de resolver en relación con su propia y difusa identidad de conjunto. Pero más todavía cuando, a partir del 2004, queden integrados países como Polonia, Eslovaquia, Lituania, Estonia, Chipre y Malta, hasta conformar un total de 25. Además de la buena voluntad, que siendo necesaria nunca es para estos objetos una razón suficiente, ¿qué tienen en común España con Polonia, o Francia con Lituania, o Italia con Estonia, y Alemania con Malta?

Para el núcleo *Japón–China* debe advertirse otro tanto. El pertenecer a “Oriente” apenas les da un matiz común que difícilmente puede considerarse profundo y consistente. Con distintas culturas, idiomas y escrituras, e ideologías predominantes sustancialmente distintas, quizá más es cuanto los separa que cuanto los une, sin que pueda obviarse las heridas producidas por la cruenta aunque breve conquista japonesa sobre Manchuria. Ni soslayarse que el sub–continente chino encierra en verdad a casi una centuria de nacionalidades. Ni desconocerse cuánto y cómo habrá de jugar Taipei como quinta columna del imperialismo norteamericano.

Así, las cosas, asumiendo que la actual hegemonía tecnológica de Japón sobre los países de Oriente (y muchos de Occidente, claro está), sea desplazada en importancia por las avasalladoras magnitudes que habrá de adquirir el mercado chino –cuyas enormes fronteras con Rusia y la India, y su inmediata vecindad a Japón y otros poblados países de Asia dinamizarán aún más su economía, cuyo mercado natural en pocas décadas estará conformado por 3 500 millones de personas–, puede pues preverse que *China* será el centro de la próxima, aunque previsiblemente efímera ola de

“Occidente”. Y marcadamente entre comillas porque, para entonces, y en el contexto de la Globalización, ya no podrá hacerse más la distinción entre la historia de Occidente y la de Oriente. Por fin serán una.



11) Vigencia cada vez más corta

La que surge como undécima constante puede frasearse de la siguiente manera: en general, **cada nueva ola tiene un período de vigencia más corto que la precedente**. Las olas de Mesopotamia y Egipto se prolongaron por milenios. Puede decirse que la romana duró siete siglos. La de España, en cambio, escasamente duró tres.

En nuestra época, la ola estadounidense, con sólo un siglo de vigencia, muestra ya síntomas de haber ingresado, sin remedio, aunque con inevitables y sucesivos esfuerzos de renovación y revitalización, a su fase de declinación: pérdida de “liderazgo”, con el **cuestionamiento y abierta crítica** a su condición hegemónica y de gendarme de la paz mundial, fenómeno notoriamente acrecentado a consecuencia de la ilegal y desproporcionada agresión a Irak en el 2003). Adicional, y paradójicamente, la **“desclasificación”** de los documentos de Estado no está haciendo sino destapar una olla que, sin pruebas concluyentes pero sospechas bien fundadas, en todo el mundo se sabía que estaba llena de lacras de todo género que, conocidas hoy, incrementan el descrédito de la potencia.

Hay además una **pérdida paulatina de eficiencia y competitividad** en importantísimas tecnologías de punta, y competidores cada vez más eficientes y agresivos en industrias gravitantes para la economía estadounidense, de allí que los mecanismos de proteccionismo –antítesis de la ideología liberal de la que cínicamente se declara portaestandarte la potencia– sean cada vez más acusados.

Pero hay también un incremento paulatino de la **corrosión social**. No es casual que Estados Unidos sea el mayor consumidor de drogas en el planeta y, tanto más grave, el pueblo de más alto consumo per cápita de las mismas. Por lo demás, no deja de ser muy

significativo el hecho de que, en 25 años, la población carcelaria de Estados Unidos se haya multiplicado por ocho ¹⁴⁰. A su turno, los casos Watergate e Iran–contras, y las investigaciones sobre la grave crisis bursátil 2000–2003, dejan claramente entrever la insospechada magnitud de un fenómeno de **corrupción** que necesariamente acarrea graves y deteriorantes consecuencias. Y el affaire Clinton insinúa la penosa prevalecencia de una **permisibilidad** que dista muchísimo de la escrupulosa ética y el puritanismo de los colonos fundadores.

Y, aunque en apariencia resulte paradójico, porque usualmente se cree que potencia al centro hegemónico, la **concentración cada vez mayor de migrantes** de los pueblos dominados de su entorno, que suman ya 47 millones, no tardará en mostrarse como un fenómeno debilitante y corrosivo.

Todas esas manifestaciones no son sino los prolegómenos de la que viene a ser la fase de **estancamiento**, y a la que sobrevendrá la del **colapso** definitivo. Y todo, pues, cuando la ola apenas si ha iniciado su segundo (y último) siglo de vida.

El proceso de las grandes olas

De lo dicho hasta aquí, en una primera aproximación podemos distinguir hasta cuatro fases –como muestra el **Gráfico N° 41**–. La primera, a la que estamos denominando de “**proyecto nacional**”, se caracteriza porque el pueblo que inadvertidamente marcha hacia la cresta de la ola, se desenvuelve pacíficamente dentro de su propio territorio, explotando los recursos que encuentra en él, con miras a la solución de sus problemas materiales y espirituales. Sus aspiraciones u objetivos son eminentemente nacionales.

En el caso de la historia del pueblo *romano*, esta primera fase corresponde al período de construcción de la República, hasta antes de emprenderse la primera guerra Púnica contra Cartago, que obviamente tenía propósitos imperialistas. En el caso de la historia de Francia, es el período que va desde la reconquista de los *francos* –recuperando su territorio de manos de Roma–, hasta la aparición de los carolingios es el escenario –de Pipino el Viejo hasta Carlomagno–. Y para terminar con los ejemplos, en el caso de la historia de *España*, es el período que va desde que los *árabes* –que invadieron la península en el 718– quedaron confinados al sur de España, hasta 1492, en que se concreta la Reconquista, es decir, la expulsión de los *moros* y la recuperación completa del territorio.

En la segunda fase, eventualmente impulsado por un inesperado aporte de la naturaleza, o por una ubicación geográfica singularmente importante, por fortuitos descubrimientos tecnológicos, o por una decidida política de inversión y capitalización, etc. –o por varias de estas razones juntas–, el pueblo protagonista empieza a tener un rol destacado en el contexto geográfico en el que está asentado. Se constituye, pues, en importante e insustituible referencia para todos o la mayor parte de sus vecinos inmediatos. Comienza una **fase de preeminente dominación cultural (y tecnológica) que usualmente es pacífica**, aunque pueden estar presentes las primeras escaramuzas y agresiones militares –pero no así conquistas–, que por lo general son presentadas ante

140 Milton Friedman, *Drogas: ¿una guerra injusta?*, en “El Comercio”, Lima, 12–2–98, p. 2.

sus contemporáneos y la historia como “respuestas inevitables, justas y necesarias, ante la agresión de terceros”.



Los líderes del pueblo dominante –los de “talante pendenciero”, como lo expresa Baechler–, serán los primeros en incorporar **objetivos expansionistas** en la lista de sus aspiraciones personales. Los ideólogos y publicistas de turno, serán los encargados de “mostrar” que las aspiraciones de los Faraones, de los Césares, de los Inkas, o de sus Demócratas presidentes, son también las aspiraciones de todo el pueblo en cuestión. El ambiente triunfalista reinante se encargará de que la piedra de molino sea tragada por toda la población o gran parte de ella. Los ejércitos de invasión se van preparando lenta e inexorablemente. Los infantes y los oficiales, o los conquistadores civiles, se relamen imaginando los botines espléndidos que habrán de repartirse, o la gloria que habrá de coronarlos. La historia del pueblo romano, como la del pueblo inka, el español y el estadounidense está plagada de evidencias al respecto. Todos convienen en que el premio de la osadía vendrá después de la aventura militar. Pocos prevén desventuras, pero nadie les hace caso. El desborde está a las puertas.

La tercera fase es ya la del “**proyecto imperial**”. En el primer momento –y en las primeras olas–, las huestes de la nación hegemónica se lanzan decididas a la conquista militar de sus vecinos. Arrolladoramente van cayendo en sus fauces uno tras otro. El vendaval es indetenible. Los que preveían desventuras son humillados. El “orgullo nacional” se apodera de todos, hasta de los más escépticos. Los botines, cada vez más cuantiosos, se reparten a manos llenas. Hasta los más humildes campesinos de la nación hegemónica reciben joyas, esclavos y mujeres en premio a su participación en las campañas militares. Ellos y sus gobernantes se sienten dueños del mundo. Nada ni nadie les podrá quitar de la mente que, de allí en adelante, y por siempre jamás, el mundo entero –del que ellos siempre son el ombligo– será así y sólo así: con ellos en el centro y en el pináculo de la gloria.

En la ola actual –como en las venideras–, la descomunal expansión del área de influencia de la nación hegemónica no tuvo ni tendrá como adalides a generales –salvo de efímera vigencia–, sino a empresarios, sin los galones ni las charreteras de aquéllos, pero con su misma osadía. El **pueblo hegemónico conquista** y conquistará mercados hasta límites inimaginables. ¿Acaso, por ejemplo, los pueblos de América –y muy probablemente los de todo el planeta– no viven hoy ya subyugados con las marcas norteamericanas: Ford, Chevrolet, Cadillac, IBM, General Electric, Kodak, Coca Cola,

Pizza Hut, Wrangler, etc.; y, para la ola que está recién empinándose– con las marcas japonesas: Toyota, Nissan, Honda, Mitsubishi, National, Sony, Casio, Nivico, NEC, Fuji, etc.? ¿Creerán también los gobernantes norteamericanos y japoneses –como creyeron Ramsés, Alejandro, César, Carlos V, Enrique VIII, Luis XIV, Napoleón, Pedro El Grande, Hitler– que el mundo es y será siempre así y suyo?

En el [segundo momento de la tercera fase se consolidan los imperios](#). La administración de los grandes espacios conquistados se hace fluida. Los recursos que se extraen a los pueblos conquistados llegan a borbotones a la sede imperial. Se inician entonces las obras faraónicas: los sueños personales más exquisitos de los sátrapas. Se erigen fastuosos jardines colgantes, empinadas torres de babel, inimitables pirámides, bellísimas acrópolis, incomparables coliseos, grandes castillos en inaccesibles peñascos, fantásticas mezquitas, incomparables escoriales, versallescos jardines y arcos de triunfo; también inmensas y hasta el delirio enjoyadas catedrales y san basilios, para agradecer a dios por los grandes e “inmerecidos” triunfos y por las enormes e igualmente inmerecidas recompensas obtenidas; pero también se erigen imponentes teotihuacanes y asombrosos machupicchus, con sus correspondientes pétreos y dorados templos al sol, que también es dios, y que también merece gratitud. O se destinan inconmensurables magnitudes de gasto para que, en la Guerra de las Galaxias, o entre las galaxias, ondeen 51 estrellas y el dios dólar. Los ideólogos y publicistas de la nación hegemónica se encargan de hacer entender a “su” pueblo que todas y cada una de esas obras –de esos incalculables gastos superfluos cuando no improductivos–, son una necesidad y ambición nacional, por “todos” compartida.

Las solitarias voces que reivindican la [urgencia de más inversión y menos –del tan desgastante y corrosivo– gasto improductivo](#), o que reclaman prudencia y no soberbia, son acalladas. Se dice entonces que esos tontos no entienden las cosas, no entienden la historia y, ¡oh herejía!, no confían en la infinita sapiencia del sátrapa, del César, del rey o la reina, del emperador, del zar, del führer, o, en fin, del mesiánico y republicano líder. Los críticos desfilan entonces a la hoguera o a podrirse en las mazmorras oficiales, o son confinados al silencio aunque estén laureados con el Premio Nobel o vistan purpuradas sotanas. Mas aún, no sólo no se les concede razón alguna, sino que –más de una vez–, contraproducentemente, deben haber inspirado a los gobernantes la necesidad de levantar enormes museos en los cuales almacenar, henchidos de soberbia y orgullo, algunas de las mejores piezas de los botines de guerra. Se erigen así los Louvre, el Prado, los museos espaciales, etc., que, como el que engalana París, no tiene vergüenza alguna en admitir, explícitamente, que gran parte de la colección son trofeos de guerra.

La nación hegemónica, pues, cae rendida en paroxismo. Se aliena del todo. La [corrupción desfachatada y la inmoralidad van progresivamente posicionándose y generalizándose](#). La sede imperial, además, se va llenando de “bárbaros” curiosos de toda procedencia que llegan atraídos como las moscas al panal. En el relajamiento y la laxitud, hay tiempo para todo menos para controlar –como se hacía al principio– el inmenso territorio conquistado. Han transcurrido, sin embargo, largas, larguísimas décadas desde que todo comenzó. Ya nadie, incluso, se acuerda quién y cómo empezó todo. Apresuradamente, entonces, hay que hacer el recuento. Así, los escribas oficiales terminan inventando adanes y evas, rómulos y remos, manco cápac y mama ocllos, etc. Y los magnicidios que siempre han estremecido a la nación hegemónica de turno

son siempre presentados como “hechos aislados”, producto de la demencia de locos que nunca faltan. Cuando todo ello ocurre se está pues en presencia del comienzo del fin.

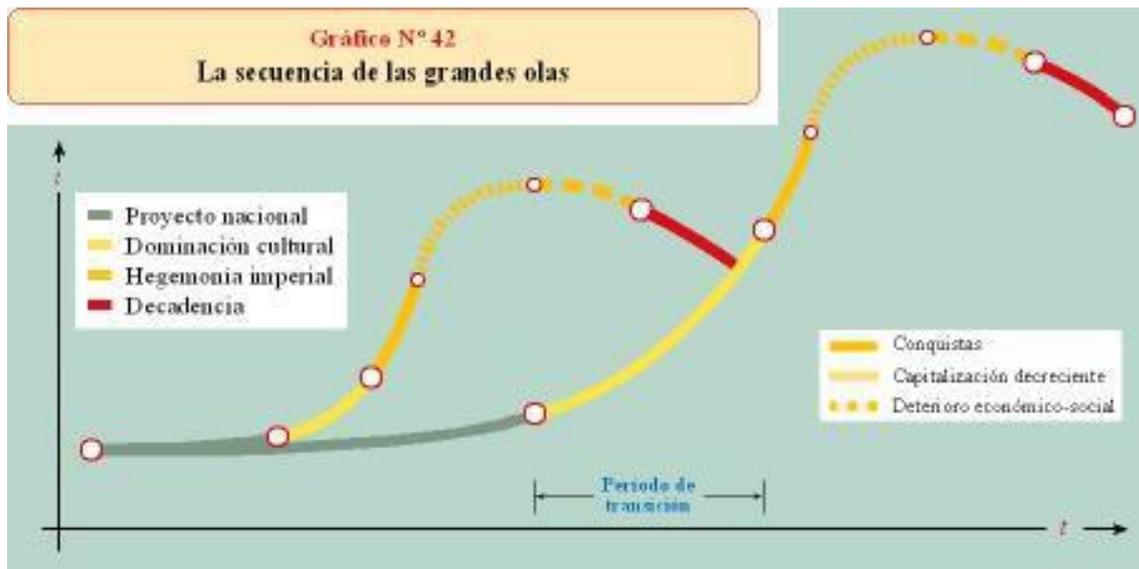
Veamos sin embargo otra de las características de lo que ha ocurrido siempre en el [tercer momento –declinación– de la tercera fase –la imperial–](#), cuando las colonias del pueblo hegemónico habían acumulado ya varias generaciones viviendo en las remotas tierras a las que fueron desplazados para controlar y administrar los pueblos conquistados. Las desplazó Egipto, a Israel y Siria; las desplazó Roma, a Francia, España y a todo el territorio imperial; las desplazó España, a Centro y Sudamérica; las desplazó el Imperio Inka a Ecuador, Chile y el resto del territorio andino. Y las tiene hoy emplazadas por igual la metrópoli en Bolivia, Madagascar y Moldavia, pero también en Irak.

Por obvias e inevitables razones, [los jefes de esas colonias](#) hablaron siempre el idioma de la nación hegemónica. Pero, virtualmente, sólo ellos. Sus hijos y sus nietos y las mujeres de éstos, muy probablemente, en cambio, fueron bilingües. No es difícil imaginar, sin embargo, que al cabo de varias generaciones, los descendientes de muchos de ellos hablaran ya sólo el idioma del pueblo al que fueron desterrados. La mayoría de ellos se casó y/o tuvo hijos con mujeres del pueblo dominado. Sus casas y fincas están allí y no en la sede imperial. Conocían más la historia de “ese” pueblo que la “suya”. Vestían y gustaban de los ropajes del pueblo dominado. Comían y disfrutaban de los potajes del pueblo dominado. Cantaban y bailaban como lo hacía el pueblo dominado. Y, muy probablemente, creían en los dioses de aquél, ya no en los suyos. Pero, además, estaban hartos de que –en la sede imperial– se les estigmatizara por no ser de “sangre pura” o, simple y llanamente, por haber nacido en el destierro, durante el destierro de sus padres. En realidad, pues, los más radicales por lo menos, odiaban al imperio y a los gobernantes del imperio. Y estaban dispuestos a rebelarse contra él. Hoy, cada vez con más bochorno, los técnicos y especialistas de la metrópoli piden ser sustituidos por sus pares de las colonias.

De la historia de Roma se lee, por ejemplo: “los ejércitos de las distintas provincias [durante la decadencia imperial] trataron de [convertir a sus propios comandantes en emperadores...](#)” ¹⁴¹. ¿Es acaso necesario buscar más pruebas que certifiquen el contenido de nuestro párrafo anterior? Y en el caso de las guerras de independencia de Norteamérica y Latinoamérica, ¿no fueron acaso “criollos” –muchos de ellos oficiales del ejército imperial, descendientes lejanos de los primeros conquistadores y colonizadores; segregados por el poder imperial por el solo hecho de ser mestizos o de “sangre pura” pero haber nacido en las colonias– los que conformaron la inmensa mayoría de líderes de las mismas?

Es decir, los desatinos y la ceguera del poder imperial, incuban y terminan [desarrollando pues sus propias contradicciones](#). Éstas, sumadas a las que de hecho e irresolublemente existen entre el centro hegemónico y las colonias, terminan haciendo sucumbir a los imperios. Sin remedio. Y sin excepción. Esa es la característica cuarta etapa de las grandes olas de la historia. Y cuando ella ha ingresado a la indetenible vorágine del colapso, otra –como se presenta en el [Gráfico N° 42](#) (en la página siguiente)–, ya está en proceso de formación.

141 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 68.



Se trata pues de un **proceso continuo**, en el que no hay baches o rupturas; en el que no hay solución de continuidad. Ello no significa que el período de transición entre una y otra ola sea siempre de igual duración.

Colapso: características y constantes

Es oportuno sin embargo preguntarnos, **¿son iguales todos los desenlaces finales?** Pues depende. Depende con qué criterio y en qué centremos nuestra atención. Si seguimos fijándonos –como por lo general hace la historiografía tradicional–, en la apariencia de las cosas, sin duda todas las olas terminan de manera distinta: en Mesopotamia sucumbieron los emperadores asirios y babilonios; en Egipto los faraones; en Grecia los “ciudadanos”; en Roma la élite romana y los césares, etc. Todos eran distintos entre sí. ¿Acaso hablaban el mismo idioma? ¿Vestían igual? ¿Residían en el mismo espacio? En apariencia, entonces, todos los desenlaces son distintos.

Mas si nos fijamos **en la esencia de los acontecimientos y de los procesos**, en todos los desenlaces se repiten las mismas constantes:

- 1) Los imperios sucumben **sin resolver ninguna contradicción**, e incluso tras desarrollar las que al principio de la ola no estaban sino en estado larvario o habían permanecido en estado latente durante un tiempo.
- 2) Los pueblos que estaban **dominados conquistan su libertad**, con dosis de violencia distintas en el tiempo pero proporcionales y en función a sus propias circunstancias. Y, en general, en una secuencia que no necesariamente corresponde al orden de prelación en que fueron conquistados, pero en la que por lo general se liberan primero los más grandes o aquellos que están más alejados de la metrópoli hegemónica (*francos*, para el caso del Imperio Romano; Argentina para el caso del Imperio Español, por ejemplo).
- 3) **Se corta la transferencia de riquezas** desde la periferia hacia el centro. Y si no se da, o mientras no se da un nuevo proceso de dominación, las naciones que habían estado sojuzgadas inician un desarrollo creciente. Los dos ejemplos

anteriores son igualmente válidos a este respecto. Pero bien vale la pena adicionar aquí el de Estados Unidos a partir de 1776.

Resulta patético, sin embargo, que la historiografía tradicional no haya sido capaz de percibir, o de poner el énfasis suficiente, en aquellas [otras similitudes de los procesos de deterioro y colapso](#), que siendo de apariencia también eran de esencia, y más notoriamente allí donde han sido tan obvias. Veamos sólo dos: la escuela y las calles. En ellas los imperios crían los cuervos que terminan sacándoles los ojos.

- 4) [La “escuela”](#): en los liceos de Atenas, en efecto y sin duda, aprendieron el griego y recrearon su propio politeísmo los más encumbrados jóvenes de la primigenia élite romana. A su turno, bien se sabe, tocó al poder romano en Constantinopla dar esmerada educación a Teodorico, el rey de los *ostrogodos*. Pero también a Genserico y Alarico, reyes de los *visigodos* y *vándalos*, respectivamente. Y hasta se presume que incluso al propio Atila, “el rey de los *hunos*”. Y como ellos, a muchos otros que intervinieron directa y decididamente en la caída del Imperio Romano. A su turno, ¿dónde alcanzaron sus más altas calificaciones Bolívar y San Martín? San Martín, a los treinta y cuatro años, regresó de la península como teniente coronel del ejército imperial español ¹⁴². No menos calificado alumno de España fue Simón Bolívar. Como ellos, centenares de revolucionarios independentistas latinoamericanos se educaron en la sede del imperio peninsular. ¿Dónde y por centenares y miles estudian hoy calificados cuadros de Japón, China y la India? ¿Acaso en Paraguay o en Nepal?
- 5) [Las “calles”](#): ¿y qué mostraban o muestran las calles imperiales? “La riqueza y el prestigio del Imperio romano (...) –se ha dicho– atraían a los pueblos que vivían más allá de sus fronteras” ¹⁴³. En rigor, sin embargo, debe decirse: “atraían a los pueblos dominados del imperio”.

Marcial ¹⁴⁴, un romano de origen hispano escribió en el siglo I dC, esto es, cuando el [Imperio Romano](#) recién estaba en camino al apogeo:

En Roma, la meditación y el descanso están prohibidos (...) ¿Cómo descansar con los maestros de escuela por la mañana, los panaderos por la noche y los martillazos de los calderos durante todo el día? Aquí un cambista que se entretiene en hacer sonar sobre el sucio mostrador sus monedas (...) A todas horas se oye gritar al náufrago charlatán que lleva colgada del cuello su historia; al judío adoctrinado por su madre en la mendicidad, al mercader que vende pajuelas para las lucernas (...) Las carcajadas de la turba me despiertan y siento que toda Roma se mete dentro de mi cabeza....

Conceptos equivalentes fueron expresados en torno al Cusco, la emblemática capital del [Imperio Inka](#). Así, el cronista Cieza de León ¹⁴⁵ expresó:

... la ciudad también estaba llena de gentes extranjeras...

142 José Martí, [San Martín, Bolívar, Washington](#), Ariel, Guayaquil, 1973, p. 14.

143 Barraclough, [Atlas de la Historia...](#), p. 68.

144 Marcial, Epigramas, en [Historia Universal 1](#), Santillana, p. 149.

145 Pedro Cieza de León, en Francisco Carrillo, [Cronistas del Perú antiguo](#), Ed. Horizonte, Lima, 1989, p. 73. En el original figura “extranjeros”. La cursiva es nuestra.

¿Cuántas de las 40 000 personas ¹⁴⁶ que se estima albergaba la sede del Tahuantinsuyo constituían ese conjunto de **gentes extranjeras** que llenaban la ciudad? La inmensa mayoría habían sido llevados, casi como esclavos, y desde todos los rincones del imperio, para servir a la élite imperial. Sólo el emperador Inka tenía a su disposición 500 servidores ¹⁴⁷. ¿Puede entonces seguirse difundiendo la falsa imagen de “que toda la población de la ciudad pertenecía a la élite” ¹⁴⁸? El Imperio Inka –insistimos aquí–, tuvo una vigencia de menos de un siglo. Si, como ocurrió con el Romano, se hubiera prolongado por un tiempo significativamente más grande, ¿no es razonable que se hubieran instalado en la ciudad, voluntariamente, atraídos por su encanto, pero también por su mayor disponibilidad de bienes y servicios, otros miles y miles de habitantes del resto del imperio?

¿Es una simple coincidencia que también hoy, millones de latinoamericanos, se agolpen en las calles de **Miami y Nueva York**, en el este, y de **San Francisco y Los Ángeles**, en el oeste del territorio de la nación imperial? ¿Es también una simple coincidencia que, como los que llenaron las calles de Roma, éstos también hayan llegado atraídos por las maravillas del centro hegemónico, y porque en él se encuentra una disponibilidad de bienes, servicios y oportunidades que no se da en el área de influencia inmediata del imperio? Habrá quienes sostengan que sólo son coincidencias y casualidades intrascendentes.

A otros, en cambio, esas **coincidentes reiteraciones nos resultan serias y claras advertencias**. Como claro nos resulta que el renovado complejo romano–carolingio de “gendarme universal”, es una expresión del “dominio creciente sobre los contornos (...), concomitante de la desintegración más que del crecimiento” –como insistimos que expresó Toynbee–.

Mas –asimismo insistimos–, el célebre historiador inglés agregó: “**El militarismo [es] un rasgo común del colapso y la desintegración...**”. Y no era más que militarista a ultranza la previsión norteamericana de decidir día y hora para sus fulminantes ataques a Irak, en febrero de 1991 y en marzo del 2003; a espaldas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, contra la abierta opinión de los gobiernos de estados tan grandes como China y Rusia, o Alemania y Francia; y cuando las encuestas de opinión mostraban que, incluso en los países desarrollados, más de la mitad de las poblaciones se oponían a un ataque no aprobado por la comunidad de naciones.

En ausencia de **Guerra Fría**, y transcurriendo años en que la mayor parte de los países subdesarrollados –porque prevalece la escasez, no así una política anti–armamentista–, han limitado significativamente sus compras de armamentos, es absolutamente comprensible y explicable la angustia y desesperación de los vendedores y fabricantes norteamericanos de armas. ¿Pero se justifica acaso que, a través del gobierno norteamericano, esa angustia se haga extensiva a todos los habitantes del planeta?

146 Luis E. Valcárcel, **Historia del Perú antiguo, a través de la fuente escrita**, Ed. Mejía Baca, 5ª ed., Madrid, 1985, T. 2, p. 293.

147 El cronista Betanzos, en Valcárcel, **Historia del Perú...**, T. 2, pp. 190–192.

148 El cronista Pedro Sancho, en Franklin Pease G.Y., **Los incas**, Fondo Edit. Univ. Católica, Lima, 1991, p. 140.

Por lo demás, y en otro orden de cosas que también revela descomposición social, ¿qué podrá hacer el ex-presidente Clinton para evitar que la historiografía tradicional – tan afecta a recoger y divulgar veleidades como las de Cleopatra y Calígula–, relate también las penosas circunstancias personales que se ventilaron durante los últimos meses de su gobierno? ¿Y qué decir de la vergonzante, pragmática y oportunista conducta concesiva que a ese respecto mostró la mayor parte del cristiano pueblo norteamericano, simple y llanamente porque atravesaba por una bonanza engeguedora?

A diferencia de los sátrapas de la vieja Mesopotamia, que sólo estudiaron y conocieron su propia historia, los Bush, Clinton y los anteriores gobernantes norteamericanos han estudiado la que pomposamente se denomina Historia Universal. Lástima, sin embargo, que hayan tenido ante sí aquellas versiones de la historiografía tradicional que no les han mostrado que, **tozuda y sistemáticamente, vienen cometiendo los mismos errores que llevaron al colapso a todos los imperios** de la humanidad.

La nuestra será la primera generación en la historia del hombre que, concientemente y en todo el planeta, asista como **testigo conciente del principio del fin de un imperio**. A diferencia de lo que ocurrió con Mesopotamia o Egipto, o con Roma y el Imperio Español, esta vez el colapso no nos tomará por sorpresa. Estamos claramente advertidos de lo que sobrevendrá.

Como ocurrió con todos los anteriores, la muerte no será súbita. Será el resultado de una larga y lenta agonía. Mas el proceso habrá de ser altamente controversial. Cuando para algunos “médicos” el paciente se muestre todavía sano y robusto; para otros la “enfermedad” estará declarada pero afirmarán tener el “remedio”; pero también habrá quienes, finalmente, dirán que la metástasis que verifican es irreversible. Para el actual, como para los precedentes, **nadie podrá extender la partida de defunción**. ¿Cuándo colapsó Mesopotamia? Es absolutamente imprecisable. ¿Cuándo Egipto, cuándo Creta y cuándo Grecia? Nadie lo sabe. ¿Cuándo murió Roma? ¿Acaso en la “sequía de San Cipriano”? ¿Acaso cuando la liberación de los *francos*? ¿Quizá cuando Dioclesiano dividió el imperio? ¿Eventualmente cuando los *visigodos* derrotaron a los romanos en Adrianópolis? ¿Con la invasión de los *hunos*? ¿Cuándo?

¿Quién y cuándo declarará la “muerte oficial” del imperio norteamericano?

¿Cuándo su volumen comercial con Japón y/o China supere al que tiene con Europa? ¿Cuando una grave sequía o un prolongado y crudo invierno paralicen la producción de su meseta central? ¿Cuando deje de ser el principal proveedor de armas del Tercer Mundo? ¿Cuando unilateralmente declare el cese de la guerra contra las drogas y legalice el consumo de las mismas –como con inusitado coraje postula Milton Friedman¹⁴⁹? ¿Cuando las modernas y tecnológicamente avanzadas plantas industriales de Japón y/o China inunden con mejores y más baratos productos los mercados del resto del Asia, América Meridional y África? ¿Cuando deje de ser la superestrella de los juegos olímpicos? ¿Cuando la Organización de Naciones Unidas declare un bloqueo económico contra Estados Unidos por sus reiteradas violaciones a la paz mundial?

¿**Acaso cuando**, frente al exacerbado proteccionismo industrial, las naciones del Tercer Mundo procuren un intercambio igualitario con otros centros de producción?

149 Milton Friedman, *Drogas: ¿una guerra injusta?*, en “El Comercio”, Lima, 12–2–98, p. 2.

¿Cuando la población latina y la población negra sean las mayorías nacionales en Norteamérica? ¿Cuando Estados Unidos llegue a tener un 25 % de su población con menos de diez años de haber ingresado al país? ¿Cuando un descendiente de los esclavos africanos sea elegido presidente de los Estados Unidos? ¿Cuando las transnacionales del nuevo centro hegemónico recluten para sí los mejores cuadros tecnológicos, de finanzas y marketing de las transnacionales norteamericanas? ¿Cuando las transnacionales sino–niponas superen en ventas de productos, servicios y royalties a las norteamericanas? ¿Cuando fruto de la insensatez se precipite una nueva Guerra Fría que obligue a descomunales gastos en armamentismo? ¡Cuándo!

¿En qué orden se presentarán todos o algunos de esos acontecimientos? ¿Será relevante el orden en que se manifiesten? Lo más probable es que no pero, como fuera, lo previsible es que, esta vez, el colapso imperial no será, necesariamente, cruento.

Las grandes olas: centro y periferia

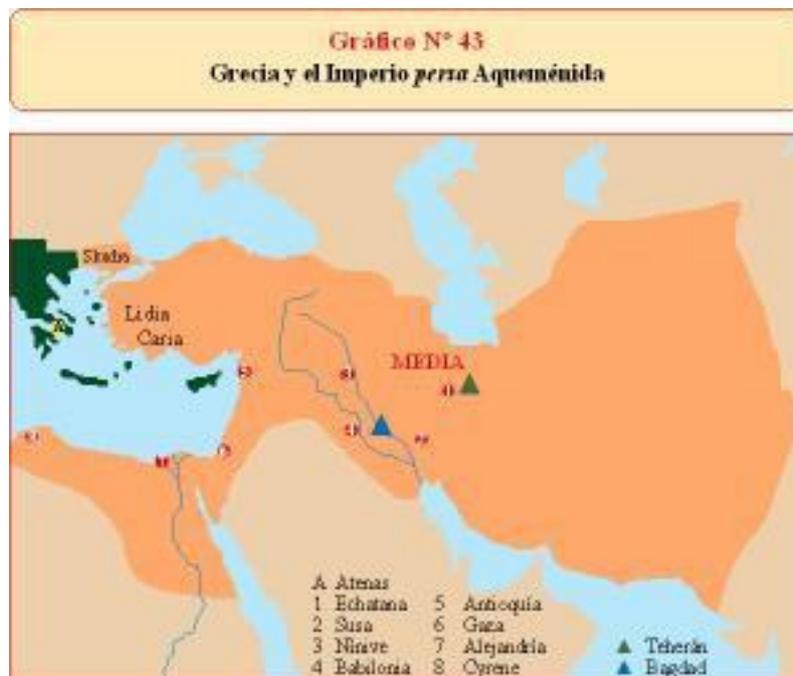
Hasta aquí hemos puesto nuestra atención en el proceso de evolución general de las grandes olas de civilización en función del **centro** de cada una, esto es, del pueblo o la nación hegemónica. Ciertamente el fenómeno no es similar y ni siquiera equivalente al de los pueblos o naciones de la **periferia**. Y por ésta habremos de entender, tanto a los pueblos o naciones que, al margen del imperio hegemónico logran mantener una vida independiente, por lo menos en los aspectos más sustantivos –el económico, político y militar, básicamente–; como a aquellos que precisamente resultan conquistados y sojuzgados por el poder imperial.

Independencia respecto del centro

En el período de la hegemonía de **Grecia** en el Mediterráneo, correspondió al **pueblo persa** constituirse, desde el 549 aC, en su más importante rival. Darío, Ciro, Jerjes y Artajerjes lideraron el denominado Imperio Aqueménida. Con éste libró Grecia las llamadas **Guerras Médicas** –guerras con los *medos*– (por proceder originariamente de Media, los *griegos* llamaban *medos* a los *persas*). El Imperio *persa* Aqueménida, además de dominar el territorio persa propiamente dicho, incorporó casi toda la Mesopotamia y Egipto. Arrebató a Grecia el control de los territorios de Lidia y Caria (Turquía), terminando de expulsar a la mayor parte de las poblaciones griegas de esa parte del mar Egeo hacia la Grecia continental. E incluso conquistó también las colonias griegas del sur del Mediterráneo (Cyrene y otras), así como las establecidas en las fértiles riberas occidentales del mar Negro (Skudra). Alejandro Magno, en el 330 aC puso fin al imperio persa, conquistándolo aunque por un período efímero.

Durante el **Imperio Romano** una vez más el **pueblo persa** se mantuvo en la periferia, fuera del alcance del poder hegemónico de aquél. Así, logrando hacer prevalecer sus intereses, y hegemonizando imperialmente también sobre aquellos de su propio entorno, a partir de Pabek I, que instauró la dinastía Sasánida en el 208 dC, se dio forma en esta ocasión al Imperio *persa* Sasánida. Ardashir lo sucedió. Y Shapur I, en el 256 dC, fue precisamente aquel que con sus huestes arrebató al poder romano Antioquía, en el extremo oriental del Mediterráneo –(5) en el **Gráfico N° 43** (en la página siguiente)–. Con el asesinato de Yezdegerd III, en el 651 dC, no sólo concluyó la dinastía sino que además colapsó el imperio. Aunque su desarrollo imperial no fue

pues muy prolongado, pero sí vasto –como puede apreciarse en el [Gráfico N° 44](#)–, resulta inimaginable de haber sido el *persa* uno de los pueblos sojuzgados por hegemonía romana.



Dependencia y sojuzgamiento

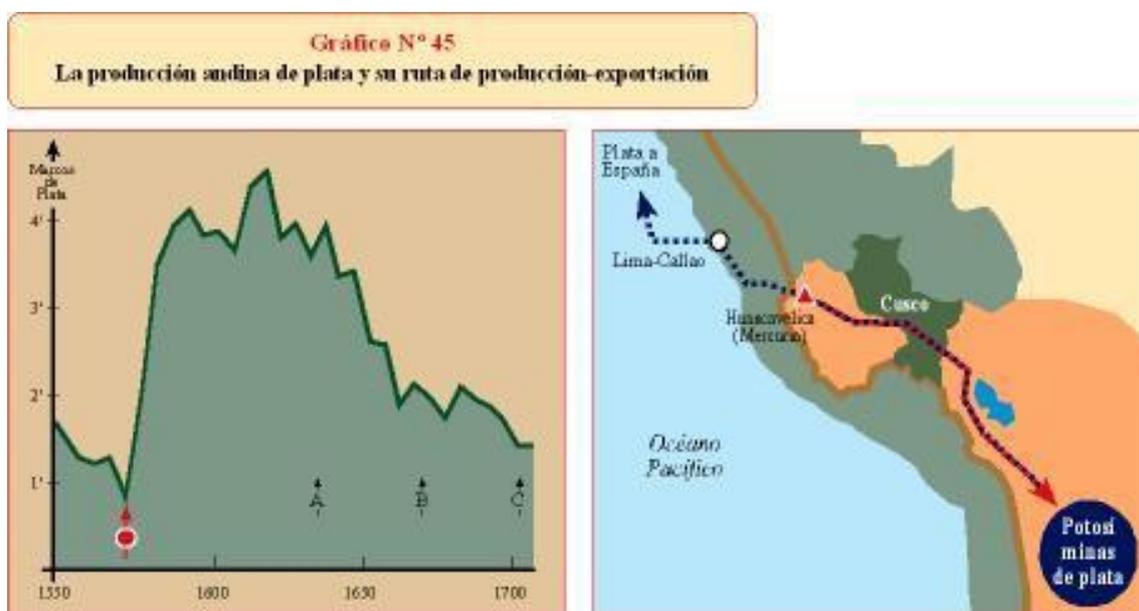
Durante el propio [Imperio Romano](#), en cambio, tanto [Francia](#) como [Egipto](#), para ilustrar sólo estos dos casos, fueron parte de la periferia sojuzgada por el poder hegemónico. El territorio francés, extenso y fértil, era sin embargo típicamente pluri-productor. Virtualmente de ningún producto agropecuario generaba cuantiosos excedentes que pudieran ser remitidos a Roma. Egipto, en cambio, mono-productor por excelencia de trigo, fue no sólo el granero de Roma sino de todo el imperio. Francia, pues, fue sojuzgada; pero Egipto, por añadidura, sufrió un saqueo inmisericorde y

devastador. ¿Cómo puede entonces extrañar que aquella alcanzara su liberación a mediados del siglo III, y éste no sólo lo alcanzara varios siglos más tarde, sino que, todavía exhausto, cayera fácilmente luego en el 640 dC bajo la dominación árabe?

A su turno, durante el Imperio Español, los pueblos *germanos* –no obstante que formaron parte del denominado “Sacro Imperio Romano Germánico” con Carlos V a la cabeza–, nunca constituyeron parte de la periferia sojuzgada por aquél. Siguió pues con independencia el propio curso de su proyecto nacional. Así, a la debacle del Imperio Español, en las primeras décadas del siglo XIX, Alemania era ya una potencia económica, militar y cultural.

Y por el contrario, para también en este caso citar sólo dos ejemplos, Argentina y Perú formaron parte de la periferia hegemónizada durante el Imperio Español. El inmenso territorio del extremo sureste de América no fue durante la Colonia generador de una gran riqueza, y menos pues entonces objeto de saqueo y gran violencia. En cambio, con menos de la mitad de las dimensiones de aquél, el Perú fue en el mismo período el más grande repositorio de oro y –junto con Bolivia– el segundo más grande productor de plata –después de México–.

Así, a fin de garantizar que llegara a España la ingente cantidad de riqueza que reclamaron las costosísimas campañas militares y el enorme gasto improductivo de Carlos V, Felipe II y quienes los siguieron, los pueblos del Perú y Bolivia fueron virtualmente diezmados para que dieran sus frutos los socavones a 4 000 y 5 000 m.s.n.m. Según nuestras propias estimaciones, además de los 8 millones de personas que murieron a consecuencia de las enfermedades y enfrentamientos, **por lo menos un millón de nativos andinos murieron en las minas de plata de Huancavelica y Potosí**¹⁵⁰.

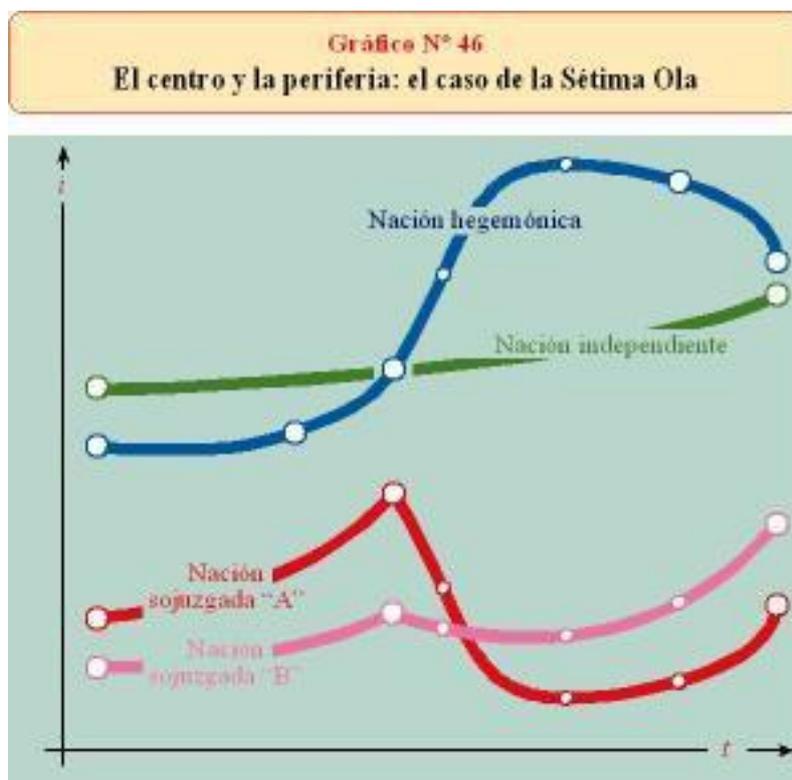


Pero por añadidura, para que la explotación minera fuera más eficiente, de cara a los intereses del poder hegemónico por cierto, las “reducciones de indios” –preludio de los campos nazis de concentración–, obligaron al abandono de millones de hectáreas de

150 Véase Klauer, *Descubrimiento y Conquista:...*, T. I, pp. 102–109.

andenes de producción agrícola, y fueron dejados a su suerte, hasta la desaparición, todos los caminos y puentes que no tenían significación alguna para extracción minera.

La Colonia significó el más monumental saqueo de riquezas y la destrucción de una infraestructura vial y productiva que había costado milenios de trabajo a cientos de generaciones de hombres y mujeres de los Andes. Pero, por sobre todo, representó la muerte del 90 % de la población andina. ¿Cómo puede extrañar entonces que, al cabo de liberar su propio territorio, fueran tropas argentinas las que llegaron en auxilio del Perú para concretar su independencia?



A la luz de esos “datos de la realidad”, el Gráfico N° 46 no pretende sino mostrar, de modo abstracto, genérico, todos y cada uno de los casos citados. Así, la evolución de la riqueza acumulada por los poderes imperiales de Roma y España, pero también de Persia cuando fue imperio, estaría representada por la curva correspondiente a las “naciones hegemónicas”. La que resume la evolución de la riqueza acumulada por los pueblos *persa* (en los períodos en que no fue imperio) y *germano*, coetáneos pero ajenos a Roma y España, respectivamente, es la de las “naciones independientes”. La historia económica colonial de Francia (durante el Imperio Romano) y de Argentina (durante el Imperio Español), estaría representada por la curva de “naciones sojuzgadas (tipo) “B”. Y la de los pueblos conquistados, destruidos y saqueados, como Egipto y el Perú, durante los imperios Romano y Español, respectivamente, por la curva de “naciones sojuzgadas (tipo) “A”.

Transferencia de riquezas

Las distintas curvas del Gráfico N° 46 constituyen asimismo, cada una de ellas, una expresión abstracta y genérica de la evolución de los intereses de los pueblos de que se trate: naciones hegemónicas, pueblos independientes, pueblos sojuzgados y pueblos saqueados.

Son pues una sumatoria y síntesis del incremento / decremento del conjunto de sus **intereses: patrimoniales** (territorio y riquezas naturales, infraestructura de diverso género, atesoramiento en diversas modalidades, etc.); **poblacionales** (en términos demográficos y de salud física y mental); **culturales** (variedad y calidad nutricional, variedad y calidad del vestido, desarrollo del idioma, nivel educativo, destrezas y especialización, acumulación de conocimientos, técnicas y experiencia, etc.); **defensivos** (tanto respecto de la naturaleza como de enemigos reales y potenciales); etc.

Es decir, expresados todos y cada uno de esos intereses en una misma unidad de medida (dracmas, pesetas, libras esterlinas, dólares o soles), la línea representa la **evolución de la magnitud que alcanza el valor total** a lo largo de su historia o de un período de la misma.

La Historia tradicional hasta ahora no ha enfrentado la **evolución de la historia económica de los pueblos en dichos términos**. Ella viene enfrentando la historia económica, demográfica y social, en los mismos términos cualitativos con que enfrenta la historia política, religiosa, estética e incluso militar. La abstracción matemática es un recurso de agregación, de análisis y de interpretación que se ha negado ella a sí misma. Pero a ese respecto –y en adición a muchas otras causas–, con mucho más daño para los propios pueblos que para sí: a éstos les ofrece una versión pobre, eufemística e incluso alienante de su historia; y a sí misma se confiere la calidad de inasible, aburrida y superflua.

La Economía por su parte, desde hace 150 años, y con **Adam Smith** a la cabeza, inició, entre otros temas, el estudio de las causas de la riqueza de las naciones, y dejó definido como un axioma que **“el trabajo es fuente de riqueza”**. Pero también adelantó conceptos en torno a la importancia suprema de la libertad y la competencia económicas, y del valor de los bienes y servicios en función de la oferta y la demanda.

Pues bien, en nuestro **Gráfico N° 1** habíamos visto que en 1993 el ingreso per capita anual en Norteamérica (EEUU y Canadá) fue **24 400 dólares**, y en los tres países andinos centrales de apenas **1 600 dólares**. ¿Habrà algún despistado que crea que, en función al axioma de Adam Smith, y en razón de la proporción resultante entre ambas cifras, mientras los norteamericanos trabajan 48 horas por semana, en Ecuador, Perú y Bolivia sólo se trabaja 3, cuando en verdad se trabaja 60? Si nuestra comparación no invalida el axioma de Smith, cuando menos insinúa claramente que el trabajo no es la única fuente de creación de riqueza.

Si nuestros padres fundadores, George Washington y Túpac Amaru, coetáneos ellos, hubiesen tenido un ingreso anual de 0,4 dólares cada uno en 1777, que es casi el año de sus correspondientes gestas, al cabo de los 227 años transcurridos, aquél ganaría hoy los 24 400 dólares por año que ganan sus herederos, y éste los 1 600 que perciben los suyos, si sus incrementos anuales de ingresos hubieran sido de 5,00 y 3,75 %, respectivamente. Esa diferencia de 33 % entre la tasa de incremento anual de los ingresos, no está relacionada ni con la cantidad de trabajo ni con la calidad del mismo, sino con una mayor demanda de empleo. Y esta a su vez se explica, o se debe, a una mayor **inversión** en la tierra de George que en la de Túpac.

Este es pues el quid de la cuestión: inversión. **A mayor inversión en el país, más riqueza en el país.** Y, en consecuencia, **mayor desarrollo.** Lo saben los economistas. ¿Pero lo saben también los historiadores? En todo caso no lo parece, pues las palabras “inversión” y su correspondiente, “desarrollo”, casi no figuran –cuando aparecen–, en los libros de Historia, por lo menos en aquellos con los cuales se educa a nuestros hijos, esto es, a los pueblos.

Extrañamente, sin embargo, para la mayor parte de los economistas lo opuesto al acerto del párrafo anterior es: a menor inversión, menor riqueza; y, por consiguiente, menor desarrollo. Resulta así que lo que los historiadores desconocen de Economía, es proporcional a lo que los economistas desconocen de Lógica. Porque la antinomia del axioma precedente es: **a mayor des-inversión en un país, más pobreza en ese país.** Y, en consecuencia, no “sub-desarrollo” (pues tampoco es el opuesto de “desarrollo”), sino, en todo caso, mayor deterioro, mayor regresión, o, si se prefiere, involución económico-material.

No deja de ser sorprendente que muchos y laureados economistas hayan dedicado gran esfuerzo y talento al estudio de la inversión, como razón del desarrollo económico y social. Pero ninguno –que se sepa–, ha centrado su atención en el fenómeno contrario: el de la **des-inversión** como causa de la pobreza, el atraso y la involución económica y material. No obstante –como veremos algo más adelante–, por sus magnitudes y significación histórica, debería merecer cuando menos tanta atención y estudio como el que se dedica al fenómeno opuesto. Constituiría una grandiosa contribución al conocimiento y comprensión de la historia. Y, en particular, la de todos aquellos pueblos a los que la jerga que imponen las instituciones más representativas, eufemísticamente, denominan “sub-desarrollados”, “del Tercer y Cuarto Mundos”, y, hoy muy de moda, “emergentes” –como si recién estuvieran apareciendo en el escenario mundial, o en la superficie de los océanos del planeta–.

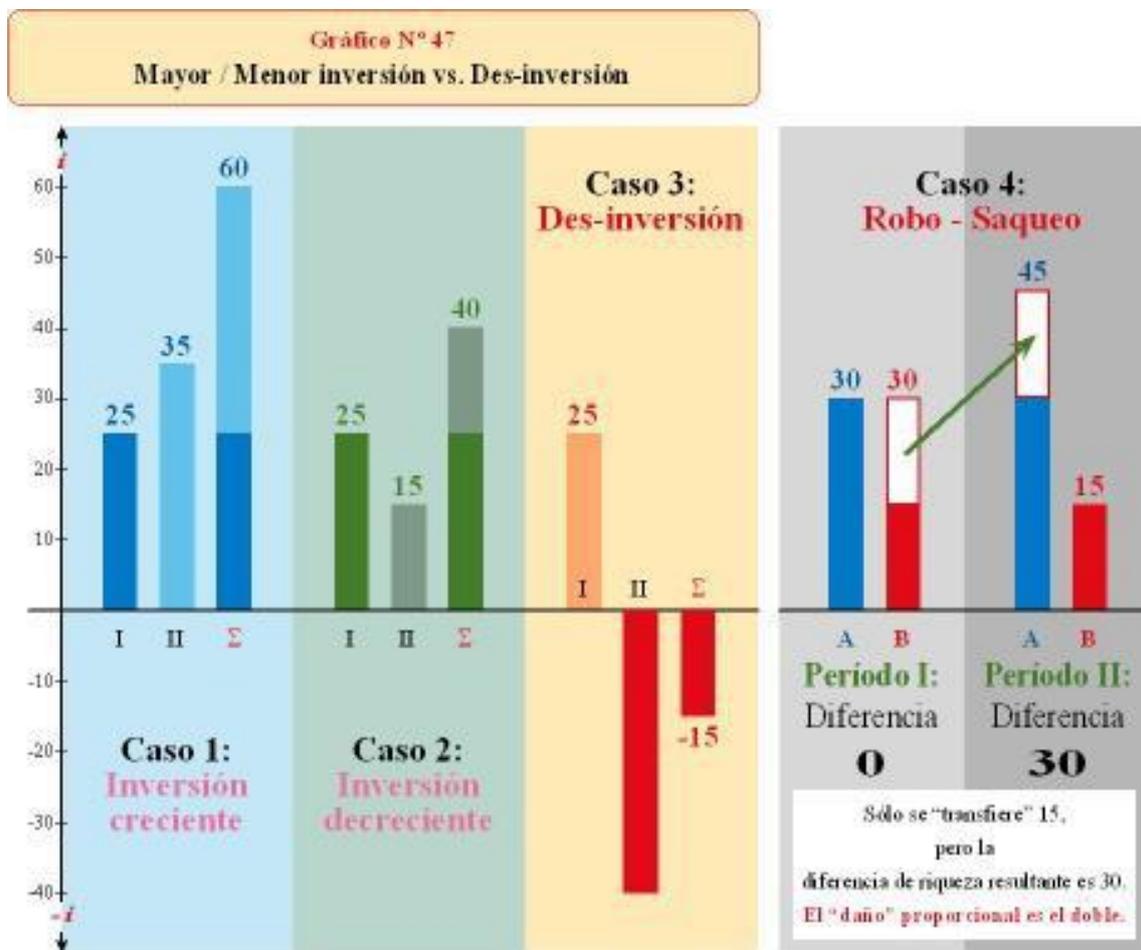
Bien puede sostenerse que, así como la Historia tradicional ha sido fundamentalmente escrita en función de los intereses de los poderes hegemónicos de turno, la Economía –la más difundida por lo menos, y que también llamaremos tradicional–, viene haciendo casi otro tanto. **Obviar el estudio de la des-inversión** en la historia (y en el presente), es una forma harto eficiente de evadir “temas incómodos”, comprometedores. Sí pues, comprometedores para los poderes hegemónicos de hoy. Pero también para los de ayer, casi todos incluidos en el famoso G8, el grupo de países más poderosos del mundo.

¿Cuándo un ser humano o una familia experimentan **des-inversión**? Pues cuando no reponen el desgaste de sus activos, de su vivienda o de su automóvil, por ejemplo. Pero también cuando un siniestro, un terremoto o un huracán, también por ejemplo, los priva de éstos u otros activos.

Pero también por cierto cuando son afectados por un **robo** o un **saqueo** y no tienen un seguro que les reponga los bienes perdidos. En tal caso, deben nuevamente invertir, los mismos (o mayores) montos, para volver a tener los mismos bienes. Es decir, deben invertir dos veces para tener el mismo activo que tenían antes del siniestro, o, en su defecto, antes del saqueo.

¿No corresponde aplicar la misma lógica y los mismos conceptos para el caso de los pueblos, las naciones, los países? ¿El saqueo de que fueron víctimas algunos o muchos de ellos, en particular cuando fueron sojuzgados por poderes hegemónicos extranjeros, no es una forma de **des-inversión**, y su consecuencia no es otra que el empobrecimiento?

Bastante se ha estudiado en Economía la diferencia de resultados que obtienen los países cuando realizan mayor o menor inversión. El **Gráfico N° 47** apenas si pretende mostrar al nivel más primario esos conceptos. El “Caso 1” ejemplifica a un país que en un segundo período invierte más que en el precedente. Tiene pues un proceso de inversiones crecientes, sin duda cada vez con mejores resultados. En el “Caso 2”, sin que se dé un proceso de des-inversión, se da en cambio un fenómeno de inversiones decrecientes. No obstante, el **activo total sigue creciendo**, en tanto pasa de 25 a 40 al cabo del segundo período.



El “Caso 3” es uno de extrema **des-inversión**. Como consecuencia de pérdidas y siniestros se pierde en el segundo período todo cuanto se tenía en el primero y por añadidura se adquiere deudas. El activo total pasa entonces a ser negativo.

Y a continuación se ilustra el que sería un caso de **robo o saqueo**. En él, dos pueblos, “A” y “B”, tienen en un período inicial la misma cantidad de activos: 30. Mas, a consecuencia del robo o saqueo de que es víctima “B” de manos de “A”, éste resulta en el segundo período con activos reducidos a 15, en tanto que el otro ve elevar los suyos a 45, sin necesidad de haber invertido, sino simplemente en razón del hurto. Y tal

como se pone énfasis en la ilustración, aun cuando la transferencia de riquezas es sólo de 15, la diferencia resultante de activos al finalizar el segundo período es 30. El daño proporcional es pues el doble. Que es, como se expresó en un párrafo anterior, exactamente el caso de cuando una persona o entidad es objeto de un siniestro sin contar con un seguro que le reponga el bien perdido. El **robo o saqueo**, cuando no hay seguro de por medio, es, sin duda alguna, un caso típico de **des-inversión**. Y, en consecuencia de **daño**. Y distancia la riqueza relativa de los protagonistas en exactamente el doble del monto del robo o saqueo.

No tenemos ni remota idea de a cuánto se elevó el saqueo romano a Egipto. Es en todo caso un reto para los economistas. Pero para el caso del territorio Perú–Bolivia, habiendo sido el segundo mayor productor de plata, y el más importante abastecedor de oro durante el Imperio Español, algunas cifras alcanzan un valor escalofriante. Del total conservadoramente estimado de la riqueza minera que fluyó a Europa, pero fundamentalmente a España, entre 1493 y 1800, cuando menos **700 000 millones de dólares de hoy habrían sido llevados de Perú–Bolivia** ¹⁵¹. Al doble de esa monumental cifra pasó a ser entonces la diferencia de riqueza que por el saqueo quedó concretada entre el territorio victimado y el del victimario. No es pues, desde ningún punto de vista, una cifra despreciable, ni un dato que tan olímpicamente pueda ser obviado, como hasta hoy vienen haciendo la Historia y la Economía tradicionales.

Sólo en el fallido **rescate del Inka Atahualpa** los conquistadores se alzaron con **5,99 toneladas de oro** ¹⁵². Asumiendo que sólo un tercio de esa cantidad fue remitida a España, y a través de ella a Europa, ese día el continente recibió 14 veces más de cuanto en promedio venía obteniendo cada año de África, principalmente de Sudán, Guinea y Senegal ¹⁵³.

Las magnitudes, qué duda cabe, son de extrema importancia y significación para dar cuenta del empobrecimiento de los pueblos de Perú y Bolivia. No se puede en modo alguno seguir las soslayando. Y menos todavía si a ellas se agrega el difícilmente estimable valor de tanto como **30 mil kilómetros de vías** y **2 millones de hectáreas de andenes** que quedaron destruidos y abandonados a consecuencia de la gigantesca mortandad y de la nefasta política de “reducciones” que, por encargo por poder hegemónico, puso en práctica el virrey Toledo que, al decir de la Historia tradicional, “vino a organizar el Perú”, cuando sin ambages debería admitirse que “llegó a destrozarlo”. ¿Cómo no sostener eso cuando además se trae a consideración que, entre ambos territorios, la **inversión dejada de realizar** –como consecuencia de la tributación dejada de generar– en razón de los 9 millones de personas que murieron, conservadoramente puede estimarse en algo más de 180 000 millones de dólares adicionales ¹⁵⁴.

Sin considerar las implicancias psicológicas de todo orden a que todo ello dio lugar, los casi tres siglos de la Colonia representaron pues para los pueblos de Perú y

151 Véase nuestros cálculos y estimaciones en el capítulo *En síntesis: todo el oro del mundo, Descubrimiento y Conquista:...*, T. II, pp. 232–236.

152 Klauer, *Descubrimiento y Conquista:...*, T. I, p. 69.

153 J. Vines Vives, *Historia económica de España*, en José Bonilla Amado, *Perú colonial*, Edic. Kuntur, Lima, 1989, p. 12.

154 Los supuestos son los siguientes: 9 millones de personas, 20 años de vida productiva en promedio, 48 semanas de trabajo por año, 48 horas de trabajo por semana, 5 \$/hora de ingreso, 30 % de tributación y 30 % de la tributación recaudada destinada a inversión.

Bolivia [un daño monumental](#). Un conservador y parcial ¹⁵⁵ recuento nos permite mostrar entonces lo siguiente:

– Riqueza mineral extraída	700 000
– Inversión dejada de realizar	186 000
– Destrucción de vías y andenes ¹⁵⁶	103 000
Total (millones de dólares)	989 000

Los casos de [los pueblos más nefastamente explotados y más arruinados](#) por los poderes hegemónicos de turno, son sin duda las experiencias más dramáticas de la historia de la civilización. No obstante, y no por una simple casualidad, son los menos estudiados, los menos comprendidos, los más eufemísticamente tratados e intencionalmente más disimulados y distorsionados.

En el caso del Imperio Egipcio fue posiblemente el pueblo [nubio](#), productor minero del Alto Nilo (al sur de Egipto y norte de Sudán). Pero mal podría desestimarse el daño que el mismo imperio infirió a los pueblos del extremo oriental del Mediterráneo, en particular [sirios](#), [hebreos](#) y [palestinos](#), que aportaron con miles y miles de esclavos durante centurias. En el caso de Creta habrían sido los pueblos agrícolas de las llanuras de [Tesalia](#). Durante la hegemonía de Grecia lo habrían sido los pueblos de las [riberas del Mar Negro](#), productores de granos. Bajo el Imperio Romano sin duda lo fueron las áreas mineras de la península Ibérica, pero por sobre todo [Egipto](#), el granero del imperio. Para el caso del Imperio Español, como se ha mostrado, lo fueron [Perú](#) y [Bolivia](#) ¹⁵⁷, que sin duda volvieron a serlo durante la hegemonía del Imperio Inglés, que también saqueó la India y otros espacios del globo. Y no disponemos del número de esclavos que los “colonizadores” extrajeron de [África](#) subsahariana durante siglos, ni de las riquezas de otro género que de allí también se expoliaron, todo lo cual significó una muy cuantiosa descapitalización para los numerosos pueblos de esa parte del mundo.

Por todas las consideraciones hasta aquí anotadas, ¿no resulta lógico y razonable expresar que, en términos estrictamente económicos, las curvas de evolución de la riqueza de los [pueblos hegemónicos](#) y de los [pueblos sojuzgados](#) pueden ser presentadas como mostramos en el [Gráfico N° 48](#) (en la página siguiente)?

¿No es evidente que esa [transferencia de riquezas](#), al propio tiempo da cuenta del [empobrecimiento](#) de los pueblos sojuzgados y de la [capitalización](#) de los pueblos hegemónicos? ¿Tienen la Historia y la Economía tradicionales algo –sustantivo– que objetar a este razonamiento?

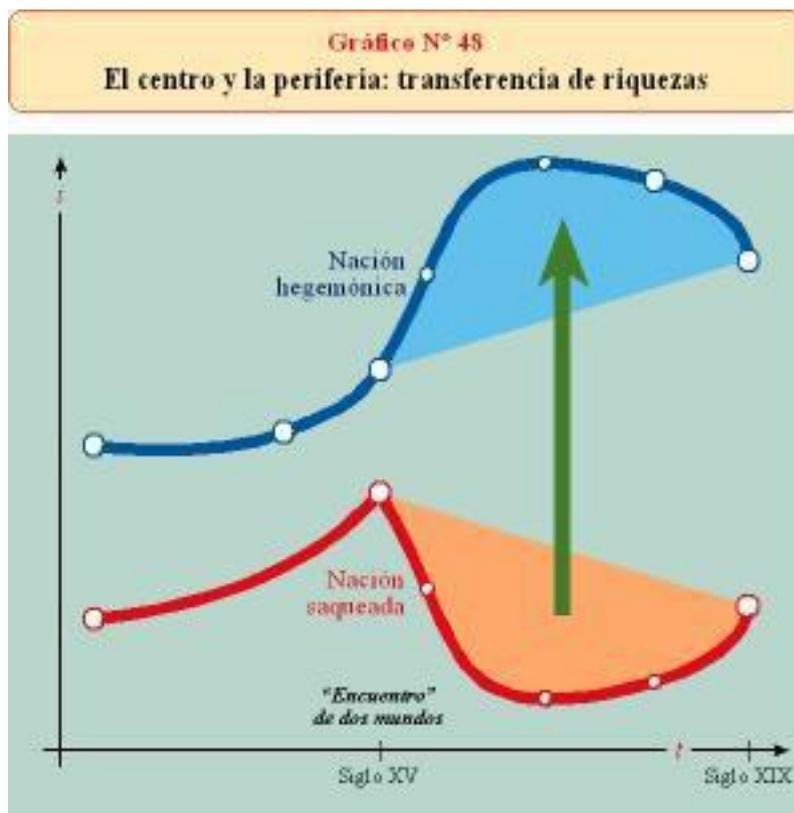
Sería sin embargo una necesidad anti–histórica desconocer que en la [América nativa](#), siglos antes de que se produjera el “encuentro de los dos mundos”, ya era harto conocido ese fenómeno de transferencia de riquezas de la periferia dominada en beneficio del centro hegemónico.

155 Porque no disponemos de información sobre las vías destruidas y la andenería que quedó abandonada en Bolivia.

156 Se asume para estos efectos lo siguiente: 100 mil dólares por kilómetro de vía y, muy conservadoramente, 50 mil dólares por kilómetro cuadrado de andenería.

157 En [Descubrimiento y Conquista:...](#), mostramos que si bien México aportó la mayor cantidad de riqueza minera de plata al Imperio Español, el nivel de destrucción fue significativamente menor.

Explícitamente y sin ambages, aún se resiste a admitirlo la historiografía tradicional. Pero lo sufrieron los pueblos de los Andes Meridionales que solventaron el desarrollo pétreo de **Chavín** de Huántar, hacia el siglo X aC; y el de la ciudad **Wari**, en las inmediaciones de Ayacucho, que en torno al siglo X dC se cree que alcanzó a albergar a 50 mil personas; y por cierto el del **Cusco** Imperial, en el siglo XV. La capital imperial –expresa con relación a esta última el historiador peruano Luis Lumbreras ¹⁵⁸– “se convirtió en un lugar de leyenda increíble (...). Lleno de palacios suntuosos, templos relucientes con paredes de oro y plata y pedrerías...”. ¿Acaso sólo con la riqueza generada en los 30 000 kilómetros cuadrados del valle del Urubamba?



Otro tanto se dio en Mesoamérica. Ni las pirámides del Antiguo **Imperio Maya**, en la península de Yucatán, de los siglos IV a X dC; ni las de Teotihuacán, del Antiguo **Imperio Azteca**, en México, de los siglos IV a VII dC, podrían explicarse sin una enorme transferencia de riquezas desde los pueblos tributarios sometidos.

Independencia secular: el caso de Estados Unidos

Resultaría inaceptable dar por acabado este análisis sin analizar el que todavía podría considerarse el más extremo y grave de todos los casos: el de los pueblos que sucesivamente han sido objeto de **dos e incluso más, y sucesivos, procesos de dominación** y expoliación. Es decir, el de aquellos que, sin solución de continuidad, sin respiro, han sufrido daño tras daño, sin tener ocasión de reponerse.

158 Luis Lumbreras, **Los orígenes de la civilización en el Perú**, Ed. Milla Batres, 6ª ed., Lima, 1983, p. 129.

Y es que, por sus diferenciadas implicancias económicas, demográficas y sociológicas, no puede considerarse como equivalentes –pues apenas si lo son en apariencia– a **casos profundamente distintos** como los de Suecia, Estados Unidos, Francia y España, con los de Egipto y el Perú, para sólo citar esos casos.

Suecia, como la propia Alemania –o, mejor, aquella parte de ésta que durante varias décadas del siglo XX fue conocida como Alemania Occidental–, y Japón, entre otros, **no han conocido nunca la nefasta experiencia de ser sojuzgados** y saqueados por poder imperial alguno. Han acumulado pues, a ese respecto, una ventaja histórica, de siglos y siglos, que hoy nítidamente reflejan sus economías y, en general, su desarrollo material y cultural (incluyendo en esta última ciencia, técnica y tecnología).

Francia sólo ha conocido la experiencia de permanecer **tres siglos bajo la hegemonía romana**. Pero de esto, y sin volver a tener pues experiencia similar, hacen ya buenos 1 800 años. En este lapso, sin embargo, obtuvo importantes botines en mil guerras, perdió otros tantos en otras tantas, y saqueó impunemente a diversos pueblos de África, Asia y el Caribe.

España, que estuvo casi **siete siglos sojuzgada por el Imperio Romano**, poco después vio caer buena parte de su territorio en poder de la hegemonía árabe, en la segunda década del siglo VIII dC. La reconquista fue costosamente labrada, pero no puede desdeñarse la colaboración que prestó Francia en algunas oportunidades. A la postre todo el territorio español quedó completamente liberado cuando aún no amanecía en siglo XVI. Mas como en los últimos siglos el dominio árabe había quedado confinado al extremo sur de la península, el resto de España, libre de dominación alguna, fue convirtiéndose no sólo en una potencia económica, sino que sin duda en la más grande e importante del mundo occidental. No es ninguna casualidad que, el mismo año de la liquidación del poder árabe, España pudo lanzarse con extraordinario éxito y magníficos resultados, al “descubrimiento” del Nuevo Mundo ¹⁵⁹, empresa sin duda costosísima, sólo posible de emprender por una gran potencia. Después de la dominación árabe, España no ha vuelto a conocer experiencia alguna de ese género. Lleva pues, cuando menos, 500 años sin transferir riqueza alguna. Y, por el contrario, durante los siglos XVI a XVIII, recibió de sus colonias transferencias que largamente le permitieron resarcirse de cuanto perdió frente a Roma y los árabes norafricanos.

Estados Unidos, por su parte, constituye a todas luces una experiencia sui generis en el mundo, quizá sólo comparable a la de Australia. La primera colonia inglesa se estableció en el extremo oeste del Atlántico en 1607. Y hacia 1733, desde Nueva York, por el norte, hasta Carolina del Sur, habían quedado fundadas las que bien se conoce como las “13 Colonias”. Ésa, como mal podría darlo a entender el nombre, no fue una empresa del Imperio Inglés. Sino fundamentalmente el resultado de la **inmigración voluntaria** de miles de familias británicas, pero mayoritariamente inglesas. No fue pues un traslado forzado de poblaciones conquistadas que, como practicaron el Romano y otros imperios, eran desterradas a los confines del imperio.

No por ello debe desconocerse que Inglaterra hizo efectivo el control político y tributario del nuevo espacio. Mas esto a su vez **no implicó que el imperio saqueara a sus**

159 En **Descubrimiento y Conquista:...**, hacemos un minucioso análisis de la compleja información sobre los prolegómenos del “descubrimiento” de América, donde queda claramente planteada la hipótesis (sospecha razonable y bien fundada), de que Colón, o había estado en América ya antes, o tenía información fidedigna y suficiente de otros que ya habían estado en ella.

colonias. Pues ninguna de ellas fue víctima de esa experiencia. Sino que más bien tuvieron un desarrollo autónomo muy grande. De allí que, cuando el poder político dominante intentó elevar a niveles exorbitantes los tributos, las colonias iniciaron en 1775 y hasta 1783 las guerras que las condujeron a su completa independencia. Pero ya se vio que con la significativa contribución de fuerzas militares de Francia y España, las potencias rivales de turno. En el ínterin, en 1776, con el liderazgo de George Washington, fue oficialmente declarada la independencia que Inglaterra sólo reconoció en 1783. Y constitucionalmente el Estado Federal quedó formado a partir de 1787.

A partir de allí, desde ese minúsculo rincón que se destaca en el **Gráfico N° 49** (izq.), y en menos de un siglo, los primeros estadounidenses fueron haciéndose del tercer **territorio** más grande del mundo (después de Canadá y Rusia), pero muy probablemente el **potencialmente más rico de todos**. Quizá el precio más grande que fue pagado para alcanzar tan caro objetivo, debieron pagarlo los millones de nativos, que virtualmente quedaron exterminados.

En 1804 se iniciaron las primeras expediciones de **reconocimiento del oeste**, que estuvieron financiadas por el Estado, para entonces dirigido por Thomas Jefferson. Pero también las primeras de múltiples caravanas de colonos en busca de tierras. La fiebre colonizadora desataría otras fiebres. Así, poco más tarde, Estados Unidos compró Luisiana a Francia y Florida a España, pero ya en evidente señal de un poderío económico creciente y grande para entonces.

Hacia 1840, tras varias expediciones de estudio y reconocimiento, diversos libros publicados sobre la riquísima potencialidad del oeste por “conquistar”, además de cientos de crónicas periodísticas sobre la materia, y miles de colonos en el centro y el oeste del territorio convocando a sus familiares y amigos del este, la “**fiebre del oro**” estaba prácticamente desatada. Pero oficialmente se le reconoce para fines de dicha década.

Y como si su territorio no fuera suficientemente grande, en una nueva señal, pero esta vez de **decidido afán de dominio y hegemonía** sobre el entorno, Estados Unidos se anexó los riquísimos territorios mexicanos de Alta California, Nuevo México y Texas.

Gráfico N° 49
EEUU: las 13 primeras colonias y su territorio actual



La extraordinaria riqueza que brotaba a manos llenas del oeste resultaba difícil de trasladar hacia los grandes centros poblados del este. En el istmo de Panamá hubo de encontrarse la solución. De ese modo, en 1849, se construyó el **primer ferrocarril** que unió las costas del Pacífico y el Atlántico, cuando **Panamá** era territorio colombiano.

Casi inmediatamente después, en 1853 se iniciaron los estudios técnicos del **ferrocarril transcontinental**, pero en el propio territorio de Estados Unidos. Sus primeros tramos, sin financiación externa, y en una nueva y clara demostración de gran capitalización interna, fueron inaugurándose en los años sucesivos, pero las obras más importantes tuvieron que detenerse.

En efecto, en 1861, y por espacio de cuatro años, los estados del norte, a la postre vencedores, se enfrentaron en guerra civil (la **Guerra de Secesión**) a los del sur, para imponer la liberación de los esclavos.

Tras ello, y no obstante los indiscutibles costos de la guerra, ya para 1869 había quedado concluida la construcción de la primera línea transcontinental de ferrocarriles. Y para 1893, el gigantesco territorio había quedado enlazado por un total de cinco grandes líneas férreas. Estados Unidos era ya, sin duda alguna, la mayor potencia del mundo. Es decir, sólo contando desde la proclamación de la independencia, **120 años** de explotación de su gigantesco y riquísimo territorio agrícola y minero, **sin transferir riquezas** a ningún poder hegemónico, invirtiéndose pues todos los excedentes generados en el propio suelo, habían sido suficientes para lograr tan espléndido resultado. Mas los afanes hegemónicos competían con el éxito económico como si éste no se hubiera logrado.

De allí que en 1898, tras declarar de hecho la guerra a España, le arrebató los territorios de **Puerto Rico** y Cuba (transitoriamente), en el Caribe inmediato a sus costas; así como la isla de **Hawai**, en el centro del Pacífico, y, transitoriamente también, las Filipinas en el extremo occidental del mismo.

Para entonces, la agresiva política expansionista y hegemónica, militar y “diplomática”, iba ya de la mano con el avasallamiento económico. Y es que, por la misma fecha, se estrenaban las primeras empresas **transnacionales estadounidenses** en América Latina. Éstas, apoyadas descaradamente por el gobierno de Washington DC, y sobornando a los corruptos y políticamente débiles dirigentes de los Estados de esta parte del mundo, empezaron a concretar una **monumental transferencia de riquezas** desde el infeliz “patio trasero” –despectiva pero muy significativa denominación que textualmente fue acuñada por un funcionario del Departamento de Estado de EEUU¹⁶⁰–.

En vías de saturación el ferrocarril del istmo de Panamá, con perspectiva estratégica de largo aliento, que por cierto incluía las enormes riquezas que empezaban a brotar de la América Meridional, fue alentada la construcción del canal interoceánico. Para tal efecto, **Estados Unidos, desembozadamente, monitoreó el separatismo panameño** y corrompió y extorsionó a políticos colombianos hasta lograr el objetivo táctico: la independencia de Panamá, en noviembre de 1903. Con celeridad inusitada, quince días después de la independencia, en ostensible demostración de que todo estaba meticulosamente previsto, se celebró el contrato entre las autoridades panameñas y estadounidenses mediante el cual, la obra en ciernes¹⁶¹ y la zona del canal, estarían a perpetuidad bajo soberanía y administración estadounidense. Inmediatamente, en 1904, se inició la obra cuya construcción culminó diez años después. Por cierto fue financiada íntegramente con recursos norteamericanos. Fue la obra de ingeniería más grande, costosa y moderna que se hizo en aquellos años en todo el planeta.

Así, para la primera década del siglo XX, Estados Unidos era ya largamente la primera potencia económica, pero también militar del orbe. Su postrera intervención tanto en la Primera como en la Segunda **Guerras Mundiales**, sin que su territorio continental sufriera ningún tipo de agresión, fue absolutamente decisiva para el triunfo de las potencias europeas sobre el expansionismo alemán. De allí en más, la historia del imperialismo estadounidense es sumamente conocida.

Pero si hay algo que destacar a modo de resumen, es el hecho indiscutible de que Estados Unidos **no ha sido nunca víctima de ningún tipo de dominación externa**, y menos pues de forma alguna de hegemonía que le signifique sacrificar riquezas a cambio de nada, sufrir daño gratuito. Pero, no obstante, como si esa enorme ventaja no fuera tampoco suficiente, lleva más de **dos siglos trasladando a su territorio inmensas riquezas de otros pueblos**. Sea como fuerza de trabajo gratuita, a manos de miles de esclavos llevados de África, desde los primeros días de las 13 Colonias originarias. O como riqueza agrícola, minera o petrolera obtenida a precios viles, mediando trampas de toda índole, sobornos cuantiosos, chantajes diversos, e incluso ocupación militar de territorios. ¿Puede seguirse prescindiendo de esas dos poderosísimas razones en la explicación de la descomunal riqueza que exhibe hoy la sede del imperio más poderoso de todos los tiempos?

Hegemonías sucesivas: el caso del Perú

160 En Yepes, **Perú Ecuador 1941 – 1942, Tres días de guerra, ciento ochenta de negociaciones**, Univ. Agraria – Univ. del Pacífico, Lima, 1998, p. 84.

161 Fernando Lesseps, el constructor del canal de Suez, concluido en 1869, había iniciado la obra, mas casi en sus inicios la abandonó en razón de las enormes dificultades con que tropezó.

Pues bien, a contrapelo de esa “feliz” historia, hay pues la de otros pueblos que, como los de los Andes, vienen más bien **sufriendo una tras otra nefastas hegemonías** desde distintos centros de poder en la geografía mundial. Quizá el caso del Perú es uno de los más graves y perjudiciales de todos. A la brutal hegemonía del Imperio Español se sucedió, sin interrupción alguna, la del Imperio Inglés. Y a éste, la del Imperio Estadounidense.

El Perú, teniendo en cuenta las dimensiones de su territorio, ha sido sin duda el país que en términos relativos ha generado mayor riqueza entre los pueblos del mundo. De él han sido extraídas ingentes cantidades de **oro, plata, cobre, plomo, zinc y hierro**. Pero también cantidades significativas de **petróleo**. Durante varias décadas fue prácticamente el monoprodutor mundial del riquísimo **guano** de las islas costeras que fertilizó en el siglo XIX los campos de Europa y Estados Unidos. Más de 15 millones de toneladas de ese producto fueron llevadas lejos de las áridas tierras de la costa peruana, o de las poco fértiles de la cordillera, que tanto o más la necesitaban que los campos a donde fueron a parar. Su amazonía produjo **caucho** en grandes cantidades, y hoy produce petróleo. Y el área inmediatamente cercana, en el sur del territorio, está a punto de producir enormes cantidades de **gas** natural. Del mar ha sido extraída la mayor cantidad de riqueza ictiológica de todo el globo, que en su inmensa mayoría ha sido destinada a la producción de **harina de pescado**. Sus estrechos y cortos valles costeros han generado sin embargo **azúcar** y **algodón** en abundancia. Y, para terminar, aunque incompleto el recuento, la ganadería cordillerana nativa ha producido una gran riqueza de **lana**.

Los excedentes generados por esa riqueza son inestimables, de **magnitudes que rebasan la imaginación más fértil**. De haberse tenido un desarrollo autónomo como el de Japón, Alemania o Estados Unidos, los pueblos del Perú tendrían largamente una prosperidad tan grande como aquella de la cual hoy disfrutaban los pueblos de los países citados.

Sin embargo, **la pobreza y el atraso del Perú** van también más allá de donde pueda llegar la imaginación más desmesurada. En nuestro texto *Descentralización y Economía* ¹⁶² damos larga y detallada, aunque tampoco completa, cuenta de ello.

Mal haríamos, sin embargo, en dejar de destacar aquí el también nefasto rol que el **poder hegemónico interno** ha cumplido en desmedro de los intereses de la inmensa mayoría de los peruanos. En efecto, a diferencia por ejemplo de los virtuosos primeros colonos y revolucionarios estadounidenses, la República Peruana ha sido dirigida desde sus primeros días por herederos de los conquistadores españoles, y en general europeos, que lucían todos sus defectos pero ninguna de sus virtudes. Y quizá la más grande y grave de las diferencias con Washington y sus pares, ha sido el carácter ostensiblemente no nacional e incluso antinacional de la **aristocracia** peruana que gobernó durante todo el primer siglo de la república. Pero por desgracia la posta la tomaron **oligarcas** hasta con más defectos y menos virtudes que sus predecesores. Y varias décadas hace que a su turno la posta la ha sido asumida por **tecnócratas** que de ello sólo tienen el nombre. Si conocer algo de Economía o de otra profesión liberal les concede ese título, su desempeño revela sin atenuantes que, en todo caso, desconocen lo más importante que se requiere para gobernar en beneficio del país: conocer al propio país e identificarse plenamente con su población. Porque no basta “parecer”

162 Alfonso Klauer, **Descentralización y Economía**, Nuevahistoria, INTERNET / www.nuevahistoria.com

peruano para ser auténticamente peruano. Como no basta parecer japonés para ser japonés, o “gringo” para ser norteamericano.

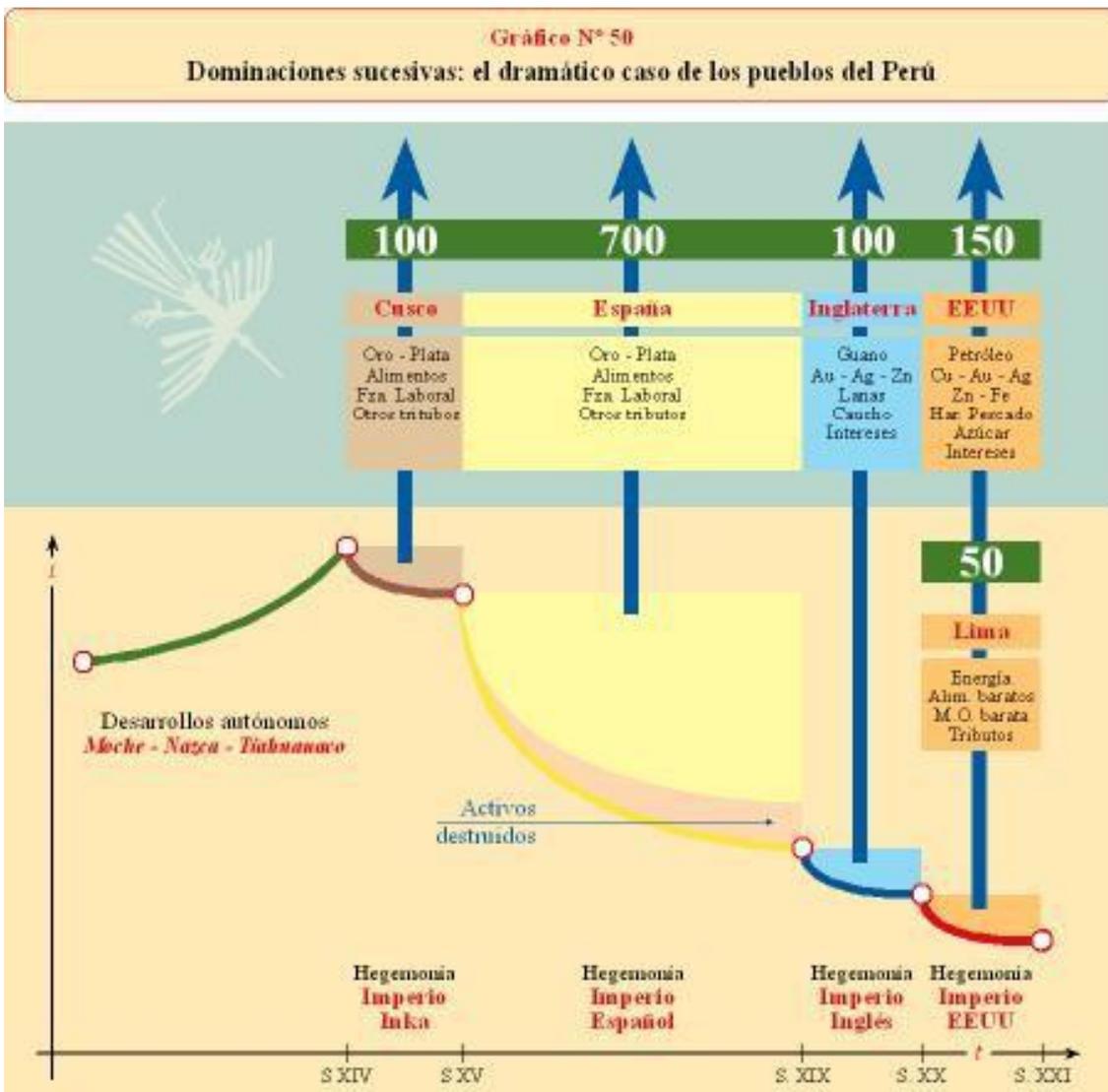
Si pues, a las gravísimas consecuencias de la **hegemonía externa** asumida sin tregua por España, Inglaterra y Estados Unidos, ha de sumarse entonces, sin ambages, la **hegemonía interna** asumida, también en posta y también sin tregua, por la aristocracia, la oligarquía y la tecnocracia de hoy.

Con ligereza e irresponsablemente, con profundo desconocimiento de las “leyes de la historia”, que también son de la política, muchas veces de arguye que todo ello ha sido posible porque **la población lo ha permitido**, porque **la población se ha dejado dominar**. Pero no, ya se vio hasta el hartazgo que la dominación no es asunto de querer o no, sino el resultado de una correlación de fuerzas objetiva, en la que inexorable e invariablemente cae derrotado o sojuzgado aquel sector con menos fuerzas. Los pueblos del Perú, pues, llevan cinco siglos dominados por fuerzas mucho mayores que las suyas.

Para el caso de los pueblos del Perú, entonces –pero quizá también para otros en distintas latitudes–, es posible expresar la evolución de su **historia económica** en términos como los que ponemos de manifiesto en el **Gráfico N° 50**. Se trata por cierto de cifras gruesas. Lo que en ellas interesa es el orden de magnitud que expresan. La única que ha sido estimada con cálculos actuariales es la que corresponde a la transferencia de riquezas mineras hacia España. Las otras no son sino cifras proporcionales al período de tiempo correspondiente a cada uno de los otros procesos de hegemonía externa. Mas allí están. El reto de demostrar que todavía nos hemos quedado cortos, de lo cual estamos absolutamente seguros, está en manos de los economistas. Tienen la palabra.

Y, como puede apreciarse, incluimos en el grueso recuento una cifra importante –aunque irrisoria si le le compara con las magnitudes con las que se evalúan las cosas en los países desarrollados–, en relación a la riqueza con la que directamente los pueblos del Perú han solventado el **nefasto y macromegálico crecimiento de Lima** en desmedro de todas y cada una de sus regiones, provincias y distritos. El Perú, sin género alguno de duda –y allí están para demostrarlo nuestros textos al respecto ¹⁶³–, es el país más centralizado del mundo: infame y vergonzoso récor. Y ése no es sino otro resultado de la hegemonía tanto externa como interna sobre los pueblos del Perú. De la manera más burda se les ha descapitalizado material, económica y demográficamente.

163 En particular véase Klauer, **Descentralización: Sí o Sí y Descentralización y Economía** / www.nuevahistoria.com



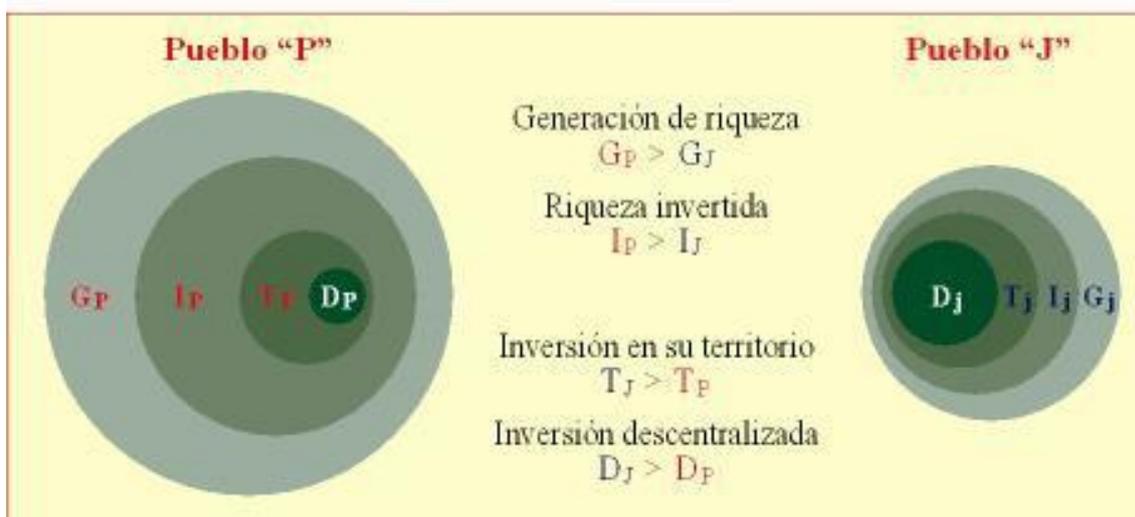
¿Cómo, pues, no ha de evidenciar el atraso y la pobreza tan clamorosos que ostenta, si lleva **quinientos años continuos de descapitalización** en beneficio de terceros?

Generación de riqueza e inversión

La teoría económica tradicional, que como insistimos ha estudiado bien la importancia de la inversión para el desarrollo de los pueblos, no viene siendo, ni remotamente, tan enfática como corresponde en relación con un aspecto importantísimo de la misma: la **inversión descentralizada**. Y la propia Economía no tradicional, de vieja raigambre marxista, tampoco lo ha sido.

Además de todo cuanto ya se ha manifestado, ¿qué revela también la historia de los países hoy desarrollados, que a este respecto es sustancialmente distinta de la historia de los imperios de la antigüedad? Pues simple y sencillamente que la inversión descentralizada es absolutamente **fundamental para el desarrollo** de los pueblos. Y es que no basta precisar, como hasta hoy se viene haciendo, que es importante la inversión. No, tal como habremos de mostrar en el **Gráfico N° 51**, hablar de inversión a secas, y sin mayores detalles, resulta una lección estéril, cuando no mal aprendida (de la historia por lo menos).

Gráfico N° 51
Uso y destino de la riqueza generada



La Economía tradicional, básicamente por “acción”, y la no tradicional, fundamentalmente por “omisión”, han partido del supuesto implícito de que las leyes económicas funcionan por igual, cualesquiera sean las características esenciales de una sociedad. Y, en ese sentido, se afirma categóricamente que siempre se cumple el axioma de que “a mayor inversión, mayor desarrollo”. No hay tal. La realidad, tercamente, muestra que ello no es en rigor correcto. Y es que si la **inversión** no se hace efectiva de manera **descentralizada** no hay desarrollo.

En el **Gráfico N° 51** expresamente distinguimos entre:

- Capacidad de generación de excedentes** (montos disponibles para gasto y/o inversión);
- Magnitud invertida** de los excedentes generados;
- Magnitud invertida **en el territorio del pueblo** que dio origen a los excedentes generados y a la inversión concretada, y;
- Magnitud invertida **descentralizadamente** en el territorio del pueblo en cuestión.

Asumiendo que la tierra y los recursos que provee, o puede proveer, y el trabajo realizado para extraerlos, son principalísimos componentes de la **capacidad de generación de riqueza** (o de excedentes) de que puede disponer un pueblo, el Perú, por ejemplo, es quizá el mejor testimonio de uno cuyo territorio ha sido proverbialmente generoso a ese respecto. Visto está, sin embargo, que ello no ha dado como resultado el desarrollo del Perú.

De las monumentales cifras obtenidas como excedentes de la riqueza extraída del Perú, una parte bastante significativa fue **invertida**, qué duda cabe. **¿Pero acaso en el territorio peruano**, en beneficio de los pueblos del Perú? No, claro que no. En cada circunstancia, como es lógico entender, se invirtió allí donde el poder hegemónico de turno decidía. Durante el Imperio Español, en España, aunque bastante más de cuanto habría querido el propio pueblo español se invirtió fuera de la propia península Ibérica.

Durante el Imperio Inglés, ciertamente los excedentes que generó la riqueza guanera y minera peruana se invirtieron básicamente en Inglaterra. Y actualmente, bajo la hegemonía de Estados Unidos, los excedentes de riqueza generados con riqueza peruana, e invertidos, se materializan pues en Estados Unidos, no en el Perú.

No obstante, alguna fracción del total invertido, difícilmente cuantificable –y menos pues sin el concurso de los economistas, peruanos o extranjeros–, ha sido concretada en el territorio peruano. [¿Pero acaso de manera descentralizada?](#) No, también es obvio que no. Muy probablemente más del 90 % de la inversión realizada en el Perú se ha materializado en Lima, o en función de las necesidades de Lima, esto es, en función de los intereses del poder hegemónico interno, que invariablemente ha residido en la capital.

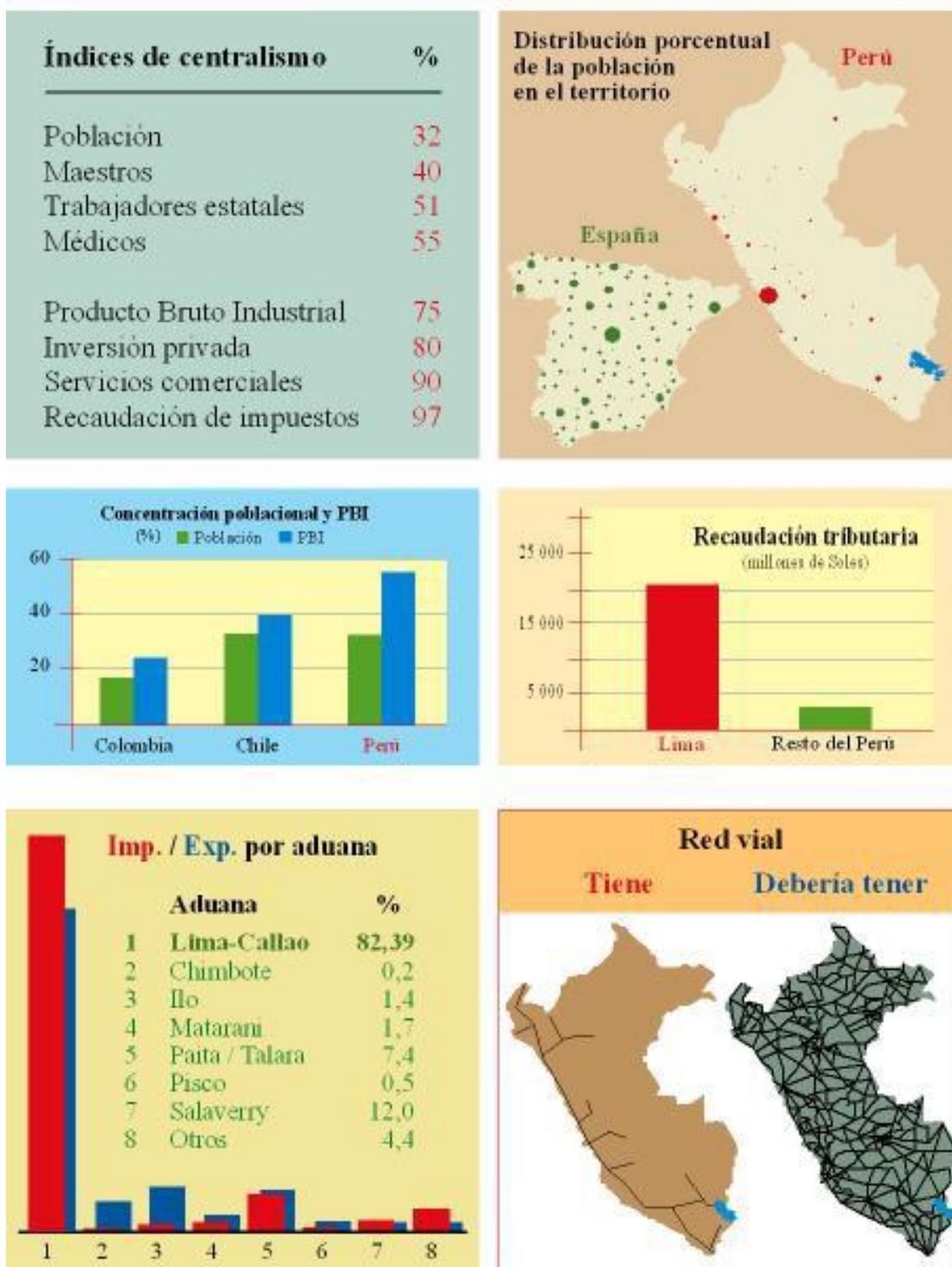
De allí que el Perú exhibe los [gravísimos y deteriorantes, y en algunos casos hasta suicidas, índices de centralismo](#) de hoy. Algunos de ellos, sólo pues algunos, quedan presentados en el [Gráfico N° 52](#) (en la página siguiente).

Centralismo y descentralización en la historia

Los pueblos del [Perú](#), como resulta ostensible, tienen frente a sí un doble reto: [descentralizarse y desarrollarse](#). Es verdad que ése es también un desafío de muchos otros pueblos, en particular los de América Meridional. Pero las cifras que se conoce muestran que para ninguno otro de éstos es tan gigantesca la tarea a emprender. En el Perú se ha llegado a extremos inauditos, insospechados, que no conoce pueblo otro de América Latina; y, como se verá, ni siquiera de África.

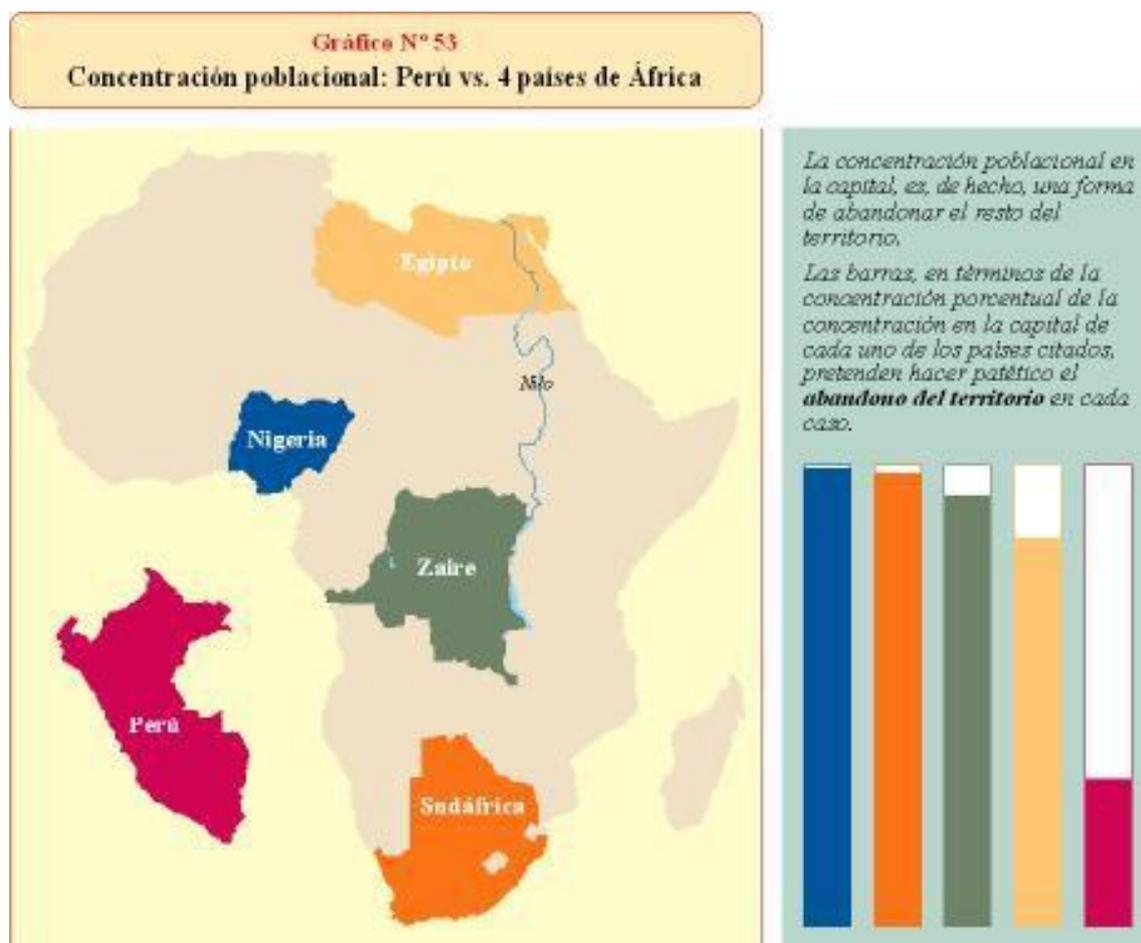
Y, es que, hasta donde conocemos, si bien en [África](#) algunos pueblos viven masivamente en condiciones infrahumanas, sus niveles de descentralización poblacional constituyen una base o punto de partida objetivamente más ventajoso para

Gráfico N° 52
Síntesis del centralismo peruano



el desarrollo. [Compararemos](#) al Perú con cuatro países africanos que tienen prácticamente sus mismas dimensiones, y que sólo por su distribución geográfica constituyen en conjunto una muestra altamente representativa –como puede observarse en el [Gráfico N° 53](#)–.

En **Nigeria**, en la parte centrooccidental del continente, apenas el 1,5 % de su población vive en Lagos. En Egipto, en el extremo nororiental del continente, aún cuando El Cairo alberga a más de ocho millones de habitantes, la concentración en la capital apenas supera al 16 % del total. En **Zaire**, el ex Congo belga, en el área ecuatorial del continente, el 7 % de los habitantes está concentrado en Kinshasa. Y en **Sudáfrica** reside en Pretoria sólo el 2 % de la población (en tanto que en la ciudad más poblada, Johannesburgo, algo menos del 5 %). Esas cifras, comparadas con el 32 % de concentración poblacional en Lima relevan a cualquiera de algún comentario al respecto.



¿Ha sido así siempre ocupado o, todavía mejor, ha estado siempre así desocupado el territorio peruano? Ciertamente no. Los primeros cronistas de la conquista, en las décadas iniciales del siglo XVI, desconociendo cómo fue la remota ocupación poblacional en sus territorios de origen, anotaron asombrados que en el Perú sus pobladores “vivían aislados conforme a sus antiguas costumbres”¹⁶⁴. Hoy –como hemos advertido en anterior ocasión¹⁶⁵–, tenemos derecho a interpretar esa expresión en el sentido de que vivían **dispersos en el territorio**, ocupando y explotando económicamente todo el espacio disponible.

Y es que al momento de la conquista no más del 0,5 % de la población estaba concentrada en el Cusco. Y, más en razón de la catástrofe demográfica que se produjo

164 En Francisco Carrillo E., **Cronistas del Perú Antiguo**, Edit. Horizonte, Lima, 1989, p. 14.

165 Klauer, **Descentralización: Sí o Sí**, p. 17.

que en razón a la migración hacia la capital, durante las guerras de independencia la capital albergaba a no más del 5 % de la población peruana. Los censos posteriores fueron dando cuenta de que progresivamente pasó a ser 9, 18, 27 y 32 %.

Así, cualquier matemático o estadístico podría demostrar que hay una altísima correlación entre el progresivo –absoluto y relativo–, [deterioro de la economía peruana](#), y la concentración de la población en la capital, o el [abandono de la mayor parte del territorio](#). Pero con todo cuanto hasta aquí se ha considerado, mal podríamos concordar con que se trata de una “correlación estadística”, sin relación causa–efecto entre uno y otro fenómeno. No, se trata sin duda de una consecuencia inexorable de la pobreza creciente en que han sido sumidas las provincias del Perú a lo largo de los 180 años de historia republicana, secuela pues de la dependencia interna y de la hegemonía externa.

Descuidando la enorme relevancia de la información demográfica, la Historia tradicional no provee de información que permita hacer análisis comparativos certeros. Pero, por ejemplo, para que [Roma](#) llegara a concentrar el 5 % de la población del imperio habría tenido entonces una población de por lo menos 1,3 millones de habitantes, y ello resulta a todas luces impensable. Algunos de los principales territorios que estuvieron bajo su compulsiva hegemonía tienen hoy las siguientes concentraciones poblacionales en sus correspondientes capitales o, en los casos que señalamos (*), en sus ciudades más pobladas (en %):

España (Madrid)	10
Francia (París)	16
Italia (Roma)	5
Suiza (* Zurich / Berna)	11
Rumania (Bucarest)	9
Turquía (* Estambul / Ankara)	6

¿Han llegado a esas cifras, acaso al cabo de otros tantos y compulsivos [procesos de descentralización](#)? No, bien se sabe que no. Como que tampoco ello ha ocurrido en ninguno de los tres más grandes países de Europa Occidental que se libraron de estar, o de caer, bajo la hegemonía del poder romano, y que hoy exhiben los siguientes porcentajes de concentración poblacional en sus capitales:

Alemania (Berlín)	4
Suecia (Estocolmo)	17
Polonia (Varsovia)	4

La Historia tradicional –bastante bien auxiliada por la novela, hay que admitirlo– ha cargado las tintas en los aspectos épico–románticos del [Medioevo](#). Y, para el mismo período, la historiografía marxista destacó en él la transición entre la esclavitud y el feudalismo. Pero una y otra, a la luz de cuanto se veía en el mundo al momento de hacerse esos estudios, dejaron de relievár el hecho de que, objetivamente, la constitución de los feudos definió en la mayor parte de los territorios de Europa Occidental la consolidación de [estructuras económicas y demográficas no centralizadas](#), y, por añadidura, bastante bien integradas, más allá de los conflictos que se daban entre los intereses de señores feudales vecinos; o, entre feudos vecinos, para cuando las poblaciones de cada uno se sentían suficientemente identificadas con su propio

territorio, y concientes de ser distintas a las poblaciones de las áreas vecinas y más aún de las lejanas.

Todavía hoy se presenta como una “desventaja” o como un handicap el hecho de que, bien entrado el siglo XVI, en lo que hoy es [Alemania](#) pugnaban entre sí hasta 200 grupos humanos, en otros tantos medianos y pequeños espacios, que reivindicaban el derecho a [manejar con completa autonomía sus asuntos internos](#). Pues bien, ése y no otra es, fundamentalmente, el sustento objetivo de la extraordinaria capacidad de capitalización y desarrollo de Alemania. Y, en los términos proporcionales que corresponda, de los otros países desarrollados de Europa.

Se sostiene hoy que, entre los países desarrollados de Europa, [Francia](#) es aquel con mayor grado de centralismo. Ésa, sin duda a nuestro juicio, es una visión recortada cuando no miope de la realidad. Porque obviamente se está hablando de centralización política, pero de ella, a su vez, en el sentido más restringido de la palabra. ¿Se decide y diseñan en París las escuelas que se construye en Cherbourg, en el extremo noroccidental de Normandía; o los centros médicos que se levantan en Loches, en Orleanais, en el centro del país; o los puentes que se tienden en Les Arcs, en la Provenza, al borde del Mediterráneo? ¿Alguna vez fue así, siquiera en tiempos de Luis XIV? De [España](#) se tiene por ejemplo la evidencia de que ni siquiera el poderoso emperador Carlos V pudo –cuando lo intentó–, imponer su criterio en las obras de infraestructura que llevaban a cabo los cabildos o municipios; porque en los de su propia Alemania ni siquiera intentó inmiscuirse.

En general, los países de Europa Occidental –y en más de un sentido también los de Europa Oriental–, son un magnífico ejemplo de [ausencia de centralismo económico y demográfico, y de gran autonomía en los asuntos locales](#), a lo largo de por lo menos los últimos quinientos años. Porque, en el caso de Suiza, bien puede reivindicarse ese extraordinario valor para todos los últimos mil años.

Pero como hoy mismo ocurre con Estados Unidos, todos los imperios han tenido siempre a estos respectos una [doble política](#): el más pleno [no centralismo](#) en los asuntos de la sede del imperio; pero, al propio tiempo, el más [completo y absurdo centralismo](#) en todos los asuntos de las colonias. Mas quizá ningún área del globo como América Latina ha quedado tan marcada con la impronta centralista que dejaron los virreinos, y que virtualmente sin excepción se vio reforzada bajo las sucesivas hegemonías de Inglaterra y Estados Unidos.

Pero una vez más aquí tenemos obligación de hacer distinciones esclarecedoras. En efecto, no en todos los espacios coloniales se tuvo el mismo y grande interés en mantener o agudizar el centralismo. Así, el poder hegemónico de España mostró relativa o gran indiferencia frente a los pueblos cuyos territorios no ofrecían una gran riqueza que expoliar. Fue el caso de [Argentina](#), [Chile](#) e incluso [Colombia](#). Y ninguno de ellos sufrió tampoco el acoso de la hegemonía inglesa. De allí que lograron consolidar dirigencias nacionales que, de hecho, más que a través de una política conciente y explícita, dieron curso a procesos de crecimiento demográfico y económico que nunca fueron marcadamente centralistas. Los resultados están hoy a la vista: son países significativamente menos centralizados que el Perú, por ejemplo.

Perú y México fueron sede de los virreinos más grandes y poderosos de América Latina. Este último, sin embargo, es un país significativamente menos centralizado que el primero. ¿Hay razones objetivas que den cuenta de esa diferencia? Sí, en nuestro texto *Descubrimiento y Conquista: en las garras del imperio* (tomos I y II), hemos desarrollado ampliamente éstas que consideramos razones de gran peso: (a) la ostensible mayor cercanía de México, respecto de España, representó una también bastante **más numerosa migración hispana** hacia dicho territorio que hacia el Perú; (b) la gran riqueza agrícola mexicana facilitó la formación de poderosos enclaves de poder criollo desperdigados en casi todo el territorio; (c) la mayor migración hispana se dispersó además por casi todo el territorio mexicano, en tanto que la que a su turno fue una menor migración hacia el Perú se concentró fundamentalmente en la costa; (d) el hecho de que las grandes minas de plata de México estaban a no más de 2 mil m.s.n.m. libró a los nativos mexicanos del genocidio en trabajos forzados que se dio en el Perú, y; (e) la magnitud significativamente menos catastrófica de la debacle demográfica en México, aunada a la mayor y más desperdigada presencia de pobladores hispanos, produjo un **proceso de mestizaje mucho más notorio que en el Perú**. Téngase presente que a finales del siglo XVIII, mientras la población en el Perú apenas superaba un millón de habitantes, en México era del orden de seis millones de personas¹⁶⁶. Por todas esas razones se formó y consolidó en México un poderoso y no centralizado sector criollo y mestizo que incluso hoy aún no existe en el Perú.

Bastan esas razones para explicar que en la historia de México, entre 1808 y 1821, aparecieron en ese territorio figuras con proclamas o incluso cruentas y exitosas rebeliones militares que virtualmente no tienen correspondencia exacta en el Perú: Primo de Verdad, en la ciudad de México, en 1808; Allende, en San Miguel, e Hidalgo, en Querétaro, en 1810; Morelos, en Zitácuaro, en 1813; e Iturbide, en 1821. En el Perú, en cambio, ninguna rebelión interna alcanzó a tener éxito. La independencia sólo pudo lograrse tras la incursión militar de los ejércitos de San Martín y Bolívar, desde Argentina y Venezuela, respectivamente. Y aún cuando en ambos países se habló ya en 1824 de dar paso a la constitución de una **República Federal**, ese caro objetivo se logró en México ese mismo año, en tanto que en el Perú no sólo no se ha concretado, sino que ha pasado a ser incluso una imagen temida y estigmatizada desde las más altas esferas del poder político centralista.

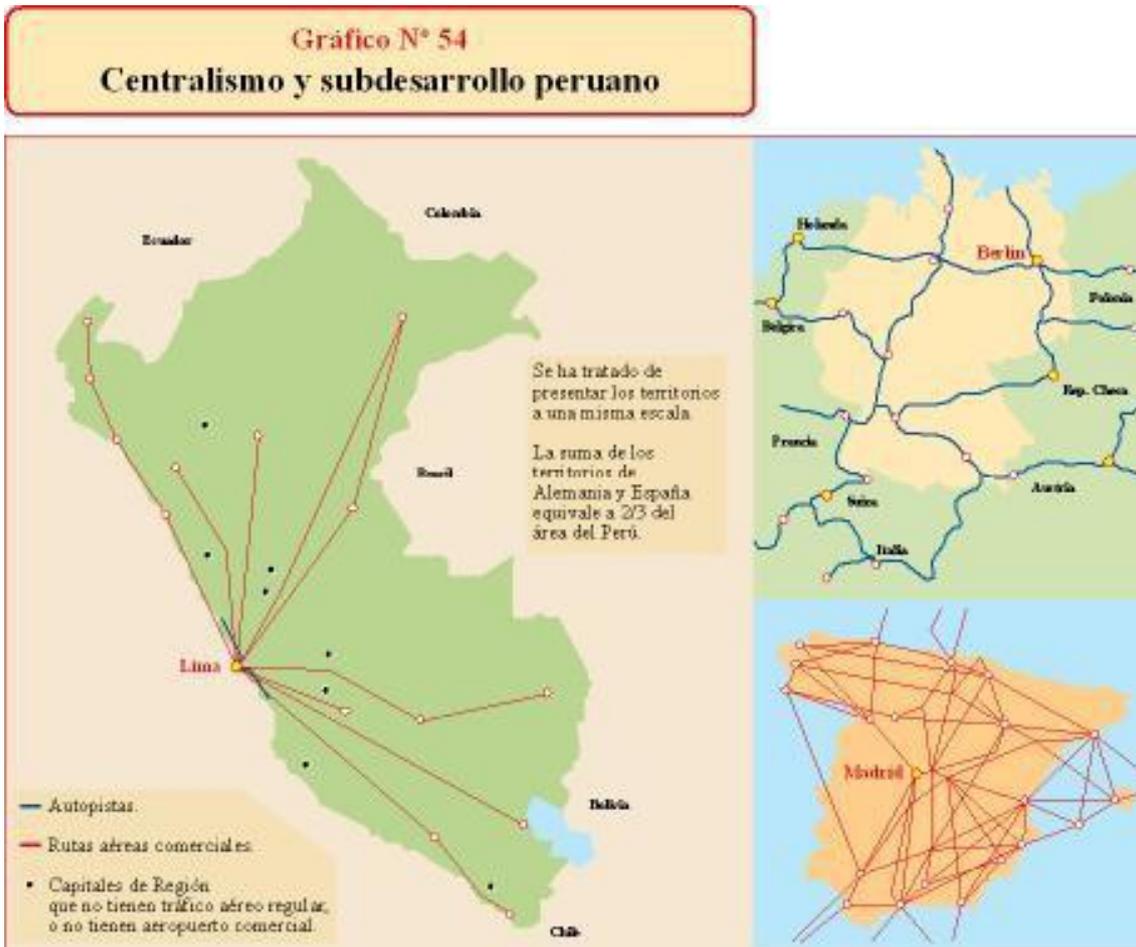
Así, tras casi dos siglos de una **República Unitaria**, que no es sino una reconocida pero eufemística **etiqueta tras la que se escuda el imperio de Lima**, pero más exactamente del poder dominante en la capital, sobre las provincias del Perú, los resultados no pueden ser más pobres y vergonzantes. Un amplísimo desarrollo de ello lo mostramos en nuestro texto *Descentralización y Economía*. Pero más de una evidencia ha quedado mostrada en los precedentes **Gráficos N° 52 y N° 53**, y ofrecemos otras en el **Gráfico N° 54** (en la página siguiente), cuya elocuencia nos releva de mayor comentario.

El desafío del multi-etno-lingüismo

El último aspecto sustantivo al que queremos dar atención, es éste al que denominamos, “desafío multi-etno-lingüístico”. Se trata, sin duda, de un **problema** que es tan **complejo** como **sensible**. Sobre todo porque un análisis heterodoxo desata

166 En Larousse Ilustrado, p. 1441.

usualmente el subjetivismo, y se cae entonces en la sensiblería, que es al tema, lo que el patriotismo miope y destructivo al nacionalismo constructivo.



La variedad etno–fenotípica es [uno de los grandes valores de la humanidad](#). Bien lo saben, a título de ejemplo, alemanes, españoles, ingleses, noruegos y turcos, hablando de Europa. Como lo saben japoneses, coreanos y chinos, en el caso de Asia. O los egipcios, senegaleses y los tanzanios, en África. Pero asimismo los australianos, neozelandeses y tahitianos, en Oceanía.

Y otro tanto debe decirse de la [multiplicidad lingüística](#) que hay en éstos y el resto de los países del mundo. Quizá nadie como los políglotas para reivindicar el valor –y la enorme ventaja objetiva– que representa hablar dos, tres, siete e incluso más idiomas. A este respecto quizá más que ningún otro ha suscitado admiración el Papa Juan Pablo II.

Para lo que sigue, ubiquémonos por un instante [hacia 1950](#), finalizada pues la Segunda Guerra Mundial. Hablemos entonces como si estuviéramos en aquellas circunstancias. En tal virtud, bien podemos decir que, en términos porcentuales, quizá ningún país tiene tanto políglota como [Suiza](#). En la zona oeste de ese pequeño, donde mayormente se habla [francés](#), miles de ciudadanos hablan no obstante también alemán y/o el [romance](#) suizo (que en realidad está constituido por una variedad grande de dialectos del alemán). En el área sur, donde básicamente se habla [italiano](#), miles de habitantes alternan con él también el alemán y el francés. Y en área norte y nororiental mayoritariamente se habla el [alemán](#) y/o el romance. Mucho más de un millón de

suizos son bilingües y muchos miles hablan tres de los cuatro o los cuatro idiomas oficiales. Y, sin duda, muchos miles han empezado a hablar y escribir además perfectamente en inglés. En cada una de las áreas señaladas desde centurias atrás la educación es bilingüe o trilingüe. ¿Hay en Suiza algún tipo ostensible de discriminación por el idioma, es decir, por el hecho de hablar en alguna de las lenguas señaladas? ¿Y cuántos tipos étnicos puede indicarse que existen en ese rincón de los Alpes? Suiza es pues un país étnicamente homogéneo en el que, existiendo acusado multilingüismo, no hay sin embargo notorias y menos aún graves discriminaciones en razón del idioma.

Por obvio que parezca, corresponde preguntarse: ¿qué idioma se habla en Alemania? Pues **alemán**. ¿Y en Francia? Pues **francés**. ¿Y en Japón? **Japonés**, claro está. ¿Y cuántos grupos étnicos o fenotípicos puede decirse que hay en cada uno de esos países? Y bueno, simplemente uno en cada uno, de modo que tampoco hay en ello sustento para forma alguna de “discriminación racial”. Éstos, pues, aunque también hay otros más en Europa y Asia, son países **etno-lingüísticamente homogéneos**.

De los países de Europa Occidental el más complejo a estos respectos es **España**. Pero sin duda más en términos idiomáticos que étnicos. Obviando la tozudés que a este efecto se dio durante la dictadura franquista, puede no obstante afirmarse que, en Galicia, al extremo noroccidental subsiste orgullosamente y sin discriminación de ninguna índole el **gallego**. Casi en la vecindad, legítima y tercamente en las Vascongadas se reivindica el idioma **vasco**. Y en la misma área septentrional de la península, al este, en Cataluña incluso con más fuerza que antes, con singular orgullo y sin discriminación de nadie, se habla el **catalán**. Mas ninguna de esas comunidades puede negar que son casi totalmente bilingües, en tanto también hablan **castellano**.

En Norteamérica, en **Canadá** se habla básicamente dos idiomas, francés e inglés, y gran parte de la población es pues bilingüe. En **Estados Unidos**, en cambio, más de 95 % de la población habla sólo inglés. Un sinnúmero de pequeñas minorías de migrantes voluntarios se aferra, pero también libremente, a sus propios idiomas. Hay entonces una ostensible prevaencia del inglés, y la única, notoria y nefasta forma de discriminación, es por el color de la piel, pero básicamente contra los descendientes de los pobladores africanos que fueron llevados como esclavos hasta bien entrado el siglo anterior.

¿Y qué decir de la América que va el río Grande hacia el sur? Costa Rica, como Argentina, Uruguay y Chile, por ejemplo, son países casi exclusivamente **monolingües castellanos**. Y poblacionalmente predomina notoriamente el fenotipo de ascendencia europea. No se conoce forma de “discriminación racial” alguna. México, como Nicaragua o Guatemala, aunque monolingües hispano parlantes, son de predominancia poblacional **mestiza**. En Venezuela, como asimismo en casi todos los países del Caribe hispano, alternan en castellano **descendientes de europeos y de africanos**, con evidentes tratamientos de discriminación hacia estos últimos. En Colombia, en tanto, además de sangre europea y africana hay una **población de ancestro nativo** muy grande, pero el país entero es prácticamente monolingüe hispano parlante.

En **Ecuador** una casi insignificante minoría de ascendencia predominantemente española, alterna con población nativa castellana y con población nativa quechua hablante, pero numéricamente minoritaria. En **Bolivia**, por su parte, aunque también en notoria minoría, la población de ascendencia europea es más diversa, aunque

monolingüe castellana. Y alterna discriminatoriamente con grupos mayoritarios de quechua hablantes y aún más numerosos todavía de aymara parlantes.

En el [Perú](#), menos del 5 % de la población es de ascendencia europea, aunque muy diversa. No obstante ser predominantemente de ancestro [español](#), la hay de [ascendencia italiana, alemana, francesa e inglesa](#), y se precia cada grupo de su bilingüismo, pues además del castellano mantiene su lengua materna. En la costa casi el íntegro de la población es [mestiza](#) y monolingüe castellana. En el área cordillerana, en cambio, porcentajes muy significativos de la población, especialmente desde el centro al sur, hablan exclusivamente [quechua](#). Y en el área altiplánica se habla también quechua pero mayoritariamente [aymara](#). En ambos casos la lengua ancestral va perdiendo cada vez más su participación porcentual, reservándose el uso de esos idiomas a la población de más edad y de residencia rural y actividad agrícola y pecuaria. Y, en la Amazonía, alta y baja, un sinnúmero de [comunidades nativas](#) viven prácticamente aisladas, preservándose en razón de ello sus múltiples y mutuamente ininteligibles dialectos cuando no idiomas realmente distintos.

Como nefasta herencia de la Colonia más prepotente y abusiva que se conoció en América, la “discriminación racial” es absolutamente notoria. El “[blanco](#)” o “[misti](#)” dominante discrimina al [mestizo](#) y, aún más, al “[cholo](#)”, esto es, al hombre de ancestro andino castellano parlante; pero también al “[indio](#)”, voz cargada de profundo sentido de desprecio con la que puede hacerse referencia al cordillerano o al amazónico. En actitudes y conductas evidentemente aprendidas de los “blancos”—e impuestas a todos los grupos “inferiores” además por la fuerza de los siglos—, el mestizo, a su turno entonces, discrimina y maltrata al “cholo” y al “indio”. Y el “cholo”, claro está, discrimina y maltrata al “indio”. Pero todos a su vez discriminan al “[negro](#)” y a las innumerables variantes surgidas de la mezcla de africanos y peruanos (“zambos”, “mulatos”, “sacalaguas”, “cuarterones”, etc.). Y mutuamente todos se segregan con los descendientes de inmigrantes chinos, y con los descendientes de inmigrantes japoneses que a ojos de todos se discriminan también entre sí. Agréguese a esa compleja mixtura las colonias de árabes y judíos y sus descendientes que, además de discriminarse entre sí, discriminan por igual a todos y cada uno de los demás, manteniéndose en terca y obstinada endogamia típicamente “racista”.

El [Perú](#) de entonces, pues, con menos de 15 millones de habitantes, tenía problemas y conflictos etno-lingüísticos más acusados y variados que los que se daban en gigantes poblacionales como China, India y Rusia. Se trataba pues, sin ningún género de duda, de [la sociedad humana más fragmentada, diversa y dividida del orbe](#). En ese contexto, hacia 1970 terminó por desaparecer la tercera lengua más hablada del mundo andino prehispánico: el *sec* o *muchik*, el idioma de las culturas Moche, Mochica y Chimú. Y, por el camino de aquél, lentamente, pero sin pausa, van cediendo terreno en el habla de la población tanto el quechua como el aymara, aunque más éste que aquél, en razón de que siempre fue también menos significativa la población nativa que lo hablaba. Menospreciados y estigmatizados por todos los demás, los nativos de idiomas ancestrales no han podido dejar de ocultar la vergüenza que se les hace sentir — y sienten— por hablar una lengua “inferior”, un “idioma arcaico”, una “lengua muerta”.

La férrea y destructiva hegemonía colonial española en Lima, impidió que cristalizaran en el seno del Perú personalidades como las de José Gaspar Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López y su hijo Francisco Solano López, personalidades

insignes de la historia de [Paraguay](#). Allí, contra las políticas decididamente nacionalistas de éstos, fue necesaria la monstruosa Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay para acabar con ese insólito experimento que se estuvo dando en aquel mediterráneo y pequeño país sudamericano entre 1814 y 1864. Sin embargo, al precio de perder nada menos que la mitad de su población, Paraguay se alza hasta hoy mismo como el único país del río Grande al Cabo de Hornos, donde por igual, y sin discriminación alguna, los sectores dominantes y dominados de la población orgullosamente hablan tanto en [guaraní](#) como en [castellano](#).

Sin esa experiencia, en el Perú fue necesario que transcurrieran 150 años de historia republicana para que, durante el gobierno militar del general Velasco, recién fueran declarados idiomas oficiales el quechua y el aymara. No obstante, y transcurridas ya más de tres décadas, aún nada oficial se realiza en ninguno de esos dos idiomas. Y apenas si se están dando los primeros, tímidos y aún experimentales pasos de [educación bilingüe](#). ¿Pero cuándo? Cuando las poblaciones de ambos idiomas no suman ya sino tres millones de seres. Es decir, cuando el “[costo unitario](#)” de dicha educación –por denominarlo de alguna manera–, resulta proporcionalmente estratosférico, dado que ha perdido totalmente “[economía de escala](#)”. A este respecto, y para que se tenga una idea objetiva de nuestra afirmación, en esta primera década del siglo XXI, en la India, entre muchos, hay diez idiomas con poblaciones usuarias que superan a toda la población del Perú ¹⁶⁷. Y muy probablemente más ventaja a ese respecto hay todavía en China. Desde nuestra perspectiva, el de la educación bilingüe es un problema que absurdamente, dentro del consabido y “paternalista” centralismo, se está dirigiendo desde Lima, cuando es un problema que deben enfrentar las autoridades regionales.

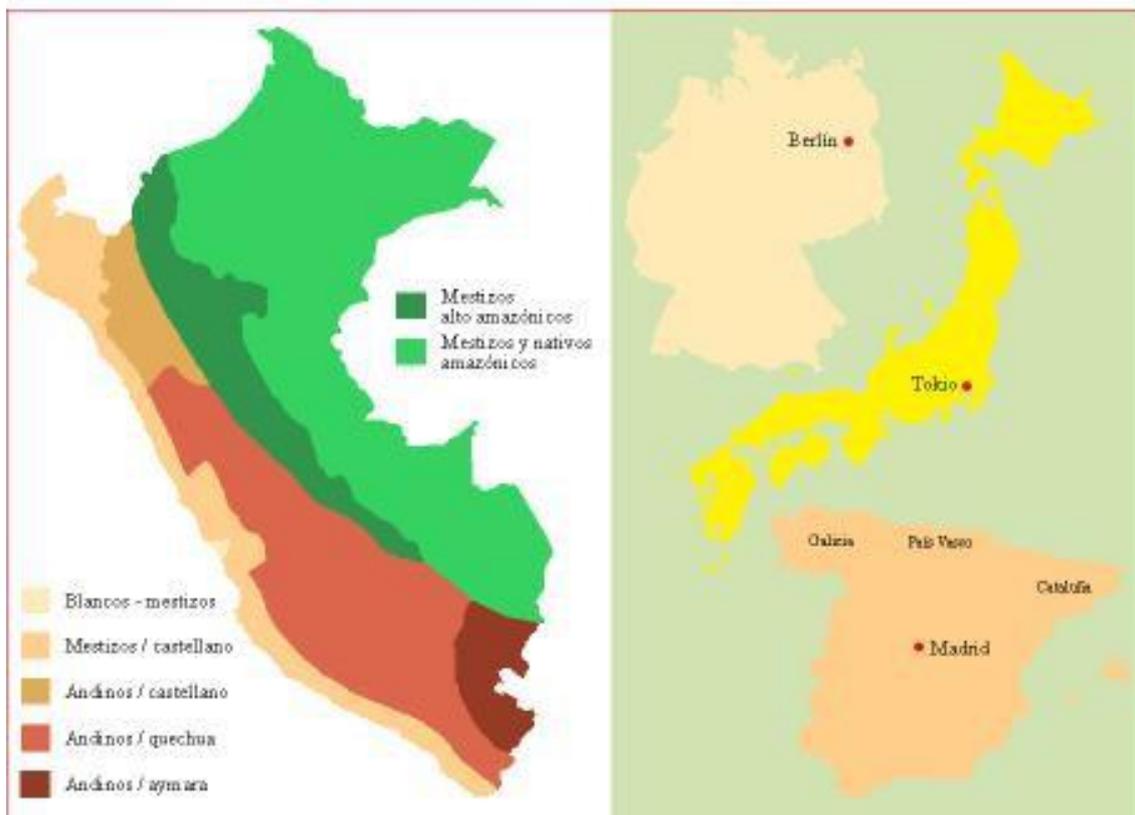
Pues bien –y como de alguna manera se pretende ilustrar en el [Gráfico N° 55](#) (en la página siguiente)–, a diferencia de los países etno–lingüísticamente homogéneos, o más o menos homogéneos, ¿qué implica una [atomización étnica y lingüística](#) como la que se da en el Perú, y en la que las poblaciones y los idiomas nativos, mayoritariamente segregados y estigmatizados, se batan penosa y lentamente en retirada, en razón de la profunda [debilidad social](#) de los grupos étnicos correspondientes? ¿Podría responderse sin explicitarse además que en los espacios de mayoritario ancestro andino, incluso los declaradamente castellanizados, [nunca ha existido ni existe tampoco poder económico ni político](#) capaz de oponer una resistencia civil eficaz a la hegemonía del poder dominante en Lima? No pues. De allí que hay que admitir que ambas desventajas –con una misma causa u origen– se suman, representando entonces aún una mayor debilidad, tanto para cada uno de los grupos sociales en cuestión como para el conjunto de todos ellos.

El caso del Perú es sin duda extremo. Pero pone de manifiesto que, de cara al proceso de desarrollo, la [heterogeneidad etno–lingüística es una notoria desventaja](#) en tanto que, objetivamente, representa [dispersión de fuerzas](#). Y conste que todavía debería ponerse énfasis suficiente en el hecho de que, dentro de cada grupo, hay comprensibles diversidades ideológicas, religiosas, económicas, etc., que hacen particularmente más atomizado el conjunto y aún más débiles las fuerzas de cada uno de los subgrupos.

167 Subatra Mitra, *La lengua y el federalismo: el reto multi-étnico*. Cuadro N° 2. En *El Federalismo*,

Gráfico N° 55

Heterogeneidad vs. homogeneidad etno-lingüística



Ocurre pues que estamos enfrentando **un enorme vacío** que a estos respectos se hace cada vez más palpable en la historiografía tradicional. Ésta ha venido tratando a los países casi como conjuntos completamente homogéneos. Baste tener en cuenta que hasta encumbrados pensadores y analistas, como Francis Fukuyama, por ejemplo, han obviado olímpicamente estas consideraciones en sus estudios. Así, omitiéndose una variable fundamental como la composición social (étnica, lingüística, etc.) de la población, las conclusiones respecto de **las variables relevantes del desarrollo** resultan completamente desacertadas.

Fukuyama, analizando el caso de Japón, puso énfasis en el **factor “confianza”**. ¿Dudaría alguien que en el caso de Alemania tal razón también ha estado presente en el sostenido esfuerzo del desarrollo? ¿Y que también lo ha estado en los casos de Suiza, y de Suecia, y de Noruega, y de Francia, e incluso de España? ¿No es obvio que la “confianza” no es una variable independiente sino dependiente? ¿No es obvio que es una **resultante de la homogeneidad social**, pues invariablemente se confía más en los “iguales a uno” que en los “diferentes a uno”, y más aún cuando hay racismo de por medio?

Sin duda, pues, de la **homogeneidad social** se deriva la **confianza**, y, de ésta, una mayor **cohesión social** y, de ésta, resulta una **fuerza social** consistente y poderosa. En tanto que, de la heterogeneidad social se derivan sucesivamente una mayor desconfianza, una menor cohesión y una menor fuerza social. ¿Cuesta tras esta reflexión comprender qué grupo alcanzará más rápido y con menos esfuerzo sus metas: el homogéneo o el heterogéneo? ¿Y qué grupo es capaz de soportar más y mayores

presiones externas? El Perú, pues, a todos esos respectos, es un país profundamente débil. Y cada uno de los sectores sociales que lo componen lo son aún más.

En razón de todo ello, son lamentables los pazos que se viene dando para enfrentar el enorme desafío de la [descentralización política, económica y poblacional del país](#). Cuando se acometió la tarea de elaborar las leyes pertinentes, nunca fueron convocados los historiadores, pero tampoco los especialistas en geografía. Unos y otros no son convocados en realidad nunca para los grandes debates “nacionales”. ¿Tendrían en verdad algo que decir? Pero, por cierto, tampoco fueron convocados quienes propugnaban el planteamiento de que el Perú tiene, mucho más que otros países, razones históricas –por lo demás ancestrales–, geográficas, etno–lingüísticas, etc., para ser una [República Federal](#). Y la prensa, que en diversas ocasiones muestra el enorme poder que tiene, en dicha oportunidad, de consuno con las autoridades gubernamentales, tampoco convocó voces distintas. Cuán en evidencia quedó, como queda cotidianamente demostrado, que cuando sus intereses coinciden, poco importan los del resto del país.

Para los especialistas del mundo entero el Perú tiene, precisa e incuestionablemente, todas y cada una de las razones objetivas que justifican la constitución de una República Federal. Así, Gamini Lakshman ¹⁶⁸, afirma que “la existencia de [diversidad de idiomas, \(...\) y culturas](#) es el principal [fundamento de la federalización](#)”.

Mas no sólo eso, sino que hay riesgos graves que, por previsibles, urge –de cara a cuanto se ha revisado de la historia de Occidente–, enfrentar a tiempo. Thomas Fleiner ¹⁶⁹ advierte en efecto que “los estados fragmentados se enfrentan a [problemas casi insolubles](#) al confrontar los conflictos abiertos o latentes, que se originan en la diversidad social”. Pero con igual tino Ronald Watts ¹⁷⁰ refiere que “el objetivo de un sistema político federal no es eliminar la diversidad sino aceptar, conciliar y manejar las diversidades sociales...”.

Wole Soyinka ¹⁷¹, Premio Nobel de Literatura indica que “el ejemplo de Canadá es sumamente útil. Nos permite recordar que no sólo las “tribus” de África son las que requieren una [solución a las antinomias muy predecibles de la \(...\) lengua, la identidad étnica, la cultura...](#)

Esas predecibles antinomias son pues exactamente las que se prevén en el Perú. No las advierten sin embargo los políticos, ni las autoridades, ni los historiadores. Mas, como a su turno trae a colación Pierre Trudeau, ex Primer Ministro de Canadá ¹⁷², “...hay que crear las condiciones en las cuales la [fragmentación pase a ser indeseable](#)”. De modo tal que no se reiteren otras experiencias dramáticas como ésta que a continuación nos recuerda Subatra Mitra ¹⁷³, “... la existencia de diversidad de idiomas

168 Gamini Lakshman, *Nuevas orientaciones: perspectiva del sur de Asia*. En *El Federalismo*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001. Lakshman es Ministro de Justicia, Asuntos Constitucionales, Asuntos Étnicos e Integración Nacional de Sri Lanka.

169 Thomas Fleiner, *Diversidad Social y Federalismo, El desafío de la diversidad*. En *El Federalismo...* Fleiner es Director del Instituto de Federalismo de la Universidad de Friburgo, Suiza.

170 Ronald Watts, *Modelos de reparto federal de poderes*. En *El Federalismo...* Watts es miembro del Instituto de Relaciones Intergubernamentales de la Queen’s University, Canadá.

171 Wole Soyinka, *El Federalismo y la repartición del Poder, Centralismo y alienación*. En *El Federalismo...*

172 En Soyinka, *El Federalismo...* En *El Federalismo...*

173 Subatra Mitra, *La lengua y el federalismo: el reto multi-étnico*, En *El Federalismo...*, Mitra es profesor y Jefe del Departamento de Ciencia Política en el Instituto de Asia Meridional de la Universidas de Heidelberg.

es sin duda la principal explicación del federalismo en Suiza, India; y, por ejemplo, de la [independización](#) de Bangladesh...”.

La Décima Ola de la historia

Pues bien, asumamos por un instante que, tras la presente, hacia el 2100 por ejemplo ¹⁷⁴, Occidente experimentará la vigencia de una Décima Ola cuyo centro estará constituido por el núcleo Japón–China. Llegado ese caso, y cuando se analice y se hable de ella, ¿se podrá en tal circunstancia seguir diciéndose que se habla de la historia de Occidente? ¿No estarán ya –quienes estén–, en la inevitable obligación de decir que están hablando, en rigor, de la [historia de la humanidad, suma e integración de las historias de Oriente y Occidente](#)? ¿No se estará entonces frente a la “globalización de la historia”? ¿No se tendrá que admitir, a partir de allí, que se habla de una historia globalizada, en la que ya no es posible discriminar Oriente de Occidente?

Cuando ello ocurra, la humanidad habrá ingresado, por fin, pero recién, a la más [completa globalización](#). No ya de las comunicaciones, ni de la economía ni de las finanzas. Sino a la globalización de la humanidad. Y, como hemos dicho bastante más adelante, no nos cabe duda que hacia ella vamos.

Corresponde hacer a esta altura del texto, con todo el material de que se dispone, una nueva y última especulación proyectiva. Desde las primeras décadas del siglo pasado hasta las primeras décadas de éste, [el resplandor de Inglaterra iluminaba Occidente](#). En América Meridional, lentamente se apagaban las últimas luces de España. Casi todos los gobernantes de los pueblos de esta parte del mundo pusieron entonces sus ojos en los potentes reflectores que desde el norte del canal de la Mancha alumbraban hasta la Patagonia. Como la hora cronológica, el porvenir pasaba también por Greenwich. Se concertaron entonces mil y un negocios. En ferrocarriles. En minas. En explotación petrolera. En torno al comercio del guano, del salitre, de lanas. En torno al comercio de esclavos. En relación con bancos y seguros. Esa estrecha alianza económica –se dijo entonces– era garantía de un éxito seguro: progresaríamos y alcanzaríamos el desarrollo. Ello empezó hace más de ciento cincuenta años. Y no progresamos un ápice. ¿Qué ocurrió?

Simple y llanamente que [no fuimos los protagonistas](#). Sólo éramos extras en la escena, y con un libreto pequeñísimo. La estrategia –el guión– había sido diseñado por Inglaterra. Y, como es lógico entender, las fichas habían sido colocadas y movidas por ella, en función de sus intereses y no de los nuestros. Sólo nos quedó ver el desarrollo del juego y esperar los resultados. Y cuando se nos leyó el reporte y balance final, no había quedado nada para nosotros. Se dio mil pretextos y mil explicaciones, pero nada pudo cambiar.

Para entonces, [un nuevo y potente faro](#), estacionado más cerca de nuestras costas, alumbraba ya con tanta o más intensidad. Casi en simultáneo los gobernantes de América Meridional pusieron sus ojos en él. La opinión de los pueblos de esta parte del mundo aún no contaba. ¡Nuestras democracias eran tan incipientes, en unos casos, y tan burdamente enmascaradas, en otros!

174 Quizá está demás precisar que nuestro objetivo no es acertar en el pronóstico de la fecha.

Había pues aparecido en el contexto un nuevo socio: [Estados Unidos](#). Se nos dijo que sus inversiones eran la panacea. Que progresaríamos. Que alcanzaríamos el desarrollo. Que los beneficios serían múltiples y se esparcirían en todo el espacio del subcontinente. Se establecieron fábricas aquí y allá. Pero también ensambladoras. Se inauguraron grandes empresas extractivas: de cobre, hierro, petróleo, de estaño y tungsteno, de azúcar y bananos, de cacao y otras frutas. Se establecieron bancos y sucursales. Compañías de seguros. Grandes empresas de comercialización de alimentos, animales y minerales. Y empresas de servicios de todo género.

Medio siglo después, cuando se hizo un primer balance, [el saldo a nuestro favor, objetivo y tangible, era paupérrimo](#). Y el balance documentario que se nos mostró había sido groseramente mutilado. Le faltaban muchas páginas importantes y anexos no menos trascendentales. ¿Por qué, entre miles y miles de investigaciones económicas, profesionales y de grado académico, nunca nadie ha mostrado:

- 1) A cuánto ascendieron las susodichas inversiones;
- 2) A cuánto han ascendido las utilidades remitidas luego de recuperada la inversión y, por lo menos;
- 3) [Qué porcentaje de las inversiones totales](#) que necesitan nuestros pueblos para alcanzar el desarrollo –o por lo menos un nivel decoroso de él– está representado por esas benditas inversiones extranjeras? ¿1, 3, 5 %? ¿Cree alguien que más que eso?

Grotesca y deliberadamente se ha omitido presentarnos las cifras que, en su exacta dimensión y proporción, muestren la magnitud real del beneficio y cómo se ha repartido éste entre cada una de las partes. El silencio a este respecto es monumental. ¿Por qué se calla? Pues porque los socios conocen, a ciencia cierta, que [los pueblos prácticamente no han obtenido beneficio alguno](#). El beneficio ha sido acaparado por los socios: inversionistas extranjeros, socios nacionales y gobiernos de turno. Una vez más, pues, se nos había colocado como extras en el escenario. Y, como también es lógico entender, una vez más la estrategia general había sido diseñada por el dueño del faro, en función de sus incuestionables intereses, y no por los dueños del territorio que se alumbraba.

Pues bien, cuáles eran las [constantes](#) que se habían repetido en ambas circunstancias. Enumeremos las más saltantes: 1) Aunque en momentos distintos – como es obvio–, uno y otro centro hegemónico estaban en su máximo apogeo (expansión y fuerza) y todas sus iniciativas gozaban de una indiscutible aureola de prestigio; 2) las estrategias de inversión fueron diseñadas en los centros hegemónicos, en función de sus incuestionables intereses y objetivos; 3) nuestros gobernantes, presos de su propia ambición, en el caso de unos, y dando el handicap de una grave miopía, en otros, aceptaron de buen grado colocar a nuestros países como socios minoritarios del negocio; 4) pero, por mediación de los gobernantes, nuestros pueblos fueron testigos mudos e inertes en el escenario, y; 5) ni nuestros gobernantes ni nuestros pueblos tuvieron a mano un esquema histórico y político que mostrara alternativas posibles y estrategias autónomas viables.

¿Qué ocurre hoy que podamos decir que distingue a ésta de aquellas circunstancias? Pues está claro que ahora las cosas asoman de una manera muy distinta. En primer lugar, [el centro hegemónico no está más en el apogeo](#), aunque se empeñe en

parecerlo, y en hacer demostraciones de fuerza, que en verdad no son sino de creciente debilidad. Su fuerza política –que hoy es la relevante–, está sensiblemente mermada. Sus iniciativas ya no gozan del prestigio académico y científico incontrastable de antes. La vanguardia tecnológica industrial, que tanto crédito le concedió, ha cedido paso a una importante y sostenida competencia internacional, en mérito al inevitable funcionamiento de los vasos comunicantes. La renovación industrial –como ocurrió con Inglaterra a principios del siglo pasado– le resulta extraordinariamente cara, en particular en relación con sus vecinos de Asia. Y el complejo romano–carolingio de “gendarme universal” lo obliga a distraer gigantescos recursos en armamentismo.

Pero además, por primera vez, y desde tribunas de altísimo prestigio, desde dentro del imperio se alzan **voces que abiertamente critican al poder hegemónico** en temas, tan caros y sensibles a él, como la guerra contra las drogas y sus consecuencias en países subdesarrollados. “Nuestra política antidrogas –ha dicho Milton Friedman– ha provocado miles de muertes y *pérdidas fabulosas* en Colombia, Perú y México (...) Todo porque no podemos hacer cumplir las leyes en nuestro propio país. Si lo lográramos, *no existiría un mercado de importación* (...) Países extranjeros son sufrirían la *pérdida de su soberanía* (...)”. Y más adelante críticamente se pregunta: “¿acaso puede una política ser moral si conduce a la *corrupción generalizada*, encarcela a tantos, tiene resultados racistas, destruye nuestros barrios pobres, hace estragos entre la gente débil y acarrea *muerte y desintegración en naciones amigas*?”¹⁷⁵. Ni los textos más anti–imperialistas salidos de las canteras del marxismo han sido tan lapidarios. Friedman pues es un “visigodo” de la historia norteamericana. Y Chomsky, cuyas críticas son tanto o más demolidoras y feroces, acaso un “vándalo” en la misma.

La segunda y trascendental diferencia es que **los previsibles centros de la Décima Ola aún no resplandecen** enceguecedores ni con la capacidad cautivante y de hechizo que los griegos atribuían a los cantos de sirena. No están pues todavía en capacidad de atraer ninguna polilla para que muera en torno a su fuente de luz.

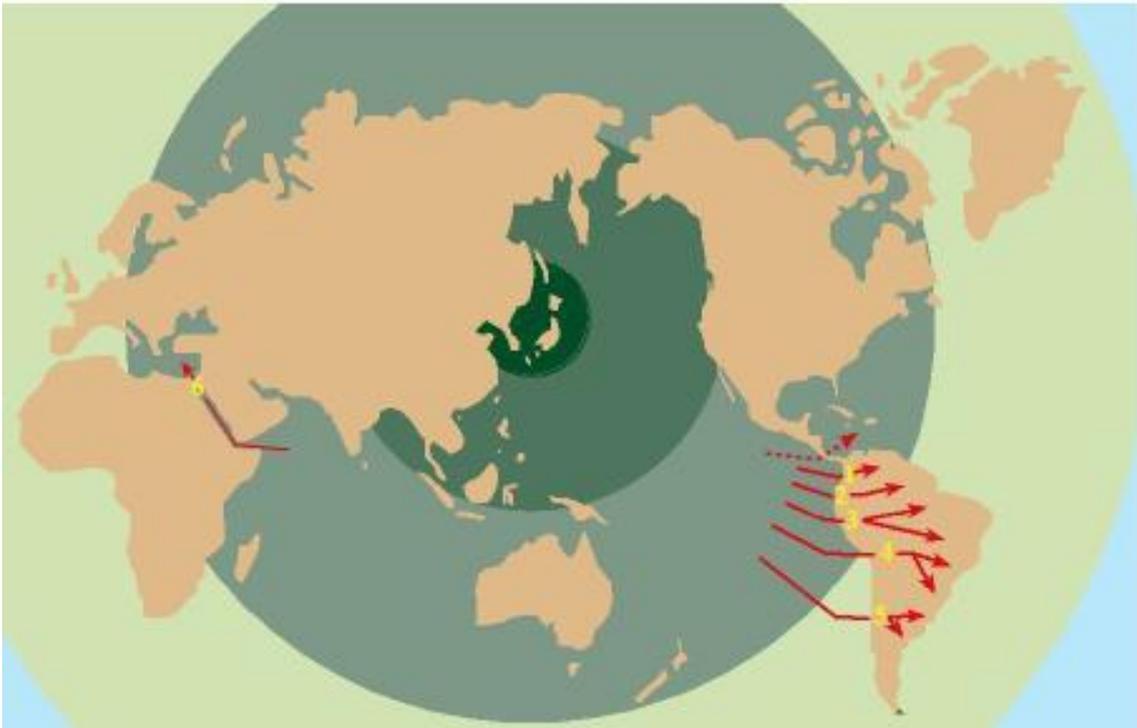
La tercera destacable diferencia es que las **democracias de nuestros pueblos son hoy significativamente más desarrolladas** que hace medio siglo. Aunque todavía en algunos aspectos y en muchos rincones del hemisferio se muestran realmente incipientes. Nuestros gobernantes ya no son –ni podrán serlo más–, títeres ni tiranos que pueden actuar prescindiendo total y absolutamente de los intereses de nuestros pueblos; aunque todavía existan –y en varios rincones de la América Meridional– algunos que, con insana vocación mesiánica, se pretendan, insustituibles, los únicos capaces de dirigir a sus pueblos a la Tierra Prometida.

Y la cuarta de las fundamentales diferencias es que, en las actuales circunstancias, sí se dispone de un panorama político e histórico que permite, en función de claros y lúcidos elementos de juicio, **diseñar estrategias autónomas** en las que, por y ante todo – como ya lo hicieron antes todos los pueblos desarrollados– estén los objetivos de nuestros pueblos: paz, libertad, descentralización, desarrollo económico e integración.

Pensando en torno a la América Meridional, **¿qué puede ocurrir entre nosotros** en las largas décadas que habrán de transcurrir en el tránsito de la Novena a la Décima Ola de la historia? El **Gráfico N° 56** habrá de ayudarnos a hacer algunas reflexiones.

175 Milton Friedman, *Drogas: ¿una guerra injusta?*, en “El Comercio”, Lima, 12–2–98, p. 2. Las cursivas son nuestras.

Gráfico N° 56
La Décima Ola de la historia



Se pueden presentar muchos distintos “escenarios”. Imaginemos sin embargo sólo tres en esta ocasión. El primero de ellos sería, por ejemplo, que, no viendo el declive de la Novena Ola –que no por obvia será siempre “vista” y aún menos por todos–, no se perciba tampoco el surgimiento de la siguiente. Quienes en ello estén, no harán nada. O, mejor, seguirán **aferrados al centro hegemónico actual**; seguirán centrando toda su atención y devoción en él, y, ciertamente, seguirán prestándose a cumplir el necio e infortunado papel de furgón de cola.

En el segundo escenario bien pueden instalarse aquellos que, aceptando a regañadientes o con convicción que declina la Novena Ola, están dispuestos a **apostar que ya aparecerá un Kennedy o un Roosevelt** o, en el peor de los casos, un Eisenhower que será capaz de revertir la tendencia; o a apostar que, en todo caso, habrá de surgir en Inglaterra una nueva reina Victoria u otra Margaret Thatcher, o en España otro Carlos V, o en Francia otro De Gaulle, o en Alemania un Bismark, etc. A quienes así apuesten, bien puede tomarlos por sorpresa la Décima Ola y, sus herederos, habrán de lamentar que, sin disculpas ni atenuantes, se hubiera perdido tanto tiempo. Porque para ellos, sin pena ni gloria, habrán de haber pasado diez, quince o más décadas.

Desarrollemos entonces el tercer escenario. En él, asumiendo hipótesis razonables, nuestros pueblos –o algunos de ellos– y sus dirigentes, deciden tomar iniciativas. Unos, como los pueblos del Caribe, Venezuela, Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina, es decir, los de la **costa Atlántica**, porque advertirían que, en las nuevas circunstancias, quedarían en una posición geográfica significativamente desventajosa en relación con el centro de la previsible nueva. Sobre todo si se le compara con la actual, en que están en la misma línea de la costa este de los Estados Unidos (Nueva

Orleans, Miami, Washington, Filadelfia, Nueva York, etc.), y de cara y directamente vinculados con Europa.

Y otros, como [Colombia](#) (1), [Ecuador](#) (2), [Perú](#) (3), [Bolivia](#) (4) y [Chile](#) (5) –en el gráfico–, porque advertirían que, si bien su posición respecto de la costa oeste de Estados Unidos (Los Ángeles, San Francisco, Seattle), y el centro de la nueva ola, no se modifica, serían, en cambio, paso obligado de un muy significativo flujo de mercaderías que, viniendo del núcleo Japón–China, tendrían como destino los países del atlántico sudamericano, pero muy en particular, los mercados de Brasil y Argentina.

La [necesidad de la integración física](#) salta entonces a la vista. Pero no con las carreteras y líneas férreas de los actuales estándares tercermundistas. Sino con supercarreteras, veloces trenes y complejas y modernas vías multimodales que permitan que el tránsito de grandes volúmenes hacia Brasil y Argentina, sea más rentable y eficiente que navegar por el Canal de Panamá y más seguro que hacerlo por el estrecho de Magallanes.

Esa necesidad objetiva de integración física de los países del sur, [no ha estado nunca en los planes de desarrollo estratégico del centro hegemónico](#), en tanto a través de sus costas del Pacífico atendía el comercio desde Colombia hasta Chile; y, a través de sus puertos del Atlántico, atendía la demanda desde Venezuela hasta Argentina. Para los tráficos en sentido cruzado, por ejemplo desde Nueva Orleans al Callao (Perú) o de San Francisco a Sao Paulo (Brasil), la metrópoli había construido y controlaba el Canal de Panamá; o usaba sus propias supercarreteras o grandes líneas férreas.

Simón [Bolívar](#) avizoró en 1827 la necesidad de construir un canal interoceánico en el istmo de Panamá, a fin de facilitar y dinamizar el tráfico internacional. La idea, pues, fue incubada hace más de 170 años. A la postre, como se vio, fue realizada pero en función del interés de la potencia hegemónica y bajo su control.

¿No resulta hartamente significativo que en los casi cien años que lleva construido el Canal de Panamá, Estados Unidos haya construido más de un millón y medio de kilómetros de carreteras, entre las que hay más de miles y miles de kilómetros de supercarreteras, y no haya alentado, ni políticamente presionado ni [prestado nunca para la construcción de ninguna supercarretera internacional en América del Sur](#), ni línea férrea o vía multimodal equivalente? ¿Por qué, en cambio –como nos lo ha recordado Friedman–, sí ha presionado y financiado, por ejemplo, la guerra contra las drogas? Es decir, tanto la “ayuda” como el diseño de la infraestructura vial de Sudamérica, han estado en función de los intereses norteamericanos y no en función de los intereses de nuestros pueblos.

¿No resulta también hartamente significativo que, recién cuando Estados Unidos estuvo magníficamente enlazado de costa a costa, ha estado dispuesto a [ceder el control del canal a Panamá](#)? ¿Puede acaso considerarse una casualidad que también ello coincidiera con el hecho de que ya gran parte del tráfico comercial internacional se concreta en grandes cargueros imposibilitados de atravesar el Canal de Panamá?

El Canal de Panamá ha llegado ya a su nivel de saturación. Desde hace un tiempo los buques deben esperar en cola dos y tres días para cruzarlo. Es absolutamente evidente, pues, la necesidad de construir [un nuevo canal interoceánico](#) en algún lugar de

Centroamérica. De cara a la Décima Ola, ello está en el interés común de Japón, China, los Tigres de Asia, el Caribe, América Meridional Atlántica, África Occidental e incluso Europa. Ellos, en conjunto, deberán financiar la nueva obra. Porque habiendo unido sus costas con grandes supercarreteras, ni el viejo canal ni el nuevo canal están ya en la agenda de los intereses estratégicos de Estados Unidos. Pues bien, si los directamente interesados no hacen causa común, ¿dejaremos también que el destino de esa trascendental obra lo decidan exclusivamente los líderes del próximo centro hegemónico? ¿Dejaremos que ellos decidan si se hace o no? ¿O que ellos decidan unilateralmente cómo, dónde lo hacen y quién habrá de administrarlo?

Además de un nuevo canal interoceánico, de cara a la Décima Ola, es pues incuestionable asumir el sensacional y costoso reto de la [integración física de América del Sur](#). ¿O habremos de esperar que el nuevo centro hegemónico, en función de sus intereses, también decida si se hace o no, o la diseñe arbitraria y unilateralmente? La integración vial, rápida y moderna, entre el Perú y Brasil, por ejemplo, o entre Perú, Bolivia y Paraguay, para citar otro ejemplo, habrá de tener espectaculares y positivas consecuencias en nuestros países. Entre otras, sin duda: a) dinamizará y abaratará, además, el comercio intraregional; b) permitirá ampliar significativamente la frontera agrícola y ganadera e incluso minera, creando polos de desarrollo poblacional y productivo; c) hará competitiva la producción de un sinnúmero de centros que hoy están virtual o casi absolutamente aislados; d) exigirá dar solución a las nuevas demandas de bienes y servicios que se crearían en torno a las grandes rutas y nuevos centros poblados. En definitiva, permitirá progresivamente ir alcanzando la descentralización, que no es sino el objetivo estratégico intermedio que, con más urgencia que ningún otro, deben alcanzar todos nuestros países.

A las puertas de un futuro previsible, puede sostenerse que algunos pueblos, como [Perú, Bolivia y Chile](#), bien podrían reeditar, aunque fuera en parte, la antiquísima experiencia de Creta. Es decir, catapultarse a partir de su ubicación geográfica. Potencialmente somos una bisagra natural entre Oriente y la costa atlántica sudamericana. Debemos ser capaces de concretar esa posibilidad.

Los peruanos, durante más de un siglo y medio, hemos sido sistemáticamente ilusionados, por historiadores, políticos y geopolíticos, con el argumento de nuestra supuesta [privilegiada posición estratégica](#). Nunca hasta hoy, sin embargo, se ha puesto de manifiesto tal privilegio. El Perú, contando sólo desde la Independencia, tiene en su haber casi 200 años de pobreza y atraso. ¿Qué privilegio ha sido ése que no ha rendido nunca ningún beneficio? No podemos seguir engañándonos. La privilegiada estratégica posición geográfica del Perú sólo empezaría realmente a manifestarse –incluso hasta con prescindencia de nuestra voluntad–, si efectivamente ocurriera que la siguiente ola fuera liderada por Japón–China.

En ese contexto, y en relación con la magnitud de la peruana, las importantísimas economías de [Brasil y Argentina](#) quedarían muy lejos y de espaldas al centro de la ola. Pero también a espaldas del Perú, Bolivia y Chile. Así, el enorme y creciente tráfico que es posible prever que se dará entre el núcleo Japón–China y el este sudamericano, debe pasar por los países andinos. Con la misma lógica y razón que, ahora mismo, el tráfico comercial Japón–Nueva York, desembarcando en San Francisco, atraviesa íntegramente por tierra el territorio norteamericano, sin pasar por Panamá y, menos aún, por el Estrecho de Magallanes.

Si nuestra supuesta Décima Ola se concreta, y de veras tomamos iniciativas, audaces y oportunas, a las carreteras, autopistas y vías multimodales de integración regional deberán sumarse grandes líneas de transmisión de energía eléctrica, grandes puertos y aeropuertos, inmensas zonas francas, novísima y gran infraestructura hotelera, etc., que ampliarán los beneficios que hemos enumerado antes. Pero si no somos capaces de iniciativas, oportunas y audaces –insistimos–, corremos el riesgo, por ejemplo, de que el nuevo centro hegemónico, en función de sus intereses y objetivos, sólo aliente y financie la construcción de un nuevo canal interoceánico, más grande y más moderno que el actual. Ello resolvería adecuadamente los problemas de los vendedores (Japón, China, los Tigres del Asia, etc.), y también el de los compradores (Brasil y Argentina, básicamente). Pero habríamos perdido, todos nosotros, los países sudamericanos, la **extraordinaria oportunidad** de, por fin y de una vez por todas, emprender la integración regional y la descentralización física y poblacional de nuestros países.

Es absolutamente evidente que todas estas iniciativas –y cuantas más puedan surgir complementándolas o superándolas–, tienen un costo altísimo, extraordinariamente alto. Nadie, hasta ahora, ha asumido el reto de estimarlo. Mas ya deberíamos estar comenzando a hacerlo. Pero si ese costo es alto, mucho, pero mucho **más alto, será el costo de no tomarlas y dejar de ejecutarlas.**

Estamos pues a las puertas de dejar de ser extras en el escenario, para, eventualmente, convertirnos en verdaderos protagonistas. Por lo menos si nos lo proponemos y empezamos a marchar en esa dirección. Por primera vez en nuestras azarosas historias nacionales, estamos por fin a las puertas de diseñar **nuestra propia estrategia para nuestro propio futuro**, a partir de nuestros propios recursos y de nuestra situación concreta. Y de bailar al son de nuestra música y con nuestros instrumentos. Echemos pues, al “tacho de historia” esas partituras y esos instrumentos que no son nuestros. E invitemos al director de la orquesta –y al que está esperando en la puerta para sucederle– a que se concentren en sus propios asuntos, que con ello ya tienen bastante.

Mas no queremos terminar este capítulo sin traer aquí unas expresiones de Mario Bunge que nos parecen sumamente oportunas: *Si los científicos se hubieran asustado de las ideas “inconcebibles”, “irrazonables” o contraintuitivas, no tendríamos hoy mecánica clásica (...), ni teorías de campo, ni teoría de la evolución, todas las cuales fueron rechazadas en su momento por ser antiintuitivas*¹⁷⁶, pero que ahora –como dice el mismo Bunge– son *aceptadas por el sentido común*. Finalmente diremos también con él: *nuestra experiencia debe incluir el reconocimiento de que algunas ideas “insensatas” pueden resultar correctas*¹⁷⁷.

Mas, como ya se dijo, y para empalmar con la idea final a desarrollar, el tránsito hacia la Décima Ola de la historia, cualquiera sea el escenario por el que apostemos los pueblos de América Latina, y de Sudamérica en particular, habrá pues de verificarse **en el contexto de la globalización.**

176 Bunge, **Intuición y razón**, p. 152.

177 Bunge, **Intuición y razón**, p. 153.

LA GLOBALIZACIÓN Y LA FACTURA DE LA HISTORIA

Insistentemente hemos venido insinuando que en la humanidad está tomando forma y definición “una factura”, o mejor, “una gran factura”. A continuación pues, y al respecto, nuestra [hipótesis final](#).

Bien se sabe que la globalización de las comunicaciones va a contribuir a elevar los niveles de información del hombre promedio. Pero también, y correspondientemente, va a [acrecentar sus niveles de exigencia](#) al mundo que lo rodea. ¿Representa esto algo respecto de la relación entre conquistadores y conquistados, dominadores y dominados, y respecto del futuro de esas relaciones?

Por supuesto que representa mucho, muchísimo, como pasaremos a ver. La globalización de las comunicaciones permite a dos tercios de la humanidad apreciar de cerca, casi desde dentro, [el esplendor de que se enorgullecen](#) Norteamérica y los países desarrollados de Europa. Ese esplendor es –y sirva sólo como analogía– como la bombilla de luz que atrae incesantemente a los insectos. Resulta de veras irresistible. Más aún si ese esplendor nos lo muestran todo el día, todos los días. ¿Cuántos insectos pegados al bombillo terminan por opacar su luz?

Los técnicos de la ONU reiteradamente muestran que en el mundo [cada vez se concentra más la riqueza](#), pero además, cada vez más en el Norte. El 20 % de los habitantes pobres del mundo suman el 1,4 % de los ingresos totales; y el 20% de los más ricos retienen el 85% de los ingresos totales de la humanidad¹⁷⁸. Y, en el extremo de la concentración, de un lado, y la exclusión, del otro, sólo 360 personas, los hombres más ricos de la Tierra, poseen más bienes que los sumados por el 45% de la población mundial –esto es, por casi 2 700 millones de personas–, conforme lo ha dado a conocer la ONU¹⁷⁹.

Es como resultado de esa abismal concentración de la riqueza que el Norte asombra al Sur. Tampoco en esto los hombres hemos “inventado” nada nuevo. Hace mil setecientos años ya la [Roma de los césares deslumbraba a los “bárbaros”](#) de los pueblos conquistados. Miles y miles de “bárbaros” norafricanos, *francos* y *germanos* fueron irremediamente atraídos por la deslumbrante luz. “La riqueza y el prestigio del Imperio romano (...) atraían a los pueblos que vivían [dentro y] más allá de sus fronteras” –nos recuerda Barraclough¹⁸⁰–.

Los historiadores han mostrado que en torno a las siete colinas de Roma, poco antes del colapso final, vivían [más extranjeros que romanos](#). Miles de “bárbaros” –entre esclavos, soldados, mercenarios, vendedores ambulantes y desocupados–, atestaban las calles y plazas romanas. La ciudad lucía absolutamente sucia y deteriorada. Miles de “insectos” fueron opacando la luz de la bombilla, hasta que contribuyeron a opacarla del todo. Durante la larga agonía del imperio, los extranjeros residentes en Roma jugaron, inadvertidamente, el papel de un gigantesco Caballo de Troya; pocas veces se ha reparado en ese “detalle”.

178 En Estefanía, *La Nueva...*, p. 27.

179 ONU, Informe sobre Desarrollo Humano, PNUD, en Patricio Ricketts Rey de Castro, Ricos y pobres, “Expreso”, Lima, 30–8–96, p. A31.

180 Barraclough, *Atlas de la Historia...*, p. 68.

Los extranjeros residentes en Roma terminaron por constituirse en las hordas del saqueo final y definitivo. En la [Francia](#) de Luis XIV, inmediatamente antes de la Revolución Francesa, París no lucía precisamente mejor que Roma antes de la caída. Los pobres del campo, atraídos por el esplendor de Versalles y los Campos Elíseos, habían también invadido e informalizado la ciudad hasta lo inimaginable.

Hoy, en nuestro siglo, el fenómeno se repite exactamente con las mismas características. En los pueblos subdesarrollados de América Meridional, de Oriente y de África, allí donde se da el denominado “desarrollo desigual y combinado” –gran riqueza en algunas ciudades yuxtapuesta con extrema pobreza en el campo–, se aprecia el fenómeno en toda su intensidad. El esplendor relativo de [Río y Sao Paulo](#), de [Santiago y Lima](#), de [El Cairo y Nueva Delhi](#), ha atraído a millones de hombres y mujeres que se hacían en los cordones periféricos de esas ciudades –llámense favelas, cayampas o pueblos jóvenes–, atiborrándolas, ensuciándolas, informalizándolas, poniéndolas al borde del colapso –infraestructural y político–social–.

Pero el fenómeno del “desarrollo desigual y combinado”, que los sociólogos y economistas atribuían en exclusividad a los países subdesarrollados del mundo, es, en realidad, ya [un fenómeno planetario](#), es ya parte del proceso general de globalización. Norteamérica y Europa relucen frente a los inquietos y cada vez más exigentes ojos de dos terceras partes de la humanidad. París es a El Cairo, lo que éste a un remoto pueblo agrícola en el Alto Nilo. Londres es a Bombay, lo que ésta al territorio de los gurkas. Madrid a Rabat, como ésta a una tribu berebere. Nueva York a Río, como Río a un pueblo miserable del nordeste brasileño. Miami a Lima, como Lima a los abandonados pueblos del 80 % del territorio peruano, Ucchuraccai incluido, por cierto. Y, para no hacer más larga la lista, Los Ángeles a México DF, como éste a Chiapas.

La diferencia de idiomas ya no es el obstáculo que representaba hasta unas décadas atrás. Los pueblos “sutilmente” dominados han ido aprendiendo el idioma de la metrópoli que los domina. Al fin y al cabo, también en esto [la dominación regresa como un bumerán](#). Las metrópolis han impuesto sus películas, en su idioma. Sus enlatados televisivos, en su idioma. Sus libros, en su idioma. Las etiquetas de sus productos, en su idioma. Los catálogos de sus equipos electrodomésticos e industriales, en su idioma. ¿No esperaban que los pueblos atrasados aprendieran el idioma de la metrópoli para que ésta ampliara su mercado? Pues han terminado por aprender, pero para hablarlo cara a cara, en la metrópoli, con los hombres de la metrópoli. En su fuero interno, las metrópolis dominantes deben estar lamentándose de haber dado ese paso tan trascendental, de tan insospechables consecuencias.

Así, miles y miles de los que antes habían llegado a El Cairo, Bombay, Rabat, Río, Lima o México DF, residen ahora en [París, Londres, Madrid, Nueva York, Miami y Los Ángeles](#). Abandonaron sus tenues bombillas atraídos por más potentes luminarias.

El proceso, sin embargo, todavía está en ciernes. Entre tanto, Norteamérica y Europa inventan cada vez más [cortapisas para minimizar o impedir el incesante flujo humano](#). La suerte, no obstante, ya está echada. La marea será cada vez más fuerte. Y, proporcionalmente, los espigones cada vez más pequeños y débiles. El desborde final se avecina. Hace un siglo podía contarse con los dedos de una mano la cantidad de latinoamericanos que habían emigrado a Estados Unidos. Hoy son ya casi 47 millones.

El proceso no tiene vuelta, es inexorable. El Caballo de Troya del Sur ha puesto ya sus poderosas patas en el Norte ¹⁸¹.

Hoy, ni Estados Unidos ni España ni el resto de Europa Occidental saben cómo miles y miles de “indeseados” han podido filtrarse, con tanta facilidad, a través de sus aparentemente inexpugnables fronteras. Para éstos, como para millones de otros jóvenes, las [aparentemente inexpugnables fronteras de occidente](#) son tan difíciles de atravesar como la puerta sin candado de una casa. Y como los hombres aprenden – todos, incluso los de más bajo cociente intelectual–, si antes cien enseñaron a mil a infiltrarse en la fortaleza; hoy esos mil tienen frente a sí a cien mil ávidos alumnos; y éstos aleccionarán a un millón. ¡Oh maravilla de la educación! Las lecciones de infiltración de James Bond han sido maravillosamente aprendidas. ¿Cuántas han sido las exitosísimas películas de Ian Fleming? ¿Cuántas veces han sido repuestas “a pedido del público” y para algarabía de sus productores? ¿Y no querían que la gente aprendiera, al cabo de tanto martillarse la lección?

Alemania por ejemplo, y entre muchos más hombres de muchas otras nacionalidades, alberga ya en su territorio a medio millón de kurdos. Es una cantidad muy grande, ¿verdad? ¿Se presentaron acaso todos juntos un día en la frontera pidiendo autorización para ingresar y gozar del esplendoroso desarrollo alemán? No, por cierto que no. Ellos, como los [16 millones de musulmanes](#) que ya alberga Europa, fueron haciéndolo lentamente, de a pocos, de la misma cínica y sibilina manera como el Norte ha desangrado al Sur. ¿Tiene Alemania acaso frontera con Kurdistán? ¿Por qué se asombra entonces el gobierno de Bonn de que las recientes oleadas de refugiados e inmigrantes kurdos utilicen a otros países de Europa como trampolín para establecerse en Alemania, si ese es el camino natural, si ese es el camino que ya siguieron los primeros quinientos mil? ¿Será acaso suficiente que Italia “asegure sus costas”, como neciamente reclamó en 1998 Klaus Kinkel, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania ¹⁸²?

“Europa, la otrora fortaleza medieval que se defendía con cañones, ahora lo hace con leyes que impiden el paso a los supuestos invasores que vienen del hemisferio sur”, nos lo recuerda el doctor Teófilo Altamirano, un especialista en problemas de migración ¹⁸³. Las migraciones del Sur han llegado fuertemente [atraídas por el espectacular desarrollo del Norte](#). Pero también para resolver un problema al que el Norte, con sus propias manos, no encontraba solución: ¿quién arregla los jardines, quién lava los platos y limpia los baños; quién hace las composturas de electricidad y gasfitería? ¿Quién limpia las calles? ¡Si supieran los hombres del Norte de hoy, que, por exactamente las mismas razones, se llenaron las calles de Roma hace dos mil años! Y que por exactamente las mismas razones se han llenado de provincianos las calles de Lima, Río, El Cairo, Bombay, Rabat o México DF.

Muy probablemente, a antes de fines del siglo XXI, habrá [más latinoamericanos en Estados Unidos que estadounidenses](#). Y, muy probablemente también, a finales del siglo XXII los norteamericanos de origen sajón serán sólo una pequeña minoría; del mismo modo que hoy son una pequeña minoría los limeños, si se les compara con los

181 Refiriéndose a la invasión provinciana a Lima, Jurgen Golte y N. Adams, titularon un libro como Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima, IEP, Lima, 1987.

182 Reuters, cable despachado desde Roma, Primer ministro italiano pide a Europa cooperar con los inmigrantes, en “El Comercio”, Lima, 5-1-98, p. B6.

183 Teófilo Altamirano, en “Vivir Bien”, N° 14, Lima, 1997, p. 12.

inmigrantes provincianos que residen en la capital del Perú. Y el Viejo Mundo rejuvenecerá, con la enorme y quizá también mayoritaria población joven llegada desde el Nuevo Mundo y África.

En fin, resulta clarísimo que la [globalización de las comunicaciones](#) está jugando un papel singularmente importante en los actuales episodios de la historia de la humanidad. ¿Y qué decir de la globalización financiera? ¿Neutralizará acaso las consecuencias de la otra?

Al contrario, la globalización financiera está jugando los primeros minutos del mismo partido. Porque la libre circulación –sin fronteras– del capital financiero de los centros hegemónicos del Norte tendrá, como quien no quiere la cosa, [devastadoras consecuencias para el propio Norte](#). Entre otras cosas, por la grotesca e injusta asimetría con que –siempre en ventaja para el Norte– se maneja la globalización financiera: sus capitales multimillonarios, en tiempo real, en el mismo segundo en que se digita la orden, entran o salen de los países más remotos.

Pero el [capital](#) –como bien se sabe–, es sólo uno de los factores de la economía. Los otros dos, bien vale recordarlo, son la [tierra](#) y el [trabajo](#). La tierra, como se conoce, es inmobiliaria, no mueble, no puede moverse. No se puede trasladar un fértil pedazo de Cañete, en el Perú, a Seattle. Ni un pedazo de Riberao Preto, de Brasil, a Chicago. Ni uno del Chaco paraguayo a Liverpool. No nos extrañe, sin embargo, que en el futuro se logre, cuando menos en lo que a la capa superficial agrícola se refiere.

Pues bien, a diferencia de la tierra, el factor [trabajo](#) en cambio [es altamente móvil](#) –o potencialmente muy móvil–. Los hombres y las mujeres, la fuerza de trabajo de los pueblos, se desplazan a pie, en auto, en ómnibus, en tren, en barco, en avión. En lo que sea. En inverosímiles balsas construidas con viejas cámaras de avión llegan los cubanos y haitianos a Miami. Sorteando mil y una penurias, miles de mexicanos y todo tipo de otros latinoamericanos atraviesan mensualmente las vigiladísimas fronteras del sur de Estados Unidos. Sin duda, cada vez más –como expresa Javier Iguiñiz– [“la fuerza de trabajo está siendo transnacionalizada”](#) ¹⁸⁴.

La globalización financiera no hará otra cosa que legitimar y acelerar el proceso de globalización laboral. En mérito a la libertad de circulación de que gozan los capitales financieros de las grandes metrópolis del Norte, moralmente –por ahora– los hombres y mujeres del Sur tienen [el mismo derecho a circular por el mundo](#). ¿Por qué no? ¿Quién podrá seguir diciendo que no y hasta cuándo?

Porque, recuérdese, también está dicho que la globalización satelital de las comunicaciones agiganta cada vez más las expectativas de la fuerza laboral, es decir, exagera cada vez más sus exigencias. Con el cine, pero sobre todo con la televisión, [“la calidad de vida y el significado de la calidad de vida \(...\) se universalizan”](#) ¹⁸⁵. Ese mismo rol ayer lo jugaron los transistores. Si los capitales financieros, por derecho propio y porque así lo han decidido con plena autonomía, fluyen sin restricción, los [trabajadores del Sur](#), con el mismo derecho y con la misma autonomía, deben poder fluir también sin restricción. Esa posiblemente es ya la consigna implícita en las mentes de cientos de millones de hombres del Sur.

184 Iguiñiz, *Materiales para...*, p. 207.

185 Iguiñiz, *Materiales para...*, p. 208.

Pareciera que a los estrategas del Primer Mundo les hace falta recurrir precisamente a la perspectiva estratégica para entender este mundo en el que “todas las incertidumbres y dudas son posibles” –como ha dicho Arturo Uslar Pietri–¹⁸⁶. ¿Es acaso similar el contexto mundial de hoy en día al de hace 10 años? ¿Puede el mundo de hoy y sus circunstancias –parafraseando a Ortega y Gasset–, entenderse igual al mundo de hace una década? Ciertamente no. El mundo “sin Guerra Fría” es un mundo distinto. El [fantasma del comunismo](#) ya no puede argumentarse como se argüía hasta la última década del siglo pasado.

Para los líderes de Occidente resultó relativamente fácil descalificar cualquier exigencia de sus aliados –máxime si provenían de su “patio trasero”–, con el sambenito del comunismo. Virtualmente [toda exigencia a Occidente era neutralizada](#) o descalificada con la amenaza de ser declarada una “traición”. Occidente obligaba a sus aliados a cerrar filas y alinearse bajo su estrategia contra la amenaza comunista. Así, las proclamas de Occidente –tan cargadas de soberbia y cinismo¹⁸⁷–, sobre la victoria completa, decisiva y sin atenuantes sobre el comunismo, deberán pagar también un alto precio: ya no se puede reclamar el cierre de filas contra el enemigo; ya “no hay enemigo”. Van a tener que “inventarlo”. Y tal parece que –con criminal avasallamiento sobre Irak– han empezado a materializar la idea.

En el nuevo contexto, y entre otras, las discrepancias internas de Occidente –las contradicciones Norte–Sur, que se habían mantenido latentes y subalternas– asomarán cada vez con más fuerza, con más convicción. Como bien recuerda Eric Hobsbawn, “el capitalismo todavía genera contradicciones y problemas que no puede resolver”¹⁸⁸. Así, la de las migraciones Sur–Norte, que fue una de las contradicciones secundarias hasta hace una década, pasará a ser –antes o después– una de las contradicciones principales. Ciertamente no van a tener un desenlace militar. Tendrán un desenlace distinto. Tendrán –como señala descarnadamente Tomás Eloy Martínez–, el rostro “del darwinismo social de los más numerosos”¹⁸⁹. Serán una nueva –pero “pacífica”– versión del [Caballo de Troya](#).

Así, hacia fines del siglo XXI, Europa lucirá virtualmente asaltada por millones de africanos y asiáticos. Para la misma fecha, Norteamérica deberá haberse acostumbrado a compartir sus parques y sus calles con nuevos millones de africanos, asiáticos y sudamericanos. Japón y los “tigres del Asia”, que aunque por medios pacíficos –a través de la hegemonía tecnológica, la hegemonía comercial y la hegemonía financiera– siguen fiel y disciplinadamente la receta centralista de las metrópolis occidentales, constituyéndose en los principales faros de atracción del Lejano Oriente, deberán albergar en sus reducidísimos espacios a nuevos millones de chinos, vietnamitas, camboyanos, e incluso hindúes. Qué perfectamente encuadra ese panorama con la frase

186 Arturo Uslar Pietri, *Hemos entrado en otro mundo*. En “El Comercio”, Lima 9–6–1997, p.2.

187 De cinismo, porque se ha presentado una victoria eminentemente económica, como si sólo fuera una victoria ideológica. Sin ápice de duda el estatismo a ultranza es infinitamente inferior a la auténtica democracia, incluso a la liberal. El éxito ideológico de Occidente no está en discusión. Lo que aquí criticamos es que se ha ocultado al mundo una verdad tan grande como el Sol: la Unión Soviética –habida cuenta de sus monstruosos errores políticos y económicos–, fue obligada a desangrarse económicamente con un armamentismo descomunal, al forzarla a competir en gastos militares con Occidente, cuyas economías eran inmensamente más poderosas. Los torpes estrategas políticos soviéticos cayeron en la trampa. Y los “inteligentes” estrategas de Occidente –norteamericanos en particular– pretenden hoy ocultar la trampa.

188 Eric Hobsbawn, *Fuera de las cenizas*, en Blackburn, Robin, ed. **Después de la caída**, Edit. Crítica, Barcelona, 1993, pág. 338.

189 Tomás Eloy Martínez, *El naufragio del modelo*. En “El Comercio”, Lima, 6–6–1997, pág. 2. Martínez es Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Rutgers.

de Uslar Pietri: “La realidad política que ha surgido después de la Guerra Fría está muy lejos de poder alimentar ninguna visión optimista del futuro...”¹⁹⁰.

El Imperio Romano pagó muy caro la *factura* que en su momento giraron los pueblos “bárbaros” a los últimos césares. A su turno, Luis XVI pagó con su propia testa una pequeñísima parte de otra terrible *factura* –y otro pequeño saldito con la de María Antonieta–. Inglaterra, España, Alemania y Holanda, pudieron salvar el territorio y el pellejo porque sus colonias estaban harto distantes de ellas. Pero no pudieron sujetar un minuto más la “posta”. Y como Mesopotamia y Egipto, no volverán a conocer –quizá durante muy buen tiempo– de hegemonías absolutas. Mas **el grueso de la *factura* recién habrán de empezar a pagarla, en casa** –en el mismísimo territorio europeo–, a los inmigrantes de sus ex colonias, y a muchos más.

Ningún imperio en la historia de la humanidad ha podido escapar a esa ley. Europa y Norteamérica no serán una excepción. Ciertamente es que los tiempos no transcurren en vano. Así, en esta ocasión no habrá saqueos, no habrá exterminio, no habrá guillotinos. Ocurrirá sí: 1) que sus brillantes ciudades quedarán tan deslucidas como cualquiera de las más “feas” capitales actuales del Tercer Mundo. 2) que europeos y norteamericanos, en minoría numérica dentro de sus propios países, deberán **tragarse con sabor a hiel sus últimos arrestos de racismo**. Y, 3) que, por fin, deberán aprender a vivir exactamente de sus propios, menguados y deteriorados recursos, habida cuenta de que –a partir de algún momento de la historia venidera– no habrán más las transferencias de capital que hoy les llega desde el Tercer y Cuarto Mundos. ¿Llegará a conocerse ese increíble mundo, tan distinto del actual? ¿Ocurrirá esa “bárbara transición” hacia un mundo nuevo?

Los caminos del futuro

Bien harían los descreídos en recordar a Toffler cuando –aunque en otra dirección– dice: “La mayoría de las personas [...] dan por supuesto que el mundo que conocen durará indefinidamente. Les resulta difícil imaginar **una forma de vida verdaderamente diferente**”¹⁹¹. El propio Toffler, sin embargo, haría bien en imaginar ese mundo diferente que nosotros prevemos, y no precisamente porque estemos alimentados –como él dice– “por una continua dieta de malas noticias [ni por] apocalípticos relatos bíblicos”¹⁹². A Toffler le resulta muy difícil imaginar –para el futuro– al mundo de su Tercera Ola profundamente deteriorado –por lo menos en apariencia–, en relación con el actual.

También a los césares romanos les resultó inimaginable e imprevisible que a su mundo le sucediera otro que sería precisamente manejado por los “bárbaros” que ellos tanto despreciaban. Pero sucedió. Como ocurrió también una “bárbara transición” a la caída de los Luises. Sin duda los acontecimientos dramáticos y caóticos de la Revolución Francesa eran inimaginables en la mente del más imaginativo de los Luises, si es que hubo alguno.

Hoy, no obstante, la “bárbara transición” que nos espera es –con el auxilio de las ciencias sociales–, no sólo imaginable sino también previsible. Si las cosas que hoy

190 Uslar Pietri, *Hemos entrado...*

191 Toffler, *La tercera...*, p. 27.

192 Toffler, *La tercera...*, p. 27.

hacemos no cambian, es decir, si la relación Norte–Sur no cambia, la “bárbara transición” inexorablemente ocurrirá. Nos guste o no. Tan previsiblemente como la caída de una manzana si la soltamos de la mano. Debemos sí tener la convicción de que la que se aproxima, como las precedentes “bárbaras transiciones”, siendo que será una pesadilla, es un paso necesario e imprescindible en el ascenso hacia la globalización de la humanidad.

¿Qué diferencia hoy, por ejemplo a George W. Bush de Luis XIV? En verdad hay muchas diferencias (pero ninguno de ambos podría sentirse orgullosos de las mismas). Pero queremos referirnos a una en particular. Los Luises de la Francia anterior a la Revolución Francesa no contaban con información que les permitiera avizorar que sus gravísimos errores los conducían inexorablemente al fracaso. Otro tanto había ocurrido antes con los emperadores de Babilonia, con los faraones egipcios, con los césares romanos, e incluso con Carlos V y Enrique VIII. Bush, en cambio, y todos los líderes del poderosísimo Grupo de los Ocho –el famoso “G 8”–, cuentan con suficiente información de advertencia. ¿No quieren hacer caso? Ese ya es otro asunto. ¿Sus analistas estratégicos desechan la hipótesis? Ese también es otro asunto. Allá ellos. Lo cierto es que la situación de los líderes del “G 8” –hoy–, en comparación con la de los Luises –ayer–, puede ser representada como mostramos en el Gráfico N° 57 (en la página siguiente).

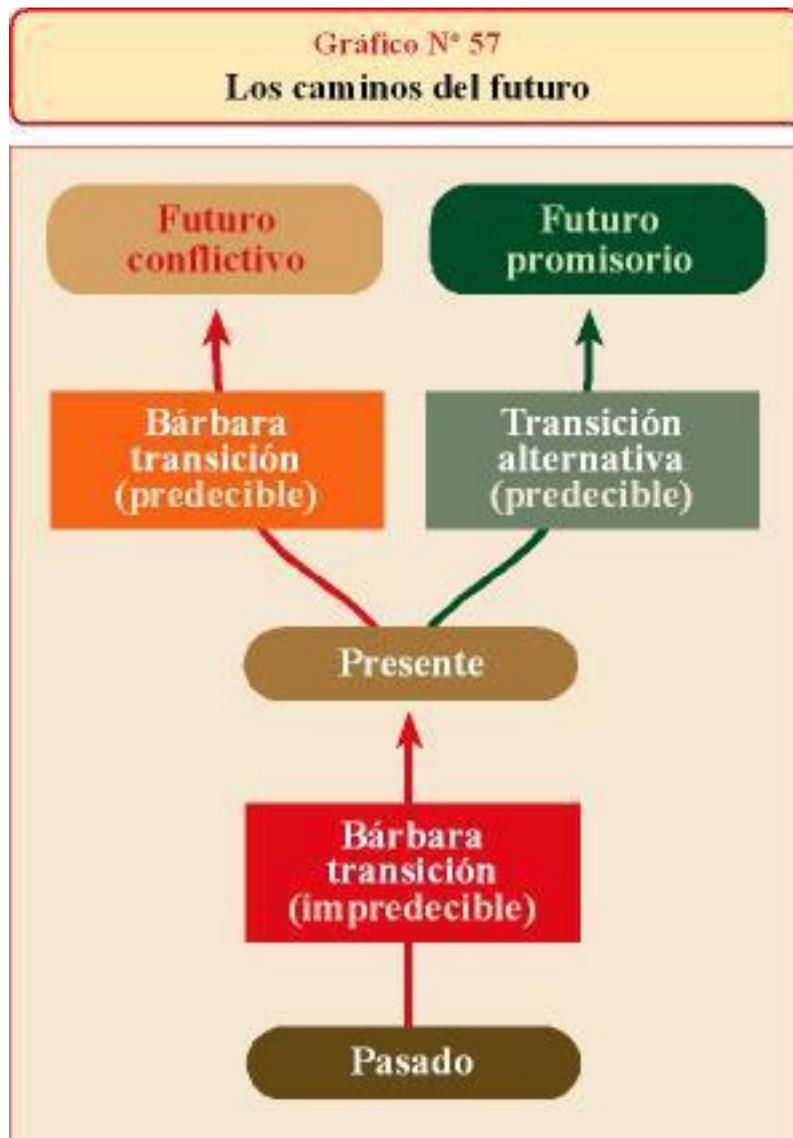
Es decir, mientras que para Luis XIV el futuro de mediano y largo plazo era realmente impredecible; hoy los líderes del “G 8”, no sólo tienen –en términos históricos– un futuro de mediano plazo predecible, sino que, mejor aún, están advertidos de que la transición puede tomar un camino de mucho menor costo, menos traumático.

Aquí, pues, no estamos dando “malas noticias” ni “apocalípticos relatos”. En todo caso, sí estamos mostrando que la historia –el pasado– es bastante más útil de lo que hasta ahora nos ha parecido. La historia es una valiosísima fuente de información. Nos muestra cuán similares son algunas circunstancias actuales con otras precedentes. Y cómo, a partir de la comparación, es harto previsible que los desenlaces que ayer se dieron vuelvan a repetirse, aunque, claro está, con sus matices diferenciales, pero sólo eso, matices.

Muy cercanos están nuestros pronósticos –en relación con la “bárbara transición que se avecina”– de los de aquellos que, como Christopher Houghton Budd, advierten: “Pronto dejaremos de considerar lejanos o temporales problemas tales como las hambrunas, el desempleo y la especulación –porque pronto serán problemas globales, y no sólo del Tercer Mundo...”¹⁹³.

Ése y no otro, pues, parece ser el escenario del final de la Novena Ola. Que también habrá de corresponder al inicio de la siguiente. Ése, queramos o no admitirlo, nos guste o no nos guste, será recién el inicio del tramo final del proceso de globalización de la humanidad. Las pregonadas globalización de las comunicaciones y la globalización financiera, siendo casi el comienzo, no son, pues, sino pálido reflejo de la meta superior del proceso que lenta pero inexorablemente se desarrolla.

193 Christopher Houghton Budd, *La nueva banca*. En “Artículos de Nueva Economía”, pág. 1. Versión mimeografiada.



Entretanto, la soberbia del Norte ataca de parálisis y de ceguera cada vez más a sus hombres, cuando como lamentable alternativa no optan por incurrir en más y más graves yerros. Para el ciudadano promedio de Estados Unidos y de Europa Occidental, porque así se lo han dicho reiteradamente sus mentes “más lúcidas”, el desarrollo del Norte era el resultado inexorable y **premio justo a su propio y meritorio esfuerzo**. Nunca se les dijo que, además de ésa, había otras variables en juego. En ese contexto, y siempre desde la perspectiva del Norte, pero con más desfachatez desde el siglo pasado, el subdesarrollo del Sur era también, correpondientemente, el inexorable resultado y proporcional **castigo a nuestros propios errores**, cuando no también al hecho de que los nuestros son pueblos “inferiores”. “Mala suerte, pues”, se nos ha dicho con sorna y displicencia una y mil veces.

Mas esas mismas “lúcidas mentes” no han sido capaces de explicarles a los hombres del Norte **tres verdades absolutamente simples** de entender por cualquier ser humano: 1) Norte y Sur no son compartimentos estancos, hay, por el contrario, una histórica e intensa y constante relación entre uno y otro espacio; 2) toda acción, del género que sea, en la física, en la química o en la sociedad humana, genera una reacción

de la misma intensidad pero en sentido contrario, y; 3) el Norte ha tenido y tiene una gravísima responsabilidad en lo que hoy viene ocurriendo en el Sur.

Pues bien, en mérito a ello, cientos de millones de hombres del Sur migran hacia ese otro espacio con el cual hay relación, el Norte. Ésa es la reacción. “Mala suerte, pues”, ¿debería ser entonces también nuestra estúpida conclusión? Y, apuntando a confirmar la validez del tercer aserto, las migraciones del Sur no son erráticas. En su inmensa mayoría las [migraciones se orientan a las sedes de las metrópolis que históricamente han hegemonizado](#) en cada uno de los rincones del Sur. Así, los latinoamericanos migran mayoritariamente a Estados Unidos y España, por ejemplo. Hay pues un gran dinamismo y una mayor racionalidad en las relaciones Norte–Sur de lo que hasta ahora han sido capaces de explicar –o de hidalga y explícitamente admitir– las más lúcidas mentes del Norte.

Pero hay otro aspecto de esa realidad que, aunque algo más abstracto, es muy importante que también lo perciban los hombres del Norte. En efecto, cuando una relación es armoniosa, simétrica y constructiva, ambos extremos de la misma se benefician y crecen. Pero cuando es perversa, cuando es [inarmónica, asimétrica y destructiva](#) –porque basta que uno de los extremos se vaya destruyendo para que lo sea–, como en el caso de la relación histórica Norte–Sur, genera y desarrolla entonces su propia destrucción, esto es, la destrucción de esa perversa relación. Ésa –como ya se vio bastante atrás–, es una ley inexorable de la vida, y por consiguiente también de la historia humana.

Así, para que ese absurdo no ocurra, instintivamente la vida, la sociedad humana en este caso, más allá de la voluntad individual de los hombres mismos, opta por algo más sano, por algo menos destructivo: romper esa relación perversa, asegurando la pervivencia de las partes, para luego trabarlas en una relación nueva y distinta. En otros términos, si la relación perversa conduce a la muerte, [sólo su ruptura garantiza la vida](#).

Actualmente, como nunca antes en la vida de la humanidad, en el contexto de la globalización de las comunicaciones se vienen difundiendo masivamente documentales maravillosos sobre la vida animal. Hay canales de cable que sólo transmiten eso y nada más que eso. Cuán extraordinario resulta pues observar la relación y el equilibrio entre los predadores y sus víctimas. Los herbívoros no depredan todas las hierbas porque morirían de inanición, y, a su turno, y por la misma razón, los carnívoros tampoco depredan a todos los herbívoros. Y cada especie se reproduce exactamente en la proporción en que lo necesita para asegurar su pervivencia sobre el planeta y sin romper el equilibrio con el resto de las especies. Dejemos volar un instante la imaginación y asumamos que tras una serie de accidentes desaparecen todas las [polaridades víctimas–depredadores](#) hasta quedar una y nada más que una: antílopes y chitas. Si ello ocurriera, las propias leyes conocidas de la naturaleza nos advierten el desenlace. Éste no sería precisamente la muerte ulterior de ambas especies. No, la vida se aferra a la vida. Así, contra lo que podríamos imaginar en principio, los antílopes se transformarían en carnívoros, víctimas pero también predadores de sus predadores. Sería pues, sin alternativa, y desgraciadamente, un equilibrio endiablado y hostil, pero que aseguraría, aunque de manera precaria e inestable, la subsistencia de la vida animal.

Bien podemos decir, pues, que, a propósito de esta analogía, la sociedad humana prácticamente se ha conducido hasta esos extremos. Al cabo de mil y una progresivas

eliminaciones, si hasta ayer quedaban dos polaridades, Este–Oeste y Norte–Sur, hoy sólo queda una. En ese contexto, ahora cual antílopes carnívoros, a los hombres del Sur sólo les queda una solución para salvar la propia vida: [invadir el territorio de sus predadores](#). Ahí pues, en el Norte, entre los hombres del Norte y los hombres del Sur que viven en el Norte, habrán de diseñarse las modalidades de la nueva y distinta relación, armoniosa, simétrica y constructiva que gobierne la interacción entre los hombres de ambos grandes espacios del globo.

¿Dejaremos que sea un equilibrio endiablado y hostil, precario e inestable? Cuan precisas resultan aquí las palabras que, en medio del tronar de los cañones, durante la Primera Guerra Mundial, escribió en 1915 Teilhard de Chardin: “nos impacientamos de [estar en camino hacia algo nuevo, desconocido](#)... Esta es, sin embargo, la ley de todo progreso que necesita pasar por lo inestable, y que puede significar un período muy largo...”¹⁹⁴. ¿Es ese realmente el único camino en el proceso ascendente de globalización de la humanidad?

¿Es inevitable el colapso de los actuales países desarrollados y el descalabro de sus ciudades? No necesariamente. Debe quedar absolutamente claro que hay una alternativa constructiva. Debe quedar meridianamente claro que [hay una forma más razonable, justa y humana](#) de que quienes son los más grandes responsables del subdesarrollo de los pueblos asuman resueltamente y con sensatez su responsabilidad. ¿Cómo? Pues cambiando el rumbo de los acontecimientos. No se trata de girar hacia la derecha ni hacia la izquierda. Se trata, más bien, en adelante, de dejar de marchar hacia el pozo, y lanzar al mundo hacia “arriba”, hacia un estadio superior: en pro de la conciente globalización de la humanidad. ¿Pero cómo hacerlo?

Sólo bastan cuatro palabras para cumplir “la receta”: [Condonar deuda e invertir](#). No se necesita ninguna otra. Así de simple. Así de fácil.

Condonar deuda e invertir

África, Asia y América –Central y Meridional– tienen legítimo derecho a hacer, todos ellos, nuestros mismos cálculos. Comparadas con las cifras que habrán de resultar, las actuales deudas externas del Tercer Mundo son insignificantes. Son irrisorias. Hay, pues, justificación histórica absoluta para la total y definitiva condonación mundial de la deuda externa de todos nuestros países subdesarrollados. Pero muy especialmente, y en primer lugar, la de aquellos que, como [Perú y Bolivia](#), en América; y la de los [países de África](#) que fueron interminable cantera de esclavos; han solventado durante siglos gran parte del desarrollo del Norte. Pero dadas las proporciones de las cifras en juego, tal condonación no pasaría de ser, a la postre, sino el arras del contrato, la simbólica cifra que se depositaría en señal de buena fe.

Esta exigencia de condonación histórica tiene tantas o más justificaciones lógicas y morales que las que han esgrimido los países, en especial los países desarrollados, para cobrar compulsiva e implacablemente “reparaciones de guerra”. No obstante, el grueso del pago de la deuda histórica tendría que empezar a pagarse inmediatamente después: con [inversión en el Tercer Mundo](#). Pero no con tramposos cuentagotas, sino en las enormes sumas que demandan los países subdesarrollados para dar trabajo a sus gentes y evitar así que miren –y migren– al Norte como su única tabla de salvación.

194 Pierre Teilhard de Chardin, *Génesis de un pensamiento*, Taurus, Madrid, 1966, p. 69. Las cursivas están en el original.

Hoy las transnacionales de los países del Norte, después de acuciosos estudios, aplican el famoso “riesgo-país” cada vez que tienen que decidir si invierten o no en un determinado país. Si no se produce el salto hacia arriba que preconizamos, mañana los pueblos del Tercer Mundo analizarán, también detenidamente, el “riesgo-saturación” cada vez que quieran decidir a qué ciudad del Norte quieren migrar. Aquellas que estén completamente saturadas no serán, pues, ningún atractivo. El atractivo irá pasando de las grandes metrópolis a las ciudades medianas y de éstas a los poblados más pequeños.

O soportar la invasión

Es suficiente que en los próximos dos siglos migren del Tercer al Primer Mundo dos mil millones de personas, para que no haya pueblo de Europa, Japón o de los Estados Unidos en que los migrantes pasen a ser la mayoría poblacional decisoria de los asuntos políticos y económicos. El panorama europeo actual, en el que cientos y miles de jóvenes europeos se ven desplazados por “mano de obra barata” proveniente del este europeo y del norte de África, es un **pálido –muy pálido– reflejo de lo que acontecerá en las próximas décadas**, si no somos capaces de revertir la actual y perversa relación Norte–Sur. ¿Se quiere llegar a esa extrema situación? ¡Vamos entonces a ella! Pero, responsablemente –como corresponde a la mejor tradición cívica del Occidente desarrollado–, es decir, ateniéndose cada cual a las consecuencias.

La única manera sensata de evitar ese extremo –porque alternativamente el exterminio no tendría nada de sensato–, es, pues, **lanzarse a la descentralización del mundo**, del globo. Esto es, dejar de concentrar las grandes inversiones en los países del Norte y hacerlas en adelante, masiva y prioritariamente, en los países del Sur, en los países del Tercer y del Cuarto Mundos.

Y conste que las exigencias de inversión son gigantescas. Un reciente informe del Banco Interamericano de Desarrollo –BID– sostiene que “las economías de América Latina requieren inversiones de 65 000 millones de dólares al año en infraestructura, para que crezcan a tasas de no menos de 5% anual”¹⁹⁵. China, por su parte, proponiéndose crecer a una tasa de 8% anual, ha decidido invertir un promedio de **250 000 millones de dólares en cada uno de los tres próximos años**. Esto es, en términos relativos a las respectivas poblaciones de cada uno de ambos grandes territorios del planeta, China se ha propuesto un esfuerzo 55% mayor que el que los técnicos de BID proponen para América Latina. Y es que el reto de crecimiento que la tecnocracia internacional asigna a América Latina “es el mínimo requerido para alcanzar una reducción significativa de la pobreza en el continente, donde un 50% de la población no disfruta plenamente de los servicios públicos esenciales”.

Están absolutamente equivocados los tecnócratas internacionales si creen que, en las próximas décadas, en el contexto de la cada vez más agresiva globalización de las comunicaciones, los habitantes de América Latina, África y Asia van a resignarse a superar la pobreza y van a contentarse con tener los servicios públicos esenciales. Ése no es el reto. El reto para este siglo es que el **promedio de ingresos de los pueblos subdesarrollados, todos, se multiplique cinco, diez y veinte veces**. Y que el nivel de su desarrollo infraestructural, por lo menos en carreteras, escuelas y hospitales se asemeje al que hoy tiene el promedio de los países de Europa. ¡Hagan esos cálculos! Menuda

195 Reuter, cable, *Inversión de US\$ 65 mil millones al año requiere América Latina en infraestructura*, en “El Comercio”, Lima, 13–3–98, p. E10.

sorpreza habrán de llevarse cuando constaten que sus actuales cifras son ridículas frente a las exigencias que mañana, de manera radical, firme e incluso agresiva habrán de hacer los pueblos subdesarrollados del mundo.

Así como los países subdesarrollados tienen áreas desarrolladas dentro de su territorio, así el mundo, que tiene también áreas magníficamente desarrolladas, es, en su conjunto, un territorio penosamente subdesarrollado. El secreto, pues, es la [descentralización del planeta](#). Y, la única forma conocida de lograrlo, es que las inversiones masivamente empiecen a concretarse en el Sur. No hay otra alternativa.

Entre tanto, detengámonos un instante a contestar una pregunta que sin duda asaltará a más de uno: ¿por qué los hijos de hoy –en el Norte– tienen que pagar la *factura* de lo que ayer cometieron sus padres? Pues por dos razones. En primer lugar, porque los hijos de hoy son quienes están usufructuando el bienestar que les proporciona el resultado de las acciones que hicieron sus padres. Y, en segundo lugar, porque el crimen fue “cometido” por sus países, por sus pueblos, por sus naciones, de modo que tienen que pagarlo esos mismos países, esos mismos pueblos, esas mismas naciones. Y si esta razón no se quiere admitir, una vez más se estaría tirando piedras al tejado de vidrio. ¿Quién podría evitar, entonces, que nuestros pueblos –con el mismo derecho– reivindicquen, por ejemplo, que la [deuda externa actual no la debemos pagar nosotros, porque no la hemos contraído nosotros](#), sino que fue contraída por nuestros padres? Y ya no están vivos para pagarla. Y conste que, como se sabe, la deuda externa actual de nuestros países no es poca cosa. A pesar de los pagos masivos que hemos venido efectuando –837 000 millones de dólares sólo en el período 1982–87–, la deuda a 1997 había “crecido hasta situarse en más de 1,4 millones de millones de dólares” ¹⁹⁶.

Michel Camdessus, el conocido y reputadísimo ex Director Gerente del Fondo Monetario Internacional –FMI–, hizo una “invocación” para que América Latina dé inicio a “una [segunda generación de reformas](#) económicas que prioricen el crecimiento social equitativo” ¹⁹⁷. ¿Independientemente de que haya o no descentralización –tanto en los países subdesarrollados como en el conjunto del planeta–, señor Camdessus?

Pero lo más grave de las ideas que se esconden tras la frase del reputado economista francés –que tan importante cargo ha ostentado a nivel mundial–, es que se insinúa –entre líneas, como en otros casos que hemos citado antes– que nadie debe volver la mirada hacia atrás; el pasado ya no importaría; aquí nadie sería responsable de nada; y, lo que es tanto más polémico, [América Latina debe entenderse sola](#) –bastaría, parece decirnos Camdessus, con que emprenda reformas económicas–, sin importar si el Primer Mundo, y Estados Unidos en particular, invierten poco a mucho en estos lares. ¿Será conciente Camdessus de que, bajo ese esquema, ni América Latina ni el resto del mundo subdesarrollado saldrán de la profunda sima en que se encuentran; ni Estados Unidos y Europa podrían evitar que, en tales circunstancias, se les cobre la factura histórica con una marejada humana latina, asiática y africana, cada vez menos tolerante y cada vez más violenta, y con todo lo que tras ella sobrevendría?

A nuestro juicio, es imperativo reiterarlo, la descentralización del planeta no es uno de entre muchos de los cambios que se necesita concretar. La descentralización del

196 Pigrau, *Las políticas...*, pág. 14. El autor habla de “1,4 billones” de dólares, que representa lo mismo que hemos expresado. Mas como se está generalizando el error de considerar que un “billón” representa mil millones de dólares, podríamos, cayendo en la confusión, reducir la magnitud de la cifra a la milésima parte de lo que realmente es.

197 Indacochea, *El crecimiento...*

planeta, pasando por la reorientación de las grandes inversiones –del Norte hacia el Sur–, y la condonación total de la deuda externa, son las tres más grandes e importantes condiciones, necesarias e insustituibles, para que se pueda concretar, en el largo plazo, el desarrollo del Tercer y Cuarto Mundos y, en consecuencia, un [sano y constructivo equilibrio planetario](#).

En el globo, lenta pero de manera inexorable, felizmente se va alcanzando esta comprensión. Hasta ayer, sólo unos pocos intelectuales hacían mención a la singularísima [importancia de la descentralización](#) en el desarrollo de los pueblos. Hoy en cambio es ya un lugar común.

La suerte, pues, está echada. Para salvar su propio pellejo –y por encima de las cabezas de Camdessus, de Bush, de los “chicago boys”, y de cuanto émulo han dejado Margaret Thatcher y Friedrich von Hayek–, el Primer Mundo tendrá que alentar decididamente la descentralización e [invertir ingentes recursos en el Tercer Mundo, y sin pedir nada a cambio](#).

Mal que les pese, esa sería la oportunidad de que los países del Norte, por primera vez en la historia, pasen a actuar, no sólo en función de sus propios y legítimos intereses, sino además también –y si se quiere de carambola– en función de los intereses del resto de la humanidad. Esto es, y en definitiva, por fin en función de los [intereses planetarios](#).

Digámoslo sin ambages, invertir masivamente en el Tercer y Cuarto Mundo va a significar al Primer Mundo pagar un [costoso pero buen e inteligente seguro](#) de bienestar, pero también de vida. Ésa y no otra va a ser la forma de evitar que el Norte siga siendo “pacífica” pero inexorablemente invadido por el Sur. En palabras de Federico Mayor Zaragoza –ex Secretario General de la UNESCO–, de no producirse cambios drásticos, la actual situación mundial “desembocará en grandes conflagraciones, y en emigraciones masivas, y en ocupación de espacios por la fuerza”¹⁹⁸.

En síntesis, invertir masivamente en el Sur será también en beneficio directo del propio Norte. Tal y como, de manera a nuestro juicio célebre, editorializó a mediados de mayo de 1997 el *New York Times*, el diario más importante de los Estados Unidos: “los Estados Unidos deberían inquietarse un poco más por la creciente pobreza de América Latina, [no por razones humanitarias sino prácticas](#)”¹⁹⁹. Pero no por razones tan miopes como la de asegurar el crecimiento de uno de sus más importantes mercados de manufacturas. Sino, en verdad, para asegurar la propia estabilidad político, económica y social del propio gran país del norte. Desde todos los rincones del planeta mentes lúcidas vienen ya reclamando en el mismo sentido. En el Perú, por ejemplo, un prestigiado jurista como Diego García Sayán ha sostenido: “Desde los países desarrollados se debe generar una política de solidaridad *incluso en su propio interés*, si se quiere frenar las migraciones masivas que pueden tornarse en conflictos inmanejables en las próximas décadas”²⁰⁰.

198 Federico Mayor Zaragoza, *Volverán a llamar a la puerta para que nuestros hijos vayan a la guerra*, Entrevista, versión facsimilar, 29-6-1997, p. 2.

199 En Eloy Martínez, artículo citado.

200 Diego García Sayán, *Intolerancia*, en “El Comercio”, Lima, 7-9-1997, p. A2. La cursiva es nuestra.

Mas la preocupación sacude también a la propia Europa. El primer ministro italiano, Romano Prodi declaró: “Está claro que nosotros necesitamos establecer una política común Europea (ante la migración) porque *es un fenómeno a escala tan grande* que los países individuales no pueden enfrentarlo con efectividad por sí solos”. Y más adelante el mismo cable agregó: “varios países europeos expresaron su gran preocupación de que el *incontrolado flujo migratorio* se convierta en una situación que *afecte todo el continente*”²⁰¹. La mayor parte de los diarios del mundo y la inmensa mayoría de los políticos aún se dan el lujo de disimular la verdad, cuando no de encubrirla del todo. Así, mientras que para Prodi la migración masiva hacia Europa ya es un problema; otros *temen que se convierta* en un problema.

Sólo si se produjera el gran cambio, estaríamos iniciando entonces el decidido y pacífico comienzo de la genuina globalización, que no será otra cosa que una nueva etapa en la historia de los pueblos. Parafraseando a Christopher Hill diremos que los habitantes del Tercer Mundo estamos absolutamente seguros de que *la historia no se ha acabado*²⁰². ¡Manos a la obra, entonces! ¿Pero, habrá suficiente lucidez para emprenderla? Sinceramente lo dudamos..., a pesar de que la advertencia es tan clara. Tan meridianamente transparente. Y lo dudamos porque, como recuerda Eloy Martínez, “...las gargantas de los ricos [y de las grandes empresas transnacionales] siempre tienen sed: son insaciables”²⁰³, tal y como fueron suicidamente insaciables los apetitos de la Roma imperial y de la España imperial. Esa insaciable sed obnubila hasta las mentes de los más perspicaces analistas, y les impide ver que, en efecto, nos precipitamos todos a un abismo oscuro y profundo: la bárbara transición hacia la siguiente ola.

Lo cierto y lamentable es que, a todos estos respectos, la historiografía tradicional tiene una gravísima responsabilidad. Porque mientras los textos los llenamos de datos objetivamente irrelevantes, *la historia y la Historia* servirán de poco y a muy pocos. Pero ¿y qué de los aciertos que se dieron antes en la historia de la humanidad, para imitarlos y recrearlos; y qué de los gravísimos errores que se cometieron, para procurar no incurrir nuevamente en ellos? Nada, ni una palabra. ¿Y qué de los grandes responsables de algunas previsibles catástrofes, para juzgárseles como corresponde? Menos aún, porque más bien han sido endiosados. ¿Y qué de los grandes malhechores que desde el poder se apropiaron de fortunas incalculables? Menos todavía, porque han sido debidamente colocados en el Altar de los Héroes y descansan en paz en los Panteones de los Próceres.

¿Cómo, pues, una Historia así, atestada de datos generalmente frívolos e inútiles, de deformaciones y de silencios cómplices, puede servir para otra cosa que no sea asegurar que el hombre siga siendo el único animal que se tropieza dos y muchas más veces en la misma piedra? ¿Cómo, por ejemplo, no habrían de repetirse las nefastas relaciones imperiales, si los textos de historia hablan de todo menos de ellas? Y cuando lo hacen, *contrariamente a lo ocurrido, son presentadas como valiosísimas*. ¿No están llenas las páginas de Historia de elogios al Imperio Romano, al Imperio Inka o al de Carlos V, y ahora al que dirige Bush?

201 Reuter, cable despachado desde Roma, *Primer ministro italiano pide a Europa cooperar con los inmigrantes*, en “El Comercio”, Lima, 5-1-98, p. B6. La cursiva es nuestra.

202 En Josep Fontana, *La Historia...*, pág. 8.

203 Eloy Martínez, artículo citado.

Con palabras de Viviane Forrester, la “[educación perversa](#)”²⁰⁴ es esa que incluye esa versión de la historia con que se envenena y aliena las mentes de los estudiantes del Sur. No obstante, la misma “educación perversa” es ofrecida también a los estudiantes del Norte. También a ellos se les presenta los imperios en un rostro maquilladamente bueno, con un rostro teatralmente limpio.

La frívola, alienante y desorientadora “[historia perversa](#)”, impide a los estudiantes del Sur percatarse de las verdaderas razones del atraso de sus pueblos, y, envenenándolos, les mina las posibilidades de luchar en beneficio de su propio progreso. Y, a los estudiantes del Norte de hoy, los enceguece convenciéndolos de las “bondades” de un sistema político–económico que, como a los jóvenes romanos de antaño, habrá de terminar reventándoles en la cara.

Lima, marzo del 2003

204 Forrester, *El horror...*, p. 86.

GRÁFICOS

- 1 América: Ingresos per capita (US \$)
- 2 Los centros de las primeras civilizaciones de Occidente
- 3 ¿Por qué no se dio una secuencia como ésta?
- 4 Secuencia histórica de los grandes centros de civilización
- 5 Secuencia histórica de las Grandes Olas de civilización
- 6 Posibles centros de la Décima Ola
- 7 Mesopotamia y sus vecinos
- 8 La primera diáspora de la humanidad
- 9 Chavín – Egipto
- 10 Creta: la Tercera Ola
- 11 Evolución de la experiencia y la riqueza en el tiempo
- 12 Cultura y experiencia: incrementos crecientes en el tiempo
- 13 Cultura y experiencia: detalles relevantes
- 14 Las potencias frente a la Independencia de América
- 15 Aliados y enemigos
- 16 ¿Catástrofe en el Pacífico en torno al siglo X?
- 17 Proclividad imperial al gasto improductivo
- 18 El Imperio Romano
- 19 Expansión imperial que habría demostrado presencia de voluntad humana
- 20 Pueblos que escaparon de las garras del imperio
- 21 Clima y territorios en disputa
- 22 Los pueblos “bárbaros” y el Imperio Romano
- 23 *Fenicios, cartagineses, griegos y cantábricos* en la península Ibérica
- 24 *Avaros, alanos y vándalos* en el Imperio Romano
- 25 *Ostrogodos y visigodos* en el Imperio Romano
- 26 Los pueblos “desterrados” y los pueblos “bárbaros”
- 27 Ostro–godos / Visi–godos
- 28 Izquierda / Derecha – Cis / Trans
- 29 Alemania / Austria
- 30 *Ostrogodos y visigodos* en el Imperio Romano
- 31 El increíble periplo de los *hunos*
- 32 *Ostrogodos, visigodos y hunos* durante el Imperio Romano
- 33 Budapest – Bucarest
- 34 El escenario en torno a los Campos Cataláunicos
- 35 Atila en los Campos Cataláunicos
- 36 El desenlace de los Campos Cataláunicos
- 37 Hipotética reedición de los grandes centros de civilización
- 38 Conquistas romanas en el siglo I aC
- 39 Los vecinos de la Roma Imperial
- 40 Rusia – China – India
- 41 El proceso de las grandes olas
- 42 La secuencia de las grandes olas
- 43 Grecia y el Imperio *persa* Aqueménida
- 44 El Imperio Romano y el Imperio *persa* Sasánida
- 45 La producción andina de plata y su ruta de producción–exportación
- 46 El centro y la periferia: el caso de la Sétima Ola
- 47 Mayor / Menos inversión vs. Des–inversión

- 48 El centro y la periferia: transferencia de riquezas
- 49 EEUU: las 13 primeras colonias y su territorio actual
- 50 Dominaciones sucesivas: el dramático caso de los pueblos del Perú
- 51 Uso y destino de la riqueza generada
- 52 Síntesis del centralismo peruano
- 53 Concentración poblacional: Perú vs. 4 países de África
- 54 Centralismo y subdesarrollo peruano
- 55 Heterogeneidad vs. homogeneidad etno–lingüística
- 56 La Décima Ola de la historia
- 57 Los caminos del futuro

Bibliografía citada

- ALFARO, Andrés; Plácido Díaz y otros
Historia Universal 1, Escuela Nueva, Lima, s/f.
- ALTAMIRA, Rafael
Historia de la civilización española, Edit. Crítica, Barcelona, 1988.
- ASIMOV, Isaac
Los griegos, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- BAECHLER, Jean
Breviario de la Democracia, Ediciones Unesco, París, 1996.
- BARRACLOUGH, Geoffrey y otros
Atlas de la Historia Universal, The Times, “El Comercio”, Lima, 1996.
- BETSILL, Michele
Información sobre Enos y la Seguridad Alimenticia en Sur Africa: Las Sequías de 1991–92, Environmental and Societal Impacts Group, National Center for Atmospheric Research, Boulder, Colorado, USA, Internet.
- BUNGE, Mario
Intuición y razón, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1996.
- CAGLIANI, Martín,
Los hunos, Internet, <http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/loshunos.htm>
- CARRILLO, Francisco
Cronistas del Perú antiguo, Edit. Horizonte, Lima, 1989.
- CASTRO, Américo
Sobre el nombre y el quién de los españoles, SARPE, Madrid, 1985.
- CAYO JULIO CÉSAR
Los comentarios de la guerra de las Galias y de la guerra civil, SARPE, Madrid, 1985.
- CHAUNU, Pierre
La expansión europea (siglos XIII al XV), Ed. Labor, Barcelona, 1977.
- DE CÚNEO y otros, Michel
Cronistas de Indias, antología, El Áncora Editores, Bogotá, 1982.
- DEL BUSTO D., José Antonio
La conquista del Perú, Edit. Librería Studium, 3ª edic., Lima, 1984.
- ENGEL, Frederic André
España del Oriente hacia el Occidente, Ed. El Virrey, Lima, 1987.

- ESTEFANÍA, Joaquín
La Nueva Economía, la Globalización, Edit. Debate S.A., Madrid, 1996.
- FATÁS, G.
Historia Antigua, Universidad de Zaragoza, Internet,
<http://fyl.unizar.es/HAnt/Roma/hunos.html>
- FERNÁNDEZ Uriel, Pilar y Ana María Vásquez Hoys
Diccionario del mundo antiguo, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- FLEINER, Thomas
Diversidad Social y Federalismo, El desafío de la diversidad. En *El Federalismo*,
Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001.
- FLÓREZ DÁVILA, Gloria Cristina
La Europa feudal: sociedades en expansión (1000–1270). En Calderón y otros,
Sociedad y cambio, Univ. de Lima, Lima, 2000.
- FONTANA, Josep
La historia después del fin de la historia, Edit. Crítica, Barcelona, 1992.
- FORRESTER, Viviane
El horror económico, FCE, Buenos Aires, 3ª reimpresión, 1997.
- GALEANO, Eduardo
Las venas abiertas de América Latina, Siglo XXI, Bogotá, 1970
- GRIMBERG, Carl
Historia Universal, Edit. Gente, Lima, 1967.
- HAMPATÉ BA, Amadou
El patrimonio cultural al servicio del desarrollo, en “Nuestra diversidad
creativa”, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, UNESCO,
Madrid, 1997.
- HEMMING, John
La conquista de los incas, FCE, México, 1982.
- HERODOTO
Los nueve libros de la historia, antología de Natalia Palomar Pérez, Edit. Oveja
negra, Bogotá, 1983.
- HOBBSBAWN, Eric
Fuera de las cenizas, En Blackburn, Robin, ed. **Después de la caída**, Edit.
Crítica, Barcelona, 1993.
- IGUIÑIZ, Javier
Materiales para un proyecto económico, Edit. Tarea, Lima, 1986.

KLAUER, Alfonso

Los abismos del cóndor; DISELPESA–IMPROFFSET, Lima, 1989.

Tahuantinsuyo, el cóndor herido de muerte, CONCYTEC, Lima, 1990.

El mundo pre–inka: los abismos del cóndor, Nuevahistoria, Lima, 2000, Internet, www.nuevahistoria.com

Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte, Nuevahistoria, Lima, 2000, Internet, www.nuevahistoria.com

Descubrimiento y Conquista: en las garras del imperio, 2 tomos, Nuevahistoria, Lima, 2000, Internet, www.nuevahistoria.com

El Niño – La Niña: el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, un reto para la ciencia y la historia, Nuevahistoria, Lima, 2000, Internet, www.nuevahistoria.com

LAKSHMAN, Gamini

Nuevas orientaciones: perspectiva del sur de Asia. En “El Federalismo”, Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001.

LAVIANA CUETOS, María Luisa

La América española, 1492–1898, De las Indias a nuestra América, Colección Historia de España (T. 14), Ed. Temas de Hoy SA, Madrid, 1996.

LINARES MÁLAGA, Eloy

Pre–Historia de Arequipa, T. II, CONCYTEC–UNSA, Arequipa, 1993.

LÓPEZ, Robert

El nacimiento de Europa, Ed. Labor, Barcelona, 1965.

LUMBRERAS, Luis

Los orígenes de la civilización en el Perú, Ed. Milla Batres, 6ª ed., Lima, 1983.

MARTÍ, José

San Martín, Bolívar, Washington, Ariel, Guayaquil, 1973.

MENDOZA, Plinio Apuleyo; Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa,

Manual del perfecto idiota latinoamericano, Plaza & Janes, Barcelona, 1996.

MITRA, Subatra

La lengua y el federalismo: el reto multi–étnico. En “El Federalismo”, Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001.

NUGENT, Guillermo

El poder delgado, F. Ebert, Lima, 1996.

PEASE G.Y., Franklin

Los incas, Fondo Edit. Univ. Católica, Lima, 1991.

PEREÑA, Luciano; Alfonso Cuadrón y otros

Descubrimiento y conquista, ¿genocidio?, Univ. Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1990.

- POPPER, Karl
Búsqueda sin término, Tecnos, 3ª edic., Madrid, 1994.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio
Orígenes de la Nación Española, El reino de Asturias, SARPE, Madrid, 1985.
- SOYINKA, Wole
El Federalismo y la repartición del Poder, Centralismo y alienación. En “El Federalismo”, Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001.
- TARRÉS, Antoni Simón
La Monarquía de los Reyes Católicos, Hacia un Estado hispánico Plural, Colección Historia de España, Tomo 13, Edit. Temas de Hoy SA, Madrid, 1996.
- TEILHARD DE CHARDIN, Pierre
Génesis de un pensamiento, Taurus, Madrid, 1966.
- TOFFLER, Alvin
La Tercera Ola, edición facsimilar, Lima, 2000.
- TOYNBEE, Arnold
Estudio de la historia, Compendio de D.C. Somerwell, Alianza Editorial, Madrid, 5ª edic., 1981, Tomo II.
- VALCÁRCEL, Luis E.
Historia del Perú antiguo, a través de la fuente escrita, Ed. Mejía Baca, 5ª ed., Madrid, 1985.
- VALDIVIA CARRASCO, Julio
El imperio esclavista de los inkas, CONCYTEC, Lima, 1988.
- VINCES VIVES, J.
Historia económica de España, En José Bonilla Amado, **Perú colonial**, Edic. Kuntur, Lima, 1989.
- WATTS, Ronald
Modelos de reparto federal de poderes. En “El Federalismo”, Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 167, marzo, 2001.
- YEPES, Ernesto
Perú Ecuador 1941 – 1942, Tres días de guerra, ciento ochenta de negociaciones, Univ. Agraria – Univ. del Pacífico, Lima, 1998.

Artículos y otras fuentes citadas

- ALTAMIRANO, Teófilo
En “Vivir Bien”, N° 14, Lima, 1997.

- BORON, Atilio A.
La estructura de la dominación mundial: de Bretton Woods al Acuerdo Multilateral de Inversiones, Internet.
- BUDD, Christopher Houghton
La nueva banca. En “Artículos de Nueva Economía”, versión mimeografiada.
- DISCOVERY CHANNEL
Arqueología, 1997.
- EDITORIAL AMÉRICA
12 000 Minibiografías, Edit. América, Panamá, 1984.
- FRIEDMAN, Milton
Drogas: ¿una guerra injusta?, en “El Comercio”, Lima, 12-2-98.
- GALLUP
Encuesta, en “Perú.21”, Lima, 1-4-03.
- GARCÍA PELAYO Y GROSS, Ramón
Pequeño Larousse Ilustrado, Edic. Larousse, Buenos Aires, 1986.
- GARCÍA SAYÁN, Diego
Intolerancia, en “El Comercio”, Lima, 7-9-1997.
- GIACOSA, Guillermo
La actualidad reclama un repaso de la historia, “Perú.21”, Lima, 7-4-03.
- INDACOCHEA, Alejandro
El crecimiento solo no es suficiente. En “El Comercio”, Lima, 9-6-1997.
- INTERNET
Diccionarios, www.diccionarios.com
homepage.powerup.com.au/~ancient/abus.htm
<http://icieela.unsaac.edu.pe> <http://members.tripod.com/~superJ/index-8.html>
vereda.saber.ula.ve/mirabilia/laberin.htm
www.antropos.galeon.com/html/piramides.htm
www.artehistoria.com/historia/contextos/224.htm
www.cyberspain.com/passion/sanloren.htm
www.culturageneral.net/arquitectura/arquitect/coliseo.htm
www.chateauversailles.fr
www.portaldehistoria.com
www.readysoft.es/flags/nav15-1.htm
www.xente.mundo-r.com/misuki/los_hunos.htm
- MARTÍNEZ, Tomás Eloy
El naufragio del modelo. En “El Comercio”, Lima, 6-6-1997.

- MAYOR ZARAGOZA, Federico
Volverán a llamar a la puerta para que nuestros hijos vayan a la guerra,
Entrevista, versión facsimilar, 29–6–1997.
- MONTALVO, Abner
Gerentes y gestión transcultural. En **El Perú en la ruta de la competitividad**,
ESAN, Lima, 1995.
- MONTANER, Carlos Alberto
Los diez mandamientos de las naciones exitosas, “El Comercio”, Lima, 30–7–97.
- PIGRAU Solé, Antoni
Las políticas del FMI y del Banco Mundial y los Derechos de los Pueblos,
Internet.
- REVISTA “RONDA IBERIA”
Nuestro tatarabuelo, el señor antecesor, Julio 1997.
- ROCA, Santiago y Luis Simabuko
Primarización y nivel de vida: el caso peruano 1950–1997, “Documentos de
trabajo N° 8”, mimeo, ESAN, Lima, Diciembre, 1998.
- REUTER
Primer ministro italiano pide a Europa cooperar con los inmigrantes, en “El
Comercio”, Lima, 5–1–98.
*Inversión de US\$ 65 mil millones al año requiere América Latina en
infraestructura*, en “El Comercio”, Lima, 13–3–98.
- RICKETTS REY DE CASTRO, Patricio
Ricos y pobres, “Expreso”, Lima, 30–8–96.
- SALVAT
Gran Atlas Salvat, SALVAT, Pamplona, 1985.
- USLAR PIETRI, Arturo
Hemos entrado en otro mundo. En “El Comercio”, Lima 9–6–1997.
- VIVANCO, Manuel
Un pasaje poco conocido en la historia de EE.UU., “El Comercio”, Lima, 8–1–
98.